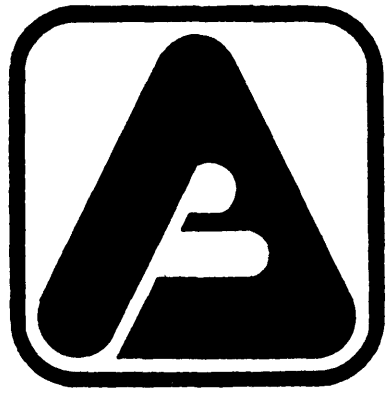
ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ

NOVELAS Y ENSAYOS



FUNDACIÓN
BIBLIOTECA AYACUCHO
CONSEJO DIRECTIVO

José Ramón Medina (Presidente)
Oscar Sambrano Urdaneta
Simón Alberto Consalvi
Pedro Francisco Lizardo
Oswaldo Trejo
Ramón J. Velásquez

NOVELAS Y ENSAYOS

ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ

NOVELAS Y ENSAYOS

Compilación, prólogo y notas
OSVALDO LARRAZÁBAL HENRÍQUEZ

Cronología y bibliografía
R. J. LOVERA DE-SOLA

BIBLIOTECA AYACUCHO

© de esta edición
BIBLIOTECA AYACUCHO
Apartado Postal 14413
Caracas - Venezuela - 1010
Derechos reservados
conforme a la ley
ISBN 980-276-039-0 tela
ISBN 980-276-038-2 rústica

Diseño / Juan Fresán
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

PROLOGO

ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ: LA NOVELA COMO REFLEXION E INTERPRETACION HISTORICA

ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ, uno de los más importantes creadores literarios que ha habido en nuestro país, nació en Valencia el 20 de mayo de 1895 y murió en Caracas el 1º de octubre de 1964. "Fue un hombre sencillo, con la sencillez de lo complejo" [1]; y "A través de su vida desempeñó muchas actividades, pero, esencialmente, fue escritor" [2]. Estas dos connotaciones acerca de la personalidad de Enrique Bernardo Núñez dan, posiblemente, la exacta dimensión de lo que él fue y de lo que quiso ser. Desde muy joven, cuando viene a la ciudad capital a iniciar estudios universitarios, da muestras de la intensa actividad intelectual que posteriormente iba a desempeñar, y, en un rapto definitorio de su poderosa personalidad, abandona los cursos de Medicina y de Derecho en la Universidad Central de Venezuela, para dedicarse a la literatura, acicateado por su amigo Angel Miguel Queremel. A la edad de veintitrés años, tiempo de publicación de su primera novela, *Sol interior,* se hace conocer como el ganador del Accésit de los Juegos Florales de ese año, en la especialidad Historia, con la publicación de su trabajo "Bolívar orador", que marca, además, su ingreso en un área de creatividad que siempre lo atrajo y a la que dedicó sus mejores y más altos momentos expresivos: la interpretación histórica.

Envuelto en una casi febril actividad periodística, que lo lleva a colaborar en los más importantes diarios nacionales, va delineando su labor en lo que había de ser su vida en sucesión de actuaciones: el periodismo, la diplomacia, la creación literaria y el pensamiento constante y fortalecido de hombre de claridad iluminada en la captación, reflexión y enfoque de los problemas y circunstancias que afectaban a su patria y al hombre como ser humano. Exquisito en la forma del decir, exigente en la construcción final de sus párrafos —a los que siempre encontraba algún defecto—, estricto en la economía de lo que quería expresar, va determinando un camino muy propio de manifestar sus opiniones y de elaborar sus creaciones literarias, avalando la opinión que de él había expresado el distinguido poeta nacional Pedro Sotillo. Efectivamente, en declaraciones acerca de la personalidad de Núñez, emitidas por Sotillo y aparecidas en día 3 de octubre de 1964 en el

diario *El Nacional* de Caracas, dice que "cuando yo vine a acercarme más que incorporarme a los hombres de la llamada Generación del 18, podía considerarse a Enrique Bernardo Núñez como un joven maestro de la prosa"; y esa maestría, acrecentada con la lectura despaciosa e íntima de su creación, nos induce a pensar de él, lo que Enrique Anderson Imbert dice sobre el poeta colombiano Guillermo Valencia: "Tenía el don de la definición lírica; o sea, que con un mínimo de lengua conseguía reducir a sus límites la imagen que se había formado en su fantasía"[3].

Pensador, escritor de diaria tarea en el periodismo y en la crónica trascendente, filósofo de callada y reservada obra, intérprete de la historia, cuentista y novelista, definió, por muchos y logrados medios, su personalidad creadora y su personalidad humana. Ahora y aquí, a lo lejos de su presencia física y cercanos a su presencia de hombre total, pensamos, una vez más, en la infinita grandeza de las dos novelas que lo elevaron hasta la luminosidad de la trascendencia, porque en pocas oportunidades dos obras literarias de la calidad de *Cubagua* y de *La Galera de Tiberio* han servido como testimonio de la actividad conclusiva de un hombre que descifró muchas circunstancias históricas en beneficio, inmediato, de la interpretación del hombre y su paso por la historia.

Hasta 1931, cuando aparece *Cubagua,* no comienza lo que fue la etapa definitiva en la novelística del autor. Comenzó en 1918, publicando *Sol interior,* continuó en 1920, cuando da a conocer *Después de Ayacucho,* y silenció su actividad de novelista hasta el año 1931, cuando entre los meses de junio y julio y a través de cuatro capítulos publicados en el diario *La Esfera,* se edita *La Ninfa del Anauco;* dejó, con esta última, un primer período de inseguridades, de búsquedas expresivas y de familiarización con temas que luego irían a resumirse en la reflexión y la interpretación que expresó en las dos novelas finales, y que, también, estaban siendo el tema de una novela inconclusa, titulada tentativamente como *Atardecer sobre el mundo,* y subtitulada con la atrayente denominación de "Crónica de los años de guerra". Las dos etapas a las que hemos hecho referencia, tienen poco en común. Podría decirse que la primera sirvió de crisol —a veces muy doloroso para el autor— de lo que fue la segunda y propiamente definitoria. A esa primera etapa pertenecen, según un ordenamiento de puro valor estético: *Sol interior, Después de Ayacucho* y la novela corta *La Ninfa del Anauco.* Un segundo y muy valioso grupo incluiría sus dos obras novelísticas trascendentes: *Cubagua* y *La Galera de Tiberio.*

I

SOL INTERIOR (1918)

Durante el año 1918 sólo se publican dos novelas en el país. José Rafael Pocaterra lanza su tercera obra, *Tierra del Sol Amada,* y Enrique Bernardo Núñez irrumpe con la publicación de su libro *Sol interior.* Apenas contaba el escritor con veintitrés años de edad y su nombre comenzaba a figurar a raíz del premio recibido en los Juegos Florales correspondientes a ese año.

Las impresiones críticas acerca de esta obra coinciden en señalarla como una buena primera contribución que hace el autor al desarrollo de la novelística nacional, centrándose casi todo el interés en destacar la juventud de Enrique Bernardo Núñez y su apreciable talento para el oficio que había comenzado a desempeñar.

Una nota, anónima y sin título, aparecida en el diario *El Universal* de Caracas y fechada el 17 de octubre de 1918, comenta la carrera ascendente de Núñez y destaca el hecho, significativo y ejemplarizante, de que a la edad de veintitrés años se haya decidido por un género de tan manifiestas dificultades, más aún cuando no son notorias las influencias de otros escritores en su novela *Sol interior.* El escritor colombiano Luis Enrique Osorio, residenciado por entonces en Caracas, publica, igualmente en *El Universal* y con fecha 2 de marzo de 1918, un artículo intitulado "Algo sobre Enrique Bernardo Núñez", donde lo proclama como "el novelista más joven de los que han alcanzado hasta hoy en Venezuela una apreciable popularidad", señalando que la obra presenta fallas apreciables y "detalles comunes a las narraciones", pero reconociendo el valor de la "aventurada acción del escritor que a tan corta edad se ha lanzado a la palestra en un medio donde la obra nacional está muy lejos de ganarse la atención del público"; y el 16 de enero de 1921, Alberto Fernández, en un artículo publicado asimismo en el *El Universal* y titulado "La juventud intelectual", expresa su asombro y complacencia por la juventud del novel escritor, y formula elogios, que considera merecidos, para recibir una novela escrita, según él, "con toda la levedad que requiere el siglo XX". El propio Enrique Bernardo Núñez, en la Introducción de su novela, que él titula "Palabras liminares", expresa que es "un libro de juventud"; consciente de la magnitud de la empresa que ha emprendido y, quizás, como justificación a una serie de oposiciones que allí hace del ambiente literario del momento y de la opinión que ese ambiente le merece. Calificando su obra de "es-

pontánea", declina, *per se*, formar parte de lo que conceptúa como "aristocracia de ciertos escritores", apegados a "la pomposa consagración de la Academia o al docto veredicto de un cenáculo", manifestando, así, la posición escéptica e iconoclasta que habría de ser una especie de rumbo de su vida de creación.

Es importante insistir en el hecho de lo expresado por Núñez en esa parte introductoria de su primera novela. Tal y como era común entre los escritores de la época, allí el autor, al hacer profesión de fe, establece sus propias reglas de juego para que su posición de novelista quede clara ante el público y ante la crítica, además de que le sirva como manifestación teórica de lo que se pretende dentro del género. Núñez no podía escapar a esa tentación y volcó parte de "su genio" en esas palabras liminares, que anteceden al desarrollo anecdótico de la novela. Una manifiesta contradicción se establece cuando "pretende escribir (un libro) sin pulcritudes de estilo", para luego, y en manifestación propia, expresar que se siente partidario de "el adjetivo sonoro y acaso también del estilo retumbante", apegándose a la exuberancia del modernismo, aunque midiendo el empleo de exageraciones expresivas. En lo relativo a la confección misma de la obra, declara que es un ferviente partidario de la actitud realista y que, como los maestros del pasado, "tomó datos, observó amores juveniles y copió hasta el lenguaje con que se manifiesta", en una definitiva definición de su método de trabajo.

La novela *Sol interior* es una obra que, aparentemente, es muy sencilla en su estructura y en su desarrollo; pero la verdad es otra, determinada por la presencia de personajes muy absorbentes: esta obra se desliza entre situaciones de mucha complejidad provenientes de la actuación de los personajes centrales y de sus relaciones con los secundarios y con el ambiente de desarrollo de la obra. La Caracas de mediados y finales de la segunda década del siglo sirve de marco efectivo a una serie de situaciones que giran alrededor de Armando Ibáñez y de Marta, exponentes principales de la anécdota y de las complicaciones que constituyen el libro. Ellos son el centro y eje de todo lo que acontece y el autor expresa en esas dos personalidades toda su capacidad de análisis del elemento humano representativo de una gran porción del momento.

El personaje representado en Armando Ibáñez constituye una preocupación bastante constante en los novelistas venezolanos de aquel entonces. Ya había tenido una primera personificación cuando José Gil Fortoul a finales del siglo pasado creó su interesante Enrique Aracil, protagonista de dos de sus novelas y participante en la tercera. La crea-

ción se fue perfilando al través de variadas interpretaciones del papel y destino de la juventud del país; y en Reinaldo Solar, personaje galleguiano de honda repercusión, tuvo su más fiel exponente como ejemplo y consideración de todo un modo de actuar y de pensar. Armando Ibáñez va por el mismo camino. El de la constante introspección; el de la lucha continua entre el querer y el poder; el de la desequilibrada armonía entre lo material y lo espiritual; el de la incierta angustia ante el porvenir de la patria; el de la duda sistemática hacia el valor de los valores. En este sentido los tres personajes mencionados no son los únicos que aparecen en nuestra novelística; a su lado hay muchos más que, en una forma u otra, representaron la reflexión e interpretación que hicieron los autores y que quisieron expresar en los hechos, circunstancias y pensamientos de sus personajes masculinos. Podría decirse que una línea continua hilvana la actuación de muchos caracteres representativos en la novelística nacional de entonces. Es una línea que comienza en las inquietudes positivistas y que se manifiesta en forma de extremado sentimentalismo, acompañado por una caracterización dubitativa entre el pesimismo y el panteísmo que les permite justificar la imperfección o la inacabable búsqueda de una identidad perdida en raíces ancestrales de muy difícil reestructuración. Núñez captó muy bien el espíritu de esa juventud y el análisis interpretativo que hace en Ibáñez es del todo coherente con el modo de actuación muchas veces manifestado por diferentes y valiosos novelistas de la época y del país.

DESPUES DE AYACUCHO (1920)

Dos años después de haber publicado su primera novela, Enrique Bernardo Núñez insiste con su segunda obra: *Después de Ayacucho,* en 1920. Ese mismo año la producción novelística venezolana se enriquece con tres obras que han pasado a ser fundamentales: *Tierra nuestra,* de Samuel Darío Maldonado; *¡En este país!...,* de Luis Manuel Urbaneja Achelpohl; y *El último Solar,* de Rómulo Gallegos.

El nuevo libro de Núñez representa un avance muy reducido en comparación a su primera novela, *Sol interior.* Se observa, aún, un inseguro manejo del trabajo creativo y, por el contrario, la obra se resiente de las constantes intervenciones del autor a través de los personajes o en comentarios directos sobre diferentes circunstancias. La temática sí varía, diametralmente, de lo que se había intentado en la anterior oportunidad. Ya en *Sol interior* se incluían algunos comentarios de orden interpretativo histórico, y ahora el tema de la historia interpretativa

va a ser lo fundamental. Tomando un amplio período de nuestra historia republicana, Núñez transita por diversos episodios de la Venezuela posterior a la Independencia y por intermedio de su personaje central, Miguel Franco, va reconstruyendo escenas, pensando alrededor de los sucesos que se produjeron, reflexionando sobre las consecuencias que esos sucesos ocasionaron, e interpretando las manifestaciones que derivaron de lo acontecido; es decir, tratando de obtener enseñanza de la historia para la explicación y comprensión del presente. Desde este punto de vista esta novela tiene una gran importancia en el desarrollo de la actividad creadora literaria de Enrique Bernardo Núñez, porque, si bien en forma algo incipiente y sin mayor profundidad, esta actitud que se inicia en *Después de Ayacucho,* va a proyectarse y llegará a ser el valor esencial de las dos obras mayores del autor. Tanto *Cubagua* como *La Galera de Tiberio* deben considerarse como grandes recreaciones históricas en búsqueda de una explicación que permita interpretar y comprender la realidad contemporánea, cualquiera sea el momento cronológico en que se produzca.

Con el personaje de Miguel Franco el autor recobra una de las más connotadas representaciones de la novelística venezolana en su intento de interpretar algunas realidades del país. Son muchos los personajes que han elevado su nivel social amparados en las vicisitudes de las continuas guerras fratricidas y el ejemplo de Paulo Guarimba, célebre personaje de Urbaneja Achelphol en su novela *¡En este país!...,* que se había venido produciendo en la novela nacional, Núñez también lo utiliza. Es el hombre de presa que alcanza posiciones inesperadas tan sólo en base al valor y la audacia. Es, a no dudarlo, un reconocimiento ante una verdad incontrastable, pero es, asimismo, la dolida angustia de la impotencia ante un hecho que ha llenado la historia patria de arribistas e inconfesados mediocres que debido a los azares de la guerra llegan a ocupar posiciones de esencial valor y desde ellas influir en los destinos del momento político-histórico-social. Núñez creyó que el ejemplo debía ser referido, y a través de Miguel Franco analiza un largo espacio de la historia nacional. Creación lograda en base a un concepto, Franco representa un modo real de novelar y responde a una idea de Enrique Bernardo Núñez, expresada en su trabajo "Historiadores y novelistas", perteneciente al libro *Bajo el samán,* cuando afirma que "las masas de lectores se interesan más por personajes sacados de la historia que por los de ficción, así hayan salido de la vida real, que no de otra parte puede sacarlos el novelista".

Como en el caso de su anterior novela, *Sol interior,* la crítica fue bastante favorable con *Después de Ayacucho.* En una serie de artículos

publicados todos en el diario *El Universal,* donde Núñez se desempeñaba como redactor, varios críticos exponen sus opiniones. Una nota editorial califica a Núñez como "una de las mentalidades más fuertes de la nueva generación literaria de Venezuela". Eso sucede el 24 de enero de 1921. Al día siguiente otra nota manifiesta que la novela *Después de Ayacucho* es un "Estudio veraz de pretéritos días que tuvieron honda influencia en la evolución política y social de nuestro país". El 4 de febrero, Agustín Aveledo Urbaneja, en un ensayo sobre la literatura criollista, la define como "un afortunado ensayo de criollismo"; y ocho días después, el columnista Andrés Pacheco Miranda establece las relaciones de la obra con la realidad de los sucesos, llegando a identificar a Miguel Franco con un verdadero José Sánchez, que ofrecía sus mismas características, añadiendo que la novela es "una lección y una lección real"; pero quizás el trabajo más importante sobre esta obra se deba a Juan José Churión, quien en un artículo titulado "Después de Ayacucho", publicado el 14 de febrero, analiza a profundidad el libro con un gran sentido crítico valorativo que escapa al impresionismo de la lectura efectuada y ahonda en los logros conseguidos con la interpretación que intenta el novelista.

UNA AVENTURA MENOR

En el diario caraqueño *La Esfera,* correspondiendo a los números 1.548 a 1.554 y en fechas que van desde el 28 de junio hasta el 4 de julio de 1931 aparece, en cuatro breves capítulos, la novela corta, *La Ninfa del Anauco,* de Enrique Bernardo Núñez. Tratando un asunto de poca importancia y sin ningún desarrollo temático, da la impresión de que se tratara de algo que con posterioridad iba a ser retomado; pero ni aun así es justificable, ni explicable dentro del contexto narrativo del autor.

> "Hay tanta distancia entre cualquier punto de la creación novelística de Núñez y esta 'insólita' novela, que cualquier explicación para justificar su existencia se derrumba ante la realidad de su negativa presencia. Nunca más habló de ella y cuando se le preguntaba dónde se podía localizar, pretendía no haber oído. Si la hizo, alguna razón ha debido tener en su favor; si la ocultó, posiblemente estaba convencido de su negativo valor"[4].

II

CUBAGUA

En el mismo año de 1931 Enrique Bernardo Núñez se eleva, definitivamente, en el panorama de la novelística, y, más aún, en el de la novelística nacional. La contribución de su libro, *Cubagua,* es suficiente para considerarlo como uno de los baluartes de la nueva creación narrativa del país, sobre todo si se toma en cuenta que el poder insinuativo de esa obra trasciende su temporalidad, porque a cada momento adquiere nuevos contornos de majestuosidad y nuevos relieves de gran creación literaria, capaz de soportar los embates del tiempo y de las nuevas proyecciones de la literatura.

Entre los años 1920 y 1924, período de intensa actividad periodística del autor, los principales periódicos de la nación se nutren de sus artículos, y es la época, también, en que es solicitado por el entonces Presidente del Estado Nueva Esparta, el eximio escritor patrio Manuel Díaz Rodríguez, para que Núñez se traslade a la Isla de Margarita con el propósito de fundar un diario que se llamó *El Heraldo.* La ocasión se le hace propicia para la reflexión histórica y para el manejo de documentos en la propia redacción del periódico, instalada en la capilla de una vieja iglesia franciscana. Allí conoce y estudia afanosamente.

> "la crónica de Fray Pedro de Aguado, hallada por azar entre los pocos libros del colegio de La Asunción, en la cual se narra la historia de Cubagua, nombres, personas, cosas, ruinas, soledades, venían a ser como un eco del tiempo pasado. Aquellas imágenes acudieron luego a mi memoria, y éste fue el origen de mi librito, simple relato donde sí hay, como en *La Galera de Tiberio*, elementos de ficción y realidad"[5].

y obtiene los primeros materiales para la construcción de su obra. Desde entonces estuvo macerando un asunto que habría de interesarle sobremanera, habida cuenta de las conexiones intelectuales que solía efectuar entre los hechos sucedidos y su proyección para la interpretación y comprensión del presente, y hasta para la posible figuración del futuro. A nuestro juicio en esta actitud, permanente y trascendente de Enrique Bernardo Núñez, reside el inmenso valor de su obra novelística; porque si bien en *Cubagua* esta preocupación está plasmada en cada una de sus ideas, transformándola en una novela contentiva de una

parcela de la realidad nacional, en *La Galera de Tiberio* el panorama se amplía hacia una dolorosa panorámica latinoamericana; dolorosa por lo que allí se plantea y por lo que allí se pronostica que habrá de suceder, de acuerdo al análisis de los acontecimientos que ocurren y que se narran en la novela.

Cubagua, como novela, va a ser el hilo inicial, urdido a conciencia y paciencia, de una permanente inquietud de su creador. A la sombra del contenido del libro, la historia diaria, la historia rutinaria, la historia personal, la historia de cada instante, la historia del pequeño incidente, se va a transformar en el germen constante de la historia grande, de la historia voluminosa, de la historia que se escribe como documento, de la historia que queda plasmada en los libros que recuerdan los sucesos del pasado, de la historia que se nutre de aquélla que convive en nosotros y que está hecha de nuestra presencia, pero que se diluye ante el torbellino de los acontecimientos y ante la importancia de hechos decisivos para un conglomerado o para una cultura o para una civilización; pero la historia menuda, la historia constante, la historia de todo momento, es la contentiva de los sumandos que habrán de conformar la suma y darle la posibilidad al acontecimiento que se estudia y que se analiza como conjunto y como proyección. Enrique Bernardo Núñez procedió, en sus dos grandes novelas, de manera particular, y en el caso concreto de *Cubagua* el ejemplo es convincente. El paralelismo histórico entre seres de dos temporalidades le sirve de referencia, de marco de proyección, de ejemplo y de definición de un modo, personal, de juzgar el hecho histórico. *Cubagua* es, por eso, el relato de unos sucesos diarios y comunes, pero totalizados en una interpretación de historia íntima que trasciende y se convierte en reflexión interpretativa tras la cual el novelista y el historiador se unen y se manifiestan.

En diversas oportunidades y por una extrema delicadeza de su parte, tuve ocasión de hablarle y acompañarle en presencia. Cada vez hablamos de su novelística y cada vez se mostraba más insatisfecho de no haber podido escribir "la novela eterna", la que tocara la verdadera condición del hombre en sus más sencillas y elementales, pero también esenciales, características. No estaba conforme con lo que había escrito y deseaba proyectarse en un sentido de compenetración con esa esencia del ser humano que siempre persiguió en sus manifestaciones escritas.

> "También *Cubagua* fue un intento de liberación. (. . .) Desearía escribir una nueva versión de *Cubagua,* de igual modo que a veces nos viene el deseo de hacer una nueva versión de la vida"[6].

En tal sentido, y siempre cuidadoso de perfeccionar lo expresado, para tratar de darle nuevos alientos —acordes con la contemporaneidad de su pensamiento—, intentó reformar algunas partes del texto original de su novela. En el artículo "Algo sobre *Cubagua*", que publicara en el diario *El Nacional* el 13 de diciembre de 1959, relata algunas de las intimidades de la creación de *Cubagua*. Refiere que originalmente debió publicarse durante el año 1930, "porque cada libro, al menos los de esta clase, tiene su año", pero que algunos inconvenientes mayores lo impidieron, haciendo alusión a que apenas circularon, en nuestro país, un pequeño número de ejemplares —sesenta en total—, siendo posible que el resto de la edición "fuese incinerada por aquel tiempo en la Aduana".

Refiere, igualmente, que en ocasión de planificarse una nueva edición de *Cubagua* para el II Festival del Libro Venezolano, preparada en Lima durante el año 1959, él convino con los editores que la versión debía ser la que había sido corregida y considerada como definitiva, pero que en una carta, fechada en la mencionada ciudad de Lima el 1º de abril del año señalado, se le comunicaba que la novela ya estaba impresa, agregando, resignadamente, que "la hicieron tal como se hallaba en anteriores ediciones".

No obstante las apreciables diferencias que pueden constatarse en los textos que existen sobre las correcciones efectuadas, la obra permanece casi inmutable en su esencia y en su intención. *Cubagua* participa de muchas concepciones y es producto de la depuración de muchas ideas que le imprimen una contextura de texto profundo que va mucho más allá de lo que expresa, para llegar a los límites de la insinuación y del señalamiento casi tácito que hace el autor en favor de hondas y definitivas reflexiones, en temas que tratan de abarcar los más variados aspectos de las realidades diarias del ámbito histórico y político y social que nos rodea y dentro del cual nos desenvolvemos. *Cubagua* puede ser desde el alerta permanente contra la imprevisión y el facilismo que permiten casos como el de Antón de Jaén "dueño en Cubagua de un tonel de perlas, a quien se vio pedir limosna en Santo Domingo", que recoge el propio Núñez en su Discurso de Incorporación a la Academia de la Historia, pronunciado el 24 de junio de 1948, hasta el señalamiento de la usurpación legendaria de la tierra por fuerzas insaciables y de diferentes orígenes, representadas en personajes que como Stakelun y Leizeaga son manifestaciones de poderes y ambiciones irrefrenables.

En esa variedad de impresiones que se insinúan desde el texto de esta novela, tienen cabida, también, aquéllas que corresponden a los propios personajes que la estructuran y que, en cierta forma, son voce-

ros de los pensamientos del autor. La primera visión personal que se da de la isla en la novela, la expresa Fray Dionisio, quien con una absoluta carencia de emociones y manifestándose en un admirable sintetismo definitorio, la llama "islilla triste", interpretando todo un contexto de añoranzas y de decepciones que reflejan, en una opinión, el panorama íntimo y substancial de la tierra. El propio autor, en una descripción de la isla, que es asimismo la primera que aparece en el texto, la define como "una isla decrépita, de costas roídas y aplaceradas", como tratando de integrar el paisaje natural a la tragedia de devastación y abandono que signaron su desaparición. Pero al lado de esas manifestaciones ominosas, portadoras casi del mensaje de desolación, auge, desenfreno, caída y olvido de la tierra rodeada del mar generoso y vengativo, se levanta la realidad histórica que significó y que Enrique Bernardo Núñez supo captar con tanto acierto para transferirla a sus propias reflexiones e interpretaciones y lograrla como un ejemplo evidente de la inexorabilidad de la historia. En este sentido *Cubagua* novela se opone a Cubagua isla, porque si la última está referida en sus más inhóspitas condiciones existenciales, la primera, *Cubagua* novela

> "narra un cuento muy sencillo. Pocas palabras serían necesarias para totalizar lo que el autor quiere contar. La forma como lo hace, los elementos que utiliza en esa narración y el tratamiento poético, unidos a la sutileza y a la habilidad exhibida, son las circunstancias en que se basa la grandiosidad de esta 'pequeña obra' "[7].

Cuando Enrique Bernardo Núñez murió, Lorenzo Batallán escribió para *El Nacional* de Caracas, el día 2 de octubre de 1964, un artículo titulado "La muerte escribió un signo en el tiempo", expresando una de las más claras definiciones que esta novela haya logrado de crítico y lector alguno. Allí dice Batallán que la grandeza de *Cubagua* y de su autor había estado en

> "hacer de la nada un libro, crear del amor a una tradición una novela y encontrar el lenguaje de la evocación para el relato apasionado".

Cubagua novela y Cubagua isla se confunden en la intemporalidad que les ha conferido la expresividad del escritor. No existe un límite que las diferencie, pero es casi imposible imaginar el límite que las identifique, sin embargo son una sola y misma cosa en la magia creadora del novelista. Cubagua isla ha pasado a ser una irrealidad que aunque imposible de determinar, asir o fijar en un tiempo y en un lugar, evidencia una constante permanencia insinuada en su presencia mágica y

lúdica, misteriosa y distante. *Cubagua* novela se interna en los laberintos de la irrealidad y hace de la temporalidad un fenómeno inexistente que sólo sirve para repetir las cosas, los hechos, las personas y la inescrutable esencia del hombre de cualquier tiempo. Una y otra, indiferentemente que se acerquen o se alejen, están inundadas de la intemporalidad que las ilumina y les da consistencia de efecto mágico. La lejanía de Cubagua isla, ahora sólo existiendo en la realidad geográfica, no la imposibilita para que su lejanía histórica se haga cada vez más presente porque la *Cubagua* novela la ha hecho posible y factible para que prosiga en la enseñanza de sus realidades eternas y se confunda, siempre, con la realidad diaria y se repita y nos envuelva en su misteriosa posesión evocativa.

Quizás sea el tratamiento intemporal que se le da al tiempo, uno de los valores esenciales de esta novela. En efecto, los manejos temporales e intemporales que se manifiestan a través del recorrido textual, hacen de *Cubagua* un ejemplo de ambigüedad intencionada donde es precisamente la indefinición lo que marca la pauta del misterio y de la realidad. Cubagua isla está y no existe, *Cubagua* novela se afirma en una irrealidad posible y factible. La confusión parece ser el instrumento para resolver el enigma que la historia le provée al autor para el planteamiento cíclico que pretende al paralelizar los tiempos, los sucesos, los personajes y las consecuencias. El lógico desenvolvimiento del tiempo no funciona en su devenir establecido y pasados son futuros, presentes son pasados y futuros se intercambian con temporalidades circunstanciales que se deslizan en una sola y única esencia: el tiempo es el recipiente infinito donde el hombre actúa; y el tiempo puede confundirse y labilizarse hasta la confusión, pero el hombre y sus acciones serán siempre los mismos y actuarán dentro de los infinitos límites que el tiempo le permite. Esta es la razón por la cual el novelista cambia constantemente los presentes, que serían el elemento germinal de su narración, y el tiempo pierde importancia como referencia para adquirirla como continente del hombre en una dimensión infinita. *Cubagua* novela establece, con certeza, algunos tiempos de acción y así lo atestiguan los desarrollos de las acciones donde intervienen determinados personajes en determinados sucesos y en determinados y delimitados espacios temporales; pero cuando la novela establece la relación existente entre las dos vertientes anecdóticas, todos esos determinados se difuminan en un juego maravilloso y a veces incomprensible y dan paso a una indeterminada panorámica de recuerdos, de suposiciones, de situaciones ambiguas, de insinuaciones veladas y, sobre todo, de confusiones intencionales que tienen por objeto la probatoria de la idea repetitiva de la acción del ser humano en su contexto existencial.

En *Cubagua* el autor desarrolla un juego expresivo y anecdótico donde se establece la conexión entre el tiempo y la realidad; pero, también, el autor se deleita haciendo intervenir los elementos necesarios para que esa relación, que aparentemente es establecida, se entreteja sobre sí misma y se desdoble en facetas de nuevas e insinuativas posibilidades. Parecería que Enrique Bernardo Núñez más que una novela sobre un espacio físico y un espacio temporal y un espacio humano, hubiera querido escribir una novela sobre la imposibilidad del tiempo, pero también sobre la posibilidad cierta de la reiteración del ser humano. De esta manera es permisible determinar, en su justo contenido, la idea que anima a la duplicación de un personaje clave en la dilucidación del interés del autor: Fray Dionisio; eslabón, justificación, ejemplo y guía para entender este complicado y mágico texto que es *Cubagua,* recreado en fabulosas suposiciones y construido para la divagación efectista. Fray Dionisio es la explicación de la idea del autor. En un aparente y maravilloso inmovilismo —aparente por lo que tiene de incomprensible—, este personaje se establece como la significación de la dualidad tiempo/hombre y así recorre la obra, que es como recorrer la idea del novelista, y se convierte en todas las significaciones que el autor quiso connotar con su texto. *Cubagua* novela es, por ello, la expresión de una idea del tiempo y del hombre, en función proyectiva de una enseñanza y de un ejemplo del paralelismo de algunos hechos históricos.

Según los datos proporcionados por el mismo autor al fechar su novela, *Cubagua* ha debido ser escrita en dos momentos de creación expresiva del novelista: la primera en la ciudad de La Habana, entre los meses de enero y abril de 1929, y la segunda en Panamá, desde marzo hasta julio de 1930. La publicación, sin embargo es en 1931, año muy significativo para lo novelística nacional. En efecto, además de la aparición de la quinta novela del ilustre polígrafo Rufino Blanco Fombona, tiulada *La bella y la fiera,* se produce la iniciación novelística de dos nombres que con el tiempo adquirieron merecida y justificada importancia. Mariano Picón Salas da a conocer su primera novela, *Odisea de tierra firme,* que subtitula "Vida, años y pasión del trópico". Arturo Uslar Pietri publica, también, su novela inicial, *Las lanzas coloradas,* que es considerada, junto a *Cubagua,* como dos de las mejores contribuciones que la novelística venezolana ha aportado al contexto narrativo hispanoamericano.

En una lectura lineal, lo narrado en *Cubagua* es bastante sencillo y carece de evidentes implicaciones temáticas. Visto desde el punto de interpretación anecdótica, el autor ha querido referir dos momentos

temporales que, por diversas circunstancias, empalman las actuaciones de dos grupos humanos. El paralelismo histórico, el doble juego del tiempo y, a la vez la significación de una intemporalidad que permite el mencionado empalme, y las derivaciones interpretativas que se generan de lo planteado, son los elementos que le dan valor trascendente a la novela y la hacen interesante desde un modo interpretativo complejo y profundo.

Desde el punto de vista eminentemente literario, *Cubagua* es, igualmente, un libro lleno de logros, de consecuencias y de acertada conducción expresiva. El gigantesco paso dado entre las primeras novelas del autor y lo conseguido en su luminoso libro sobre la isla histórica, testimonia un arduo trabajo de confección manifestativa, donde cada cosa está en su exacto lugar y donde la participación del lector está dada, indiscutiblemente, por la captación emotiva que el asunto despierta y por las infinitas insinuaciones que el texto genera, nutriéndose de un inefable misterio y de un tenue sabor de fantasmagoría que contribuye a presentar y, también, a resolver la inasible ecuación que se plantea entre el valor del tiempo y el valor del hombre.

Justa razón tuvo el ya citado crítico Lorenzo Batallán cuando expresó "que la grandeza de *Cubagua* y de su autor había estado en hacer de la nada un libro"; pero esa razón va más allá de lo que en efecto propone. *Cubagua* está hecha de la nada, porque la nada es un elemento fenomenológico desde donde pueden surgir las más variadas y expectantes realidades; permitiendo la utilización de los tiempos para construir un tiempo novelístico de muy especial condición; facilitando que los hombres se dupliquen en los espacios indeterminados del tiempo y se paralelicen en sus acciones existenciales como probatoria de la eterna condición de ser; comprobando que la palabra es la más fabulosa creación, porque encierra todos los contextos y es capaz de hacer todas las designaciones y multiplicarse en sentidos y en fabulaciones de juegos que esconden realidades y de realidades que significan ejemplos consuetudinarios porque están germinadas por el ancestro y por la repetición del hombre en el hombre. Y es, quizás, la palabra, el más eficaz elemento en las explicaciones que conlleva *Cubagua.* Desde el primer Enrique Bernardo Núñez novelista, autor en 1918 y en 1920 de *Sol interior* y de *Después de Ayacucho,* hasta el que publica, en 1931, la novela *Cubagua,* la palabra se ha engrandecido, no obstante haberse recogido sobre sí misma para buscarse y encontrarse como resplandeciente instrumento de comunicación. La prosa acompaña a la idea creativa: es tajante y adecuada al subyacente misterio que recorre la obra; y se hace esencialmente poética porque recibe la carga emotiva del autor y por-

que es la respuesta a una interacción entre lo que se ha pensado escribir y la emoción que se produce al encontrar lo que se ha querido escribir; y porque el libro está escrito de esa manera, es por lo que la constancia de los logros literarios va aparejada a la de las consecuciones desde el punto de vista histórico. En este sentido el capítulo III, "Nueva Cádiz", refleja una armoniosa combinación de relato y descripción donde la historia real y documentada se engalana con las mejores palabras y con los mejores giros expresivos para equilibrar un conjunto sencillo, elegante y profundo: engastado en la mejor tradición del cronista y en la mejor posibilidad del narrador literario. El juego de sintetismo expresivo y las variantes insinuativas, son los dos elementos claves que sostienen el andamiaje estructural de esta magnífica novela. A tal punto se equilibran las acciones manifestativas, que dentro de un sobrio rigor anecdótico se entrelazan los arabescos de un lenguaje puro, hermoso, pleno de profundidades connotativas y poderoso en la relación escueta de hechos y de circunstancias. Sólo esta forma de manejo lingüístico hace permisible y factible la captación de todos los juegos propuestos por el autor, donde mitos y leyendas y simbologías van y vienen entre la ficción de la irrealidad y de la intemporalidad, y la certera realidad histórica de sucesos y de personas cronológicamente existentes y actuantes. Es como si una compleja concepción de lo histórico quisiera fundamentarse en la presencia permanente del hombre, con su carga de situaciones existenciales y su similitud a través del devenir existencial, y la presencia lábil y difuminada del espacio temporal: continente y proyectante del hombre que lo habita y que le da certidumbre de haber sucedido.

En *Cubagua* se narran muy pocos hechos y un círculo concatenante limita esas circunstancias anecdóticas. Historias diarias y particulares que están dentro del contexto inexorable de ese círculo y que por atracción o por rechazo van a constituirse en un sedimentado crisol de experiencias, de apetencias, de virtudes y defectos, de angustias, de sueños y ensoñaciones, de apetencias y de entregas, para hacer una historia y hacerla repetir cuando el tiempo se haya multiplicado y acaso no queden ni los recuerdos de lo sucedido ni de quienes protagonizaron lo sucedido. Sólo la historia, como un poder eterno y repetitivo, posibilita que ese hombre y sus circunstancias, se repita —idéntico— cuando el tiempo posibilite la repetición. Así, *Cubagua* novela es historia integral de la Cubagua isla, poblada entonces y despoblada hoy, pero espacio para la permanencia fugaz y para la analogía humana.

Como interpretación de acontecimientos, en *Cubagua,* la literatura se plena de historia; y ésta, severa, imperturbable, necesitada de testi-

monios y de probatorias, se ilumina en la concepción literaria que la reviste y la recrea y la hace dócil y comprensible y la traduce en palabras sencillas, pero cargadas de un profundo contenido reflexivo que permite el ejemplo y la interpretación para beneficio del conocimiento que debemos tener de la realidad eterna.

Por variadas razones puede considerarse que la novela *Cubagua* representa la síntesis de una realidad. Extremando los recursos narrativos y ampliándolos con injerencias históricas desde donde derivan importantes planteamientos y cuestionamientos, Enrique Bernardo Núñez se internó en un campo poco explorado dentro de la novelística nacional, para estructurar una obra donde por igual transcurre el interés literario puro como el interés historicista y el interés didascálico: ejemplificación de sucesos que al paralelizarse, en el tiempo, constituyen un espejo reflejante de realidades específicas y concretas, pero que pueden transformarse en ampliaciones proyectistas de circunstancias afines a la existencia del hombre y de las constantes y eternas preocupaciones de éste. La importancia de la elaboración está en el hecho de que, con muy buen aprovechamiento, el escritor escrutó los más íntimos detalles de personalidades y hechos, traduciéndolos desde su inmediatez o de su pasajera significación, hasta un punto donde por la representación que adquieren, se convierten en hechos de historia verdadera, de historia que se proyecta para enseñanza y alerta. Núñez, en *Cubagua*, trastoca esa inmediatez sempiterna y rutinaria en acontecimiento profundo y ejemplificador, superando la propia consistencia de personajes y sucesos en mensaje aleccionador y alertante. La base de esta acción está centrada en la actuación de personajes que, por diversos y misteriosos motivos, se mueven en infinitas temporalidades y sirven de respuesta a las múltiples y casi angustiadas preguntas que a través del texto se va haciendo el propio escritor. El trasunto de Leizeaga, como moderno representante de un estrato que va surgiendo y se va adueñando del secreto de la realidad inmediata; personaje complejo como la época que lo produce y con una idea fija del aprovechamiento del progreso, enfrentando a una sombra indefinida como la que representa Fray Dionisio, especie de conciencia histórica que es la voz de represión, de reflexión y de ejemplo. Entronque con la lejanía y con la permanencia de la historia. Personaje de cada tiempo y significación del valor de la temporalidad, a la vez que representante de la fluidez de ese mismo tiempo. Repetición sintomática de una actitud, y voz propia del autor para advertir y para señalar. Ellos, acompañados por comparsas que vienen de los tiempos y se pierden en los tiempos; enfermedades bíblicas, personajes ambiciosos, jugadores, aventureros, timadores, indios defensores del

alma de la raza; conquistadores envilecidos, mujeres alegres, calamidades, sufrimientos, angustias al lado de la alegría repentina —por inestable—, regocijo y preocupación infinita, parecen ser algunos de los rumbos que delimitan las personalidades diversas de esta novela que se pierde entre los vericuetos de la narración y de la historificación y de la interpretación reflexiva. Nila Cálice, bandera de todo el mestizaje que está constituido en la más absoluta libertad: consecuencia positivista de teorías educacionales del mejoramiento del espíritu; relación prelativa de la posterior Remota Montiel que inspiró en Rómulo Gallegos el desarrollo, una vez más, de las tesis deterministas que con tanto acierto manejó. Nila Cálice, representación de una modernidad que viene del atavismo y que, necesariamente, debe ser continuación, en una modernidad adaptada y alienada. Personajes, casi todos, que funcionan en bloques manifestativos, expresantes de ideas y de dinámicas búsquedas conceptuales, para darle razón a su creador cuando se planteaba la posibilidad de una nueva versión de esta novela, "de igual modo que a veces nos viene el deseo de hacer una nueva versión de la vida", según señalábamos anteriormente en este mismo estudio. Versiones de la vida como versiones de una novela: modificaciones, omisiones, añadidos; trabajo continuo de reestructuración al que era tan afecto el escritor y que lo llevó a una visión perfeccionista que quiso reflejar en sus opiniones y, más aún, en las reflexiones que a diario exponía en sus artículos de prensa. Esta preocupación por una nueva versión de su novela se refleja en la variación, a veces substancial, de los textos diferentes a la primera edición. Cotejando el material expresivo es posible determinar cuatro tipos de diferencias en los mencionados textos: el afán de añadir en corrección formal para dar explicaciones de algunas actitudes inmediatas de los personajes: correcciones no significativas pero referentes y modernizantes de lo expresado. Correcciones propiamente dichas donde se cambia la idea de lo expuesto, pero donde se resguarda la tonalidad manifestativa que, en general, tiene la novela. Así es posible señalar partes amplias donde el autor se percata de defectos visibles en la construcción o en la manifestación literaria, y corrige, eliminando actitudes narrativas que casi conllevan a lo dramático y a lo rebuscado. Diferenciación de textos que en la primera edición no aparecen, pero que, en sentido estricto, no cambian la panorámica del libro, sino que lo estilizan y elegantizan y, como cosa inexplicable, omisión de textos de esencial significación, no sólo por lo que contienen, sino, principalmente, por lo que, en nueva versión, dejan de expresar. Quizás una de las mejores consecuciones de esta novela sea el momento final cuando Leizeaga se debe ir hacia las regiones del Orinoco; escena que dentro

de una síntesis expresiva magistral, el autor concibió como premonitiva de la gran riqueza futura de la zona, y que en versiones posteriores es eliminada, privándolas de la precoz interpretación de una futura realidad.

Si bien los asuntos temáticos no significan grandes implicaciones en la estructura de la novela *Cubagua,* aquellos que se refieren a las preocupaciones generales del autor sí representan un campo variado y de gran interés para el conocimiento, inclusive, del modo de pensar misceláneo y universal de Enrique Bernardo Núñez. *Cubagua* está llena de toda clase de implicaciones ideológicas y de toda clase de reflexiones sobre asuntos de diversa índole. Podría decirse que sirvió al novelista para encajar muchas ideas permisibles dentro del contexto intemporal que funciona en el texto, densificando la intención expresiva *y* dándole un toque inusitado, dentro de la novelística nacional de la época. La novela que insiste en el análisis de cuestiones generales de interés universal, sin descuidar los asuntos inmediatos de la realidad del país, no se estilaba en Venezuela, o al menos no con la intensidad y la intención reflejada en *Cubagua.*

Estructurando un conjunto atractivo dentro de una concepción moderna de la narración, Núñez va tejiendo ideas alrededor de la trama que le sirve de base a su novela. Preocupaciones particulares que como hombre reflexivo proyecta a la universalidad de las circunstancias, pasando, realmente, revista a toda una gama de situaciones que permitidas dentro del conjunto armónico de lo literario e histórico, significan un aporte efectivo y trascendente no sólo en el estudio del ideario del autor, sino, y con mucho acierto, dentro del orden de ideas que por entonces representaban algún interés acorde en el ámbito del pensamiento.

En diversas ocasiones, y siempre con vehemencia denunciativa, Enrique Bernardo Núñez se manifestó preocupado por el destino de la tierra, no considerándola como posesión esencial para el asentamiento y beneficio del hombre, sino, más bien, como símbolo de la permanencia y de la pertenencia que el hombre hace del ambiente. La redención de la tierra, redención sólo posibilitada por el trabajo, es tema consecuente en esta novela y en él están implícitos los desenvolvimientos de personajes tan importantes como Leizeaga y como Stakelun, representativos de fuerzas diferentes y antagónicas, pero identifacadas en el interés final: la posesión por posesión; tesis que naufraga porque la intención del autor es ejemplificar a través de esa posesión de la tierra, y así lo resuelve en la novela. Fray Dionisio, en conversación intencionada con Leizeaga le recuerda la equivocación que comete al dejarse

deslumbrar por la riqueza fácil, advirtiéndole, en la parte final del capítulo II, que "Todos buscan oro. (pero) Hay, sin embargo, una cosa que todos olvidan: el secreto de la tierra", con lo cual se establece como intérprete de su creador, reflejando la importancia capital de un regreso al pensamiento coherente de lo inmediato y de lo seguramente productivo; oponiéndolo al constante aniquilamiento que ejerce el hombre sobre la tierra, y al trabajo insistente de los saqueadores, acusados en la relación que hace el escritor en su Discurso de Incorporación a la Academia de la Historia, ya citado, cuando al relatar el caso de Antón de Jaén, también ya mencionado, concluye expresando que "Fue por lo común la suerte de estos saqueadores de la tierra".

Enjuiciando diversos aspectos de economía social, Núñez es una voz premonitiva, derivada de sus profundas reflexiones sobre la realidad. La visión que se da en *Cubagua* de la región de Guayana y de su potencial de riqueza, es ejemplo definitorio del pensamiento que lo animaba. Leizeaga, derrotado en su afán de desmedida ambición por la riqueza fácil, es ubicado, al final de la novela, en la tierra promisoria de Guayana, que no sólo le proveerá de sus infinitas posibilidades sino que le permitirá desarrollar las que como hombre de acción ha manifestado a su paso por la obra.

> "Desde Porlamar o desde cualquier sitio *La Tirana,* La Osa y El Faraute, partirán llevando al Orinoco la esperanza de la tierra nueva. Leiziaga será portador y recipiendario"[8].

En el mismo orden de cosas, las ideas que se expresan en *Cubagua* consitituyen fundamentadas apreciaciones del escritor en diferentes direcciones, todas adaptadas al tratamiento anecdótico que se hace, en ese momento, en el texto de la obra. De esa manera es posible conocer opiniones autorizadas y reflexiones sobre las relaciones América-Europa, reflejadas en la opinión —intencionada por parte del autor— de Stakelun al hacerlo decir que "Europa ha terminado" y que nosotros estamos naciendo ahora; o en las reflexiones que se hace Leizeaga cuando piensa que "Tarde o temprano, el mundo viejo iría desapareciendo, borrándose en América", incluidas ambas a mitad del texto del capítulo I. Igualmente podemos enterarnos de la idea que animaba al autor con respecto al petróleo, interesante planteamiento porque aquí se ve considerado en su relación histórica, enumerada en datos que significan, sin embargo, la visión proyectiva que sobre el asunto expresó el escritor. Estas ideas principales, de las muchas que funcionan en la novela, se conjugan en una representativa de la actitud visionaria de un novelista

que entrelaza sus pensamientos y sus interpretaciones con el devenir narrativo que le permite estas conjeturas. América joven, petróleo como suceso histórico, aunados al interés y defensa del secreto de la tierra, confluyen en la idea del progreso que Núñez predicaba como solución de acercarse al mundo contemporáneo necesario para el país.

Al lado de esas preocupaciones proyectivas de asuntos de interés vital para el desarrollo del país nacional, Enrique Bernardo Núñez incluye, con justificada angustia, el problema de la raza, en todas sus derivaciones. Para él la raza es la procedencia, lo autóctono, lo propio, lo que originalmente sirvió de semilla para el posterior mestizaje; pero también lo es la resultante de ese mismo proceso que produjo al nuevo tipo de adaptación humana donde realmente se basamenta nuestra identidad. Al lado del pasado, del alma de la raza, que el autor resume en la primera descripción que hace de Nila Cálice, en los mismos comienzos del libro, cuando la llama "bella y altiva, con una emoción de fuerza y los rasgos puros de una raza tal como debió ser antes de que el pasado les cayera en el alma", incluye la nostalgia de la propia alma perdida, como conclusión pesimista de todo lo que pudo provenir desde las fuentes primigenias de un mundo humano amplio, sencillo, característico y pleno de los mágicos poderes que la Naturaleza les confería. Leyendas y certidumbres de Amalivaca; presencia concatenante de Vocchi en explicación de proceso existencial de transferencia de cultura y de renovación del espíritu; y nostalgia, también de todo el poder maravilloso de Erocomay

> "Personaje que penetra en el mito con objeto de materializarlo para el uso de la narración, se mueve en un ambiente de consecución poética que eleva la prosa hasta una tonalidad de intrínseca evocación. Erocomay personaje se convierte en un grito de vida para los indios ante el recuerdo de que era bella y fuerte y reinaba entre las mujeres. (. . .) Erocomay se transforma en un símbolo de vida, y en deseo nostálgico del autor" [9].

Cubagua novela presentiza, cada momento con mejor evidencia, la Cubagua isla que ha servido de ejemplo histórico para la reflexión del presente con la enseñanza del pasado, pero también presentiza el pensamiento vigente del escritor que fue visionario a través de páginas maravillosas, plenas de la angustia vital de un hombre preocupado por el futuro de su tierra.

III

LA GALERA DE TIBERIO (1938 y 1967)

> "Esta novela de Enrique Bernardo Núñez (...), titulada *La Galera de Tiberio,* es una obra con historia. Es decir, que tiene un proceso largo y accidentado, lleno de una serie de circunstancias que la hacen más interesante. Bastaría con empezar informando que fue escrita en dos ciudades y en dos años: Panamá, 1931 y Barcelona de Venezuela, 1932; pero fue a editarse en Bélgica, en Bruselas, en el año 1938. Y, entonces, el público tampoco pudo conocerla, pues su autor decidió echar aquella edición al río Hudson. Sólo reservó algunos poquísimos ejemplares, sin duda con la intención de volver a trabajar en ella, como realmente lo hizo años después"[10].

La estructuración de una novela que conjugara lo literario con el manejo de un pensamiento histórico-filosófico interpretante, por parte del autor, de realidades establecidas desde donde se pueden derivar ejemplificaciones y reflexiones explicativas, como es el caso de *Cubagua,* animó a Enrique Bernardo Núñez a ampliar la visión en torno a problemas de interés general latinoamericano, pensando en la identidad de actitudes y pensando, asimismo, en la identidad de problemas y de situaciones análogas en el contexto socio-histórico-político de nuestros países. De esta índole, entre otras, puede considerarse el intencionado manejo tramático de *La Galera de Tiberio;* novela documento, novela testimonio, novela interpretación y, sobre todo, novela premonitiva y novela relación de hechos y de circunstancias significantes de realidades evidentes y prospectivas.

La lectura de esta obra, en una ubicación bilateral del tiempo y en seguimiento a esa bilateralidad que le confiere su fecha de publicación inicial y su fecha de publicación posterior, permite concebir —como hubiera sido del gusto del escritor— una dualidad de conceptualizaciones al respecto de su interesante y trascendente contenido. Necesariamente un mismo lector, puesto en situación de esa bilateralidad temporal, debería enfrentar este texto novelístico con dos actitudes bien diferenciadas. Leyendo la obra en el momento cronológico de su aparición inicial, la reflexión debe estar basamentada en el reconocimiento explícito a la capacidad del autor que plantea cuestiones de tanta profundidad y de futura resolución, sustentadas, tan sólo, en la experiencia

reflexiva que trata de interpretar una realidad actuante, pero no clarificada. En este sentido, Enrique Bernardo Núñez debe ser visto como el visionario interpretante de sucesos que necesariamente habían de producirse, porque la dinámica geopolítica así lo hace suponer. *La Galera de Tiberio,* para el afortunado lector de su primera publicación, ha debido ser un texto cúmulo de sorprendentes revelaciones y de no menos sorprendentes planteamientos. En otro sentido, y ya cuando el tiempo permitió la edición que podría llamarse definitiva, la novela representa otra cosa. El relato cronificado de unos acontecimientos y de las circunstancias y consecuencias que de ello derivaron. Crónica detallada de muchas situaciones y registro —interpretativo— de la actuación de muchos hombres y de los sucesos en los cuales tuvieron participación.

Interesante destino el de este libro que permite una doble, y doblemente acertada, visión de una misma realidad: la proyectiva y la cronificada.

Si en *Cubagua* el escritor actúa como un personaje espectador que reflexiona e interpreta sucesos pasados y los alinea con sucesos de una modernidad que él puede testimoniar porque pertenece a ella, en *La Galera de Tiberio* el autor es personaje espectador y personaje efectivo de muchas de las peripecias que allí se narran. Esta nueva condición permite a Enrique Bernardo Núñez una nueva posición, asimismo, ante su responsabilidad como escritor y como novelista.

Existe una definida e intencionada ambigüedad en el texto de esta novela que hace pensar, también intencionadamente, que el escritor deseaba jugar con la mayor posibilidad de esa mencionada intención en el sentido de una utilización libre de los asuntos a tratar, pero condicionados, en cierta forma, a un esquema establecido de sucesos cumplidos. En la edición belga y firmada como E.B.N., aparece una nota explicativa donde el lector es informado de algunos pormenores acerca del libro que va a leer. Es una especie de relación que hace el novelista sobre su contacto y Xavier Silvela y, también, sobre el modo en que se convirtió en propietario —recipiendario más bien—, de "sus libros y papeles"; refiriendo cómo

> "Un día me puse a examinarlos y hallé el cuaderno que ahora publico y una copia en máquina. Se trataba de un relato escrito en forma autobiográfica y titulado *La Galera de Tiberio* o Crónica del Canal de Panamá. (. . .) Un relato extraño, un poco desordenado y escrito a ratos con bastante descuido y negligencia, mezcla de hechos fantásticos y de otros más reales o menos increíbles, como dos mundos distintos y contra-

dictorios, o mejor dicho, como si en el fondo de todo aquello el uno apareciese derivándose del otro. A pesar de sus defectos, me pareció digno de que algún lector compartiese tales impresiones".

y, a la vez, juzgando, acertadamente, el contenido esencial de la obra que había escrito. Destacan, entre estos datos suministrados, algunos que revisten excepcional importancia: los que hacen referencia a "un relato escrito en forma autobiográfica", porque muchos de los datos identificadores de la personalidad de Xavier Silvela, coinciden, exactamente, con algunos de los datos identificadores de la existencia del novelista. El hecho de que las páginas "Las escribió Xavier Silvela en los días de 1930 y 31", que son fechas casi idénticas a las que se señalan al final de la novela. Es muy coincidente que para esa época tanto Silvela como el escritor contaran con la misma edad; el que se refiere a la similitud de estudios universitarios cursados; y el final que habla del abandono de esos estudios sin haberlos concluido. Datos y hechos que hacen pensar en una similitud, demasiado casual, entre el novelista y su personaje principal. Existe, además, la manifestación de la vida en el ámbito diplomático —expresada en la novela— y el trabajo que, en ese sentido, desempeñó Enrique Bernardo Núñez en Panamá, para llegar a pensar que gran parte de lo relatado en esta novela procede de ese rubro autobiográfico que en forma tan sutil asoma el autor, pero que, igualmente, en forma tan definitiva desautorizó en su debida oportunidad. Se trata, a mi juicio, de una manejo propio que hacen algunos novelistas con sus propias experiencias vitales. No necesariamente un personaje está calcado en una presencia humana definida e identificable; puede, y lo está en la mayoría de los casos, confeccionado con el agregado de muchas experiencias, sin que ello determine, ni quiera decir, que no constituye un ejemplo singularizado de una representación que ha querido dejar el novelista como testimonio de una interpretación o de una caracterización.

Basándose en una fantasía, representada en la posesión de un anillo, Núñez desarrolla una anécdota múltiple con el fin, establecido, de pasar revista a una serie de acontecimientos producidos a raíz del desarrollo de unos sucesos de categoría mundial. Ese anillo, cuya posesión es símbolo de poderío, y cuya presencia es la significación del espacio temporal: pasado, presente y futuro, determina una esfera de poder que es proyectiva y señala el rumbo del tiempo en que actúa. Ese anillo ha estado presente en los más relevantes acontecimientos del mundo y es utilizado, en la obra, como elemento que garantiza el misterio, la posi-

bilidad y la proyección de lo histórico para explicación de sucesos de actualidad y de futura realización. En base a este elemento lúdico, el autor se adelanta a su tiempo en las reflexiones que hace acerca de lo acontecido y de las conclusiones que se permite expresar como producto de su conocimiento del ser humano y de sus posibilidades dentro del contexto socio-político-histórico en que se desenvuelve.

La Galera de Tiberio es una novela concebida y escrita dentro de las características que se le reconocen al realismo inmediato, crítico, señalativo, denunciativo e interpretativo de las realidades que en ella el novelista presenta. Cada uno de los bloques de intereses expresados, representa la visión y estudio de un grupo humano de singular importancia, destacándose, como voceros que traducen los planteamientos básicos del autor, dos ideas conductoras: Xavier Silvela y Herr Camphausen, encargados, así, de formalizar las cuestiones históricas que son, en esencia, las que determinan el sostén de todo lo narrado. Apoyado en esa actuación manifestativa de realismo, el autor logra conciliar las diferentes vertientes que confluyen en el texto y logra, asimismo, llegar a las conclusiones que surgen de la reflexión originada en la consideración y análisis de los importantes problemas que plantea la obra. Sólo en función de ese realismo primitivo, si puede llamarse así, para implicar la inmediatez y sencillez de su expresión, Enrique Bernardo Núñez puede presentar tantas y tan variadas cuestiones, resultantes de la actuación de seres humanos en conflicto con el medio, con sus semejantes y con las realidades que los contienen. Los personajes de ficción, así como los personajes históricos, están vistos tal como son, sin añadiduras literarias y sin artificios que puedan distorsionar la imagen que realmente representan. Cada ser humano está analizado en su exacto contenido y es requerido en todas sus manifestaciones, extraído de su propio contexto y señalado, específicamente, en la medida en que la novela lo necesita para explicar sucesos y circunstancias. El paisaje, de igual manera, está tratado con una singular exactitud. Las diferentes visiones que se dan de la ciudad de Panamá están enmarcadas en una rigidez de crónica referente, matizada tan sólo con algún rasgo de emoción que la literaturiza sin despojarla de su sentido descriptivo. Esa manera directa de enfocar las cosas se ve interrumpida con algunas interpolaciones que le confieren al libro un toque de novedad por la sugerencia que sus temas despiertan en el lector, sobre todo si se toma en cuenta la época inicial de publicación de esta obra. La utilización de ciertas noticias, fechadas e identificadas como provenientes de fuentes conocidas, orientan la resolución de la trama y le sirven de ubicación espacio/temporal.

Además del contenido historicista de esta novela, que es el principal ingrediente de todos los que la constituyen y el que le confiere mayor validez, *La Galera de Tiberio* es obra de afortunadas consecuciones literarias. Ya el novelista estaba en plena madurez y su capacidad reflexiva lo inducía a profundos soliloquios que habrían de resolverse en textos novelísticos. Todas las características del oficio de escritor logrado por Núñez se encuentran incluidas en esta nueva incursión en que la narrativa y su texto contiene, en forma evidente, todas esas manifestaciones, decantadas y acrisoladas. Narración casi esquemática que se apoya en pilares fundamentales y se desliza en un constante diálogo entre la posición del creador, siempre polémica y combativa, y la presencia de cada uno de los temas que hilvanan, al final, un gran mural de proposiciones y de conclusiones provenientes del largo discurrir con la conciencia histórica, añadiendo el intencionado cariz didascálico, característico del escritor. Juego de presentaciones y de ejemplificaciones que tanto acostumbraba el novelista, colmado de juegos de temporalidades como testigos de los sucesos y como explicación de la presencia permanente e inmutable del ser humano. Proposición semejante a la planteada en *Cubagua* novela, pero esta vez extraída de una realidad más generalizante de nuestra identidad latinoamericana.

Una de las grandes consecuciones de esta novela se evidencia en la utilización de grandes ejes analógicos que permiten derivar un asunto de otro, encadenándolos de tal manera que al irse desenvolviendo van estructurando el asunto general, que es la suma de cada uno de los asuntos que en su debida oportunidad han sido esenciales en el sentido anecdótico. De esta manera Enrique Bernardo Núñez puede manejar diversas situaciones y hacer —lo que era tan de su gusto y tan característico de su mejor novelística— los diferentes planteamientos, justificación casi de su quehacer narrativo.

Aprovechando las posibilidades de la trama, el autor plantea, para analizar y reflexionar al respecto, muchas de sus preocupaciones existenciales; sencillas casi todas, pero plenas de algo que en una oportunidad consideró como "las cosas eternas de la vida, que (él) quisiera utilizar para escribir la novela eterna". *La Galera de Tiberio,* por los temas que maneja, está saturada de teorizaciones. Apoyándose en algunos personajes, voces singularizadas del escritor, o en situaciones que intencionadamente presenta, o en simbologías y mitos, Núñez repasa una amplia e importante gama de planteamientos cónsonos con la materia que está tratando en su libro. La relación de la vida con la historia, basada en la inmutabilidad del hombre como existencia opuesta al cambio esencial que puede modificarlo y hacerlo diferente, avalada por los infinitos años

de la vida y por los infinitos ejemplos de la historia, le sirven de punto de partida para la mayoría de sus cuestionmientos. Una lucha incruenta pero sostenida y sordamente librada, trata de apartar al hombre de su destino espiritual para envolverlo en las maquinaciones de las cosas materiales y perderlo por el facilismo y por el comportamiento deshumanizado: poderes transitorios, auges deslumbrantes, imperios inconcebibles, grandeza sin solidez, son puestas al tapete de la reflexión que el autor resuelve en uno de sus más afortunados ejes analógicos contrarios: la existencia eterna de las pirámides y el auge incierto del Canal de Panamá, o la comparación efectista y luminosa del poder transitorio de los modernos aviones contra la fragilidad eterna y hermosa de una fugaz mariposa. Al estilo de lo referido se desarrollan las grandes preocupaciones que angustiaban al escritor, que se aferraba, por convicción conciencial, a la idea de lo eterno, y lo eterno para él estaba en la condición del hombre en estado de valor intrínseco. Allí residiría la gran verdad y la única forma de oposición a la inestabilidad, inasibilidad e impredicibilidad de la vida. Comienzo y fin son los límites del hombre y esa certidumbre nostalgiza nuestro entendimiento y nos hace buscar el acercamiento humano como solución permanente del tránsito existencial. Pero el hombre es debate y polémica y búsqueda e insatisfacción y el siglo en que vivimos es propicio para la lucha y para la imposición por medios diversos. El hombre se inmerge en el torbellino que le impone la época y olvida la tradición y el pasado constructivo; olvida las viejas culturas que han sido enseñanza y ejemplo permanente; olvida su condición fraterna y comunitaria y se deslumbra por los avances, cada vez más prodigiosos, del progreso; de las nuevas ideas económicas y de la tecnología que trata de reemplazarlo. Otro eje analógico, también contrario, concluye esta serie de reflexiones y el hombre se conecta con la idea de América como posibilidad, y todos los razonamientos que se han hecho en base al hombre sirven para explicar la confusión americana y la inquietante búsqueda de su identidad y de su definitivo destino. Casi al comienzo de la novela, cuando se está describiendo la ruta del Canal, el autor incluye una reflexión, dolorosa y trágica, cuando comenta que "Para el hombre del norte, el trópico es un animal rebelde al cual es preciso enseñar hábitos disciplinados"; y a comienzos del capítulo III, el personaje Revilla, viendo la variedad humana que transita por la ciudad de Panamá, piensa acerca "de la humanidad que iba a nacer de aquella mezcla". Es la confluencia del mestizaje en toda su expecteante realidad. Es el sedimento humano y es, también, la posible esperanza de una tierra nueva. Todo esto le permite al novelista desarrollar una teoría sobre nuestro continente geográfico y humano. Al

igual que Rómulo Gallegos, Núñez le concede primera importancia a la proveniencia asiática del hombre americano. Sin emitir los conceptos discriminatorios que nuestro gran novelista incluye —aunque muy someramente— en el capítulo inicial de *Doña Bárbara,* Núñez habla de que "América desea el Asia. En el fondo del alma de América, Asia se mira y sonríe" (p. 72); y esta apreciación, impregnada de un visible determinismo, le da pie para emprender el desarrollo de su amplia reflexión. América está confundida y una evidente ineptitud se manifiesta en muchas de sus características; resolviendo el término América en un eje analógico que es el hombre americano. El personaje Luis Argote se convierte en la voz y en las palabras que muchos de nuestros grandes hombres han expresado para alertar y prevenir acerca de la identidad americana

> "Compañeros y hermanos en sufrimiento: nosotros somos una fuerza dispersa y se nos mantiene divididos para sujetarnos mejor. Si estuviéramos unidos podríamos luchar en iguales condiciones con la iniquidad y la injusticia. Nosotros, hombres americanos de esta o aquella región, somos una misma cosa". (p. 174).

y de ello deriva el autor un comentario mordaz cuando al hablar sobre los "emigrados de distintos países de América", se refiere a estos últimos como "provincias todas de un mismo imperio" (p. 109); totalizando, en un párrafo magistral, la idea que pesimistamente le merece la realidad. Hablando de los gobiernos latinoamericanos, dice:

> "En Sur América, por ejemplo, apenas se les permite nombrar ministros plenipotenciarios, declarar los días de fiesta y de duelo y hasta llevar a cabo una revolución para reemplazar unos burócratas con otros". (p. 53).

Analizando estas cuestiones, que tanto le preocupan, dirige las reflexiones hacia su patria Venezuela. Juzga los acontecimientos acaecidos el año 1928 y hace alusiones al régimen del General Juan Vicente Gómez como inicio de algunas consideraciones que habrán de llevarlo a plantear sus teorías acerca del policaudillismo venezolano que impidió cualquier acción revolucionaria positiva. En este sentido Núñez defiende la misma tesis que propugnó José Rafael Pocaterra en su famosa obra *Memorias de un venezolano de la decadencia;* pero Núñez, en esta novela *La Galera de Tiberio* va más allá: habla y critica la influencia depredatoria del caudillismo como salida personalista. Coincidiendo con aquella gran tesis de Gonzalo Picón Febres, expresada en su novela *El sargento Felipe,* increpa contra las guerras fratricidas como culpables del desmo-

ronamiento de la tierra y del hombre venezolano. Cuando habla del problema de la despoblación, se suma a la tesis positivista defendida por también novelistas venezolanos del siglo XIX como Manuel Vicente Romerogarcía y Rafael Cabrera Malo en sus novelas *Peonía* y *Mimí,* quienes advertían sobre la necesidad urgente de una inmigración selectiva y de un poblamiento dirigido.

La intervención del autor en su obra es algo inherente al modo expresivo de Enrique Bernardo Núñez. En *Cubagua* se percibe a través de las múltiples insinuaciones que se hacen al respecto, y es permisible cuestionar si los personajes no son otra cosa que la manipulación intencionada del autor en favor de sus planteamientos. Sin embargo la sutileza y el modo mismo de las intervenciones se diluye en una sobrecarga efectista del tono de esos personajes cuando son manifestaciones de lo que quiere decir su creador. En *La Galera de Tiberio* la situación no es diferente, aunque varía en matices. *Cubagua* es una novela de ejemplificación con la historia; *La Galera de Tiberio* lo es, pero de una historia inmediata y no de un paralelismo histórico; y es esa inmediatez la que permite que el autor se identifique, en muchas ocasiones, con los planteamientos y las circunstancias que la novela revela. Aunque descartando la similitud autobiográfica que se le señala, no hay duda de que gran parte de las experiencias vitales del escritor se ven retratadas en estas páginas; y no lo es menos el hecho de que gran parte de su actividad cotidiana está reflejada en la anécdota de esta novela. La actitud crítica que se ejerce a lo largo de las páginas de este libro parece confirmar la actitud crítica permanente que su autor ejercía; las variadas concepciones acerca de diferentes tópicos no son más que prolongaciones de tópicos que siempre estuvo develando para muestra o para ejemplo ante sus lectores; las constantes formas de recordar el pasado —que tanto atraía al escritor—, son también elementos identificadores de la presencia viva del novelista en su novela; y, más que todo lo son, aquéllas que lo sitúan directamente en el texto. Núñez se deja ver al través de un personaje o haciéndose presente por intermedio de alguna insinuación o, en forma de análisis y crítica de las personalidades, cuando define —con un toque de magistral conocimiento del ser humano—, las características que los constituyen. Así, está presente en el juicio que hace contra tiranos como Chía y Manjaloto; lo está cuando habla de periodistas venales como Carlos Bache; asimismo, al enjuiciar la vida disipada de diplomáticos como Castrebil y Reveur. Opina en forma tajante contra los dudosos valores morales de personajes como Bergamota, o de hombres sin escrúpulos ni moral como Paco de Laredo. Objeta las acciones de aventurerismo de Luis Argote y de Cayetano Robles,

al tiempo que elogia y dignifica la actitud ilusoria de Félix Palma. Establece una especie de conceptualización generalizante cuando describe a Miss Alice Ayres, recubriéndola de las más diversas y contradictorias condiciones que pueden ir desde el aventurerismo, lo misterioso, el desdeñoso desparpajo, hasta su presencia de conquistadora y de mujer de activa modernidad. También está presente en todo el apasionamiento humano que revela Xavier Silvela y en la simbología que representa, para la totalidad de la obra, la presencia del personaje Revilla. Pero también lo está en las apreciaciones de historia inmediata venezolana que presenta y trata de interpretar en su obra. Juicios contra el aventurerismo de los caudillos venezolanos. Juicios cáusticos contra los falsos revolucionarios y contra los falsos desterrados, a quienes califica como "desterrados de sí mismos" (p. 85), y que identifica en su personaje Jaime Lobo. La vida disoluta e improductiva de los diplomáticos le merece especial y mordaz consideración, y la relata con una vivencia que certifica su presencia enjuiciativa y crítica.

Pero donde posiblemente se encuentra la mejor huella del autor en esta su obra, es cuando la estructura en base a su concepción de la historia. Desde la historia íntima y cotidiana que comenzó a manejar en la novela *Después de Ayacucho,* y que elevó a límites extraordinarios en *Cubagua,* ha habido una afirmación del concepto. Esa historia íntima y menuda, constituyente de la gran historia y de la historia que trasciende, permite la elaboración de una anécdota donde la suma de las circunstancias va a conformar este amplio cuadro de interpretación histórica que es *La Galera de Tiberio*; y es aquí donde vemos la diferencia esencial con *Cubagua.* Esta es el intento, luminoso, de reflexionar sobre la historia para obtener un ejemplo y una enseñanza. *La Galera de Tiberio* es la profundización de una interpretación histórica en base a hechos y sucesos que comprometieron una parte de la realidad de América; y Enrique Bernardo Núñez, al intentarla, en forma de novela, se nutre de sus propias teorías y de sus propias concepciones, presentando una base real de acontecimientos, tratando la historia desde un punto de vista que la hace grande y decididora; no olvidándose de los permanentes misterios que la misma historia presenta, ni de las posibilidades teóricas que permite; pensando en que la historia es, a veces, repetición, porque es referencia del hombre y el hombre parece ser inmutable. Pasados que regresan y constituyen presentes y se proyectan en posibles futuros: historia dinámica, divulgativa, interpretativa y, muy por encima de todo, constructiva en actitud de una nueva mentalidad capaz de hacer derivar las constantes enseñanzas que proyecta desde los sucesos que la generan.

OSVALDO LARRAZÁBAL HENRÍQUEZ

N O T A S

1 VELASQUEZ, Ramón J. Discurso pronunciado el 2 de octubre de 1965.

2 LARRAZABAL HENRIQUEZ, Osvaldo. *Enrique Bernardo Núñez*, p. 9.

3 ANDERSON IMBERT, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana.* Tomo I, p. 387.

4 LARRAZABAL HENRIQUEZ, Osvaldo. Obra citada, p. 27.

5 NUÑEZ, Enrique Bernardo. "Algo sobre Cubagua". *El Nacional.* Caracas, 13 de diciembre de 1959.

6 NUÑEZ, Enrique Bernardo. Obra citada.

7 LARRAZABAL HENRIQUEZ, Osvaldo. *Ibidem*, pp. 29-30.

8 LARRAZABAL HENRIQUEZ, Osvaldo. *Ibidem*, p. 67.

9 LARRAZABAL HENRIQUEZ, Osvaldo. *Ibidem*, p. 37.

10 ORIHUELA, Augusto Germán. Prólogo a *La Galera de Tiberio.*

CRITERIO DE ESTA EDICION

La presente edición de las *Novelas y Ensayos* de Enrique Bernardo Núñez sigue, corrigiendo las erratas advertidas, los textos que se indican a continuación: *Cubagua* (Caracas, Concejo Municipal del Distrito Federal, 1976); *La Galera de Tiberio* (Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1967). Las secciones "Literatura y Arte", "Política e Ideario" y "El pensamiento histórico" están tomadas de los siguientes volúmenes: *Signos en el tiempo* (Caracas, Cóndor, 1939); *Bajo el samán* (Caracas, Biblioteca Venezolana de Cultura, 1963); *Viaje al país de las máquinas* (Caracas, Ediciones Garrido, 1954); *Una ojeada al mapa de Venezuela* (Caracas, Ediciones de la Asociación de Escritores Venezolanos, 1939); "Juicios sobre la historia de Venezuela" apareció en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* 1948. La sección "Tres ensayos" está tomada de: *Orinoco,* (según la edición del Concejo Municipal del Distrito Federal, 1976); "Arístides Rojas, anticuario del Nuevo Mundo" (sigue el texto publicado en Caracas por las Ediciones *El Universal,* 1944). "Miranda, o el tema de la libertad" (está tomado de la edición publicada por Avila Gráfica en 1950).

NOVELAS

CUBAGUA

I

TIERRA BELLA, ISLA DE PERLAS...

EN EL CENTRO DE MARGARITA, La Asunción erige sus paredones de fábricas abandonadas hace mucho tiempo y las tapias blancas de sus corrales ornamentados de plátanos. El color es la magia de la isla. Así lo piensa Henry Stakelun, gerente de la Compañía que explotaba unos yacimientos de magnesita; y la misma fascinación experimentan cuantos viajeros la contemplan alguna vez. Con su ancho sombrero oscuro, vestido de kaki, botas altas, con su rifle y seguido de dos perros, Stakelun recorre los campos al azar. Las sierras y labranzas resecas no impiden el aire embalsamado que llega de huertas distantes. Margarita presenta esos contrastes.

A la entrada de La Asunción unos matapalos vierten sus copas maravillosas junto a un convento franciscano convertido en casa de gobierno. En la plazuela está el templo y el antiguo Ayuntamiento donde se ve todavía un escudo de España. Frente a la plazuela hay una fuente pública, en medio de un ancho espacio cubierto de hierba. A pesar del enjalbegado obligatorio dispuesto por la ordenanza municipal, las viviendas dan la impresión de que van cayéndose lentamente. Hace un siglo la ciudad fue quemada, arrasada, y desde entonces quedó tal como es hoy, señoreada por su castillo, un viejo caserón militar. Los callejones se retuercen vetustos, silenciosos, llenos de hierba. Tarde y mañana, las muchachas conducen el agua hasta los barrios más lejanos. Las campanadas caen pesadas, monótonas, marcando inútiles el tiempo. El día declina rápidamente entre sombras melancólicas. Entonces un empleado enciende los faroles. Huye el verdor de las montañas que la circundan y los murallones del castillo de Santa Rosa se hacen más oscuros. En Porlamar viven los capitalistas, mercaderes, propietarios de los trenes de pesca. En La Asunción, los empleados públicos envanecidos y pobres.

El Juez doctor Figueiras, habitaba en una de esas calles sórdidas con casuchones desiguales, próximos a desbaratarse. Vivía allí, a pesar suyo, pues en La Asunción hay también crisis de alojamiento. Le acompañaba Andrea, una mulatilla incitante y espigada que había llevado del Tuy para servir su cocina. La castidad de un viejo depende a veces de

sus gustos culinarios. En el salón de gruesas vigas y paredes amarillentas, al suave balanceo de su hamaca, el juez meditaba sus asuntos. Alineados en un cajón se veían los códigos y encima del cajón un gran cuchillo. Con él dieron muerte a un mozo en el pueblo. Figueiras lo guardaba a manera de amuleto y también con el propósito de formar una colección y venderla. Todas las mañanas el juez se levantaba temprano, conversaba con el loro de Andrea, observaba el cielo siempre azul y brillante, tomaba el café y se marchaba al Juzgado en una celda del viejo convento. En la capilla está la imprenta oficial y bajo la escalera encierran a los borrachos que escandalizan por la noche, con excepción del secretario Benito Arias. A las once es la hora del aperitivo, el almuerzo, la siesta. La guardia de la cárcel hace el relevo. Entonces Andrea venía a tumbarse en su hamaca, junto a la del juez. Y todas las noches, hasta las diez, Figueiras se dirigía a la cantina de Jesús Quijada, en donde se comentaban las noticias en torno de un racimo de bananos pendiente del techo. Allí resolvía consultas de diversa índole y recitaba versos clásicos.

DOCTOR GREGORIO ALMOZAS
Médico, cirujano y partero

A veces, en el vecindario, se oía la voz de Andrea recriminando al juez:

—¡Leónidas!

Cuando estas desavenencias ocurrían en presencia de testigos, Figueiras, disculpándose, los acompañaba hasta la calle. Después atrancaba la puerta y maldecía su destino.

Hacia el este se encuentra Paraguachí y más allá la playa del Tirano, un paisaje de rocas y alcatraces, así llamada por haber desembarcado allí el famoso Lope de Aguirre con sus marañones. Desde el Perú siguió el camino de los ríos hacia el mar y se apoderó de la isla con una estratagema que revela su manera de conocer los hombres. Como los vecinos estaban alborotados y el gobierno indeciso en permitir el desembarco, Aguirre propagó el rumor de que llevaba grandes riquezas, manifestándose liberal en sus presentes y obligaciones. Dio por una vaca una copa de plata y a otro regaló un capote de grana guarnecido de oro. Desde aquel momento el gobernador ambicionó, con los deseos más ardientes, apoderarse de los bergantines; pero una vez en tierra, tras muchas palabras y negociaciones, Aguirre hizo salir parte de sus hombres que con gran arcabucería y muchas lanzas y agujas prendieron al gobernador y sometieron su gente. Don Juan de Villandrado hubo de hacer el camino

de La Asunción en las ancas de su propio caballo montado por Aguirre, que le prodigaba los miramientos de una cortesía burlona. En una crónica antigua, reproducida en el "Heraldo de Margarita", se lee lo siguiente:

"El traidor Lope de Aguirre y los demás rebeldes que él acaudillaba, con increíble maldad de sus torvos ánimos, cometieron en la Margarita toda especie de crímenes. Después de apoderarse de la fortaleza se dirigieron con horribles blasfemias a quitar el rollo, que era de madera de guayacán, erigido en la plaza, y con mucho esfuerzo no pudieron derribarlo, lo cual se tuvo por permisión divina. Raro era el día en que el monstruo no inventaba una nueva maldad.

"Mató al gobernador, al alcalde, al regidor, al alguacil mayor. Mató mujeres, ancianos, frailes, labriegos. Mató a su confesor, fraile dominico, por haberle reprobado sus infernales delitos, aconsejándole que volviese a la obediencia de Su Majestad. Este varón recibió la muerte con entera humildad mientras rezaba el "Misere mei Deus". En las horcas de dos desertores mandó poner estas leyendas: "Ahorcados por leales servidores del rey de Castilla", y decía, comentando el suplicio de aquellos infelices: "Veamos ahora si el rey os resucitará o dará la vida".

Pero en Margarita el tirano Aguirre está olvidado.

En Paraguachí, a la hora de vísperas, en la puerta del templo, se veía a un franciscano, hombre alto, cojo, de edad indefinible. Era el párroco, fray Dionisio de la Soledad, que seguía con la mirada la puesta de sol y las rojas flores de cedro desprendidas por el viento. Singulares versiones corrían desde su llegada al pueblo. Se aseguraba haberle sorprendido de rodillas ante una cabeza momificada que ocultaba cuidadosamente. Otros hablaban de su afición a mascar cierta hierba e indicaban un diente de caimán pendiente de su camándula. Gracias a él, Paraguachí tenía dos torres y gracias a él, desde unas semanas antes se encontraba allí Nila Cálice, hospedada en su misma casa. Con gran beatitud en el semblante, Nila tocaba el órgano. Resonaban entonces profundos gemidos o expresiones de amor incontenible, especie de ráfagas bajo las cuales oscilaban los cirios del altar. Después, vestida de hombre, montaba a caballo. Se la veía a través de los valles grises, de los valles verdes, tornasolados, y en las playas deslumbradoras. La pasión de Nila era la cacería, la danza, dormir al aire libre, galopar horas y horas, lo que al fin y al cabo quiere la vida moderna.

Se murmuraba de Nila con envidia, se la deseaba. Esto ocurría en Paraguachí o en La Asunción. En los ranchos, a lo largo de los caseríos, era otra cosa. Salían a verla. Después callaban pensando que era demasiado bella y altiva. Su cuerpo tenía la pristina oscuridad del alba. Una

emoción de fuerza, los rasgos puros de una raza tal como debió ser antes de que el pasado les cayese en el alma. En cada uno, al verla, la visión persistía de un modo distinto.

—Todo fraile guarda bajo el hábito el secreto de una linda moza.

—Y Etelvina Casas, ¿qué dice?

—Etelvina, como de costumbre, se ha hecho amiga suya y se han ido a bañar juntas.

—¡Es pavoroso! ¡El pueblo entero debería protestar!

Otros, en cambio, garantizaban la santidad del párroco. Fray Dionisio no poseía nada. Era hombre de perfecta humildad. Durante la construcción de la torre se le vio subido en los andamios con el hábito manchado de barro, los ojos llenos de polvo. El mismo, ayudado de los vecinos, acarreaba piedras, arena, cemento. Florecieron rosetones en la fachada y las columnillas se elevaron airosas y esbeltas. En breve la torre quedó concluida y resonó su voz de plata en la mañana, de bronce al atardecer. Después fray Dionisio quiso acometer otras empresas, pero éstas quedaron interrumpidas.

Cerca de Paraguachí estaban los establecimientos de la Compañía. Stakelun se hallaba bien instalado y podía ofrecer a sus huéspedes comodidades de que carecía el mismo presidente de Estado[1]. Desde su hamaca Stakelun contemplaba los montones de tierra blanca, las serranías también, blancas, azuladas como la orla de los nacarones. Las obras estaban abandonadas, las vagonetas inmóviles, oxidándose en las paralelas inútiles. Apenas dos empleados cuidaban las herramientas, las plantas y los perros de Mr. Stakelun. En ocasiones éste abandonaba su optimismo y prorrumpía iracundo contra el ex-gerente Joseph Jhonston y su esposa, Zelma Jhonston, causas de aquel litigio ruinoso y eterno. Nadie, en realidad, se acordaba de que allí se explotaban unas minas. El mismo Stakelun residía allí para seguir de cerca las fases del proceso e ir a La Asunción a cumplimentar las autoridades. Entonces refería, a quien quería oírle, la traición de Jhonston y la codicia todavía peor de su mujer. Zelma era una vieja feroz. Se la encontró de cocinera, pero Jhonston terminó por enamorarse de ella y renunciar el cargo para demandar a la Compañía por daños y perjuicios. Al menos así lo había decidido Zelma.

La amistad con jueces y funcionarios era siempre para Stakelun una vislumbre de esperanza. Su casa estaba siempre abierta a los personajes de alguna importancia. El doctor Figueiras y el coronel Rojas le visitaban con frecuencia. El doctor Almozas iba también a tomar su whisky.

—¡Ah, si la isla tuviese agua sería un paraíso! Aquí se dan excelentes uvas. Las piñas son las más ricas y la variedad de pescado es infi-

nita. Hay para surtir al mundo de conservas. ¡Si hubiese iniciativa! En nuestro país se puede hacer todo y todo está por hacer. Pero la isla es tan fértil que no necesita agua.

—Para que esa audacia llegue será preciso que pasen mil años. El progreso llegará a nosotros después de un milenio —arguyó Figueiras con una risita sarcástica.

Y el doctor Ramón Leiziaga, graduado en Harvard, ingeniero de minas al servicio del Ministerio de Fomento, comenzó a pasearse de un lado a otro:

—No basta la iniciativa. Ante todo es preciso dinero.

—Sí, todo puede hacerse y nada —añade con sorna el coronel Rojas.

Leiziaga volvió a sentarse, montó los pies sobre la mesa cargada de botellas y vasos.

—Siempre he acariciado grandes proyectos: empresas ferroviarias, compañías navieras o vastas colonizaciones en las márgenes de nuestros ríos; pero si logro una concesión de esa naturaleza, la traspaso en seguida a una Compañía extranjera y me marcho a Europa. Ya tengo treinta años y un jefe, el doctor Camilo Zaldarriaga. Un hombre gruñón y sarcástico, un imbécil. Deseo huir de todo esto, porque hoy los años son días y aquí los días son años.

—¡Je, je! Es el pensamiento de todos nosotros: irnos a Europa, pero nuestra tierra no sufrirá nunca esas palpitaciones febriles que usted desea.

Sin lentes, Figueiras adquiría cierta expresión jovial, como despojado de su sombrío atributo de juez.

—Europa ha terminado —afirma Stakelun—. Norte América es muy joven. Ustedes están naciendo ahora.

—Sí; ¿a qué preocuparse tanto? ¿No es cierto? He oído esto a menudo. El todo está en vivir. Sin embargo, a mí me parece que Sur América quiere ser ante todo una señora muy vieja. Se ha puesto arrugas postizas y cabellos blancos. Acaso sea coquetería de joven; pero mientras tanto es preferible la selva, el silencio virgen.

—Pero, ¿a cuál América se refiere usted? ¿Eh? —interrogó Almozas casi indignado—. Usted no me negará, joven, que aquí están las reservas de la humanidad futura. La ciencia...

El doctor Almozas depositó en el suelo un estuche de madera. Era un forceps oxidado.

—¿Usted emplea eso asimismo, doctor? —preguntó Stakelun.

—Sí, asimismo —repuso un poco sorprendido.

Venía de usarlo en un parto muy laborioso. Gemelos. El caso es frecuente en la isla. Almozas hacía pensar en aquella gente tan pobre y tan fecunda. El mismo tenía veinticinco hijos y unas plantaciones de coco. Figueiras y en general los empleados públicos, en su mayoría forasteros, se lamentaban siempre de aquella pobreza irremediable. El único que no decía nada era Rojas. Escuchaba con desdén los comentarios apenas reprimidos en presencia de los nativos. Ahora Leiziaga tenía el mismo pensamiento y el doctor Almozas continuaba hablando ante él de la fecundidad de la isla.

—La ciencia... —y concluía con un ademán torpe, solemne, en el cual abarcaba toda la enorme masa silenciosa— ... el vulgo.

Una campana sonó. Unos pasos hicieron crujir la madera del piso. El viento arrastraba arena, pétalos, palomas, el color rubio, bermejo, cálido. Hernando Casas entró y se dejó caer en una silla con expresión de cansancio:

—El lunes entrego la finca —dijo, y comenzó a reírse de Almozas y de las alusiones a Zelma Jhonston.

—¡Está usted contento!— observó Figueiras.

Parecía, en realidad, desembarazado de un gran peso. Casas se había dejado arruinar con una especie de voluptuosidad. Etelvina, su mujer, refería esto llorando.

—¡Es la luz! —afirmaba Almozas.

—¡Oh, no creo que la luz quite el coraje a los hombres! No, mi hijo no será así.

Etelvina odiaba a Stakelun, que no se daba por aludido. Aquel día, como siempre, fue a "Las Mayas" en compañía de Leiziaga. Era una casa antigua, con su alberca cubierta de musgo. Cerca corre una cañada, verdadera fortuna en la isla, con la cual en otro tiempo, los frailes franciscanos hacían mover su trapiche. La estancia más rica de Margarita, propiedad hasta hacía poco de los Casas. La familia ejercía sobre aquellas tierras un dominio secular. Niños desnudos, con los ojos comidos de tracoma, llegaban en multitudes:

—¡La bendición, madrina!

Las mujeres que desandan los caminos en busca de agua y tejen al mismo tiempo, llegaban también con sus cestas de frutas y bateas de pescado en la cabeza. ¡Ah, Señor! Tejen febrilmente. El tejido les hace olvidar las distancias, el sol, la vida quizás.

El nuevo propietario estaba instalando un alambique y hacía vender agua a diez centavos la lata. A Rojas la cedía gratis. Al doctor Almozas cobraba únicamente tres centavos. Estos detalles exasperaban a Etelvina. Cualquiera, al verla, temía verse arrastrado por ella a un

abismo insondable. Bajo los árboles decrépitos, su figura se tornaba más ligera. Una palidez recorría su cuerpo. Iba partiendo los gajos más tiernos, chupando los tallos, las flores ardientes.

—Tres días apenas nos quedan en "Las Mayas". Será preciso impregnarse bien de todo. Aquí he vivido, he sufrido.

—Pero, ¿cómo puede usted vivir aquí, Etelvina?

—Los pueblos son insoportables. Créame, Leiziaga, aquí estaba mejor. Siquiera veo las estrellas a mis anchas. Yo abomino esas poblaciones que tienen un poeta como una torre y su parque de pobres árboles. Escuche.

El viento pasaba en silencio. Una luz brilló dentro. Etelvina fue a tenderse en los tréboles que circundaban la alberca. Palpaba la tierra acariciándola:

—¡Serás mía a pesar de todo!

Los cabellos formaban lucientes anillos en torno a su cuello; y en sus ojos, también negros, se encendió una alegría extraña y breve.

Esa misma noche, en la tertulia de Jesús Quijada, el doctor Figueiras afirmaba:

—He conocido a este joven Leiziaga que ha venido a inspeccionar la magnesita y he tenido ocasión de tratarle. Me parece un vicioso, un irresponsable, ¿sabe?

El bachiller Bautista Aguilar, archivero y calígrafo oficial, movió la cabeza en señal de aprobación:

—Eso es lo que mandan a Margarita. No debemos hacernos más ilusiones.

—Y el secretario ¿qué hace ahora?

—¡El secretario está borracho!

—Me alegro. Con eso no intrigará a nadie.

Entonces se hizo el silencio.

Stakelun esquivaba la modorra, el ambiente perezoso. Cazaba monos, conejos, venados, perdices. Emprendía excursiones a las islillas vecinas donde abunda el carey, las orchilas color de ébano que esmaltan el polvo milenario de conchas. Trepaba las serranías hasta hartarse de sol y de cansancio. Las tierras se extienden rojas, doradas, de un rojo que devora las montañas. De pronto, en algún sendero, hay un estallido inesperado de flores. Hay lagunas, alboradas, ocasos, playas, raudales maravillosos. Las plameras se confunden con los cardones y derraman su verdor piadoso estremecido por el soplo ardiente de los arenales. Un pedazo de tierra cortado por el tajo de algún cataclismo.

He aquí lo que el poeta J. T. Padilla R. ha dicho de su isla: "Margarita es tierra de flores, tierra bella, isla de perlas. Una sola perla es Margarita nacida del mar en un tierno ocaso del mes de abril. La palmera crece en sus valles, valles graciosos que sonríen al viajero".

Pero el poeta nada dice de la miseria de los labriegos, ni de sus valles áridos. Por eso Padilla y su isla se mueren de hambre.

La perla es la vida de todos. Pocos días antes los trabajadores de Margarita solicitaron la apertura de la pesca antes de que el "turbio" dañase los ostrales. No caía gota de agua en la isla. Las labranzas quedaban abandonadas y los que podían emigraban a los campos de petróleo o al Orinoco.

Bajo las enramadas, en largas hileras, se ven los botes recién pintados. Las orillas se extienden en curvas perfectas con su eterno festón de espuma. Aquel día, como de costumbre, Stakelun bajó al Tirano en compañía de Leiziaga y pidió un bote. Se pusieron los trajes de baño para nutrirse bien de rayos solares. Antonio Cedeño rema lentamente. Es un hombre corpulento. Su rostro recuerda el de los ídolos esculpidos en piedra que yacen dispersos o enterrados. Toscos y deformes, pero que esconden bajo su fealdad irónica el misterio de los orígenes, la remota y deliciosa verdad.

—Cedeño ¿no has vuelto a beber?

—Será cuando la pesca se abra.

Es la esperanza evocada siempre al atardecer o en cada hora oscura del día. Leiziaga quiere demostrar las ventajas de limitar la estación de pesca para proteger el desarrollo de los placeres, pero Cedeño se encoge de hombros y deja escapar una mirada hostil.

—Son cosas de la ciudad, de los extranjeros. A la ciudad van las riquezas de la isla.

—Usted también es extranjero —observa Stakelun—. Extranjero es todo el que no ha nacido en la isla. Forastero. Yo conozco la tierra.

—No importa. Pueden venir todos. Nosotros siempre quedamos.

Violentamente Cedeño arrebata los remos a Leiziaga. Sus ojos penetran en el agua espejeante. La perla permanece secuestrada. En vano la luna o el rocío resbalaron en las horas pálidas, cuando la noche se extingue y las conchas se abren trémulas de deseo. Sin embargo los remos no dejan señal y ellos explotan el campo donde se borra siempre el surco, igual que el viajero de hace muchos siglos cuyos pasos no dejaron huellas.

—El mar siempre da pan —añade Cedeño indiferente, señalando las costas.

Hombres casi desnudos repetían gestos ancestrales. Las velas se hinchan lozanas. Con una serenidad augusta lanzaban las redes.

¿Quién ha dicho que es inútil arar en el mar? Los brazos labran surcos donde la gema florece. Hincha de pan las manos como la mazorca. ¡Bendito sea el mar! El mar, como la tierra, da oro y pan.

Sobre las piedras amontonadas Leiziaga piensa: Allá está el doctor Zaldarriega con sus planos, sus sarcasmos y su rutina inevitable. Todos los días su jefe inmediato le pasaba planos e informes sobre los cuales iba trazando con su bella letra: oro, petróleo, diamantes. Dentro parece fulgir el brillo pálido de los metales en que la muerte trabaja sus talismanes. Ahora, en vez de papeles, veía allí, frente a él, la costa desierta del continente. Hay espacio para ciudades colosales, para que una poesía inédita, un género de vida nueva, escale las torres y gane el cielo azul entre el humo de los navíos. Tarde o temprano, el mundo viejo iría desapareciendo, borrándose en América. Tras una pausa saludable se alzarán ciudades asiáticas, africanas, europeas, con terribles guerras de razas alimentadas por un materialismo feroz, en el cual se hallarían gérmenes de los antiguos misticismos. Entonces no quedaría el recuerdo más remoto del doctor Zaldarriaga ni del doctor Almozas.

El mar es verde, diáfano. Las playas lejanas como guijarros. La luz blonda, vigor de espátula en torno de las rocas, alza sus velos argentados, sus sinfonías de llamas, sobre islas y farallones. Los Testigos, Los Frailes, La Sola.

En otro tiempo existía aquí una raza distinta. Sacaban perlas, tendían sus redes, consultaban los piaches, usaban en sus embarcaciones velas de algodón. Nacían y morían libres, felices, ignorados. Después llegaron descubridores, piratas, vendedores de esclavos. Los indios descubrieron entonces entre las zarzas, junto a una caverna, morada de adivinos, una figura resplandeciente. Tenía un halo de estrellas y un pedestal de nubes. El monte estaba cubierto de infinitas estrellas blancas. Piadosamente la condujeron a un valle y allí erigieron un santuario. Desde aquel día las playas y laderas de la isla manan un olor suave y deleitoso. Los piaches huyeron, se levantaron poblaciones, la tierra pasó a otras manos. Ahora un denso silencio se desprende de las cimas. Todo aquello ha pasado en un tiempo demasiado fugitivo, como el que comienza ahora.

En aquel momento Leiziaga vio cerca de él a Nila en traje de baño rojo y blanco. Tomaba las conchas más hermosas para lanzarlas en el azul infinito. El disco de nácar brillaba en el torrente de luz como la luna en el día. Leiziaga creyó haberla visto toda la vida o al menos

hallar una imagen que vivía confusamente dentro de él. Barro maravilloso en el cual se funden y plasman los deseos. Las olas llegaban en tumulto, lentas grabadoras de rocas, imprimiéndose en las costas.

—Es la hija de Cálice, un lázaro —dice Stakelun—. Vive con el cura—.

Leiziaga se acercó a ella:

—Justamente, pensaba en tí.

—¿En mí?

—No precisamente en tí, pero es como si hubiese hallado lo que buscaba.

—¡Ah, eso es otra cosa!

Nila se tendió en la arena. Después se sumergieron en el mar tibio, purpúreo. Los alcatraces se precipitaban sobre el cardumen. Las islillas destellaban lejanas. Los cardones descendían en apretadas filas hasta el mar. Cuando regresaron los contornos eran más nítidos, como trazados con carbón encendido.

—La humanidad quiere volver a la vida primitiva. Siente necesidad de reposo y de un poco de silencio.

—Nosotros lo tenemos. Fíjate. La vida en una gran ciudad y la de las selvas difiere únicamente en los detalles materiales y en el silencio. El instinto es el mismo. Pero el silencio está de nuestra parte.

—He estado largos años fuera y al volver me ha parecido que no conocía mi país, Nila. Se me ha revelado de un modo distinto.

—Yo también he salido; pero siempre queda algo tan arraigado en nosotros que nada puede modificar.

—Hay una alegría extraordinaria en todo eso. ¿No crees? Acaso seas tú, Nila.

—¡La alegría! ¿conoces tú la alegría?

Leiziaga se volvió hacia Stakelun.

—Ciertamente...

—Bueno, será preciso irnos.

Ciertamente, en Nila había belleza, gracia, juventud. fuerza, altivez, todo menos alegría.

El auto de Stakelun, un coche de dos asientos con las llantas desgastadas, atravesó vertiginosamente el camino del Tirano a La Asunción. La bocina chilló en las callejuelas. Los cerdos pastaban cerca de las puertas. Unas gallinas huyeron asustadas. Un mendigo sesteaba en la plaza con desdén apacible por las cosas de este mundo. Leiziaga era más sensible a ese aire desolado o recibía una impresión distinta a la de Stakelun, cuyas pupilas metálicas interpretaban de un modo distinto las cosas muertas. Violentamente hizo funcionar el motor.

En tanto, Nila, vestida de blanco, cubierta con un sombrero de paja, galopaba por los senderos. Su figura se diseña flexible, dorada, perseguida por los perros que ladraban entre el polvo. Veloces giraban los pueblecitos con sus portales blancos como fachadas de cementerios aldeanos, de los cuales llegaba un compás de joropo... Trochas y acordes. La música del pueblo es triste. El secretario Benito Arias vio a Nila, la llamó con silbidos y lanzó su caballo en pos de ella. Se hallaron en un lugar desierto, entre cardones florecidos de rojo. De pronto Nila se volvió, velozmente pasó cerca de él y al pasar le cruzó la cara con el látigo.

A la misma hora Figueiras, en compañía de sus huéspedes, tomaba asiento en la mesa adornada de lechosas, mangos y aguacates. Gravemente apoyaba la barba en su diestra:

—Andrea ha compuesto un pescado excelente en honor de ustedes. Si la isla tuviese agua no echaríamos nada de menos. Ahora tendremos carretera de macadam de norte a sur y después vendrá la luz eléctrica. El progreso entrará a la fuerza. ¡Sí, en nuestro pueblo el progreso entra siempre a la fuerza! ¡Fíjese!

Andrea en pie, a su espalda, quería intervenir en todo. A cada momento llamaba la atención del juez. Le estaba prohibido fumar. El alcohol le producía disturbios estomacales.

—Esta pobre muchacha se preocupa mucho por mí. Por eso le perdono su falta de tacto. ¡Salud, señores! —dijo apurando su vaso de ron con limonada.

—Leónidas, ¡te he prohibido beber!

—Está bien, está bien, no te importe.

Andrea dio un respingo y sacó la lengua. Entonces Figueiras se levantó, se dirigió a ella iracundo, suplicante. El loro comenzó a gritar palabras obscenas. Un mono se descolgaba por entre las ramas del patio con gestos burlones. Al tomar asiento de nuevo, Figueiras estaba imponente.

—¡Salud, señores! Pensemos en nosotros mismos.

Al final del almuerzo volvió a chillar Andrea.

—¡Mientras hablas zoquetadas la casa se vuelve un desorden!

El secretario de la Jefatura se había echado en su hamaca y dormía profundamente. A poco volvió el juez con semblante preocupado:

—La muchacha del cura ha agredido al señor Arias. Esta será su última fechoría. Señores, les ruego dejarme solo. ¿Saben? Todo se arreglará. Ustedes perdonen.

Había en su rostro un dolor profundo.

No hay brisa, pero caen los jazmines encendidos y el verdor de los dátiles lejano y lánguido. Las casas parecen desiertas, y el mar presentido en el aire, un cristal líquido. Si cayese la lluvia, la tierra sería menos roja y menor también el ardor de los cuerpos. Después se oye una canción tierna y triste. Hombres de jarana preludian sus guitarras junto al viejo convento. Adultos y niños untados de grasa pasan el domingo en la plaza o sentados a las puertas de sus casas. Todo aquello se ilumina con una luz sombría, amarillosa, que desgarra los ojos.

Paraguachí aparece risueño bajo sus cedros y ceibas frondosas. En el altozano del templo se pasea un fraile cojo, absorto en su breviario. El sayal descubre las piernas descarnadas, oprimidas por gruesas botas. Parece más bien una de esas figuras carcomidas que se ven en las fachadas de los templos muy viejos. Es fray Dionisio que reza el Oficio Parvo.

Al verle, Leiziaga sonríe de la maliciosa intención del pueblo.

—Todos los que han pasado por aquí —dice Stakelun— han pensado en Nila.

—¿Conoces a Nila? —preguntó después a Etelvina.

—A Nila, sí; pero ella no es nada de Cálice. Es hija de Rimarima, un cacique que murió asesinado hace algunos años. Fray Dionisio es su tutor.

Quizás eran fantasías de Etelvina, aficionada siempre a historias extraordinarias. Hablando del matrimonio refería siempre el caso de una amiga suya a quien su marido inoculó el bacilo de Hansen. La vio después en el lazareto. Sus bellas manos estaban mutiladas. Pero ahora, al referirse a Nila, dio muchos detalles. Cuando el asesinato de Rimarima, fray Dionisio les deparó asilo en un paraje inaccesible a los blancos. A semejanza de muchos otros, fray Dionisio, en vez de reducir al indio, se adaptó a ellos. De ahí las raras costumbres adquiridas durante su larga morada en el Caroní. Nila fue a estudiar a Europa y a Norte América, donde siguió un curso en la Universidad de Princeton. Habló también Etelvina de las relaciones de Nila con Teófilo Ortega.

—He ahí el estoicismo de esta gente —afirma Leiziaga.

El doctor Almozas llegó a "Las Mayas" después de su recorrida vespertina y se puso a leer el discurso que debía pronunciar en la inauguración de un puente, en el cual loaba las virtudes de la isla heroica y procera. Leyó con tanto énfasis que no pudo advertir la indiferencia de los oyentes.

El cielo tenía un resplandor de oro y al occidente caía una lluvia de perlas y rosas. El viento pasaba dulcemente, arrastrando el aroma

de las huertas. En la iglesia sonaba el órgano. El mar lanzaba entre las rocas amontonadas su rumor venerable.

Tierra bella, isla de perlas...

Teófilo Ortega llegó esa tarde de Porlamar. Se fue a su casa, se lavó, comió su pescado asado con pan de maíz y en seguida marchó a casa de Nila. Vestía pantalón negro, camisa blanca, zapatos oscuros. El tatuaje en el brazo izquierdo: una serpiente entre dos puntos y en letra cursiva las letras T. O.

Nila estaba en su hamaca purpúrea, de cuadros azules. Empuñaba un enorme abanico de palma que reposaba sobre su pecho florido. Ortega entró y sentóse en el suelo, absorto en ella, que sonreía a un pensamiento lejano. Sin duda estaba ausente. La luna penetró en la habitación.

—Nila, tengo que hablarte.

—Bueno, será después. Ahora, déjame.

Ortega salió sin hacer ruido. Cuando el pueblo se hubo dormido, Nila y fray Dionisio bajaron hacia el puerto.

A la misma hora, viendo la luna, la sombra de los árboles, los campos donde flota un aire de cosas inmemoriales y extinguidas, Leiziaga pensaba en Nila y escribía. "En la espuma como en la niebla y el silencio hay imágenes fugitivas. Son tan ligeras en su eternidad que apenas podemos sorprenderlas; pero en ocasiones, un sonido, una palabra u otro accidente inesperado, provoca la revelación maravillosa en el hondo misterio de las costas y serranías".

A la mañana siguiente los Casas se fueron definitivamente. Hernando ayudó a montar a Etelvina. Después subió él con el pequeño hermano.

—Hasta la vista —y tomó la delantera.

Etelvina contempló un momento los muros seculares de anchos aleros, los árboles dormidos en el aire cremoso. Allí había sido su alumbramiento. El último de los Casas. Esa noche, como siempre, el viento daría sus largos giros mientras la lluvia de astros cae sobre los montes y llena los arroyos, las vertientes. Esa noche, como siempre.

—Serás mía, a pesar de todo.

El mismo día Leiziaga recibió un telegrama del Ministerio en el cual se le ordenaba inspeccionar la zona de perlas de Cubagua.

Stakelun no se había movido de su hamaca. En torno suyo rodaban las botellas vacías.

—Le recomiendo para su inspección a Antonio Cedeño. Puede llevarse a Teófilo Ortega, que es buzo. De lo contrario, tendría que ir hasta Porlamar. De aquí a Cubagua hay apenas una hora.

Stakelun se incorporó a medias. En sus ojos había un destello de curiosidad y de ironía:

—Buen viaje y mucha suerte.

El viento zumbaba en la cueva del piache, en el valle de San Juan, sobre las montañas de Guatoco, el Copey y Macanao arrastrando la leyenda del tirano Aguirre, la de los guaiqueríes, la de los piaches. Ya que nadie los recuerda.

Leiziaga pensaba cumplir la comisión en tres días y regresar en seguida a Caracas.

II

EL SECRETO DE LA TIERRA

La Tirana surgió en Cubagua, una isla decrépita de costas roídas y aplaceradas. Cardones. Los alcatraces vuelan inmóviles, en largas columnas, sobre un cielo desfalleciente. A pesar de eso, Leiziaga se arrepentía de no haber seguido las indicaciones de Cedeño: salir por la mañana a fin de no pasar la noche en Cubagua.

Caen las velas, la tarde. Los tripulantes se deslizan y maniobra con la solemnidad de un rito que celebra el nacimiento de las constelaciones.

Antonio Cedeño explica mascullando las palabras entre su gran cigarro: aquella es la Punta de Araya, el Golfo de Cariaco, Coche. Son costas que se van ocultando, serranías borrosas. Aquí en Cubagua —prosigue— hay petróleo. También habla Cedeño de la ciudad que en otro tiempo hubo en la isla y señala los escombros sumergidos. Algunas ruinas y cobertizos utilizados en la pesca recuerdan todavía los primeros establecimientos.

La boca de Cedeño se hace más gruesa partiendo en dos los rasgos abultados. Pero Leiziaga no escucha más.

¿Hay petróleo? Su memoria comienza a reunir datos, noticias vagas. En Londres se suicidó un sujeto que afirmaba la existencia de una fuente de petróleo en una isla venezolana. Desde Cubagua remitían a España un betún muy solicitado para usos medicinales. Los viejos duques lo pagaban a precio de oro. Cedeño muestra la cadena de discos aceitosos en torno de *La Tirana.*

El corazón de Leiziaga da un salto y su alegría es apenas comparable al disimulo de Colón cuando vio allí mismo las indias adornadas de perlas... Les arrojaron un plato de Valencia y ellas dieron todas las perlas. Avanzaban en la celeste alegría de la luz, con movimientos que recordaban sus danzas. Si eran bellas lo decían sus espacios de nácar y aquel mar donde se agrupaban desnudas. Leiziaga piensa qué puede dar él tan insignificante como un plato para obtener aquello.

—La Osa —dice Teófilo Ortega observando los mástiles que sobresalen al otro lado del ancón desierto.

Vencidos por el día asfixiante se enjugan los torsos desnudos, y sus labios se mueven apenas.

—¿Qué hablan ahí?

Ellos se miran y le observan. Nadie ha dicho nada. Los ojos de Cedeño se replegan irónicos. Del cigarro se desprenden pequeñas chispas. Pero cuando Leiziaga le interroga, siente la fuerza que los lanza al uno contra el otro. Es un choque de miradas alertas donde hay algo más que desdén, más que odio. Después de la cena, Leiziaga tomó la linterna, aseguro la pistola y se fue a tierra.

Los pies se hunden en el río de nácar. Rocío de mundos. De una vez podría realizar su gran sueño. En breve la isleta estaría llena de gente arrastrada por la magia del aceite. Factorías, torres, grúas enormes, taladros y depósitos grises: "Standard Oil Co. 503". Las mismas estrellas se le antojan monedas de oro, monedas que fueron de algún pirata ahorcado. Los hombres que se mueven como dormidos desaparecerían. De pronto se sintió turbado creyendo oír en el espacio un rumor humano.

Por el mar se aproxima un coro de voces, ecos de las noches primitivas, a las cuales suceden pausas inmaculadas y una ráfaga de oro, un destello lejano. Ideas que nacen del mar, entre los arrecifes. Cuando ha llegado el tiempo escapan de sus lechos y emigran, girando siempre para orientarse, en grandes nubes. Conseguido el rumbo, nada puede desviarlas, ni el viento ni las montañas, y vuelan directamente a refufiarse en las viviendas humanas causando a veces terribles estragos. Como son semejantes al polvo, nunca se las podría eliminar. Se las vería a través de un rayo de luz, sujetas a quedar aplastadas en algún grueso volumen, confundidas con los vulgares insectos que vuelan en torno de la lámpara.

Leiziaga ríe imaginando lo que pensarían de esto el doctor Camilo Zaldariaga y el doctor Tiberio Mendoza, aquel académico asmático y sentencioso.

—¿Qué tal Cubagua, eh?

Volvióse y se halló frente a fray Dionisio. Parecía más alto, más flaco, próximo a convertirse en un montón de ceniza. Sus dedos resbalaban por la barba, una barba que casi ocultaba la boca hundida.

—Estoy pensando en levantar un plano. La situación es excelente. Fácil comunicación por todos lados. El agua puede traerse en pipas, de Cumaná.

—Exactamente. Hace cuatrocientos años la traían también en pipas. Exactamente—. Y añadió: —Verdad que es poco tiempo.

Ante ellos, los cardones forman un laberinto de columnas. En *La Tirana* una voz infantil canta con melancolía inconfundible:

Las tres carabelas,
las tres carabelas
que Colón tenía:
La Pinta, La Niña,
y La Santa María.

Caras barbudas, meditativas, bajo los cobertizos alumbrados con tizones. Las sombras crecen hasta escaparse por el techo.

—¡Qué efecto más dramático el de la luz en esos rostros!

—Este es el valle de las lágrimas.

Ante ellos se alzan unos muros, restos de alguna mansión de la Nueva Cádiz. Los huecos de las ventanas son como nichos vacíos. Un cardón sobresale entre los muros, se alarga, recorta su forma como un ciprés.

En *La Tirana* Martín Malavé distraía su ocio con aquella canción pueril:

La Pinta, La Niña
y *La Santa María.*

Las estrellas bailan en los ojos del guaiquerí, dan vueltas y caen rápidas del horizonte. La misma luna describe parábolas y se transforma en otras lunas que giran silenciosas. Al fin acaba por dormirse y sueña que tiene un barco —un barco vale más que un caballo—, y va a sacar perlas. Su barco repasa las formas del continente.

Antonio Cedeño y Teófilo Ortega observan las estrellas y también se van a tierra. Diríase que algo tienen de común como el padre al hijo. En torno de ellos los arenales silban.

Apenas un arco de las galerías quedaba en pie agrietado y pronto a derrumbarse. Por las salas sin puertas entraba únicamente el viento, salas trazadas con manía de grandeza que los nuevos habitantes cubrieron en parte de paja y zinc. Cuando alguien habla la voz llena toda la casa y vuelan los murciélagos. Aves de rapiña se posan sobre los muros llenos de agujeros y garzas blancas de cuello rojo. Cuando alguna luz se enciende un mochuelo deja ver sus ojos martirizados. El pavimento fue arrancado, reducido a polvo o voló en pedazos, un día.

—Buenas noches, Pedro Cálice.

Sentados en un taburete, a la luz de un farol viejo y amarillento, Cálice examina las cuentas que le presenta Miguel Ocampo, capitán de *La Osa*. La espesa cabellera le sepultaba en su negrura. Toda la fisonomía de la isla estaba en aquel rostro.

—Aquí estamos a la orden —dice levantándose—. Tengo frutas, legumbres frescas que me traen de mis tierras de Paria. Lo que usted quiera. No tenga escrúpulos, pues no toco sino lo que he de comer. Me alegro al ver gente... En una noche así llegué por primera vez a Cubagua.

Tiene las mejillas encarnadas, las orejas gruesas, ojos lagrimosos de bordes rojizos, las manos en garra.

—Hoy es fácil curarse, Cálice.

—Prefiero acabar aquí y no en un asilo. ¿Sabe usted? Es horrible estar sometido a un reglamento —comentó, y quiso volver a sus cuentas. Ante él, Ocampo inclina su rostro lívido, con la piel pegada a los huesos y una barba lacia y pobre.

—Cinco goletas en La Guaira, dos en Higuerote. *La Tirana* y *La Osa* en Cubagua.

Un rebaño en el mar. Leiziaga hace ademán de despedirse, pero entonces Cálice hace otras advertencias: en Cubagua el sereno produce malos sueños. Es bueno cuidarse también de las arañas. Sus picaduras causan un dolor que dura veinticuatro horas, como la de los peces tataras. Ahí hay un cántaro de agua fresca.

—La casa es todavía cómoda.

—Sí, en aquellos tiempos... parece era la más cómoda —dice Cálice asomándose a la reja—; aquí había una plazoleta y enfrente una iglesia que se quemó dos veces. Los dueños no tenían que andar mucho para ir a misa.

Y, señalando las conchas amontonadas en los rincones, añadió riéndose:

—Las conchas están en el mismo lugar. ¿Vinieron Ortega y Cedeño?

Ocampo no tuvo tiempo de responder. Los ojos de Cálice se volvieron duros, secos, al ver a Teófilo Ortega.

—¿Quiere venir? —dice fray Dionisio tomando a Leiziaga por el brazo—. ¡Aquí hace mucho calor! —Pero antes era preciso conocer al dueño de la casa.

Después dijo en broma que iban a fundar otra vez la Nueva Cádiz.

—Está usted cojo. ¿Se ha herido?

Refirió que, huyendo de unos indios, estuvo tres días oculto en una selva orando fervorosamente. Al verse rodeado de sus perseguidores,

inclinó la cabeza y esperó en vano el golpe. Cuando abrió los ojos no había nadie en torno suyo, pero en la fuga se causó una herida que le dejó cojo.

—¿Me ha dicho que piensa levantar un plano de Cubagua? Puedo mostrarle uno trazado hace tiempo, cuando Nueva Cádiz se hallaba en su mayor riqueza.

—El pasado, siempre el pasado. Pero, ¿es que no se puede huir de él? Sería mejor que hablásemos ahora del petróleo.

De un gesto el fraile señaló el anillo de Leiziaga. El lo conservaba como sello de su origen y por ser recuerdo de su abuela, aquella doña Isabel de Silva que sedujo al príncipe Enrique de Prusia cuando éste visitó a Caracas y cuya gracia vaporosa idealizó en un retrato Arturo Michelena. Los Leiziaga se hallaban en Caracas desde el siglo XVIII, en la época feliz de la Compañía Guipuzcoana, pero sus parientes por el lado materno alcanzaban a los Aguirre Villela, Loreto de Silva, y un Hernando de la Cerda que se halló en la batalla del 15 de marzo de 1567 librada por Losada contra Guaicaipuro. Alancearon indios a millares en las guerras contra los tarmas, teques y mariches.

Fray Dionisio comenzó a hablar confusamente del pasado, de las cosas exteriores y de sus relaciones con lo que ha sido y es hace trescientos, hace miles de años.

—Precisamente, he tenido algunas ideas parecidas, pero deseo librarme de ellas, sobre todo en esta islilla triste. Nadie, ni Cálice, sería capaz de amarla.

Atravesaron la antigua cuadra con eslabones rotos en los muros. En aquel tiempo los perros ladraban allí a las visiones que enrojecían sus ojos. El bohío arde mientras ellos olfatean en los arcabucos la pista del indio. En Cubagua se guardaban los perros para las expediciones como si fuesen instrumentos de labranza.

Leiziaga veía con curiosidad aquella cabeza de penitente. La voz parecía afónica, lejana, sin ser lo uno ni lo otro, como si viniese a través de una niebla.

—Tal vez no le sea grata la compañía de un fraile. Yo soy como los muchos otros que desembarcan aquí. Era dura entonces la vida del fraile. Y aún hoy... —añadió—, aludiendo con un gesto a su cojera.

Penetró en una habitación aislada con ventanas cubiertas de lona. Encendió una bujía en una especie de retablo. En confusa aglomeración se veían libros, cartas geográficas, ejemplares de cerámica indígena y varios instrumentos: un sextante, un teodolito, un anteojo pequeño. El mismo asombro de los viajeros que visitaban los conventos de América en medio de soledades, como el de Caripe, sintió entonces Leiziaga.

Tomó un volumen, al acaso: *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la América Meridional* por Fco. Depons, agente del Gobierno francés en Caracas, 1806. "La isla de Cubagua —dice—, sin agua y sin bosques, que sólo la codicia pudo hacer soportable, fue la primera residencia escogida por los españoles". Al margen, de puño y letra de fray Dionisio, la siguiente anotación: "Situación de Cubagua: 10,48 norte y 64,15 oeste".

Depons habla de la extinción completa de los ostrales, lo cual fue—según él, de gran beneficio para la agricultura. Fray Dionisio mueve la cabeza en una afirmación burlona:

—Los placeres no se agotaron nunca. Cuando se empobrecían de un lado, se hallaba otra zona más rica. Es el mismo sistema empleado hoy. Otras causas determinaron el abandono de Cubagua.

El siguió hablando mientras ponía cierto orden en la mesa de trabajo, cerca de la hamaca. Había en el muro una carta de los territorios de Atabapo, Río Negro y Orinoco con la nomenclatura de las tribus. Más de doscientos mil kilómetros: los baniguas y los parias, los guaraúnos y otomacos; los piaroas, que entierran a sus muertos en las oquedades, y los achaguas solitarios.

—Es el imperio indígena —dice apuntando con los dedos terrosos—. Hace tiempo vivo entre ellos y los observo constantemente, pero mis observaciones serían censuradas. Ni un soplo ha tocado su alma intacta a fuerza de permanecer silenciosa. Vea este licor que destilamos ahora en las misiones. El Obispo nos ha enviado su bendición y dice que será una fuente de riqueza.

Puso contra la vela la botella llena de una esmeralda líquida en la cual se leía en caracteres mal impresos: "Elíxir de Atabapo".

—¡Realmente —dice Leiziaga saboreándolo—, puede ser una fuente de riqueza!

—¿Ve usted esos ejemplares de cerámica? Son pensamientos plásticos: Cada una de esas figuras encierra la misma idea repetida mil veces hasta la saciedad. La arcilla es aquí como un papiro o una tela pintada de jeroglíficos.

Señalaba las líneas, las variaciones de esas ideas modeladas en barro, la expresión delicada o monstruosa de las figuras y las hacía resonar con las falanges de sus dedos.

Después desdobló una tela descolorida. Líneas trazadas con la inseguridad de un mundo naciente. Cubagua. Nueva Cádiz. El índice recorría los cuarteles de la población marcados con cruces: Barrera, Beltrán, Portillo, el del mariscal Diego Caballero. La casa de Cálice era la misma de Pedro Barrionuevo, un hidalgo natural de Soria.

Fray Dionisio se había sentado en un sillón de paja e indicó a su huésped uno de esos taburetes con espaldar, llamados tures. Leiziaga apuró otra copa de elíxir de Atabapo. Al extremo de la casa se oyeron voces acaloradas en una disputa. Un grito de Cálice corrió a sepultarse en los rincones:

—¡Ocampo!

Fray Dionisio continuó impasible:

—Si usted ha leído las crónicas de Cubagua, sabrá que aquí estuvo el conde milanés Luis de Lampugnano. El fue quien dibujó este plano. Lampugnano ofreció a Carlos V, para la pesca de perlas, un aparato de su invención que hacía inútil el empleo de esclavos. El emperador concedió el privilegio por cinco años, a condición de reservar la tercera parte a beneficio de la corona. Lampugnano, que estaba ya arruinado, armó una expedición y se vino; pero los vecinos de Nueva Cádiz, al tener noticia de la novedad, se rebelaron contra la orden imperial. El aparato era la ruina. Ya no iban a poder emplear indios en la explotación del mar. Esta razón suprema privó en los ánimos. Reclamaron al César, quien anuló el privilegio.

Fray Dionisio se vuelve borroso en la penumbra. Sus ojos se hunden mientras habla lentamente. A veces diríase que ha muerto.

Leiziaga le ofreció un cigarrillo y acercó su vaso.

—Por cierto —continuó en tono más familiar— que este Lampugnano tiene semejanza con cierto Leiziaga. ¿No andas como él en busca de fortuna? Todos buscan oro. Hay, sin embargo, una cosa que todos olvidan: el secreto de la tierra.

Leiziaga se inclinó de nuevo sobre el plano de Nueva Cádiz. Después se le ocurrió un pensamiento que le hizo reír. ¿Sería él acaso el mismo Lampugnano? Cálice, Ocampo, Cedeño. Es curioso. Recordó este aviso en el camino de La Asunción a Juan Griego: "Diego Ordaz.— Detal de licores". Los mismos nombres. ¿Y si fueran, en efecto, los mismos? Se volvió a sentar, a un gesto del fraile, que hojeaba un cuaderno amarillento, un manuscrito antiguo.

Su reloj marcaba las ocho. En aquel momento le asaltó el recuerdo de las ciudades con su atmósfera luminosa. Aquel mundo le parecía infinitamente distante.

III

NUEVA CADIZ

Las casas eran altas, macizas, como fuertes. En las calles estallaba el tumulto de lonjas improvisadas. El tenía la misma estatura; pero la barba rubia, los ojos azules. Las expediciones cubrían las costas. Llegaban las naos cargadas de esclavos. En las jornadas sin rancho, perdidos en los arcabucos, los soldados pensaban en Nueva Cádiz y desertaban en dirección a Cubagua. Había allí vino, oro, rescates. Se jugaba de día y de noche. Muchos, ricos al amanecer, empeñaban por la tarde la capa y corrían a desquitarse.

Acababa de vender su última joya: un cinturón con diamantes. El yelmo, la capa carmesí, su espada, estaban en poder de los usureros, pero aún tenía consigo un tesoro que estimaba sobre todo: Diana. Unos labradores de sus campos, cerca de Milán, descubrieron las ruinas de un templo. El mismo dirigió las excavaciones con grandes dispendios y así pudo volver a la luz la estatua que restauraron artistas florentinos. Cuantos la miraban tenían deseos de caer de rodillas, y aun cuando no podía, como antes, ofrecerle incienso y flores, ni siquiera el humilde asfódelo que le es tan grato, esparcía amor en torno de ella. Se afirmaba que padecía un maleficio, que era dado a prácticas de hechicería. Los más discretos lo veían ya en una hoguera. Sus menores actos iban a conocimiento del alcalde, mientras que en la puerta principal del Ayuntamiento, donde se veían las dos águilas con el blasón y la corona rematada en cruz, se enseñaba cuidadosamente tapado el pérfido invento. Los vecinos principales opinaban que fuese destruido.

Por centésima vez emprendía el mismo camino con el fin de obtener licencia para ausentarse de Cubagua. Allí se pesaban las perlas como granos de trigo, sin horadarlas por expresa prohibición imperial. Había para bordar la noche y prenderla en los hombros de Nuestra Señora. El daba rodeos en torno de las mesas de juego instaladas en los cruceros de las calles. Pregoneros, soldados, mercaderes, cambistas, voceaban y discutían. El aire pesaba como plomo y el reguero de nácar destellaba en la calle.

—¡Por la Santa Virgen de la Hiniesta! ¿Quién quiere ir al Meta? Las casas y jardines de oro. ¡Hay ciudades de oro, vasijas llenas de oro!

—¡No! —grita un soldado muy orgulloso con atavío de calzas muy picadas y muchos papos de tafetán—, ¡mejor es ir al Hupayari! Han encontrado oro en las sepulturas. ¡Hay un pueblo de gigantes cuyas macanas son de oro y combaten con anchos escudos de oro!

El heraldo se detiene un instante sofocado. En torno suyo crece la muchedumbre abigarrada esparciendo fuerte olor de humores. Pomposos trajes con desgarraduras y remiendos o simples ropillas de paño burdo.

—¡Se vende un esclavo sin herrar!

—¡Veinte ducados!

—¡Veinticinco!

—¡Agua!

—¡Leña!

—¡Cuánto diera por un pan fresco! ¿Eh?

—¿Pero hay oro allí? ¿No han muerto todos?

—Quizás. Yo sé dónde hay oro.

Silencio. Calabacines, ídolos, anillos, láminas delgadísimas para cubrir el sexo y los pechos; los despojos de cien provincias. También se lee en una tabla: "Aquí se hacen féretros". Se tocan las reliquias suspendidas a sus cuellos y vuelve a crecer el tumulto. Pero un rumor pasa enmudeciéndoles. Pregoneros y mercaderes se detienen pensativos y miran al mar, un mar violeta, de octubre. Signo de Escorpión. Una mancha oscura a manera de mar sargoso o de un gran cardumen corta el horizonte. Los indios de Cumaná y Chichiriviche se han sublevado y avanzan sobre Cubagua. Han destruido los conventos y muerto a los religiosos. Las huertas fueron arrasadas. El muro de los frailes, sus naranjos, la campana, todo fue destruido.

Ante ellos se alza un fantasma: la sed. El agua estaba en poder de los caribes. La gente se precipita al Ayuntamiento. De pronto se abren las puertas y aparece el alcalde, Antonio Flores, seguido de sus ochos regidores. Ante ellos, con inmensa arrogancia, un hombre blande su espada:

—¡Caballeros, el honor castellano, el honor, caballeros!

El reconoce a Andrés de Villacorta y se dirige al hidalgo, pero éste responde:

—¡Jamás consentiré en unir mis armas a las de un hereje!

Y se oye un rugido que recorre las calles y gana el mar:

—¡Se va! ¡Se va! ¡Ah, cobardes! ¡Ah, traidores! ¡Señor, Dios mío!

Usureros, contratistas, mercaderes, huyen en desbandada hacia el puerto y asaltan la carabela pronta a salir. Se empujan, dan gritos, imprecaciones, gimen, luchan cuerpo a cuerpo. ¡Dios mío, Señor! Algunos se ahogan, otros alcanzan una piragua o comienzan a huir por la orilla en busca de un refugio. Se guarecen entre las rocas, en los manglares. La Nueva Cádiz se ha quedado sola. Del mar cubierto de piraguas se alza un clamor airado. Sus cañutos y tamboriles suenan alegremente. Los tamboriles están adornados de flores. En sus pechos, donde una heráldica bárbara agotó su ciencia, se entremezclan aves de rápiña con serpientes y cemíes[2]. En una piragua dos manos cortadas sangran. Dos manos blancas. Una cabeza parece dormir aún en la dulzura del aire. La cabeza es la de fray Dionisio, fraile menor de la observancia.

Y él, oculto entre los manglares, los ve llegar pintados de rojo, pintados de negro, con penachos resplandecientes y tatuajes misteriosos, ostentando algunos el emblema supremo del valor, la piel de tigre. También arriban mujeres agitando sus canaletes, mujeres esbeltas, floridas, que saltan corriendo de las piraguas y en la carrera sus sexos se abren impúberes, como rosas.

El crepúsculo ve caer sus magníficos manojos. Las soledades devoran aquel fruto azafranado que esperaban ansiosas. Las sombras descienden planeanedo sobre el mar.

En la plaza se encienden grandes candelas y los hombres blanden sus escudos de pieles, sus grandes arcos. En un delirio los papeles del archivo, el acta de la misma mañana, los signos traidores, mensajeros de muerte, vuelan hechos pavesas. Entre el humo las llamas desparraman su resplandor púrpura, de ocaso.

Pasaban rodando toneles de vino de España y saltaban sobre ellos con muecas de júbilo, vestidos con los ornamentos sagrados, arrojando los hierros que sujetaban a los esclavos. Sobre la cabeza de un gigante se inclinaba la corona de Nuestra Señora, toda de perlas ruborizadas. Enlazados de la mano danzaban, danzaban en torno de las hogueras. Sus cuerpos rojos se hacían más rojos. La sombra se enlazaba a ellos, que huían danzando.

Celebrarían la victoria con festines de muchos días. Ya las mujeres les aguardaban con flores para danzar bajo la luna. Tomarían los venados más tiernos para sacrificarlos en honor suyo. Si volviesen los hombres barbados, hediondos y feroces, aderezarían sus cráneos para beber en las fiestas y suspenderlos a la puerta de los bohíos.

De pronto se detuvieron movidos por un mismo impulso. Sus voces se alzaron a una vez saludando la aparición de la mujer blanca, bella e intrépida. La habían dejado en la pequeña explanada del Ayuntamien-

to y hasta entonces había pasado inadvertida. Se formaron en orden, dispararon la flechería y se acercaron a ella bailando y cantando con movimientos y sones acordados. La rodearon entre grandes círculos y un instante guardaron silencio. Después bebían ofreciéndole sus libaciones.

Algunos de ellos guardaban también en sus palenques mujeres blancas a quienes nunca había dado el sol, dulce alegría del harén. El arco era semejante a los suyos, y el manto, que apenas velaba uno de sus pechos, les recordaba el de algunas hembras de su raza, bellas guerreras que reinaban entre mujeres, las cuales volvían siempre victoriosas. Sólo el mastín que tenía a los pies, fiero y hosco, era repulsivo, pero lo llevarían consigo, y en el verde seno de los bosques, entre las orquídeas más bellas que el oro, su presencia sería igual a la de la luna.

Y en aquel momento la luna llena se elevaba como un espejo de nácar.

En torno de las hogueras, en las costas de un destello irisado, se turnaban las velas. Dos días permanecieron en Cubagua, borrachos, con su amor y sus canciones. Se arrojaban al mar para purificarse y sacar perlas. La conchas eran su adorno predilecto. Reposaban en la orilla de cara al cielo. ¡Cuán divino el encanto del lucero de plata que brotaba de la tarde en el silencio y cuán dulces las noches cálidas con sus estrellas ardientes y oscuras como sus mujeres! De nuevo podían amar libremente y a esta idea sentían como nunca cuánta nobleza hay en el hecho de vivir.

Cuando la última piragua se alejó lenta, con la lentitud de un viejo canto y él pudo salir, halló que el aparato de su invención había sido destruido. Algunos vecinos regresaban. Los indios cogidos en los arcabucos, enlazados al correr de los caballos, comprados a precio de oro, habían huido. Furiosos, exclamaban entre lamentos y lágrimas:

—¡Estafadores! ¡Hijos de perra!

—¡Lobos de Satanás!

—¡Ah, Señor Dios mío!

Estaban hambrientos, miserables. El disimulaba su satisfacción. Su sangre hervía como si hubiese bebido la noche en un filtro. Después de todo, Diana estaba a salvo, volvía a ser libre en medio de los bosques llenos de arroyos. Sobre la isla sórdida caía un velo ceniciento. La iglesia y el Ayuntamiento podían ser reconstruidos con poco trabajo. Más allá encontró a una india con el rostro cubierto por sus cabellos y las manos cruzadas sobre el pecho, sobrecogida de temor. ¿Qué les había movido a abandonarla? Pertenecía a esas mujeres que moraban a orillas

del mar vendiendo sus cuerpos a los viandantes y guardaban gran cantidad de oro. En su tribu la llamaban Cuciú[3]. Y como una luciérnaga destelló para él aquella noche.

A poco tiempo colgaban en las naves de Gonzalo de Ocampo los jefes de la revuelta. El agua de la isla estaba asegurada. Un regimiento al mando de Pedro Ortiz de Matienzo, quien lo obligó a residir en Cubagua, desfilaba por Nueva Cádiz entre muchedumbre de pobladores.

Cuciú murió en la hoguera. Su cuerpo, amarrado sobre la pira, era un árbol de rojos botones. Aún no se había puesto el sol. Quedaba allí una masa negra. El olor de carne fue arrastrado por la brisa, llevada muy lejos, sembrada por las cenizas en el agua.

Otros dijeron —y así lo refirieron durante mucho tiempo—, que Cuciú no murió en la hoguera. Un adivino la arrebató de las llamas convirtiéndola en garza, una garza roja, y confundida con las otras se cierne sobre los caños en la estación de las lluvias.

El se empleó en oficios humildes. Improvisó una farmacia donde curaba las bubas de los conquistadores con guayacán y aceite de drago. Vendía el mismo óleo que ahora ambicionaba. A veces llegaban a su tienda hombres devorados por el cáncer o la ceguera. Los murciélagos y serpientes del Hupayari, las flechas envenenadas, cuando no mataban, abrían la carne para una horrible agonía. Morían rabiosos, entre convulsiones. Aplicaba a sus heridas un hierro encendido y ellos se prestaban dóciles al suplicio con la esperanza de vivir, de volver a Europa. Pero si eran curados iban de nuevo en busca de oro.

Era en los mismos días en que llegó Pedro Cálice con cuatrocientos esclavos. Bajo el cielo de fuego el alboroto de los navíos y de los trenes pesqueros llenaba el ambiente perozoso. Las olas reverberantes se dilataban en un espasmo. Olía a barbacoa, a ostra podrida, a cabra. Las mujeres descansaban en sus lechos flotantes, chupando frutas, los corpiños entreabiertos, adormecidos al recuerdo de sus pueblos de Castilla. Unas garzas rojas se refugiaban en los manglares.

Más tarde unos soldados traen braserillos y encienden sus hierros con una C al extremo, que imprimen al azar en la carne oscura. Ellos se entregan con los ojos llenos de lágrimas o soberbios e indiferentes. Entre los curiosos se hacen apuestas. Celebran los gestos grotescos, el coraje, las actitudes dolientes, sus palabras confusas, estremecidas. Damas engalanadas se asoman a los balcones entre caballeros que lucen plumas blancas, collares de oro, se ríen de las plumas de color que llevan los bárbaros y de sus collares jaspeados.

Antonio Cedeño tiene de la mano un perro negro con movimientos de ferocidad impaciente. Ocampo habla de la maestría y el coraje de

algunos perros en apresar salvajes. Se refiere a uno llamado "Leoncito", de la misma casta de "Becerrico", el mastín más diestro de todas las Indias, tan valeroso que siempre se le daba parte del botín como a un soldado.

—¡Perros como ése quisiera cien! —dice Cálice.

Pero Cedeño afirma que el suyo aventaja a todos, pues distingue al indio manso del bravo.

—¿No es verdad, "Morisco"?

Ocampo hace un guiño:

—Suéltalo.

"Morisco" salta y los del campo corren enloquecidos, refugiándose en los cardones en cuyos brazos empiezan a consumirse las estrellas vesperales. Pero uno más alto se adelanta con majestuosa osadía. Se ve al bárbaro defendiéndose de las acometidas, rechazando la fiera con los puños. El perro salta a su cuello, luchan fieramente, y, aunque herido, el indio consigue derribarlo; pero es cosa de un instante. La bestia se abalanza de nuevo acosándole a dentelladas. El indio abre los brazos, se desploma sin un grito. "Morisco", furioso, cae sobre el hombre y luego corre hacia Cedeño con la boca llena de una masa sanguinolenta. En medio de los espectadores que habían corrido a presenciar la lucha, el indio yace con la cara pegada al suelo. Los soldados, armados de fusta, tratan de apaciguar la confusión entre los herrados.

Era la hora en que los esclavos regresaban del mar, tropas de arqueros mutilados con la piel agrietada, escamosa, y las espaldas cargadas de salitre. Las campanas de Nueva Cádiz, montadas en parapetos, junto a las iglesias en fábrica, campanas que un día cayeron silenciosas al mar, tocan el Avemaría. Los cardones se alargan. Los alcatraces, en largas columnas, vuelan inmóviles a ras del mar. Los hombres se santiguan, se miran unos a otros sorprendidos de hallarse al otro extremo de la esfera. Más de un suspiro vuela hasta los nichos de oro sumergidos en penumbras consteladas de cirios: la Virgen de La Antigua, la del Recuerdo, la del Buen Aire, la del Pilar, la Virgen de la Despedida. Los ojos se van tras el horizonte. Allá está España.

—He aquí un experimento que me cuesta diez ducados y más —dice Cálice.

Pero en aquel momento ya nadie ríe.

El hambre sobrevino en Cubagua. La guerra asolaba Tierra Firme. Nueva Cádiz estaba llena de mendigos que referían sus hazañas para distraer el hambre y la inacción. Este había sido paje de la reina Isabel; aquél, caballerizo del emperador. Habían asistido a la toma de Granada y a las campañas de Italia. Venían de Flandes, de Francia. Descri-

bían las tiendas reales, las fiestas y batallas. Todos dejaban empeñadas haciendas y mayorazgos para venir al Nuevo Mundo a ganar honra. Cada quien pedía diez mil indios para remediarse.

Los domingos no era raro que un fraile gritase desde el púlpito: "Allí donde parece haber sido el Paraíso, vosotros entráis, peores que lobos feroces, diezmando el rebaño del Señor y provocando su ira santa". Los hombres lloraban dándose golpes de pecho; pero luego, arrepentidos de semejante flaqueza, se iban más rigurosos y hablaban contra los predicadores.

—¡Que no se hable de nuestros asuntos! —exigían antes de un sermón.

Pero los frailes gritaban más alto, y ellos, enfurecidos, abandonaban el templo. Por eso, muchas veces los dejaban entregados a la venganza de las tribus.

Y él iba en la noche, entre las casas cerradas, altas. En los templos se iban recogiendo los soldados que pedían limosnas y se despojaban unos a otros. Los ricos les daban de cenar con motivo del júbilo del Papa y ellos asistían como convidados de Su Santidad. Y en el cielo fulguraba la cauda bermeja de un cometa. Brillaban las estrellas en los pozos custodiados por esclavos. Aquel resplandor en el agua negra evoca los ojos de Cuciú y la influencia de los astros en los destinos. Nunca había querido saber su horóscopo. Alguien pasa junto a él:

—¡Clareta!

Es una ramera que a veces visita su tienda. Ella se escurre apresurada en la sombra, sin hacer caso, balanceando sus formas redondas. Iba a perseguirla pero junto a él, tras un ventanillo oye tintineo de monedas y se pone a observar por la rendija. Allí, al fondo, hay un viejo. El candil colorea su espesa barba. Remueve cuidadosamente las monedas y les da vueltas espiándose las manos. Las acaricia con deleite para guardarlas después en saquitos de terciopelo.

De un empujón hizo saltar la puerta. Después no sabe nada. Huye con una de aquellas bolsas que aprieta contra el pecho. Era una voz temblorosa que llegaba de lejos:

—¡Auxilio! ¡Asesinos!

Pasos rápidos se acercaban entre voces, ruido de puertas y armas. Sin aliento, empapado de sudor, se detuvo junto a la casa de Alonso de Aguilar y arrojó aquello, a tiempo que le rodeaban los guardias.

Ahora estaba encerrado en uno de esos antros fétidos de esclavos. El, que en otro tiempo tenía una casa de vastas cámaras en las cuales ardían perfumes de Oriente. De noche iba con música y antorchas, y a la cabeza del cortejo se detenía bajo los balcones del palacio Olgiato,

en Milán. Laura no había partido aún al convento de clarisas. Sus cabellos eran de un dorado antiguo; su frente, pálida, y entre los anchos brocados parecía más leve. El guardaba sus trenzas en uno de esos cofres chapeados de marfil comprados a los mercaderes genoveses. Siempre la evocaba tal como la vio el día de su despedida, en el jardín. Al fondo se perfilaban los bosquecillos, y los surtidores se elevaban sonrosados en la tarde de mayo.

Como si fuera ayer. Lampugnano cierra los ojos para vivir mejor los años pasados, imposibles. Golpes secos, acompasados, se oyen a través de los muros. Los esclavos abren una galería subterránea en la Nueva Cádiz con las mismas conchas que antes servían de palas en sus labranzas y de espejos a sus mujeres.

Vio ante sí dos pupilas centelleantes y unas manos oscuras se posaron fraternales en las suyas. El indio sacó un cañuto, comenzó a tañerlo y la ergástula se llenó de aquella ráfaga apasionada, en la que cada uno escuchaba su propia ternura inexpresada.

—Coronada de saúco —dice—, tu cabellera, noche maravillosa, me hizo entender sus clamores. Coronada de saúco, tus ojos suplicantes se escondieron entre mis brazos y pude disipar todas sus ansias. La selva no es más misteriosa que tú, ni la serpiente más cauta y ágil cuando te deslizas en mi lecho, ni más fuerte cuanto te enlazas a mí. Las copiosas resinas nunca embalsamarán como tu boca. He creído todo esto cuando he sentido tu pecho florido en mi pecho y he creído también que soy fuerte contra el enemigo. Pero ahora estás ausente, encadenada, y tu cuerpo oscuro dulce y parpadeante, ha sido ultrajado. ¡Desenlázate de tus cadenas, Zenquerot! ¡Huye! Por la noche estrellada, por la tristeza y el delirio de nuestras noches, deja tus cadenas o mátate. La muerte es buena, créelo. Siempre viene, siempre viene. La llamé y mi sueño se perfumó lo mismo que cuando te iba a buscar en el bohío. Después la vi alejarse. ¡No sé quién la detuvo; pero ahora iré al samán cargado de flores y a su sombra me dormiré dulcemente, amada!

Hizo una pausa y con el cañuto en las manos permaneció unos instantes, pensativo. Los cabellos se le pegaban a la úlcera de la frente donde le habían herrado. Luego volvió a llevar el carrizo a sus labios febriles. Las modulaciones eran ahora suaves, acompasadas, motivos de una simplicidad patética que narran una dicha pura y serena. Los sonidos se hicieron al cabo más largos. Gradualmente se volvieron rápidos, coléricos. El cañuto casi estallaba bajo el aliento rebelde. Languideció. Volvió a elevarse, fue extinguiéndose y al final apenas era un murmullo, casi un gemido. Los corazones escuchaban en suspenso.

El sol al nacer penetra en el secreto de aquello cuyo nombre está olvidado. ¡Olvidado! Pero si preguntasen a los guijarros sabrían gritarlo, lo mismo que el aire que guarda todo. Riberas húmedas como miradas, masa azul de bosques, viviendas oscuras, rocío. El camino atisba su belleza florida, trémula aún de las abluciones y la plegaria matinal. Hay un temblor en las almas y en las cosas porque todo va a ser revelado. Los brazos se juntan en plena adoración mientras se aparejan las velas en los toscos navíos que parten con frutos y mensajes para los reyes de las islas y las cordilleras. Se inclinan sobre la tierra y sobre los ríos que pasan con la rapidez de las horas. La noche se acerca en el rumor del maíz mezclado a las canciones maternales y en esos bálsamos misteriosos vertidos en los caminos. El maíz, planta sagrada como el tabaco y el moriche, merece el amor de los hombres. Las auroras están cargadas de flores y las tardes dan sus estrellas. Entonces, en los patios rodeados de fosos arden las danzas, los areitos en que se refiere la historia al son de flautas y atabales. El se acerca a la amada y juntos van al bohío nuevo decorado de rojos cántaros. Flechas, redes e idolillos. Había para las tumbas y los himeneos, para las aguas y las cosechas. Había también vino en coracinas, vino blanco como de leche, esmeralda o color escarlata. En medio del bohío colgaba el lecho de fibras y enlazados confiaban su beso al azar del tiempo. Una y otra vez desgranarían las mazorcas, una y otra vez cuajaría el racimo de mayas[4], y aquel beso suyo continuaría encendido en otras bocas, del mismo modo que las rosas son iguales, diríanse las mismas odorantes rosas de hace millares de años, y las estrellas siguen brillando largo tiempo, aun cuando rueden yertas y mudas en el espacio.

Lágrimas candentes corren en silencio, porque cada uno recuerda cómo los blancos, después de aherrojarles el alma, les separaron de sus mujeres.

En un principio pudo ver a quien la ausencia ahora hace más bella. Al tañido de su flauta ella venía. La misma miseria parecía entonces amable. La tierra es un lecho fragante y blando. Una noche esperó en vano. Vio ocultarse la luna. Vio caer una sombra lúgubre sobre los montes.

Los demás se acercaron al músico. Casi todos eran prietos, esclavos de los araucos —los señores han muerto—, de esa raza conquistadora que había trazado caminos inmensos para luchar con los caribes. Y dicen: —¡Arimuy, tú solo puedes libertarnos!

El responde con aire altanero y melancólico:

—El que quiera su libertad que la conquiste. Nosotros siempre hemos hecho la guerra. La guerra es oficio de hombres. Dulce es la guerra. Dulce y bella es la guerra contra el enemigo.

En efecto, Arimuy, hijo de Toronaima, fue sorprendido por las tropas de Cedeño cuando disparaban sus flechas encendidas sobre el campamento de los blancos. El pueblo entonces fue asolado. Cuando entraban a saco en los bohíos, donde antes les ofrecieran vinos y frutas, vieron que Arimuy se adelantaba solo, cubierto con su escudo de pieles y su recia macana. Para someterlo hubieron de rodearle asestándole golpes en la cabeza. Pero los blancos a ratos hacen justicia y admirados de su valor le dejaron libre. Arimuy se puso de nuevo al frente de los defensores de la tierra. Por la noche el campo florece con las lumbres. Surgen entre las sombras tañidos tristes. Una gritería formidable se alza de pronto. Vuelan los tizones encendidos y aquellas señales de un rojo azulado, efímeras, recuerdan las lluvias de estrellas. La luna se ha ocultado. La luna sufre o está enojada. Es preciso desagraviarla. Pero ya sale de la penumbra su disco radiante. Entonces la noche se llena de un canto lejano, un canto de victoria. Días después Arimuy cayó en una celada. Iba al fondo de una nave con dirección a Cubagua. Arriba el centinela duerme. El indio abre la puerta de la escofeta, rompe sus ataduras, se lanza al mar y gana la costa a favor de la noche. Otros se fugan en pos de él. Tropiezan con los pueblos destruidos. Los arcabucos se cubrían de soldados que acudían a su llamada. El alba es gris, turbia. La niebla unge las montañas. En la tarde el cielo se cubre de un livor pálido. En el camino encuentran a un cacique empalado, sangriento, acribillado de insectos, con el aspecto de un crucificado de piel cobriza, y parecía decirles: "Morid todos, hijos míos. Es preferible". Allí comienza la guazábara. Negros relámpagos traspasan el cielo. Los caballos vuelan en medio de la flechería y brillan las lanzas, las corazas, los escudos. Casi todos mueren. Derrotados se retiran en desorden. Se ven rodeados, vendidos. Huyen, pero tropiezan con los cardones, obligados a permanecer inmóviles, con las plantas heridas. Los blancos, en cambio, pasan impunes con sus gruesas botas sobre las malezas y espinas. Más allá brillan los incendios. Más allá se oyen los lamentos de los cautivos.

¿Y todo aquel heroísmo? Todo aquel heroísmo sirvió para ser vendido por doscientos ducados que dio Antón de Jaén. Su piel se ponía verde. La víspera, durante la pesca, había echado sangre por los oídos y la boca.

Al otro día Arimuy no regresó por la tarde. Huyó mientras trabajaba en el mar, a la Margarita, y fue a unirse a unos piratas fran-

ceses mandados por Pedro Ingenio. Lombardas, arcabuzazos. Las flechas de los indios llueven sobre el enemigo que ataca a Cubagua. Después, nada.

Había perdido la noción del tiempo. Cuando abren la puerta puede ver las estrellas del alba y la tarde por encima de los hombres, con las espaldas cargadas de salitre, monstruos humanos, que llegan a devorar sus raciones de ostra y cazabe. Algunos al salir se alejaban cantando:

Hermoso día hace,
Hermoso día hace...

como cuando iban a fiestas, en la aurora.

El mismo tiene el aspecto de una bestia de crin canosa. En torno suyo refieren escenas de la pesca, en el mar. Ya conoce esas lenguas bárbaras, llenas de ideas poéticas, primitivas. El légamo se va cubriendo de osamentas. Muchos eran arrastrados por las mantas feroces o destrozados por los tiburones. Si tardaban en sumergirse les forzaban ellos: perlas. También perecen los blancos acosados por los dardos mortíferos, por las fieras y el hambre. Es la iniciación de una lucha que no ha terminado aún, que no puede terminar.

Poco después del ataque de Arimuy a Cubagua, dirigido por Pedro Ingenio, Ortiz de Matienzo le hizo comparecer a su presencia. Había en la sala gran agitación. Diego de Ordaz estaba en prisión. El gobernador de Hupayari había sido traicionado por los suyos cuando trataba de apoderarse de la fortaleza de Cumaná. Una vez ésta en su poder, Nueva Cádiz se habría rendido. La sed, la muerte hacía siempre señas por aquel lado. Pero los soldados de Ordaz, duramente ofendidos por él, después de entregarlo, lo reclamaban avergonzados.

En el semblante del Justicia Mayor flotaba una sombra amarga y con la diestra apoyada en la barba permanecía sumergido en sus designios. Frente a él había un crucifijo. En el testero, un retrato de Carlos V. Sólo después de algunos minutos pareció advertir la presencia de Lampugnano. Entonces su rostro impasible pareció animarse. Comenzó a hablar con grandes circunloquios. Las palabras tenían en sus labios el brillo sonoro de las armaduras. Sí, únicamente las circunstancias explicaban el rigor empleado hacia él. Pensaba hacerle salir de la isla a escondidas. En cambio él, Matienzo, esperaba una concesión; y, al decir esto, su continente se revistió de la dignidad más severa, indicando así el honor que otorgaba al hacer una exigencia. Necesitaba eliminar tres caciques cuya temeridad, además de impedir la pacificación de la tierra, se oponía a la conversión de los naturales.

—Su Majestad —Matienzo alzó ligeramente el bonete morado que cubría su cabeza— desea que los indios sean tratados como vasallos suyos y en manera alguna como esclavos.

De sus labios se escapaba una respuesta involuntaria:

—No es para los caciques, no. Podría decir a quién va destinado.

—¿A quién, pues? ¿A quién? ¿Podría saberse?

El Justicia hizo esta pregunta con una calma tal que él se estremeció bajo su aliento espeso.

—Es para Diego de Ordaz.

Le vio levantarse terriblemente pálido y andar por el estrado de un lado a otro, pero al volver el rostro estaba sonriente.

—¡Conde Lampugnano!—, y acercándose cuanto pudo murmuró en su oído unas palabras. Por la tarde le haría salir en un patache para Puerto Rico.

En su farmacia amasó ponzoña para matar a diez caciques y reservó una para sí.

—¡El emperador lo quiere!

El mismo Justicia estaba ante él. Le entregó el veneno y en seguida fue llevado a la prisión. El día era ardiente, abrumador. En las cisternas las mujeres llenaban los cántaros. Subidos a los parapetos los vendedores anunciaban sus mercancías. Unos soldados se jugaban un esclavo, y entre ellos, Clareta, cubierta de una caperuza encarnada, se reía de él y le señalaba con el dedo.

—Más pronto. ¡Anda! Estás muy feo.

Brillaban las calles esmaltadas de nácar. La noche anterior cayó una lluvia límpida sobre Cubagua. El mar tiembla, se estremece con alegría infinita.

Los esclavos disputaban, tañían sus cañucos, dormitándose en sus lechos de hojas secas. Alta noche. Marzo empieza. Arriba se oyen voces, pasos precipitados. Han traído nuevos caballos, más hierro. No quedaba duda. Ya nunca más vería la luz. Un sollozo se le escapa entre gritos. Los otros despertaban riéndose de aquellas voces incoherentes. Veía aproximarse a una mujer, Cuciú. El quería la Madona. Con los ojos abiertos, entre convulsiones atroces, la veía muy cerca, como cuando era niño. Los otros permanecían silenciosos, siguiendo en la oscuridad aquella agonía terrible.

Al amanecer se llevaron el cadáver, que está hinchado.

Días después murió Diego de Ordaz, camino de España, a donde iba en compañía de Ortiz de Matienzo para justificarse. El cuerpo envuelto en un serón fue echado al mar. Se dijo que había muerto repentinamente en castigo de sus muchos pecados.

Nueva Cádiz fue sacudida por tormentas y terremotos, atacada por los piratas y los caribes. Cuando cesó el tráfico de esclavos los vecinos huyeron. No había ya quien llevase agua ni leña. La ciudad quedó abandonada y el mar sepultó sus escombros. Quisieron hacer una ciudad de piedra y apenas levantaron unas ruinas. Cardones. La voz de fray Dionisio suena con un eco: *Laus Deo.*

—¿Has comprendido, Leiziaga, todo lo que ha pasado aquí? ¿Interpretas ahora este silencio?

Fray Dionisio se pasó el pañuelo por la frente, por aquella calvicie, remate de una cabeza que parecía desterrada.

Pero no importa, piensa Leiziaga. Las expediciones vuelven a poblar las costas. Se tiene permiso para introducir centenares de negros y taladrar a Cubagua. Indios, europeos, criollos, vendedores de toda especie se hacinan en viviendas estrechas. Traen un cine. Se elevan torres de acero. Depósitos grises y bares con anuncios luminosos. También se lee en una tabla: "Aquí se hacen féretros". Los negros llegan bajo contrato. Los muelles están llenos de tanques. Los buques rápidos con sus penachos de humo recuerdan las velas de las naos.

IV

EL CARDON

Leiziaga se vuelve hacia aquella roja estrellita, acaso imagen de la tierra.

—Mira esa estrella —dice fray Dionisio—. Tal vez no existe ya y la vemos. Tampoco ante una rosa se piensa en las que han abierto desde hace miles de años. Cualquiera diría que es la misma. El mismo color, la misma fragancia. Y en ese momento, ¿no es en efecto la misma? ¿Qué piensas tú?

—Hay que huir de la vida extática —observa Leiziaga pensativo.

Pedro Cálice se detiene un instante frente al valle de las lágrimas listado de cardones. Un instante no más y en seguida se aleja con el ademán del que huye de sí mismo.

—Yo he estudiado el cardón y comprendo lo que pasa en Cálice. El cardón inspira un respeto casi superticioso. Esto lo comprenden mejor los solitarios. Cierto es que el cardón traicionó a los indios, lo cual no le impide ser tierno bajo su apariencia adusta. Desea cubrirse de hojas con el objeto de ofrecer un refugio a la luz. La luz que ellos aman es roja y la luz roja es la que engendró esas formas extrañas en la imaginación del aborigen. Por eso su alma se apodera silenciosa de islas y médanos. Son las viñas de las tierras áridas. Hoy se diría que parecen antenas. Y en realidad esas antenas podrían entregarnos el secreto de alguna teogonía inédita... O quizás pertenece a los signos de algún zodíaco perdido.

Fray Dionisio enciende otra bujía, mete las manos en las mangas del hábito e inclina la cabeza sobre el pecho.

Ocampo se pone a cortar un cardón. Sufre de la vejiga y el cardón es medicinal según se use, afirman. La corteza es buena para la incontinencia. El corazón tiene una virtud contraria, pero antes es preciso ponerlo al sereno. Cedeño, tendido en el suelo, la cabeza apoyada en un cardón, sigue sus movimientos. La luna sobre la maleza tiene la transparencia del agua.

—Es tarde ya. A estas horas vienen los muertos del otro mundo.

Cedeño ríe indiferente.

—Dentro de unos días habrá lluvia.

—¡Escucha!

Abajo se oye un silbido. Ortega se apareció en aquel momento, apoyó la cabeza con desaliento y extendió el brazo sobre un cardón. Luego deslizó la mano con furia. La mano y el brazo se tiñeron de sangre.

—¡La vida no vale nada! ¡Nunca vale nada!

Ocampo y Cedeño cruzaron una mirada. Guardaron silencio.

—Será preciso irnos a dormir. Pero antes podremos ir a quitarle al fraile algo de aquello.

—Mañana vamos a sarcar perlas —dice Ocampo levantándose.

La noche arde en su calma infinita sin otro movimiento que el de los astros y su inmenso ramaje desciende sobre el horizonte. La mano de Ortega sangraba en el sendero, hasta la casa de Cálice, hasta el aposento de fray Dionisio.

Frente a frente se observan con recelo, como si tratasen de reconocerse en un signo, y sus rostros se vuelven casi espectrales.

—Ocampo, nosotros salimos mañana de madrugada. —Pero Cedeño habla de otro asunto.

—¿Hay oro en Cubagua, padre Dionisio? Ocampo dice que el "minero" que tiene usted en "La Osa" cantó esta mañana y el "minero" no canta sino donde hay oro.

—¡Cedeño, no cambias!

—No importa.

Para comprobarlo cierra los ojos y al fin parece satisfecho de ser así, tal como había sido y era.

Ortega señala hacia el mar. Cálice ha tomado un bote y permanece con la cabeza apoyada entre los remos cruzados, inmóviles. Confundidos el hombre y la piragua trazan su sombra en el agua. Al mismo tiempo ellos reconocen las siete luces de la Osa, la diadema de Orión, el ojo fulgurante del Toro.

—Vamos, Orteguilla —dice Ocampo tomando un recuenco pequeño—. Elíxir de Atabapo.

Los tres desaparecieron entre las veredas de cardones.

El mar se aprieta contra las islas del contorno y acerca su boca, en donde tiembla el beso ardiente del trópico, a las cinglas del contorno, allí donde se ha deshojado la flor de los días.

El mar hace pensar en las selvas como en tierra adentro se sueña con las anchuras marinas. La selva ejerce su atracción sobre las islas, penetra con los ríos en el Caribe y allí vierte su pensamiento. La mirada de Nila cae impasible sobre las islas, en las costas llenas de signos en la

arena, y en su escorzo, en su abandono, hay serenidad y hay también la movilidad temblorosa del agua, de la estrella. En la superficie del mar se estremece el alma de la selva verde y oscura.

Allá su nombre era repetido en voz baja, con amor supersticioso. Cuando niña, su padre, Rimarima, cacique de los tamanacos, la mostraba a las tribus, en sus largos viajes, haciéndola creer en parajes inaccesibles. Evadían los pueblos y centros mineros, temerosos siempre de las autoridades, del extranjero. No bastaba ayudarles, someterse a sus exigencias. Continuamente inventaban necesidades y auxilios onerosos. Algunos de sus bongos no regresaban nunca. Hacía siglos eran vendidos, despojados, traicionados. Rimarima, como tantos otros, fue asesinado —guerra permanente del blanco contra el indio, del indio contra el blanco— por unos explotadores de caucho a causa de rivalidades comerciales. Nila huyó en compañía de cuatro servidores fieles después de ocultar el oro y la goma que guardaban en su campamento. Ella tenía entonces catorce años. Una tarde divisaron a la orilla del río a un enemigo que se paseaba a manera de centinela, armado de un rifle. El hombre titubeó creyéndola pronta a entregarse. Nila tendió el arco. El hombre cayó traspasado, con un tatuaje rojo en el pecho. En seguida, ayudada de sus indios, ella misma le extrajo el corazón. Lo quemaron y guardaron las cenizas en un saquito, talismán único que preserva de la muerte, de la derrota y de las malas pasiones. Huyendo siempre río arriba, río abajo, divisaron a un fraile que leía en su breviario alumbrándose con un cocuyo. Aquel detalle le salvó la vida. Era fray Dionisio que recorría las regiones ignotas enseñando el Evangelio. El amaba su raza. No los entristecía ni los oprimía. Fray Dionisio les deparó un asilo seguro y comenzó a revelarles secretos en que Rimarima había comenzado a iniciarla. Fue éste un signo de reconocimiento, la señal de que podía confiarse a él. Habitaron entre ruinas desconocidas, gigantescas, en medio de soledades profundas. Pasaron días sin ver el sol. Fray Dionisio comprendía sus lenguas, sus símbolos, sus conjuros. Así conoció ella el misterio de los ríos y de las islas cubiertas de palmas. Frente a frente, en sus largas expediciones, envueltos en los vahos de la noche sofocante, fray Dionisio entornaba los ojos. Murmullos inmensos, reflejos maravillosos se filtraban a través de las selvas. En torno de Nila flotaban las canciones aprendidas en los morichales de las viejas que guardaron su niñez. Los remeros, repetían palabras saludadoras que vuelven dóciles a las serpientes e influyen con la virtud de una piedra en el corazón. Palabras refulgentes y misteriosas, luciérnagas. Fray Dionisio la convenció de la necesidad de viajar. No

bastaba conocer las aldeas ribereñas, los bohíos ocultos donde los hombres temen la noche. Era preciso poseer la fuerza del enemigo, conocer el misterio de la máquina.

Nila fue a Europa, a Norte América. Los profesores le parecían ridículos en su seriedad, confiados ciegamente en su ciencia que le parecía a ella una fantasía maravillosa. Sabía que no podrían explicar ciertas cosas suyas y los deslumbraba con sus perlas, sus labios pintados, sus relatos. Les hablaba de monstruos que obedecen a los piaches, milagros que alucinan con la magia de una luz perdida, y de sus antepasados en cuyos festines funerarios hacían sacrificios humanos. ¿Arenas auríferas? ¿Diamantes? No había más que los ojos de Nila.

—Su cuerpo es bello y fuerte —decían los artistas que la solicitaban.

A veces olvidaba sus proyectos:

—Nila, tú lo sabes bien.

Y ella cedía. El blanco comenzaba a tejer en torno de ella su espesa red de artificios. Al menos la suponían incauta, fácil; pero de pronto aparecía la hija de Rimarima y de las tierras que no desatan su secreto. Camino del Orinoco salieron entomólogos, mineros, arqueólogos, aventureros, geográfos. Muchos no volvían. Algunos compraban flechas e ídolos y publicaban a su regreso noticias sobre los tamanacos o los maroas que nunca vieron. Así alinearon centenares de objetos en las vitrinas de los museos. Uno de aquellos sabios llevó las alas de un aeroplano encontrado por los indios, en una de las cuales se veían estas letras: A K I. Otro anunció el descubrimiento de ciudades sepultadas en las selvas, de oquedades llenas de huesos humanos y de papagayos que hablan lenguas extintas. Otro, en fin, habló de un fuego como aurora que coronaba los montes, refiriéndose al mismo tiempo a sonidos intensos que recorrían el cielo en las noches ardorosas.

—¡Erocomay! —dice a su espalda Teófilo Ortega—. ¿En qué piensas?

—Pienso que inútilmente hemos andado hasta hoy, que hemos perdido el alma, la vida. Antes apenas lo presentía. Ahora ya sé, ya conozco. El hombre rara vez entiende esto, nunca lo entendería, así como tampoco que el amor sin un ideal es inútil. En la mujer se halla todo, la vida, la fuerza. El hombre se precipita a ella con un impulso ciego e ignora que él apenas es un instrumento.

—No sé, Nila. Hablas de un modo distinto. No conozco sino la costumbre— y sus manos buscaban inútilmente las de Nila, como en otro tiempo. Apenas oía las palabras que pueden comprenderse sin ser pronunciadas, las cuales nunca resignan a quien no las pide. No las advierte, porque está más bella. Sus luminosas miradas tenían una sereni-

dad desconocida. Se desprendía de ella una fuerza salvaje y una gracia voluptuosa y cándida. Nunca había sentido tanta dulzura en su voz. Nunca la cólera, el dolor, se habían apoderado de él con esa emoción temblorosa que le hacía doblar las rodillas.

Nila se incorporó, se echó aprisa un velo sobre los hombros y fue a sentarse en una roca. El permanecía en la orilla, silencioso. Las olas le empapaban el rostro. Se enjugaba aquel rocío salobre, igual al sudor, a las lágrimas. La risa de Nila aguijonea su ira, pero no ve su mirada compasiva. Sabe que nada puede contra ella.

—Venía a decirte cosas de nosotros.

—No es hora de pensar en el amor. Primero será preciso recuperar la vida.

—¿Pero es que se puede hacer algo sin el amor? Tú lo sabes bien, Nila.

Ella posó sus miradas en las estrellas. Flores entre incienso se entornaban ligeramente. Iban poniéndose las Pléyades.

—Ya lo ves. Ahora debo estar sola.

Saltó sobre las rocas. Cuando hubo dado unos pasos, Ortega balbuceó:

—Sin embargo, sin embargo, Nila. ¡Oye!

—¿Qué?

Te traía algo. Es poco, pero me parece que son bellas. Las mejores que he visto. Las he ido guardando para ti.

El sacó del pecho una bolsa y la vació en la mano. Eran perlas. Entonces Nila lo atrajo así, le cogió la cabeza y lo besó en la boca, larga, ardientemente, como en otro tiempo. Aquel beso fue una quemadura en sus labios. Cuando abrió los ojos, ella estaba lejos. La buscó entre los cardones. La vio, envuelta en la luna, atravesar el valle de las lágrimas. Se detuvo un instante e hizo un signo. Una serpiente salió de entre los cardones, la siguió y desapareció por una de las ventanas, a tiempo que Nila penetraba en la casa de Cálice. Fue entonces cuando Ortega se presentó ante Cedeño y Ocampo.

—¿Y Nila? —preguntó Leiziaga después que se alejaron.

Fray Dionisio ríe con risa mohosa y le observa largamente. Entorna los ojos en una meditación profunda, profunda, y al fin, como si hablase consigo mismo:

—Mañana el sol comienza a remontar de nuevo su camino entre las estrellas. Esta noche, gracias al fuego, formas primitivas y ocultas se hacen visibles.

—¡Un religioso en prácticas de hechicería! En Nueva Cádiz la prisión perpetua, el *in pace.*

Una sonrisa traspasa la cara terrosa de fray Dionisio y sus palabras forman círculos en el silencio:

—¿Conoces la antigua costumbre? Los indios trocaban sus nombres. Había el cacique don Diego, el Gil González, don Alonso, y así muchos. Un indio a quien llamaban Orteguilla dio muerte a fray Dionisio.

Y por primera vez Leiziaga advirtió en una silla, en uno de los ángulos del aposento, una cabeza momificada. Eran los mismos rasgos de fray Dionisio. Los cabellos de la momia, se quedaron en sus manos al levantarla. La contempló unos momentos y la depuso suavemente.

Fray Dionisio apaga la bujía y se dispone a salir. Casi se confunde en la oscuridad. Es apenas una sombra. Los dos callan. Atraviesan el patio entre cabras dormidas y la casa desierta. Llega hasta ellos la racha de un perfume, acaso la misma luz azul que arde en las estancias donde antes resonaban espuelas y voces enfáticas.

En la memoria de Leiziaga repercute aquella palabra de Cedeño: extranjero. Y en realidad se siente un extraño. Camina sin ver las cosas que pasan a su alrededor. Sin embargo, las luciérnagas vuelan en torno de los cardones y su vuelo es una caricia ardiente y lánguida. De entre ellos salen mujeres desnudas. En sus cuerpos brillan ajorcas, arracadas de oro. Sus curvas son como frutas. Tienen la sonrisa de las conchas que en las profundidades se bañan de un humor rojo. Se alejan corriendo y se dispersan en las orillas plateadas. Sus plantas producen aquellos rumores furtivos.

Leiziaga, que no ve nada, se encoge de hombros; y, ahondando en el silencio que llega del mar y barre los arenales, los ranchitos donde se mueven extrañas figuras, dice:

—Aquí todos parece que aguardan.

—Sí, aquí todos aguardan.

V

VOCCHI

En el cuartel de policía de La Asunción, antigua huerta de los frailes, fueron hallados unos manuscritos, pertenecientes a la biblioteca del convento. Estaban grandemente deteriorados por la humedad y el abandono, lo cual hacía muy difícil su lectura. Entre esos manuscritos que contenían relaciones de viajes, historias de piratas y esclavos, hechos raros y curiosos, se hallaba la siguiente noticia acerca de Vocchi.

Vocchi nació en Lanka, y en su adolescencia hacía el trayecto de las caravanas a través de la Mesopotamia hasta Bactra y Samarcanda. Vocchi, como los otros, ama las islas, porque las islas son predestinadas. Deseoso de conocer mundo escapó una noche mientras se dirigía a Tarsis. Durmió en los templos, en los jardines y en los campos, entre pastores que buenamente quisieron ayudarle. Duró esto varios meses. Iba a pasar a Cnososs cuando una partida de fenicios le apresó para llevarlo de protector en sus navíos. ¡Ah, la esclavitud de los dioses condenados a seguir siempre a los hombres! En el tedio de esas jornadas del mar, Vocchi recordaba las mujeres que se entregaban a los extranjeros junto a los caminos y los vasos de cobre, los perfumes y los metales preciosos de las caravanas.

Una tormenta desbarató la armada, y el navío de Vocchi se vio arrastrado por la corriente. Al cabo de muchos días llegaron a un país desconocido. Había allí ciudades opulentas surcadas de canales, descollando entre palmeras y jardines. Los hombres se remontaban en máquinas y se comunicaban a grandes distancias por medio de las señales de sus torres. Vestigios de esos relatos se convirtieron después en fábulas, pues el mundo se hace y se deshace de nuevo. Las ciudades se levantan sobre las selvas y éstas cubren después las ciudades, se elevan unas sobre otras constantemente o el mar forma costas nuevas. Aparecen unas ruinas o unas rocas donde se han tallado algunos signos y nadie supone cuándo fueron escritos. Son historias, historias. Hay cedros y ceibas, cardones, malezas y lianas que encubren el pasado, y hay cielo azul: deseos, lágrimas.

Esta vez Vocchi no tuvo que andar errante. Le ofrecieron un templo con altas terrazas donde los sacerdotes observaban los astros y fijaban los solsticios y equinoccios. Todas las tardes una doncella tañía un salterio

delante de él. Las mujeres se inclinaban trémulas a depositar sus ofrendas y eran en las gradas penumbrosas un haz de lirios vivos. Los hombres se hacían la guerra por rivalidades económicas y se sucedian los inviernos, las cosechas y las primaveras. De otros pueblos llegaban naves en busca de metales y maderas preciosas. Desde las terrazas se veían cruzar por el cielo las máquinas raudas; brillaban las techumbres doradas, el cinturón de murallas y los palacios de rojos ladrillos, de piedra, de mármol.

Un día el mar cubrió las ciudades florecientes. Al disiparse la noche de muchos días una calma inmensa descendió sobre las aguas. Vocchi estaba en una isla. El mar estaba sembrado de islas y escollos. Se distinguía entre la bruma la línea de una costa nueva con picachos despedazados. Montañas cónicas, triangulares, redondas. Desde la orilla veía a las divinidades siempre jóvenes del mar. Les hizo un signo, pero ellas huyeron asustadas.

Entonces vio venir una barca con muchas velas desplegadas, en la cual había un hombre escapado también de la catástrofe. Era Amalivaca. En su inteligencia y en su poder reconocieron que eran hermanos. Se arriesgaron juntos hasta encontrar un gran río de muchas bocas e islas innumerables cubiertas de palmas. Por todas partes, abras, montañas desquiciadas, un continente mutilado en su forma y en su pensamiento. Las palmeras recordaban a Vocchi su país natal. Cuando comenzaban a remontar la corriente observaron a unos hombres que huían. Se pusieron a perseguirlos, y al acercarse vieron que habían perdido la razón. No querían oír hablar de lo acontecido. Dos lunas más tarde encontraron rocas talladas en forma de cocodrilos, ruinas monstruosas entre las cuales algunos hombres habían construido enramadas para abrigarse. Inspiraban tanta piedad que no quisieron despertar sus recuerdos. Ellos les observaban medrosos, sin atreverse a interrogarlos. Estaban a la sombra de unos moriches cargados de frutos. Amalivaca les dijo que él les había creado arrojando aquellos frutos por encima de los hombros, y a esa idea se mostraron felices como si la palmera, símbolo de sus vidas, les diese un alma nueva capaz de librarles del pasado.

Los tiempos comenzaron de nuevo. Para conmemorar su llegada grabaron en unas rocas, en medio de las aguas, las figuras del sol y de la luna, caimanes y escenas de cacería. Amalivaca les enseño a cultivar la tierra, a fabricar armas y a utilizar las hierbas en la guerra y en la medicina. Sobrecogidos observaban la noche sin atreverse a interrogar sus secretos y escogían dioses: la sombra, el río, el silencio. Amalivaca y Vocchi engendraron hijos en las hijas de los hombres. Amalivaca se ausentó encargando a Vocchi les protegiese en tanto él volvía. Vocchi era invocado a la orilla de los ríos y de los manantiales a la caída de la

tarde. Por la posesión de esas fuentes a las cuales atribuían propiedades maravillosas hubo guerras implacables. Vocchi no se molestaba en enseñarles. La experiencia recibida le parecía funesta. Creía además, que, abandonándoles, podrían hallarse a sí mismos, y ante el resplandor estrellado pensaba en su tiara de diamantes, arrojada cuando su primera fuga en el desierto.

En tanto, había quienes guardaban el secreto de las tierras perdidas. Era un rumor vago, repetido de siglo en siglo. Algunos arribaron casualmente a ellas. Eran hombres toscos que hablaban de una tierra oculta, a la lumbre de sus aldeas, en noches de invierno. Algunos no pudieron regresar nunca. A su vez, la noticia de que existían otros hombres penetraba lentamente a través del mundo perdido. Ya los piaches lo anunciaban: vendrían barcos enormes, tal como no se habían visto en muchos siglos, y hombres desconocidos. Por todas partes consultaban los astros y los árboles.

De pronto Vocchi, arrastrado por un deseo irresistible, quiso visitar su país natal. En vano buscaba los templos donde en otro tiempo las doncellas danzaban al son de flautas melodiosas. Las viejas ciudades no existían o llevaban otros nombres. Algunas estaban olvidadas. Aquel rumor le sorprendió en el camino. Se afirmaba que ciertos navíos, buscando una ruta nueva para ir a las Indias, habían encontrado hacia Occidente unas tierras desconocidas. Bien lo decían los poetas: el mar aflojará algún día sus ataduras. El mar oculta países y hombres ignorados. Pero la incredulidad es estéril y sólo las almas superiores penetran en el reino de lo maravilloso.

Cuando Vocchi regresó, ya era tarde. Los vio por primera vez a través de un bosque. Vestían horribles armaduras. Eran sucios, groseros y malvados. En vano los dueños de la tierra quisieron festejar el enencuentro de los hermanos perdidos tanto tiempo. En vano, Vocchi, obligado a ocultarse, fue de asilo en asilo, entre cavernas y arcabucos. Les perseguían, porque en virtud de su naturaleza pierden todo poder al ser derribados sus altares, y los altares de Vocchi eran esas palmeras y samanes en medio de bosques milenarios.

VI

EL AREYTO

—¡Ven!

Maquinalmente, Leiziaga obedeció. Se detuvieron en la cuadra. Primero una escalerilla, un sótano, antiguo dormitorio de esclavos. Un corredor abría su boca profunda, después otra. Fray Dionisio encendió un hachón. Los peldaños viscosos de humedad se empurpuraron. Unos murciélagos surgieron de las tinieblas tocándoles con su vuelo helado y silencioso. El trabajo de los nepentes había cubierto las galerías de prodigiosas talladuras verde y oro, de labores confusas que descendían de las bóvedas y recordaban rojas guirnaldas de bosques.

Leiziaga tropezó con la frente. De la techumbre pendía un ancla enorme en cuyos brazos pintados de blanco se alcanzaba a leer: "San Pedro Alcántara"[5]. Se hallaron ante una puerta. Se vieron en aquel espejo, tan brillante, tan fina, tan blanca era la madera. En la otra galería flotaban dorados reflejos. La luna quizás penetraba allí, pero luego fueron precisándose formas extrañas: ídolos, asientos, aves de oro. Toda la plata de Paria, el oro de los Omeguas, las riquezas de Guaramental, Chapachauru y Quarica. El oro de los reinos esfumados en la niebla de los ríos. Las perlas rebosaban en urnas de tierra derramando un brillo estelar.

Un tañido ligero llegaba hasta ellos, el rumor de una música sepultada centenares de años, nunca oída de los extranjeros. Una música que antes se escuchaba en las islas, en los umbrales, encendiendo su alegría misteriosa en el corazón. Caminaban silenciosamente. Sus pies resbalaban en la humedad. Arrimadas a los muros se veían tinajas de barro, onobis, con restos humanos. Fray Dionisio apuró el paso.

—Tal día como hoy debo partir para las Misiones de Oriente —dice como hablando consigo mismo.

Al fin se hallaron en un vasto espacio circular, alumbrado apenas. Y he aquí lo que vio Leiziaga: las paredes estaban cubiertas con planchas de oro y a trechos colgaban rodelas, macanas, escudos de oro. Y al fondo, envuelto en ancha túnica blanca con dibujos bermejos, los brazos

sobre el pecho, las piernas cruzadas sobre unas mantas de algodón fino, tan menudo que casi desaparecía en los pliegues de su vestidura: Vocchi. Su rostro espectral se inclinaba agobiado de perlas.

El se había apoderado del anillo de Leiziaga y observaba aquel león rampante, de gules, en campo de plata. Una sonrisa irónica se dibujaba en su rostro. Sus mismos ojos eran dos largas sonrisas.

Leiziaga comenzaba a sentir indignación, disgusto. ¿No era él descendiente de conquistadores? A su alcance tenía un dorado que sobrepasaba a todos sus proyectos. Oro tangible. Pero su voluntad le abandonaba y él hacía vanos esfuerzos para recobrarla. Toda su vida dependía de aquel momento. Se irguió con semblante altanero. Vocchi frunció el ceño.

—Me asombro de que hables español.

El se incorporó a medias y Leiziaga creyó reconocer la melancolía que le velaba el rostro. Enmudeció bajo aquella mirada aguda, punzante. Tomó el polvo que le ofrecía en una concha de nácar y a imitación suya empezó a absorberlo por la nariz. Veía su anillo en el dedo de Vocchi. Hombres tatuados, con plumajes resplandecientes y mujeres con los senos dorados y adornadas de conchas se enlazaban de la mano. En medio de ellos estaba Nila. Las perlas derramaban en sus trenzas, en la piel cobriza, un resplandor de vía láctea. Las salutaciones se elevaron a coro, de uno a otro extremo:

—¡Thenoca!

—¡Ratana!

—¡Erocomay!

Los luengos canutos de cinco palmos y los atabales marcan un paso lento. Girando en torno de Nila daba comienzo al areyto. Sus plumajes trazaban un arco iris. Alaumoulu, penacho de Dios. El colibrí se desprende de la verde selva. Era una danza religiosa, de liturgias bárbaras. Su melancolía cobraba expresión en el semblante de Vocchi, la misma melancolía de ciertos bailes y canciones. Toda su vida está impregnada de esa nostalgia, pero no sabrían explicarla, acaso porque nunca pudieron volver a encontrarse. Nostalgia de la propia alma perdida. ¿No tiene también la Historia ese mismo carácter?

Contaban historias de sus pasados. Erocomay era bella y fuerte. Reinaba entre mujeres. Todos los años en el tiempo de la cosecha venían a reunirse con ellas los mancebos más valerosos y diestros de las otras tribus, y había danzas y juegos. Erocomay guiaba su tribu en la guerra y a las cacerías de monstruos que moraban en las cavernas y a la orilla de los ríos. Grande era su poder y su amor deseado y temido. Era como la noche que embriaga dulcemente y como el alba que es también oscura

en su iniciación. Los blancos a quienes dio hospitalidad la llevaban cautiva, pero ella pudo saltar en un corcel que el jinete había dejado según costumbre, mientras buscaba oro entre las cenizas. Huían asustadas las tropas de ciervos, de dantas, ante aquel tropel que la perseguía y su manto bermejo flotaba en el bosque en el cual comenzaba a brillar un rocío de lucciolas. Tal es la historia de Erocomay. Su alma es eterna y sus ojos permanecen abiertos en las selvas, en las serranías.

Vocchi tomó un cráneo y lo llenó con vino de palma. Hecha su libación los demás bebieron. Leiziaga acercó también a sus labios los bordes de aquella copa. Danzaban y a cada momento bebían. Cada uno alzaba un cráneo y éste era el de un hombre blanco. Vocchi encendió después unas hojas retorcidas de tabaco. Sus ojos oscuros y tiernos se abrían a ratos y se posaban con deleite en el tumulto de la danza. De pronto las flautas desfallecieron. Ahora era el aire de una pastoral fúnebre. Los niños —refieren— han desaparecido; las doncellas también desaparecieron, y las fiestas. Creían que los astros iban también a morir, pero las resinas de los bosques se derramaban en la noche y el cielo resplandecía como siempre. Ellos llegaban tal como les había anunciado el viajero aquel que les enseñó a venerar la Cruz y con la cual señalaban los caminos para ahuyentar a los demonios. Indiferentes a los hombres son las penas y las alegrías de los que han muerto. Por eso hay tanta piedad en recordarlos. Las fuentes lo saben, pues ellos aman los arroyos donde sus sombras se dibujan junto a la luciérnaga celeste. Se les ve salir de las grutas y subir a las montañas a contemplar los valles desiertos. Su sueño está poblado de imágenes que andan fugitivas hasta confundirse la una con la otra, de tal modo que no podrían distinguirse y sentados bajo las copas cargadas de flores aguardan la hora en que Maguadarado, el racimo de mayas, se oculta.

En aquel tiempo pasaban hechos prodigiosos. La luna tenía siete halos trágicos. Los cemíes no acudían a la cita de los piaches. La llanura abría su ojo inmenso, amarilloso, al sentir aquel vértigo. Los barrancos estaban erizados de picas. Había hambre en la tierra. Por todas partes se escuchaban lamentos. El mar estaba rojo, rojo. Pero ahora hay otros signos. A la luz de los astros, los árboles de los caminos mudos tanto tiempo han dicho...

La danza se hizo vertiginosa. Comenzaban a tumbarse embriagados. En el delirio los cráneos rodaban por el suelo con un chasquido. Su anillo brillaba en los dedos de Vocchi como un punto de fuego. Sus ojos se cerraban. Entonces vio por última vez a fray Dionisio, que arrodillado en un rincón, muy apartado, rezaba el Oficio matutino. Llamó a Nila, pero su voz volaba inútilmente.

El lucero del alba brillaba cual otra luna.

Ya Pedro Cálice trabajaba en su cuaderno de cuentas, ante una mesa en la cual se veían desperdicios de frutas, monedas y billetes de banco. Junto a él ardía un reverbero con el café montado. Al ver a Leiziaga, cerró el cuaderno marcando la página con un dedo.

—¿Ya estamos aquí? Todo el día lo esperamos ayer. La gente andaba intranquila.

—Imposible.

—Bueno, pregúntelo a su gente.

—Dígame primero ¿Y Nila?

El rostro de Cálice se ensombreció. Su mirada se volvió turbia. lejana:

—Pero bien: ¿qué tengo yo que hacer con Nila? ¿acaso es hija mía? No es mi hija. Se llama así por un capricho o para tener más libertad en sus andanzas. Es decir, he llegado a creer que se trata de una venganza. ¿pero no se ha fijado en el nombre de su goleta? "La Tirana". Se llama así en honor suyo. Su verdadero nombre ya lo sabe usted. Muchas veces me ha dicho, es decir, me decía, porque ha estado ausente mucho tiempo, enseñándome ese valle: "¿Te acuerdas, Cálice?". Pero realmente yo de nada me acuerdo aquí como no sea de ella.

Vagamente Leiziaga recordó los cráneos en que había bebido. Cálice se quedó mirándolo con sorna y después se encogió de hombros:

—Cuando se muere lentamente importa poco ver morir a los otros.

Se vieron en silencio. El mar se borraba. Un perro saltó y corrió aullando entre los breñales. Cálice continuó:

—Puede dormir en el cuarto de fray Dionisio. El se fue ayer, se fueron. En Cubagua es preciso cuidarse del aire y de las arañas cuyas picaduras producen vivos dolores.

—¡Qué vivas muchos años, Pedro Cálice!

Con paso vacilante, la cabeza aturdida, se encaminó Leiziaga a la habitación de fray Dionisio. No veía el mar y no oía los ruidos furtivos en la arena.

VII

THENOCAS

Por los mapas corre la alborada y el mar alza entre los escollos su canto eterno y triste. Leiziaga se despierta con la luz, se precipita al cántaro y bebe ansiosamente sin que disminuya por eso su ofuscación y el ardor de su boca. Se había echado en la hamaca vestido. Había dormido dos horas. La falta del anillo acabó de recordarle la aventura de la pasada noche. Ya no estaban allí los instrumentos que viera la noche anterior, ni la cabeza momificada; pero los libros, los objetos indígenas, las botellas y los vasos con los fondos verdosos estaban en su sitio. De un extremo a otro recorrió la casa. Las habitaciones de Cálice estaban cerradas. En la cuadra no había señal de subterráneos. Examinó el piso de tierra mezclada con polvo de madreperlas. Sacudió los eslabones sujetos de los muros. Al cabo advirtió un pesado anillo a la altura de un hombre y lo asió con fuerza tratando de removerlo. Entonces la pared cedió obediente a un mecanismo y se abrieron ante él las catacumbas de Cubagua. Sombra, misterio, silencio. El aire espeso, húmedo, le hizo retroceder. Un ligero silbido recorrió las tinieblas, algo vago, onduloso, brillante. Unos pájaros huyeron asustados dando chirridos feroces. Instintivamente Leiziaga echó mano al anillo. El artificio funcionó sin esfuerzo. Quedó intacto el muro. Silencio, soledad, en torno suyo. Temor y alegría infinita.

No era, pues, un sueño. El mismo fragmento de losa sepulcral, apoyado en una piedra del patio, parece advertirlo. Hay allí grabado un nombre. Las letras rotas, antiguas, parecen ocultar el secreto que sin duda aquel hombre sorprendió y se llevó consigo:

ALON DE ROJ
CAV DE ALCANT
VEEDOR DE ESTA
A
MDXXXXL

Una voz conocida canta dentro:

En los Millanes
tengo una muchacha...

Leiziaga divisa a Malavé que lleva el café con la ración de yuca, y regresa a su aposento. Las miradas del muchacho esquivan las del forastero y las preguntas inútiles. Por él supo que Cálice había salido para Coche esa madrugada. Como todos, Malavé no revela nada de lo que sabe. Se piensa que no sabrían explicarse, pero están muy lejos de eso. No hablarían nunca.

Mientras saborea el café y enciende un cigarrillo contempla a Malavé. Sabe que es un esclavo. Cedeño se lo ha dicho la tarde anterior. Ha de pagar la deuda del padre o del hermano, como todos los que forman los trenes de pesquerías donde las deudas se heredan. Pero ¿qué le importa a los demás que él sea libre o no? Lo es a pesar de todo, aun cuando él mismo lo ignora, como ignora también el amor que le liga al mar. Leiziaga considera la dulzura de esas vidas, lo cual no le había ocurrido hasta entonces. No ser nada, no esperar nada. Ser ellos solos; vivir sobre un leño o en un pedazo de tierra con el alma en silencio. Almas cargadas de amargura, de indiferencia, de dicha. Fácilmente ellos no trocarían sus vidas; y, luego, ¿no es un crimen obligarlos por el temor o la fuerza? Es preciso dejarlos con su inviolado silencio. Toda mirada, toda palabra de extranjero les produce estupor. Quizás, piensan, hay en ella algún ardid para quitarles lo único que tienen: su libertad. Su libertad en medio de su esclavitud.

Al nombre de Nila el rostro amarillo de Malavé palidece como si le hubiesen herido. Malavé no sabe nada y Leiziaga calla bruscamente. No es preciso dar a los demás el espectáculo de su afrenta. La otra noche había sido Cedeño. Absorto se queda en las lejanías.

Cubagua vuelve a ser virgínea, pura. Tres veleros van en dirección a Paria, a Cariaco, a la tierra en flor. Las velas son rojas. Roja es la mancha que se extiende sobre Araya. Se distingue la línea de costa firme, serranías cubiertas de bruma. En los cabos orlados de perlas y rosas hay un vuelo de alcotanes. Sube, sube una garza morena, después otra. Al fin es una guirnalda que se dispersa. El día se levanta del mar y enciende las costas con un gran temblor de oro.

Selim Hobuac, un sirio comerciante en perlas, había llegado a Cubagua. No esperaba encontrarse allí con un funcionario, pero ya Cedeño tenía su aviso y deseaba demostrar además que entre ellos los títulos no significan nada.

—Tú, que eres de los Robles, donde ponen alpargatas a las vacas para robarlas —dice Ortega—, podrías inventar el modo de salir bien de este negocio.

Cedeño se enfurece. Un roblero no tolera esos insultos aun cuando la fama de sus robos vaya lejos, pero no hay tiempo ahora y todos ríen de la furia de Cedeño y del ingenio bellaco de los robleros.

Hobuac declaró que él se hacía cargo de la venta si, como de costumbre, le aseguraban parte de las deudas que tenían con él, más un aumento de comisión. Sabían que el mercado estaba difícil. Después repartirían el saldo, como siempre. Los demás se indignaron, pero al ver el semblante impasible de Hobuac, que tenía el secreto de las ventas clandestinas, acabaron por resignarse.

Todo esto ocurría el día anterior, en la ausencia de Leiziaga. Ahora iban a comenzar de nuevo el trabajo. Sus cuerpos bronceados estaban ungidos de oro. Con las redecillas al pecho y la cintura se sumergían y regresaban cargados de nacarones como los guaiqueríes y los lucayos hace cuatrocientos años.

Cuando Leiziaga llega, Ortega no hace un movimiento. Veía. ¿Dónde? Parecía más bien no ver. En aquel momento su mirada tenía una rara semejanza con la de Nila. Los demás permanecieron impávidos como en espera de una orden. Un viento suave arrastraba las últimas neblinas, las últimas rosas.

Hobuac, muy sonriente, quiso explicar, mientras su nariz puntiaguda se ponía más colorada: al pasar frente a Cubagua había gente que le hacía señas y desembarcó por ser conocidos. De todos modos era preciso examinar los placeres y podía asegurar que estaban en condiciones espléndidas.Lo que no explicaba eran las conchas amontonadas en los botes, en las playas, en "La Tirana".

—Se ha economizado tiempo—, añadió en un tono servil.

Leiziaga no quería oír nada. A sus palabras coléricas callaron. Entonces Hobuac mostró las margaritas. La costumbre establece que se abran después de terminada la pesca. Esta vez fue preciso hacer de otro modo. Comenzaron a romper las veneras. Muchas contenían aljófar que apartaba con desdén, pero su mano diestra extrajo una perla redonda, maravillosa, que debía pesar treinta quilates y una azul y otra negra. Las había bermejas, rosadas, rubias, tirando a verde, en forma de peras, en forma de granos. Según Hobuac, sólo en Ceilán en la costa de Arabia podían hallarse iguales. Ponía las gemas contra la luz e iba señalando sus defectos y perfecciones. La hermosura de las Thenocas hacía pensar en Nila. Fue entonces el mayor deseo de Leiziaga poseerlas. Le atraían idénticas a un talismán de virtudes distintas.

Mujeres en cuclillas abrían también las ostras con impaciencia o espiaban en la orilla, entre las piedras y los mangles. El mar es comunista.

—¡Ah, señor! —exclaman entretanto moviendo la cabeza, convencidas de la inutilidad de sus esfuerzos para vivir. La vida es salobre como el aire que impregna sus labios, como la tierra que pisan. El celaje de los nácares ilumina sus manos rudas.

—¿Cuántas horas hace que están pescando?

—Hace poco, señor.

—No sé, señor. Vine aquí esta mañana.

—¿Fue desde ayer?

—Sí, señor, creo que fue de ayer.

Leiziaga dio orden de continuar la pesca.

—Vamos, Orteguita —dice Hobuac.

Pero una vez en el bote declara:

—La escafandra se ha roto.

Fueron inútiles las ofertas de Hobuac.

El mar brilla. Puntos luminosos dan vueltas en el anillo azul. Reman lentamente. Los botes van situándose a distancia unos de otros. Los hombres bronceados, describen arcos, parábolas y van a sumergirse silenciosos. Regresan a depositar los nacarrones. Sin duda tardaban mucho se detenían demasiado a tomar aire. Un sentimiento desconocido se apoderaba de Leiziaga. Con la mano puesta en la frente para atenuar la luz observa sus maniobras. Realmente los otros tenían razón.

—¡Se necesitan diez mil indios!

Hobuac asiente complacido:

—Se necesitan diez mil indios y un látigo.

Cubagua proyecta su sombra en el mar. Los cardos vigilan. De pronto, hacia Punta Arenas se alzan voces y arpones. Los hombres arrojan los guatanes. Uno de los botes se estremece, sacudido en un torbellino. Gira. Cedeño y Ortega se dejan arrastrar sin soltar la presa, resistiendo las terribles sacudidas, primero de un lado a otro. Después en una fuga veloz, mar adentro. El bote se hace cada vez más pequeño. Es un punto que desaparece.

Cinco horas duró la lucha. Cinco largas horas. Primero huían mar adentro, después volvían hacia la isla. Cambiaban de rumbo, hacia el continente. Ahora corrían a lo largo de la costa, sin soltar la presa. Velozmente pasaban ante ellos caseríos dormidos a la sombra de sus palmeras. Yacía la fiera en la playa desierta, con el vientre plateado al aire, convulsa y sangrienta, y muchos litros de aceite. Soplaba el alisio, un alisio cargado de aromas, de frutas y cantos de mar.

Ninguno, momentos después, podía referir exactamente lo ocurrido. Los demás se acercaron en silencio.

—Malavé.

—Es cosa de todos los días —afirma Hobuac viendo el rostro sombrío de Leiziaga—. Un accidente.

Según unos, había sucumbido mientras burlaba el lance: según otros, el bote había zozobrado. Un hermano de Malavé había muerto de la misma manera. Iban de Coche a Margarita cuando se volcó el bote. Nadaron furiosamente, pero Fucho, más pequeño, se cansó pronto y tuvo que asirse al cuello de su hermano. Así adelantaron buen trecho, cuando Fucho dio un grito y dijo con cierta firmeza:

—¡Suéltame, sálvate tú!

Sin embargo, ante ellos el mar brilla y extiende sus mil brazos a las islas inermes. Una vieja recogió de la arena una franela agujereada y unos calzones mugrientos, rotos en las rodillas.

—¡Ah, Señor! —repiten las humildes mujeres entre suspiros respondiendo a pensamientos íntimos descoloridos a fuerza de usarlos. La gente se recoge en las barcas, en los cobertizos. Las cosas, el mar mismo se inmoviliza. El sol engendra los pájaros de fuego que devoran los verdes y las aguas. Caminan los hombres descalzos, impasibles, taciturnos. Son hombres cardones.

Hobuac había perdido su sonrisa servil. Cuando se trató de partir disputaron largamente en términos agrios. Por último, Leiziaga, con la mano apoyada en la pistola, declaró que él era agente fiscal y no entregaría a nadie ninguna perla o los haría prender en Margarita. Dio unos pasos. El aposento de fray Dionisio estaba lleno de hombres que esperaban el resultado. Bruscamente cambió de idea. Les dejaría las conchas ya sacadas que tenían en la playas y en los botes. El tomaba para sí las perlas mostradas por Hobuac que reunían varios quilates. Le miran hostiles, recelosos, pero se van marchando. Esperarían a Cedeño. Una vez solo, Leiziaga contempla las perlas con amor. No veía en ellas su valor material. Sonrientes y encantadoras, creía poseer en alguna forma la gracia luminosa de Nila.

El mismo día en la tarde. Hobuac ha partido dos horas antes. La vieja de piernas torcidas esperaba en la puerta del rancho con el fogón listo para el pescado. La muchacha también espera con las mejillas llenas de un placer anticipado. Regresan con la ropa lavada y la extienden sobre las tunas. Blanquean faldas andrajosas, calzones que fueron de otro color. El viento hace ondear aquellas prendas humanas sobre los restos de muros renegridos.

Pero con el sol los recuerdos importunos desaparecen. El mundo es hermoso y sólo ella existe. Venus asciende hasta la luna. Tendido en la arena, Leiziaga se olvida del petróleo, de los tesoros sepultados en Cubagua, de su misma vida anterior y observa el jeroglífico que los

cardones van trazando. El mar acumula en la orilla su nieve efímera, sus flores, sus algas. La imagen de Nila sobrevive. Sus pies morenos se han hundido en aquella blancura deslumbradora. Una tarde muy remota otra mujer cruzaba el mismo mar, adorada de los hombres que le ofrecían perlas. Había tanta dulzura y piedad en su mirada como el pensamiento que descendía del cielo. La infinita esmeralda se oscurece y en ella caen gotas de aceite. Los alcatraces pasan y repasan en fila gastando las horas. Un canto indescifrable, lento y prolongado, remonta hacia el lucero de la tarde y el silencio se hace más denso entre los cardones. Tres días, quinientos años, segundos acaso que se alejan y vuelven dando tumbos en un sueño, en la luz de días inmemoriales. Espuma.

Un indio viejo se ofreció a conducirlo a Margarita. Tenía allí un falucho. Hacía poco viento. El mar se vuelve más oscuro. El viejo y un muchacho se ayudaban remando lentamente.

—Sí, el mar tiene muchos misterios.

Habla de los hupias que cabalgan sobre el mar, en muchedumbres semejantes a una niebla en la cual se advierten rostros burlones, silbidos que erizan los cabellos y extravían las embarcaciones.

Y, mientras el indio habla, el último reflejo se borra del Caribe. La noche será oscura. Las islas perfilan sus curvas aterciopeladas. Los cardones caen, desaparecen. Y los tres se olvidaban. ¿No es el mar una llanura verde con sus hogares tibios y sus atardeceres maravillosos? Iban casi sin gobierno, al amor del agua.

VIII

EL FARAUTE [6]

En el castillo de Santa Rosa, en La Asunción, capital de la Margarita. El día comienza, la diana suena alegremente. Un oficial de capa prusiana se pasea por la explanada. Abajo, en torno de la colina, los caseríos surgen dispersos, míseros. La costa perfila su redondez de concha.

—Cuando truena Guacuco, maíz en el conuco —dice una voz juvenil interpretando así un presagio de lluvia. Guacuco es la playa que se divisa del castillo y se ven allí las ruinas de un fortín. Las costas de Margarita están llenas de cañones hundidos en la arena, de castillos y fortines desmoronados. Lo mismo las costas de Paria y de Cumaná y de Guayana y de las islas que trazan un arco gigantesco en el Caribe. De Este a Poniente. Es todo lo que resta de un gran imperio.

Desde su habitación Leiziaga contempla las piedras renegridas. Lleva dos días de encierro. Dos días, dos siglos. A ratos se suspende asido a los hierros en cruz de una reja, aspira ansioso el aire y contempla los valles, las sierras, el mar. Delira por un cigarrillo. Después vuelve a recogerse en sus pensamientos. Aquellos cardones recuerdan los cipreses de su casa natal, cerca del Avila,allí donde uno de sus antepasados hizo matar a un esclavo infiel. El viento golpeaba sus bronceadas copas arrebatándoles un tañido que pasaba sobre las colinas sobresalientes y aterciopeladas como pétalos. En un instante pasan en su memoria las últimas horas vividas en confusión, sin percibir apenas dónde concluye y comienza la realidad.

Cuando entró en la fonda, en Punta de Piedras, halló al doctor Tiberio Mendoza que iba a curarse un fuerte ataque de asma. Estaba adormilado, con el sombrero sobre los ojos para defenderse de la luz.

A menudo procedemos contra nuestros propios deseos. Leiziaga no resistió al de referir su aventura y el académico escuchó el relato con signos de impaciencia. Su mecedora adquiría un movimiento cada vez más rápido. La tos alcanforada se ahogaba entre sus manos nudosas. ¿Qué podían decirle que ya él no supiese? Echaba de menos en aquel momento sus colecciones de artículos. Leiziaga se le aparecía como un loco o un monstruoso disparatero. Los hombres de mérito habían muerto

o tenían sesenta años. Pero cuando oyó hablar del ancla de "San Pedro Alcántara" y del areyto bailado en las catacumbas de Cubagua, sus labios cenicientos ensayaron una sonrisa, sus ojos y su frente parecieron ensancharse de desprecio y de lástima.

—Esas son fantasías, querido amigo. Cubagua es una isla inhabitable. Lea a Depons, a Rojas, a los cronistas de Indias. Venga a decirme absurdos—. Y añadió con solemnidad—: Además, además hay un alma indestructible de la raza.

—¿Pero cuál es el alma de la raza? —pregunta Leiziaga—. ¿Es quizás la nostalgia, la gran tristeza del pueblo que se ignora a sí mismo, o son almas superpuestas, vigilantes, para que ninguna cobre imperio sobre la otra? República, burocracia, todo les deja indiferentes. El negro y el indio toman la guitarra en sus manos del mismo modo que el rifle, cantan con una tristeza pueril y viven sin conocerse o se matan entre sí. Bailes y canciones, luz, palmeras, he ahí todo el sentimiento, el alma de la raza.

Apiñada, desnuda, la gleba del mar se amontona en faluchos y goletas. El viento se lleva las canciones monótonas. Otra vez la misma expresión que le exasperaba en Ortega y en cuantos veía en el mar. Los botes cargados de frutas odorantes se balancean perezosamente. Sueñan los barcos desnudos en la arena: balandros, orejetas, tres puños. Las velas de la expedición forman una niebla en el horizonte. Una voz lejana canta:

Si vas a la Goajira
compra primero un loro
para que cuando vuelvas
el loro te cuente todo.

Mujeres ciegas por el tracoma concentran su mirada en el mar. Tejen cestas y esteras. Tejen febrilmente. En el aire embalsamado las visiones nocturnas salen al paso y luego, como toda imagen salida de nosotros mismos, se aleja y desenvuelve su propia vida, la buscaba en la orilla donde las conchas se abren como flores y los veleros descansan de las travesías largas y temerarias.

—¿Conoce usted a Antonio Cedeño? —pregunta al pasar cerca de los botes donde los hombres contemplan el mar que es la eternidad para ellos.

—No, señor:

Ninguno le conoce. Tampoco a Teófilo Ortega, ni a Cálice. Al menos así lo dicen. Oyen la pregunta, ven hacia el mar y vuelven la cabeza en silencio.

—Lo siento, mi coronel, pero es la orden—, dice una voz a su espalda.

Leiziaga es conducido a La Asunción. Los eriales se desenvuelven en una mancha parda, gris. Vallas rotas, de alambre. Nopales violetas. El auto se detiene en Los Millanes. Leiziaga pide agua que le ofrece una mujer descalza, cetrina, con pendientes de filigrana antigua. Agua pesada, cruda.

—¡Pobre!

Malavé es de Los Millanes. Cuando el auto prosigue, Leiziaga respira aliviado. Los dos guardias se niegan a hablarle.

—Lo siento, doctor, pero es de orden superior —dice el jefe civil al entrar en la huerta de los frailes, actualmente cuartel de policía, mientras tantea los bolsillos y la cintura del preso para desarmarlo.

Muy temprano el coronel Rojas lo conduce al castillo. En el camino, Leiziaga refiere otra vez su aventura. Rojas se retuerce el bigote nerviosamente y le mira con desconfianza. Es el único propietario de carros Ford para el público, cuatro carros viejos, y había allí cerca tesoros para diez reinos.

—Todo el mundo lo sabe entonces —se dice Leiziaga ante la indiferencia de Rojas—. Es insensato hablar de lo que todos conocen y de lo cual nadie quiere oír hablar.

Ambos guardan silencio. El carro asciende con dificultad la colina por el camino somnoliento. Y Rojas tiene una risita ofensiva y alerta, la cual contrae todo su rostro recio y oscuro. Ortega y Cedeño, al llegar a Margarita, advirtieron a Hobuac que huyó la misma noche. Hobuac siempre sabe burlar la justicia y volverse más rico que antes.

—Indudablemente, todos lo saben—, repite Leiziaga ante aquel silencio lleno de precauciones, sin reparar en la expresión de Rojas. Por encima de ellos surge una masa sombría, murallas negras, amarillosas. Ruido de voces y armas. Rojas responde al saludo del ordenanza. Una claridad turbia, cenicienta, inunda el patio, los corredores oscuros. Todo tan sencillo: encerrar a un preso y ¡allá lejos el mar! Las velas se hinchan doradas, orgullosas. Rumores en los valles cálidos. Los arroyos encendidos tienen ondulaciones de plata.

En la explanada dos oficiales comentan el incidente:

—Lo ridículo es la torpeza. Para robar se requiere ante todo habilidad.

—No se sabe dónde las tiene. Una comisión ha salido para Cubagua.

Leiziaga en realidad las tenía en la fonda cuando fue detenido. Al hacer una pesquisa en su habitación no fueron halladas. Los hechos

ocurrieron así: el doctor Mendoza, arrepentido de su ligereza, entró en el cuarto de Leiziaga a pedirle nuevas explicaciones. Había visto tema para un artículo y deseaba considerar de nuevo el asunto. Como advirtiese papeles en la mesa, se precipitó sobre ellos.

—¡Qué imbécil! Carece del sentido de la historia —refunfuña Mendoza apoderándose de los borradores de Leiziaga.— ¡Je, je!

Cerca de los papeles, guardadas en un frasco, estaban las perlas. Mendoza reflexionó un instante, se encogió de hombros y acabó por metérselas en el bolsillo. Después se sentó en el corredor, arrimó una mesa, se caló las gafas y encima de las cuartillas, con su hermosa letra, puso el título: "Los fantasmas de Cubagua".

Temeroso de rectificaciones y de que se le tomase por un imaginativo, lo cual sería un eterno borrón en su fama de historiador, se limitaba a decir: "En ciertas noches, los pescadores creen ver unas sombras en las costas de la *histórica isla,* afirmando que son las víctimas del *San Pedro Alcántara.* Y escribía rápidamente: "Las imaginaciones sencillas dan todavía crédito a estas reminiscencias de antiguas leyendas, frutos del oscurantismo y del error. El que esto escribe se ha referido más de una vez a un volcán submarino, el cual, se cree, arroja corrientes venenosas que matan las ostras en flor. Humboldt estudió esa región en su famoso viaje (sobre el cual hemos publicado también varios estudios), así como las capas atmosféricas y los levantamientos del antiguo océano. La tierra, ilustrada por los hechos de Gonzalo de Ocampo, Fernández de Zerpa y tantos otros sobre el mar llamado por Colón el Vidente *los jardines,* por su hermosura, necesita sabios que vengan a estudiar los arcanos de la naturaleza en esta región privilegiada llamada a ser un emporio en un porvenir no muy lejano".

El doctor Mendoza almorzó con apetito. Se olvidó del asma, de su dispepsia inveterada y comió langosta, lo cual no hacía en treinta años. Aun cuando no tenía a la mano su biblioteca en el momento de escribir, el artículo "Los fantasmas de Cubagua" tuvo el mismo éxito inexplicable que alcanzaban siempre sus escritos.

Cuando Leiziaga estuvo en su fonda sintió escalofríos, fiebre, un malestar seguido de una tortura desconocida. Se veía en un calabozo en el castillo. Iba de un lado a otro tanteando las piedras oscurecidas. Las ideas surgían en su cabeza atormentada. ¿Un alma española, un alma india o negra? Un tío suyo le hablaba a menudo del alma española. El había visto a su abuela, después de proclamada la República, encenderle velas a Fernando VII. Esto le asombraba, pues siempre había oído ese nombre acompañado de la palabra "monstruo". Para aquella mujer nunca hubo independencia. Y el viejo, un poco burlón, desde su sillón

de reumático, solía decirle: "Para muchos hoy es lo mismo. Aún hay en América fidelidad monárquica. Dígase: viene su alteza real el príncipe don Tal y todo el mundo se pone en movimiento con una especie de fervor. Salen los ocultos sentimientos, a pesar de la ascendencia caribe". Ahora el doctor Mendoza acababa de recordale el alma de la raza. Piedras húmedas, talladas a cincel, vestigios de razas fuertes. Malavé. En el fondo de su ser se asomaba aquel rostro humilde traspasándole con sus ojos herméticos. Nila. Cubagua. Movido del mismo impulso que le hacía pensar todo en confusión, a un tiempo, se puso a trazar con la hebilla de su faja en la pátina de los muros aquel nombre: Erocomay. Y abajo la fecha: 1925.

El sol hostiga. Los valles, los cardones, las palmeras se cubren de un vapor cálido. Sobre la ciudad pasan las horas de bochorno lentas, agobiadoras. Ahí sentado frente a él, hay un hombre pálido que sonríe plácidamente. ¿Lampugnano? ¿Es Lampugnano? Y era él mismo. La barba del intruso es rubia y la suya negra.

—Te ruego te apartes de mí. Somos uno mismo, realmente no tengo necesidad de verte.

Pero el otro continuaba indiferente. Leiziaga avanza amenazador y descarga el puño en el muro que le parecía un espejo. No había nadie. Con la cara pegada en el suelo permanece mucho tiempo sin moverse, en una angustia dolorosa que va circundándole, oprimiéndole. El mismo no se atreve a confesar lo que hay en el fondo de todo eso.

El ordenanza entró y dejó junto a él una cesta de frutas. Tunas, dátiles entre hojas y una piña, presente de un desconocido. Entre las hojas hay un papel escrito con lápiz en una letra casi ilegible: "Siga al pie de la letra este aviso".

El crepúsculo fue brevísimo. Rápidamente las sombras se amontonaban en las colinas. Las mujeres cruzaban por los senderos con los cántaros derramándoseles en la cabeza, empapándoles los pechos, las caderas. Iban mezcladas con las viejas, muy juntas, temerosas de ser violadas. Se balanceaban graciosas y eran una alegoría del agua en las sendas y atajos. Las campanas sonaban solemnes, rumorosas y entre los cardones revoloteaban las tórtolas.

A esa misma hora el doctor Almozas afirmaba en casa de Stakelun:

—El mundo cree aún en leyendas y fantasmas. El progreso tiene que luchar todavía contra la ignorancia.

Y el doctor Figueiras, que tampoco sabía nada del ñopo y del "Elíxir de Atabapo" y de que la realidad, como la luna, siempre nos muestra un solo lado, decía en la noche, en la tertulia de Jesús Quijada:

—No me equivoqué en mi juicio acerca de este señor Leiziaga.

Yo soy de los que juzgo a los individuos con una sola mirada. Muy probablemente está loco.

En el corredor de su casa, el doctor Leónidas Figueiras saboreaba esa mañana el café que le servía su adorada mulata.

En el patio los pájaros invaden el oleaje de ramas que se precipitan bajo los aleros. Andrea besa su papagayo en el pico, murmurando frases tiernas y lo deposita en el hombro de Figueiras. Adiestrar al papagayo es una de esas funciones que siempre realiza de buen humor, pero ahora permanece indiferentee, distraído. Su mirada vaga en el círculo que abarcan sus lentes y Andrea se indigna, amenaza con irse. Ha tenido otras proposiciones ventajosas, entre ellas la del secretario, el señor. Arias, el único que come sesos en La Asunción, pues los encarga de antemano y el carnicero no osaría faltarle.

—¡Ya sé en qué piensas!

El doctor masca nerviosamente, signo de enfado en él. Piensa en el problema que tiene entre manos. Primeramente trabajar, una verdadera pesadilla. Luego saber si realmente Leiziaga es culpable. Por un lado ha cometido un delito al permitir que se hiciese pesca de contrabando. ¿Y la muerte de Malavé? No tardarían en llegar telegramas de Caracas pidiendo informes de lo ocurrido y allá interpretan siempre las cosas de un modo distinto. Pero la imaginación del juez toma otro rumbo. Si él pudiese obtener una de esas perlas, no sólo absolvería a Leiziaga, sino que iría a dar un paseo por Europa. Al fin y al cabo, sacar unas perlas que están en el fondo del mar no es delito repugnante. Las perlas están ahí para que todo el mundo se beneficie de ellas y perjudicar el fisco es siempre agradable. El mismo, si pudiese, iría a probar fortuna. Nunca en su vida profesional le había tocado uno de esos asuntos que hacen la dicha de un abogado. A los sesenta años juez en Margarita con sesenta pesos mensuales, mientras tantos otros se enriquecen rápidamente. Iría a Francia, Italia, a España, a olvidar un poco la edad y la pobreza. Sin embargo, ¿dónde dejaría a Andrea? Esta idea le hizo volver a la realidad y a su expresión severa de todos los días. Es necesario instruir cuanto antes el sumario. Andrea continuaba ahí frente a él, amenazándole con un abandono próximo. Un violento puñetazo puso fin a la disputa.

A las nueve, Figueiras se dirige a su despacho en el antiguo convento franciscano. A pesar de los emblemas republicanos no ha perdido su ambiente. Había allá, en otro tiempo, una Dolorosa, el pecho atravesado por siete dagas de oro y los notables de la ciudad iban a formarle guardia los viernes santos. En la celda del Prior está el despacho presidencial, ventanillos que dan sobre la huerta, desde los cuales se ven

sierras, valles, y más allá una mancha azul: el mar. En los rincones se ven todavía las pilas de agua bendita. Estancias blancas con espadas en vez de crucifijos, empleadas por los guardias de la ronda nocturna. Por allí desfilaba la comunidad al dirigirse a la Capilla. Ahora el doctor Figueiras distribuye justicia y en los claustros se oyen los gritos de los borrachos que encierran bajo la escalera.

En la calle, algunos curiosos. El jefe civil. El doctor Almozas pasa muy solemne, enlevitado, a pesar del calor. Un tipógrafo gordísimo, calvo, se asoma por la ventana de la sacristía. Leiziaga veía a Figueiras inclinarse con la mano en la oreja, según costumbre para oír mejor. La calva del juez relucía entre mechones blancos. Figueiras lo interroga acerca de las perlas. Ortega y Cedeño esperaban cerca de la puerta. "La calma de Ortega —piensa Leiziaga—, es la expresión de una felicidad satisfecha. La misma expresión de Malavé, de todos". Desea ser como ellos. No pensar siquiera que se es dichoso. La voz del juez vino a sacarle de sus pensamientos.

—¡Las perlas, mi amigo! Todavía me atrevo a darle este nombre. Las perlas ¿dónde están?

—¿Las perlas? —responde Leiziaga alelado. Deseaba referir lo ocurrido. Luego no pudo contener la risa. Figueiras estaba rojo. Brillaban sus lentes airados. Con una señal da por terminada la audiencia. Un colibrí surge de las flores que festonan los aleros y revuela en torno de la vieja fuente. Creía después huir por los campos erizados de cardones, mientras unos guardias lo esperaban inútilmente no sabía donde. Al anochecer llegaban a la casa de Stakelun. Sentía cerca los pasos de sus preseguidores.

El delirio había pasado. El doctor Almozas se inclinaba sobre él. El doctor Figueiras también preguntaba por su salud. Hablaba correctamente de la cosecha de perlas que debía ser muy buena. Multitud de veleros cubrían el mar. Stakelun le puso la mano en el hombro y se acercó para observarlo:

—No importa, amigo. Yo conozco la tierra—, y le ofreció un vaso de whisky. La comida fue alegre como nunca. Leiziaga deseaba reposar dos días antes de volver a Cubagua.

Al pasar por el parque, frente a la plazuela, un espacio cubierto de hierba, vio en una casa la señal convenida. Sin trabajo convenció a los guardas, que se apostaron en la puerta. Leiziaga entró. Una vieja le señaló el camino a través de los corrales sembrados de plátanos: "Por ahí. Por aquí". ¡Libertad, aire! Las piernas le tiemblan un poco, pero el corazón le da brío y fuerza. ¡Qué alegre ahora el sol incendiando los barbechos, devorando la última mancha verde! Cantaban los tordos y las

tiganas entre los barrancos llenos de tunas y cardones. Inútilmente rodearon la casa. Hacia la tarde, dando un rodeo para evadir a Paraguachí, se refugió en casa de Stakelun. Llegó por la parte de atrás, fatigado, hambriento. Anochecía. Stakelun le pone la mano en el hombro y se acerca para observarle:

—No importa, amigo. Yo comprendo la tierra. Primeramente un buen trago de "whisky", ¿eh?

La comida fue alegre como nunca.

—Esta noche vendrá la gente. Ya tengo aviso. Se han apostado espías en la playa. Pero no importa. Esta noche sale una goleta. "El Faraute".

La noche cayó densa, vibrante. Leiziaga marcha detrás de Stakelun, que le conduce por entre vericuetos y majadas. Hicieron alto en un rancho de paja abandonado, en un cerro.

—Todavía tiene tiempo. Aquí podemos reposar una hora.

Silencio, silencio vibrante. El viento murmura entre los árboles, en los arenales, cosas de otros días. Como a través de un sueño, apenas distingue las facciones angulosas de Stakelun, sus pupilas metálicas, grises. De abajo suben efluvios tibios y adormecedores. Los cerros se perfilan en una claridad de nácar. A medianoche habrá luna. Encienden cigarrillos.

—Etelvina está ahora en Porlamar. Si yo pudiese amar a Etelvina, si ella pudiese amarme, la tierra sería suya. Algunas veces hemos venido aquí... con su marido.

El templo de Paraguachí está cerrado. La casa de "Las Mayas" está cerrada. Dos días, dos siglos.

Ortega y Cedeño contemplan también la noche. Las voces del mar resonaban en la oscuridad. Hobuac había ido a vender perlas. Lo verían en Trinidad. Mientras tanto alistaba "El Faraute". El patrón, Heriberto Cruz, viene a sentarse junto a ellos. Silencio vibrante.

Lo que ocurrió esa misma noche en casa del juez Figueiras era frecuente. Después de una disputa, Andrea se negó a reposar a su lado, en la hamaca. Nada valieron las súplicas, las palabras más tiernas. Enfurecido al fin, el juez trató de asirla por los cabellos. Ella comenzó a huir por los aposentos hasta encerrarse en un cuarto. Figueiras golpeaba desesperadamente. Estaba en pijama con una lámpara de hoja de lata en la mano, la cual despedía un humo espeso. Los lentes se le habían caído y tropezaba al andar. Largo rato suplicó, gimió. Las estrellas hacían guiños por encima de los techos y un rumor irónico se filtraba en el patio, a través del ramaje. Un murciélago pasó entre las sombras

trazando círculos veloces. Una rata hizo saltar unos ladrillos. Todo fue en vano. Figueiras durmió solo aquella noche.

Stakelun acompañó a Leiziaga hasta la orilla. Una luna azul envolvía las serranías desnudas, hacía brillar los caminos. Stakelun tenía una expresión enigmática. Silencio vibrante. Izaban las velas.

—Vira —dice el patrón entre dientes.

"El Faraute" se desliza en un mar sereno. Un poco más lejos otra goleta se dispone a partir.

—Es "La Tirana"—, dice el patrón inclinándose para observar al pasajero. Llevan el mismo rumbo.

Cubagua se perfila en la tarde. El viento solplaba sobre la isla muerta. La punta de Macanao descuella al occidente. Al sur se extiende la línea de Tierra Firme. La espuma del mar se alzaba sobre los montoncillos de nácar. Leiziaga se sienta en la arena y hunde la cabeza entre las manos. Resonaba en sus oídos la orden del patrón frente al mar en calma. Creía que su vida daba también un viraje. Alguien pasa junto a él y se aleja sin decir palabra en dirección a la casa de Pedro Cálice. Ladraban los perros de un rancho cercano. Rocío de mundos. Las islas sueñan con el azul profundo que las enlaza y con sus orlas de espuma. Una luz cruza como flecha encendida el horizonte.

Ya no son voces que se alzan del mar: murmullos, clamores vagos, estremecedores, palpitantes, infinitos. Todo estaba como hace cuatrocientos años.

N O T A S

1 Margarita es uno de los Estados de la Unión Venezolana, con el nombre de Nueva Esparta.
2 Demonios.
3 Luciérnaga.
4 Las Pléyades.
5 El navio de este nombre voló cerca de Cubagua el 24 de abril de 1815, a las nueve de la mañana. Estaba armado con 74 cañones y era el buque insignia de la expedición de D. Pablo Morillo.
6 *Faraute:* intérprete (voz empleada con frecuencia por los cronistas de Indias).

Habana: enero-abril 1929.
Panamá: marzo-julio 1930.

LA GALERA DE TIBERIO

EL EDITOR AL LECTOR [1]

Sobre estas páginas han caído algunos años. Las escribió Xavier Silvela en los días de 1930 y 1931. Para entonces frisaba en sus treinta y cinco. Había estudiado Derecho. Luego dejó las aulas por el comercio en el cual trabajaba como representante o agente viajero de una firma americana exportadora de harinas. Perdió luego su empleo y vino a menos. Silvela era un gran lector y tenía un gusto excelente en escoger sus autores. La última vez que lo vi fue en Caracas. Me dijo que se marchaba al Orinoco. La ciudad lo aburría. Todo en ella le parecía falso, mezquino y hasta idiota y pensaba hallar en la naturaleza un refugio reparador. Antes de su viaje, me confió algunos de sus libros y papeles. Estos permanecieron largo tiempo en un cajón sobre el cual se fue amontonando el polvo, no obstante servir a menudo para usos domésticos. Un día me puse a examinarlos y hallé el cuaderno que ahora publico y una copia en máquina. Se trataba de un relato escrito en forma autobiográfica y titulado La Galera de Tiberio *o* Crónica del Canal de Panamá *yo añadiría— y* de la Mesa de Guanipa. *Un relato extraño, un poco desordenado y escrito a ratos con bastante descuido y negligencia, mezcla de hechos fantásticos y de otros más reales o menos increíbles, como dos mundos distintos y contradictorios, o mejor dicho, como si en el fondo de todo aquello el uno apareciese derivándose del otro. A pesar de sus defectos, me pareció digno de que algún lector compartiese tales impresiones.*

La escritura era muy difícil y la misma copia en máquina estaba tan plagada de errores, que en ocasiones se hacia casi ininteligible. He procurado conservar el texto original con toda fidelidad, en la creencia de que casi siempre las correcciones, lejos de favorecerla, quitan fuerza a la expresión, la alteran o desfiguran. Además la premura con que parece escrita —quizá Silvela no pensó nunca en darla a la publicidad— está más de acuerdo con su carácter de crónica. Después no he vuelto a saber de Silvela.

E. B. N.

A la memoria
de Miguel Enrique Carvallo

E. B. N.

PRIMERA PARTE

I

ERA EN FEBRERO DE 1930, durante las maniobras de invierno de la flota americana en la zona del canal. Terribles desastres en la Bolsa de Nueva York amenazaban dar en tierra con las más sólidas previsiones. Se trataba de rechazar el ataque de una escuadra y probar la eficiencia de las fortificaciones de tierra. En los diarios numerosos *Warning,* para indicar las zonas de peligro. Desfilaban los furgones arrastrados por mulas relucientes. De vez en cuando un centinela. Buques-tanques procedentes del Lago de Maracaibo y de Cartagena de Indias. U.S.A. Dragas, remolcadores, fraguas. El ruido de los aviones mostraba un cielo abandonado de cuervos. Se les veía en largas filas por el camino del Fuerte Amador que bordea un campo de *golf.* La costa cubierta de nubes artificiales. Los judíos de Panamá esperaban ansiosos el fin de las maniobras, pues entonces los marinos irían a tierra con raciones de dos semanas y la sangre enardecida por el sol y la continencia. Un ejército de prostitutas penetraba en la ciudad. La policía arrestaba diariamente a unas cuantas. Se permitió trabajar los domingos.La flota era uno de los recursos del comercio panameño. Si la flota desapareciese o las maniobras llegaren a prolongarse, el comercio se declararía en bancarrota; no podría pagar los impuestos. Los diarios dedicaban a este problema sus editoriales —sin duda el Almirantazgo debía tomarlo en cuenta— y los antimperialistas no hallaban manera de conciliar sus tendencias con los intereses del comercio y del fisco.

Una de aquellas tardes llena de vaticinios —precisamente el mismo día en que la flota negra destruyó teóricamente las defensas del canal— tuvo el encuentro singular del cual se deriva parte de este relato, o mejor dicho, uno de los encuentros, pues ellos coinciden de tal modo que es imposible dejar de señalarlo, ya que los hechos y las imágenes exteriores se conciertan a veces de un modo extraño y corresponden a nuestros pensamientos. Hacía tiempo lo observaba. Caminaba delante de mí por el mismo sendero de árboles, un grasiento overall azul, hundido hasta las cejas un viejo fieltro de soldado. Las facciones de dios marino,

orgulloso y joven. De pronto se detuvo y me enseño su pipa con gesto desolado. Le ofrecí tabaco y él lo tomó con avidez. Sus palabras salieron lentas y llenas de humo:

—Es la galera...

Y, tras un momento de silencio, añadió en voz baja para recompensarme, sin duda, con su confidencia: *La galera de Tiberio.*

Le miré con desconfianza y vi un relámpago brillar en sus ojos. Al mismo tiempo divisé una especie de portaviones que se deslizaba fuera del canal. Al parecer nada tenía de común con las famosas naves ponderadas de los antiguos, movidas por varias órdenes de ramos y algunas tan grandes como la que llevó de Egipto el gran obelisco, hundida, según refiere Suetonio, al construirse el dique de Ostia en tiempos de Claudio. Pero la idea de una de esas naves doradas y magníficas atravesando el canal, orgullo del siglo XX, me dejó absorto. Sabía que estaba en una de esas épocas en que el mundo cambia y las palabras del obrero me ponían ante el drama universal, intacto.

Ocurría esto en las alturas de Balboa, el *Quarry Heights,* la colina silenciosa de recodos agrestes y jardines rodeados de palmeras, donde están las oficinas del Estado Mayor. Para el hombre del norte, el trópico es un animal rebelde al cual es preciso enseñar hábitos disciplinados. Desde el extremo de la colina se abarca el panorama divulgado a todos los vientos y adquirido en las estaciones por los turistas de todo el mundo: las esclusas de Miraflores y Pedro Miguel, más allá de los valles cubiertos de *bungalows* —de un verde litográfico—; de las armaduras de acero y las chimeneas prodigadas por las cuales se escapa y flota en vapores caliginosos el pensamiento de hombres y máquinas.

El sol iba a desaparecer tras las montañas. Diríase que el sol, en Panamá, tiene dos caras a manera de alguna divinidad asiria. Por la mañana es un chino asomado al naciente —la posición de la ciudad hace que el sol parezca nacer por la espalda[2]. El Pacifíco tiene los ojos oblicuos. El Atlántico —al contrario— es rubio o moreno, pero su sol es completamente blanco. Por la mañana, macerado, amarillento, parece salir de uno de esos conventos budistas de las montañas asiáticas y por la tarde es un hombre blanco y saludable que juega *tennis* todos los días. Por eso la puesta del sol es mucho más tranquilizadora, pero a toda hora parece decir:

—¡Qué vía magnífica digna de César!

Animándose gradualmente, el coro de plata de la cigarras surgía de los senderos escalonados; del silencio de los valles. Pronto la noche

sofocante iba a surgir de las cuestas y la bahía presentaría entonces su aspecto habitual, llena de luces y orquestas. En el cerro de Sosa la estación de señales indicaba el paso de un buque. Se oyó una campana. Y una visión distante se abre paso a través de los talleres y por encima de los lagos que el poniente volvía a un color escarlata como en otro tiempo enrojecía las velas de los buques piratas: los campos natales empurpurados de ciruelas. Atajos que bajan hasta el río y el canto de las cigarras era como ahora vivo y profundo.

Ya los *Reading Rooms* estaban alumbrados y las esclusas brillaban también entre la bruma. Ni un avión en el cielo. A su vez el desconocido proseguía sus observaciones. Primero, al oír una campana, sus cejas se enarcaron. Después su mirada se ensombreció.

—El canal está cerrado hace una hora, pero a éste le han dado paso. Hay mucha niebla —añadió con aire sarcástico— y los faros resultan a veces insuficientes. Los navíos parten de Cristóbal cada media hora aproximadamente y así hasta las once de la noche...

En efecto, allá abajo en Miraflores, había funcionado todo el mecanismo, tan fácil que un niño puede manejarlo. Las puertas blindadas giran lentamente. La cadena, cada uno de cuyos eslabones pesa cien libras, se tiende de una parte a otra mientras por las compuertas escapan con estrépito las aguas del Chagres. El buque así protegido, encerrado en la esclusa, se eleva o desciende, encuentra su nivel y pasa.

Tras la isla de Flamencos las luces de los acorazados brillaban en un azul intenso. El buque misterioso iba, pues, a pasar junto a la flota. Se oyó el ruido de un avión. Después otro y otro. Un reflector surgió de pronto en los confines blancos de naves. Luego se entrecruzaron varios dirigidos al cielo y al mar. El desconocido movió la cabeza e hizo un signo vago. Sus facciones se borraban en la sombra. Permanecía inmóvil siguiendo con los ojos aquella cauda de los aviones, la cual se movía de un lado a otro. Era preciso caminar largo rato para llegar hasta los barrios de los *Restaurantes* y *Club-houses*. Balboa y Ancón. La policía observa cuidadosamente a los transeúntes. Cada hombre a pie es sospechoso de llevar cuando menos un contrabando de licores o de billetes de lotería. Abajo, entre los árboles, se distinguían las salas del hospital Gorgas. Las cigarras continuaban su himno de la primanoche.

A la mañana siguiente los diarios anunciaban la caída de un avión a doce millas de Balboa. No había sido posible rescatar el cuerpo del piloto, el teniente de aviación Charles Evans.

II

Era también a la puesta del sol, en la esclusa de Pedro Miguel, justamente al terminar la lectura de un libro del coronel Dámaso Castro sobre el Canal de Panamá, obra inspirada en la justa indignación que los pueblos débiles sienten ante el poderío de los fuertes. Paralelas de cemento en las cuales habían trabajado multitudes de todo el planeta como en la pirámides de Egipto o en las torres babilónicas. Esta vez la calma y la dulzura eran mayores. La flota había desaparecido misterio adentro del Pacífico. Dos cruceros se hacían señales cerca del muelle 6º y eran con el estremecimiento de los lagos bajo el alisio el único indicio de vida. Las locomotoras —"mulas"— encargadas de arrastrar los buques, yacían ociosas y los pabellones desde donde se pone en movimiento todo el mecanismo aparecían desiertos. La soledad en el sitio de todos los navíos y de todas las rutas casi me conmovió. Tumbado en los bordes de la esclusa, fumando su pipa, estaba el mismo personaje del *Quarry Heights*. Me acerqué al reconocerlo.

—Parece —dijo señalando la ruta— que hubieran pasado treinta siglos.

Y como sus palabras respondían a mi pensamiento, me senté junto a él. Permanecíamos silenciosos.

—¿Y la galera?... ¿La galera de Tiberio?

Entonces sus ojos azules se oscurecieron. ¿Por qué había ido expresamente a oír aquel relato? Decíase rumano, descendiente de judíos españoles expulsados en el siglo XVI, muchos de los cuales aún hablan como en tiempo del Arcipreste. Recuerdan a esos escritores que imaginan igualarse a los del Siglo del Oro imitando su lenguaje sin tener su genio. Se llamaba Darío Alfonzo. El conocía el secreto de los buques fantasmas que realizan sus rutas y hacen sus apariciones en los mares lejanos. Su abuelo, llamado también Darío Alfonzo, tenía acerca de esto extrañas noticias por un relojero veneciano de quien fue aprendiz y al cual sirvió largo tiempo en su juventud. Según la tradición, esas embarcaciones huyen a veces de sus prisiones de lodo en el fondo del mar y el paso de una de ellas anuncia algún acontecimiento universal. Ahora bien, al comienzo de las excavaciones en las tierras del Istmo, se halló un vaso de cobre lleno de medallas antiguas, entre ellas dos de bronce con la imagen de Tiberio César. Una representándolo en medio de escenas lúbricas, en Capri, la otra con los ornamentos triunfales. Las medallas estaban revestidas de una pátina verde, reluciente. Se creyó al principio navegar durante la noche cerca de las costas, unas veces por el lado del Atlántico; otras iba a hundirse en el Pacífico. Como el hallazgo de

las medallas coincidió con la aparición del buque, le dieron el nombre de la *Galera de Tiberio.* Tal vez fue un navío arrastrado por las corrientes; tal vez se propuso navegar más allá de las tierras conocidas en aquel tiempo. Fue quizá la primera en cruzar el canal. Este quedó abierto a la navegación en agosto de 1914. En los mismos días empezaba la Gran Guerra.

Después prosiguió con la misma indolencia que le hacía vacilar, aparecer como ausente.

—Esta es una historia que me concierne. Se trata también del anillo del emperador del mismo nombre. El anillo que conservaba al morir, apretado furiosamente en su mano izquierda. Como volviese de un desmayo vio que le habían despojado de él y lo pedía entre las congojas de la muerte. Creía por los astrólogos que mientras lo guardase nada podían contra él. Es un anillo antiquísimo, encontrado en un templo de Babilonia: un carbunclo con la imagen del dios Serapis. Se decía que preservaba contra los reveses y procuraba sueños proféticos. Aseguraba mi abuelo que uno de los manuscritos de Leonardo de Vinci era un tratado acerca de los anillos mágicos y allí se mencionaba el de Tiberio por medio de unas cifras secretas. Julio César se apoderó de él en Egipto, fascinado por el rojo intenso, la transparencia maravillosa de la piedra y por la leyenda, según la cual, había pertenecido a Alejandro. Y de los labios de Darío fluye una historia inverosímil, cuajada de nombres. Carlomagno poseyó uno parecido enviado por el califa Harún Al-Raschid. Ah, sí —recuerdo—, Aquisgrán. La dama muerta. El hechizo del Rey. La laguna escantada. En la boda de la dama muerta halló el arzobispo Turpín el anillo maravilloso. Al punto el monarca separóse del lecho fúnebre; pero entonces el hechizado fue el propio arzobispo. Petrarca oyó referir este caso. Trajano lo llevaba en sus campañas y lo perdió poco antes de ser herido en un terremoto, en Antioquía. En muchos siglos no se supo de él. Godofredo lo usó cuando era Rey de Jerusalén y por último pasó con los árabes a España. Un judío para salvarse de la hoguera lo facilitó a Fernando de Aragón, pero éste aconsejado por su confesor —y sin atreverse a destruirlo— lo hizo depositar en el tesoro de la corona. Carlos V no lo olvidaba nunca en sus expediciones, pero Felipe II, creyéndolo cosa de arte diabólica, lo hizo arrojar al mar con tanta suerte que fue rescatado, y el dux de Génova pudo ofrecerlo a don Juan de Austria, cuando éste se dirigía con su flota al golfo de Lepanto. Después de la muerte de don Juan, y a través de mil vicisitudes, el anillo volvió a Egipto donde más tarde lo halló Napoleón. El emperador lo llevaba el día de su coronación y en la batalla de Austerlitz, pero ya él había perdido la fe en todo como no fuera en él mismo,

y esto a pesar de las voces confusas que le advertían el secreto de su destino. En uno de esos momentos de generosidad extraordinaria que le venían, se lo ofreció al zar Alejandro. Un bávaro lo robó en el Kremlin, en 1812, y sin conocer su valor lo vendió después en Londres, donde corrió nuevas peripecias. Estuvo sucesivamente en poder de un ropavejero de Rothschild y de la Reina Victoria, quien lo obsequió a la emperatriz Eugenia. Esta lo llevaba el 18 de noviembre de 1869, en la inauguración del canal de Suez. Cuando su yate *L'Aigle* seguido de cincuenta naves se desprendió del lago de Timosán, la soberana radiante y deslumbradora se lo ofreció al conde Lesseps. Un año después, los Bonaparte eran destronados. Bismarck hubiera dado Alsacia y Lorena por la posesión del anillo, pero nunca tuvo conocimiento de su existencia. Poco tiempo después, hallándose el conde Lesseps en Panamá, perdió el anillo, de lo cual se alegró, pues lo consideraba de mal agüero. Ahora lo lleva el almirante Willy en el buque insignia *Texas*. La galera lo sigue como su sombra.

—Pero, ¿en qué le concierne a usted la historia, Alfonzo? —dije ya impaciente y sorprendido de oír aquello en labios de Alfonzo—. ¿Se puede saber?

Y, con la mayor despreocupación, declaró sencillamente:

—El anillo estaba en mi casa. Mi padre vino al Istmo, con cuatro hijos, en tiempo de Lesseps, y lo halló, guardándolo con el mayor sigilo. Mi hermano mayor fue el único que regresó. Yo lo traje para venderlo y se lo ofrecí al gobierno americano que lo compró hace unos meses. Realmente, hubiera podido sacar mayor partido, pero estaba necesitado, y el todo está en la categoría del agente. Un obrero como yo no podía esperar mucho. Temía que se me deportase como indeseable y ahora espero trabajo en la flota. El negocio requería el mayor secreto. Sin embargo, me sorprendió cuando me ofrecieron cuatro mil dólares—. Y alzando los hombros con gesto imponderable:

—¡Cuatro mil dólares por el imperio del mundo!

Después, como si adivinase otra pregunta, añadió:

—Los he perdido en la Bolsa.

Me levanté en silencio y no volví a ver por entonces a Darío Alfonzo.

Esa misma noche el *hall* del Hotel Central decorado con palmas estaba en silencio. Huelga de viajeros de los cuatro puntos cardinales. Los "botones" dormitaban esperando inútilmente una orden. La vieja Miss Clayton, profesora de idiomas, con peinado del siglo pasado, aguardaba según su costumbre las diez para irse a descansar y volver al día

siguiente a repetir: "la moderna pedagogía enseña", y a competir con Livia Escobar, profesora graduada. Miss Clayton tenía en su clase alumnas que aspiraban a saber gramática para escribir novelas. A su lado dos muchachas, también residentes fijas, recluidas contra su voluntad aquella noche, porque sus maridos, empleados en las minas de Darién, estaban en la ciudad con licencia. Me inclinaba agobiado en la mecedora, buscando en vano un círculo blanco del pensamiento, cuando distinguí las barbas rizadas y la calva de Herr August Camphausen, profesor alemán, procedente de San Francisco, según el registro de viajeros.

—Será preciso, pues, que hablemos.

Herr Camphausen seguía sonriente el humo de su tabaco y repetía mi nombre espaciando las letras:

—Señor Silvela... Señor Silvela...

Hablábamos de los filósofos alemanes de ayer y de hoy; de Hegel y de Fichte; de Spengler y de Keyserling. En breve nuestra conversación pasaba, o mejor dicho, volaba de un asunto y de una época o civilización a otra completamente distinta. El comentario del más simple suceso contemporáneo nos arrastraba a diez siglos de distancia. Estábamos en Napoleón y de pronto nos hallábamos en el monte Albernia con San Francisco de Asís, esas dos personas tan distintas y un solo genio verdadero. Ibamos del Vaticano al Yucay, palacio predilecto de los Incas. Nos reíamos de la civilización occidental y de aquel horrible fraile Valverde y de su ridícula pretensión de convencer al soberano de un país que había nacido para ser vasallo del rey de Castilla. Herr Camphausen se había ido animando. Volvía de Asia después de estudiar durante doce años los dialectos sumerios. Hablaba y escribía, tanto como su propia lengua, varios idiomas antiguos y modernos. Tenía cincuenta y ocho años, según me dijo para completar con este dato su bosquejo autobiográfico. En una pausa declaró con negligencia:

—Actualmente trabajo en una historia.

Le pregunté si se trataba de una de aquellas civilizaciones que venía de estudiar.

Y Herr Camphausen con acento desdeñoso:

—A mí poco me gusta escribir de cosas pasadas. La historia tiene el inconveniente de que nunca se desarrolla de acuerdo con nuestros deseos. Lo mismo acontece con nuestra vida. ¿Hay, por ejemplo, nada más lamentable que la muerte de César o la caída de Napoleón? Las civilizaciones, las culturas, siguen evoluciones parecidas, obedecen leyes semejantes a las que rigen la vida de los seres. Las ciudades nacen, crecen y mueren. Además —y ni usted ni nadie podrá negarlo—, a pesar de todos los recursos, el hombre es siempre el mismo. Hoy como ayer

mueren jóvenes y hay ancianos como hace diez mil años.

Hizo una pausa. Sus bigotes amarillentos caían como dos cuernos invertidos y sus ojos azules, más bien grises, parecían seguir tras de sus pensamientos.

—¿No lo ha notado usted? —prosiguió arrastrado por un ansia incontenible de exponer sus ideas—. Los grandes siglos son cesaristas. Las edades de oro se desarrollan siempre en torno de hombres que hacen del poder su medio de expresión. Cuando los "leguleyos" dominan, todo se vuelve estúpido. Este es un siglo que tiene más de un rasgo común con el de Tiberio. Los hombres no han podido observar aún la miseria de estos tiempos. Cuando las masas imperan de modo absoluto, únicamente se puede contemplar las grandes épocas al través de su propia desorientación.

Habló del espíritu inquisitorial del siglo. De los demagogos, de Tiberio.

—¿Cómo? —dije—. ¿Este siglo maravilloso nada dice a usted? ¿Lo considera tan inferior que lo condena a vivir del pasado y sobre todo de un pasado que ya se comienza a incluir en la barbarie? —Y comencé una defensa a la cual me creía obligado. Ensalcé la época en que el hombre, a pesar de su materialismo aparente, parece ver claro, como nunca, en lo que está fuera del dominio de sus sentidos. Aludí a la misión que iba a realizar América, y la América española. Hablé de los gérmenes depositados en las almas y de los ciclos, de las épocas, del ritmo cósmico, etc. En fin, hice un esfuerzo para traer a la memoria reminiscencias de lecturas y hablar así de acuerdo con las ideas y las palabras en boga —temeroso de ser observado—, pues cada época tiene su vocabulario y su guía de pensar. Desdichadamente, mientras hablaba, ideas opuestas me salían al paso, como me ha ocurrido casi siempre. Me moví en medio de una ineptitud y una confusión monstruosas. Un desasosiego inmenso se apoderó de mí y terminé por callarme. Herr Camphausen con mirada irónica y asombrado de aquel silencio repentino me observaba y, viendo que esperaba en vano el fin de mi réplica, continuó:

—Mi historia se desenvuelve en la presente centuria y en las venideras.

Entonces me acordé de Darío Alfonzo. El anillo o talismán, la galera, los relatos absurdos que le había oído. Camphausen fue a su cuarto y volvió con un grueso mamotreto.

—Este es el tomo II —dijo—. El primero es una introducción, un resumen de los años que precedieron a la guerra mundial. Una parte está dedicada al deporte y otra a la crisis económica, cuyos síntomas

advertí hace tiempo y anuncié en trabajos divulgados por la prensa alemana desde 1920. La crisis apocalíptica. ¿Recuerda usted?: "Y los mercaderes de la tierra lloran y se lamentan sobre ella, porque ninguno compra más sus mercadería". (San Juan. *Apocalipsis. II*, XVIII).

Lentamente, después de humedecer los dedos en sus labios, volvía las hojas de distintas clases de papel con escritura densa, llena de notas, de tachaduras, de llamadas, a ratos ilegible. Al fin acertó a elegir un fragmento. Lo transcribo conforme a los apuntes que tomé aquella misma noche. Era, al parecer, un profeta de la historia cuyas profecías se basaban en el pasado. Pensaba seguramente que todo debía ocurrir como ocurrió antes o que la historia debía repetirse con nombres distintos. Establecía un paralelo entre la suerte de los cesaristas y la de los nuevos cristianos. Según Camphausen, el hecho fundamental del siglo XX fue el de las nuevas ideas económicas arrollando las viejas culturas, las cuales fueron suplantadas por una técnica colosal, mecánica, surgida de aquellas mismas y en la cual el hombre para salvarse libró uno de los combates más dramáticos con su destino. Todavía a mediados de la centuria, algunos gobiernos continuaban existiendo según las fórmulas del siglo XIX, como meros organismos recaudadores de impuestos y encargados de ocultar a las masas el verdadero estado del mundo, más por explotarlas que por temor a ellas. En Sur América, por ejemplo, apenas se les permitía nombrar ministros plenipotenciarios, declarar los días de fiesta y de duelo y hasta llevar a cabo una revolución para reemplazar unos burócratas con otros. Los empréstitos en realidad tenían la misma forma de los tributos y los viajes de buena voluntad equivalían a una declaración de vasallaje. Los presidentes de república los efectuaban por lo general antes de encargarse, a fin de cultivar las buenas relaciones de sus países y muchas veces los candidatos derrotados en unas elecciones acudían a Washington en solicitud de protección y aun como acusadores, recordando aquellos pupilos de Roma en la antigüedad. De Washington partían los grandes caminos a todo el continente y éste se hallaba enlazado además por toda clase de comunicaciones posibles. Verdaderos ejércitos penetraban en las selvas. Catalogaron las plantas, crearon nuevas especies y emprendieron la explotación de la tierra. La humanidad pudo al fin gozar de sus recursos. Toda la tierra fue rodeada por una misma línea de aviación. Las cosas tenían el mismo precio en Filipinas que en Bogotá. Había un oleoducto y una misma moneda. Había un poder único compartido entre dos o ters naciones. El sueño tantas veces acariciado se realizaba, puesto que de las conferencias y arreglos entre esos poderes resultaban las leyes y reglamentos que regían la voluntad de los hombres. Los Estados Unidos de América quisieron em-

plearlos en obras dignas de un gran siglo. Construyeron sobre el Atlántico una plataforma y pronto fue posible ir de un continente a otro con un contrabando de licores, un equipo de *golf* y una cabaretista[3]. Había en medio del océano fondas, jardines, templos, hospitales y casinos flotantes. Sólo dos entidades permanecían inaccesibles a ese poder secreto, compartido y misterioso: el Papa y... España[4].

El presidente Picker se proclamó Director Supremo de la Unión en la cual entraban todas las repúblicas que aún conservaban alguna autonomía. El parlamento subsistió, pero como un cuerpo pasivo encargado de sancionar los actos del Director, quien tomaba sus decisiones de acuerdo con el Consejo Supremo. Muchas veces la suerte de una nación se decidía en una combinación de Bolsa.

Después de abrumadora tarea, Picker jugaba *golf,* inspeccionaba los baños públicos y se comunicaba con ciudades donde apenas empezaba el alba. Cada ciudad en América tenía un stadium y un capitolio de mármol semejante al de Washington, ante el cual se hallaba la reproducción en oro y plata de una galera, como las proas cartaginesas que adornaban la tribuna del foro romano. Esta galera sólo podía compararse por su magnitud con el carro que remataba la mole adriana. Muchos siglos después, los arqueólogos discutían apasionadamente acerca de la significación de esa galera.

Sin duda, yo palidecí entonces.

—La galera —dijo Camphausen—, ahora yo conozco su verdadero sentido. Es un buque que sigue como una sombra al *Texas.* ¿Qué puede ocultarse a un historiador? ¡Ah!... ¿Eh? En los partes secretos se la designa con el nombre de la galera de Tiberio. Lleva en la popa una luz roja y sólo se la divisa desde el anochecer.

—Aún le falta decir —dije sin poder contenerme— lo del anillo mágico; el carbunclo o piedra color de fuego. ¿Sabe usted? El anillo que Leonardo de Vinci señala con tres letras desconocidas.

Entonces Camphausen fue el sorprendido, pero recobróse en breves segundos:

—¿Y usted sabe que esas cifras son precisamente las letras que el emperador Tiberio Claudio Druso, sobrino de Tiberio Nerón, añadió al alfabeto y las cuales cayeron en desuso después de su reinado? Las conocían las cornejas y los vencejos que anidaban en las cornisas de los arcos de triunfo y se leían también en algunas inscripciones sepulcrales de aquel tiempo. ¿Eh?

En aquel momento dieron las diez. Camphausen se detuvo esperando la última campanada. Los bancos de la Plaza Central se habían ido quedando desiertos.

—Lo lleva ahora el almirante Willy. ¿No es eso? —y me acerqué cuanto pude porque él bajaba la voz.

—Lo llevaba. Ese anillo ha sido robado. Andan en juego intereses decisivos. Fíjense que se trata del imperio del mundo. Presumo sin embargo que volverá al *Texas,* de lo contrario se derrumbaría mi historia universal... o habría que modificarla. ¿No acontece a menudo lo mismo con la realidad? ¿No se rectifica la idea que teníamos de un hecho ocurrido hace tiempo? —añadió en tono de zumba.

Hubo otra pausa y después continuó su lectura.

"El stadium más grande era el de Nueva York, donde se podían congregar centenares de miles de espectadores a presenciar los pugilatos internacionales o mejor dicho inter-regionales. Eran multitudes ateas que practicaban el robo y el asesinato como medio de satisfacer sus necesidades. A Picker se le ocurrió un día destinar los comunistas a estos pugilatos. Celebráronse conferencias con ese objeto y se llegó a un acuerdo, pues como decían los juristas: "Gracias al Derecho la humanidad tiene una noción de justicia exacta que permite hacerla idéntica en todas las latitudes". Un sesudo periodista caraqueño escribía con tal motivo: "Ningún pueblo puede vivir aislado". El Papa protestó, pero el último acto de Picker fue la terrible persecución contra los comunistas que infestaban el imperio. Las declaraciones se efectuaban dentro del mismo hogar. Viose entonces que muchos magnates entregaron a sus hijos y éstos a sus padres. Las manifestaciones fueron disueltas. Multitudes fueron ejecutadas en masa o enviadas a regiones mortíferas. Historiadores posteriores quisieron desmentir estos hechos. Según ellos, era obra de oscuros panfletistas que deseaban deshonrar una época ilustre. Picker murió a los ochenta y dos años, asesinado según unos, según otros en una caída mientras volaba sobre su jardín en un pequeño aparato. Era corpulento, adusto, al decir de los contemporáneos, cuyo juicio, bueno es recordarlo, es casi siempre falso. Era poco dado a los placeres y muy tacaño. También afirman otros que dos años antes de su muerte cegó repentinamente.

"Le sucedió Otranto, quien deseoso de cultivar mejores relaciones hizo un viaje de buena voluntad alrededor del mundo. Para esa épocas, las instituciones políticas, según lo entendían las repúblicas burguesas herederas del siglo XIX, estaban muy desacreditadas. Había dos tendencias definidas: fascistas o comunistas, o cesaristas con nombres distintos. Iba el buque de Otranto escoltado por *destroyers*, submarinos y portaviones. Escuadrillas de estos últimos evolucionaban sobre el yate al acercarse a tierra. De cada estación los periodistas enviaban largos despachos a sus diarios: "Otranto comió sobre cubierta". "Otranto fue

al templo confundido con la multitud y obsequió frutas a los niños". "Otranto pronunció un discurso. Afirmó que el orden es necesario a la sociedad". Llevaba un palacio portátil para instalarse donde quisiese. Este palacio, de dos plantas, según el historiador Paterson, testigo ocular, era muy sencillo: todo blanco con un salón para las audiencias y cámaras espaciosas para la servidumbre. Ocupaba un área de cinco mil metros cuadrados. Los gobiernos se disputaban el honor de brindarle hospitalidad, a pesar de los gastos, y para ello no vacilaban en contratar empréstitos onerosos y en desafiar interpelaciones absurdas. Otranto tenía la expresión augusta que confiere el ejercicio del poder. Otranto murió joven, durante aquel viaje, mientras se hallaba en una isla del Pacífico, entregado a los deleites. Fue un período tranquilo comparado con el precedente.

"Su sucesor, Castries, amaba extraordinariamente los deportes, sobre todo el pugilato. El mismo no desdeñó boxear en público y ganó el campeonato mundial, por lo cual mereció el nombre de *"the big president"*. Castries renovó la persecución contra los comunistas. Estos celebraban sus asambleas en las minas abandonadas, cerca de las ciudades. Se reconocían firmando con letras minúsculas y trazando en el aire la figura de una hoz. En la antigua América española el idioma se había transformado y el castellano puro sólo era conocido de los eruditos en universidades y academias; en disertaciones acerca del pasado. Cierto es que los gobiernos y periodistas habían clamado largo tiempo por la conservación del idioma materno como instrumento del alma nacional, pero casi siempre tales manifestaciones se hacían en inglés o en una especie de papiamento donde podían hallarse residuos de todas las lenguas y dialectos. Los hijos de tenderos, zapateros, agiotistas y fabricantes de bebidas gaseosas desdeñaban hablar el español, particularmente las mujeres educadas en los Estados del Norte o en Inglaterra. En el año 2100, Mrs. Flight Stone, esposa de un miembro del consejo del petróleo, ofreció un premio de $ 5.000 a la mejor composición en español sobre el romanticismo americano del siglo XIX. Ganó el premio Mr. Flip, pastor evangelista y profesor de hidráulica en Lansing (Michigan), quien aseguró después de una conferencia que la vida de los países suramericanos en el siglo XIX y primeras décadas del XX era inferior mental y físicamente a la de los pobladores primitivos. En cambio, el inglés se enriqueció con numerosas palabras españolas. Se vio el valor plástico y el espíritu de la lengua como instrumento de cultura humana. Algunas palabras eran de una delicia o de un encanto tanto mayor cuanto que estaban olvidadas.

"Castries hizo restaurar muchos monumentos de arte antiguo. Otros fueron trasladados a América y pueblos enteros, abadías, catedrales, castillos, palacios, emprendieron el viaje con la última piedra de sus calles, catalogadas debidamente. Los guías explicaban su historia a las multitudes recordando siempre que la fe y la vida que habían inspirado obras semejantes eran testimonio de superstición y de barbarie.

"Sin embargo, por la noche se reunían los comunistas. Las mujeres se contaban en gran número en estas asambleas celebradas en los sótanos de las ciudades o en los bosques vecinos. La hija del director de museos (G.D.U.M.) Natalie Eaton y Virgine Clarence, esposa del potentado John Hump, fueron reducidas a prisión y desaparecieron misteriosamente. Casi al mismo tiempo sus estatutas adornaron las ciudades y fueron destruidas por las autoridades; pero se dio el nombre de Natalie a una flor y un cometa desconocido que apareció en aquellas noches recibió el nombre de la bella *Hump*.

"Ardieron templos, bibliotecas, museos y otros edificios. No pasaba día sin que se ejecutaran actos de terrorismo. En regiones enteras desaparecieron las torres, los campanarios coronados de cruces e imágenes. Desaparecieron reliquias venerables de los siglos de fe. Anunciaciones y Descendimientos; Crucifixiones, Místicos Desposorios, tallas y vitrales maravillosos, estatuas sepulcrales, oros refulgentes de altar, se amontonaban, eran consumidos, rotos, esparcidos en ceniza junto con la ceniza de las bibliotecas; porque decían que todo lo que fuere la antigua fe, la antigua cultura y la vieja historia, debía desaparecer sin dejar vestigio en el alma humana.

"Y entonces ocurrió un suceso extraño, comentado y explotado por muchos escritores y artistas de aquella centuria. Y fue que estando Castries contemplando desde una azotea el cometa de roja cabellera, vio que alguien junto a él también contemplaba la noche en silencio. Castries le reconoció al punto. Quiso hablarle, pero nunca pudo explicarse cuándo y cómo dejó de verlo, tan turbado estaba, o si aquella visión era efecto de su cabeza cargada de sueño. Algunos autores posteriores omiten esta circunstancia, pero ninguno de los contemporáneos lo calla y aun cuando la multitud era atea, permaneció aquella noche con cierta emoción traspasada de angustia. Desde entonces, en la cámara de Castries se veía la cabeza de un Cristo contemporáneo de Giotto, entre dos bujías que derramaban sobre la cabeza marmórea una luz purpurina. Era un Cristo despedazado aquel día. Lo había encontrado en la terraza, durante su paseo nocturno, arrojado allí como un trofeo. De aquí nació la leyenda del cristianismo de Castries; de un César cartujo que, como

los reyes medievales, andaba descalzo y hacía penitencia en las estancias de su palacio, de un esplendor solitario. También se habló de alucinaciones, de una enfermedad misteriosa estudiada por médicos internistas. Castries murió a poco, a los 34 años de su edad y tres de reinado. Pasaron cincuenta años de una paz augusta. Huelgas y sublevaciones fueron ahogadas en sangre. Los juristas aseguraban que el Derecho regía las relaciones de los pueblos".

Herr Camphausen se detuvo y me interrogó con la mirada. El tabaco olvidado se había consumido y la ceniza rodó por entre su chaleco desabrochado. Consideré un instante al monstruo universitario armado de furor profético. No podría decir las ideas que entonces cruzaron por mi mente. Sentía cierta maligna complacencia, especialmente por algunas de las observaciones que matizaban el relato de Camphausen. No obstante, creí necesario decir algo en contra de todo aquello. Es muy rara esa reacción de nuestra conciencia; esa necesidad que experimentamos de contradecir lo que nos parece excesivamente verdadero. Le manifesté, pues, que era injusto con América, nuestra América, repetí con orgullo para imitar a sus pensadores más elevados. Dije que si algo fabuloso acontecería en nuestra edad sería precisamente que el alma de América, su verdadera alma, rompería la prisión en que se hallaba, para recobrar su juventud y con ella su fuerza creadora, y le hice ver los presagios anunciantes de tal acontecimiento. Hasta hoy —afirmé— lo único verdaderamente nuestro es el silencio. Es usted cruel con nosotros —añadí—. Sin embargo, nos deja una esperanza. Usted dice que España permanecía inaccesible a ese poder. Fíjese que digo permanecía como si realmente hubiera ya transcurrido su historia, y así nada tiene de particular que haya un resurgimiento y éste muy bien puede partir de América española. ¿Y entonces? Sí. ¿Entonces? Sin duda, usted recuerda que en un tiempo estuvo en boga la crencia —llevada y traída por los historiadores de estas Indias— de que el imperio de España se extendía a ellas en una antigüedad remotísima. Se cita a Héspero entre sus reyes... Así no importa que ese movimiento se inicie aquí o allá; el centro estaría siempre dentro de sus límites naturales.

El cerró los ojos para meditar con sonrisa indefinible. Hizo un signo con la mano para pedirme paciencia y hojeando lentamente el manuscrito pasó a leerme otro fragmento.

"Pero todo aquello aparecía remoto, infinitamente remoto...".

Se extendió después Camphausen en referir el nacimiento de lo que llamaba "orden caótico", nacido en tantos siglos. El abandono de regiones enteras, el hambre, la brutalidad, el desquiciamiento final de

todo aquello. Sentí cuando terminó cierto alivio, y al anuncio de que iba a desaparecer aquel orden injusto, aquella larga noche, mi alma se alegró como si viese de nuevo la campiña bajo el sol naciente, extendida cerca de mi casa paterna.

"Cayó entonces sobre el mundo —continuó Herr Camphausen— uno de esos períodos tenebrosos en los cuales no brilla una luz espiritual. Muchos conocimientos escaparon de la mano del hombre. A esto contribuyó mucho la pérdida de los libros. El papel era un elemento demasiado frágil. El papel y el alambre. Tampoco nadie leía ya. Algunas obras de las cuales se envanecía la cultura anterior vinieron a ser ininteligibles. Verdad es que el mundo cobró horror a las tareas intelectuales. La vida transcurría entre pelear y cultivar la tierra. Crecían las selvas donde antes había hermosas ciudades. Nacían ciudades con un sentido nuevo de la vida. Bajo las selvas quedaron sepultados los hacinamientos de cemento armado, alambre y papel.

"El hombre comenzó de nuevo su lucha por volver a los antiguos descubrimientos, aun cuando tomaron en su mente formas distintas. O comenzó una nueva experiencia. Los arqueólogos, por ejemplo, tardaron mucho tiempo en descubrir que en ciertas láminas negras halladas entre las ruinas se encontraban grabadas palabras, sonidos. Las enormes masas de acero del canal de Panamá, espantosos esqueletos cubiertos de orín, reaparecieron un día, pero se vio que mientras el Canal, orgullo del siglo XX, no existía, las pirámides de Egipto continuaban en pie, tal como estaban cuando sus cámaras y galerías fueron selladas. Entretanto, los hombres, sin otras preocupaciones que la satisfacción de sus instintos, vivían la vida primitiva. Las noches traían a sus ojos idéntica dulzura. El hombre y la tierra recobraron su juventud".

Mientras él leía, yo miraba frente a mí, por sobre el espaldar del asiento, un asiento verde, de mimbre, a una mujer de fascinadora belleza. Pocos momentos antes había hecho su entrada en el *hall*. Como se hallaba de espaldas, apenas distinguía sus brazos y el fulgor rubio de sus cabellos. Ella volvióse un instante y pude contemplar su soberbio perfil.

—He ahí una mujer que muy bien puede encarnar su historia. Me recuerda a la bella Hump, de quien habla usted, aun cuando no tiene los cabellos rojos. ¿No es verdad que parece han pasado treinta siglos? Usted dirá que es una visión apocalíptica.

—¡Ah! Y haría usted muy bien en conocerla. Voy a presentarlo. Es Miss Alicia Ayres.

III

Tampoco nadie leía ya. Esta frase de Camphausen silba como flecha disparada en el tiempo. Es decir, nadie leyó durante unos siglos. Períodos de tiempos semejantes a esos espacios que separan los universos, según afirman los astrónomos. ¿Cuántos libros quedarían entonces? Y recuerdo los veinte volúmenes del profesor Ignacio Testa, de Caracas; el esfuerzo de Vicente Casas que se quedó ciego descifrando papeles viejos, y aquellos poetas diplomáticos que hablan de las tardes vestidas de crinolina. Ahora, mientras el sol penetra alegremente en mi cuarto, se siente uno libre de esa pesadilla nocturna; se adquiere la certidumbre de que todo lo que afirma Herr Camphausen es falso; de que él, como tantos otros, quiere hacer víctimas a los demás de sus extravíos mentales. Hay un placer inmenso en disfrutar de la luz y en oír el agua en la bañera, mientras la negra jamaicana va y viene en sus menesteres cotidianos. Y siento desvío, un gran desvío, por Herr Camphausen que allí, en el cuarto vecino, expectora y se suena ruidosamente.

Sin embargo, los diarios anuncian nuevos derrumbamientos de Bolsa. Acaso en este momento ocurre otro desastre. Por encima de la multitud se alza el ídolo vacilando en su pedestal. El oro y el progreso, tal como lo deificaron las generaciones anteriores, cae en pedazos mientras se acelera el péndulo, un péndulo gigantesco, que va de oriente a occidente, de Basilea a Nueva York. En los parques acampan los sin trabajo. Estamos en febrero y los diarios aseguran que en septiembre o en octubre se dará comienzo a varias obras. De otras ciudades llegan noticias semejantes: saqueos de almacenes, huelgas, motines, incendios. Y la frase "nadie leía ya" se apodera de mí y parece seguirme y escurrirse entre mis pasos y correr a lo largo de las avenidas y por las callejuelas de la ciudad antigua, en medio de zahúrdas donde se aprieta una multitud de toda la tierra.

Recibí aviso de que Pablo Revilla deseaba verme. Bajé en seguida. Revilla y yo hemos sido amigos largo tiempo y el recuerdo de esa amistad se enlaza al de otros días. Además hemos compartido muchas veces inquietudes semejantes. Hacía tiempo no veía a Revilla. Le hallé cambiado, muy distinto de aquel otro Revilla que conocí años atrás, cuando estudiábamos en la Universidad y nos paseábamos por los claustros sombreados de acacias floridas. El tiempo había impreso en su rostro un sello de tristeza inconfundible. Revilla esperaba en la puerta. La venerable Miss Clayton permanecía en su sitio, con su eterno vestido negro, más solitaria que nunca. El vestíbulo estaba desierto. La cantina estaba desierta. Cruzamos la Plaza Central frente a la mole adusta de la Cate-

dral con sus siglos españoles que otean por encima de las torres. Grupos que toman el fresco y hablan de política, en medio de los cuales blanquea la testa de don Miguel Heredia, ensayista clásico. La Avenida Central resplandece con sus bazares orientales hasta los populosos barrios de Calidonia. Calcuta, Hong-Kong, El Cairo. Rutas asiáticas proyectan sus mágicas alucinaciones. Asia y Occidente. Revilla habla de la humanidad que iba a nacer de aquella mezcla.

—A propósito. Toda esta humanidad —le digo— me parece bajo un signo de muerte, es decir, en trance de renovarse—. Y le refiero el relato de Herr Camphausen. El navío fantasma que ha cruzado el canal de Panamá y la venta y el robo del anillo maravilloso. Mis cavilaciones de aquel día. Revilla sonríe y después de un momento de silencio:

—Esta inquietud por el futuro es parecida a la que experimentamos ante las ruinas: en el fondo es una inquietud por nosotros mismos. Nos damos cuenta entonces de que nuestra vida es demasiado efímera.

Ante estas palabras de Revilla guardé silencio. Una noche ardiente se filtraba por las calles. Instintivamente nuestras miradas se volvían interrogadoras hacia los astros. La noche izaba visiones de oriente. América desea el Asia. En el fondo del alma de América, Asia se mira y sonríe. Nos aventuramos por callejuelas sórdidas. Patios vetustos, tendidos de ropa. Muchachas que han acudido al anuncio de la flota. Chilenas, argentinas, cubanas. Fumaderos y garitos clandestinos. Anuncios luminosos. *La Alhambra.* En la puerta se lee: *Trabajo. Arte, Propietarios: Esposos Crutino. Manager: Joseph Tongui.* En la sala casi desierta baila una muchacha, algo raquítica con un cuerpo flexible y moreno. Rostro fino y dorado. Del pañuelo verde que ciñe su cabeza se escapan sedosos rizos negros que recuerdan por contraste el casco de oro de Miss Ayres. En sus manos las castañuelas bordan un tema desconocido en aquel sitio. Con aire aburrido las otras muchachas miran pasar la noche sin clientes. Pupilas extrañamente inmóviles, humedecidas en el último éxtasis de la cocaína.

Revilla dice que la bailarina le recuerda una palmera. Pienso que Revilla es de la llanura. Las castañuelas callaron de pronto. Revilla hizo un signo y ella vino a sentarse con nosotros. Le preguntamos su nombre. Era de Venezuela. Se llamaba Ernestina Rojas.

Rápidamente, mientras enciende un cigarrillo, nos refiere su historia y lo hace como si leyera en un breve libro. Una vulgar historia, no menos vulgar en equellos antros. Hacía apenas un mes que se había casado con un extranjero; pero luego resultó que su marido pertenecía a una banda de estafadores. En Caracas, su madre la persuadió de efec-

tuar aquel matrimonio casi contra su voluntad. Se embarcaron en La Guaira y al llegar a Colón fueron detenidos. A poco Ernestina quedó en libertad. Una compatriota le indicó aquel refugio. Era un gran servicio, porque no tenía la licencia indispensable. De este modo ha podido permanecer libre, a diferencia de las otras que viven en el mismo edificio, en habitaciones alineadas como celdas. Allí entran bajo contrato, luego como contraen deudas y reciben adelantos, no pueden salir. La cocaína y el alcohol hacen lo demás. Así encontró Ernestina el "cabaret" en su canastilla de bodas. Ahora únicamente desea volver a su tierra.

—Reconquistar la tierra cuando se sale de ella es difícil —dice Revilla—. A veces se consigue, pero al precio de muchas desventuras.

En los ojos de Ernestina se reflejan algunas sombras, pero en seguida sonríe. No es nada. El humo del cigarrillo.

El salón se había ido animando. Marinos beodos, burócratas, diplomáticos. La atmósfera apestaba de humo y menta. En la sala hizo irrupción un grupo: Luis Argote, Miguel Segrola, Félix Palma, Cayetano Hernández, venezolanos. Después llegan Teodorico Garibaldo y Nelson Guillén, peruanos; Napoleón Patiño y Pericles Rivadioso, ecuatorianos. Los nombres anuncian reminiscencias de lecturas de los padres. Preferencias diversas. Todos eran emigrados.

—Nuestra compatriota Ernestina Rojas —dice Revilla.

Discuten en voz alta y hablan de la revolución. Esperan una orden para dirigirse a un sitio de la frontera donde el general Cayetano Robles organizaba una invasión. Todo estaba ya listo. Sólo faltaban unas armas que debían llegar a Barranquilla, vía Panamá, para ser enviadas al Arauca.

—¡Nosotros somos seis, diez mil! —grita Argote.

Trazaba un plan que le parecía sublime. Proponía apoderarse de un crucero e ir a cualquier sitio de la costa.

—El que no quiera ir sea declarado traidor y cobarde...

Sentíanse arrastrados hacia la tierra. Hacia Venezuela.

El "manager", un hombrecito calvo, de smoking, apareció y dijo algo en inglés.

—Este hombre tiene aspecto académico y sabe seleccionar meretrices. No lo digo por ti —añade Argote, dirigiéndose a Ernestina.

Una tropa de blondas mujeres desfila ante los espectadores. Una vieja canta un cuplé y sonríe tristemente bajo los afeites.

—Qué espectáculo más tonto —observa Guillén.

—Es un espectáculo para palurdos y ancianos.

—Una modesta trata de blancas.

—Compañero Argote —inquiere Garibaldo—. ¿Hay muchas ciudades en esas regiones donde amenaza el general Robles?

—Sí, hay varias ciudades importantes.

—Esas regiones son soledades, el desierto —replica Revilla.

—Pues bueno, hay ciudades. Lo importante es decir que las hay.

—No existe sino la llanura y la palmera —dice Revilla mirando a Ernestina.

Guillén y los otros apenas podían entender una aventura semejante. Para ellos un cambio de esa naturaleza estaba a base de propaganda o de hechos lógicamente encadenados.

—Sin embargo, entre nosotros es lo clásico —explica Segurola—. Entre nosotros no existe un hombre con una gran melena que cometa un atentado en cumplimiento de una orden o por su propio impulso; pero sí es corriente que un hombre monte a caballo y conquiste el mundo.

—Es lo clásico; pero esos hombres acaban con lo clásico.

Ante ellos la tierra se extendía verde, cubierta de palmeras. Los ojos de Ernestina esplendían. La tierra estaba en ella. Un individuo llamó a Ernestina.

—¡Esa mujer está con nosotros! —dice Argote. En aquel momento un hombre grueso, afeitado, de ademanes ceremoniosos, se acercó desde una mesa vecina.

—¿Son ustedes de Venezuela? Yo desearía adquirir algunos datos. Precisamente esta tarde hablaba de eso. Pretendo ir, pero no sé si puedo encontrar algunas dificultades.

—¿Tiene usted alguna causa pendiente?

—No. Absolutamente. Pero tengo una hermana casada con un sobrino del general Pote, residente hace muchos años en Nueva York. ¿Conocen ustedes al general Pote? Seguramente habrán oído hablar de él. Fue ministro, creo que de obras públicas.

Argote manda servir cerveza y extiende ante el intruso una historia de castillos sombríos y suplicios, interminable.

—Yo creo que usted puede ir —interrumpe Revilla—. Un hermano del sobrino del general Pote. Puede ir, puede ir, sin que su presencia ponga en peligro el orden público.

El hombre saludó extrañado. Argote lanzaba miradas llenas de recriminaciones.

—Me habían dicho...

—Oíga. ¿Cómo se llama usted?

—José Suñol. Soy catalán.

—¿Es usted agente viajero?

—No. ¿Por qué?

—Vaya y dígale a nuestros amigos que nos escriban con agentes viajeros. Los agentes viajeros son nuestros grandes medios de comunicación.

El hombre se alejó amoscado.

En el grupo irrumpe un muchacho, Remigio López Franco. Acababa de abandonar Venezuela para no volver, según afirmaba, aun cuando los ojos se le nublan al solo recuerdo. Ver otra vez La Guaira, el Avila, la costa en la noche. Goza de su destino como de un ideal realizado. Indignado porque un policía lo llamó extranjero. ¡Cómo! Un venezolano extranjero en Panamá. ¿Y el Libertador?

El mismo Argote no deja de sonreir ante aquella candorosa exclamación.

Aquella noche Revilla acompañó a Ernestina hasta su casa, en Chorrillo. Subió la escalera alumbrada con un bombillo rojo y sentóse en la cama. A los pies estaba el equipaje de Ernestina: una maleta con dos vestidos. Su pasaporte estaba en poder de la policía. Ernestina, los brazos sobre el pecho, permanecía en pie, como en espera de una orden.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Pablo hizo un gesto desolado. Todo aquello le parecía extremadamente lamentable, casi grotesco. La voz de Ernestina pareció despertarle. La miró, tal vez a pesar suyo, como ninguno la había mirado hasta entonces y se alejó bruscamente. Caminó largo rato. Se encontró ante las antiguas bóvedas. Lienzos de viejas murallas. Trepó los escalones hasta la rampa convertida en paseo, donde antaño se pudrían las cureñas al sol y al agua, y sentóse en un banco. La noche avanzaba y pronto sería la aurora. Surgía ante él un mar de azul leve. Con la frente oreada por el aire helado veía amanecer. Sólo en el corazón de Pablo Revilla desde hacía tiempo no había aurora.

Pablo Revilla apenas tenía unas semanas en Panamá y dos años de vagar por repúblicas americanas. En 1927, las ideas revolucionarias habían ganado mucho terreno sin que las autoridades se dieran cuenta exacta gracias a su desprecio por la letra escrita. Su odio no les había curado de ese desdén que los recluía en una profunda ignorancia de cuanto pasaba a su alrededor. La nube se deshizo al fin. Gracias a su talento y a sus lecturas Pablo Revilla se había librado de admirar a esos Zola y Maupassant tropicales que en 1914 paseaban su gloriola agresiva por las parroquias suburbanas del continente. En 1928 tomó parte en la huelga estudiantil, acompañó a los suyos en la prisión y cantó canciones burlescas en el castillo de Puerto Cabello. A la salida se batió en el asalto de un cuartel. Tuvo la fortuna de huir y ganar la isla de

Curazao y allí consiguió pasaporte para Colombia. Durante el movimiento se mantuvo en un orgulloso aislamiento, ajeno a todo cuanto fuese camarilla o tratase de explotar su entusiasmo. Sabía que en torno a sus ideas estaban en juego intereses personales que nada tenían que ver con la defensa de los oprimidos. Esto lo puso a recaudo de sorpresas aun cuando le ocasionó muchos disgustos. Tenía entonces treinta y dos años. La huelga de Santa Marta estalló poco después de su arribo a Barranquilla. En seguida se trasladó a la zona bananera. Su alma hirvió de cólera y de gozo. Octubre y noviembre de 1928. Los incendios estallaban en las plantaciones. Se fusilaba a los huelguistas por la espalda. Ardían los bosques, las viviendas. Caía la noche. Soplaba un viento húmedo que penetraba en los corazones. La noche avanzaba como la muerte. Amontonados en las estaciones, a las puertas de las viviendas, dormían los obreros con las mujeres y los niños. De pronto, en el silencio, un toque de corneta, ruido de pasos y ametralladoras. A veces los huelguistas desarmaban compañías enteras. Pablo arengaba a los de su grupo. Agitaba sobre ellos una especie de gorra negra. Era la señal. Su voz era clara e imperiosa. No debían ceder. "Es preciso ir al sacrificio" —repetía siempre—, "De sacrificios está compuesta la historia de la humanidad". Dos veces estuvo a punto de caer en manos de las tropas. Ocurría, en ocasiones, que los mismos soldados se unían a ellos. Un teniente que se negó a dar orden de fuego fue condenado por cobardía. Hacia el alba pasaban los convoyes llenos de muertos y eran enterrados en grandes zanjas abiertas rápidamente. Después se hizo preciso quemarlos, rociar los cadáveres con gasolina. A cada paso, en aquellas marchas penosas, encontraban cadáveres que parecían verlos aún, los ojos muy abiertos. Fue un día, en los comienzos de noviembre, cuando Pablo cayó herido. Como se afirmaba que ya la huelga estaba vencida, y no había cuartel, trataban de ganar la sierra, salir a la Goajira. Al atardecer se detuvieron cerca de un bosque. Un grito se alzó entre ellos. Una especie de rugido. Estaban cercados. La descarga los envolvió de humo. La primera en caer fue una mujer. Todos pudieron verla en aquel momento. Alzaba un niño entre los brazos, pretendiendo cubrirse con él. Rápidamente Pablo se echó a tierra. Después sólo sintió la oscuridad y el vacío en torno suyo. Unos soldados se alejaban. Estaba salvado. Los furgones no llegaban hasta la madrugada. Quedaba allí una masa negra, hedionda, de la cual salían gritos, lamentos. Algunos se alzaban también penosamente, se arrastraban un trecho pidiendo auxilio, agua. De improviso vieron que algo distinto de la noche venía hacia ellos. Del silencio del bosque se desprendía un fulgor rojo. Querían incinerarlos vivos. Ya Pablo no podía agitar su gorra, porque su pequeña banda yacía por tierra.

Los pocos salvados se pusieron a abrir un contrafuego. Por fortuna el viento cambió. Entonces Pablo se dio cuenta de que él también estaba herido. Un dolor agudo le abrasaba el pecho. Arrastrándose en aquella claridad siniestra, pudo llegar a un bohío donde un indio le dio asilo. Toda la noche, mientras el fuego devoraba los bosques lejanos, y se oían voces y trompetas y lamentos, vio aquel rostro impasible inclinado sobre él. Estaba sentado en el suelo, fumando. Bajo sus párpados entornados creyó ver cierta llama interna que lo iluminaba. Mientras el bosque se convertía en cenizas la carne del indio se volvía como una lámpara de barro y Pablo lo contemplaba con respeto casi supersticioso. El indio comenzó a curarle. Su rostro era impenetrable. Le fue imposible oírle una palabra acerca de los sucesos que venían desarrollándose. Parecía indiferente a cuanto le rodeaba, pero en sus ojos brillaba la inteligencia. El silencio del indio era un estado de alma. Un estado de alma que duraba siglos. Allí permaneció Pablo veinte días. Entonces supo que el jefe de operaciones estaba escribiendo el relato de los sucesos de la huelga y se holgaba tanto del mérito literario de su obra que había resuelto editarlo en folleto cuyo precio sería de un peso el ejemplar. Estos y otros pormenores daban las noticias trasmitidas de Bogotá. Encerrado en su habitación con una máquina de escribir el jefe de operaciones estaba satisfecho de su estilo. Esta preocupación le hacía trazar arabescos sobre aquellos recuerdos y le hacía olvidar todo, hasta la sangre vertida.

Burlando la vigilancia, o porque las autoridades le creyesen ajeno a los sucesos, pudo Pablo volver a Curazao. Desde entonces tuvo conciencia clara de su destino. En Cuba le negaron pasaporte para México. No tenía el depósito exigido por las autoridades de aquel país. En La Habana encontró Revilla a otros desterrados —ante todo desterrados de sí mismos—, entre ellos a Jaime Lobo, un muchacho macilento, con ojos de alucinado, llevando siempre dos o tres panfletos bajo el brazo. Sus manos temblaban de un modo extraño. Una noche paseaban juntos por los malecones. Pablo discutía como siempre. Había ido adquiriendo un sentido menos local de las cosas, y a veces, al expresar sus ideas, dejaba a Lobo suspenso en cavilaciones. Como en Curazao y en Barranquilla y en Santa Marta ya veía una sola multitud —no de este ni de aquel país—, y le parecía necesario enseñar un camino a toda aquella masa dispersa, ignorante de su propio destino. Pero Lobo no comprendía bien y Pablo había cesado ya de hablar. Ante ellos el castillo de La Cabaña perfilaba sus murallas españolas.

—¿Ves ese buque? —dijo de pronto Lobo— Es una tumba flotante. Hay allí un calabozo donde meten algunos presos, ciertos presos... Pero una parte de ese calobozo está sin fondo. El preso tanteando cae...

—Y pensar en todos los que murieron allí por la libertad.

—Y los que morirán —replicó Lobo con cierta firmeza.

A Revilla le gustaba mostrarse ausente de las resoluciones decisivas. Así creía valorarse.

—¿Tú crees?

—Igual que en nuestro país. Como ese buque, aquel castillo tiene el nombre de Libertador.

Separáronse en silencio, cerca del monumento a las víctimas del *Maine*. A los pocos días supo Revilla que Jaime Lobo estaba detenido en La Cabaña a causa de uno de esos panfletos que él escribía, imaginando cambiar la faz del mundo, y no eran nada en el fondo: injurias. Visitó al ministro, pero éste lo recibió en la puerta, sin dejarlo entrar. Estaba en bata, una bata morada a cuadros negros, la cabeza envuelta en un vendaje blanco. Corrían extraños rumores. Se decía que el ministro padecía un mal terrible. Le dejó helado aquella mueca babosa de su rostro, rasgado por una risita que le pareció siniestra, tal vez en su ofuscado espíritu. No sabía nada. Ni siquiera conocía a Jaime Lobo. También llamó la atención de Revilla la residencia del ministro. Había oído decir que vivía en una mansión espléndida y lo hallaba en un pobre entresuelo subarrendado a los inquilinos del piso alto. Una noche, en sueños, poco después de su entrevista con el ministro, Revilla oyó un grito. La voz de Lobo —pensó, despertándose sobresaltado—. Lo imaginaba en el buque cayendo en su tumba silenciosa.

Una suscripción de varios compatriotas permitió a Revilla salir para Panamá. Allí se organizaba una asociación "con ideales", se aseguraba. Su jefe era el doctor Homero Wendano, especialista en enfermedades venéreas, un tipo lívido, con pretensiones literarias. Wendano recibió amablemente a Revilla. Leyóle unos artículos suyos sobre arte... El mismo, antes de la lectura, encomiaba sus méritos y después se detenía en cada párrafo para solicitar el juicio del interlocutor.

—Está muy bien —repetía Pablo urgido a cada paso y por complacerle. Pero Wendano se precipitó de improviso, más pálido que de ordinario.

—¿Qué le encuentra usted de bueno, Revilla? ¿Cuál frase le gusta más? ¡Dígalo, Revilla! —exclamó en una exaltación creciente, agitando las cuartillas sobre su gorra de cirujano.

Revilla asombrado retrocedió instintivamente creyendo que Wendano estaba loco. Luego ahogó unas ganas espantosas de reírse y trató de serenarse. Al fin más tranquilo respondió:

—¡Todo!

Después hablaron del partido que se organizaba. Wendano manifestó que él no podía tratar con todos debido a sus principios y a su condición social. El pertenecía a la buena sociedad, a la gente decente —afirmaba.

IV

Al día siguiente de nuestra presentación acompañé a Miss Ayres a Panamá la vieja, la ciudad destruida a mediados del siglo XVII, quemada por los propios españoles, cuando estaba a punto de caer en manos del pirata Enrique Morgan, a quien el rey Carlos II hizo caballero. Había en Miss Ayres una exuberancia de selva —energía de razas antiguas, nutridas en la matanza—, en busca siempre de una tierra de promisión y ardiendo en su sangre sin memoria del pasado. Miss Ayres enfoca su cámara: la torre cuya vista hizo estremecer de alegría a los vencedores, cuando la contemplaron de lejos. Después la conduzco a través de la antigua ciudad dormida en su tumba de piedra y lodo. Ciudad de traficantes en hombres y en géneros, que se vio sorprendida en medio de su opulencia. Morgan tiene cierto aire vengador. Llegó como la justicia, cuando nadie la espera o la pretenden incierta y lejana. Por el mar se escaparon en profundas naos los últimos tesoros. Miss Ayres admira con curiosidad infantil los pozos abiertos para recoger agua de lluvia —albercas de aguas negras donde los vecinos arrojaron sus perlas y esmeraldas—, y los muros de las capillas por donde trepan lagartos y el verde suntuoso y funeral de los matorrales. Por encima evoluciona una escuadrilla de aviones. Cielo de tarde plomiza. Nos sentamos al pie de la torre y contemplo a Miss Ayres en los ojos, ojos violetas inundados de oro, y me parece ver asomado, allá, al fondo, un Morgan que sonríe. Me atrae y rechaza a la vez aquel rostro de una expresión a la vez fría y adorable.

—De noche —le digo, puesto que ella desea saber noticias—, pasa por entre las ruinas una procesión salmodiando antiguas preces. Delante van los prelados con sus mitras y cayados de oro. Siguen los canónigos con largas capas, los frailes mercedarios, franciscanos y los frailes de San Juan de Dios; los indios con arcas llenas de perlas cogidas a las hijas de los caciques; los soldados armados de partesanas y los gobernadores con sus pajes; mercaderes, acémilas cargadas de seda y oro; escla-

vos decapitados al enterrar algún tesoro y mastines feroces adiestrados en la caza de hombre, y hermosas mujeres que arrastran sus mortajas. Entre ellas va una novia muerta la misma noche de sus bodas, a quien sepultaron en un sótano con su traje nupcial y un pomito de esencias en las manos. La infortunada busca a su amante entre la multitud y cree que un día vendrá a libertarla de la muerte para irse juntos a realizar su sueño de amor. Sale precisamente la procesión del pie de la torre, con cirios encendidos, desciende por la calle del Obispo y se detiene ante el convento de la Merced, donde un fraile dice misa ante la comunidad reunida en el mismo orden que guardaba en el coro. Privilegio este de los mercedarios por haber sido los últimos en abandonar la destruida ciudad. Apenas se ven brillar las antorchas. A esa hora suenan las campanas en lo alto de la torre y se ve a Morgan errante por las ruinas con los brazos cruzados y un terrible desdén en los ojos.

Miramos. Y la torre que veía llegar los galeones del Perú, a cuyos pies se mezclaban los rumores del norte y del sur, mira aún por los huecos profundos de donde se desprenden los murciélagos que hacen su ronda por las ruinas. Una luna blanca apunta sus cuernecillos vueltos hacia oriente.

—Vea —le digo, señalando a un soldado rubio que conduce por la orilla sus gordas mulas relucientes—. No se ha ido todavía y le sonríe a usted. Ni se irá.

El mar entonces parece reflejarse en sus ojos. A punto estaba de creer que había tomado en serio mi relato. Tenía Miss Ayres el proyecto de emprender una explotación comercial; una tienda de antigüedades. ¡Una tienda de antigüedades! Sí, apenas le faltaba el nombre. Se empeñó en que la ayudase a encontrar unos de gran efecto. "¿Un nombre que diga muchas cosas a la vez, arcaico y moderno?". Esto es. Vacilé y al fin, como si así estuviera dispuesto, le dije:

—¡La galera de Tiberio!

Sus ojos tuvieron un destello rápido. Se levantó invitándome a regresar. La noche se espesaba sobre la torre. El silencio y la noche. Se constelaban las ruinas de un fulgor fugitivo de esmeraldas. Mientras Miss Ayres pone en marcha su coche, le enseño la palabra *Welcome* en las puertas de la cantina instalada frente a la torre.

—¿Sabe usted cómo se llamaba el navío en que Morgan partió de Jamaica para Inglaterra el año siguiente de la destrucción de Panamá? Se llamaba *Welcome.*

La Galera de Tiberio ostentó sus magníficas muestras luminosas en la Avenida Central. Idolos, huacas, collares de amuletos, pieles de caimán. Decoraba las vidrieras una pequeña galera trabajada en nácar y

plata. Pájaros embalsamados de plumajes maravillosos, en aros de cristal. Símbolos para historiar letras en la obra de Camphausen. Artículos para turistas y marineros[5].

El mismo destino junta en la tienda de antigüedades las cosas más viles a las más íntimas; las más queridas o sagradas. Pero ninguna tiene tanta relación con el tiempo como esos pájaros embalsamados y cubiertos de polvo que decoran ángulos y vitrinas en el establecimiento de Miss Ayres, pues mientras el hombre avanza en su destino, como avanza el sol y su sistema hacia aquel punto misterioso y refulgente, su canto —que participa del éxtasis y del fulgor de la estrella y tiene la celeste frescura del rocío y el secreto íntimo de la luz del trópico— continúa resonando idéntico allá en la verde celosía de los bosques y hace sangrar, herido, el arcano de la selva. Son tres notas que nunca han variado, las cuales se elevan en pleno día con la claridad de los luceros sobre el golfo cubierto de noche. Ahora, frente al Pacífico, todo azul de verano, de un esplendor triste que describe costas áridas, amarillas tierras búdicas, viejos países del sol, mientras pienso en Miss Ayres, como si ésta fuese también una creación de Camphausen, creo que su canto, el cual ha llegado hasta mí con el primer celaje del día, está animado de poder inmortal y traspasa los siglos a miles de años de luz. Cuando todo muere, aquel signo de vida breve y luminoso, aquel gorjeo extasiado, continúa posándose estremecido sobre las horas pasadas y sobre el presentimiento de las horas más lejanas y desconocidas, eterno como el amor, como las masas de soles que ruedan en el espacio —gérmenes de universos nuevos— o la pálida muerte que hiela el corazón del hombre.

Y en realidad, pronto la tienda comenzó a darme una impresión semejante al relato de Camphausen. Era una demostración de lo que sería dentro de algunas centurias una tienda de antigüedades con sus fonógrafos, sus máquinas de escribir, refrigeradoras y linternas de mano. Y sentí una inquietud vaga, pero cierta, de que todo lo que hoy constituye nuestra vida se escapaba, perdía su sentido, transformándose en una capa de polvo sobre unos cuantos objetos en las salas desoladas de algún museo o en las vitrinas de una tienda de antigüedades. En cambio, un sonido tan leve como el canto de un pájaro continuaría resonando idéntico allá en bosques y selvas. La misma mariposa tendría más resistencia que la estructura de los aviones y éstos, tal vez, serían borrados del cielo como un pensamiento que a veces está en nosotros y desaparece para no volver a encontrarlo. En aquellos días dos aviones desaparecieron misteriosamente. Un navío desconocido fue observado cerca de la escuadra del Atlántico y al mismo tiempo en otro extremo, en el Pacífico. He aquí los despachos aparecidos en los diarios:

"Honolulú, febrero 6. Torpederos americanos se dirigen a 1.63 latitud oeste y 30 longitud norte, en las inmediaciones de la costa nordeste de Hawai, donde ha sido visto un buque de procedencia desconocida. En un principio se creyó que era el vapor británico *Assiatic Prince,* el cual se había perdido; pero se confirma que este buque se halla sano y salvo en el Océano Indico. (United Press)".

"Nueva Kork, febrero 8. Mientras la flota americana del Atlántico se dirigía a Cristóbal para cruzar el canal de Panamá, se constató la presencia de un buque que seguía obstinadamente la misma ruta de la escuadra y el cual desapareció a trescientas millas de la costa. Se observa que su forma no es la misma de los barcos que actualmente atraviesan los mares. (United Press)".

Vi a Miss Ayres y le rogué:

—¡Por Dios! ¡Quite usted ese nombre! Es algo terrible. Fue una ligereza de mi parte decírselo.

Por primera vez vi nublarse su rostro. El nombre era de un efecto mágico. Miss Ayres dio orden de construir algunas antigüedades para los turistas e hizo instalar en la puerta principal una máquina de pesar. A veces adquiría rarezas, verdaderas preciosidades, pero éstas eran embaladas cuidadosamente y remitidas a Nueva York. Los bazares chinos e hindúes abarrotados de porcelanas y sedas apenas podían competir con ella. Corrieron rumores de contrabando. Bajo la influencia de los anunciadores el *Sur-América* abrió una campaña, en la cual se traslucía el caso de Miss Ayres, en pro de los principios republicanos, de la ética comercial, del nacionalismo económico y de la necesidad de adoptar medidas para defender el comercio de importación contra abusos que representaban antecedentes peligrosos. Se registraron algunas quiebras. La gracia de Miss Ayres se derramaba como áureo polvillo sobre antigüedades fabricadas o auténticas y sobre los mil objetos procedentes del Cairo o de Shangai. Vistosos tapices cubrían las paredes. Crecía en ellos la palmera o la flor de loto. Tendían las palmeras sus frutos estremecidos por los ardores del desierto. De día, Miss Ayres permanecía en la trastienda, oculta por un ancho tapiz egipcio, donde un rey recibía ofrendas de flores y pájaros, entregada a sus facturas, correspondencia y libros de contabilidad. De noche, en la terraza del *club,* ostentaba sus espléndidas toaletas, sus collares antiguos, sus magníficas espaldas, en compañía de amigos rubicundos que se embriagaban ceremoniosamente. Miss Ayres se aficionó grandemente a la civilización de los Incas.

—¿Ve usted esas gaviotas? —díjome una vez pensativa—. Deben tener sus tradiciones. Acaso saben el día en que el último Inca va a volver resucitado por su padre el Sol. —Y otro día mostróme un brazalete

de antiguas piedras de las amazonas, verdes como esmeraldas, tallado en forma de serpiente con adornos de flores. Piedras cada vez más raras a las cuales se atribuían virtudes curativas. Los anillos y los bordes de los pétalos eran de oro.

—Es una joya de los incas—, y hacía notar mientras acariciaba las hemosas piedras, el alma del artista que las trabajó con amor y sabiduría.

Y comenzó a trazar proyectos para emprender exploraciones en la isla Gorgona, de la cual había oído hablar a un marinero. Le refirió éste que desembarcando un día en la isla tuvo ocasión de presenciar hechos que no se creerían. En primer término existe la creencia de que nadie puede entrar allí. Un temblor se apodera del cuerpo y se sienten azotes en el rostro. Al mismo tiempo se escucha un ruido como si una ciudad entera cayese derribada. Al través de la lluvia densa vi —dijo el marinero— unas sombras que huían. Durante mucho tiempo se creyó que allí, donde Pizarro esperó largos días la llegada de un socorro, se habían asilado los dioses indios y también que muchos de los tesoros imperiales fueron transportados a esas islas después de la derrota.

Una noche, estando con Herr Camphausen en el Miramar, vi a Miss Ayres en compañía de Darío Alfonzo. Junto a ellos unos diplomáticos suramericaons esperaban la luz del día para ir a servir en la cama los intereses de sus respectivos países. Con lo que se gastaba en mantenerlos ociosos podía cada una de esas patrias pobres y rudimentarias construir por lo menos una escuela o un camino. Allí estaba el decano Alfaro Reveur, siempre ceremonioso, y don Paco de Lareda.

La fiesta, como todas, se desarrollaba en las terrazas. Las mismas luces; las chaquetas blancas de los oficiales muy tiesos con la inscripción *Audacia* en las presillas; los mismos mantones; la misma charla pueril, insípida. Danzones y tangos. Miss Ayres ostentaba un pesado collar de oro antiguo y una diadema de perlas mortecinas cuya gloria se remontaba a los tiempos de Morgan: rocío en el oro de sus cabellos. Don Paco de Lareda presidía según costumbre un círculo de elegidos. Hablaba del amor y también de la crisis. Recordó que amenazó a Júpiter con detener el universo. Para don Paco el dolor era una necesidad como el placer. Este nacía de aquél. El dolor humano debe ser visto sin afectación por los espíritus superiores. En esto la sociedad antigua era superior a la nuestra, la esclavitud fue la obra de hombres inteligentes.

Lejos las luces parpadean en torno a la vieja muralla. La ciudad se dibuja en la noche con su ardiente rumor. Murmullo de humanidad que se esconde. Allá lejos la multitud se apretujaba en viviendas inmundas. Un dolor de exhibición prohibida, pues los desheredados no tenemos derecho a la ternura, ni nadie es capaz de comprenderlo. Una mirada

hosca o la indiferencia es nuestro consuelo. El fondo de la terraza es el mar oscuro y aquel dolor va adquiriendo plenitud en la noche profunda, haciéndose monstruoso con sus mil formas; intangible e invisible. La voz de don Paco se alzaba de nuevo:

—¿Vendrá usted con nosotros? Irán otros amigos.

Pero Miss Ayres se disponía a bailar con Darío Alfonzo. Hizo un gracioso movimiento con la cabeza. Don Paco quiso seguirla inútilmente. Los danzantes se interpusieron y él quedó perdido en aquel torbellino.

Las notas del *jazz-band* poblaban la terraza y parecían retorcerse, romper con estrépito los comentarios de don Paco. Darío oprimía con fuerte abrazo y quemaba con sus labios el rostro de Miss Ayres, que se abandonaba y entornaba los ojos danzando más bien en un éxtasis voluptuoso. Se habían detenido junto a la balaustrada que rodea la terraza sobre el mar, y ante ellos caía la noche, una noche densa y profunda, cargada de emanaciones eléctricas, sin estrellas. Me sorprendió ver a Darío Alfonzo convertido de pronto en un hombre elegante. Interrogué a Herr Camphausen con la mirada:

—Yo los he puesto en contacto —aseguró con gravedad afectada—. Hace poco tiempo estuvo en *La Galera de Tiberio,* donde compró, por cierto, un pájaro embalsamado. Y, a propósito, tenía que felicitar a usted por esa idea. Es un nombre magnífico para un establecimiento de ese género. Ahora, como según convinimos, el famoso carbunclo ha desaparecido, debemos establecer nuevas conjeturas. Sólo así podremos ser buenos historiadores. Es el mismo Alfonzo quien lo ha robado para entregárselo a un inglés, una noche, mientras los oficiales de a bordo asistían a una fiesta en la residencia del Gobernador de la Zona. El almirante lo guardaba en su cámara sin mayores precauciones. El anillo estaba sobre una mesa como si fuese cualquier otro anillo. Muy bien Alfonzo podía ser arrestado; pero pondría sobre aviso a su dueño actual, y todo debe hacerse con el mayor sigilo. En cambio, Alice que tiene muy buena madera de espía —Camphausen guiñó los ojos—, se ha ofrecido a recuperarlo. Darío sabe por instinto que en esta lucha será vencido. Observe sus ademanes casi brutales que quizá causen el mejor efecto en Miss Ayres. Sabe que está vencido de antemano, pues ella hará de él un simple instrumento. Por otra parte, carece de escrúpulos. En el fondo ama la aventura y para él no hay en todo esto sino el deseo de poner en práctica su inclinación y su mala fe.

Iba a felicitarlo, pero volvióse Miss Ayres en aquel momento y al verla tan radiosa no pude menos de disculpar su ambición de inclinar la cabeza, adorada como una diosa, desde un navío suyo y poseer un mar con sus islas y las ciudades de sus costas, y sus grutas, y sus perlas.

—Usted, profesor, que es tan sabio, muy bien podría disertar ahora sobre la belleza. Vea a Miss Ayres. Se comprende en seguida que su poder viene de lejos, de un misterio que se pierde. En todo tiempo ha salido una mujer para hacer la historia y en pos de ella ha ocurrido siempre algo fatal. Si usted, profesor, llegara a enamorarse de Miss Ayres...

Pero Herr Camphausen no me dejó concluir. No estaba para bromas. Me dio las más amables disculpas y me rogó lo acompañara hasta el hotel. Hacía días venía sintiéndose mal y quejábase ahora de un malestar repentino. Al día siguiente debía ingresar en el hospital para someterse a un examen.

—Hace días he debido partir y no sé por qué estoy aún aquí. He pensado tomar algunas notas —añadió tristemente.

A la misma hora don Paco de Lareda hallábase en su casa con algunos de sus colegas ante unas botellas de champaña. Habían hecho venir algunas mujeres del *Kelly*. Les enviaron cuatro francesas con nombres españoles que se hacían pasar por suramericanas. Don Paco puso en la vitrola la misa de *Réquiem,* de Beethoven. Las mujeres apretujadas contra los hombres lanzaban pequeños gritos.

—Hace falta una botella de falerno —afirmó don Paco con voz doctoral.

Apagó la luz eléctrica y encendió unas bujías color rosa, en candelabros de cobre.

Todo esto daba a los presentes idea de un espíritu muy refinado. El bogotano Jacobo Daza repetía como un estribillo:

—Muy gentil, muy gentil.

Don Paco iba de un lado a otro y alzaba su copa con gesto de buen catador. Junto a su copa reposaba el libro *Motivos de la raza,* escrito por el licenciado Inocencio Lameda y en el cual había amontonado el autor sus observaciones microscópicas de veinte años de estudio. Una de las cabaretistas, engalanada con el nombre de Lola, porque amaba los nombres españoles, se precipitó de repente sobre el libro, y sin dar tiempo a impedirlo, rasgó una hoja para servirse de ella como servilleta.

—¡Por favor, mira que es nuestro Montaigne! —decía don Paco tendiendo las manos en un gesto cómico de fingida súplica para amparar el libro.

—¿Montaigne qué? —preguntó Castrebil.

—¡Ah, le petit Montaigne, le petit Montaigne! —exclamó Lola, tirando el libro. Había mutilado precisamente la dedicatoria donde Lameda con su magnífica letra había escrito: "Al muy ilustre escritor don Paco de Lareda—. Respetuosamente—. Homenaje". Apenas que-

daba un rasgo de la firma y rúbrica de Lameda. Después no se vio nada. El viento volvía las páginas como un epitafio cubierto de hojas secas. Los demás bebían ajenos a la tragedia del libro. Fumaban en sus largas boquillas de marfil.

Comenzó entonces Castrebil a tratar su tema favorito acerca de la competencia en la "carrera". Para Castrebil aquélla se hallaba precisamente en haber servido en oriente y occidente, ocultando cuidadosamente que antes había estado en la consular. Refería, según costumbre, sus recuerdos de Constantinopla, un verano antes de la guerra. Decía esto por humillar a los otros que sólo habían servido en Suramérica y extendía el número y nombre de sus condecoraciones europeas y suramericanas. Sin poder contenerse, y como ocurría siempre, Carlos Rusián, Encargado de Negocios, le interrumpió:

—Yo podía servir a mi país en Europa si no fuera por la injusticia de mi jefe que siempre se ha opuesto a mi ascenso a una legación de primera.

—¡Ah, la injusticia!

—¡No hablen de injusticias! —replicó don Paco—. ¿Qué dicen ustedes de mí?—. Don Paco aspiraba al Vaticano. Según él, los cardenales tendrían una triste idea de Venezuela a causa de sus ministros—. Yo me encargaría de modificar esa triste opinión de Sus Eminencias... Sin embargo, un ministro recién llegado a Caracas llama al jefe de nuestra Cancillería "varón esclarecido". Sin duda aspira a una condecoración.

El disco de la misa de *Réquiem* había terminado. El viento hacía oscilar la llama de las bujías. Los labios de las mujeres, húmedos de champaña aburridas de aquella conversación, estaban cubiertos de una niebla.

Don Paco preguntó entonces acerca de Miss Ayres. Era una mujer deliciosa. No recordaba el nombre.

—¡Es Miss Ayres!

—¡Ah! ¿Miss Ayres? Por eso pensaba que el aire me hacía mal. En realidad el genio del aire es benéfico; pero ese aire lo deja a uno sin aire—. ¡Sirvan más whisky!—. Pero ¿no es ésa la dueña de *La Galera de Tiberio?* ¡Ah! Tiberio sí supo vivir bien.

Castrebil y Daza se rieron ruidosamente.

Una de las muchachas sentóse en las piernas de Castrebil, que esquivaba sus caricias. La otra se estrechó fuertemente contra Rusián.

Era ya de día

V

Félix Palma partió en la primera semana de marzo. Luis Argote vendía automóviles en espera de una orden del general Robles para trasladarse también a la frontera. Pablo Revilla entró a trabajar en *La Galera de Tiberio.* El doctor Wendano solicitó formalmente del comité de Nueva York el nombramiento de ministro plenipotenciario para el caso de que triunfase el movimiento. El comité respondió que se tendrían en cuenta sus patrióticos servicios. A la vez se le exigía una nueva contribución de dinero. Wendano ofreció girar mil dólares en varias partidas, pues nunca —decía— consideraba suficiente todo sacrificio.

A veces la nostalgia, la incertidumbre, se apoderaba de todos. En cada uno se manifestaba el sentimiento de la tierra: la llanura o la montaña. Recordaban todo lo que les era familiar, hasta el color de los meses. Revilla recordaba la tarde de su partida. Las líneas del puerto de La Guaira esfumándose en la niebla. Tarde de enero. Brillaban las luces y circulaban los vehículos llenos de gente que volvía del trabajo. Todo aquello daba una impresión de paz, de sosiego, del cual él, Pablo Revilla, estaba excluido. Sentíase desarraigado a pesar suyo. Un dolor desconocido que lo sublevaba. La aventura comenzaba con el lucero vespertino visto a través de sus lágrimas.

Y en el *cabaret* o en los bancos del parque Santa Ana, emigrados de distintos países de América —provincias todas de un mismo imperio—, trataban de hallar un sentido a sus vidas, vidas truncas, fallidas, sin saberlo.

—¡Si pudiéramos hacer algo grande!

—¡Hombre! Eso de que nos dejen.

—Sin embargo —responde Napoleón Patiño— acaso no podamos ser un Renaud d'Ecouen o Cohén llegado a tiempo para ver el entierro de la última moneda de oro y su hijo mayor "el sentido moral". ¿No dice así?

Y Nelson Guillén, después de una pausa:

—En cambio sí sentimos venir algo nuevo, de lo cual apenas si seremos espectadores. Tenemos todavía algo del siglo XIX —nosotros los hombres de treinta años— y el XX es intolerante—. Habrá que apresurarse.

Y Manuel Segurola:

—Todos los siglos lo son igualmente.

Veían en el fondo de sus vasos como si tratasen de leer allí el porvenir.

—Huir, despojarse, y más que todo, olvidarse de lo que uno es o ha sido. El tiempo actual pide eso. Los que vienen atrás no necesitan hacer ese esfuerzo liberador y serán más felices. Irán con su tiempo— afirma Teodorico Garibaldo.

Aparecían a veces personajes diversos, verdaderos sobrevivientes, gente excéntrica que hacía más pintoresca aquella sociedad ambulante: el general Leoncio Barriga, representativo de las revoluciones del siglo pasado, hombre que llevaba cuenta de sus miserias y de los años pasados en el destierro, los cuales, según él, debía pagarle algún día el pueblo venezolano. El ex campeón de baile, Fernando Isla, vendedor de pájaros. Día y noche cruza la Avenida Central llevando en alto una rama desnuda para exhibir su industria. Se sienta en la acera y allí ve pasar las horas muertas. Los mismos pájaros permanecen alelados, el tornasol de sus alas inmóvil. Don José Campos, periodista viejo, ausente por más de treinta años de su país. Cree vivir aún el aquel tiempo. Recuerda los antecedentes familiares de la gente de su parroquia. Historias olvidadas. De pronto dice con las manos entre los bolsillos lustrosos y raídos:

—Cuando yo sea ministro—. Luego tose y escupe.

También Manuel Pozas había sido periodista en los últimos años del siglo pasado. Se indignaba porque don Paco o cualquier otro le negaban auxilios monetarios. Era un contemporáneo de don Paco. En aquel tiempo sus ideas eran semejantes. Pozas no advertía este fenómeno. Para Pozas el mundo se había detenido.

El obeso Pedro Goritz, dueño del bar *Independencia,* cruzó un día el parque Santa Ana en compañía de una muchacha.

—Es otra compatriota —explicó después a Pablo Revilla y a Luis Argote—. Se llama Conchita Torres. Tuvo un fracaso y la trajeron a Panamá. Desea irse a Nueva York.

Conchita vivía con su madre y un hermano en la calle 2. Pablo Revilla, Luis Argote y Cayetano Hernández fueron a verla. Penetraron en un cuarto casi oscuro, alumbrado con una bujía de esperma. Dos mujeres se alzaron en la penumbra. Doña Andrómaca, mujer gruesa, de tez cenicienta, y Conchita, una muchacha nerviosa y pálida. Se amontonaban allí los objetos más diversos: la mesa, todavía con los platos de la cena, baúles, camas, herramientas. Al fondo de la habitación, sobre un colchón colocado entre dos sillas, estaba un niño dormido. Andrómaca acercó la vela para mostrárselos y ante la presencia del niño callaron. Le habían puesto Raúl. Conchita les dijo el nombre del padre, un joven de familia distinguida, y señaló un lunar en la barba del recién nacido, exactamente el mismo lunar del padre. Podía servir para iden-

tificarlo. Habían salido de Caracas por aquello; por no sufrir la malicia de los conocidos. El niño había nacido en Panamá. El hermano estaba en Costa Rica. Era carpintero. No había encontrado trabajo en Panamá. Las dos mujeres estaban desamparadas. Aquellas herramientas, aquel cuarto lleno de trastos donde se oía el vagido de un niño, era una etapa en un camino de sufrimiento y de abandono. Andrómaca había dejado la bujía y permanecía silenciosa, las manos sobre el vientre abultado. Argote tomó el niño y comenzó a mecerlo entre sus brazos. Conchita lloraba lo que consideraba su infortunio.

—¿Por qué, Conchita? Ahora es que puedes conseguir un buen marido. Eso ya no tiene importancia.

Revilla trataba de darle ánimo. Había que cuidarlo. Con el tiempo llegaría a ser hombre útil y ya nadie recordaría su origen.

Conchita oía indiferente. Para ella lo más pesado del mundo era tener un hijo. Luego explicó sus proyectos. Debía irse. Tenía que irse. No podía permanecer así en la miseria.

—No te faltará nada. Aquí todos somos una familia.

—Uno de estos días te vendré a buscar, Conchita. Te presentaré a otros compatriotas —dijo Argote al despedirse.

—He aquí las dificultades de no tener una organización eficiente —afirmaba Cayetano Hernández—. Pero ¿en qué clase podremos clasificar a Conchita? Si fuera una obrera con su moral definida esta muchacha podría tener sus derechos y esperar una sanción de los que la han lanzado a la miseria.

Hablaba de la capacidad para el sufrimiento del venezolano. Se alejaba por la Avenida Central. Las estrellas de la medianoche temblaban sobre sus palabras.

Uno de aquellos días, a fines de marzo, me llamó Miss Ayres con urgencia:

—¿Sabe usted? Nuestro amigo Camphausen.

Había sufrido una hemorragia cerebral y se hallaba en el hospital. Allí le encontré, en la celda número 279, con una bolsa de hielo en la cabeza, los bigotes caídos, la mirada turbia, ansiosa. Podría decir que deseaba comunicarme algo. Los médicos aseguraban que se hallaba mejor, pero en la tarde se debilitó de pronto. Sus ojos, muy abiertos, trataban sin duda de ver. Dieron las seis. Por el largo corredor de celdas entraba la sombra; los crepúsculos del hospital llenos de silencios dolientes. Los enfermos se observan con desconfianza: "yo estoy mejor y tú quizá morirás esta noche". Derribados en sus sillas rodantes o en sus lechos, con la mirada en la pared o en la reja, a través de la cual se ven brillar los primeros luceros, cuentan las horas. Bajo las lucientes

sábanas, vientres hidrópicos, rostros afilados. Inmóviles, los enfermos sienten llegar la noche.

Busqué con los ojos un crucifijo. En aquella hora una "nurse" se inclinó sobre el lecho de Herr Camphausen. Miss Ayres llegó poco después, al regreso de su partida de *golf*.

—¡He hecho un esfuerzo, un verdadero esfuerzo! El hospital me enferma. ¡Ooooh! —y se fue.

Con ella entraba en la celda una onda cálida, saturada de vida.

El cónsul alemán no estaba, pero había dejado sus órdenes. Trajeron una caja forrada de cuero, negra, parecida a la funda de un violonchelo. Herr Camphausen era pequeño.

—Los más altos quedan siempre más pequeños —observa la "nurse".

Dos negros tomaron la caja y se alejaron por el corredor en sombras. Yo les seguía, creyendo asistir al entierro de la historia universal. Tan pronto me alegraba en secreto, pues me parecía estar libre de lo que me había revelado, tan pronto sentía una compasión sincera. ¡Pobre Herr Camphausen! Iba con más temor de lo que pasaba en torno mío que de todo aquello que ahora se agitaba involuntariamente en mi alma, evocado en nuestras conversaciones pocos días antes. Recordaba las cajas de libros y manuscritos que aguardaban en Balboa.

Al fin llegamos. Trasladaron el cadáver a una plataforma y desapareció luego en un agujero. Bajaron una plancha de cobre. Se oyó un rumor, un rumor que avanzaba desde adentro. La plancha se enrojeció. Los dos negros aguardaban silenciosos, con los brazos cruzados. Fui a esperar abajo. Tal vez podía encontrar a Miss Ayres, a un amigo cualquiera. En torno del monumento a Balboa se amontonaban las hojas secas del verano. El resplandor azul del mar se mezclaba al resplandor de los astros. Poco después pasaron ante mí los dos negros. Llevaban una cajita, todo lo que quedaba de Herr Camphausen. Advertí en los labios un sabor amargo, a ceniza. Quizás las ideas.

SEGUNDA PARTE

I

Con la ida del verano comenzaron los días pardos y grises con sus largas emigraciones de aves que oscurecen el mar y las cuales veo desde mi balcón en las mañanas muy tiernas, doradas y cubiertas de niebla. La crisis aumenta. Todos saben que si enderezan sus pasos a otro país serán tratados como enemigos públicos. Los gobiernos nacionalistas lanzaban severos edictos en tal sentido. Ojos desconfiados siguen los pasos a través de los barrios distinguidos. Obreros fugados huyendo del hambre, escondidos en las embarcaciones, devueltos a sus puertos de origen, tirados en los muelles, durmiendo al aire libre, encarcelados. Toda la vergüenza, el dolor, la miseria, en busca de un refugio. Está prohibida la vagancia. Los diarios hablaban de "probables industrias", de "tierras sin explotar", de la "unión interamericana". De probabilidades de trabajo, de estatuas, archivos, capitolios, victorias patrióticas. Había también fiestas sociales reseñadas por Bache R. Abril que tuvo su último esplendor. Moría abril entre el humo de los cigarrillos consumidos en las tertulias ociosas y con el rostro lavado por las lluvias tempranas.

Bache R. agotaba sus lisonjas en la sección "Sociales" de *Sur América*. Luis Argote anunciaba diariamente una catástrofe. El doctor Wendano publicaba un libro de artículos en cuyas páginas intercalaba los saludos de la prensa con motivo de sus desposorios con la señorita Luisa Mollejo. Era en mayo. En agosto —decían— habrá posibilidades de trabajo. El curazoleño Horacio Castrillón tuvo un lance con el doctor Wendano. Castrillón alegaba también sus méritos genealógicos. Su hermano Ovidio se había casado con una hija del ex ministro, doctor Angueras Ribia, uno de los personajes más acaudalados del régimen venezolano. E irguiendo su cabeza cubierta de roja peluca, que le daba cierto aire bufonesco, tuvo la ocurrencia de poner en tela de juicio el claro linaje de Wendano.

Casi siempre se reunían en *La Alhambra* o en el cuarto de Conchita Torres. Argote redactaba partes de batallas y trazaba planes administrativos. Declaraba su clerofobia. Ante todo era preciso derribar las iglesias. Sólo así se progresaría. Una noche Ernestina se acercó a la

mesa de los emigrados y después de hacerse servir una menta les manifestó que no podía seguir trabajando porque carecía de la licencia necesaria. Necesitaba de una ayuda. Argote cruzándose de brazos entre brutal y compasivo:

—Tú eres demasiado inocente para este género de negocios.

Aquella noche comentaban un artículo de L. C. Manapocos. Cerca de ellos se reunían los diplomáticos: Roberto Castrebil, a quien Garibaldo llamaba representante del tirano Chía, Carlos Rusián, Jacobo Daza y Juan Luque. Garibaldo anunció la próxima caída del tirano Chía y un orden de cosas completamente nuevo.

—Viene ahora Bergamota, uno de nuestros grandes escritores —añadió Garibaldo—. Viene de Nueva York donde reside hace tiempo.

Y Argote comenzó un discurso sobre la justicia revolucionaria que iban a llevar a Venezuela:

—A este Castrebil será preciso ahorcar como a todos esos bellacos.

Revilla consideró del caso manifestar como siempre su inconformismo.

—Yo creo que nada se gana con eso —observó—. Será preciso ante todo definir cómo debe implantarse esa justicia.

Una de aquellas noches, Cayetano Hernández anunció la próxima llegada de Bergamota, escritor notable.

—Bergamota se parece mucho a nuestro Manapocos. ¿No han leído ustedes las obras de Leandro César Manapocos? Entonces podremos abrir una buena campaña de prensa. Será preciso solidarizarnos. Yo sería partidario de hacer venir a ambos para que dictaran una serie de conferencias.

Un día Revilla le dijo a Ernestina:

—El hijo de Conchita está como abandonado. Su madre no hace caso de él. Es preciso cuidarlo.

Allí (en el cuarto de Conchita) la encontraba Revilla. Al principio Ernestina fue poco. Después se quedaba durante el día. El cariño de ambos creció como si el niño fuera suyo, nutrido de su propia ternura. El doctor Wendano prestó cuidados al pequeño. Hicieron una colecta para comprarle una cuna. El valor de ésta no pudo cubrirse y fue necesario aplazar el proyecto. Estos cuidados tenían su recompensa. El niño comenzaba a conocerlos y les sonreía. Se estaba en lo más riguroso de la estación. Llovía siempre. Conchita estaba casi siempre ausente. Se le veía en compañía de Goritz, de Luis Argote o de Horacio Castrillón. Una de aquellas tardes los ojos de Ernestina y Pablo se encontraron. Era la primera vez que ocurría de aquella manera, pero esta mirada fue rápida. No se atrevían a pronunciar palabra. Ernestina

veía a Pablo muy distante —el único con quien nunca ahora hubiera consentido— y Pablo no advertía que Ernestina le era indispensable. El rumor de la lluvia se filtraba muy adentro. La lluvia describía paisajes monótonos, existencias áridas. ¿Y la palmera y la luz y los ojos de Ernestina? En la imaginación de Pablo se desenvolvía un poema, uno de aquellos poemas que luego rechazaba mofándose de sí mismo, por parecerle ridículo. Ernestina levantaba al pequeño Raúl en sus brazos. Le ocurría pensar a veces que pudiera tener un hijo así. Y cuando el niño pasaba de las manos de Ernestina a las de Conchita podían verse sus destinos trocados y Revilla creía realizado su poema.

Andrómaca consideraba una obligación explicar a sus conocidos:

—Ernestina no es de nuestra clase. La toleramos por necesidad.

Ante Ernestina se extendía el barrio de prostitutas. Ante sus puerta se alineaban oficiales, marinos, soldados. No, no bebía. Sentía repugnancia por el alcohol. Cuando se hundía en la calle de bombillos rojos sentía horror, sentía horror porque creía llevar aún al niño en sus brazos. Sí —pensaba—, lo mejor era sufrir. En ella se había ido abriendo paso aquella idea. Lo mejor era sufrir. Pedirle a Dios que nos libre del sufrimiento es casi una blasfemia. ¿Qué podía sucederle ahora a ella? El dolor había penetrado en ella. Había sido acuchillada, vencida por el dolor. Es necesario ese cautiverio para entender la vida. Por eso, Ernestina reía siempre y parecía hallarse bien en todas partes. Lo mismo en su habitación que en la de Andrómaca. Una noche se hallaba en compañía de un marino beodo. El hombre la contemplaba a través de la niebla que el alcohol ponía en sus ojos. Se arrojó sobre ella y la golpeó. Ernestina sintió una cólera salvaje. Abrazados lucharon fuertemente y rodaron por tierra. Ernestina se incorporó y armada de un candelero de cobre golpeó, hasta que el hombre aflojó sus brazos. Quiso levantarse, pero se desplomó y quedó inmóvil. Brotaba sangre de su frente. Ernestina creyó que lo había matado y lo contemplaba llena de espanto. Después el marino comenzó a gritar y a revolcarse. Habían roto la puerta. Habían irrumpido en el cuarto con gran tumulto. Entonces se acordó de que estaba desnuda.

Ernestina fue condenada a tres meses de cárcel. Gracias a las gestiones de Revilla y de su abogado Andrés Iglesias, a quien interesó vivamente su suerte, esta condena se redujo a dos semanas. Era en junio.

El viento agitaba el tapiz tras el cual se hallaba Miss Ayres.

—Su amigo Pablo es un *dreamer* —me dijo.

—Pero ¿no lo es usted también, Alice? ¿No sueña usted con el amor, con el poder y la riqueza? ¿No adora usted el éxito?

Revilla hacía el catálogo del almacén. Los sábados recibía su salario de diez dólares y trabajaba ocho horas diarias. Recordó su época de alumno de la Escuela de Bellas Artes y pintaba motivos para decoraciones y antigüedades. Los empleados no veían a Miss Ayres sino cuando hacía su entrada en el establecimiento un cliente de importancia. Después de la muerte de Camphausen permanecía largas horas abstraída y solitaria. Llegaban marinos. Tenían preferencia por aquellos pájaros embalsamados que llevaban para exhibir su plumaje bajo cielos blancos y lejanos. Después ya deshechos los arrojarían, inútiles. Quedaba la imagen del cantor sacrificado.

Bruscamente Revilla fue despedido y reemplazado por Maggie Rowe, una pelirroja pecosa y regordeta.

II

Aquella noche había fiesta en la Legación de Venezuela. Miss Ayres llegó luciendo sus níveas espaldas, la garganta ceñida por un collar de turquesas. Roberto Castrebil refería precipitadamente anécdotas de su vida a orillas del Bósforo y en París y en Viena, y hablaba de su villa a orillas de otro río, llena de flores, y de sus vajillas antiguas.

A la misma hora, con las piernas descolgadas por la muralla, Darío Alfonzo contemplaba la noche. Espiaba la noche con ojos taciturnos.

Don Paco reúne en sus salones a Miss Ayres y a la señora Rosalén. También una célebre escritora, Teresa de la Parra.

—¿Cree usted que se puede matar amando? —preguntó Miss Ayres al oído de don Paco, envolviéndolo con su mirada azul de estío.

—¡Claro! Es lo más natural. Todos los dramas pasionales, o por lo menos casi todos, son obra del amor.

Don Paco buscaba en su memoria algún caso de Shakespeare.

Y Jacobo Daza decía a Castrebil, mientras encendía un cigarrillo y salía al vestíbulo a tomar un poco el fresco:

—¡Qué raro! ¿Ha visto usted el collar de Miss Ayres? Las piedras parecen rojas. Bailando con ella he creído ver un destello de sangre en su cuello.

El ministro Reveur penetró en el salón y su paso tardo denunciaba la edad del decano, a pesar de sus cabellos negros. Era la suya una quijada corta y pronunciada, de una sonrisa que trataba de ser amable, proa de una cólera permanente disuelta en la piel. Acababa de saber por los diarios de la tarde que el gobierno había elevado el arancel para las curtiembres de su país y ya redondeaba párrafos muy convincentes para su nota acerca de la injusticia e inutilidad de esa medida. Precisa-

mente, el ministro de relaciones estaba allí, al fondo, hundido en dulce bienestar, cerca de una mesa llena de rosas y de la cual emergía una luz suave.

El ministro Reveur saludaba. A su encuentro vino la señora Clara Bache, colega de su marido, redactora de sociales en el diario *La Voz*.

—Encantado.

—¿Y Clarucha? —preguntó con gesto de sumisión sonriente. Era el diminutivo de la señora Reveur.

—Aunque se encuentra aquí está indispuesta y he venido a buscarla.

—¡Ah, tres noticias!

Los danzantes los envolvieron y quedaron apartados un instante. La señora Bache tomaba a prisa sus notas: "Su excelencia, el muy culto y popular ministro que disfruta de tanta simpatía, admiración y cariño en esta sociedad... Sus fiestas son únicas, exquisitas".

Pero Reveur estaba sepultado bajo el peso de aquella noticia de los aranceles. Apenas reparaba en la fiesta. Se había detenido ante el ministro de relaciones que permanecía indiferente, absorto, sordo a las insinuaciones. Era un fracaso inevitable. Entonces surgió una sombra cerca de él: Crisanto González, agregado a la legación. Reveur decía siempre: "mi secretario", "mi agregado", con la desesperación del secretario Juan Luque. En aquel momento el agregado se moría de pesar. Comprendía la honda tragedia que vivía el ministro.

—Es preciso poner un cable ahora —le dijo con voz apagada, casi tenebrosa.

La señora Rosalén, clara y matinal, propuso jugar *bridge*. No había cartas. El caso no estaba previsto. Don Paco se inclinó, le ofreció organizar una partida. Ella misma podía hacer las invitaciones. Matilde era un tipo de belleza que impresionaba a don Paco. La señora Reveur manifestó el deseo de ver a su marido y el doctor Wendano se encargó de conducirla. Miss Ayres entonces abandonó la fiesta, a pesar de los ruegos de don Paco:

No hemos podido hablar —le suplicaba mientras retenía sus manos entre las suyas. con fervor y delicia.

Pero Miss Ayres permaneció sorda a sus ruegos. Debía partir —afirmaba con una siniestra sonrisa.

Miss Ayres tomó su pequeño auto y se deslizó por las avenidas solitarias de Bella Vista. Solamente las luces del club Miramar permanecían encendidas. Las notas de un vals se perdían en la noche.

Bache R. se retiró hacia las tres para escribir la reseña, según manifestó, aun cuando la tenía en la forma desde la víspera. En la puerta,

don Paco, sin soltar el tomo de sus obras completas y su vaso de whisky, repetía incesantemente, según costumbre:

—La gente decente no duerme de noche. ¿Quién ha dicho que la noche se hizo para dormir?

Cuando los últimos invitados se despidieron, don Paco quiso tomar aire, pidió su auto y montó con Jacobo Daza y Juan Luque. Don Paco ordenó seguir a Panamá la Vieja. Amanecía. Espesos vapores envolvían la torre cubierta de musgo. De los copeyes centenarios caían gruesas gotas. Rocío. Extendíase un mar plomizo. Pasaban autos con cabaretistas y gente del club Unión y a lo lejos se oía un aire de rumba:

—Manisero me voy... Me voy... me voooy!

III

La torre descollaba entre malezas. En torno de ella giraba el drama de dos razas ante otras dos que habían conservado su actitud resignada de espectadoras y esclavas. Se habían dejado apartar sumisas y perduraba en ellas la tristeza y el dolor de la derrota. Dos ojos azules centelleaban en la espesura. Reflejo de lanzas doradas que señalan uno de los capítulos iniciales de la lucha. Morgan había concluido por vencer a don Juan Pérez de Guzmán, gobernador de Panamá en el mes de enero de 1671. A través de los siglos había empleado medios distintos y allí sonreía con los brazos cruzados, en los dedos el talismán terrible. Lo sucedido era apenas peripecias de la gran lucha.

Un grupo había penetrado en el recinto de la torre. Un grito agudo, afilado, partió como una saeta vibrante. Con la cabeza apoyada en una piedra estaba el cadáver de un hombre rubio. Tenía una herida profunda en el pecho y con la mano derecha sostenía una pistola. Una luz densa y lúgubre penetraba en la torre. Había allí un olor de humedad, de silencio y de siglos. El alba era turbia. Comienzo de un día gris, de invierno, de calmas abrasadoras.

Se trataba de Francis Lowe, de veintinueve años, de profesión desconocida y con pocos días de residencia en Panamá. Se hacían diversas conjeturas. Se habló de Miss Ayres en voz baja, pero nadie osaba pronunciar su nombre. Ella vestía de luto. El *Sur América,* sin mencionarla, se refirió a una elegante dama que lo acompañaba a menudo. Los diarios de oposición dieron una copiosa información gráfica y trajeron a cuento rumores tendenciosos, publicados días antes, en relación con ciertos trabajos secretos de la compañía inglesa de minas que operaba en el Darién. Prometieron además sensacionales revelaciones. El periodista Juan Callejas afirmó, en su columna del *Sur América,* que se trataba

sencillamente de un crimen político cuyo esclarecimiento era difícil, dadas las circunstancias misteriosas que lo rodeaban. Insinuaba que debía interrogarse a los amigos íntimos de Lowe. Por esta acusación recibió Callejas muchas felicitaciones. Sin embargo, excepción hecha de la herida y de una desgarradura en el dedo anular izquierdo, el cadáver no presentaba signo alguno de violencia ni lo habían despojado de su dinero. Un chofer de plaza lo identificó como el de un pasajero que esa noche, poco después de las once, se hizo conducir a Panamá la Vieja, desde la Avenida Central y una vez allí lo despidió con dos dólares de propina. Se ordenó la detención de varios sospechosos. La policía cumplió esta orden reduciendo a prisión a vagabundos y gentes sin oficio; hambrientos que dormían en las plazas públicas. La legación inglesa mantuvo la más discreta reserva. Pasaron los días. Se dio libertad a los sospechosos. El cadáver fue enterrado secretamente. Otro asunto solicitaba la atención pública: la llegada de Silvestre Bergamota, escritor panfletista, compatriota de Castrebil y de Garibaldo. Los diarios le dirigieron pomposos saludos: "Alta cumbre de la intelectualidad americana, etc.". En seguida Bergamota anunció una conferencia. El ministro de instrucción, a pesar de las protestas de Castrebil, fue a visitarlo. En la cantina del Hotel Central se veía a un hombre gordo, atezado, enfático, de ancho sombrero y miradas algo duras: era Bergamota. Por iniciativa de Bache y Callejas, los intelectuales le ofrecieron un banquete. El doctor Wendano le envió su libro, cuyo elogio hizo Bergamota en carta pública después de visitar la clínica donde se informó de los trabajos de Wendano, incluso de sus auxilios monetarios y de sus aspiraciones políticas. Bergamota propuso fundar "un partido de acción conjunta interamericana". "Este partido —aseguraba— viene a renovar la alianza de los hombres de vanguardia frente a las deformes y cavernarias tendencias de los déspotas tropicales". Era la muestra de un estilo de los Bergamota grandes y chicos.

Castrebil comenzó a pasar días angustiosos. Agasajó con una comida al ministro de relaciones y trabajó ardientemente por obtener la expulsión de Bergamota. Se cambiaron discursos muy cordiales. No obstante las promesas de Bache en el sentido de valerse de su influencia con Bergamota a fin de que éste no hiciese alusiones personales, Bergamota publicó un artículo en el cual, después de llamar a Castrebil ex vendedor de carbón, lacayo y cazador de dotes de vieja, aseguraba que la caída del tirano Chía estaba próxima y entonces comenzaría una época de justicia y bienestar para su país y el mundo entero.

A la conferencia dictada en el Instituto asistió, aunque de incógnito, todo el cuerpo diplomático, con excepción de Castrebil. Después de la

conferencia, en la cual oyó ovaciones furiosas, más de cinco mil personas intentaron desfilar ante la legación de Chía dando mueras a Castrebil y a su gobierno. La legación estaba fuertemente custodiada por un piquete de policía montada, lo mismo que la de Venezuela, a la cual, según el programa, debían dirigirse después los manifestantes. La manifestación fue disuelta al llegar a la plaza Santa Ana. Por esto no pudieron pronunciar sus discursos el doctor Wendano y Nelson Guillén, que la encabezaban junto con Garibaldo, Cayetano Hernández y Manuel Segurola. Todos los emigrados organizaron una suscripción para rendir homenaje "al ilustre escritor y panfletario".

Don Paco, al saber de las actividades de sus compatriotas en el sentido de provocar a Bergamota en contra suya, se había fingido enfermo. Bache le informaba extensamente de todo. Don Paco sufría de bronquitis. Hacía chistes a costa de las frases en boga que causaban hilaridad a Bache:

—¿Qué significa eso de ideas avanzadas? ¿Dónde están esas legiones? ¡En vez de dedicarse a vivir bien! ¿No le parece?

El cuerpo diplomático adoptó la más fría reserva, particularmente Reveur quien temía las mismas provocaciones. Ante la indignación de Castrebil, que al verse abandonado mordía su pañuelo, lleno de ira y despecho, sus colegas permanecían impasibles, graves, sonrientes, correctos. Las publicaciones de Bergamota acerca de las actividades de Castrebil antes de ingresar en la carrera diplomática produjeron un efecto desastroso. Pablo Revilla decía ante los contertulios de la plaza Central:

—Toda esta gente lo que menos perdona a Castrebil es que haya trabajado. Bergamota lo sabe y lo acusa de trabajar, como de una infamia. En eso estamos aún como en el siglo XVI. Y lo más curioso es que a casi todos ellos les ha ocurrido lo mismo. Fue en esos momentos aflictivos cuando Castrebil visitó a don Paco, con la mira de encontrar apoyo en sus consejos y amistad. Don Paco lo recibió hacia las seis de la tarde. Habló de sus obras completas, de su bronquitis, de las últimas murmuraciones. Castrebil oía sonriendo, echado hacia atrás, devotamente. Al fin, y en un descuido de don Paco, sacó del bolsillo la nota que pensaba dirigir al ministro de relaciones. Quería consultarle. Don Paco quizá podía darle un aviso fundado en su amistad y en su experiencia. Don Paco tomó su larga boquilla de marfil y encendió un cigarrillo. Miraba al techo hacia donde ascendían sus largas espirales de humo. Castrebil, con voz trémula, comenzó a leer: "Señor Ministro: Tengo el honor de dirigirme a V.E...." La última luz del día se filtraba a través de los vidrios cerrados de la habitación que servía como despacho a don Paco. De su boca oscura, sin dientes, el humo salía lentamente. La luz ardió en el

globo sonrosado. Cuando Castrebil terminó la lectura de su nota, en la cual, a vuelta de varios párrafos, insinuaba la conveniencia de que no continuasen ciertas manifestaciones susceptibles de menoscabar, siquiera fuera en ciertos sectores de la opinión, la buena inteligencia que reinaba y había reinado siempre entre los dos países y que, a la postre, resultaban desdorosas para una nación amiga. Don Paco se extendió en largas consideraciones sobre la envidia que en sujetos como Bergamota producía el hecho de que otros llevasen buena vida, vistiesen bien y no tuvieran necesidad de dinero. Y habló también de la tolerancia con que debían verse esos sujetos arrastrados a tales excesos por su condición y bajos instintos. Bergamota tiene que odiar a Chía —continuó con voz reposada—. Este es un hombre decente que usa sombrero de copa, ama las mujeres y las carreras de caballos, y Bergamota sabe muy bien que él no puede entrar a un salón ni sabe hablar a una mujer bonita. De ahí que se desate en improperios contra todo el mundo. En Venezuela hay muchos Bergamota —añadió— y otros tantos andan por el exterior.

Castrebil oyó esto encantado. Por un momento olvidó sus amarguras; pero ante todo quería oír la opinión contreta de don Paco, a quien llamó hombre de talento y de raros prestigios en el cuerpo diplomático. Don Paco continuaba fumando. Pidió whisky y extendióse en el sofá. El criado trajo una botella con dos copas y varias botellas de soda. Luego habló de Miss Ayres y de sus aventuras galantes en las capitales de Sur América. Pero ninguna —afirmó— de las que he conocido es tan bella como Miss Ayres. Se vació la botella de whisky. La boquilla de marfil humeaba largamente. Castrebil vio su reloj pulsera. Todo era afectado en Castrebil. Dieron las ocho. Castrebil rendido se levantó. Don Paco lo acompañó hasta la puerta:

—¡La nota está magnífica! —dijo al fin don Paco sonriendo.

Y a la misma hora, en el despacho de su clínica, el doctor Wendano leía la carta en la cual Bergamota solicitaba en calidad de préstamo la cantidad de cien dólares, contribución que requería para la "obra común". Y el doctor Wendano, más pálido que de costumbre y sacudido por un temblor norvioso, leía aquellos párrafos donde Bergamota le llamaba: "querido colega y hermano en ideales".

Aconsejado por Daza, Castrebil no envió la nota e insinuó una acción conjunta del cuerpo diplomático ante la cancillería a fin de hacer callar a Bergamota. Este continuaba recibiendo agasajos. Carlos Rusián le ofreció una comida íntima con el único propósito de oír a Bergamota injuriar a Castrebil y ridiculizarlo. Bache R, sin atreverse a dejar del todo sus deberes de cronista social, y pensando que ante todo él también era un revolucionario, había trabado amistad íntima con el "insigne hués-

ped". Al conocer el proyecto de acción diplomática ante la cancillería, Reveur, el decano, se había declarado enfermo. "Sepan los señores diplomáticos —escribía Juan Callejas, columnista del *Sur América*— que en nuestro país rigen todavía intactos los derechos que suponen la libertad de pensar". Bergamota paseaba la ciudad escoltado por Argote, Cayetano Hernández y Napoleón Patiño, quien se titulaba secretario particular de Bergamota, jefe del nuevo partido agrosocial, etc. A las once, en la cantina del Hotel Central, se le veía rodeado de admiradores, sorbiendo lentamente su whisky, y por la tarde en la puerta de la oficina de Horacio Castrillón, frente a la plaza Santa Ana.

Castrebil, para demostrar su celo a la cancillería de su país, publicó entonces una rectificación a las aseveraciones de Bergamota, las cuales calificaba todas de falsedades inauditas. Y decía: "El pueblo sano, el pueblo que trabaja, las fuerzas vivas, rechazarán siempre enérgicamente calumnias semejantes. El presidente Chía es un gran hombre y sus enemigos unos miserables. Las aseveraciones publicadas en estos días por un escritor desconocido carecen de importancia y están muy lejos de perjudicar a mi gobierno sólidamente establecido, gobierno emanado de la voluntad popular. El presidente Chía, quien goza de la confianza del país, mantiene el orden. Además, ningún otro país de América dispone de un crédito más firme y mayores reservas de oro". (Estas declaraciones las hacían por turno Reveur, Daza, Rusián, Castrebil, etc. Don Paco las hacía verbalmente para no comprometerse).

Contestó Cayetano Hernández "en nombre de los pueblos libres de América", manifestando que lo hacía sin atender a las indicaciones del ilustre Bergamota, desdeñoso de semejantes provocaciones. "La púrpura de los déspotas —terminaba— será pronto destrozada en todo el ámbito de América y la justicia más sangrienta cicatrizará las úlceras abiertas en los pueblos por la tiranía".

Bergamota estaba organizando su propaganda con miras a una campaña electoral futura y había prometido su ayuda a Wendano en el caso de llegar al poder. Esto valió a Bergamota el apoyo incondicional de Wendano, cuyas entradas en esos días le permitían algunas erogaciones. Pero Wendano exigía un ataque formal contra el gobierno de Venezuela. Hasta entonces Bergamota se había contentado con ciertas vagas alusiones. Urgido, al fin, prometió hacerlo. Manapocos también se lo exigía en una elocuente carta y le prometía ir a reunírsele en breve.

Fue entonces cuando Bache prestó un servicio invalorable a don Paco. El y Bergamota iban juntos por la Avenida Central. Don Paco, camino del "cabaret", se había detenido y contemplaba la exhibición de una vidriera en *La Galera de Tiberio.*

—¡Don Paco! —gritó Bache con emoción.

—¿Qué hay, pues?

Entraron juntos al *Metrópole*. El salón estaba desierto. Don Paco pidió una cena fría, rociada con cerveza, y después una botella de whisky. Habló de la falta de tacto de Castrebil, de la vida, de las mujeres. Con el vestido blanco resaltaba el aceitunado rostro de don Paco.

—¿Se nos va usted entonces? —preguntó dirigiéndose a Bergamota—. ¿No cree usted que puede acompañarnos unos días más? Los espíritus como el suyo deben estar siempre con nosotros.

Rápidamente vaciaron la botella y don Paco pidió otra.

—Yo también en otras épocas —continuó— fui panfletario y todavía amo las rebeldías. Pero, ¿que quiere usted, amigo mío? Envejece uno esperando la hora de la rebelión y no llega y nos sorprenden los años en una actitud muy distinta.

—La rebelión es una cosa relativa —afirmó entonces Bergamota—. Se nace rebelde y se sigue siendo a través de la vida, muchas veces hasta en contradicción con la actitud que hemos adoptado. Pero es un deber señalar la ruta, sobre todo cuando nos hemos ido a situar en los puestos de avanzada.

Hablaron de Zola y de Oscar Wilde, a quien don Paco profesaba gran admiración. Don Paco se llevaba a la boca una tajada de jamón y se apresuró a ofrecer la bandeja a Bergamota. Bache le hizo una señal. Determinaron irse a la Sabana, donde se hallaban lugares más discretos. Don Paco ordenó al chofer conducirlos a *La Gruta Azul*. Hacia la madrugada, Bergamota hizo un signo a Bache y éste se tanteó los bosillos del chaleco. Don Paco alargó por debajo de la mesa un billete de diez dólares y tropezó con las manos de Bergamota que le apretó fuertemente las suyas. Los ojos de Bergamota expresaban en aquel momento cierta blanda ternura.

Entretanto Castrebil, solemne como nunca, se dispuso a celebrar la fiesta de su patria. Banderas. Visita del ministro de relaciones exteriores. A las once y media la colonia, a las cinco el cuerpo diplomático. Todos los colegas estaban presentes. El retrato de Chía, resplandeciente de luces, en medio de un trofeo. Castrebil repartía sonrisas y apretones de mano, se inclinaba y hacía profundas reverencias, cuando vio cerca de él a un hombre encogido, de grandes zapatones. Amedrentado, sin hallar qué hacer, permanecía inmóvil y apretujaba el sombrero y le daba vueltas entre las manos. Era un agricultor, compatriota de Castrebil, con el aspecto de los que abandonan la clínica y llevan en las facciones demacradas las huellas del carácter recio y de las torturas recientes. El hombre tendió la mano y Castrebil con las suyas entre los bolsillos,

irreprochable, enfático, manifestó que la hora de recibir a los "nacionales" había pasado. El hombre volvióse seguido por una curiosidad desdeñosa. Sonreíase don Paco, mientras agitaba con la punta del dedo meñique su copa de campaña. El rústico se detuvo en el vestíbulo a escuchar el himno nacional. Aquellas notas le representaban sus tierras, sus años de labor, sus hijos, la infancia lejana, el pasado y también lo que no comprendía. Y tenía los ojos húmedos. Hasta él llegaba un rumor de cristal y de fiesta. Un portero le hizo salir hasta la calle.

Aquella noche Castrebil comunicaba a Chía los detalles de la celebración. "Se había exteriorizado —afirmaba en su despacho— las simpatías y la admiración sin límites que rodeaban su nombre".

Pero esta vez Bergamota fue oportuno. Los diarios anunciaron casi simultáneamente el descenso de la moneda, la quiebra de los bancos y después la rebelión de un ejército en el imperio de Chía. El péndulo gigantesco oscilaba de oriente a occidente. Se derrumbaban las grandes combinaciones internacionales; los *trusts* gigantescos se hundían con estrépito y destrozaban el corazón de los Castrebil. El más sorpendido por los acontecimientos fue el propio Bergamota. Castrebil se apresuró a desmentir las noticias, obra de facciosos y enemigos del orden. Al mediodía llegaba un cable anunciando la renuncia de Chía y el advenimiento del coronel Monjaloto. El nuevo tirano fue aclamado con gran júbilo. Los diarios que el día anterior hablaban tan altamente de "la labor de Castrebil" y de S. E. el general Chía, saludaban la rebelión de Monjaloto. Con la misma pluma que escribió la reseña de la recepción de Castrebil, Carlos Bache R. trazaba párrafos exaltados: "La victoria de Monjaloto es la necesaria consecuencia de la actitud que nosotros, las mentes libres, sustentamos siempre para honor del continente".

Y unos días más tarde, Castrebil, después de realizar a bajos precios su auto y sus muebles, subía a un vapor de la *Grace* en los muelles de Balboa. La señora Castrebil llevaba un ramo de rosas y al subir la escala del buque se detuvo y pudieron verse sus ojos llenos de lágrimas. Pañuelos. Amigos que se apretujan y tienden la mano. Reveur se abstuvo de concurrir al muelle. De repente, Castrebil perdió su solemnidad y mordió el pañuelo con desesperación. Un baúl suyo, precisamente el baúl de las condecoraciones, había caído al mar. La gran cruz de Fusagasugá, el sol del reino de la Manigua, la estrella de Palenque y la más preciada entre todas, la gran cruz de la orden de Capricornio; todas las medallas, todas las placas que constelaban su uniforme yacían por siempre en el fondo del mar. Ronca sonó la sirena. Suspendieron las escalas. En el mismo vapor viajaba Bergamota. Nelson Guillén y Teodorico Garibaldo habían salido en otro buque.

Agitáronse en el aire muchos pañuelos. Don Paco invitó a Daza y a Rusián a tomar su whisky, pero Rosalén se empeñó en llevárselos a su residencia de la Exposición acabada de construir.

—¡El pobre Castrebil! —exclamó Daza mientras el auto cruzaba Balboa hacia Panamá. La ciudad apareció extendida sobre el golfo, frente a las islas perdidas en su azul de tintes purpúreos. Y los tres murmuraron:

—¡El pobre!

IV

Agosto. Invierno fuerte. Inesperadamente las noches se hacen claras y ardientes. *La Galera de Tiberio* cerró sus puertas. Se remataron las existencias. Una de aquellas noches me llamó Miss Ayres. Salía al día siguiente, en el *Orbita,* para Nueva York, vía La Habana. Deseaba la acompañase a dar una vuelta. Estaba cansada. Padecía insomnios. Alice guió hacia Panamá la Vieja. Cruzamos la ciudad y la carretera que conduce a las Sabanas. Un olor a tierra húmeda nos daba en el rostro. Yo veía arder en sus dedos una piedra color de fuego. Miss Ayres se detuvo frente al mar, cerca del antiguo apostadero de naves. Después quiso penetrar en la torre. Un murciélago salió a nuestro encuentro cortando la noche con su vuelo silencioso. De pronto Mis Ayres se detuvo y dobló su bella cabeza con un movimiento de abandono repentino y extraño en ella. Traté de sostenerla y retiré la mano llena de lágrimas. Dio unos pasos y se apoyó contra el muro. La noche penetraba en la torre y la envolvía. Arriba podían verse las constelaciones. Entonces comenzó a balbucir un relato, y no sé por qué me pareció muy natural oírlo de sus labios. Había sido ella, es decir, había sido Darío Alfonzo. Batía una fuerte marejada y el viento se llevaba las palabras. Chillaban los murciélagos en los maderos carcomidos de los ventanales hoscos y mudos. Alfonzo acechaba en la oscuridad y mientras ellos juntaban sus labios ocurrió lo inevitable. Un placer, una voluptuosidad desconocida la rendía. Quería impedirlo, pero —Miss Ayres no quería olvidar nada— era ya tarde. No podía articular palabra. El contorno de las cosas se desvanecía. Fuertemente estrechada contra su pecho, creía precipitarse con él en un abismo insondable que los atraía para hacer inseparable aquel abrazo. La idea de que él ya no sería, de que aquel minuto de ella sola se detenía, se volvía eterno, la asaltaba con el poder de un goce inexpresable. El placer y el dolor paralizaron sus palabras. Me obligó a seguirla entre los escombros. Buscó en la oscuridad y la vi inclinarse sobre una piedra e imprimir en ella sus labios. De pronto se contuvo. Vaciló al levantarse

y la sentía más pálida. El ardiente anillo fulgía en sus dedos y contrastaba con la mirada azul de Miss Ayres. Allí cerca estaba alguien. Pero no era Francis.

—No es preciso creer en fantasmas —murmuré. Pero Miss Ayres no quería levantarse y yo me sentía contagiado de aquel terror súbito. Al fin pude arrancarla de aquel sitio. La compadecía sinceramente. Ya dentro del auto y pasados los primeros momentos me atreví a decirle:

—¡Hermosa piedra lleva usted esta noche, Alice!

—¡Ah! —dijo volviendo en sí con una sonrisa en la cual se vertían sus lágrimas recientes—. Es un anillo muy antiguo y tiene una rara leyenda. Era de Francis. Se lo quité esa misma noche. Era un hombre fuerte Francis. ¿sabe? Se lo vi por primera vez en la terraza del Club Unión una noche de baile. Fue precisamente don Paco quien me hizo notar el destello de la piedra, y hacia el amanecer, cuando los camareros se disponían a conducirlo a su auto, me confesó que Francis había querido confiárselo en depósito. Pero don Paco no aceptó. Desde entonces el anillo fue para mí una obsesión.

—¡Ah, si hubiera sido a mí! —exclamé sin poder contenerme, mientras cruzábamos el Puente del Rey.

Ella me miró como sorprendida de que yo abrigase semejante deseo. Luego se encogió de hombros y encendió un cigarrillo. Continuamos en silencio. Miss Ayres tenía dos almas y yo —ella lo sabía— era incapaz de revelar su secreto.

—Temo mucho, Alice —dije al fin—, que ese anillo habrá de correr aún otras aventuras. Presiento que va a estar largo tiempo en poder de algún desconocido, alguién que empezamos a conocer ahora ¿no cree usted?

Pero en aquel momento el auto se detenía ante la puerta de Miss Ayres y quitando las llaves decía apresuradamente:

—Hablaremos mañana, Silvela. Es tarde. Me duele la cabeza.

Aquella misma noche acaeció el dramático suceso de Darío Alfonzo.

El chino Li Foo, propietario de una tienda de abarrotes en la avenida "A", encendía su pipa y tendíase a descansar con la ventana aiberta, por la cual podía contemplar la noche y también lo que ocurría en el cuarto de enfrente, habitado desde hacía poco por el inquilino Darío Alfonzo. Cada noche Li Foo agradecía a Dios de todo corazón haberle deparado aquel día, pues su raza era odiada y perseguida y su experiencia le confirmaba en la idea de que cuanto se le hace a un chino es fácilmente disculpable. Li Foo había llegado al Istmo metido en una caja desde Shangai, gracias al dinero remitido por su hermano, mediante un crecido interés. Diez años le había servido sin tener otra voluntad que

la de su acreedor. Después obtuvo un nuevo crédito para fundar aquel establecimiento, donde trabajaba desde hacía cinco años, sometido a todas las privaciones hasta pagar el último centavo. Así había conquistado Li Foo su derecho a la vida sin olvidar nunca su Asia, donde su alma había sido arrojada para tomar forma en la simiente humana. Y por la noche trataba de no recordar sus inquietudes, pues cada día aumentaba la persecución contra él y los suyos. Hasta él llegaba el tumulto de la barriada populosa y las canciones que las vitrolas de las cantinas arrojaban a la calle. Hacía calor y las estrellas tenían un resplandor rojizo.

A esa hora Darío Alfonzo subía trabajosamente la escalera de su habitación situada encima de la tienda de abarrotes del chino Li Foo. Una bruma de alcohol se interponía en sus ojos y el mundo exterior reunía en su cerebro imágenes dispersas. Escenas de bajos fondos, entre marinos beodos y meretrices. Y aun creía ver un alba turbia, comienzo de un día gris, sobre la torre cubierta de vegetación como un túmulo de Ruinas. La vieja torre cubría el cuerpo del inglés Francis Lowe asesinado por él, descendiente de judíos españoles. Durante varios días se vio a Darío Alfonzo errar por los *grounds,* seguido de lejos por los guardias, tratando inútilmente de ver a Miss Ayres, y aun se arriesgó a franquear los límites de la Zona, de donde había sido expulsado días antes. Desprendíase de los jardines un olor de reseda, heliotropos y damas de noche. Cierto mensajero le manifestó que era inútil volver y entregándole una cantidad de dinero le hizo ciertas alusiones a los hombres de cabeza rapada, vestidos de azul, que trabajan en la Zona bajo un sol abrasador y la vigilancia de los guardias con bayoneta calada. El odio y la muerte penetraban en el corazón de Darío y sentíase doblemente despojado y traicionado, aun cuando de antemano sabía muy bien que el final de todo sería aquello. La luz filtrábase por la madera carcomida de la ventana y en sus manos humeaba el "kanyac", que enardecía y enervaba su espíritu. Volvían a flotar en torno suyo visiones dulces y halagadoras. El "kanyac" exalta y después enloquece. En una mesa veíase el dinero recibido de Miss Ayres, y cuando su mirada tropezaba con los billetes, Darío Alfonzo sentíase empujado en el vacío.

La vida lleva consigo la muerte. La vida elige a veces para sus fines burlescos y trágicos la imagen más encantadora. Darío Alfonzo podría conocer esto ahora tan bien como mucho antes, cuando voces oscuras, surgidas de su conciencia, se lo advertían. Un tango mezclaba su aire sentimental a los ruidos de la calle; su congoja de ausencias y cielos estrellados. Darío Alfonzo tomó una cuerda de su hamaca, la sujetó a una viga del techo, arrimó una silla y se pasó el lazo por el cuello. Su último pensamiento fue para Miss Ayres.

Y el chino Li Foo veía sonriente los preparativos de Alfonzo. Lo vio quitarse el saco, subir a la silla y entremecerse con una horrible mueca. Levantóse y se puso en cuclillas. Su rostro amarillo reía en la oscuridad, donde se percibía el reflejo de su pipa que derramaba en su cuerpo aquel sueño pródigo en deleites. Sus párpados se entornaban y se abrían pesadamente. Cría elevarse de la tierra y flotar en el espacio como un ser etéreo que tuviese poder para gobernar los astros. El hombre colgado se balanceaba en el cuarto de enfrente como un monstruo que él, Li Foo, hubiese muerto para gozar a sus anchas de las delicias de un país encantado y remoto. La expresión feroz y la sonrisa que después esparció por su semblante reflejaron perfectamente estas emociones.

Los diarios refirieron la muerte de Darío Alfonzo como el final necesario y el drama cotidiano en la vida de un "desocupado".

Pablo Revilla volvía por la tarde al cuarto de Conchita Torres. Allí estaba Ernestina. Conchita regresaba muy tarde. Andrómaca, la madre de Conchita Torres, siempre afligida y gimoteando, salía a su encuentro, lamentándose de la vida.

Ernestina y Pablo pasaban la tarde junto al pequeño Raúl. Entraba el crépusculo y teñía las cosas de un color triste y vago. A esa hora se precisan mejor las imágenes pasadas. En los primeros días separábanse en silencio, sin atreverse a la menor palabra y Ernestina franqueaba un límite que señalaba una vida distinta y la separaba de aquel hombre. Luego Pablo suprimió aquel instante, cuando hizo entrar a Ernestina como empleada de una venta de soda y después en un comercio de ferretería. Pablo le comunicó este proyecto en momentos en que ella zurcía las pobres ropas del pequeño Raúl. El cuarto se poblaba de sombras y así las palabras parecían pronunciadas en secreto. Una suave alegría invadía el corazón de Ernestina, pero la sombra se volvía más espesa y no dejaba ver la expresión de su rostro. Pablo se empleaba en los más diversos menesteres. Pintaba fachadas, cobraba recibos de imprenta, escribía propaganda de cine. En ocasiones, tuvo de ayudante a Remigio López Franco.

—¡Hace un fresco magno! Quisiera ver aquí al doctor Mansueto, nuestro inolvidable profesor de Derecho canónico.

Daban las doce. Sonaban las campanas coloniales de la iglesia de Santa Ana. Merendaban en un almorzadero vecino. Seguían el movimiento de la fonda pringosa. Obreros, en mangas de camisa, de pie ante los mostradores. Mujeres grasientas sofocadas por el calor de los anafres. Mulatas recién bañadas en las terrazas vecinas. Olor de pescado y aceite. Desde su mesa, Franco y Revilla contemplaban la calle que comienza

a perder su soledad a golpe de una. Hay un vacío horrible en todo eso que vive y es indiferente a las preocupaciones de un desterrado. Revilla hablaba a veces a Franco de sus ideas, de ciertas ondas que atravesaban el continente de un extremo a otro.

Ahora, muchas veces, Ernestina y Pablo iban juntos por los malecones a disfrutar de las tardes y las noches cálidas. Caminaba en silencio, pues a esa hora su pensamiento se posaba sobre el mundo y en el destino del hombre, temas amados y predilectos de su corazón. El mar arrojaba a sus pies la perezosa intimidad de la tarde. A esa hora la tierra se ofrece en todo su encanto y Pablo trazaba en su imaginación planes vastos, que sólo podían realizarse allá en las inmensas soledades con la colaboración y la voluntad de miles de hombres. Muchas veces sorprendíase de hallarse con Ernestina ante la puerta de su casa. Ernestina respetaba aquel silencio. Era también el momento de su ternura y de su dicha y desaba qeu aquel silencio no concluyese nunca. Su intuición, abriéndose paso, le había hecho revelaciones deslumbradoras. Sabía ahora que para amar es preciso ante todo seer digno de ello. Luego, Pablo seguía hasta su habitación, un cuarto de tablas, en Calidona. Cuando Ernestina se veía sola creía encontrar su pasado involuntario. El día en que el pequeño Raúl comenzó a conocerlos fue de felicidad para ellos.

Conchita llegaba siempre tarde. Entonces Andrómaca refería los cuidados de Ernestina, lo cual indignaba a Conchita. Veía en todo eso un reproche, una reprensión intolerable y prorrumpía en injurias contra Ernestina y Pablo. Pablo y Ernestina vivían en concubinato descarado. Andrómaca en vano trataba de calmarla, pero entonces la ira de Conchita se volvía contra ella, llamándola indecente y alcahueta. Después, Conchita lloraba desaforadamente.

Una tarde doña Andrómaca recibió a Pablo Revilla, alborotada y llorosa. Luego repitió la escena ante Ernestina. Conchita había partido para La Habana. Antes de salir besó al pequeño Raúl, reecomendándolo mucho a ella y a sus amigos. Llevaba algún dinero y una recomendación de don Paco para las autoridades de inmigración.

V

Por la reja de cristales que da sobre la Avenida de la Exposición entra un sol de cinco de la tarde. La señora Rosalén recibe. Mes claro de noviembre con un Pacífico desvaído en el que se inicia el verano. Pronto los árboles estarán amarillos y por las plazoletas blancas de enfermeras y lectoras, las hojas rodarán como yertas en la gran luz del trópico. Vuelan aviones sobre Balboa. 1930 languidece.

El reloj, un reloj dorado sostenido por cuatro columnas, dio la hora. El sonido argentino y acompasado hizo callar a todos.

—Noviembre. Ya este año se acaba. Los años corren ahora más de prisa —dice mientras se abanica la señora Rosalén—. Tiene en la frente un mechón gris y los ojos acariciadores, aureolados todavía con la magia de la juventud lejana.

—A medida que envejecemos, los años se hacen más cortos —dice otra dama de cabellos blancos. Y un silencio espeso se interpone con aquella evocación inoportuna.

La señora Rosalén recuerda sus tardes en el Japón y su amistad con el emperador, entonces príncipe heredero. Los espléndidos jarrones que adornan el salón son de las fábricas de Kyoto, un presente de Su Alteza. Se habla de viajes, hoteles y fiestas suntuosas. Los cristales se tiñen de rojo. Lentamente las sombras invaden el salón y se encienden las luces tamizadas con pantallas color malva de grandes flores y pájaros. Comenzaron a instalar las mesas de *bridge*.

Don Paco, entonces, siguió a la señora Rosalén por la terraza. Una estrellita ardía en un cielo radiante. Los ojos de la señora Rosalén devoraban aquel punto pálido.

—Yo veo, señora, que usted gusta de los astros, pero ¿ha pensado alguna vez en esos análisis que los sabios hacen de esos astros? Los astros son bellos como las mujeres, usted, por ejemplo, y a nadie se le ocurre examinar en esa forma a una mujer. Al menos yo no podría.

—Ya se ve, don Paco, que usted es un hombre de talento —repuso la señora Rosalén, al mismo tiempo que lo miraba con sus ojos serenos y una sonrisa encantadora.

La brisa alborotaba sus cabellos tachonados por un mechón, gris. Era la hora propicia en que las almas se buscan y los recuerdos tratan de revivir y vuelven a hundirse en las penumbras de la conciencia. Desde la terraza se contemplaba el mar, un mar ceniciento, orlado de espuma. La ciudad se extendía sobre el golfo y la masa oscura, el tope de las construcciones —chimeneas, terrazas, techumbres— aparecía bañado de luz zodiacal.

La señora Rosalén quería que alguien escribiese para ella un bello libro. Don Paco Pensaba cuál podía ser el tema. Después se separó de él, para atender a sus otros invitados. Don Paco sentía necesidad de aire. Bajó las escaleras y atravesó el jardín fumando siempre en su boquilla de marfil mientras pensaba en el libro. Pensaba en Herr Camphausen, en Darío Alfonzo, en Revilla. Tomó su auto y fue hacia los muelles.

Submarinos que duermen sobre un mar negro rayado de luces. Acorazados con racimos humanos. Entre los rostros blancos, rostros morenos de ojos oblicuos. Asia. Toca la banda del *California*. La tripulación forma un anfiteatro de seis gradas. Se pasa una película: escenas de Chicago y Nueva York. Bandidos héroes y héroes bandidos con poderes secretos para burlar cacerías de polizontes, redadas de hombres en selvas de piedra. Hombres artificiales. Acuden las rubias mujeres para ayudar a los muchachos de la flota a pasar la velada alegremente. Cabelleras de fuego o de oros tiernos. Ojos violeta, de cristal, color de ámbar. Muchachas de la colonia que sienten el orgullo de la patria poderosa. Mujeres intrépidas, luminosas, cuyo encanto crece en la noche del trópico. Aman ante todo el valor, la audacia y la intrepidez en el hombre. Don Paco hace detener su auto para participar del espectáculo. Dos muchachas de mórbidas espaldas, una de negro, otra de rojo, se dirigen a un piano colocado en el centro. Cantan aires de Cuba y de Hawai, de las islas que se ofrecen al viajero deseosas de ser gratas como en los ritos de antiguas prostituciones. El viento consume las bujías que arden sobre el piano. La noche tibia, de estrellas muy abiertas, sin luna. Cantó un marinero, acompañándose de una trompeta, una vieja balada. Arriba la constelación de noviembre sonríe irónica. Un reflector cruza la noche y un avión se lanza a un reconocimiento.

A mediados de octubre, pocos días después de la partida de Conchita Torres, se publicaron las primeras noticias de la invasión de Robles al territorio de Venezuela. Se anunció la toma de la ciudad del Corozo, situada a pocos kilómetros de la ciudad de Caracas, según los despachos de Barranquilla. El doctor Wendano subió a bordo de un crucero americano e hizo, ante un almirante, declaraciones concluyentes sobre la revolución venezolana. Estas declaraciones fueron transmitidas por la *United Press*. La fotografía del doctor Wendano apareció en todos los diarios. Pronto el general Robles entraría en Caracas. Avanzaba su caballería a través de las llanuras. Las ciudades lo reciben alborozadas. El coronel Luis Argote —afirmaban las noticias— se había distinguido brillantemente en todas las acciones de guerra. Sobre el territorio de Venezuela se levantaba un resplandor de incendio. Un mensaje de Leandro César Manapocos anunciaba a los pueblos oprimidos que la hora estaba próxima. Wendano se apresuró a escribir a Nueva York, recordando al comité sus ofrecimientos. Debía ser nombrado ministro en Argentina para desarrollar "una campaña intelectual" y publicar su libro *Ideas sobre el arte,* y además cumplir la palabra dada a su esposa.

Por la mañana Pablo Revilla sentábase en la Plaza Central a leer los panfletos y cartas recibidas. No tenía trabajo. En los diarios —co-

mo en una pantalla— desfilan las multitudes que esperan y se oye el rumor de sus pasos. El gran péndulo oscila de oriente a occidente. Dan las doce. A esa hora los presidentes de las repúblicas suramericanas, que se sacrifican por la patria, celebran consejo o regresan de alguna ceremonia. Los escritores hacen propagandas nacionalistas y los diarios se alborozan publicando la lista de platos criollos que se consumen en la mesa de palacio. Gran progreso. La crisis aumenta. Los revolucionarios vociferan. En las torres suenan las viejas campanas coloniales. Pablo corrige ahora pruebas en la revista literaria *Voces,* del abogado Andrés Iglesias. Por la tarde se detiene en casa del pequeño Raúl. Después de la partida de Conchita, Ernestina vivía con Andrómaco en el cuarto de la calle 2. Por la noche, Pablo anota sus observaciones. Una mesa y una cama, algunos libros, componen todo el mobiliario de su habitación. La lluvia cae lentamente. Pablo escribe: "El pequeño Raúl es una imagen viva del pueblo de Venezuela. Como él, es inerme, inconsciente, duerme, llora, sonríe y tiende sus brazos a la vida. Esta imagen del niño es tan conmovedora porque se piensa siempre en que será un hombre. Y como a un niño hay que amar al pueblo, comprenderlo y tratarlo con un respeto casi sagrado. Hay que imprimirle ideas indelebles de dignidad, justicia, sinceridad y nobleza espiritual. El pueblo, como el niño, es el futuro". Y en el silencio de la noche se balanceaba el rumor de la lluvia.

En los primeros días de noviembre, Cayetano Hernández recibió una carta de Barranquilla, fechada en Pozo Bajo. Era de Argote y anunciaba la muerte de Félix Palma. Murió cuando efectuaban el primer ataque, al pasar la frontera, en el asalto de una ranchería. Los hombres del hato perteneciente al comisario del lugar conocían las incursiones de Robles y estaban preparados para defender su ganado. Había ya oscurecido. Félix Palma estaba impaciente por meterse pampa adentro. Lo hallaron al amanecer, tendido en tierra, con los brazos cruzados sobre el pecho.

VI

A fines de noviembre, regresó Luis Argote en compañía de Cayetano Robles. Hizo algunas declaracionies. Atribuía a la escasez de elementos de guerra el fracaso de la invasión. Robles prosiguió viaje a Nueva York. Llevaba para la venta un lote de sarrapia, cueros, pieles, balatá y cacao, despojos de su incursión por los Llanos. El *Sur-América* recomendó a Robles a la admiración de sus lectores como un hombre a quien los ideales del continente debían grandes servicios. El rostro de Luis Ar-

gote expresaba tristeza, desencanto, pero su abatimiento se transformaba en cólera, la que trataba de ahogar en alcohol. En sus ojos enrojecidos parecía arder aún el sol de las pampas. El sol y la fiebre. Recordaba aquella incursión por la calma cenicienta de las llanuras. Atravesaban pueblos abandonados. Una tarde, a causa de un acceso de fiebre, fue preciso dejarlo. Los otros debían continuar para hacer un reconocimiento. Robles le entregó doscientos bolívares y prosiguió adelante. Permaneció dos días abandonado en medio de las soledades. Se le agotó la ración de agua. La sal y la soledad se le metían en el corazón. A ratos escuchaba un tropel de caballería. Robles era experto en incursiones de este género. Argote creía verse ya en poder del enemigo. Caminó todo el día. Pajonales manchados de horizontes. Ante él se alzaba un esplendor de Orinoco. Hacia el oscurecer vio brillar un caño. Esta vez no era espejismo. Todo el día había estado viendo sombras planear sobre lagos inmensos. Bebió hasta saciarse. Las estrellas brillaban en el fondo y él creía beberse aquel resplandor azulado. Un rancho le indicó la proximidad de un hato donde le dieron asilo. El dueño estaba sentado a la puerta de su vivienda. No tenía nada. No cultivaba nada. Apenas guardaba unas vacas para sostenerse. El hombre explicó: no se atrevía a nada porque todos los años esperaban una tempestad, una tempestad de fuego y acero que destruiría sus bienes y haría inútiles sus esfuerzos. Temía sobre todo a Robles, que arrasaba todo en sus incursiones. Había envejecido, tenía la barba blanca. Pero esperaba siempre. Un día Argote pudo reunirse con Robles que pernoctó allí, de retirada. Cielos y llanuras abrasadoras. Cólera y angustia. Al fin Argote dio rienda suelta a una y otra:

—¡Robles es un miserable, un bandido! —gritó descargando un puñetazo sobre la mesa en que bebía cerveza.

Wendano trató inútilmente de sosegarle, hablándole de la causa común. Pero Argote gritaba más alto:

—¡Todos son unos traidores, cobardes y espías! ¡Hemos sido vendidos una vez más!

Remigio López Franco recibió un giro de su casa. Veinte dólares. El precio de muchos días y muchas noches de trabajo para los suyos.

Noticia de la *Associated Press*. La aviadora norteamericana Alice Ayres emprende vuelo de Vancouver a Honolulú. La misma noticia indicaba los récords de altura, duración y velocidad alcanzados por Miss Ayres y el premio de dos mil dólares ofrecidos por el club aéreo de San Francisco.

Sobre las torres suenan las viejas campanas coloniales. Las ciudades españolas de América con sus catedrales pobladas de estatuas —abades,

obispos, misioneros— pasan bajo el sol. Hay rumores de huelga. Los sin trabajo carecen de recursos para pagar los alquileres y los propietarios amenazan con echarlos a la calle. *Sur América* se convirtió en vocero de los inquilinos, sin otra culpa que la estar con los brazos cruzados a la fuerza. Patios sin luz, casas insalubres, apartamentos confortables, agradables residencias se pusieron de acuerdo. No era posible pagar. A fines de noviembre estalló la huelga de inquilinos. El prosista Nicolás Heredia —nombrado secretario de instrucción pública— trataba en vano de hacer creer a la gente que debían leer sus escritos históricos y vivir cien años atrás, recordando hechos pasados de importancia local. Una manifestación iba a efectuarse en la Avenida Central. Los grupos afluyeron a la plaza Santa Ana, metida en su marco de cantinas y de cines y custodiada por un templo y el cabaret *Métropole*. Horacio Castrillón sentóse en su puerta con aire de reto, haciendo comprender que tenía conocimiento de que iba a ser agredido. Pero nadie hacía caso de él. Bajo el gran sol la multitud se agitaba enardecida por los editoriales del *Sur-América*. Un Rumor inquietante se prolongaba por las avenidas. En el límite de la zona se alineaba un batallón de infantería. Pablo Revilla estaba en la plaza Santa Ana. Nunca pudo explicarse cómo se halló subido a un banco. Alguien lo empujó y su voz hendió el clamor de la muchedumbre. Tenía los cabellos derribados sobre la frente. El enorme saco negro, lustroso de viejo, le caía sobre los pantalones y se agitaba con sus ademanes como una bandera. Pronto la multitud sintió que toda su voz y su alma se hallaba expresada en la voz de Revilla. En aquel momento alguien se abrió paso a empujones y vino a situarse junto a él. Revilla reconoció a Luis Argote. "Compañeros y hermanos en sufrimiento: nosotros somos una fuerza dispersa y se nos mantiene divididos para sujetarnos mejor. Si estuviéramos unidos podríamos luchar en iguales condiciones con la iniquidad y la injusticia. Nosotros, hombres americanos de esta o aquella región, somos una misma cosa. Yo no me siento extranjero entre vosotros y...". Un grito horrible subió las gradas y elevóse sobre la fachada del viejo templo. Sonó un clarín. La policía montada rodeó la plaza. La muchedumbre retrocedió, se retorció y fragmentóse. Los sables estallaban sobre las cabezas. Un guardia corpulento se abalanzó sobre Revilla, pero Argote se interpuso. Lucharon cuerpo a cuerpo. De un cabezazo Argote derribó al policía y enarboló el sable encendido de sol. Entonces Revilla descendió del banco.

—Gracias, compañero —dijo tendiendo la mano a Luis Argote.

Después no vio nada. Una tempestad de voces y sables relucientes, una muchedumbre en fuga lo arrastró muy lejos. Castrillón había cerrado

sus puertas. Revilla se encontró solo. Un gran silencio se hizo en torno suyo. Bajaba por la Avenida "Cuatro de Julio" cuando fue detenido. El patio de la cárcel estaba lleno de gente. Allí encontró Revilla a Luis Argote y a Fernando Islas. Islas, llevando adelante su rama seca, centelleante de pájaros sin vuelo, como un estandarte irisado, capitaneaba un grupo. Todos sus pájaros murieron aplastados.

Poco después de medianoche, don Paco de Lareda, como de costumbre, llegó al *Kelly*. Ya se encontraba reunida la peña diplomática: Daza, Luque, Rusián, y aquella noche, por una excepción, el decano Reveur. Don Paco estaba triste. Tenía la voz y los ojos apagados. Pidió un whisky. Recordó a Castrebil. Lamentó una vez más la caída de Chía. Monjaloto era un hombre rudo, sin elegancia. Rusián aseguró que Castrebil no era propio para el servicio en el exterior, el cual requería condiciones especiales que sólo ellos tenían. Reveur llevó la conversación hacia los sucesos del día. Con fina sonrisa alabó la conducta enérgica del gobierno. La ciudad estaba tranquila. Era sin duda un síntoma de normalidad el hecho de que la vida nocturna transcurriese igual. Las tropas americanas —creyó necesario insistir en ello— no habían pasado la línea.

—Síntomas alarmantes éstos —añadió tratando de dar a sus palabras una importancia excepcional— que nos advierten el peligro, el avance de las ideas comunistas—. Y citó el caso de la huelga de Santa Marta con el propósito de mortificar a Daza. El, Reveur, estaba entonces en Bogotá.

Con un gesto de imperturbable desdén, Daza aseguró que su país se había deshecho de unas cuantas docenas de negros al ordenar el fusilamiento de los huelguistas y por lo tanto la tal huelga le había resultado muy favorable. Reveur insistió algo incomodado, como le ocurría cada vez que hallaba a su paso una objeción. Don Paco se había ido animando. Bruscamente cortó el atildado discurso del decano Reveur para decir en un tono de cómica altisonancia:

—Yo también me asocio a la huelga. ¡Asociémonos todos si nuestros gobiernos no convienen en construir los edificios de sus legaciones! ¡Se abusa de nosotros!

Daza observó que Reveur no paga alquiler. Era, precisamente, el único de los presentes cuyo gobierno disponía de edificio propio para su legación.

—Será necesario que apoyemos la huelga. Nosotros también somos inquilinos. Necesariamente hemos de formar dos partidos. El de Reveur y el de nosotros (se inclinó ante su colega el decano). La huelga, la huelga universal.

Reveur, aterrado, se despidió.

Noticia de la *A. P.* La aviadora norteamericana Alice Ayres, que emprendió el vuelo sobre el Pacífico, aterrizó en Honolulú a las 14 hs. 25 m. con toda felicidad.

A mediodía me dirijo a visitar a Revilla. A la entrada, en medio de un grupo, estaban Ernestina Rojas, López Franco y Cayetano Hernández. Este último se hallaba en Penenomé y no pudo asistir a la reunión de Santa Ana.

—No llegué a tiempo —me dice.

Hace algunas semanas no he visto a Revilla. Lo encuentro cambiado, como si por su rostro hubieran pasado muchos años, pero una voluntad acerada brilla en sus ojos. Me recibe como siempre, afectuosamente. Hablamos bajo la vigilancia de un guardia. En noviembre, allá en Venezuela, florecen los árboles veraneros. Los caminos están morados de flores de pascua. Recordamos la tierra lejana de la cual Panamá es como un pedazo.

Revilla se levantó y miró por la reja:

—A propósito —dijo volviéndose—, tengo aquí una página que he escrito hace poco tiempo y me la ha sugerido una hora como ésta, viendo el azul intenso de la bahía.

Junto a la cárcel se ven los cementerios, después la ciudad y más allá el mar, un mar cruzado de gaviotas. Las olas llenas de sol estallan en la playa nimbada de plata. La tarde va a caer lejana y dichosa. Revilla comienza a leer:

"En la hora meridiana, mientras esperaba el almuerzo en una fonda de chinos, vi a un anciano frente a mí. Estaba vestido de negro, con el traje muy raído, manchado de caspa. Después de contemplarme me dijo:

—Ahora no sería preciso que el diablo nos arrastrase por los aires, como sucedió a Fausto, para ver el mundo. Bastaría sencillamente con tomar un avión. Nuestros mecanismos son menos eficaces, pero están al alcance de todos.

—Sí, pero el diablo no cobraría en moneda contante por llevarnos en una nube.

El anciano se encogió de hombros y su mirada cayó sobre mí.

—No importa. ¿Quieres?

Había en sus ojos cansados el reflejo de una meditación profunda. Salimos. Detuvo un auto y me invitó a subir. Seguimos hacia Balboa. Un avión estaba pronto a salir. La nave se deslizó levantando torbellinos de espuma, comenzó a remontarse y pronto volábamos sobre el canal. La tierra surgía con sus montañas, selvas, ríos, esclusas, con los contor-

nos de un mapa en relieve. Eramos los únicos pasajeros. No se veía el piloto. El anciano permanecía en silencio. Le pregunté su nombre.

—Llámame, si quieres, Apolonio.

A nuestros ojos apareció el mar. Atrás dejamos el Istmo. Horizontes cerrados de blanco. ¡Qué bella es la luz y cuán dichosos somos los mortales en contemplarla! A nuestros oídos llegaba un rumor impreciso que el anciano indicaba con una señal y el cual se oía a pesar del motor. Acaso el viento. Pero Apolonio se dispuso a revelarme el secreto de aquellas ondas viajeras que cruzaban el continente. De las pirámides de Quetzalcóatl hasta las llanuras de Venezuela. De ellas parecía desprenderse algo inmemorial cargado de secretos y advertencias, como en la luz que cae en los Llanos hacia el atardecer o esos pensamientos confiados a las piedras, hasta hoy indescifrables. Un diálogo entablado entre la cordillera, las islas y el mar, entre las selvas y el mar en calma y de un azul profundo. Muchedumbres que han descendido silenciosas y nombres grabados en el silencio de los abismos. Suenan las viejas campanas en la hora de la siesta, la víspera de los días festivos. El viento corre del mar tierra adentro. El espacio es como un espejo cóncavo. Nació ante nosotros el lucero. Nos guió largo rato entre nubes moradas de fulgores rojizos. Se veían las luces de un buque. Ahora se habían disipado las voces del espacio. Con la noche comenzó a surgir el resplandor de las ciudades. Nos asaltó un silencio y apenas veía el rostro del anciano. Sólo veía su mirada irónica. Constelaciones surgiendo del naciente. Hacia el amanecer comenzó a verse la costa ceñida de serranías. De un lado la tierra, del otro el mar. Divisamos una ciudad extendida sobre un valle. Veía el rostro de un anciano. Tenía una expresión burlona. Y en aquel momento mis ojos reconocieron con amor la montaña y el valle maravilloso. Apolonio me dio un anteojo y recorrí extasiado aquel cerco de colinas aterciopeladas, de junio. Descendimos sobre el valle. La ciudad volvía al cielo azul su ardor primaveral. Cruzamos las calles estrechas, largas, en medio de construcciones mezquinas. Trataba de ocultarme a los transeúntes. Era inútil. Había envejecido en horas. Penetramos en edificios con espaciosos claustros y paredes cubiertas de emblemas pesados y ridículos. Subimos escaleras alfombradas. Atravesamos salas en penumbra. Por todas partes multitud de funcionarios con los pañuelos perfumados, hablaban entre sí, observándose de soslayo, riéndose. Se inclinaban con ese aprecio que los hombres ofrecen cuando temen algo o desean algún beneficio. Repantigados en sus sillones escuchaban, fingiendo indiferencia, las confidencias de los empleados de gabinete.

Subimos y bajamos escaleras. El espectáculo resultaba monótono. En aquellos salones, colgados de pesados cortinones, los intelectuales funcionarios trataban de los problemas nacionales. Redactaban reglamentos administrativos calcados en los reglamentos extranjeros, escribían discursos académicos, disquisiciones inocuas, genealogías, todo un estilo artificioso y atildado. Por todas partes vitrinas con fárragos de leyes y reglamentos, una vasta fantasía jurídica. Me asfixiaba en aquel ambiente y corrí hacia el aire, hacia la multitud, hacia la vida. Apolonio me seguía con gran trabajo y fue cerca ya del avión que volvíme y contemplé su rostro triste. Escuchábamos el sonido languideciente de una campana. La ciudad desapareció a nuestros ojos. De un lado la llanura y de la otra parte el mar flanqueado de cerros. Los ríos se perdieron en la oscuridad. Volvía a oírse aquel rumor extraño que me sorprendió cuando cruzábamos el mar. Vimos florecer los astros.

Otra vez volvimos a descender, ahora en un campo atalayado de cardones. Eran las tierras de los cumanagotos y de los píritus, de los caciques Guaramental y Arcupón, del Neverí y del Unare. Los cardones, cargados de frutas secas, tenían la gracia de un cirio pascual. Caseríos en ruinas. Los habitantes salían a las puertas devorándonos con la mirada. Gentes de rostros terrosos que esperan la muerte desde el fondo de sus ranchos, sin desear nada. Aldeas que van desplomándose en torno de las iglesias abandonadas, llenas de humedad y donde las imágenes de los antiguos patronos se han ido quedando solitarias, sin luces ni votos. Revolotean los murciélagos en torno de las lámparas extintas. Las campanas consagradas a la Virgen permanecen mudas. Parece que en aquellos caseríos dejó de haber vida hace siglos. De pronto asoma en el arcabuco la ciénaga verde, con ojos de fiera en acecho. Atravesamos a pie gargantas, desfiladeros, siempre vigilados de cardones. Apolonio penetra en uno de aquellos ranchos, a la vera del camino, donde ladran unos perros. En el patio descansan unos arrieros que conducen a la ciudad inmediata frutos de la cumbre. Una tórtola canta entre los cardones. Una mujer vestida de negro, descalza, escribe sobre sus rodillas en un pliego de papel florete lo que le va dictando un hombre sentado en un asiento de cuero, muy bajo, frente a ella. Son fórmulas médicas: "eso para dormir, lo otro para el mal de las piernas; esto otro para la cabeza. Con eso se le quita". La mujer escribe muy despacio.

En el patio se ven unos frascos llenos de orina, pues con el sol las aguas cobran el color que revela el mal del paciente. Estamos en el consultorio de Santos Pesado, curioso alienista. Observo que Apolonio ha perdido su sonrisa habitual y se sumerge en sus meditaciones. Su blanca melena se matiza en aquel momento de reflejos dorados y su

mirada se concentra en la expresión sarcástica de Santos Pesado. Del otro lado del rancho, sentados en el suelo, se hallan varios pacientes. Algunos están coronados de hierba, otros arrojan al suelo aquel adorno extraño o se lo ponen a modo de collar, en el cuello. Un vigilante se precipita para volverlos a su sitio. Deben estarse quietos y mantenerlos en la cabeza. Aquellas hierbas ejercen su función salutífera en los cerebros debilitados y restablecen el equilibrio en el sistema nervioso. Pesado me observa con curiosidad y después detiene su mirada en Apolonio. La mujer de luto continúa escribiendo. Había caminado diez leguas para consultarle sobre los males de su hombre enfermo. Al examinar las "aguas", Pesado había diagnosticado exactamente el mal: paludismo y hambre. Bajo esas dos tenazas los miembros se retuercen o hinchan con deformidades monstruosas que agarrotan, brotan úlceras, y los ojos se dilatan supurados, calenturientos, acosados por las moscas. Aquellos ojos queman, se ven brillar al fondo del rancho, el cuerpo casi amortajado en andrajos, en el chinchorro. El hombre ganó la fiebre en la montaña mientras talaba árboles para quemar la tierra, sembrarla y después abandonarla. Tierra quemada, tierra sembrada y abandonada. Desdeñaba al pasar el agua verde, fangosa, dormida entre la vegetación, agua redonda que centellea en la espesura como ojo de fiera en acecho. Sus fuerzas languidecieron rápidamente. Después no fue posible ir al trabajo. El hombre así permanece cautivo, impotente, y una resignación suave y dulce le asoma al rostro. Pesado conoce exactamente las fases del mal. El cuerpo se hincha, la carne hidrópica vierte humor tumefacto; la víctima se tiende a morir. Cuesta arriba o en los valles sedientos los dos monstruos se apoderan del hombre, lo derriban y aplican sobre él sus ventosas hasta dejarlo sin sangre. Por eso, Pesado ha recetado siempre lo mismo, sabe que un mismo remedio es eficaz en todos los casos y que la muerte, con todo, es inevitable. Otros pacientes vienen a nuestro encuentro, nos miran y permanecen en ruedo con los brazos cruzados. Descuella entre ellos un viejo de tez bronceada, los pies descalzos, cubierto con un sombrero de paja. Pesado se dirige a él:

—¡Adelante, general!

Cuando un loco se escapa, el general que conoce hasta el último refugio de la montaña, que sabe el rastro y las inclinaciones del prófugo, sale en su busca y no vuelve hasta después de encontrarlo. Tiene sobre ellos influencia decisiva. Pesado lo presenta:

—El general Ambrosio Sifontes.

Permanece en silencio, con los ojos bajos. Sifontes ha estado preso mucho tiempo. Fue por una equivocación. Creyeron que estaba complicado en un alzamiento, pero cuando se puso en claro el asunto habían

pasado ocho años. Sifontes habla con tal conformidad, refiere el caso como si se tratase de otro hombre. Apenas se mueven sus párpados.

—¿No lee usted en el porvenir, Pesado? —preguntó.

—No, señor, no leo. Eso no alcanza a mí. Pero el de Guanipa si sabe, ése sí lee, ése sí enseña; lo que aprendió él y lo que aprendió de los otros, de los pasados.

Pesado interroga con los ojos a Apolonio. Su rostro es siempre sarcástico. Comparo aquel cuadro con el de la ciudad y no puedo evitar la observación que me sale al paso. Todavía Pesado guiñó los ojos diciendo:

—Eso lo sabrá usted mejor que yo.

Había un divorcio, un abismo inmenso, entre la realidad y los intelectuales de Caracas que temían la verdad y le ponían maquillaje y afeites ridículos para ocultarla. La ciudad le daba la espalda al desierto, se suicidaba, se ligaba las arterias para que no circulase la sangre[6]. Un reloj de sol marcaba la hora meridiana, pero ninguna campana hacía vibrar el aire azul.

Y tras la ceja de un monte surgió ante nosotros un mar de luz. Una onda de oro corría sobre las encrespadas llanuras y la mancha verde —tan verde como el mar— se amontonaba en oleajes hasta fundirse con el horizonte. Caminamos largo tiempo entre barracas. Caras idiotas, alcoholizadas, pintadas de onoto, nos observaban. Llevaba el pelo cortado sobre las orejas. Una especie de falda azul turquí, sucia y andrajosa, caía sobre sus rodillas. Estábamos en Cachama, en un rincón de la Mesa de Guanipa, residencia de Tamanaico, jefe de una tribu de antigua nación caribe. Corrieron hacia nosotros armados de flechas y arpones. Tamanaico quería vernos. Nos hallamos ante un hombre agobiado de ancianidad que nos tendía las manos temblorosas. Apenas veía ya y por sus ojos oscurecidos corría un humor blanco. Tamanaico nos ofreció hospitalidad. Carne de iguana, yuca y cazabe componían su mesa. Un grupo de indios bailó acompañándose de sus instrumentos primitivos. Era un aire simple y triste. En sus movimientos acompasados entornaban los ojos y la rudeza de sus rostros se suavizaba con aquel hechizo propio de su alma encadenada. Cobraban una expresión dulce y soñadora. La tierra se empapaba de aquella melodía como de un riachuelo al pie de los morichales. Parecía ablandarse roja y olorosa. Germinaban en ella los sonidos como la hierba fina o las lucecitas encendidas a la puerta de los ranchos. Por el rostro de Tamanaico se dilataba una sonrisa. No supimos cuánto tiempo duró aquello. Ahora anochecía sobre la Mesa de Guanipa. Un sol rojo manchaba jirones de sabanas. Las llanuras se volvían transparentes. Se esfumaban en el silencio. Tamanaico iba refi-

riéndonos la agonía de la tribu, resto miserable de la gran nación caribe. Apenas distinguíamos su rostro.

—Nos quitaron —dice— las escopetas de caza. Pasamos meses sin comer carne para pagar los derechos de consumo, pues la ley de papel sellado nos ahoga, y los alambres de nuestras sementeras están en tal estado que ya no es posible defenderlas. El ganado extraño nos consume la yuca, única cosa de que nos alimentamos en estos campos desiertos. ¡Comemos sin sal!

Tendía las manos suplicantes. Y al decir esto, los ojos de Tamanaico se llenaron de lágrimas y su expresión se volvió de tal modo dolorosa que apartamos la vista para quitarle el pesar de que su miseria fuera un espectáculo para nosotros. Era la misma noche en que el Presidente del Estado Arcupón, doctor Juan Antonio Costilla, dirigía a los jefes civiles una de sus famosas e instructivas circulares sobre la gloria, el progreso y el orden, y las cuales indicaban también con acentos profundos la urgente necesidad de mayor consumo de papel sellado. Corría un airecillo sutil que revolvía los papeles en la mesa donde escribía Costilla y producía en la enramada del patio un silbido ligero y extraño.

Yo no tenía sueño. Prefería aspirar el aire fresco de la noche. Entonces pude palpar cómo la tierra y los demás cuerpos que en ella viven son sensibles a las emanaciones de los astros. Caminaba en silencio. Me sentía desligado del suelo. Me creía envuelto en aquel resplandor azulado y rojizo que brillaba en las alturas. Apolonio me condujo hasta un rancho solitario donde ardía una luz, la única que se mantenía encendida. Colgaban de las paredes pieles de caimán, de jaguar y de serpientes. Un murciélago pendía del techo y una lechuza acechaba desde una horqueta. Cerca de un brasero un indio en cuclillas extendía las manos y recitaba unas fórmulas después de soplar sobre los tizones. En torno suyo, redomas de barro con esencias y pastas extraídas de animales y plantas misteriosas. El taero negro donde se restriega el mato para volverse invulnerable al dardo de la serpiente y la flor de *aguacero,* de aroma mortal, a la cual no se acercan los pájaros. Corazón de orquídea negra, de aéreo esplendor, y cenizas de corazón de águila y de tallos de palmeras que dan agua y pan en el desierto. Y hojas de manzanilla, cuya sombra produce delirios. Antenas de arañas monas que matan durante el sueño, espían y descienden silenciosas sobre sus víctimas. Uñas de gavilán. Rabos de escorpión. Córneas de boa extraídas durante la luna llena y las cuales adquieren la dureza del cristal gracias a cierto zumo de hierbas. Amuletos para el amor; para la vida y para la muerte.

El piache se inclinó sobre el brasero y repitió su conjuro. Golpeó la tierra, escuchó y después dirigió la mirada al horizonte. Era la hora en la que el Crucero está recto y la tortuga sale a poner sus huevos a orillas de los ríos. El ojo del zorro brilla en la pampa como una gran luz y los murciélagos abandonan sus refugios en las rocas para dar su vuelo nocturnal. La noche penetraba en mi ser. Me incliné y comenzamos a hojear el libro del silencio. Al fondo brillaban las constelaciones. Casi no hablaba el piache, pero distinguía sus palabras en el estremecimiento de sus labios. Los siglos pasaban rápidos, describiendo parábolas, y la vida cerníase sobre ellos y los regía. La vida era una mirada siempre abierta y vigilante. No se habían cerrado nunca aquellos ojos en la eternidad. Una mirada, una fuerza misma suspendida sobre el abismo. La vida se oculta y renace como el día. Del Nilo a Guanipa abarcaban los mismos ojos, la misma fuerza. No otro era el secreto de la Esfinge. No otro era el misterio de la Mesa de Guanipa, cerca del Orinoco. Creía escuchar el tumulto de la muchedumbre. Creía oír sus pasos. Se levantaban ciudades. Rasgaban el secreto de la tierra. Oía ruido de herramientas y alegres canciones. Y ya nadie se acordaba del dolor pasado. Cuando me incorporé era el alba. Volvía el libro y la última página era el horizonte".

Aquí Pablo Revilla concluyó su lectura. Nos miramos en silencio.

CIRENE

No es aquella Cirene que pidió una Constitución a Platón, el cual no quiso dársela juzgándola demasiado corrompida. Junto a ella otra ciudad existió en siglos remotos, si bien Platón le hubiera dado la misma respuesta, ciudad que desapareció asolada por la sequía y los terremotos. Del mismo origen dórico los nuevos cireneses veneraban su recuerdo y hasta ella hacían remontar el esplendor de sus rosas y de sus razas de caballos. Los cireneses eran felices. Vivían entregados al culto de sí mismos y al de sus héroes que habían dilatado su fama en guerras con los estados vecinos. Hubo, sin embargo, uno entre ellos al cual proclamaron el hombre más grande de la tierra. A divulgar esa gloria dirigieron sus esfuerzos. Diéronse, pues, a ser historiadores y a vivir en el pasado remoto. Esculpieron aquel nombre en columnas, arcos, templos y al pie de una montaña erigieron un panteón, rematado por una torre llena de símbolos. La vida en Cirene giraba en torno de aquella torre bajo la cual —afirmaban— se guardaban las cenizas del héroe en una urna de oro. Sus jardines, sus caminos, sus plazas y montañas florecían de lápidas y estelas conmemorativas. Concluyeron, al fin, por

hacer de su héroe un dios a quien rendían el culto más ferviente. Los oscuros tiranos que se sucedieron en Cirene permitían este culto y lo favorecían. Encontraban así un medio seguro de hacerse perdonar sus latrocinios. Para los cireneses era tolerable la pérdida de sus derechos, de sus bienes, de la vida misma, todo, menos ceder un grano de incienso de sus altares. Los extranjeros hallaron en ese culto una mina inagotable. En ocasiones los tributos se consumieron íntegros en pagar odas, tragedias, estatuas y panegíricos del héroe. Oradores, historiadores, cómicos y músicos llegaron con el nombre de embajadores espirituales a sacar el oro de Cirene. Pretendían además los cireneses que los otros pueblos adoptasen el mismo culto y los embajadores no tenían pena en hacerlo cuando se hallaban en Cirene, para ganarse así las simpatías del gobierno y del pueblo. Hubo épocas de hambre en que el pueblo se consolaba leyendo aquella literatura estéril. Pasaban los años. La nación no prosperaba, pero las ciudades estaban satisfechas. La fama del héroe era proclamada en los juegos, en las conferencias y solemnidades de todo el mundo. Vino a ser el estudio de su vida el único afán de los meritorios cireneses y todo el que escribiese acerca de ella, particularmente los extranjeros, era considerado sabio. Surgían polémicas. Aquél aseguraba que el héroe había desaparecido de la tierra en una nube resplandeciente, éste que se había arrojado al cráter de un volcán para dirigirse a las moradas de los inmortales envuelto en una veste fúlgida. Y aquellos en quienes residía la ciencia histórica, la ciencia de Cirene, desempeñaban los más altos cargos. Era el único camino para ascender en Cirene. La acción de los hombres debía retroceder hacia el límite del tiempo en que vivió el héroe cirenés. Fuera de él, todo caía en oscuro silencio.

El horizonte mental de los cireneses fue estrechándose cada día. Y también la vida se hacía más y más difícil. Vivían, sí, el historiador Sosastres, autor de cuatro volúmenes sobre la epopeya cirenesa; el venerable Filón, muy entendido en todo lo que pertenecía al gran cirenés; el historiador Diógenes, notable por su barba gris, quien poseía datos para llenar cincuenta volúmenes; el rico y avaro Cleón, que ganaba sumas colosales por recopilar cartas del genio; el pintor Glauco, cuyos lienzos decoraban el templo de los inmortales; el alambicado Péntalo, fundador de la escuela cirenesa, etcétera. El criterio cirenés era inmutable. Corrían los otros pueblos hacia el porvenir, ocurrían en el mundo las mayores transformaciones sin que Cirene se diese por aludida. Cirene contemplaba a su héroe. Escribía libros voluminosos, guardados luego cuidadosamente en las bibliotecas. La misión de Cirene era per-

manecer inmóvil, vuelta hacia aquel resplandor que divisaba a su espalda como un astro sin ocaso. Y si en el mundo se oía alguna vez la voz de Cirene era para gritar aquel nombre eterno.

Y llegó un día en que Cirene, el jardín y la perla de la tierra, desapareció. Largos siglos pasaron. Cirene parecía muerta con su gran hombre. Pero un ladrillo encontrado por unos labriegos llamó la atención de los arqueólogos hacia aquel sitio. El ladrillo tenía una inscripción. Las primeras excavaciones condujeron al descubrimiento de varios cráneos. Estos cráneos fueron motivo de disputas interminables. Tenían en el frontal o en el occipucio un vago diseño de figura humana y eran reducidísimos comparados con los de otros contemporáneos. A fuerza de sagacidad y paciencia se halló el motivo de tan sorprendente anormalidad. El diseño tenía extraña semejanza con la efigie del héroe cirenés grabada en las monedas y medallas. Como era la única idea posible, la obsesión, fue apareciendo aquel perfil en el cráneo de los desdichados cireneses.

Nos miramos un instante y guardamos silencio.

VII

El *Nelson* de la escuadra inglesa anclaba en Balboa. Visita de cortesía. Demostración del poderío inglés —dicen los otros—. El gigantesco navío cruzó difícilmente las esclusas. En las torres del acorazado iba sentado el genio de Shakespeare, y al ver la masa flotante sobre las ondas saltonas podría creerse que bajo los relucientes cañones viajaban también Trafalgar y la Cámara de los Comunes. Almirantes blancos en los verdes ancones. Bache R. se disponía a reseñar las fiestas de a bordo y con la mano en la opulenta barbilla hablaba de "las líricas naves que traen su mensaje cordial". Desde su celda de la cárcel modelo, Pablo Revilla contemplaba la llegada del verano, las hojas arrastradas por las avenidas y los túmulos de los cementerios vecinos: el de los franceses cubierto de inscripciones románticas, el de los chinos sin adorno —líneas rectas, cuadros de césped—, el criollo de ostentosos panteones. Verano de Balboa: luz, hojas secas, árboles de plata. A los ojos de Revilla el panorama se matizaba de recuerdos.

Se suspendió la incomunicación a varios detenidos, entre ellos a Luis Argote. En la cárcel privaba un régimen bastante liberal. Los presos podían reunirse a ciertas horas. Formaban grupos diversos divididos por amistades, complacencias y odios. Unos esperaban turno para ir a la colonia penal de Coiba. Otros cumplían condenas leves o iban a ser expulsados. Los venezolanos perdieron toda esperanza en una interven-

ción de don Paco. Un auxilio inesperado sobrevino: el *kanyac*[7]. Con esto se abreviaron diligencias y días de cárcel. El kanyac penetraba en la prisión cuando los detenidos iban al juzgado o recibían permiso para efectuar diligencias. El reo Miguel Aguirre introdujo de una sola vez tres paquetes comprados en la calle 24 oeste, de acuerdo con el agente Juan Macías, encargado de conducirlo. La intolerancia de un funcionario al negar permiso de salida a uno de los reos produjo la sublevación que modificó por muchos meses el régimen de la cárcel modelo y a la par con la huelga de inquilinos hizo creer a los gobiernos de la América española que el comunismo hacía progresos y amenazaba destruirlos a todos. El kanyac trabajaba en secreto. El kanyac coloreaba los rostros, dilataba los ojos, ensanchaba los corazones, les infundía valor, los hacía capaces de rebelarse. Todo fue preparado rápidamente. Ni Revilla ni Argote tomaron parte en los sucesos que luego se desarrollaron. Fernando Islas esperaba su libertad para irse a Venezuela. La sola idea del regreso lo alborozaba, lo hacía saltar con alegría infantil. Tan sencilla la idea: regresar, y no se le había ocurrido antes. El nada representaba. Podía ir y venir sin que nadie reparase en él. Y aquel día la libertad llegó. Muy temprano fue llamado al despacho del director. No había cargos en contra suya. Islas se despidió de Revilla y de Argote y bajó al patio.

—Buena suerte —le dijeron—. Te acuerdas de nosotros.

Fue a la hora de ir al refectorio cuando estalló el movimiento. Aguirre y Macías, arrestados desde el día anterior, se arrojaron sobre los vigilantes y los desarmaron. Los reclusos se precipitaron en desorden a la escalera. Uno de los guardias pereció cuando intentaba resistir. Gente alocada, frenética, que gritaba y buscaba una salida. Al estallar el tumulto, Fernando Islas esperaba en el corredor, cerca de la oficina, su boleta de libertad. Cuando los presos invadieron el patio quiso apartarse, pero viendo inútiles sus intimaciones la guardia de la puerta hizo fuego. Islas se halló entre uno y otros. Una bala le penetró en la garganta. Con el rostro pegado a la reja de su celda Revilla le vio caer. La policía montada llegó y se apoderó del edificio. Sólo algunos rebeldes habían desaparecido. Los cadáveres fueron llegando al Hospital de Santo Tomás. Nada más se registró en aquella jornada gris y calurosa. En una sombra espesa brilló por encima de los cementerios el lucero vespertino.

—Será preciso pensar en nosotros —dijo Revilla a Luis Argote.

Al día siguiente fueron conducidos a la alcaldía para notificarles que su expulsión estaba acordada y debían salir del país en un plazo de cuarenta y ocho horas. Revilla tenía su plan en el cual ninguno quiso

acompañarlo: irse a una región deshabitada de Venezuela, la costa de Paria, por ejemplo, o al extremo opuesto, en la Goajira, y fundar allí un pueblo, una ciudad. Pasar miserias y vegetar en el extranjero no tenía objeto cuando tan vastos territorios se ofrecían al esfuerzo humano. El conocía la tierra profunda, el desierto y amaba aquellas soledades. Argote prefirió irse a Barranquilla, donde tenía amigos y podía esperar a otro Robles. Cayetano Hernández y López Franco salían para La Habana. Pero Revilla necesitaba un compañero. Solo no sentíase ca-Raúl, cuando entró Pablo. Sin poder contenerse Ernestina le echó los paz de acometer la mayor empresa de su vida. Necesitaba algo más que voluntad. Y pensó en Ernestina. Estaba con Andrómaca y el pequeño brazos al cuello.

Hacían proyectos. Debían marcharse ahora. Juntos podían conquistar una región entera y labrar la tierra. El capitán de un barco petrolero le había ofrecido llevarlo. Revilla tenía un día para abandonar el país y estaba acostumbrado a dejar todos los sitios, aun aquellos donde por haber sufrido se comprenden mejor y hasta llegan a compenetrarse más con nosotros mismos. La tierra en que se sufre es inolvidable.

Era ya de noche y brillaban las luces en la Avenida Central en la bahía llena de azul, cuando Revilla fue a buscarla. Las muestras luminosas giraban en fachadas de almacenes y cabarets. El "Cecilia", el "Kelly", el "Métropole". Más allá Calidonia, el barrio negro, perdíase en una línea de luces, resplandeciente y populoso.

Ernestina pasó cerca de la cesta donde dormía el pequeño Raúl. Revilla se detuvo:

—No, él también.

Ernestina obedeció. Tomó al niño y lo envolvió. Andrómaca dormía profundamente en su asiento, anonadada por el calor y la pereza.

Cable de la A. P., publicado aquella misma tarde: Honolulú, enero 10. La aviadora norteamericana Alice Ayres, que recientemente realizó el vuelo sobre el Pacífico, se casó aquí hoy con el vicealmirante Irving Friday.

El *Atabapo* salía a las diez. Desde cubierta tripulantes y pasajeros contemplaban al *Nelson,* acodado en los muelles. Los sones de la orquesta poblaban la noche. Se danzaba a bordo. Revilla distinguió a don Paco entre la multitud. Con una mano sostenía su copa, con la otra su boquilla de ámbar. Sonó a lo lejos una campana y siguió después el silencio. Luego las voces de los prácticos y el ruido de los cables que arrastraban el buque por el laberinto de dársenas. Una lluvia de signos rojos —mástiles, torres, boyas y faros— se derramaba sobre el mar en la noche. De pie, Revilla observaba junto a Ernestina mientras

el niño dormía acariciado por aquellos halos. Aquella noche era la primera de su amor y de su destino.

En Trinidad fue preciso ir al Consulado. Allí se tropezaron con los últimos inconvenientes burocráticos. El cónsul no conocía a Revilla. Después de un examen minucioso se negó a visarles el pasaporte. Tampoco era necesario. Se embarcaron en una goleta que debía dejarlos de paso en un lugar de pescadores, casi desierto, en la costa de Paria, mientras continuaba hacia la Margarita. La soledad escapa a la burocracia, al formulismo y a la vigilancia de leyes y funcionarios. La soledad es hospitalaria.

Así la tierra verde, atalayada de serranías, se ofreció desierta. Revilla la palpó con sus manos y sintió en ella la vida y el porvenir de su raza. Aquella soledad era al mismo tiempo el libro en que iba a escribir la historia de su pensamiento y de su acción y aquel libro tardaría siglos en quedar concluido.

N O T A S

1 (Lo siguiente aparece con este título en la edición hecha en Bélgica).

2 La situación del canal es de norte a sur y el pasajero que va a Costa Rica ve salir el sol a su espalda. N. de X. S.

3 La ley Volstead fue abolida en 1933. (N. del E.).

4 Los acontecimientos posteriores demuestran el error de Herr Camphausen. (N. del E.).

5 En el parque del indio Urraca oía a menudo el canto de un pájaro, singularmente puro y cristalino. Los pocos a quienes interrogué no supieron decirme su nombre. A falta de éste le llamo pájaro cativo. — Xavier Silvela.

6 Estas páginas están escritas en 1931-32, (N. del E.).

7 Kanyac: yerba que fuma el bajo pueblo y la cual produce efectos semejantes a los del opio, la cocaína y la morfina. En Asia se mezcla con opio y miel para formar el hash. (De un examen de laboratorio). Nota de Xavier Silvela.

Panamá, febrero 1931.
Barcelona (Venezuela), 1932.

ENSAYOS

PRESENTACION

LA ACTIVIDAD que como articulista tuvo Enrique Bernardo Núñez fue amplia en cuanto al tiempo que transcurrió entre ellas y también apreciada en su elevado número. Seleccionarlas, organizarlas y difundirlas como base expresiva del pensamiento del autor es tarea difícil, sobre todo por la alta calidad de las manifestaciones que en ellas se hacen y por el vigente interés que siempre mantienen las ideas allí expresadas. El título escogido: "El pensamiento trascendente de Enrique Bernardo Núñez", trata de orientar al lector acerca de lo que a nuestro juicio fue una preocupación constante en el escritor: dejar un testimonio de su angustia y de su modo de ser venezolano, queriendo a la vez significar el valor trascendente que hemos encontrado en los artículos escogidos.

Por razones de índole organizativa proponemos tres grupos de manifestaciones: las que se refieren a lo histórico, las que hacen referencia al ideario político, y aquellas que tienen relación con la literatura. El conjunto de artículos, el más antiguo de los cuales está fechado en febrero de 1934, constituye un cuerpo, diríamos que representativo, de la forma de pensar y de expresarse que tenía Enrique Bernardo Núñez acerca de las cosas o de los sucesos que le merecían la atención que siempre tuvo hipersensibilizada a todo lo que pudiera significar alguna consideración crítica o interpretativa. Veintidós artículos configuran el cuadro que hemos mencionado y a ellos se une una de las piezas expresivas más representativas de la función del pensamiento del autor: su Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia, documento que en forma conclusiva resume el vigor, la audacia, la profundidad y la mentalidad crítica de este recordado y admirado escritor venezolano.

El pensamiento trascendente de Enrique Bernardo Núñez

> En le oportunidad de haber escrito un libro sobre él, dije que Enrique Bernardo Núñez había desempeñado muchas actividades a través de sus años de vida, pero que esencialmente fue un escritor. En cada oportunidad que se tenga de conocer su obra, en cada ocasión que haya de acercarse a lo que fue el estar diario de su existencia, habrá que detenerse ante la evidencia mil veces proyectada de que escribiendo vivió y de que escribiendo legó sus inquietudes, sus preocupaciones y los objetivos de esa vida.
>
> Osvaldo Larrazábal Henríquez.
> *La tierra roja y heroica.*

Tarea bastante dificultosa es seleccionar algunos artículos o producciones expresivas, en general, de Enrique Bernardo Núñez; y lo es por la diversidad de temas trabajados, por la variedad y riqueza de sus pensamientos y, lo que es más importante y trascendente, por la capacidad reflexiva e interpretativa que allí se encuentra. Hilvanando ideas —que sus escritos están plenos de ellas— puede intentarse una organización conceptual sobre algunos de los tópicos que preferentemente interesaron a este reflexivo escritor venezolano.

Cualesquiera que sean las páginas escogidas, presentan, en su conjunto y en su individualidad, características que van delineando, a su través, las que fueron características personales del escritor y que quedaron plasmadas en sus manifestaciones expresivas. Hombre apasionado, Enrique Bernardo Núñez supo trasmitir esa pasión a todo lo que escribía, y, conjuntamente con la idea tratada, asumía una posición evidenciada en el fervor de lo expresado. Su pasión por el análisis es posiblemente la primera de estas características que se vislumbran a lo largo del estudio de sus producciones periódicas. Esta pasión analítica se ve acompañada por una sistemática revisión de todos los asuntos que produjeran el menor interés y que debían ser tratados, a juicio del escritor, para alertar o para ejercer una interpretación que los hiciera ejemplarizantes o dignos de ser tomados en consideración como analogías o como denuncias, o como evidentes modos de señalamiento. Ese

afán de sistematizar podría traducirse en la orientación que el escritor daba a su pensamiento. Capacitado como estaba para el análisis constructivo, quiso que cada cosa cotidiana pudiera significar una enseñanza para el cotidiano ejercer del hombre común, y así se dio a la tarea de enterarlo de todas las cosas y de hacerle conocer la interpretación que hacía de esas cosas. Alineado en este modo de ser y de actuar, imprimió a sus escritos una parte característica de su personal modo de ser: la actitud escéptica que lo inducía a profundizar para conocer el verdadero trasfondo los hechos, la actitud sarcástica que le hacía dudar de las cosas hasta que las cosas no tomaban su verdadero perfil, la actitud incisivamente didáctica que lo convertía en maestro cotidiano de las cosas cotidianas. Enrique Bernardo Núñez, por obra de su espíritu analítico y por efecto de la sistematización que ejercitó en todas sus relaciones con la palabra escrita, moldeó sus escritos en una tonalidad que le ha conferido una siempre momentánea actualidad, repetida cada vez que se conoce el valor de sus pensamientos y de sus ideas. Esa actualidad de sus constantes reflexiones le conceden una vigencia casi premonitiva y una evidencia reflejante de un gran y adelantado espíritu. Cada acontecimiento era analogizado con otro y de ello surgía una interpretación que plasmaba no sólo la angustia y la reflexión, sino también el ejemplo y el señalamiento. Núñez, en su función trascendente, no escogió vertientes sofisticadas para expresar su pensamiento: lo hizo con la palabra diaria y sencilla, cargándola de todos los sentidos que pudieran significar alertas y ejemplos.

Toda la actitud de reflexión interpretativa desplegada se orientó, cualquiera que fuera el sentido que tuviera, hacia direcciones que signaron el pensamiento de Enrique Bernardo Núñez: la aventura del pensamiento fue la más consistente y la que mejor lo definió. Puede decirse que toda su vida intelectual estuvo dirigida hacia la manifestación de una sistemática manera de pensar, donde destacaron la pasión por la libertad, el vínculo con la tierra, el ejercicio de la democraccia y el ejercicio de la crítica. En ese complejo mundo de actividades intelectuales pasó la vida y la vida se le hizo fructífera en el desarrollo analítico de esas actividades. Sus escritos, sus numerosos y cotidianos escritos, así lo revelan y así lo atestiguan. Novelista, cuentista, historiador, ensayista, cronista y periodista, todos sus esfuerzos y todos sus logros convergen en una manera de pensamiento que lo identifica y lo hace trascender.

Parecería contradictorio el hecho de que un hombre tan apasionado pudiera, a la vez, ser tan reflexivo. La solución debe buscarse en la definición de su apasionamiento como un modo de combatir, y la textura de su reflexividad como una forma exquisita de participar en el combate.

Precisábamos como dificultoso el hacer escogencia de artículos de este reflexivo escritor venezolano. La decisión ha sido la de presentar, en un reducido número de expresiones del autor, una gama representativa de tres vertientes de su actividad creadora dentro del articulismo y del ensayo: lo histórico, lo ideario y político, y lo literario; conformando así un fresco del pensamiento del autor donde pueden evidenciarse muchas de su más íntimas preocupaciones.

Lo histórico

La interpretación del mundo, tal como lo vivimos en estas épocas, debe diferenciarse substancialmente de lo que ha sido tradicional en este sentido. El nuevo mundo, como referencia temporal es, para Enrique Bernardo Núñez, "el nuevo mundo actual", estructurado sobre bases operacionales que lo individualizan como período cronológico y que lo identifican como espacio histórico y social. Es un nuevo mundo en constante elaboración y un mundo que requiere análisis y comprensión para entender la necesidad de integrarlo adaptándose a sus múltiples y continuos cambios. Los pueblos que "se están haciendo" y que indefectiblemente tienen que acogerse a la dinámica de la historia social, deben basamentar sus posibilidades en los ejemplos de sus épocas pasadas, recurriendo a su memoria y extrayendo de ella la condición identificadora que los individualiza y los hace característicos. Este alerta trasciende lo meramente constitutivo y llega, como honda preocupación, hasta lo que nos constituye como geografía:

> "Un pueblo sin anales, sin memoria del pasado, sufre ya una especie de muerte. O viene a ser como aquella tribu que sólo andaba por el agua para no dejar huellas. A pasar del número de sus cultivadores, puede decirse que ignoramos la propia historia. No de otro modo se explica la carencia de sentido histórico en nuestra política territorial. Porciones de territorio, la más preciada herencia, han pasado con magnífica imprevisión a manos extrañas"[1].

amalgamando todos los contenidos del grupo nacional en una acción que deba darnos definición y constancia histórica, porque "Una nación es lo que son sus hechos"[2].

La comprensible angustia del escribir se manifiesta en la especie de inmovilismo que sentía a su alrededor y en el cual implicaba al pasado

sin memoria del que no habíamos podido aprovechar las enseñanzas; y porque hemos sido períodos de un mismo proceso sin que esos períodos hubieran facultado, con sus lecciones y ejemplos, una conducta positiva y dinámica para ponernos a tono y a nivel del desenvolvimiento socio-histórico que todo pueblo precisa para su evolución. El proceso y los períodos se mantuvieron casi intactos y la dialéctica social se vio cubierta por un manto de indiferencia que nos impidió avanzar y hasta vislumbrar caminos precisos y provechosos. Los efectos de una etapa histórica que evolucionó desde un sistema colonialista aletargado por conveniencias de la propia razón imperialista —en la mejor aceptación del término— de la España peninsular, desembocó, después de una desigual y a veces lastimosa conquista, en un agitado movimiento independentista forjado al calor de espíritus que sintieron los rigores de la imposición y que se propusieron desligarse de los lazos agobiantes que los unían con los resabios de la pertenencia generacional. Una lucha de clases, con visos de liberación para la obtención del poder, fue el resultado inmediato de ese movimiento que conmocionó a la casi tranquila colonia y que, posteriormente, conmocionó a toda la América alcanzable por el esfuerzo y la audacia independentista de los padres libertadores:

> "Hoy como ayer se trata de la libertad. Pero la libertad no es la anarquía. No es mortal disgregación. La libertad ha de tener un objetivo y una conciencia para defenderla. Libertad es la conquista de la tierra abandonada. Es pan, campos labrados, industria, arte, ciencias, trabajo, desenvolvimiento de la facultades humanas, voluntad de vivir, preparación del futuro, lucha y continuo deber. La libertad sólo puede ser obra de un pueblo, esa fuente magnífica de historia. Miseria, ignorancia y esclavitud, decían los hombres de 1811 cuando señalaban sus más obstinados enemigos. Todavía tales monstruos señorean en medio de nosotros, y el que los combate realiza un acto de libertad"[3].

Quizás la entronización de barbaries condujo a la salida libertaria que comenzaría a determinar al país como entidad socio-humana de caracterización propia. La nueva actitud del indio conquistado empezó a dejarse notar y un sentimiento de resentida presencia comenzó a ser manifestación del nuevo hombre que tiene su raíz en el mestizaje multiplicador:

> "Este régimen (la Conquista) imprime en el hombre americano las señales de su esclavitud. Será en lo sucesivo el hombre triste y degradado que nunca se resignó a trocar su libertad por los hábitos de la servidumbre. La Conquista quiere hacerlos algo menos que esclavos. No sólo los despoja de la tierra. Quiere también privarlos de su alma, de su pensamiento"[4].

Para tratar de entender todo este proceso fenomenológico de la actitud y caracterización de lo que hemos sido como conjunto-pueblo, el autor preconiza la idea de la necesidad de regresar a la historia y a las fuerzas misteriosas que la mueven y hacen de ella algo más que la memoria de los pueblos. Se debe valorar el estudio pormenorizado y científico de la historia, entender que los procesos son producto de formalizaciones que se cumplen de acuerdo a reglas y a movimientos cíclicos de los cuales hay que extraer las enseñanzas que sus ejemplos producen. La historia hay que estudiarla y entenderla en sus más variadas y consecuentes interpretaciones, y por intermedio de ella ir aprendiendo de las cosas diarias que la conforman y le dan valor de perennidad y de constante didascálica. La historia es, así, ejemplo y sentido que se nos debe imponer para la dilucidación de las grandes cuestiones humanas y para la ejemplificación necesaria que resuma grandes hechos y grandes circunstancias con el objeto de extraer, de sus resultados, actitudes cónsonas con el destino que queramos tratar de forjarnos. El discernimiento sobre la esencia de la historia impondrá, asimismo, las modalidades más ajustables a la evolución y el desarrollo de los conjuntos humanos que son capaces de ir construyendo el futuro en base a las acciones pasadas y al comportamiento del presente:

> "Los pueblos de América, la española, india o latina, han renunciado a su historia. Son llevados a remolque con todas sus tradiciones e historia, por pueblos que tienen las suyas, pero tienen además el sentido de la historia"[5].

Para no ser víctimas de una historia basada en la acomodaticia falsedad o en el engaño de los que tienen acceso a la información histórica, debemos tratar de ir haciendo la propia y verdadera historia: la de los pueblos que ven hacia atrás para aprender a ver hacia adelante. La de los pueblos que se unen más a sus tradiciones y a lo que ha sido su esencia. La de los pueblos que ven en la tierra el don maravilloso

que los hace poderosos. La de los pueblos que se reconocen en su orígenes y en sus voluntades de desarrollo, porque es la voluntad la que los impulsará hacia el futuro y la que los identificará como núcleo social.

Lo ideario-político

La calidad del pensamiento de Enrique Bernardo Núñez se afina, también, cuando se trata de analizar cuestiones de índole política, entendiéndose así todo lo relativo a la actividad del hombre como ser social y comunitario. Las ideas, entonces, adquieren el cariz del señalamiento y contienen la incisiva actitud del hombre que está escribiendo como resultado de una interpretación, pero que también está siendo severo juez de un proceso que cuestiona y desea cambiar. Los alegatos se multiplican y la función crítica se evidencia.

El pensamiento, como en el caso anterior de las áreas de la historia, se va compactando en una gran teoría que quiere ser advertitiva y es, a la vez, denunciante y fustigadora. No estamos acostumbrados a pensar. Entre nosotros, el ejercicio del pensamiento no es la actividad constante que se requiere para su evolución y desarrollo. Una especie de adormecimiento nos ha acostumbrado a subsistir con ideas que no sólo no son propias, sino que ya están facturadas y nos envuelven con la intención en que fueron concebidas. La rutina nos detiene, y se confunde las palabras con los pensamientos:

> "Todavía hoy es fácil confundir el pensamiento con alardes de ensayos verbales y cierto morboso estancamiento en zonas exhaustas: en simples motivos que ya no significan nada. Palabras que llegan a confundirse con ideas"[6].

Es necesario una reflexión profunda y una actitud que nos impulse a pensar. Es necesario "universalizar" el pensamiento venezolano, interviniendo en la reflexión y en la discusión de las grandes corrientes de pensamiento actuales, para no marginarnos ni estar ausentes de los procesos de información que se producen en cada momento del pensamiento universal.

Y es, posiblemente, la falta de reflexión la que nos desvía del camino lógico del pensamiento. El oportunismo y el facilismo se van imponiendo y la posibilidad de organizar, de sistematizar, de ponderar las cosas y establecer cuáles son las necesarias y cuáles son las superfluas; el inmediatismo está minando las bases de nuestra formación y nos está

llevando por rutas de ilusión subjetivas. Somos parte de un gran territorio que se pierde en un marasmo de inconsciencia, de abulia, de no importarnos las cosas, y desaprovechamos la tierra propia y desaprovechamos a la América como fuente de vida y de riqueza incalculable. Es tal el deterioro que hasta las universidades han sucumbido ante el lastre contaminante:

> "La Universidad con sus métodos anticuados, su falta de curiosidad, su ausencia total del mundo moderno, fue responsable en primer término de esta derrota"[7].

Un país rico donde vive gente pobre tiene que ser un país de migradores. La carestía, el desamparo, la creciente corrupción, la constante controversia política partidista, la inseguridad y la desorganización parecen ser los elementos corrosivos con los que se está minando el país. La política, personalista y partidista, campea por sus fueros y es más importante el interés del partido que el interés nacional. Las generaciones de relevo no tienen adecuados espejos dónde verse, y los vicios que entorpecen a los viejos van siendo los mismos vicios que buscan los jóvenes para integrarse a un sistema en descomposición, pero que asegura un presente cómodo y que es asequible con poco esfuerzo. Una democracia mal construida, mal llevada y peor entendida nos ha desviado del camino correcto y promisorio. Los viejos y deteriorantes ejemplos siguen repitiéndose a la luz de su utilidad inmediata, y seguimos cayendo en falsas visiones que por provenientes del oportunismo y del acomodo nos llevan a una absolutamente falsa concepción de la realidad:

> "Y Antonio Leocadio Guzmán, también liberal, es el autor de la frase famosa que tanto se ha comentado con falsas y distintas razones: 'Si ustedes hubieran dicho federación, nosotros hubiéramos dicho centralismo'. Uno al fin comprende la historia y sabe el porqué de aquella frase que no es solamente una frase, sino una lección de política venezolana. Era dentro de nuestro sistema democrático el único camino posible"[8].

La nación, como entidad política, debe ver hacia otros horizontes y hacerse el suyo propio. Las órbitas de influencia son demasiado tentadoras, pero a la vez son demasiado peligrosas. Anulan el espíritu nacional, comprometen el pensamiento y desligan las personalidades de sus legítimos intereses. Las comparaciones no son útiles, y los imperialismos, de cualquier clase, están condenados a un más o menos cercano crepúsculo:

"El mundo abandona su vieja envoltura para adquirir formas nuevas. (. . .). Vivimos una época de imperialismos y nuestro país ha de librar una terrible batalla por su existencia"[9].

Lo literario

"Triste situación de los que no pueden escribir lo que desean, sino páginas atildadas, cuando hace buen tiempo, o memorias de ultratumba. Han entrado en el gremio de las glorias respetadas. Hay que cuidar la posición. Este o aquel personaje se ofenden. Se inspirarían sospechas a personas que de ninguna manera favorecerían luego al autor con sus votos. Hay que sacrificar lo mejor de sí mismo a tales exigencias. El escritor concluye por desaparecer bajo el rigor de esos convencionalismos"[10].

Esa libertad del escritor, ese ámbito de privacidad expresiva, esa función primordial de hacer esencial lo que se piensa y en lo que se cree, y esa actitud de valerosa posición que no se integra en compromiso circunstancial, fue una de las más verticales posiciones que siempre defendió Enrique Bernardo Núñez. Su compromiso era con él mismo, y su compromiso como escritor estaba guiado por la idea del escritor como servicio y como ductor alertante. Esta fue una de sus metas y quizás fue la causa de que dejara un poco de lado su condición de narrador para dedicarse, casi por entero, a la tarea de divulgar sus reflexiones, análisis e interpretaciones de los sucesos que significaban algo para él. Escritor diario, no comprendía el sedentarismo intelectual que acusaba como una rémora dentro del ambiente cultural del país. Para él la literatura debía ser el mejor ariete para señalar, para denunciar, para expresar y para hacer pensar.

No fueron muchas las veces que expresó sus ideas con respecto a lo literario, pero cuando lo hizo dejó muy claro su pensamiento y su manera de actuar. Creía que nuestra literatura, no obstante los grandes momentos que había tenido y los ilustres nombres que la representaban, era una literatura localizada en el sentido de una falta de adecuada difusión. Esta concepción la extendía hasta toda la literatura hispanoamericana, de la cual decía que debía tener la magnitud de la grandeza que le estaba reservada al Continente. Nuestra literatura es una sola y nada más la diferencian los matices regionales de la amplia y variada geografía. Era, en sus artículos al respecto, muy dado a comparar épocas históricas

de esa literatura, defendiendo y exaltando las glorias pasadas que tenían que ser tomadas como ejemplo de una vigorosa manifestación que había puesto al descubierto el potencial expresivo de una región humana que quería ser conocida y apreciada. Aclamó que por razones de índole circunstancial histórica, nuestro tiempo proponía la decadencia del género novela y era más dada a la insurgencia del ensayo como modo expresivo capaz de proclamar las ideas que nos identificaran.

Para Enrique Bernardo Núñez el arte fue parte esencial y primera de la vida, y en el arte como expresión quiso significar, a través de sus múltiples manifestaciones, la actitud y la conducta de un hombre que creyó en la tarea diaria de escribir para dejar constancia de su paso por un mundo que debía ser aprehendido, estudiado, analizado, reflexionado y mejorado en la medida en que la idea es la lumbre que vivifica al hombre y lo hace dueño de su tiempo y de su historia.

OSVALDO LARRAZÁBAL HENRÍQUEZ

N O T A S

1 Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia.
2 *Ob. cit.*
3 *Ibidem.*
4 *Ibidem.*
5 "La historia". En: *Bajo el samán,* p. 72.
6 "Un pensamiento nacional". En: *Una ojeada al mapa de Venezuela,* p. 31.
7 "La batalla del petróleo". En: *Una ojeada al mapa de Venezuela,* p. 79.
8 "Nuestro sistema democrático". En: *Bajo el samán,* p. 66.
9 Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia.
10 "La tragedia del escritor". En: *Bajo el samán,* p. 92.

LITERATURA Y ARTE

INTELECTUALES

Ser "intelectuales" solamente, es no ser nada. Es preciso ser soldados, exploradores, obreros. En la antigüedad y en el siglo XVI los poetas, los escritores, los oradores, sabían de esto muy bien. Un hombre sedentario, encerrado en una biblioteca, es poco menos que un hombre inútil. Queda el pensamiento, un trabajo tan fecundo como cualquier otro. Se ha dicho del pensador que es un hombre de acción malogrado. Los músculos tensos, desnudo, la cabeza abrumada —tal como lo concibió Rodín—, revela una fuerza arrolladora. Un pensador bien distinto de ese otro pensador, enclenque y miope, con las manos en los bolsillos, de los pantalones caídos, perplejo e impotente, de cuello y corbata, como ese que pintó Tomás Eakins, modelo de intelectualismo.

En Venezuela es peligroso pensar. Lo mejor es no pensar o no expresar los propios pensamientos. Sumergirse en un silencio poblado de sueños o ser un fantasma, un fantasma en medio de otros fantasmas. Y ha llegado el momento en que esta función del entendimiento es más difícil, casi imposible. En Venezuela se pueden repetir palabras, dar gritos, hablar vagamente de nuestros grandes hombres. Cosas semejantes se pueden decir y se obtienen con ellas seguridad y fama. Pero pensar en el verdadero sentido de la palabra, nunca. Debemos, pues, resignarnos a llevar una vida sin objeto. Triste sino.

En las Notas y Recuerdos de Juan de Mairena, por Antonio Machado, hay un pensamiento que inquieta el nublado producido por su muerte. Alegra hallar allí ese pensamiento que inquieta casi siempre a los hombres en ciertas épocas: la paz innoble. Machado lo dice con otras palabras: "Lo más terrible de la guerra es que desde ella se ve la paz, la paz que se ha perdido como algo más terrible todavía". La paz, la paz ruin que no debemos disfrutar. Es cierto eso de que "la guerra es un mal menor; una tregua de la paz", un mal menor junto al otro ignominioso.

Antes era un "fracasado" todo el que no tenía la suerte de tener una buena posición en el gobierno. Se insultaba así al caído. Era la consigna. Ahora es el "oportunismo". Todo el que sienta en su carne algo

distinto de la indiferencia, todo lo que se hace y no se hace en Venezuela, es "oportunista". Se odia cordialmente la más leve sombra de reflexión, de análisis. El desprecio con que siempre se ha visto en Venezuela esa forma del trabajo, adquiere más importancia cuando se la encuentra expresada en la misma actividad periodística.

En otros países no hay libertad de pensar, pero existe un pensamiento traducido en mil expresiones vivas. En la mayor parte de nuestros dirigentes no existe nada que se parezca a un pensamiento y naturalmente consideran como enemigo al que ve lo que ellos no ven o no quieren ver. La reacción es tan brutal que se traduce luego en un rencor banal como todo lo que les enorgullece. ¿Cómo, pues, van a entender ninguna idea por humilde que sea, que implique un trabajo fecundo? ¿Cómo van a entender que nadie quiera irse al desierto como quien obedece a un llamamiento? ¿Cómo van a entender que el desierto está aquí en la ciudad, en medio de ellos, y no en la más remota soledad? Todo esto tiene que recibir la única interpretación de que son capaces.

Signos en el tiempo.

LA TRAGEDIA DEL ESCRITOR

El escritor tiene todo: una hermosa casa con árboles, jardín, libros, obras de arte. Libros y árboles. Sin embargo, no puede escribir lo que él quisiera. La inquietud que lo acosa proviene de esto principalmente. Le pasa lo que a los niños bien, cuando miran desde la ventana de su casa los juegos de los muchachos de la calle con quienes no los dejan reunir, porque se ensucian y adquieren malas costumbres. Triste situación la de los que no pueden escribir lo que desean, sino páginas atildadas, cuando hace buen tiempo, o memorias de ultratumba. Han entrado en el gremio de las glorias respetadas. Hay que cuidar la posición. Este o aquel personaje se ofenden. Se inspirarían sospechas a personas que de ninguna manera favorecerían luego al autor con sus votos. Hay que sacrificar lo mejor de sí mismo a tales exigencias. El escritor concluye por desaparecer bajo el rigor de esos convencionalismos. Se ha convertido en criado de personas ricas. De aquí ha nacido la especie de los escritores mudos, de los escritores que no escriben, pero que tienen buena fama de escritores. Antes se acusaba de traidores a esta especie de escritores. Ahora ocurre lo contrario. Se les dice traidores y asalariados a los que se ven obligados a trabajar modestamente para ganarse la vida. El escritor encerrado en sus habitaciones confortables siente envidia de los que andan fuera —así como hay la envidia de los de fuera, existe la envidia de los de adentro—, y los llama traidores, gente de sueldo, etc. Delirios de gente sedentaria. No todo el mundo, es cierto, tiene la fortuna de ser propietario. No todos pueden prestar dinero con garantía de hipotecas, cobrar intereses, acciones, altos sueldos, y dedicar las horas de ocio a la refacción de fincas de alquiler. Hay que ganarse la vida trabajando, no un mes, sino muchos meses, años, toda la vida, lo cual, a decir verdad, es mejor y tiene sus compensaciones. La molicie y el ocio, la domesticidad, concluyen por debilitar las mejores fuerzas del espíritu y producir en él cierto conformismo escéptico. Es cierto que los juegos de imaginación requieren mente libre de cuidados, o por lo menos tienen en éstos ventaja lo que pueden disfrutar de esa condición de gente con beneficios; pero otros trabajos de

más alcance, o de más altos fines, necesitan de esa fuerza que no puede hallarse sino en la diaria lucha al aire libre, en medio de durezas y asperezas.

Hay espíritus que rechazan la molicie y el regalo, como que advierten en él su peor enemigo. Otros no viven sino en la molicie. Son espíritus blandos por naturaleza. Tienen horror a la lucha, a la intemperie, a la dura necesidad de trabajar para vivir. Otros se hacen traición a sí mismos, que es la peor de las traiciones, concluyen por sucumbir a los dictados de la vanidad o de una ambición que se halla muy por lo bajo de otras más fuertes y mejores ambiciones. En los últimos años, más de un escritor llamado a una gran labor y a un gran papel, prefirió convertirse en simple empleado, a merced de favores, es decir, traicionó su deber esencial. O defraudó las esperanzas que el país había cifrado en ellos. Compárese la obra de algunos de estos escritores antes y después —la de cuando andaban fuera y la de cuando miran desde la ventana con las manos en los bolsillos—, y se podrá establecer la diferencia.

Más allá de esa verja y de ese jardín bien cuidado que no puede traspasar está el mundo. Y esta es la mayor tragedia del escritor.

El Universal, 26 de mayo de 1943.

La "frustración" del escritor es uno de esos temas que de tiempo en tiempo alimentan el ocio de escritores viejos y jóvenes. Escriben sobre "frustración" como escriben sobre las "torres de marfil", la "diafanidad", la "angustia", o "la esperanza", o sobre el frustrado tema de la "revisión de valores", uno de esos temas por medio de los cuales la gente joven trata de amedrentar a los viejos. O de la falsificación de valores. De los falsos valores. La "frustración" podría estudiarse, por ejemplo, desde el ángulo de la vejez prematura. De la falta de capacidad para traer a discusión temas realmente nuevos. De la monotonía que por lo común presenta nuestro panorama literario. Es corriente el caso de gente que habla de "torres de marfil", tema más que centenario, y vive en torres que no son propiamente de marfil. Un tema propio de camarillas que nada tienen que decir. O nos dan recetas para escribir historia, ensayos, novelas, sin escribirlas nunca.

1962
Bajo el Samán.

POLITICOS Y NOVELISTAS

En su vida de Enrique Brulard, que no es otra sino la del propio Beyle, por otro nombre Stendhal, autor de *El Rojo y el Negro,* dice que juega un billete de lotería, cuyo premio mayor se reduce a esto: ser leído en 1935. Brulard o Beyle prosigue su manuscrito con la idea fija en el lector de 1935. A él se dirige y de él se preocupa. ¿Entenderá esto o lo otro? El número de Stendhal estaba premiado. No sólo era leído en 1935, sino aun hoy en 1943; aunque el mundo del novelista haya muerto, puede ser leído con el mismo interés en algún refugio antiaéreo o en una de estas ciudades suramericanas, que podrían muy bien ser refugio de la cultura si la barbarie no hiciera también sus estragos en ellas. Stendhal escribía esta biografía o autobiografía a los cincuenta años.

Un escritor, en realidad, ha de jugar siempre ese billete de lotería, si juega alguno, o debe tener semejante preocupación. Los contemporáneos pueden muy bien no estar en lo cierto. Pueden endiosar o desdeñar escritores por circunstancias especiales a las cuales sean indiferentes esos lectores distantes. No significa esto una forma de gloria póstuma —Stendhal tenía horror a las frases enfáticas—, sino la prueba decisiva de no haber perdido el tiempo. Las frases pretenciosas de Chateaubriand, Salvandy y otros escritores le hicieron ser conciso, afirma. Dentro de veinte años, ¿quién pensará en la hojarasca de aquellos caballeros?, pregunta.

Su mayor orgullo era el de escribir una frase que sería rechazada por ellos. Odiaba a Chateaubriand en la misma medida que sus contemporáneos le adoraban. Brulard se vengaba en esa forma del escaso favor de que disfrutaba entre los lectores de su tiempo. Procedía en esto como con su tía Serapia, por cuya muerte le dio gracias a Dios. Todo lo que era del agrado de aquélla, le era odioso, y viceversa. Naturalmente, teme que su lector de 1935 lo considere envidioso y se apresura a defenderse diciendo que ese "vicio burgués" es ajeno a su carácter. Y al ver esta obsesión, el lector se pregunta cuántas quedarán de las obras de hoy. De esas montañas de papel impreso. Sobre todo, de esos artículos sabios que los escritores formales dirigen al pú-

blico desde sus cómodas butacas de gabinete. ¿Cuántos libros de hoy se leerán dentro de cuarenta, cincuenta años? Por suerte, generalmente los escritores no se detienen en tales consideraciones. Su vanidad los preserva de tales pensamientos o preocupaciones.

"Una novela es como un arco, la caja del violín que produce los sonidos es el alma del lector", tal es la definición de la novela que Brulard hace de este género literario, a propósito de una pesadísima novela del abate Terrasson que le hacía leer su abuelo. Tan pesados deberes conducen a menudo a las buenas definiciones. Producir sonidos en esa caja era la suprema ambición de Stendhal, y ha de ser seguramente la de los novelistas de todos los tiempos. No ser Terrasson. Convendría a los políticos pensar también en esa fecha lejana o en esa caja de violín. Los políticos vienen a ser en cierto modo como los novelistas. Pueden establecerse entre ellos las mismas diferencias o categorías.

Y nuestra vida política se resiente por lo general de falta de ingenio o de espiritualidad. A veces, cuando observamos a nuestro alrededor, nos parece estar leyendo a Terrasson. El arco no logra arrancar sonidos a la caja.

El Universal, 29 de julio de 1949.

Bajo el Samán.

HISTORIADORES Y NOVELISTAS

En notas aparecidas en este diario con las iniciales C. D. —corresponden a las de Carlos Dorante—, se hace referencia a la desproporción entre historiadores y novelistas que hay en nuestro medio, o con más exactitud a la crisis de novelistas. "Hay poetas a granel, dice textualmente, historiadores por docenas, biógrafos y hasta enjundiosos ensayistas", pero faltan novelistas, y recuerda aquello "de la novela sin novelistas". El mismo Dorante lleva estas observaciones a las páginas del "Papel Literario". Pregunta si hay en Venezuela más gusto por la historia, y recomienda el tema como digno "de una investigación a fondo" en las mismas Universidades. Idénticas o parecidas observaciones se hacen a diario en todas partes. El gusto por la historia, el ensayo y los libros de ciencia es mayor en los últimos años. Lo comprueban las estadísticas de lectores en las bibliotecas y ventas de libros. La producción de novelas también se halla muy por lo bajo de los que tratan de historia y otros géneros, y desde hace bastante tiempo escritores de todos los países hablan de la decadencia y muerte de la novela. El género biográfico, sobre todo, ha sido explotado en los últimos años. Abundan las obras de esta clase, no siempre de buena ley. Las masas de lectores se interesan más por personajes sacados de la historia que por los de ficción, así hayan salido también de la vida real, que no de otra parte puede sacarlos el novelista. Atraen más las vidas extraordinarias que a veces llevan consigo el destino de un pueblo, los diarios íntimos, memorias y crónicas.

Por otro lado es posible que la predilección por la historia se deba en parte a la falta de grandes novelistas. Los del siglo pasado no han sido superados. Puede la novela de hoy ser de formas y tendencias distintas, pero los más eximios representantes de la novela de nuestros días confiesan su predilección por aquellos maestros de quienes son asiduos lectores. Algunas de las novelas de hoy consideradas geniales alcanzan las cimas más altas del humano aburrimiento. Las manos se tienden ávidas a libros que puedan dar mejor sustento. Habría que ver asimismo hasta dónde historia y novela se confunden, o hasta dónde la novela arrastra consigo material histórico. Fuentes que pueden servir

a la historia es la obra de los grandes novelistas de todos los tiempos. De igual modo, en ninguna parte como en la historia se halla todo aquello que apasiona en las novelas, y en más vasta escala. Personajes y acontecimientos movidos por las fuerzas misteriosas que incesantemente operan en la vida de los pueblos. Hasta la magia y el color de las épocas pretéritas. Apasionan también los libros de ciencia que casi siempre se encargan de llevar la ficción a la realidad. En definitiva hay épocas propicias a la novela. La nuestra, convulsa y crepuscular, quiere libros que le den su propio drama. En esto el ensayo alcanza ventaja sobre la novela.

En nuestro medio es evidente la preferencia de los escritores por la historia. Las razones son obvias. La novela es más comprometedora. El novelista se siente cohibido para referir las propias o ajenas experiencias, o describir el mundo que le rodea. Nadie sabría apartar al novelista de sus personajes, y buscarían su identidad con personas de la vida real, aunque no fuese ésta la intención del autor. Recuérdese el caso de Teresa de la Parra, quien se vio obligada a contestar cierto género de crítica poco benevolente. Mil circunstancias limitan al escritor para expresarse con plenitud. Aprovechar el material novelable que hay en las vidas oscuras cuya historia no llega a la otra historia, o no merece atención de los historiadores, es también lo más difícil. Por lo común, nuestras novelas se quedan a medio camino, o se convierten en simples panfletos y caricaturas de la vida real. Prescinden de lo más hondo y verdadero, o abandonan la gran fuente inspiradora. La historia, en cambio, se considera oficio de personas serias. Hay más ancho margen para esconder la propia personalidad, y también la falta de talento. La fisonomía del escritor se oculta bajo el montón de fichas. Su espíritu se queda en ellas, incapaz de remontar el vuelo.

En años recientes los novelistas fueron más afortunados que los historiadores. Disfrutaron sin reservas del favor del público. Un novelista se vio elevado a la presidencia de la República contra un historiador en las décadas precedentes. Anteriormente había escasez de historiadores. Hoy, en cambio, hay plétora de ellos, lo cual indica la necesidad de cultivar otros géneros. Es posible que la próxima generación, nacida de los inmigrantes de hoy, traiga consigo una buena cosecha de novelistas. Serán quizás personas dotadas de menos estiramiento mental, más aptos por lo mismo para ver o interpretar la vida que bulle a nuestro alrededor, bajo la gran luz del trópico.

"Huellas en el Agua", *El Nacional*, 5 de diciembre de 1957.

Bajo el Samán.

LA NOVELA

La novela en nuestro país necesita una renovación. En otros términos, necesitamos nuevos novelistas que nos ofrezcan temas distintos de la vida venezolana. La novela, como todo, está metida en un callejón sin salida. Hay que devolverle su libertad. Abunda entre nosotros el material inédito para las grandes novelas. Cualquiera diría que la facultad de observación de nuestros novelistas sufre cierto embotamiento. Multitud de personajes, una vida en plena transformación, corre por nuestro lado en busca de un novelista. También pudiera creerse que cierto saludable temor impide a los autores dar rienda suelta a sus facultades de observación. Podría ocurrir también que los personajes de una novela sean reconocidos o confundidos con algunos personajes reales, lo cual traería malas consecuencias al autor. Pero es indudable que la época tan rica, de aspectos, de significado, de caracteres, espera su novelista que es como decir su historiador.

El Universal, 20 de marzo de 1943.

Bajo el Samán.

ALGO SOBRE "CUBAGUA"

Los organizadores del "Festival del Libro Venezolano", (II Festival) han incluido en él mi libro *Cubagua,* escrito hace bastantes años. Debió publicarse en 1930, porque cada libro, al menos los de esta clase, tiene su año. No lo fue hasta 1931 en la editorial "Le Livre Libre", una edición de la cual apenas circularon sesenta ejemplares en Venezuela. Es posible que el resto de la edición fuese incinerda por aquel tiempo en la Aduana. Deseaba ofrecer al lector una edición revisada y corregida de *Cubagua,* y así convinieron los editores. En carta fechada en Lima el 1º de abril del presente año me comunicaron que ya estaba impresa, es decir, lo hicieron tal como se hallaba en anteriores ediciones. También convinimos que junto con *Cubagua* se publicaría *La Galera de Tiberio,* (crónica del Canal de Panamá), de la misma época de *Cubagua.* Los editores hicieron caso omiso de esta condición.

Estoy lejos de creer que *Cubagua* es una novela propiamente dicha, aunque este género admite hoy las formas más diversas. Mucho menos creo que pueda ser considerada una novela de Margarita. Para serlo me faltó contacto con los trabajadores del mar —no fui con ellos a capear tempestades, no vi nunca una pesca de perlas—, y esta es una de las fallas de *"Cubagua".* La fúnebre islilla cubierta de nácar era un tema olvidado. Al encuentro salían imágenes que era necesario atajar, o agarrar por los cabellos. Había por aquellos días el *Heraldo de Margarita,* periódico fundado en la administración de Manuel Díaz Rodríguez, entonces presidente de Nueva Esparta, del cual circularon pocos números. Una capilla de la iglesia franciscana me servía de oficina. Un aire caliente y mohoso se respiraba en esta capilla. La prensa donde se tiraba el periódico estaba en el presbiterio del altar mayor. En la capilla había un altar roto, de ladrillos, que hice refaccionar para poner libros y papeles, y en el suelo, contra la pared, una lápida sepulcral, también rota. Allí leía la crónica de fray Pedro de Aguado, hallada por azar entre los pocos libros del Colegio de La Asunción, en la cual se narra la historia de Cubagua. Nombres, personas, cosas, ruinas, soledades, venían a ser como un eco del tiempo pasado. Aquellas imágenes

acudieron luego a mi memoria, y ese fue el origen de mi librito, simple relato donde sí hay, como en *La Galera de Tiberio,* elementos de ficción y realidad.

También *Cubagua* fue un intento de liberación. Hacía tiempo deseaba escribir un libro sin pretensiones, donde los reformistas no tuviesen puesto señalado, como lo tenían en la mayor parte de las novelas venezolanas escritas hasta entonces, o no hubiese pesados monólogos de sociología barata, o discursos de reformistas, el gran reformista, especie de arquetipo que mira con desdén al común de los mortales. Aunque los reformistas son personas inevitables en la vida nacional, ahora mismo como hace cien años, los diarios aparecen llenos de artículos reformistas, o de gente reformista. Todos hemos sido alguna vez reformistas. En unas apuntes inéditos sobre la novela venezolana dedico algunos párrafos al personaje o autor reformista. En *La Galera de Tiberio* hay personajes reformistas. Deseaba asimismo darle una sacudida a mi prosa, privada de aire y de sentido vital. Me interné de nuevo en la tierra adentro. El falucho de Cubagua quedó muy distante, a la orilla del mar verde. Si quisiera regresar tal vez no lo hallaría. Desearía escribir una nueva versión de *Cubagua,* de igual modo que a veces nos viene el deseo de hacer una nueva versión de la vida.

"Huellas en el Agua", *El Nacional,* 13 de diciembre de 1959.

Bajo el Samán.

DIAZ RODRIGUEZ

La última aventura de Díaz Rodríguez ha sido la del Concejo Municipal. Para mayor ironía, Díaz Rodríguez habló toda su vida del Municipio —cuando nadie lo recordaba— y fue acérrimo defensor de las libertades municipales. Además como magistrado trató de crearlos en Margarita donde no quedaba rastro o vestigio de semejante institución.

Díaz Rodríguez hubiera sido feliz toda su vida. Poseía una hermosa propiedad en Los Dos Caminos —camino de Petare— junto a ese mismo pozo de Sebucán donde se miró Peregrina. Deseando meterse dentro del corazón la inmensa amatista que fulgía ante sus ojos.

También hubiera podido irse a Europa o desterrarse a esperar, mientras la vida le diera tiempo, desligado de todo compromiso, recluido en sórdido o contemplativo egoísmo. Pero creyó que su deber era otro. Ir al combate, asumir su responsabilidad de venezolano en tiempos durísimos. Conocía que la vida no le daba tiempo. No estaba hecho de pudibundeces, de trastadas, para las reputaciones virginales. Y fue a la política con el pensamiento o la ambición —que en esto hay también muy noble y alta ambición— de servir a su país. Aceptarlo tal como es, con intención de servirlo, es una posición más eficaz que el calculado apartamiento o la cómoda indiferencia. El comprendió a tiempo que no todo es arte estéril, sino ese otro arte o amor fecundo que se exaspera y sufre. Díaz Rodríguez sufría grandemente. Y este sufrimiento se debía a que comprendía muy bien la tragedia de su país. Tenía la pasión de servir, no de mandar.

Cuando se habla de tradición racial o se dice que no tenemos tradición racial, se piensa instantáneamente en este hombre, hijo de isleños, con verbo encendido en claridades itálicas que comprendió la luz, esa buena luz nuestra, y quiso también entender el lenguaje del pueblo. Un pueblo que tiene su acento típico, mezcla de razas, lo cual es ya un principio de tradición racial remontada a muy buenas estirpes, como la de España y la de Africa y la del indio, tan heroicas todas como para fundir el tipo del soldado de la independencia. Y para fundir el tipo tan inteligente del obrero venezolano. No puede haber tradición heroica sin tradición humana. Esa raza que por lo mismo que no sabe a quién

pertenece, pertenece a sí misma como sus demás hermanos de América. "Ninguna otra nación de América Latina ha producido una literatura tan característica de su vida como Venezuela" —dice el profesor W. Spencer Robertson —observador de estos pueblos de Hispano América— en su *Historia de las Naciones de América Latina.* Y este carácter tan propio que le ha dado aptitud para expresarse o comenzar a crearse una literatura, va tan íntimamente unido a la tradición heroica como las dianas de Carabobo. Este acento —el cual habrá de ir depurándose— es ya la expresión de un grupo humano.

Díaz Rodríguez no era hombre amable ni de componendas. Era hosco, malhumorado, nada amigo de confiarle a nadie sus ideas, mucho menos sus fórmulas o secretos literarios. De hacer confidencias. Era hosco, henchido eso sí de sinceridad y simpatía. Lamento no tener ahora a la mano sus libros, en especial su Menasje a la Asamblea Legislativa del Estado Nueva Esparta, documento honroso en todo tiempo para un hombre público, cualesquiera que fueran las circunstancias políticas de su Patria. El pensamiento auténtico nada tiene que hacer con el sistema de un momento o "la masa de trapiche" como lo llamaba el autor de *Idolos Rotos.* De ese pensamiento se deriva una enseñanza que habría sido conveniente imitar y la cual no debe olvidarse.

La revelación de Venezuela fue tardía a él. Esto fue uno de los dolores de su vida. Esa tardanza. Comenzó a prepararse para escribir el libro que no había escrito. Estas notas, los fragmentos de ese itinerario, las recogieron luego las fieles manos de su compañera en un libro póstumo, *Entre las Colinas en Flor.* A este libro consagramos hace tiempo una nota, la cual por creerla de actualidad reproduciremos mañana, aun cuando no compartimos algunas de las ideas vertidas en ciertas páginas, influencias más bien del tiempo y cuya rectificación puede observarse en su pensamiento posterior.

Ahora es de presumir o fácil de imaginar a quienes le conocieron, las frases o palabras que hubieran caído de sus labios con el solo presentimiento de la ocurrencia concejil. A Díaz Rodríguez se le olvidó decir antes de morirse algo semejante a la cláusula que Heine incluyó en su testamento: "Prohíbo terminantemente que se sirvan de mi nombre para ninguna clase de mojigangas políticas".

Signos en el tiempo.

EL CUERVO

19 de enero de 1938. La "Sociedad Edgar Allan Poe", conmemora el natalicio del autor de "El Cuervo". Mientras la nieve cae sobre Baltimore, unos coros escolares cantan en la iglesia Westminster las *stanzas* argentinas de "Las Campanas" y la gloria de Annabel Lee. Poe estaba en la cárcel una noche de año nuevo. Sufría prisión por deudas contraídas por un hermano suyo. Los carillones de los templos protestantes y las otras campanas católicas y griegas voltigean sobre Baltimore, mientras el blancor de la nieve cubre sus negras fachadas.

El profesor Ernest J. Becker, Presidente de la Sociedad, al explicar el significado de la obra de Poe, dijo aquella tarde: "La poesía de Poe no es propia para niños. Debe darse a leer a los alumnos poesías fáciles de Longfellow, Wordsworth y Tennyson, simples y bellas cosas relacionadas con entes reales. Lo son tanto como lo es el *Cuervo* en relación a los pájaros verdaderos. Sus personajes personifican desesperación y agonía, son tipos tan bellos e inanimados como estatuas". Algo semejante puede decirse de Pérez Bonalde. Poe es para los venezolanos Pérez Bonalde. Su poesía no es propia de un pueblo joven. Pero el pájaro negro o el avechucho cruzó el mar y se vino tras las huellas del gran viajero a guarecerse en las oquedades de las montañas, en las tierras luminosas. Si hubiéramos podido dedicarle un rincón donde guardar los objetos, las cartas y obras del padre de Flor, hallaríamos los vestigios de otra vida rota. En un principio la poesía de Pérez Bonalde llega a causar casi disgusto. Después se creería encontrar en ella algo así como un eco de nosotros mismos. Sin embargo, es necesario transformar el negro avechucho en pájaro luminoso.

Durante su estancia en Filadelfia —se lee en las biografías de Poe— hizo estrecha amistad con Thomas Holly Chiver's, autor de "Lamento en la muerte de mi madre". Las estrofas de esta poesía concluyen con el motivo o nota final de "El Cuervo": *No, nevermore.* Chiver's era hombre de genio bastante sarcástico, y aseguraba, para desesperar a Poe, que él, Chiver's, era el verdadero autor de "El Cuervo". Pero es en Nueva York, en los crudos inviernos, sin leña para calentarse, que "El Cuervo" cobra forma definitiva. Poe lo vio una noche en el umbral

de su aposento. Lo vio con el rojo elíxir que le dio la posesión inmaterial de Ligeia. Cierta tarde, Poe anuncia a un amigo que iba a leerle el mejor poema escrito en lengua inglesa. Hasta entonces la posición inferior de los escritores americanos con respecto a los ingleses, era evidente. Poe lo leyó varias veces en Nueva York, y por última vez en Richmond, en una audición organizada por sus amigos de aquella ciudad, poco antes de emprender el viaje fatal a Baltimore.

Allí en la "Sociedad Edgar Allan Poe", dejé esa tarde la traducción de "El Cuervo" de Pérez Bonalde. Entre muchas traducciones no había una española. La que allí se halla es la versión venezolana de Pérez Bonalde.

Viaje por el país de las máquinas.

LAS NUBES DEL GRECO

Washington, agosto de 1941. Por efecto de la perspectiva, la chata cúpula de la Galería Nacional de Arte —uno de esos blancos edificios que por humorismo designan algunos con el nombre de "mausoleos"— parece salir del propio monumento a Washington. Cualquiera diría que la punta del monumento va a clavarse en el vientre del zeppelín que todo el día traza círculos sobre la ciudad. Pero el zeppelín se desliza y pasa suavemente sobre la punta de aquella daga. Bajo esa cúpula blanca hay dos cuadros del Greco: "San Martín y el Mendigo" y "San Ildefonso". En el San Martín hay nubes, cierto color que recuerda las "Nubes sobre Toledo" (Museo Metropolitano de Nueva York) de que hablamos una vez. Nubes arrastradas por un torbellino. Nubes de extrañas formas en las cuales lo blanco se va volviendo oscuro. Diríase que van a sepultar el poblado sobre el verde de los declives. Un verde estremecido con la última claridad del día. Son las nubes desatadas sobre el mundo actual.

Hay un color propio del Greco esparcido en muchos de sus cuadros, también evocador de esas fantásticas nubes. Es un color que no es propiamente rojo sino más bien lila o amatista o de una púrpura morada. Es el color de la piel que ciñe un pastorcillo en el nacimiento de Cristo (Sociedad Hispánica de Nueva York) sobre el cual descienden los ángeles. El mismo del manto de la Virgen que da de mamar al Niño. El mismo de la túnica de Cristo y la de San Lucas en "La Ultima Cena". El color que ciñe el busto de la maravillosa María Magdalena atribuida al Greco o el de las vestiduras del cardenal don Fernando Niño de Guevara (Museo Metropolitano de Nueva York). Es el color que cambia de tono, en el tapiz de la mesa de San Ildefonso. Un rojo distinto a ese rojo espeléndido que el Tiziano pone a sus cardenales de color marfileño, tocados por un bonete, o a los ropajes de los calvos senadores venecianos, con anchas bocamangas guarnecidas de armiño. Es el color de este tiempo, ese que el Greco ha esparcido en sus cuadros. El mismo color de los horizontes azotados por los aviones; el de los pueblos bombardeados en la noche. El color nocturno de los campos petroleros. Y al mismo tiempo es un color de meditación, de humildad y paz.

¿Qué utilidad social traen esas reminiscencias pictóricas?, preguntará alguno con gesto de amenazadora suficiencia. En primer término es bueno informar de todo. Se informa de estas nubes del Greco como del bombardeo de una ciudad cualquiera. El arte es indispensable a la humanidad. Ya el hombre de las cavernas sentía necesidad de él. Claro que para que se produzca el arte es preciso que los pueblos vivan. Los pueblos sin vida, aunque la tengan en apariencia, sólo tendrán un arte ficticio, convencional. El arte es signo de vitalidad. No siempre se ha de hablar de estadística, del aumento de las exportaciones o algún empréstito para "el progreso". Es relativamente fácil establecer comparaciones numéricas, pero que se produzca un artista como el Greco es muy difícil. El arte es también la mejor forma de expresar las cosas con menos peligro. Si Cervantes, por ejemplo, explana sus ideas, probablemente lo hubieran quemado vivo. Recurrió a otra forma y escribió el *Quijote,* que vive hoy como viven esas nubes del Greco. Los mismos financistas que acumularon fantásticas sumas de dinero comprendieron su necesidad y utilidad cuando compraron esas obras de arte y las ofrecieron al público. El arte es la suprema liberación.

Es también muy raro que Leonardo de Vinci o Velázquez sean indicados prototipos del hombre de mañana, como lo hace Wells, lo cual no pasa de ser una genialidad Wells los considera de la cualidad mental que ha de caracterizar a los hombres del "mundo nuevo". Sin embargo, había en Leonardo y en Velázquez algo más que conocimientos. La humanidad podrá realizar los sueños que hoy parecen imposibles, pero tal vez le sea difícil en todo tiempo producir a voluntad un Velázquez o un Leonardo, por más que los promotores actuales establezcan su orden en una u otra forma. Si el hombre de ese mundo futuro llega a ser superior al de hoy —por lo menos más feliz—, será porque habrá podido libertarse del fardo inmenso que tales promotores han ido arrojando sobre él. En esto seguramente lo hubiera ayudado Leonardo.

Rembrandt tiene también su culto en el "nuevo orden".

Viaje por el país de las máquinas.

LITERATURA AMERICANA

Nueva York, noviembre de 1941. La novela de Ciro Alegría *El Mundo es ancho y ajeno,* premiada en el concurso panamericano de novelas, ha sido vertida al inglés. No ha faltado quien pregunte si la novela va a ser prohibida en el Perú, según ocurrió con cierta película. Ciro Alegría es un desterrado y su novela pone al descubierto aspectos de la realidad peruana. En sus líneas generales la descripción de esta vida corresponde con variaciones locales a la de gran parte de Hispano-América. Rasgos típicos de la vida y la novela americana. Si John Dos Pasos pudiera dedicar más tiempo a tales lecturas se impresionaría más aún y abriría los ojos asombrados ante esas revelaciones de las ignotas tierraes hispano-americanas. Es verdad que tales zonas son nada inéditas, trajinadas como se hallan por los viajeros, pero el propio acento no ha llegado aún del todo a estos extraños oídos.

Las relaciones panamericanas descansan sobre una armazón puramente oficial. El tratamiento oficial es indispensable en esto de relaciones culturales, políticas y económicas. Es preciso haber sido cuando menos senador para merecer algún crédito. La música es hasta hoy lo más aceptable en ese mundo, porque aunque es a menudo expresión igualmente dramática de un estado de espíritu, evita penosas explicaciones y es más adaptable a la mixtificación. Puede utilizarse con mayor facilidad en la fraseología al uso. La literatura, al contrario, es la gota que puede filtrarse en esa armazón tan estrecha y barnizada. Si la literatura hispano-americana llega a ser "descubierta" realmente por los representantes del espíritu del norte, entonces el convencionalismo oficial sufrirá una ruda prueba. O se pondrá en evidencia su contradicción con la realidad. Entonces comenzará tal vez el verdadero conocimiento y el verdadero entendimiento, sin inútiles intermediarios ni falsificación posible.

Ha quedado abierto un nuevo concurso, esta vez más amplio, ya que incluye obras de diverso género. Y optimista de suyo, pues el resultado final será en 1943. Sin embargo, el sistema de jurados en las capitales de cada país, deja mucho que desear, ya que sus juicios están influidos inevitablemente por los prejuicios locales, políticos o perso-

nales. Alegría, por ejemplo, no hubiera podido nunca tal vez, ser elegido por un jurado peruano. Su obra fue recomendada por el jurado chileno. También existe el riesgo de que la obra literaria de un autor sea consideradea con el criterio político de los miembros del jurado en cada país. Recomendable sería que la elección de las obras que han de ser enviadas al concurso, se hiciera también por comités desvinculados del medio en que viva un autor.

Escritas las anteriores líneas asistimos a una conferencia de Luis Alberto Sánchez acerca de la novela americana (uno de los lunes literarios organizados por el profesor Federico de Onís en la Casa de las Españas). Sánchez abordó el tema con la maestría que le es propia, siendo como es un especialista, acaso el que más tiempo ha dedicado al estudio de ese vasto mundo de la novela americana, y lo consideró desde el punto de vista político, social y económico. Algunas observaciones acaso discutibles, tales como la de que Balzac es el novelista sin sentido polémico, el novelista de un mundo ya hecho, el mundo burgués. Quizás podría sostenerse lo contrario, al menos en muchos aspectos de la comedia humana. Balzac, el novelista que arranca los velos pudibundos a un mundo hipócrita. Pero en general muy certeras observaciones las suyas, especialmente en lo referente a la crítica y género novelesco en América comparándolo con su última etapa —ensayo, novela y poema— en Europa (Inglaterra, Francia) y también con Estados Unidos. En su disertación, Sánchez señaló de paso, aunque en forma indirecta, el mismo inconveniente de los jurados nacionales o regionales. El jurado peruano eligió una novela de acuerdo con las circunstancias políticas de aquel país. El novelista Ferrando escribió una novela de acuerdo con esas circunstancias, especialmente para ese jurado, o con la idea anticipada de que se le confiriese el premio en Lima. Una obra que Sánchez calificó de falsa y artificiosa, sin la fuerza y el vigor de la otra.

Viaje por el país de las máquinas.

POLITICA E IDEARIO

NECESIDAD DE CREAR

"Tu fuerza está en la soledad", escribía en su diario el maestro citado al comienzo de estas líneas. Pero esa soledad que Leonardo de Vinci recomendaba al artista y que nosotros hemos convenido en llamar nuestro interior, es decir, los territorios despoblados, necesita amor y conocimiento. Comprendemos perfectamente, cuando se ha experimentado el gozo de los horizontes, que ciertas naturalezas traten de sustraerse a la órbita mezquina de nuestras ciudades. No sería necesario el ejemplo de Bolívar que se confesaba a sí mismo poco inclinado a la vida de gabinete. Sin duda adquirió esa aversión en sus campañas, en los años pasados en la pampa, cuyo silencio arde también en el corazón del hombre. Los recuerdos amontonados en la plazuela, frente a la casa natal, no bastaban a compensarle las noches junto al Orinoco o en las llanuras de los Andes. Su inquietud no podía posarse en razones artificiosas y argucias de covachuela. Todo aquello le ocultaba el mundo que él comprendía y sentía. Se concibe que se sintiese legislador, es decir, creador, ante la revelación de aquella naturaleza, y hablase allí como si estuviere al comienzo de los tiempos. Consideraba probablemente, que esas ciudades vivían a usanza de forasteras menesterosas, los pies desnudos sobre su útil riqueza. En aquel delta cenagoso, o en aquel golfo terso y profundo —evocador de mástiles— que se insinuaban a él con la fuerza de los que buscan a su acción un sentido de futuro —ajeno a cicaterías de rábulas y manejos de trastienda—, podría levantarse la nueva ciudad, comienzo y no final de una cultura. Por aquel mundo mitológico asomaría la historia inédita a la cual se adelantaba ese hombre compuesto de razas distintas que debía tardar tanto tiempo en ver con sus propios ojos. Ahí estaban en cambio las ciudades decrépitas donde, a pesar de todo, continúa la existencia del pasado. Si una catástrofe barriese esas ciudades no dejarían huellas, o si se las encontrase sepultadas bajo la selva sería inútil interrogarlas. Se hallarían edificios costosos, pero sin aquella significación que tienen las obras realizadas con esfuerzo creador. No serían esas ruinas como las de una ciudad maya o griega, ni siquiera como esas otras ciudades barrocas y plateresca, que los fundadores quisieron reproducir, imagen de la patria perdida, bajo los cielos equinocciales del nuevo continente.

Y he aquí que hoy nos hallamos como al principio, ante una necesidad de crear. Situación original, sin duda, pues depende ante todo de una aptitud o de una vocación. Este activo crear brilla ante nosotros como un guijarro en el camino o un lucero en el fondo celeste de un poema mítico. Tal vez en esa palabra ardiente se encuentra el contenido del horóscopo simbolizado en el árbol de que hablábamos al comienzo de esta lectura. Por todas partes esa tierra de costa silente parece indicar una dirección en tal sentido. La tierra y el tiempo. Porque no es en un pasado definitivamente muerto donde será posible encontrar el ritmo acelerado de esa actividad creadora. Demasiado patética es la actitud del hombre que se ase desesperadamente a él y trata en vano de arrancarle un eco, un signo de vida. Sus frases caen en el vacío; sus palabras tienen eco de inconfundible senectud; su lenguaje es incomprensible y su obra misma, así se halle ataviada con aquel sudario espléndido, estará contaminada de esa gelidez de muerte. Preferible en todo caso, si queréis, es la barbarie. Ella lleva consigo exaltación —don de juventud— y en ocasiones hasta buen sentido, capaz por lo mismo de vencer la indiferencia en la cual parecen anegadas todas las cosas. Es muy cómoda la postura del que nada quiere oír ni se da por enterado y confunde arbitrariamente las ideas para siempre tener razón. La cultura en todo caso, no es inercia o inmovilidad de espíritu. No es una expresión arcaica. Es, ante todo, comprensión y facultad de proseguir la historia. Y no es que se quiera hacer profesión de fe contra el pasado. Aquí mismo hemos visto cómo en sus entrañas pueden hallarse los augurios del presente y del futuro. Hay fuentes recientes ya exhaustas y en cambio otras de origen remoto que fluyen siempre jóvenes. Sin duda el pasado puede ofrecernos un refugio dónde palpar el color ideal y fastuoso de las cosas antiguas. Pero un culto exclusivo del pasado supone no ya un retorno estéril sino una superchería —y todavía más—: la atrofia del cuerpo y del espíritu.

Quizás sea el arte el llamado a despertar esa virtud creadora. Un arte que ha de llenarse de tierra las manos. Las tres zonas pasan casi a un tiempo bajo el sol: la zona agrícola, la de los pastos y la de los bosques. De las sierras del sur a la costa aplacerada y riscosa. De los médanos de Paraguaná a los bosques de Paria. El brillante día traza hondos surcos y el alisio, el brisote, esparce mundos de gérmenes dormidos.

Una ojeada al mapa de Venezuela.

UN PENSAMIENTO NACIONAL

Actualmente hay indicios de que el pensamiento venezolano quiere hallarse a tono con la hora presente; y sin ir muy lejos podría añadirse que comienza a formarse un nuevo pensamiento venezolano. Confesemos que esta orientación llega con algún retardo. No sería fácil señalar de una vez las causas múltiples de semejante atraso, pero no es aventurado afirmar, en contra de todas las apariencias, que durante muchas décadas hubo ausencia de pensamiento en nuestro medio, o al menos, lo que se tuvo por tal, careció de aquellas significaciones que aseguran la eficacia del pensamiento. Se llegó a perder el hábito de pensar. A nosotros los venezolanos nos hace falta un poco de reflexión. Todavía hoy es fácil confundir el pensamiento con alardes de ensayos verbales y cierto morboso estancamiento en zonas exhaustas; en simples motivos que ya no significan nada. Palabras que llegan a confundirse con ideas. Es una función que es preciso crear, o crear de nuevo. Cuáles serán las características que van a fijar la posición de ese pensamiento es, entre otras, la primera consideración que se ofrece. El pueblo nuestro necesita ante todo generosidad y este impulso cordial debe fluir del pensamiento. Tal vez esta falta de generosidad, este acerbo fruto que cuaja en nuestro vivir, es una de las causas que quisimos apuntar arriba. Nuestro pensamientos perdido en banales discreteos, anquilosado en labores de archivo y en divagaciones sociológicas debe, si quiere llegar a climas de más alta lozanía espiritual, sacudir su marasmo a pleno sol por las anchas rutas del mundo. Se habla constantemente de venezolanismo como una manifestación de ese nuevo pensamiento; pero si aquél ha de existir realmente, o si tiene en verdad algún sentido, le será preciso saturarse de universalidad. De lo contrario este sentimiento de lo venezolano resultará una parodia, y como toda parodia, mezquina y pobre. El venezolano habrá de poner a su ideal motor y alas, y abrir las ventanas para que el aire de fuera, el aire del mar, el alisio, oree la tierra gredosa y penetre hasta en los corazones.

Verdadero será el pensamiento que se introduzca en la corteza amarga y espinosa de lo venezolano. Será el pensamiento de regreso de largos viajes por los mares del planeta y por los misterios de la tierra

adentro. Un pensamiento con las manos llenas de palabras luminosas. En una palabra, enseñanza desprovista de pesimismo, de pesimismo casi siempre ególatra, donde el que habla parece casi siempre dominado por la misma barbarie que combate. Fue otra modalidad triunfante de nuestro pensamiento —y lo es todavía en muchos sectores— seducido por el brillo fácil, no siempre puro, que despide la candente y estéril invectiva. Ya otra vez —a propósito de Juan Vicente González— nos referimos a ese pesimismo literario, inclinado a leer presagios de muerte en los destinos de un pueblo naciente que aún no conoce su propia alma, y encontrábamos preferible la misma barbarie, la hermosa barbarie llena de candor. No hay pensamiento —o lo hay poco— en esas peroratas de tan excelente fortuna.

Yo quisiera abrir una mañana ese libro que ya parece anunciarse en los celajes del pensamiento nuevo y leer en sus páginas, como en un cielo taraceado de constelaciones, las palabras sencillas, de hondo sentido humano, capaces de quedar grabadas en el espíritu para volver a los labios con toda su fragancia. Entonces sí creería realmente en la existencia de un pensamiento venezolano y en sus proyecciones más o menos inmediatas.

Son muchas las manifestaciones que se nos brindan como nutridas de sentimiento venezolanista y traen sólo su rencor desflecado, un rencor ancestral e irredento. Existe quien crea que debe amarse la charca de mirada verdosa, en acecho tras los cujizales, y guardarla contra un enemigo que somos nosotros mismos. Y existe quien sólo concibe la historia nacional desenvolviéndose en una porción escasa de territorio, con criterio lugareño, sin objeción posible. Será éste un pobre venezolanismo fracasado, sin nada que ofrecer al mundo.

Son en definitiva los monstruos con que habrá de luchar en primer término el pensamiento nuevo. Que creará sus mitos al realizar sus empresas fabulosas para estar de regreso, quién sabe cuándo, en su esquife cortado en puro laurel negro de Guayana, esquife de velas temblorosas familiarizado con todos los horizontes.

Febrero 1934.

Parece que el pensamiento nacional estuviera muy por lo bajo del destino geográfico del país. Como lo está de la situación del mismo mundo. Paria, por ejemplo, vale más que todos los sueldos y todos los portazos que se oyen durante el día en las oficinas públicas. Todas las quinarias no tienen el precio de Paria, el golfo entre Trinidad y Costa Firme, el paraje que Colón llamó *Jardines*. De un lado los navíos, del otro los aviones lanzándose a vuelos de reconocimiento, posándose en las islas

junto con las zancudas. Se comunica con el Delta del Orinoco. Ruta de conquistadores. De almirantes. De pueblos de fuerte voluntad, de gran ambición y poderío. Legado del siglo XVI a la nación que supiera mantenerlo. Hermosas cartas habrá en Washington del golfo de las perlas con sus canales, sus islas, sus placeres, sus bocas, sus arrecifes, sus costas montañosas, de muchos ríos. Del golfo que pudo ser nuestro. No puede verse desde las Casas de Gobierno, tras de los escritorios de hombres sedentarios. Requiere ese territorio un gran pensamiento, una gran energía. La abulia ni siquiera consiente pasar la vista por tan maravillosos parajes. Si acaso pondera los recursos del país al extranjero para que venga a llevárselos, mediante el pago de un modesto impuesto. Requiere todo eso un espíritu diferente al que anida en esos flamantes despachos, satisfecho del mero formulismo, encomendando a otros el propio destino para mejor vivir sin inquietudes.

4 de enero de 1940.

Una ojeada al mapa de Venezuela.

VENEZUELA, PAIS DE EMIGRANTES

Noviembre 3 de 1942. De país de inmigración, donde por espacio de más de un siglo se habló de inmigración, desde la primera colonia de alemanes hasta los últimos treinta portugueses llegados recientemente, Venezuela se ha convertido rápidamente en país de emigrantes. Emigran los estudiantes, porque encuentran muchas dificultades para estudiar en su propio país y han de ir a desenvolver su vocación a otros climas, menos suaves que el que nos pondera Silvio Santiago García, pero más propicios a sus aspiraciones, sobre todo más baratos. La carestía de la vida en Venezuela no sólo nos permitía ser un gran país importador, en tiempos ¡ay! más bonancibles, sino que siempre nos ha permitido y permite ser un país de emigrantes. En efecto, se vive mejor fuera de nuestro país con la moneda venezolana. Tales son, además del impuesto sobre el petróleo, algunas de las ventajas de "nuestra moneda alta". El mismo espíritu nacional anda generalmente ausente de la realidad, por lo que puede decirse que también emigra a climas casi siempre lejanos e inclementes. De ahí algunas medidas que a la postre resultan en contra nuestra. Actualmente tenemos, entre otras, la semana de las cuarenta horas que si bien nos equipara con los países democráticos, ha traído en cambio la rebaja de los salarios a multiud de trabajadores, quienes sonríen satisfechos de tan felices innovaciones. Habrán de emigrar también —ya han salido algunos— a lugares donde haya trabajo o donde se les permita trabajar. Nada raro sería, que en vista de la escasez y carestía de la leche, las mujeres venezolanas vayan también a criar sus hijos en algún otro país donde puedan adquirir leche más barata y no se la bote en las plantas para mantener el precio.

A lo mejor resulta que en esto de la guerra nos va a ocurrir con la población lo mismo que con las importaciones, cuando fueron prohibidas en el momento en que cerrábanse los mercados mundiales. Nos quedaremos probablemente con nuestra vida cara, con nuestros burócratas millonarios, con nuestro paludismo, con una capital asentada en medio de un desierto, en el horizonte las torres de petróleo. Se está ya perfilando lo que cada país será después de la guerra, lo que ganará o perderá en estos años. No podemos negar que ya hemos perdido mucho.

No sabemos en cambio, si podremos al fin explotar nuestro clima y ofrecerlo en venta, tal como lo imagina Silvio García en su crónica "Albas, Crepúsculos y Noches para Extranjeros". Es una idea, esa de pregonarlo en los barcos de tránsito —¡cuando había barcos!— que muy bien podría comprar para la propaganda la Oficina Nacional de Turismo. Aunque quizás no le crean mucho a su autor cuando les asegure que en esa exportación del clima caraqueño Venezuela "obtendría beneficios mayores que del petróleo de sus pozos". Sin embargo, todo es posible. No sabemos tampoco si nuestro clima podría abandonarnos. El mismo García habla de irse, aunque sin llevarse las noches caraqueñas en sus baúles. Los daneses traídos a precio de oro también se fueron.

De tiempo en tiempo los diarios publican fotografías de alemanes que regresan a su tierra, sin acordarse de que el señor Ludwig, biógrafo profesional, propone para ellos la cautividad y el exterminio. En esas fotografías aparecen juntos hombres, mujeres y niños en espera de los vehículos que han de conducirlos a Puerto Cabello o asomados a las ventanillas de un vagón en el momento de partir. No podría decirse hasta qué punto nuestro país se beneficie de estas emigraciones en masa. Son en su gran mayoría hombres laboriosos estos alemanes, "productores" como debe decirse, gente sana que ha vivido largo tiempo entre nosotros. Viendo estas fotografías de emigrantes ocurre pensar si se trata de suplantar un odio con otro, si existe de hecho un racismo al revés, o si hay extranjeros a quienes les está prohibido vivir en Venezuela. Se asegura que esas repatriaciones son voluntarias, a base de solictudes de los mismos interesados. Pero también se dice que estas solicitudes se deben en gran parte a que los que las hacen se sienten en una posición incómoda, mal vistos y desempleados. Sea lo que fuere, resalta la anomalía de un país que ha vivido clamando por falta de población y se halla ahora abandonado por sus escasos pobladores, entre ellos por esos alemanes que han sido factores de trabajo. Es de preguntarse lo que hacen Brasil y Estados Unidos, entre otros estados americanos, con su densa población alemana o de origen alemán. Sin duda, los niños que han nacido bajo esos pabellones estarán seguramente bajo su protección. Son ciudadanos de aquellos países. Pues, algo, especialmente, atrae la atención de estas fotografías de emigrantes alemanes que prefieren su país sometido a las contingencias de una guerra atroz, al nuestro, y son esos niños nacidos en Venezuela, hijos de Venezuela como cualesquiera otros, que no pueden vivir en su patria —la que Dios le dio— y a la que tal vez no vuelvan a ver.

Una ojeada al mapa de Venezuela.

LA POLITICA

A veces, en el ritmo lento de los días, se oye hablar de la "oposición". Prácticamente la oposición ha sido aniquilada o disuelta. De la "oposición" queda apenas un nombre vago en lejanas insinuaciones y comentarios, al recordar los beneficios o la obra de reconstrucción del actual gobierno. Poco a poco, desde los días del 36, la "oposición" fue haciendo mutis. Unos se hallan en el exilio, los otros trabajan pacíficamente en la reconstrucción de la Patria. Vistas ahora las cosas con serenidad no había propiamente oposición. Había un bando que deseaba imponer al gobierno sus aspiraciones. Propiamente no deseaban conquistar el poder sino que éste pusiera en ejecución sus planes o sus ideas. Si se quiere, una oposición mental. Pero en definitiva hacían política gobiernista, tanto así que se declararon partidarios del Congreso, lo cual era adoptar la tesis del Gobierno. La famosa huelga de junio fue más bien una reacción sentimental. Ahora todo eso se ha desvanecido.

La "reacción gomecista" utilizada como campanada de alarma por un lado y por otro la "revolución social", fueron disolviendo lo poco que restaba de aquellas meras aspiraciones de oposición. Los más implacables detractores del régimen pasado volvieron a colaborar con el nuevo gobierno y son hoy su mejor apoyo. La misma prensa, sin distinción de matices, es adicta al Gobierno. Toda la prensa es modelo de ecuanimidad o casi modelo —ya que no es humana la perfección— de ecuanimidad y sensatez. Y la llamada "izquierda" ha hecho y hace política academizante. Aun cuando parezca paradójico, nuestras "izquierdas" sienten entusiasmo por las academias y así vienen a resultar unas izquierdas académicas. El Congreso es aquel mismo "mar" de Coto Paúl.

El país, pues, se enrumba definitivamente. Algunos hablan del 41 y hasta se asegura que ya hay un candidato oficial que cuenta con la unción o el beneplácito de "las Américas", como un día lo tuvo Olaya Herrera. Muchos aseguran que el General López Contreras no aceptará la "reelección". La "reelección", en efecto, no tiene nada de particular. M. Lebrún acaba de ser reelecto. En Estados Unidos es raro el presidente que no cuente dos períodos. Es ya casi tradicional la cos-

tumbre de la reelección. Hoover resulta ya una excepción. Lo sorprendió la baja, y claro, el pueblo americano quiso cambiar de líder con la esperanza de que las cosas mejorarían.

En Venezuela es distinto. Decir "reelección" es tocar una tecla muy sensible. La reelección viene a ser para el pueblo de Venezuela algo así como un ideal romántico de tener un presidente que no sea reelegido, es decir, un presidente vitalicio. Un presidente de un solo período. Y no es que sus presidentes hayan sido realmente vitalicios. El período de Páez tuvo las presidencias de Vargas y Soublette y hubiera tenido también la de Monagas a no haber éste cambiado de rumbo. Monagas hizo elegir a su propio hermano y luego volvió a comenzar otro período, el cual finalizó en sus comienzos. Después del Septenio, Guzmán dejó a Alcántara. Hay alternabilidad, no puede negarse. Cipriano Castro hablaba siempre de su bastón o bordón de peregrino. A cada momento amenazaba con irse. Una día declaró que dejaba el poder por "fatiga" y "hastío", y el país se sintió conmovido en lo más profundo de su alma. Hubo aquella gran Aclamación editada luego con todas las firmas. Manos ingenuas han tratado de hacerla desaparecer hurtándola de las bibliotecas o destrozándola. Pero es inútil. En Washington está el gran libro de la Aclamación y de allí nadie lo puede sacar. Y seguramente habrá otro ejemplar guardado por ahí en algún rincón. El propio Gómez tuvo también sus veleidades de retirarse y al fin no le quedó más remedio que inclinarse ante "la voluntad nacional". Sin embargo, en su período de tantos años hubo períodos provisionales y "encargados". Estos períodos son los que forman los hiatos de los grandes o verdaderos períodos. De manera que el cómputo no puede establecerse en realidad por simples períodos, sino por otros lapsos más extensos, como en los cómputos astrológicos una semana de días no es lo mismo que una semana de años. Cuando el país siente que el "orden" está en peligro se pone en movimiento a fin de que no se infrinja la Constitución o el constitucionalismo, el cual no es otro sino el presidente reinante. En seguida viene la Aclamación. Entonces se respira. Para algo ha de servir la historia.

En síntesis —y para volver al comienzo—, la "oposición" no existe. El Gobierno reina solo y no se puede negar que en este manejo tan costoso, ha exhibido un ponderado tacto político.

Signos en el tiempo.

LOS POLITICOS

Es evidente que el interés por la política ha decaído bastante. Del caos o alboroto de un instante comenzó a surgir de nuevo el mundo de siempre. Las aguas bajaron. Fueron precisándose los contornos y los picachos más distantes aparecieron bañados de luz. El entusiasmo efímero o simulado halló su cauce. El nerviosismo de un instante encontróse de pronto apaciguado.

Fue una lucha entre una clase de políticos nuevos y el político tradicional, experto y sabio, que vio por un instante amenazadas sus posiciones. Esta clase de políticos en el acaloramiento de la hora echó mano hasta de las mismas palabras que con mayor descaro esgrimían sus poderosos y audaces rivales. Triunfó al fin, como era de esperarse, y comenzó a reparar sus pérdidas. Al fin se quedaron en el reparto de utilidades.

En enero de 1936 uno de esos políticos alejado mucho tiempo del país, en una carta fechada en París, donde vivía de sus rentas y dirigida a un alto funcionario, escribía entre otras cosas: "Venezuela es un país de negros y analfabetas donde no puede hablarse de democracia ni de libertad". Y después de otros conceptos más o menos semejantes terminaba diciendo: "¿Qué hay allí para nosotros? ¿Con qué podemos contar mi hermano X y yo"? Había un sillón de senador y había después una secretaría de gobierno y habrá después una Presidencia de Estado. Y había también para X otras distinciones. Tal vez en ninguna parte un político desvele así su pensamiento y mucho menos piense en esa forma de su propio pueblo, al que aspira a gobernar y del que vive. Pero este desprecio es quizás el secreto de esa clase de políticos.

Muchos de estos políticos profesionales piensan de un modo y proceden de otro. En ocasiones tienen expansiones singulares y uno llega a admirarse de que tales ideas puedan albergarse en esas cabezas enigmáticas. ¿Cuál es su propósito al proceder en esa forma? Cautivan a sus oyentes y dejan una impresión agradable. Es una manera de proselitismo personal o una forma de la vanidad. Son casos de doble vida o doble personalidad.

Ahora los políticos andan atareados con el 41 o el 43 o el 48 que es lo mismo. Vienen y van. Celebran los conciliábulos más discretos del siglo. Cada una de estas ideas y venidas produce cierto revuelo, pero ellos nunca quieren estar aquí donde nacieron por azar. No se resignan. Este no es su medio. Son como los autobuses que concluyen por enfadar al que los espera. Toman posiciones. El 41, sin embargo, está distante. En estos tiempos los años son cortos, pero están llenos de sorpresas, de acontecimientos. Valen por muchas décadas de otras épocas.

Los más no pierden el tiempo en esas especulaciones y concreta rápidamente sus puntos de vista: "Lo importante es vivir bien. Es el primer deber del hombre".

En un trabajo de Marañón sobre el conde-duque de Olivares hay una cita bastante significativa: "¡Cabezas, cabezas es lo que nos hace falta!" —decía el Ministro de Felipe IV. Sí, cabezas y carácter, tal vez, quería decir, a menos que en eso de las cabezas quisiera incluirlo todo. El pobre conde-duque no sabía qué hacer. El mismo había perdido la suya.

La política venezolana después de tan penoso ajetreo, recobró así su habitual impasibilidad, la misma taciturna impasibilidad de las estatuas del desierto. Sin embargo, había una estatua que lanzaba gemidos a la salida del sol. Los sabios modernos en su manía demoledora, enemigos de todos los prodigios, quisieron explicar a su manera el diálogo misterioso. La estatua daba voces al comenzar el día, pero la política venezolana carece de esas vibraciones. Y en ese silencio consiste su fuerza.

Signos en el tiempo.

LOS PARTIDOS

Las calles de Caracas ostentan grandes planchas amarillas y blancas donde se leen los nombres de los partidos políticos que funcionan en la capital. Caracas no tiene calles pero tiene partidos. Partido Nacionalista, Partido Liberal, Partido Agrario Nacional, etc., etc. En las paredes se ven también inscritas con tiza y carbón las tres iniciales del P.D.N. Se leen en otros sitios más reservados en medio de leyendas alusivas a esos partidos políticos. Estas hermosas planchas o placas con elegantes letras negras y azules en fondo de esmalte blanco o amarillo de latón excitan la curiosidad del transeúnte. Se ven las planchas pero no los partidos.

De 1936 a esta parte la palabra "partido" hizo furor. Unos fueron prohibidos. Otros quedaron con sus placas. Alguno concluyó por sacarla del bolsillo con arte o destreza de ilusionista.

Parece que el Partido Agrario Nacional cierra ahora sus puertas como esas fondas o tabernas de lujo que dejan en las generaciones pasadas de moda patéticas rememoraciones. El Partido Agrario Nacional se fundó en 1937. La palabra "agrario" es de magníficas significaciones. Fue un hallazgo. Una palabra de esplendor latino, evocadora de luchas por la posesión de la tierra. Después la palabra pasó a América y, como casi todo en estas tierras, vino a ser reluciente como una moneda o a tener ese discreto brillo del oro de aluvión. Ser "Agrario" era hallarse enrolado en una falange de hermosos banderines o enseñas y corvos instrumentos agrícolas. De poesía didáctica y de multitudes clamorosas que se reparten la tierra venida del señor español. Los poetas se entusiasmaron. Había reuniones donde disertar largamente hasta las tres de la mañana y darse una ilusión de trabajo. Los poetas son más laboriosos de lo que se piensa. Son los únicos que pueden, sin fastidiarse, pasar una noche hablando de temas políticos y económicos, siempre que exista a manera de fondo el telón de un partido.

Los partidos tradicionales adoptan un sistema distinto. Son herméticos. Trabajan silenciosamente. Tienen más bien un carácter de círculo o de "club". Los componentes de esos grupos descendientes de los que antaño se disputaron y alternaron en el poder, son los primeros en

contemplar esos partidos tradicionales suyos con escepticismo. No ha sido posible revivirlos o su resurrección ha sido efímera. Sus brillantes placas recuerdan enseguida los membretes de alguna sociedad literaria en el siglo pasado o de mutuo auxilio, en los cuales aparecen en medio de una orla dos manos entrelazadas. Se diría que los miembros de esos partidos, prefieren conservar la independencia, temen los compromisos, desconfían como quien considera su propia seguridad. Acaso sea la experiencia adquirida en el hábito de una vida tranquila. Después de lo visto y oído ¿quién va a embarcarse en una aventura semejante? La aventura de los partidos liberales y conservadores concluyó mal.

Vistas así las cosas se diría que el país repudia los partidos y sólo tolera un género de vida donde cada quien vote, negocie y salve la República por su cuenta. Pero ocurre lo contrario. Los partidos existen y son los mismos partidos tradicionales. Existen los demócratas y los conservadores, como en otro tiempo existieron los liberales y los conservadores. Los que no están dentro del partido "demócrata" son los conservadores. No les queda otro recurso que formar en un solo frente. Los "demócratas" de hoy son los "liberales" de ayer. Son las dos fuerzas siempre en lucha que adoptan nombres diferentes, según los tiempos. Nos encontramos en el mismo caso de hace cien años cuando la prédica del liberalismo comenzaba a hinchar su vela y era considerada una prédica subversiva. Son las etapas de una misma lucha. Después de todo se puede ser conservador y demócrata. Los del partido "constitucional" lo eran, lo eran muchos de ellos. Hoy como ayer existen los dos frentes. Se dirá que el P.D.N. no está legalizado. Pero si un partido existe no deja de existir por falta de legalización; y si no existe es inútil legalizarlo. También alguno argüirá que un país en tan precaria situación como el nuestro no necesita de partidos. Y es la verdad.

Pero, ¿cómo se juega a la política si no existen los partidos?

De todos modos un partido no se inventa como una medicina o una mina en el Caroní.

Signos en el tiempo.

NUESTRO SISTEMA DEMOCRATICO

Una democracia es la expresión de muchas voces, un equilibrio de diversas fuerzas y tendencias. Una sola voz, la de unos pocos, con exclusión de las otras, no resulta propiamente democracia. Será cuando más, una tiranía como tantas otras. En Venezuela es difícil una verdadera democracia, porque no se concibe la organización sino como el predominio de una banda sobre la otra. Según nuestro sistema, es necesario eliminar al contrario. En una democracia el contrario es vencido, pero no eliminado y siempre tendrá a su favor las posibilidades de lucha. Su vencimiento es transitorio, porque también una democracia dispone de cierta alternabilidad. Pero cuando un bando o grupo se ve amenazado de aplastamiento definitivo no le queda más remedio sino tratar de adelantarse. Es en una democracia de esta especie la única alternabilidad posible. Guzmán Blanco se vanagloriaba de haber eliminado al adversario hasta como núcleo social, y era el jefe de nuestro partido liberal. Al menos se presentaba con ese carácter. Y Antonio Leocadio Guzmán, también liberal, es el autor de la frase famosa que tanto se ha comentado con falsas y distintas razones: "Si ustedes hubieran dicho federación nosotros hubiéramos dicho centralismo". Uno al fin comprende la historia y sabe el porqué de aquella frase, que no es solamente una frase, sino una lección de política venezolana. Era dentro de nuestro sistema democrático el único camino posible.

Y es de preguntarnos si nuestra democracia permanece fiel a su tradición, o en otros términos, si los venezolanos habremos de vernos siempre en la misma disyuntiva, o si disfrutaremos algún día de mayor tolerancia, la cual también tiene algo que ver con los hábitos de una democracia. Las condiciones naturalmente han variado desde Antonio Leocadio Guzmán a nuestros días. Nuestra época extiende sus potentes alas. La guerra introduce profundos cambios en la humanidad; pero nuestro carácter parece ser el mismo, a pesar de tantos años de dura experiencia, o nuestra democracia parece fiel a su sistema.

Bajo el Samán.

EL DRAMA DE LA DEMOCRACIA

Agosto 28 de 1949. Es indudable que Estados Unidos ha entrado en un período de profunda transformación que afecta y ha de afectar más aún a nuestra América Latina. El viajero que regresa después de algunos años observa que las cosas están en su mismo sitio —la vida al parecer discurre normalmente—, pero que algo parecido a una sombra flota sobre ellas. Sabe que se halla en el país más poderoso de la Tierra —de mayor poderío económico y militar—, el país que guarda los secretos de la bomba atómica, y donde se hallan esparcidos focos de cultura universal; pero una obsesión de crepúsculo lo acompaña. Este cambio, imperceptible a primera vista, nos traerá mucho de lo nuevo que hoy emerge a la superficie, pero también de lo viejo. Las formas obsoletas desplazadas en el Norte por tan poderosa evolución —tanto como las del resto del mundo—, buscarán su cauce propio en nuestros "atrasados países". Es claro que el Estado americano —a pesar de sus principios proclamados cada día frente al totalitarismo— adquiere en todos los órdenes mayor predominio. El lógico desarrollo de los hechos lo acercan más y más a los métodos de su combatido adversario. Entre otros, la construcción de una maquinaria de guerra, la mayor de todos los tiempos. La extensión a Europa de la Doctrina Monroe existía de hecho desde la Primera Guerra Mundial. En dos ocasiones el Estado americano se vió arrastrado a intervenir en la contienda o a decidir la guerra. Ya formulada, adquiere forma definitiva en el famoso Pacto del Atlántico. Los americanos de hace medio siglo no juzgarían sabia esa política de distribución de armas y dólares por el planeta. Los dirigentes de hoy la encuentran acertada, o la única política posible. Vinculan a ella la existencia de esos principios americanos. Un totalitarismo "democrático" o americano. Se trata de defender la "democracia" en lucha a muerte con sus antagonistas. Ayer era el nazismo el objetivo inmediato. Ahora lo es el comunismo. En suma, la liquidación del pasado, o del viejo orden, es evidente. Ya no se puede vivir como antes.

Sin embargo, la puntillosidad democrática, o de la vieja democracia, disputa palmo a palmo el terreno al poder creciente del Estado. O a su creciente intervencionismo. Demócratas y republicanos, aislacionistas y

favorecedores del pacto, católicos y protestantes, amigos de la paz y fabricantes de guerra, partidarios y enemigos de la justicia económica, dirimen sus viejas querellas. Los republicanos anuncian la depresión. Los demócratas la niegan y aseguran que nunca como ahora se dispuso de mayor prosperidad. Dicen que los republicanos pueden muy bien creer en la depresión, ya que la mayor de todas sobrevino cuando éstos se hallaban en el poder. El cardenal Spellman se declara contra el proyecto que acuerda trescientos millones a las escuelas públicas, pues excluye de ellos a las escuelas parroquiales. El ex presidente Hoover también se declara, porque ve aparecer en el proyecto la cabeza de camello del control federal. Los obispos protestantes proclaman que su actitud frente al comunismo en nada significa subordinación a la jerarquía romana. La asociación nacional de educación reunida en Boston proscribe al comunismo, pero decide que ha de enseñarse a los niños lo que es el sistema comunista y totalitario. En Alabama los miembros del Ku-Klux-Klan cometen actos de terrorismo bajo el pretexto de combatir el comunismo. El Pacto del Atlántico, los proyectos de unificación del ejército y de ayuda militar a Europa sufren el fuego de la oposición en el Congreso, pero los proyectos cautamente introducidos con sendos mensajes y declaraciones a la prensa concluyen por sobrevivir a semejantes ataques. El mismo comité investigador de las actividades anti-americanas es comparado a un tribunal de la revolución francesa. En la Universidad de Cornell un profesor denuncia el peligro de que los ataques al comunismo pueden ser en el fondo ataques contra "algo diferente". Las formas de "un nativo fascismo" que amenaza la democracia. En respuesta, el presidente del comité pide la lista de los libros que se leen en Cornell. Los juicios de espionajes, reveladores del socavamiento del sistema, sirven a los republicanos para envolver en sus acasaciones a los demócratas. Y la gran polémica ruso-americana para mostrar frente al "paraíso soviético", el paraíso de la democracia. El drama de la democracia, o del sistema democrático, se desprende de todo esto. Si se defiende con métodos inquisitoriales perece, o deja de ser la democracia tal como es. Si no se defiende también perece.

A su regreso de Europa hace algunas semanas el gobernador Thomas E. Dewey expuso en un discurso en el "William's College", el inmenso trabajo que esperaba al capitalismo, o sea el de salvar el mundo, por lo menos una parte del mundo, del comunismo. Salvar no sólo a Europa sino al Africa expuesta a caer con sus inmensos recursos en manos del enemigo. Salvar a Europa o ser "una isla de libertad" con pocas probabilidades de sobrevivir. En Africa es necesario hacer grandes inversiones. En Europa modernizar sus industrias, si se quiere que ésta alcance

un tolerable nivel de vida. Muchos millones de seres humanos están viviendo allí con ínfimos salarios. Para ganar la batalla o la tremenda carrera entre las dos fuerzas que se disputan el dominio material y espiritual, es imprescindible que el capital salga de sus arcas y se expanda por el mundo. Es una especie de cruzada redentora que el capitalismo ha de emprender. Pero aquí está el drama. Si el capital ha de ser invertido en alguna forma de Estado socialista —y es lo que está ocurriendo—, quedaría destruido el propósito de lo que Dewey llama "la construcción de un mundo libre". "El capital ha de conquistar al mundo para salvarse; pero sin barreras de ningún género". Control económico o racionamiento, nacionalización de industrias, subsidios, precios y salarios fijos son para Dewey obstáculos infranqueables y en extremo peligrosos. Desde luego, la tarea de librar el mundo del poder soviético corresponde en primer término al pueblo americano. Es él quien suministra la sustancia o la fuerza. O de él sale la sangre convertida en impuestos. La masa de impuestos que gravita sobre el pueblo americano es inmensa y va en proporción creciente. —"Yo quisiera vivir diez años más—, decíame un hombre medio cuando el senador Taft emplazaba sus baterías contra el pacto del Atlántico, —para ver lo que ocurre"—. —Los próximos veinticinco—, le contesté. Y él convino.

Viaje por el país de las máquinas.

LA BATALLA DEL PETROLEO

Nueva York, octubre de 1941.—Cuando se habla entre nosotros de "atraso intelectual", la mayoría se encoge de hombros. Considera generalmente que la riqueza material puede estar exenta de conocimientos. Conocido es el caso del hombre rico, riquísimo, que se preciaba de haber acumulado su fortuna sin ninguna escuela. Por largos años ha sido éste el prototipo de nuestros hombres ricos. Pero no sólo se halla en esto el "atraso intelectual". Piénsese lo que hubiera sido del país si nuestros doctores, aparte de sus textos jurídicos, hubieran tenido alguna vislumbre de lo que era la industria petrolera cuando ésta se iniciaba en el país. Si al menos hubieran leído los periódicos o algunos de los libros que se publicaban acerca del petróleo en la segunda mitad del siglo XIX. En esa segunda mitad de la pasada centuria la industria petrolera alcanzaba proporciones colosales y podía ofrecer una vasta experiencia. Algunos concesionarios sabían algo, es cierto, pero de un modo vago. Tocaba a los gobernantes abrir los ojos desde el primer momento, pero éstos no habían tenido tiempo de saber lo que era el petróleo y de conocer su historia. El pueblo venezolano perdió entonces la batalla del petróleo. La Universidad con sus métodos anticuados, su falla de curiosidad, su ausencia total del mundo moderno, fue responsable en primer término de esta derrota. No se diga, sin embargo, que se escribieron las mejores leyes y que éstas son consultadas y ponderadas en otros países. Las leyes, indudablemente, pueden ser buenas. Pero antes de las leyes era indispensable saber de qué se trataba. Era preciso saber algo de lo que era el petróleo y lo que era una refinería. Así Venezuela hubiera podido obtener desde el primer momento lo que le correspondía en la explotación de su riqueza. Todavía hoy poco se sabe en Venezuela acerca de esta industria. Los "intelectuales" demuestran escaso interés por ella. Prefieren apartar los ojos de tales materias. En el país del petróleo se habla con vaguedad del petróleo. Hay escasa información acerca del petróleo, fuera de los datos oficiales, las estadísticas o los lacónicos comunicados de las Compañías. Si se toma el petróleo como punto de referencia, se apreciaría la falta de información existente acerca de todo lo demás. Esta deficiencia o atraso puede palparse en el

modo de tratar los asuntos políticos y económicos del país. Causa esa miopía que a diario precipita en tantos fracasos. La otra batalla del petróleo, la del "trabajo en común", la de los "impuestos y salarios", la de los "beneficios directos e indirectos", también se pierde todos los días.

La batalla de Moscú más que la batalla de la democracia contra el fascismo, es la batalla del petróleo. Rusia produce treinta millones de toneladas de petróleo. Las pincipales regiones petroleras están entre el mar Caspio, el mar Negro y el mar de Azov. Más importantes aún son los yacimientos del Cáucaso donde Prometeo fue encadenado. Hay los yacimientos del Volga, Ukrania y los Montes Urales. Y más allá todavía están esos campos de Turquía, Arabia, Siria y el Irán. En Odessa hay una refinería. En Kerson, a orillas del Dniepper, hay otra. Los especialistas tranceses trataban de demostrar en los comienzos de la guerra que las reservas de petróleo de Alemania, aun las de los territorios conquistados, concluirían pronto. Esta merma, afirmaban, les impedía emprender una guerra de movimiento. Al comenzar la campaña de Rusia los técnicos ingleses emitían opinión parecida. Alemania no podía contar con el petróleo de Rusia, pues las refinerías serían destruídas. Los productos sintéticos alemanes no bastaban y eran necesitados por su industria. El gasto requerido por el frente de mil ochocientas millas la obligaría a un consumo que agotaría pronto sus reservas. Es de preguntarse, pues, quién suministra petróleo a Alemania o dónde lo encuentra para emprender tales operaciones. El petróleo es el mito moderno o la apariencia moderna del mito antiguo guardado por los mismos dragones.

Al parecer, Inglaterra no envía por ahora sus tropas al continente. Algunos afirman que equivaldría a un suicidio. Y es cierto. Si procediera de otro modo en esta oportunidad, si se dejase arrastrar por los partidarios de Moscú y los "estrategas de sillón", Inglaterra habría dejado de ser Inglaterra. Inglaterra no obstante las conferencias con Stalin y las elocuentes declaraciones de Churchill, mira con la mayor cautela e impenetrable serenidad hacia la batalla que se desarrolla a las puertas de Moscú.

Un obispo protestante aconsejaba días pasados a los miembros de una convención de su iglesia los métodos que debían emplear para luchar por la libertad. No debían apelar nunca a razones intelectuales sino emocionales, les decía. La emoción, afirmaba, es más aficaz que la razón. Era preciso repetir por ejemplo, que Hitler ultrajaba a las madres, las esposas, las hijas y las hermanas americanas. Así se despertaría el odio contra Hitler y se ganaría una batalla. Y tenía razón el obispo. Para enloquecer a la gente no hay como apelar a sus emociones, mejor dicho a sus pasiones. La gente no razona mucho y concluye por repetir lo que oye. Si razonara sería diferente. Es la facilidad y la dificultad de las propagandas. Lo contrario hace Inglaterra. Aún en estas horas tan difíciles rechaza lo emocional y conserva la razón.

Una ojeada al mapa de Venezuela.

LA GUERRA DEL PETROLEO

Febrero 12 de 1943—En Londres ha causado excelente impresión el proyecto de la nueva ley del petróleo y las acciones se mantienen firmes. Londres conocer el proyecto y nosotros lo ignoramos. Más afortunados los ingleses. Las leyes de Venezuela sobre petróleo han sido consideradas como las mejores del mundo. Políticos, periodistas, industriales, magnates, las encomiaban grandemente, de manera que siguen siendo excelentes a juzgar por la susodicha información. En la actualidad se necesita aceite, mucho aceite. Las máquinas de guerra consumen más de lo previsto. Se requieren nuevos pozos. Actualmente las necesidades de guerra exigen 4.000.000 de barriles diarios y para el fin del presente año Washington estima que se necesiarán 8.000.000 diarios, y será preciso apelar a las reservas según ha publicado *Newsweek* en reciente fecha. La tierra de Venezuela está erizada de torres, horadada por todas partes y como se ve, la producción del petróleo nunca es suficiente. Esta guerra ha sido llamada de distintos modos. La guerra por la libertad del mundo, se dice. La más corriente denominación es guerra contra el fascismo, lo cual propiamente carece de sentido. Ultimamente el secretario Ickes la rebautizó, como otros muchos, con el nombre de guerra del petróleo. De todas las denominaciones es quizás la más exacta.

Sea lo que fuere, basta dar una ojeada a la historia del último cuarto de siglo para darse cuenta de cómo se preparó la guerra presente. Por lo mismo, más acertados andan los que la consideran resultado de una civilización que también podría llamarse del petróleo, la época del petróleo, en la cual se relega a segundo término toda preocupación que no sea esencialmente materialista o petrolífera. Se leen con frecuencia artículos los cuales ofrecen del modo más simple la resolución del conflicto. Pero hay detrás de todo esto algo más que la victoria de un grupo de naciones sobre otras. De la pasada guerra, que no estaba propiamente en el programa, surgió la revolución rusa. Era lo imprevisto. En estos casos hay que contar siempre con lo imprevisto. Alemania introdujo la revolución en Rusia y ahora se encuentra en guerra con el Estado surgido de aquella revolución. La revolución entró en Rusia, en un vagón cerrado, con pasaportes alemanes, desde Suiza. Se ofrece hoy a Rusia como en-

carnación de la nueva historia. Es otra de las socorridas definiciones de la guerra actual: la de una lucha entre la "reacción" y la "revolución". Alrededor de éstas hay otras interpretaciones, como la de una guerra de las "democracias" contra los "totalitarios" o de éstos contra las "democracias". Pero la democracia ha sido repudiada por fascistas y comunistas como expresión y engaño del mundo capitalista y burgués. Queda así planteada la interrogación de lo que significaría la victoria de cualquiera de estos bandos, fascistas y comunistas, en el destino de Europa. Si el fin de la llamada "libertad germánica" será el comienzo de la "libertad soviética", el reemplazo de una "libertad" por otra. O si las democracias, Inglaterra y Estados Unidos, en presencia de un hecho de esta naturaleza, estarán en capacidad de ejercer una especie de policía en el mundo. Y queda aún el teatro de operaciones en el Pacífico, acaso el más importante hoy.

En otro tiempo Europa sufrió grandes invasiones. Se ha comparado esta época a la que siguió a la caída del imperio romano. De la caída del imperio romano surgió lentamente el feudalismo, el "nuevo orden". Parece que cinco siglos no representan nada en el curso de la historia. Por lo mismo, no significa poco ni mucho la suerte de las generaciones. También pueden recordarse las invasiones de Europa por los mahometanos. Esta lucha duró varios siglos. Había entonces un mundo cristiano frente a un mundo musulmán. Hoy simplemente hay un mundo materialista, que necesita petróleo para sus máquinas, frente a otro urgido de la misma necesidad. Uno y otro han hecho mofa de todo lo que no esté en su escala de valores. No podría oponerse hoy un campo cristiano a un campo rojo o soviético. No puede oponerse sino el ejército pardo al ejército rojo. Si el ejército pardo es vencido, el ejército rojo avanzará sobre Europa o la bandera roja flotará al mismo tiempo en muchas ciudades. Esto también tiene sus antecedentes en la historia de Europa. Después de la guerra franco-prusiana vino la Comuna. En medio de la pasada guerra sobrevino la revolución rusa. Pero esto no es lo más interesante. Lo más interesante es lo que en presencia de hechos semejantes harán las democracias. O lo que en caso de una derrota harán Alemania e Italia. Tal es en definitiva la "guerra del petróleo".

Una ojeada al mapa de Venezuela.

EL PENSAMIENTO HISTORICO

LA HISTORIA

No hace mucho, mientras visitaba los campos petroleros, yo pensaba en la Historia. La del siglo XX, puede decirse, se halla escrita con petróleo. Si Alemania, por ejemplo, hubiera tenido esos campos la historia sería diferente. Los pueblos de América, la española, india o latina, han renunciado a su historia.Son llevados a remolque con todas sus tradiciones e historia, por pueblos que tienen las suyas, pero que tienen además el sentido de la historia. Cualquiera sea el desenlace, esta parte de la América parece destinada hoy por hoy, a ser presa o botín de los vencedores. Ninguna parte tenemos en la historia vital de nuestro siglo. La política de aquellos pueblos se basa en sus propios intereses. Apelan al sentimentalismo cuando se trata de sus intereses. La nuestra es terriblemente desinteresada. La propaganda que se nos hace por la radio indica que se nos tiene a los americanos de este lado como los seres más simples de la tierra.

(1961).

En los últimos meses se habló mucho de los que hacen historia. Pero lo importante no es hacer historia propiamente dicha sino la clase de historia que se hace. O si la que se hace es buena o mala historia. Se podría tender una mirada por toda la historia y sería fácil distinguir una y otra. Buena o mala historia que se hace siempre en nombre de algunas deidades caras al hombre.

Lo esencial en la historia es el discernimiento. De nada vale la documentación más voluminosa si se carece de él. A veces una simple palabra basta para dar origen a equívocos, falsas suposiciones o a levantar edificios con bases falsas. La obra del historiador es ardua, pesada. Exige largas jornadas para escribir un capítulo, un párrafo, una línea a veces. No se puede improvisar. Claro que es preferible irse a respirar un poco de aire libre. O apropiarse el trabajo ajeno.

(1961).

Si la historia es como la vemos escribir en nuestros días, será necesario persuadirnos de que es y ha sido casi siempre la obra de intereses de grupos, de partidos. Simulaciones, trucos, propagandas, razones aparentes o convencionales. Un cuento para niños a quienes no se les permite razonar por cuenta propia. Debajo de esa historia está la otra, la verdadera historia. Muy difícil penetrar en sus arcanos, alcanzar sus fuentes ocultas, inaccesibles. Las nuevas generaciones deben estar dotadas de un espíritu crítico siempre alerta para comprenderla.

(1963).

Bajo el Samán.

JUICIOS SOBRE LA HISTORIA DE VENEZUELA

(Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia, 24 de Junio de 1948).

Señor Director: Señores Académicos.

Señores:

Es con fervorosa emoción que llego a esta Casa del espíritu venezolano. Desde hace muchos años —desde mis comienzos en afanes periodísticos— he sido huésped de su biblioteca y me acostumbré a ser de la Academia, sin pertenercer a ella, en medio de caros amigos, casi todos desaparecidos. Se libraban entonces los últimos combates de la Primera Guerra de este siglo. Ahora se amontonan sobre el mundo las ruinas de una cultura, de una civilización. Caen las hojas de un largo otoño. Tenemos ya la perspectiva necesaria para comprender que entre estas dos guerras apenas hemos vivido una tregua que parecerá breve a los historiadores de mañana. Una tregua de inquietudes e incertidumbres en la cual ha transcurrido lo mejor de nuestra vida. El mundo abandona su vieja envoltura para adquirir formas nuevas. Estas metamorfosis, estas renovaciones, se hacen a costa de infinitos padecimientos y la Historia apenas si puede recoger una parte mínima de dolor humano. Mi antecesor, el doctor Diego Bautista Urdaneja, no llegó a tomar posesión del puesto a que fue llamado por sus talentos, sus méritos, hasta por su nombre mismo, íntimamente unido a los patrios anales. Tocábale suceder al doctor R. Villanueva Mata, hijo de Margatita, de aquella tierra de gente marinera, incorporado por resolución del Ministerio de Instrucción Pública de 1º de julio de 1918. Dedicóse a la política y murió en Roma mientras desempeñaba una misión diplomática. Era su predecesor el doctor Manuel Fombona Palacio, poeta y hombre de Estado. En más de una ocasión llevó la pluma en defensa de los intereses de Venezuela. Su discurso de incorporación, "Los carácteres épicos en la guerra de la Independencia", trata de la epopeya como género histórico. Se dirige a señalar con tales elementos las fuentes de un poema nacional. La poesía fuente de historia, o la historia fuente de poesía, como lo es

Homero entre los griegos. En efecto, hay allí las fuentes de un poema eterno: el de un país que ama y lucha por su libertad y queda cubierto de ruinas. Por último, debo recordar al doctor Andrés A. Silva, del número de miembros fundadores, hijo también de Margarita, liberal, del partido que se ufanaba de haber conquistado en luchas derechos inherentes a la existencia de los pueblos.

Yo, en cambio, vengo de las legiones de la prensa. Mis trabajos de historia tienen más bien carácter periodístico, informativo, para los de mi generación. Sería, pues, del caso, hablar aquí del papel que ha desempeñado esta maestra de los pueblos. La prensa, si no abandona su misión, si no la mixtifica, es el más eficaz instrumento en la creación de un país. Por lo mismo, la mejor forjadora de historia. Típicos ejemplos pueden hallarse en el *Correo del Orinoco* y la *Gaceta de Caracas,* dirigida por José Domingo Díaz. El primero hace historia, la segunda se propone detenerla o desconocerla. Pero el tema de este discurso es la historia de Venezuela, o mejor dicho, será un reportaje en torno de esa historia. A nosotros toca asistir a la última etapa de lo que fue colonización española, en el umbral de otra edad, cuando otras razas, otras civilizaciones, vienen a establecerse en nuestro suelo. Una vez más el oleaje de la historia universal se hincha y azota nuestras costas. Vivimos una época de grandes imperialismos y nuestros país ha de librar una terrible batalla por su existencia. Nuestro espíritu ha de estar tenso como el arco de los habitantes primitivos. Por eso, estudiar historia no significa en modo alguno apartarse de la lucha en busca de temas para insustanciales declamaciones, sino acudir a ella armados de una razón poderosa. Es saturarse de la realidad que la ha inspirado y ha de inspirarla en lo sucesivo. Y aunque se ha dicho —y así puede comprobarse en nuestros días— que la historia de nada sirve a los pueblos en sus crisis, y es más necesario a nuestro país hacer historia que escribirla, no podemos renunciar a ella sin decir al mismo tiempo que nuestra existencia carece de fundamento, sin renunciar a una herencia moral y material. Un pueblo sin anales, sin memoria del pasado, sufre ya una especie de muerte. O viene a ser como aquella tribu que sólo andaba por el agua para no dejar sus huellas. A pesar del número de sus cultivadores puede decirse que ignoramos la propia historia. No de otro modo se explica la carencia de sentido histórico en nuestra política territorial. Porciones de territorio, la más preciada herencia, han pasado con magnífica imprevisión a manos extrañas. Las relaciones entre hombre y naturaleza han sido más desastrosas para esta última. Por carecer de una política fundada en la historia nuestro país no es hoy lo que debía ser. Una nación es lo que son sus hechos, afirma Hegel en su *Introducción a la Filosofía de la Historia*[1].

Es lo permanente en la vida de los pueblos. Y ese territorio nos dice cuáles han de ser nuestros hechos. La inmensa variedad de los que pasan por el paisaje histórico en tan distintas épocas y latitudes, de tan diversos tipos y caracteres, nos ofrece la experiencia acumulada de la humanidad. Tal experiencia nos revela la identidad del alma humana. Tucídides escribe la guerra del Peloponeso, no sólo porque la considera la más importante de cuantas habían ocurrido hasta entonces, sino porque deseaba dejar a los siglos futuros la moral sacada de los acontecimientos,convencido de que por la naturaleza de las cosas humanas, habrían de repetirse en forma más o menos semejante[2]. Maquiavelo no estudia historia y no trae a su época los ejemplos de la antigüedad sino con el pensamiento puesto en la liberación de Italia. Así la historia es pasión de actualidad.

Cuando estudiamos historia comenzamos a comprender lo que propiamente significa la causa de Venezuela. Esas palabras que a menudo se escriben o leen con indiferencia, como si carecieran de sentido, lo tienen, sin embargo, y hoy como ayer es la causa única y verdadera de la historia nuestra. No en vano, al recorrer los caminos de Venezuela, a veces bajo el más humilde techo, se oyen palabras que son eco vivo de historia. No historia enteca o amañada, o cubierta de afeites, esas amaneradas exposiciones que suelen llamarse historia, historia escrita al detal, verdadero baratillo de historia, sino esa otra que brota con la sangre misma de las entrañas de un pueblo. Y esta causa de Venezuela es la misma de América. En el siglo pasado solía decirse que nuestra historia no estaba escrita. Hay, en realidad, una historia no escrita, o que está por escribirse. Una historia inspirada en los grandes ríos, las llanuras y cordilleras, obra de un pueblo fuerte y numeroso. Una historia sin mentalidad colonial, aunque con impetu colonizador. En esa historia el Orinoco vendría a ser para Venezuela como el Nilo para los egipcios, el don del río. Tal vez hallaríamos entonces sus fuentes remotas y desconocidas. El mismo débil trazado de la colonización española que todavía mantiene sus ataduras, sería apenas un accidente entre nosotros y un pasado inmemorial. Al que escribe historia se le exige imparcialidad. Podrá serlo el que escribe de países, de hechos o épocas remotas, o de las facciones de su propia nación sin pertenecer a ninguna. No así cuando se considera la propia causa, el propio destino. La historia escrita por razas dominadoras será siempre distinta a la interpretación que puedan darle los pueblos vencidos u oprimidos. Hemos de ser parciales por nuestros país. Pero este propósito reclama al mismo tiempo la mayor veracidad. La verdad, cuya madre es la historia, según Miguel de Cervantes, hace que siempre estén de su parte la razón y la justicia.

Para los economistas la historia sólo existe en cifras. Los pueblos tienen la fisonomía, el carácter de sus producciones. Para esta clase de historiadores Venezuela no será hoy sino un país productor de petróleo. Pero los pueblos tienen otras razones más allá de contingencias económicas. Tras esa historia económica o de los economistas puede hallarse la pasión de un pueblo por su libertad.

Tres son los períodos más definidos de la historia de Venezuela a partir de su descubrimiento por los europeos: Conquista, Colonización e Independencia. Son tres etapas que se prolongan hasta nuestros días. piedras mágicas con las cuales es posible abarcar el pasado y el presente de nuestro país. La Conquista no concluye en el siglo XVII. Ni la Colonia propiamente dicha finaliza en la Independencia. Fluye de todo esto una permanente actualidad. La historia contemporánea nos hace volver los ojos hacia la plenitud de estos términos. Conquista, Colonización e Independencia. Son tres etapas que se prolongan hasta nuestros días. Se diría que todo nuestro pasado fuese presente. No nos sería dado, sin desconocer la historia, o defraudarla, hablar de ellas como de un lejano pretérito. Como si ya lo hubiésemos sobrepasado. Por eso nos pagamos tanto del juicio que al historiador, al político o al periodista, merezca ese pasado. No nos sería dado hablar de la colonia española sin referirnos a otras colonizaciones posteriores. Hablar de las miserias de ayer y callar las de hoy. De la inversión de capitales coloniales será preciso escribir voluminosos libros. Dos estilos o dos maneras en el fondo semejantes. En tal sentido la Real Compañía Guipuzcoana no difiere mucho de las compañías explotadoras del petróleo, por ejemplo. Extraen la sustancia, la riqueza de la tierra. El manifiesto escrito por aquélla en octubre de 1749[3], después de la insurrección de Juan Francisco de León, para demostrar sus beneficios, abunda en razones semejantes a las que hoy emplean las últimas. Hoy como ayer se levantan pueblos, se construyen caminos, se introducen cultivos. Se trata del bienestar de la Provincia. El impuesto pagado por la explotación sustituye en cierto modo al papel de intermediaria que desempeñaba la Compañía. Hay un contraste permanente entre la riqueza del suelo y la pobreza de sus habitantes. En el siglo XVI el obispo Rodrigo de las Bastidas, al dar cuenta del oro sacado y de la pobreza de sus moradores, la considera castigo de Dios por las crueldades cometidas. El esquilmo de la tierra no les había poducido ningún beneficio. Y cita el caso de Antón de Jaén, dueño en Cubagua de un tonel de perlas, a quien se vio pedir limosna en Santo Domingo[4]. Fue por lo común la suerte de estos saqueadores de la tierra. El año de 1779 el Cabildo de Caracas dirige al Rey una exposición para pedirle una vez más la gracia del

comercio libre, ya concedida a Yucatán, Buenos Aires, Chile, Perú y Guatemala. En esa exposición se describe la riqueza y extensión de la Provincia, en contraste con la miseria y abatimiento a que la había reducido la Compañía Guipuzcoana. El país produce cuanto puede desearse para las necesidades de la vida y para mantener un comercio opulento, dicen los capitulares[5]. Cacao, tabaco, algodón, café, azúcar, ganados, pieles, añil en tan prodigiosa cantidad que en sólo cinco años de cultivo se han recogido 150.000 arrobas. Vainita, zarzaparrilla, raíz de China, bálsamos, brasil y caoba, además de otras preciosas maderas, y grana silvestre que comparan por su belleza con la más fina de Nitesca. Cristales tersos y puros, y oro, plata, cobre, plomo, entre otros minerales. Los capitulares presentan al Rey el ejemplo de la isla inglesa de Barbados que con sólo veinticinco leguas de territorio contaba entonces cien mil habitantes y mantenía en su comercio seiscientos bajeles. Con pocas variaciones es el mismo lenguaje que hoy empleamos. El sistema inglés difiere bastante del sistema español. El mismo Hegel intenta darnos la clave, cuando al tratar de las cosas de América, la del Norte y la del Sur, incluyendo en ésta a México, de los distintos modos de discurrir su historia, atribuye esta diferencia al hecho de que Norte América fue colonizada y Sur América conquistada. Sea lo que fuere, en esto de la Colonia es preciso establecer más de una distinción. La Colonia en el sentido de suelo explotado por lejanas metrópolis cambia de formas, como cambia el mundo en torno nuestro. Tales colonizaciones dejan sus huellas, sus aluviones, sus ruinas. Sólo ruinas señalan el paso de todas las dominaciones. La otra, la que puede llamarse doméstica, está siempre pronta a recobrar su imperio. Nuestra existencia nacional se desenvuelve en medio de esas dos fuerzas, una interna y otra externa. A veces estas dos fuerzas tratan de apoyarse una a otra. De ello es una muestra la secreta indicación que en tiempos de la guerra federal se hizo a Inglaterra para que se apoderase de toda la Guayana[6]. Otras se hallan en franca oposición. Tal es la Independencia. Resulta muy complejo este proceso. La Colonia es una lucha entre el espíritu feudal de la Conquista y la Corona absorbente y despótica. En su seno se libra al mismo tiempo otra no menos decisiva: la de ese espíritu feudal contra los siervos y las castas consideradas inferiores. Desde esta última se vislumbra ya la que ha de librarse en el siglo XIX. Al mismo tiempo otra describe círculos más vastos en torno de aquellos establecimientos. Tal es la que libran Inglaterra, Holanda y Francia contra España, de la cual sale a la postre la libertad de América. Los corsarios pueden saquear ciudades, apoderarse en el mar de las naves que conducen las riquezas de América, pero aseguran a los colonos privados de comunicaciones fre-

cuentes con la metrópoli, una vía de comercio. Puede decirse que durante el siglo XVI es casi la única que existe[7]. El corsario viene a ser un agente todavía remoto de la libertad. Es la señal en el horizonte de la lucha que entonces se libra sobre el mundo. No es difícil trazar la línea divisoria del momento en que esa lucha favorece la libertad y aquel en que sustituye a los dominadores anteriores. A la Colonia hay que estudiarla para mostrarla tal cual es, sin añoranzas, como una etapa de la formación de la nacionalidad, y para comprender y justificar, si todavía fuere preciso, el movimiento emancipador.

La mirada del hombre blanco cae sobre nuestro continente al mismo tiempo que en Europa se exhumaban estatuas y manuscritos de la antigüedad, y los cosmógrafos y navegantes trazaban nuevas rutas oceánicas. Las formas del mundo se dibujaban imperfectas en aquellos mapas de tierras ignotas. Aparecían entonces los primeros anuncios de la edad presente. En Italia, un hombre trataba de hallar el secreto o la ciencia del vuelo. Aquel siglo de tan decisiva influencia en la liberación del espíritu humano, es para América el comienzo de su esclavitud, o de su lucha por la libertad. Cuando el inca Atahualpa señala sobre su cabeza el precio de su rescate, no hace sino invocar con su gesto a un libertador. El nombre de Venezuela es contemporáneo de aquella época. Las viviendas indígenas sobre las aguas de un lago recuerdan Venecia a los descubridores[8]. Pero luego este nombre se aparta de su origen. Ya no recuerda más a Venecia. Es la tierra que va desde el Cabo de La Vela hasta Maracapana, o desde el Coquivacoa hasta Paragua o el Orinoco. Y esa tierra revela desde el primer momento carácter propio. Su primer rasgo es la resistencia y la esclavitud del indígena. Apenas descubierta, Carlos V, urgido de dinero, hace merced de su conquista y población a los alemanes Enrique Ehinger y Jerónimo Sailer[9]. Por la tierra de Venezuela pasan los caballeros del Dorado y más tarde los que van en busca de la Libertad. Son dos grandes objetivos llamados por algunos, mitos o espejismos. Dos rutas que se entrecruzan y pueden hallarse bajo las capas de la historia nuestra. Al cabo de tres siglos se produce un movimiento a la inversa. En el primero se trata de sujetar la tierra a una Corona de allende el mar. En el segundo de conquistarla para la Libertad. Ambos son igualmente devastadores y sangrientos. Ambos guardan más de una sorprendente semejanza. Hasta los mismos episodios de uno parecen reproducirse en el otro. En la batalla de los Omeguas, por ejemplo, 139 europeos luchan contra 15.000 indios. En la de Las Queseras del Medio, 150 jinetes llaneros se enfrentan al ejército de Morillo. La férrea voluntad de los libertadores puede equipararse a la férrea voluntad de los conquistadores. Las expediciones del

Dorado y las expediciones de la Libertad nos parecen igualmente fabulosas. No lo son con todo, y de una vez lo quiero dejar sentado. El "mito" de la Libertad resulta más humano. Bolívar en el Potosí encuentra que la libertad conquistada vale más que los tesoros hollados por sus plantas. En la lucha del hombre por su libertad el oro ha llevado la mejor parte. Pero el oro tiene sus falacias. Todos los tesoros de América no sirvieron a España para subyugar a Europa. Tampoco sirvieron para detener su decadencia, y en nuestros días hemos visto grandes naciones hundirse bajo el peso de todas sus riquezas. En cambio, otras han resistido por su amor a la libertad. Es indudable que los pueblos necesitan de una fuerza superior a la del oro. El Dorado y la Libertad son dos maneras de concebir la Historia. Tal vez ambas puedan identificarse. Tal vez la lucha que hoy se desarrolla sobre el planeta no tiene otro significado. La lucha entre el oro y el hombre. Entre el oro y la voluntad o el espíritu. De estos dos objetivos sale el orden de los Conquistadores y el orden de los Libertadores, en los que realmente puede dividirse este período de la historia de Venezuela. La ruta del Dorado nos pone en comunicación con el hombre primitivo. En su horizonte destella un mundo poético de inmenso valor humano.

De la Conquista se habla todavía con veneración. Ella trae lengua, costumbres, fe religiosa. Prodiga su sangre y sus tesoros para civilizar unas poblaciones bárbaras de este lado del mar. Tal es el sentido de la historia a que nos han acostumbrado, y todavía gran parte de los americanos se halla conforme en esto. Se quiere presentar la Conquista como fuente de bienes para el vencido. Los métodos de la Conquista parecen más bien los de una barbarie que se opone a otra. Una barbarie que dispone del arcabuz, del caballo y del perro de presa. El diálogo entre el "bárbaro" y el "civilizado" es un admirable y complejo drama. El "bárbaro" aparece lleno de buen sentido, armado de su razón, de su derecho ante el "civilizado". A veces hace enmudecer a éste, que no tiene otra razón sino la de su fuerza. En América, como tantas otras veces, el derecho se funda en el despojo de una raza por otra. No es preciso acudir a la "leyenda negra" ni a los enciclopedistas, a quienes tanto debe el pensamiento humano. Basta el testimonio de las reales cédulas, de los juicios de residencia, las cartas de gobernadores y obispos, las protestas de los frailes, los mismos reglamentos de la explotación de minas, el sistema de encomiendas y el cobro de los tributos. A Oviedo y Baños no se le podrá creer propagandista de la leyenda negra. Oviedo nos dice cómo Venezuela era uno de los países más densamente poblados[10]. La Conquista hace el efecto de la hoz en un campo de heno. A los indios hay que convertirlos. Toda la razón moral de la conquista

es la de esa conversión, pero se les lleva caritativamente a las minas. Se les denomina "piezas" y como tales son herrados y vendidos. Se les sujeta a encomiendas, a fin de que sirvan al sustento de los nuevos dueños de la tierra. Muy difícil les era seguramente entender una doctrina que les ataba los cuerpos a fin de salvarles el alma. Los mismos encomenderos se niegan a explotarlos en las minas, no obstante, el interés de los gobernadores en los quintos reales, por temor de que se les muriesen del todo. Por el contrario, protestan contra las leyes que los emancipa del "servicio personal" y alegan que así se volverán a sus idolatrías. Una emancipación irrisoria, puesto que el llamado "servicio personal", suprimido al cabo de varias generaciones, será apenas un cambio de palabras o de esclavitud[11]. A final de la Colonia apenas quedan indios en el territorio, aparte de las pequeñas comunidades que pagan tributo bajo el látigo del Corregidor, o los que se hallan sujetos a las Misiones. Este régimen imprime en el hombre americano las señales de su esclavitud. Será en lo sucesivo el hombre triste y degradado que nunca se resignó a trocar su libertad por los hábitos de la servidumbre. La Conquista quiere hacerlos algo menos que esclavos. No sólo los despoja de la tierra. Quiere también privarlos de su alma, de su pensamiento. Antes de la Conquista el aborigen daba muestras de su capacidad. Lo dicen las civilizaciones del Perú y de México, legado venerable de una remota antigüedad. Con la pérdida de la libertad su inteligencia se extingue. En el ocaso del imperio un viajero teutón franquea las regiones secuestradas del resto del universo y sometidas a un régimen monástico. Humboldt refiere —aunque declara que no siente inclinación por tales historias— la de la madre que da nombre a una piedra en medio de las aguas del Atabapo. La piedra de la madre o de la guahíba. La madre que separada de sus hijos por una de aquellas expediciones llamadas de conquista espiritual o conquista de almas, atraviesa distancias inmensas cubiertas de selvas, a fin de rescatarlos. Para castigar su intento la condenan a ser azotada con varas de manatí sobre aquella roca[12]. Piedra esta realmente simbólica. La historia de Venezuela tiene ese mismo sentido de maternal heroísmo.

Al hablar de la civilización transplantada a estas tierras se oye decir a menudo "nos trajeron", como si nosotros fuésemos en realidad aquellos indios o sus descendientes. El conquistador trae consigo su civilización para vivir dentro de ella en al tierra conquistada y a expensas de sus moradores. Trae sus leyes, su casa, sus penates, su codicia, su intolerancia. Una civilización que se transplanta, pero que no llega a convencer a los naturales. Desaparecen, pero no son "civilizados". En el resto de América vegeta la raza vencida, extraña siempre a esa civili-

zación. Todavía hoy se llama "racionales" —así leemos en nuestros diarios— a los que persiguen esos miserables restos de las antiguas naciones en las selvas de Maracaibo o del Orinoco. Los apologistas citan el caso de Garcilaso en prueba de los benéficos efectos de la civilización transplantada. El inca mestizo a quien disputan la verdad de su historia, el que escribió en la lengua de los vencedores el pasado de su raza. Los dominadores prohibieron sus libros después de la rebelión de Tupac Amaru. Nuestros indios no escribieron libros, pero igualmente vivieron prisioneros en su nostalgia. Contra el indio, contra el hombre genuinamente americano, se ha levantado la más terrible requisitoria. Era preciso hacerlo para justificar la Conquista o desvanecer los escrúpulos del monarca, como lo hace Pedro Sarmiento de Gambia en su *Historia de los Incas,* o los fundadores de Caracas en el memorial enviado a la Corte con el procurador Simón Bolívar. No hay crimen o vicio que no les haya imputado. Es un acusado a quien no se oye y por quien responden sus mismos acusadores. A juzgar por estos cargos, los hombres del otro lado del mar estaban exentos de manchas[13]. Los aborígenes dieron pruebas de grandes virtudes humanas. Coraje, lealtad y sacrificio. Todo lo que más encarece la raza vencedora, todo lo que ennoblece al hombre, puede hallarse entre los vencidos. Nada indica en ellos los signos de una raza inferior. El valor para defender el suelo nativo, el cumplimiento de las nobles leyes de la hospitalidad, el mismo desprendimiento por el oro, tan encarecido y contradicho por el cristiano o civilizado. Palabras que son verdaderos poemas pueden hallarse en los restos de su lenguaje. Se hallan repartidos en muchas naciones como los galos y germanos. Era el hombre antiguo, en fin, que divinizaba las cosas e interpretaba la naturaleza con imágenes o símbolos, destellos o revelaciones de su propio espíritu. Se dirá que de esa conquista se deriva nuestro ser. En la lengua de los conquistadores ha de expresarse nuestra raza americana. Es una de las paradojas de nuestra historia. Pocas escenas tan llenas de significado como esa de Angostura, cuando el Libertador, al describir la situación de América, expresa en esa misma lengua que somos una "especie media" entre los conquistadores y los verdaderos dueños de la tierra[14]. Es ya nuestra lucha con la misma realidad histórica. A pesar de todo, Bolívar es hombre americano. Trescientos años han impreso en él, carácter, una sensibilidad propia. Ya Platón decía que los ríos adquieren la naturaleza del terreno por donde corren. Somos americanos aunque hablemos la lengua de Castilla.

Hoy se trata por todos los medios de rehabilitar la Conquista. El escritor de hoy, sobre todo si es europeo, puede considerarla del modo que le es peculiar, como un derecho de Europa sobre razas y pueblos

que considera inferiores, y desde su cómodo gabinete de trabajo hablar con desdén de los que escriben historia "desde sus cómodos gabinetes de trabajo". Este es el punto de vista de las razas conquistadoras. Nosotros no. Desde nuestro punto de vista no podemos considerarla sino como un hecho funesto. El cristianismo en América pasa por esa prueba de sangre de la Conquista. Deja esa figura de indio en cruz, Cristo indio, sobre las cimas más altas de la historia americana. El dolor de esta raza es parte inseparable de nuestra herencia espiritual.

Cuando en Europa se nos hace a los americanos de esta parte del continente el reproche de no haber dado aporte original a la cultura, olvidan que no podemos ser sino lo que ella hizo de nosotros. Los europeos después de haber explotado y humillado a esta parte del mundo que llamamos América, después de haberla envilecido, encuentran muy natural reprocharle su falta de capacidad creadora. No parece muy atinado contestar esa crítica con aspavientos de vanidad herida. Antes bien, conviene detenerse a meditarla para conocer su parte de verdad. América no dio lo que pudo o debía dar, porque fue agarrotada por los europeos. La Conquista fue funesta, porque ahogó en su cuna al genio americano. Preferible es, pues, aceptar como más cierto el testimonio de los hombres de 1810. La historia nuestra estará siempre mejor considerada con la visión y el interés propio del hombre americano. Las imágenes o emblemas de que se valieron los independientes, las que adornaron por mucho tiempo sus impresos y estandartes, no son simple mercancía de abalorios ni romántica fraseología, como se oye decir a menudo. Tienen su explicación en razones más profundas. En esas corrientes misteriosas que se apoderan del hombre e inspiran su pensamiento. Los descendientes de los conquistadores o los criollos salían en busca del espíritu americano. Y esta parte de su aventura tiene hoy la mayor vigencia[15].

Los recién llegados reproducen la organización de la patria lejana. Con ellos vienen los Ayuntamientos, la Santa Hermandad, el Santo Oficio, la Real Hacienda. La vida se rige por las leyes de Castilla y por las leyes de Indias. El Rey por medio de su Consejo dirige la marcha de instituciones y costumbres. Niega o da su aprobación a los fondos de propios de las ciudades. Reglamenta el número de buques que pueden venir. La parte que corresponde a los vecinos en la carga de los navíos. El precio de los fletes y el precio de los frutos. El permiso para la importación de africanos destinados a la agricultura. Hasta los asientos de los funcionarios en las iglesias están sometidos a los más minuciosos reglamentos. Hasta el luto y alegría de los vasallos. Si el Rey está de bodas o ha declarado la guerra, o necesita formar una ar-

mada, les exige donativos. Los vasallos aprietan la bolsa contra el pecho o gimen a veces bajo el peso de los tributos. También los exige para construir fortalezas o perseguir a los corsarios, a los enemigos de Dios y del Rey, porque paternalmente advierte que las fortalezas son para la defensa de sus propios bienes y personas. También ha de ver si conviene o no el establecimiento de una escuela o de una cátedra, edificar un templo o un hospicio. Lo que se ha de gastar en una fiesta. El mundo que se traslada a estas Indias se ofrece de modo más patente en las páginas realistas de la literatura española que ceñido con el pomposo manto de la historia oficial. El mundo que cae bajo la mirada irónica y penetrante de Cervantes. El mundo de aquella España medioeval descrito en *Marcos de Obregón, El Lazarillo de Tormes* y *El Gran Tacaño,* y más tarde en *Gil Blas de Santillana.* Reconocerlo es de un hispanismo más auténtico. ¿Qué otra cosa es el Quijote sino la imagen del pueblo español arrastrado con palabras altisonantes y lisonjeras a la aventura de su amo? En los polvorientos documentos de aquellos siglos pueden hallarse las huellas de los mismos personajes. Aquel encomendero que tiene su piragua con tal arte dispuesta que puede sacar "piezas" ocultas para el mercado, y en breve despoblaba su encomienda. Aquel escribano requerido por no anotar la declaración de un testigo, que dice: "Mejor es dorallo que anotallo". Aquel juez pesquisidor que cobra a los encomenderos hermosos ducados, o su valor en oro fino, por sentenciar a su favor, lo cual era justo. Aquellos funcionarios que encuentran el modo de burlar todas las leyes que con tanto rigor quieren aplicar a los demás. Que reciben propinas y reclaman recompensas, sobre todo si se ha descubierto una conspiración o ahorcado un rebelde. Aquellos piojosos hidalgos de capa rota que ocultan bajo ella su sed de oro y su horror al trabajo. Su hambre de cielo y de tierra. Aquellos vasallos que comercian clandestinamente con piratas herejes, saqueadores de iglesias. Aquellos tesoreros que cometen quiebras fraudulentas con los fondos de la bula de la Santa Cruzada. Aquellos clérigos, doctos en amor divino y humano, que practican en la tierra recién hallada la filosofía del Arcipreste. Bueno es recordar, cuando se habla de los beneficios del régimen colonial, que éstos no se hacían con el oro y el sudor y el trabajo de los dominadores, sino con el de los criollos. Los dominadores los acusaban de perezosos[16], pero el trabajo era de los criollos. Las obras públicas se hacían con fondos municipales y las concesiones que el Rey hacía de ciertos impuestos. Entre las obligaciones de la Compañía Guipuzcoana estaba la del resguardo de las costas. Una retribución a la Corona, a cambio de los privilegios recibidos. Pero este resguardo lo pagaban los propios cosecheros. La Com-

pañía hacía un recargo en sus fletes. Aquella Compañía cuyo predominio define el Ayuntamiento de Caracas como cincuenta años de esclavitud. El oro de los criollos iba al real erario o al "erario hidrópico", como decía Jovellanos al referirse a las épocas más oscuras de la historia de España[17].

Venezuela comienza a imprimir su carácter a todas esas cosas venidas de España. La vida sabe burlar donosamente esa organización que pretende ser tan rígida. Los que abren los ojos ante el nuevo paisaje comienzan a pensar de un modo distinto. Los intereses de la metrópoli no son los suyos propios, o son francamente opuestos. Los descendientes de los conquistadores llamarán a éstos "infelices mendigos"[18].

Los señores del Cabildo se titularán a sí mismos "Padres de la Patria"[19]. El reducto oligárquico del Ayuntamiento viene a ser el mismo de los intereses nacionales. Pero también otra razón fluye no fundada en intereses materiales o en intereses de casta. Los del otro lado del mar comenzarán a parecer forasteros. Doña Paula de Ponte, perseguida por los jueces eclesiásticos, le reprocha a un clérigo encargado de prenderla, por medio de una estratagema, su conducta. "Ellos, le dice, son extraños, pero tú has nacido aquí"[20]. Es decir, que ellos lo hagan, no importa. Tú, en cambio eres de los nuestros. Esto lo dice cierta noche de 1643 a través de una reja, frente al cementerio de Catedral. Y esta voz de mujer tiene profundo eco en nosotros. Parece algo más que voz humana. Hoy como ayer es un llamamiento. El llamamiento de la tierra a la fidelidad de los hijos. Estamos unidos por vínculos poderosos a la tierra en que hemos nacido. Esa tierra tiene en nosotros súbitas revelaciones, y los que la desconocen arrostran una expiación inexorable. La historia de Venezuela es una lenta revelación. Páez no tenía a su espalda sino el horizonte, y dirá más tarde en su *Autobiografía,* que "mientras existan pampas, llanuras y sabanas, se mantendrá vivo en el hombre el sentimiento de la Independencia"[21]. Esta no es simple expresión literaria interpolada por los secretarios. Páez lo sentía realmente, aunque no hubiese llegado a expresarlo. Es decir, lo sentían muchos como él. En cierta ocasión, al tratar de bolivarianismo, de su verdadero significado, y de la necesidad de rescatar la figura del héroe del frío culto oficial, decía yo: *"Venezuela dio a Bolívar, no Bolívar a Venezuela".* Pero he aquí que el mismo Libertador lo dice cuando a su regreso del Perú parece hallarse de nuevo con Venezuela, con la verdad que hay en él: *"Ella es mi madre, de ella ha salido mi ser y todo lo que es mío"*[23]. Y a la esclava que lo amamantó con sus pechos llama también madre[24]. Toda una imagen verídica de Venezuela en esa esclava Hipólita que da el pecho a Simón Bolívar y

que él llama luego madre; él Libertador y Venezuela esclava. El destino de Venezuela ha sido superado por su propio Libertador y a veces Venezuela ha estado en lucha con él como los héroes de los tiempos fabulosos.

El licenciado Miguel José Sanz escribía una historia de Venezuela que se perdió con él en la jornada de Maturín. Aquella historia transportada a lomo de mula desde su hacienda de Capaya a las playas de Oriente. En ella sintetizaba los trescientos años que conducían hasta él o a su generación. De todas las historias de Venezuela, acaso fuera esta de Sanz la más interesante. Porque ni escribía bajo el dictado de las autoridades realistas, como esa de Andrés Bello cuyo fragmento conocemos por Juan Vicente González, ni bajo el de las autoridades republicanas. Todo lo que era en su tiempo injusticia y tiranía. Lo que escribe Sanz no viene seguramente de su imaginación, ni de los libros que ha leído. Es resultado de la observación del medio en que vive. Ni es tampoco menosprecio o desconocimiento del pasado, como suele decirse. Su crítica se dirige a combatir errores. El ve en torno suyo el atraso de la provincia. La riqueza estancada, porque así conviene a los fines de la administración. El odio de castas. La fortaleza de privilegios erigida sobre la miseria común. El mismo ha recibido su parte de halago y su parte de injusticia. Con Sanz despuntaba el pensamiento reformista que podía hallarse tanto en España como en América. La convicción de que esa reforma no podía hacerse sin que se operase un cambio fundamental en la sociedad de su tiempo. Sanz es el mismo que dos años antes ha dado a Miranda, en vísperas de su infeliz capitulación, este consejo sacado del discurso de Maquiavelo sobre Tito Livio: "Querer cosas extraordinarias con medios ordinarios es un desatino: es indispensable emplear los extraordinarios". Son las mismas palabras que hoy nos dice la Historia. Sanz es un adelantado de la causa social, como lo es Roscio. Como lo son todos aquellos que en 1811 sirven la causa de un gobierno libre. No son, como se dice, repetidores de oficio, hombres que persiguen abstracciones, quimeras. No eran tan cándidos para desconocer la realidad. Quieren oponer a la división la unidad. Comprenden que es preciso responder a la fuerza con la fuerza[25]. En definitiva, Bolívar no hace sino abrir camino al pensamiento de aquellos republicanos. Ellos luchan por un Estado más justo. Quieren librar la sociedad de la miseria, la ignorancia y la esclavitud. Desean convertir los fieles vasallos en ciudades responsables. En otras palabras, que hubiesen ciudadanos para que hubiese República. En ellos comenzamos a oír nuestra propia voz. No se oye ésta en las aulas de la Universidad real y pontificia, en las manifestaciones de

adhesión al monarca. Es esa afectada compostura la que es preciso adoptar cuando se mencionan palabras concernientes a grandes temas humanos. El pueblo podía existir antes. Hace acto de presencia en las ejecuciones y en las juras reales. Se hace mención de él en las actas del Cabildo. Un pueblo dividido en castas, sin voz ni voto. Si ellos perseguían quimeras, son hermosas quimeras, y nada malo hacemos en perseguirlas a nuestra vez. Pusieron, es cierto, limitaciones a la soberanía popular. Pero cuando hablan del pueblo de Venezuela, cuando encabezan la Constitución con estas palabras: "Nos el pueblo de los Estados Unidos de Venezuela", le dan existencia política indiscutible. Abren la puerta a una aventura a un tiempo oscura y luminosa.

En los últimos tiempos ha florecido toda una escuela de historiadores que pretende hallar en la Colonia, no sólo motivos estéticos, la poesía del tiempo desvanecido, los mismos orígenes de la nacionalidad, sino un régimen justo, el más apropiado que pueda concebirse para los pueblos americanos. Sólo espíritus extraviados por las pasiones pudieron desconocerlo. De otro modo, aseguran, no habría surgido de aquel mundo en sombras una generación tan extraordinaria como la del movimiento emancipador. Pero aquella generación lo fue porque obedeció su sino histórico, el de romper con el pasado. Rompía con el pasado y al mismo tiempo le era obediente. Se emancipaba en primer término de las rancias disciplinas con que habían querido sujetarla. Para conocer lo que fue realmente el pasado colonial habría que preguntarlo a la misma España. Y España respondería por boca de sus hijos más esclarecidos. Los que allá como aquí han combatido el error, la miseria, el atraso de España. Los que allá como aquí han sentido y sienten la necesidad de una renovación de la vida española. Los que allá como aquí han fracasado en ese intento liberador. A ese espíritu español hecho para resistir a todos los vientos y a todos los siglos, que lucha y se exalta en medio de sus góticas penumbras, en sus prisiones y encantamientos. Y habría que preguntarlo a nosotros mismos. Cuando se mira en torno nuestro es fácil caer en observaciones más o menos semejantes a las que pueden hacerse en España. Basta tener abierto el entendimiento. Así, cuando se habla de la inmovilidad, del letargo, de las ruinas de la vida española, creemos hallar el espejo de nuestra propia existencia. Y es que ésta ha continuado desenvolviéndose dentro de ese molde arcaico. Síntomas de la enfermedad de allá nos revelan la misma que padecemos. Las observaciones de Sanz que han llegado hasta nosotros con poca diferencia pueden hacerse hoy. Fernando Peñalver se asombraba en el Congreso de Angostura del trabajo, de la cruenta lucha que había costado lo que él llamaba el triunfo del entendimiento

sobre la alianza del despotismo con la superstición. Miseria, ignorancia y superstición son los frutos del régimen colonial. El pueblo no podía ser sino tal como la Colonia lo había hecho.

Los que hicieron la Independencia fueron a buscar sus razones en la historia de América y España. Sometieron a la crítica todo el andamiaje colonial. Si era justa o no esa crítica, lo dicen los alegatos de los americanos ante las autoridades de la metrópoli. Y hasta los mismos peninsulares que hicieron causa común con la Independencia. Consideran los colonialistas que todo el proceso colonial es un ensayo de libertad. Que los americanos eran preparados paternalmente para emanciparse. Y la Colonia es todo lo contrario. El ejercicio de todas las prácticas del despotismo. Ya Oviedo y Baños en su mesurado lenguaje de fiel vasallo, al narrar lo acaecido con los regidores de Caraballeda en la elección de alcaldes de 1586, nos dice que "en las Indias no hay acción por justificada que sea, que no se califique por delito y gradúe por desacato, si se opone aunque sea en sombra a la más mínima insinuación de un superior"[26]. Este es el sistema que prevalece en la Colonia. Los Ayuntamientos casi siempre terminan por inclinar la cabeza, y con razón la Junta Suprema de Caracas dirá a la Regencia de España, al exponer las razones que ha tenido para establecer un gobierno propio, "que el ministerio español no había hecho otra cosa con los cabildos americanos, sino deprimirlos, despojarlos de la confianza pública y someterlos a la vara despótica de sus agentes"[27]. En esta respuesta, fecha 3 de mayo de 1810, se cita parte de la famosa proclama por la que se declara a los españoles americanos "elevados a la dignidad de hombres libres"[28].

Se atribuye la relajación de los vínculos que sujetaban el imperio a la difusión de las luces, a la expulsión de los jesuitas, al comercio con las Antillas o colonias extranjeras, a la adquisición de Trinidad por los ingleses, al confinamiento de unos reos de Estado con ideas republicanas a La Guayra. A la independencia de las colonias norteamericanas y a la invasión de España por Napoleón. Tanto es el empeño de buscar los motivos de la Independencia fuera del régimen colonial. Estas causas, sobre todo las dos últimas, pudieron crear el momento, el clima propicio a la emancipación. Pero mucho más que los libros, enseñaron a los americanos los impuestos y monopolios y las trabas comerciales, las cargas que pesaban sobre sus hombros. Fueron éstas, y no precisamente los libros, las que indujeron a la rebelión a Tupac Amaru. A la propia defensa o a "la guerra defensiva", como el inca desventurado la llamaba. Lo fueron de la rebelión de los comuneros o de los comunes del Socorro que intentó propagarse a Venezuela. De la

de Juan Francisco de León contra los guipuzcoanos y de la de los negros de Coro en 1795. Algunos historiadores quieren darle a estos movimientos un significado completamente ajeno a la idea emancipadora. Pero tienen razón los que ven en ellos sus antecedentes lejanos o inmediatos. La lucha por la libertad de comercio y las contribuciones abrumadoras socavan como ninguna otra fuerza las bases del régimen colonial. Si se repasa la historia de todos los pueblos se verá que no necesitaron de libros o de reos de Estado cuando se les ofreció la ocasión de sacudir el yugo. La opresión es el agente más eficaz de libertad. Ese régimen que juzgan por sus leyes, sus institutos, por la existencia de una clase ilustrada, de una sociedad refinada en contraste con la miseria de las clases bajas, aparece menos brillante cuando se le examina con ayuda de sus propios testimonios. En julio de 1781 el Ayuntamiento de Caracas describe al Rey el estado en que se halla Venezuela. La agricultura y el comercio languidecientes. Casi toda la riqueza en poder de manos muertas. Las cosechas destinadas en su mayor parte a pagar diezmos y contribuciones[29]. Y esto en la época de la visita del conde Segur que los historiadores citan a menudo cuando quieren describirnos "la increíble y dichosa situación de la Provincia"[30]. Segur nos trasmite en sus memorias lo que a menudo se cuidan de citar los colonialistas. Las críticas que hacen los mismos funcionarios a su inepta y negligente administración. El contraste se observa entre las costas inglesas del norte y las españolas del sur[31]. El mismo deliberado estancamiento que puede observarse en algunos períodos contemporáneos. Baralt ha trazado con exactitud, y en sus grandes lineamientos, el cuadro de la Provincia en los años que preceden a la Revolución. No es Baralt, como ha dicho otro ilustre historiador, un "fraseólogo del pasado". A pesar de sus vaguedades y timideces, de sus errores y deficiencias, de las limitaciones y del escaso tiempo de que dispuso para escribirlo, el *Resumen* sigue siendo el mejor ensayo de historia venezolana hasta 1830. Lo es por el culto a la verdad que lo inspira y por la expresión que allí se acendra.

Bolívar nace cuando ya la historia que las generaciones anteriores han experimentado en carne propia está ya pronta. El orden fundado por los conquistadores estaba caduco. Humboldt encuentra ya la sociedad dividida en dos partidos. Los que quieren la conservación de sus privilegios en la perpetuidad del orden viejo y los que desean el advenimiento de otro que asegure a los americanos la posesión de sus derechos, sin la intervención de la Metrópoli. En su misma familia, Bolívar podía encontrar las dos tendencias. Antes de su nacimiento, ya su padre Juan Vicente Bolívar junto con Martín Tovar Ponte y Fran-

cisco Mixares de Solórzano, le han escrito a Miranda que están prontos a seguirlo como a su caudillo, y le prometen derramar su sangre "en causas honrosas y grandes"[32]. En cambio, su primo don Juan Félix Aristeguieta le prepara un mayorazgo. Los acontecimientos se encargan de burlar tanta previsión. El heredero del vínculo no será el vasallo fiel, de ilustre estirpe, en una ciudad perdida en los inmensos dominios de la corona española, sino el caudillo de la Revolución americana. Bolívar recoge al nacer una herencia más espléndida que la de los caudales paternos. Se ha escrito mucho acerca de la superioridad de Bolívar sobre el medio. Se ha querido presentarle en dramático contraste. Por el contrario, responde completamente a sus necesidades y apremios. Su contradicción es sólo aparente. Ni está más allá, ni más acá de su época. Obedece a las señales, a las voces que vienen del fondo de los tiempos. Precisamente, en Bolívar, su genio y su fortuna decaen cuando ya no responde a las necesidades del medio. Esta clase de hombres —caudillos, profetas, intérpretes, hombres históricos, o como quiera llamárseles— no han estado nunca desligados de su medio, de su país o de su época. Uno y otro se expresan en ellos. Bolívar comprende al momento lo que hay que hacer. Comprende que ante todo es necesario unidad. La misma unidad que hoy nos exige la historia. He aquí el genio de Bolívar, simple y complejo como una gota de agua. La obra encomendada por el pasado, la razón histórica de su país, valdrá más a sus ojos que las plantaciones de cacao y azúcar de los valles del Tuy y de Aragua. El Libertador aparece en un marco de ruinas simbólicas. El orden de los libertadores en contraposición al de los conquistadores. El Libertador encarna desde entonces al pueblo venezolano con todas sus excelencias y defectos. Título este difícil de llevar. Es el momento de mayor audacia en la vida de Bolívar. Aceptarlo es un reto al tiempo, a la fortuna. Bolívar lo ciñe como una diadema y en lo sucesivo ya no será sino el Libertador.

También se habla de Bolívar como de un hombre sin pueblo. Pero esta como tantas otras es una observación superficial. Pues ¿de dónde salen esos soldados desnudos, descalzos, que no reciben paga y acampan al raso en marchas interminables; los que acompañan al Libertador en las Antillas, en los congresos y en los consejos, todos esos hombres y mujeres que tanta constancia demuestran en la adversidad, tanta vocación de sacrificio? A poco que se reflexione se verá que tras de Bolívar se halla un pueblo entero. No era sólo en las clases elevadas de la sociedad donde se manifestaba el descontento. En la época pre-revolucionaria puede advertirse una sorda fermentación en todas las castas. Los Llanos se hallaban prácticamente en rebelión antes de 1810. En 1797

ha estallado la conspiración de Gual y España, bastante subestimada por los historiadores. No es todavía la revolución encabezada por los patricios. En ella se hallaban comprometidas personas de todas las clases. Había en ella médicos, ingenieros, abogados, sacerdotes, comerciantes, marinos, herreros, carpinteros, albañiles, zapateros, sastres, labradores, soldados, esclavos. Los patricios hicieron entonces manifestaciones de lealtad al monarca. En cambio la revolución de 1810 hallará en contra suya a un gran número de estas clases.

En su biografía de Ribas, Juan Vicente González señala en parte las causas de esa división. "La revolución —dice González— debió parecer una secta de pensadores audaces: la servían las inteligencias más distinguidas, los personajes más notables". Eran, en efecto, muchos de ellos, los ricos, los propietarios, los nobles o mantuanos. El pueblo, una gran parte de la sociedad, creía ver en ellos a sus naturales opresores. Hay todavía esta otra, citada por el mismo González, de la cual hablaba a Roscio, desde Londres, en 1811, el español J. M. Blanco White. "El país estaba lleno de europeos, propietarios poderosos, de empleados que dependían de sueldos y esperaban ascensos, de gente que amaba los empleos, porque no conocían los beneficios de la industria; de hombres, en fin, que preferían la muerte al triunfo de la Independencia. . .". Los realistas, en efecto, fomentan la conspiración, las deserciones, la guerra civil. Ofrecen a los esclavos insurrectos el botín de los blancos. Propagan que la Independencia es impiedad y herejía. Dios estaba de parte del Rey. Bajo la monarquía se decía Dios y el Rey y hasta se les identificaba bajo la denominación de "ambas Majestades". Nuestro "Dios y Federación" es una reminiscencia de esas viejas fórmulas. En campos y ciudades se oye hablar de la *diablocracia,* "de las seducciones y engaños de los rebeldes". Con Monteverde y Boves se lanzan sobre la ciudad donde estaba encendida la luz del espíritu. Bueno es recordar que no todos en las huestes de Bolívar, lo seguían espontáneamente. Bolívar, a quien siempre hay que acudir como a uno de los historiadores de la Revolución, dice que por el terror Boves hizo godos a los patriotas. Y añade con su peculiar sinceridad que también por el terror se hacía a los godos patriotas[33]. Sin embargo al hacer el retrato de Boves, Juan Vicente González deja caer esta expresión: "el primer jefe de la democracia venezolana". Los cesaristas han hecho a menudo buen uso de esta frase. Vistas así las cosas, la guerra de la Independencia sería en primer término una lucha de clases. Es decir, la resistencia de las masas tendría también un sentido de libertad. Durante trescientos años la Colonia acumula el combustible de ese vasto incendio. Hay, no obstante, en esa expresión algo más que atisbo genial en las tinieblas de

la guerra a muerte. Juan Vicente González escribía esto en los mismos días de la campaña de Barinas, cuando los ejércitos constitucionales eran batidos por Zamora en Santa Inés. O tal vez le añadió ese rasgo al publicar la Biografía en 1865. El retrato de Boves en la Biografía tiene bastante semejanza con el que en distintas ocasiones hace de Zamora. Este se le aparecía como el legítimo sucesor de Boves. La insurrección de las llanuras en 1859 evocaba en su mente la de 1814. Cerníase sobre él la sombra del movimiento popular que ha combatido con obstinada vehemencia en los años que preceden y siguen al período de los Monagas. En cierto modo representaba un papel semejante al de José Domingo Díaz en la Independencia. Porque ¿no hay mucho de Díaz en nuestro Juan Vicente González? Podría decirse que es un Díaz republicano. Un Díaz ya convertido a la causa de la misma pasión, el mismo fuego. Un Díaz que a la postre ha comprendido su carácter profundamente venezolano. Uno se inclina a creerlo al familiarizarse con su obra, aunque le forme proceso, como él mismo dice, al autor de los *Recuerdos*. Y no precisamente por el juicio que hace de algunos patriotas. Diríase que su protesta por aquellos acontecimientos se alimenta de otras más ocultas. Es el destino patético de los que quieren oponerse a la Historia. Díaz va a morir a España, suspirando por la tierra que le vio nacer, "el país más hermoso del universo", según declara al final de su libro. Juan Vicente González, sin salir de Caracas, será también un desterrado que va a sentarse con el pasado difunto bajo el árbol melancólico de las *Mesenianas*. De 1814 a 1846 el espíritu venezolano ha ganado terreno. Juan Vicente González combate a veces el espíritu colonial. Su propio espíritu. Con todo, Boves no puede ser el primer jefe de la democracia venezolana, aunque sus soldados lo llamen *taita* e inscriba en sus banderas la palabra "igualdad". Boves es la reacción colonieal, el espíritu colonial, contra el cual Venezuela ha librado su lucha. Lo fue en todo caso Bolívar, aunque no creyese en la democracia, y aun la considerase funesta como sistema de gobierno. La mayor gloria de Bolívar está en haber quebrantado esa resistencia. En cambio Zamora sí es la democracia venezolana, el pueblo que lucha por su liberación. Zamora recoge en sus banderas los ideales de 1811[34]. Boves es el principio antagónico de la libertad, o es, en todo caso, como dice con más exactiud Juan Vicente González, la *libertad negativa*. En esa lucha la historia precipita la fusión de castas, la creación de un tipo, de un carácter. La traslada del marco estrecho de las ciudades a un teatro realmente americano, el de las llanuras y los grandes ríos, donde adquiere su verdadero sentido y grandeza verdadera.

En esa resistencia se ha creído hallar una predisposición atávica al despotismo. Los mismos libertadores encuentran que el pueblo no se halla preparado para gobernarse. Es preciso, aseguran, combatir primero los hábitos de la servidumbre. Es la teoría cesarista del Libertador. La gran mayoría de nuestros hombres públicos, salidos de las guerras civiles o de las conmociones populares, han estado conformes en esto. El pueblo invocado en las horas de prueba se convierte en blanco de las acusaciones de sus dirigentes. Sobre él descargan la responsabilidad de sus actos, hasta sus propios extravíos. No se puede pasar repentinamente, afirman, de la servidumbre a la libertad. Antes, indican, es preciso crear la costumbre. Se trata de pasar de una servidumbre a otra. O como decía el mismo Libertador, de la servidumbre pasiva a la tiranía activa y doméstica. Se establecía así entre el gobierno y el pueblo la misma separación que entre la Corona y el pueblo. De aquí una división tanto o más importante que la de patriotas y realistas. Y es la de los primeros entre los partidarios del poder sin restricciones, a no ser las que puedan crear leyes más o menos ficticias, y los civilistas, legalistas o constitucionales. La de los teóricos de la libertad y los teóricos del despotismo. Consideran éstos que nos hallamos sometidos a leyes inexorables. A caminos ya trazados por los sociólogos que han definido las causas de la tiranía y la libertad entre los pueblos. Clima, raza, herencia, deponen contra nosotros. Llaman a los primeros teóricos, ilusos, ideólogos, "constructores de quimeras", lo cual es salir de una teoría para caer en otra. Unos y otros podrían señalarse iguales o parecidos fracasos. Las costumbres no se adquieren sino con el ejercicio de ellas, y si un pueblo sale de un despotismo para caer en otro no puede adquirir hábitos diferentes. Francisco Xavier Yánes se refiere a esta división al reseñar los acontecimientos de 1814. Es el momento en que la República proscrita se halla en las playas de Oriente y Bolívar se embarca para la Margarita en uno de los veleros de Bianchi. "Los que seguían de buena fe la retirada —dice Yánes— se dirigieron a Carúpano y a Maturín arrostrando trabajos increíbles. Los adictos al poder sin restricciones, al gobierno militar, siguieron a Bolívar y a Mariño. Entonces se manifestaron sin rebozo ideas contrarias a los principios del gobierno popular representativo, proclamado desde 1810 en todos los Estados"[35]. Pero ésta es observación fugaz en la pluma de Yanes. Por lo común los historiadores omiten esta división. Los que siguen la tendencia militar van hasta el Cuzco. Venezuela desaparece en esa expedición continental. En la otra se confunden luego republicanos y realistas. De ella se deriva la reacción contra Bolívar. Los historiadores en su mayor parte han demostrado predilección por los pri-

meros. Han dejado casi en olvido a esos proscritos que en patíbulos y prisiones, en Caracas y en Guasdualito, en las costas de Güiria y de Cariaco, en la Margarita y en Río Hacha mantienen bajo sus tiendas el fuego de las ideas republicaneas. El congreso de Angostura es, en suma, una concesión a esta opinión dispersa. Peñalver lo aconseja al Libertador a orillas del mismo río Orinoco[36]. En Angostura se creía necesario demostrar la ineficacia de la Constiución de 1811. Contra ella Bolívar emplazaba su dialéctica. Roscio, que ha escrito en su discurso de los derechos del hombre y del ciudadano: "Conferir a uno solo el poder es precipitarse en la esclavitud, con intención de evitarla", se hallaba en el Congreso. Allí escucha de labios del propio Libertador estas palabras, dirigidas sin duda a los contrarios, algunos de ellos promotores del congreso de Cariaco: "Pisístrato usurpador y tirano fue más saludable a Atenas que sus leyes; y Pericles, aunque también usurpador, fue el más útil ciudadano". Este debate alcanza sus fase más descollante entre Bolívar y Santander en los postreros días de Colombia. Viene a ser como la puerta de marfil y la puerta del cuerno por donde según los antiguos salen los sueños falsos y los sueños verdaderos[37]. La razón de Bolívar era la anarquía que amenazaba devorar los países recién constituidos. La razón de Santander era que la violencia de las leyes existentes daría mayor fuerza a la anarquía. Justificaría un golpe después de otro, y esa violación amenazaba la propia gloria del Libertador. Este no tenía mayor confianza en las leyes existentes. Pensaba que la dictadura era la tabla o arca de salvación. Detestaba los congresos que consideraba reunión de pedantes y de necios[38]. Frente a su idea dictatorial está el gran movimiento de las ideas liberales que se ha extendido en Colombia. Santander se oponía a la presidencia vitalicia de la constitución Boliviana. Consideraba que cuando más podría serlo el Libertador. Ninguno más después de él. A Bolívar le sorprendía que esos viejos realistas, o "los esclavos de Morillo", como los llamaba, que eran antes enemigos de la libertad, la invocasen ahora contra sus propios libertadores. Creía que todo volvía al caos. Lo que llegaba era la lucha de un pueblo por constituirse. Mientras este debate se proseguía en los campos de batalla, con breves interregnos de paz, se efectuaba, en todos los dominios de la técnica y del pensamiento humanos una revolución de incalculables consecuencias.

Henos aquí en la ruta de la libertad. "Un orden de más grandes hechos se abre delante de mí"[39]. El observador superficial verá en nuestro siglo XIX una época fecunda en tiranías que se suceden con terrible fracaso. No lo que es, en realidad, la liquidación de la Colonia y de su etapa final, la guerra a muerte. En medio de tantos desastres e

infortunios, los de aquella generación llegaron a pensar que la patria concluía en ellos. Pero este siglo que se prolonga hasta nuestros días despierta ya en nosotros apasionado interés. Venezuela heroica no esta sólo en las batallas de la Independencia, sino también en ese largo y oscuro combate que le sigue[40]. Hoy como ayer se libra una batalla entre el pasado y el futuro. Hoy como ayer se trata de la libertad. Pero la libertad no es la anarquía. No es mortal disgregación. La libertad ha de tener un objetivo y una conciencia para defenderla. Libertad es la conquista de la tierra abandonada. Es pan, campos labrados, industria, arte, ciencias, trabajo, desenvolvimiento de las facultades humanas, voluntad de vivir, preparación del futuro, lucha y continuo deber. La libertad sólo puede ser obra de un pueblo, esa fuente magnífica de historia. Miseria, ignorancia y esclavitud, decían los hombres de 1811 cuando señalaban sus más obstinados enemigos. Todavía tales monstruos señorean en medio de nosotros, y el que los combate realiza un acto de libertad. Poseemos todos los elementos que necesitan los pueblos en su lucha por la existencia, sin disponer de ninguno. Aquellos solitarios investigadores dispersos en ciudades y aldeas de Venezuela a fines del siglo XVIII, de cuyas vigilias nos llega un rumor de noches estrelladas, no hacían con sus rudimentarios trabajos sino expresar un deseo de libertad. Lo es también la sed de vedados conocimientos que se halla en el fondo de la Colonia. Bolívar habló un día de vencer a la naturaleza. Sí, es preciso someter la naturaleza. Esa victoria, que no significa destrucción, requiere suma inmensa de trabajo y de ciencia. Así billarán a nuestros ojos las puertas del Dorado. En los grandes combates que han de librarse, mayores todavía que los de los siglos XVI y XIX, la causa de Venezuela no puede estar sino al lado de la libertad. Ella es como el árbol maravilloso hallado por los Conquistadores en las selvas tropicales. El árbol que cura las heridas. Tácito advierte la relación entre los grandes historiadores de Roma y los tiempos de libertad, cuando la historia fue la obra del pueblo romano. La desaparición de aquéllos, cuando la condición de la paz vino a ser el poder de uno solo[41]. Este ideal de libertad es la historia misma de Venezuela. Y he aquí que nosotros debemos proseguirla.

NOTAS

1 HEGEL dice: "Las naciones son lo que son sus hechos". Un inglés dirá: somos un pueblo de navegantes y disponemos del comercio del mundo; las Indias orientales nos pertenecen; tenemos un parlamento, jueces, etc. Antes de Hegel, Montesquieu desarrolla este pensamiento en la siguiente forma: "Aunque todos los estados tienen por lo común un mismo objeto, el cual no es otro sino el de su conservación, cada uno tiene en sí mismo uno que

le es peculiar. Roma el de su engrandecimiento; Lacedemonia el de la guerra; la religión el de las leyes judaicas; Marsella el del comercio; la tranquilidad pública el de las leyes de China; la navegación el de las leyes Rhodianas; la libertad natural es el objeto de la policía de los salvajes; en general, las delicias del príncipe el de los estados despóticos; las monarquías su gloria y la del estado; la independencia de los particulares es el objeto de las leyes de Polonia, de lo cual resulta la opresión de todos". De *L'Esprit des Lois,* lib. XI, cap. VI.

2 En el siglo XIX, Buckle ha de expresar lo que era ya evidente a Tucídides: "las acciones humanas bajo las mismas circunstancias, tendrán los mismos resultados". (BUCKLE, *History of Civilization in England,* vol. I, cap. I).

3 V. ROLAND DENNIS HUSSEY, *The Caracas Company,* 1728-1784.

4 Relación del obispo Rodrigo de las Bastidas, Bibl. de la Academia Nac. de la Hist.

5 Representación al Rey del Cabildo, Justicia y Regimiento de la ciudad de Caracas, 10 de mayo de 1779.

6 JOSE SANTIAGO RODRIGUEZ, *Contribución al Estudio de la Guerra Federal en Venezuela,* tomo II. Este documento está fechado en Caracas, a 22 de noviembre de 1861. Los redactores invocan el ejemplo de la intervención europea en México y aseguran que "los propietarios y los hombres de inteligencia" son partidarios de este traspaso del territorio, pero no la hacen por el temor que les inspiran los demagogos y el desenfreno de las masas. En su lógica los autores encuentran vituperable que un pueblo quiera oponerse a la desmembración de su territorio.

7 En 1682, Juan Sánchez Borrego, vecino de Caracas, en comunicación dirigida a Madrid, informa que una de las causas de las invasiones del enemigo son los caminos abiertos por los habitantes en las costas para la compra de esclavos y el trato ilícito. (Arch. del Ayuntamiento).

8 Ya otra ciudad de México, Quitavacla, había recibido por la misma causa el nombre de Venezuela. ANTONIO DE SOLIS, *Historia de la Conquista de México,* lib. III, cap. IX.

9 Esta capitulación se efectúa en Madrid a 27 de marzo de 1528. Ehinger y Sailer la traspasan a Bartolomé y Antonio Belzar. V. *Historia de Venezuela* por fray Pedro de Aguado. Prólogo y notas de Jerónimo Becker. Madrid, 1918.

10 "Al tiempo de su conquista era habitada esta provincia de innumerable gentío de diversas naciones, que sin conocer monarca superior que las dominase todas, vivían rindiendo vasallaje cada pueblo a su particular cacique; pero después de las mudanzas del tiempo y de la continuada extracción de indios, que por espacio de más de veinte años se hizo para las islas de Barlovento, y otras partes, la consumieron, de suerte que el día de hoy en ochenta y dos pueblos, de bien corta vecindad cada uno, apenas mantienen entre las cenizas de su destrucción la memoria de lo que fueron". (OVIEDO Y BAÑOS, *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela,* lib. I, cap. I). El obispo Rodrigo de las Bastidas dice al Rey que los indios "han venido en tanta disminución que las dichas islas y tierras están despobladas". (Doc, cit. Bibl. de la Academia Nac. de la Hist.).

11 El servicio personal de los indios, o sea el tributo directo a sus encomenderos, dura hasta el 20 de mayo de 1686, cuando se dirige real cédula al gobernador Diego de Melo Maldonado para suprimirlo en la provincia, "por los graves daños y perjuicios que se seguían de él". Habían pasado unas cuantas generaciones de indios que no supieron sino de dicho "servicio personal", causa de tantos "graves daños y perjuicios". El Rey fija el tributo de los

indios en seis pesos a los que habitasen en las cercanías de Caracas y diez leguas en sus contornos. Y cuatro pesos a los que habitasen la tierra adentro, pudiendo hacerlo en dinero y en fruto. De este tributo se habría de pagar la Doctrina o doctrinero, además de cuatro reales al año para el salario de los corregidores españoles. La tasa o jornal del trabajo del indio se fija en dos reales al día por cada indio. Los varones pagarían el tributo desde los 18 años hasta los 60 y las mujeres desde los 18 hasta los 50. Y así pasan otras muchas generaciones. Los caciques estaban encargados de recaudar el tributo y de pagarlos a los corregidores. Debía pagarse por San Juan de junio y pascua de Navidad. El indio soltero o viudo —para mayor equidad— pagaría medio tributo. De éste también se apartaría para la pensión general del presidio de La Guayra y la clase de gramática. La Junta del 19 de abril de 1810 abole el tributo de los indios. Bolívar lo restablece en 1828.

12 HUMBOLDT, *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente,* lib. VII, cap. XXII.

13 Los europeos se escandalizan de los sacrificios humanos acostumbrados en México.
Pero en su misma época, en Europa, se quemaban herejes con la mayor naturalidad, sin asombrar a nadie. Carlos V y Francisco I rivalizaban en esto y Felipe II inaugura su reinado con el más pomposo auto de fe que jamás se haya visto. Efectuóse en Valladolid el 8 de octubre de 1559 (V. *Historia de España,* por *La FUENTE,* cap. II, lib. II). Las persecuciones religiosas en Europa con sus quemas de herejes y vandálicas devastaciones, rivalizan con cualesquiera otras de los pueblos llamados bárbaros.

14 "No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derecho, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer contra la opresión de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado". Bolívar, *Discurso de Angostura.*

15 Carlos Pereyra se mofa del pañuelo que Miranda distribuía durante su invasión de las costas de Venezuela en 1806. En este pañuelo se hallaban estampados letreros, retratos y alegorías. "¡Todo esto cabía en aquel maravilloso pañuelo!", dice PEREYRA, *Breve Historia de América.*

16 V. entre otras Instrucción General y particular del estado de la Provincia de Venezuela en los años de 1720 y 21, dedicada al Excmo. señor don Jorge de Villalonga, conde de la Cieba, y compuesta por don Pedro Joseph de Olavarriaga, juez de comiso y otras intendencias del Real servicio, etc.

17 JOVELLANOS, *Elogio de Carlos III,* 1788.

18 Actas de Cabildo, Informe del regidor Fco. Antonio Arrieta con motivo de los reparos del tribunal de contaduría mayor a las cuentas del mayordomo de rentas y caudal de propios. 17 de junio de 1782.

19 Esta expresión "Padres de la Patria" o "Padres de la República", se encuentra mucho antes de la Independencia en las actas de Cabildo de Caracas. V. Actas de 1 de enero de 1715, 10 de mayo de 1776 y 18 de enero y 8 de junio de 1782. También se lee en la de 28 de enero de 1799.

20 ANDRES PONTE, *Fray Mauro de Tovar,* 1945.

21 PAEZ, *Autobiografía,* Int. IX.

22 E. B. N., Bolivarianismo (Signos en el Tiempo). *El Universal,* 8 de marzo de 1939.

23 VICENTE LECUNA, *Cartas del Libertador,* Bolívar a Páez. Bogotá, 15 de noviembre, tomo VI.

24 *Id. id.,* Bolívar a su hermana María Antonia, Cuzco, 10 de julio de 1825, tomo V.

25 JUAN GERMAN ROSCIO, Discurso sobre los derechos del hombre y del ciudadano. *Documentos para la Vida Pública del Libertador,* tomo III.

26 OVIEDO Y BAÑOS, Lib. VII, cap. VIII.

27 Lo mismo se dice en el Acta de la Independencia: "Para sofocar y anonadar los efectos de nuestra representación, cuando se vieron obligados a concedérnosla, nos sometieron a una tarifa mezquina y diminuta, y sujetaron a la voz pasiva de los Ayuntamientos degradados por el despotismo de los gobernadores, las formas de la elección...". Esto de la degradación de los Ayuntamientos no es una frase. Puede comprobarse con numerosos documentos de tres siglos.

28 Proclama de la Regencia de España a los americanos, 14 de enero de 1810. V. *Documento,* tomo II, pág. 409.

29 La renta eclesiástica en la sola provincia de Caracas alcanza a 150.000 pesos. El convento de las Concepciones acumula más de 510.000 pesos. Los valles donde se cultivan dos, cuatro y seis leguas a costa de indecibles trabajos y fatigas producen de ocho a diez mil pesos de diezmos. Para pagarlos se ponen en subasta casas, alhajas y haciendas, y no hay quien las compre. Los habitantes emigran para escapar a tantas obligaciones. En 1772, cuando se establece el comercio libre del mar del sur, la exportación de cacao disminuye de veinte mil a dos mil fanegas y deja de entrar medio millón que se giraba por este comercio, etc. Informe del Ayuntamiento con motivo de la pretensión de los trinitarios para venir a establecerse en Caracas. (Arch. del Ayuntamiento). V. *La Ciudad de los Techos Rojos,* por Enrique Bernardo Núñez.

30 JUAN VICENTE GONZALEZ, *Biografía de Martín Tovar.*

31 CONDE SEGUR, *Mémoires ou Souvenirs et Anecdotes,* 5ª ed., París, 1843. Segur llegó a Caracas a fines de febrero de 1783, pero no hay razones para creer que en dos años la situación hubiese cambiado. Otros informes del Ayuntamiento la describen en términos más o menos semejantes a la de 1781. Dauxion anota la misma diferencia entre las colonias españolas y las francesas, holandesas e inglesas. (J. J. DAUXION LAVAYSE, *Voyage aux îles de Trinidad, de Tobago, de Marguerite et Venezuela,* París, 1813.

32 Archivo de Miranda, tomo I.

33 Bolívar a Páez. Caracas, 20 de marzo de 1827. *Cartas del Libertador,* tomo VI.

34 En su orden general de 23 de febrero de 1859, Zamora invoca la Constitución de 1811. Lo mismo hace en su manifiesto del 7 de marzo al ejército y la armada. "Viva para siempre la memoria de los patriarcas de la Independencia, de los hombres de 1811, los que en el acta gloriosa dijeron a los pueblos ¡Federación! ¡Que se cumpla, pues, después de tantos años!".

35 YANES, tomo I.

36 *Cartas del Libertador.* Bolívar a Peñalver. Guayaquil, 30 de mayo de 1823, tomo III.

37 VIRGILIO, *Eneida,* lib. VI.

38 Bolívar a Santa Cruz. Pasto, 14 de octubre de 1826 *(Cartas del Libertador)*. A Santander, Ibarra, 8 de octubre de 1826. A Santander, Pasto, 14 octubre. A Santander, Neiva, 5 de noviembre de 1826, tomo VI, etc.

39 VIRGILIO, *Eneida,* lib. VII.

40 Notas sobre Historia Contemporánea, E. B. N. *El Universal,* agosto de 1942.

41 *Historias,* lib. I.

TRES ENSAYOS

PRESENTACION

I

Entre las muchas obras escritas que produjo Enrique Bernardo Núñez merecen destacarse, por la importancia de sus contenidos y la enseñanza que generan, Orinoco (capítulo de una historia de este río), Arístides Rojas, Anticuario del Nuevo Mundo *y* Miranda, o el tema de la libertad. *Fechadas, respectivamente en 1943, 1944 y 1950, constituyen una significativa y calificada muestra del poder de crónica que poseía el autor y de la alta capacidad para la síntesis y el manejo agradable y certero de los documentos. Son tres obras muy diferentes entre sí, no obstante que generan,* Orinoco *(capítulo de una historia de este río),* Arístides *y didáctico que le caracterizaron.*

Orinoco *(capítulo de una historia de este río) es una dolorosa biografía y cronología de despojos, arbitrariedades, secuencias de violentas acciones y sentida historia de una región y sus vicisitudes. En la descripción del autor, que divide en partes: "Manoa, la golden city", "El secreto del Dorado", "El viaje de Releigh" y "La herencia de Elisabeth", Enrique Bernardo Núñez coyuntura una visión cronificada de la historia de la región bañada por el majestuoso río, pero incluyendo en esa historia algo más trascendental que lo simplemente descriptivo o informativo geográfico.* Orinoco *es una visión recordatoria del constante asedio a que ha estado sometida la patria y sus naturales riquezas. Es el alerta de una voz que quiere dejarse oír como denuncia colectiva de que lo que aconteció en aquellas remotas épocas de descubrimientos no fue más que el comienzo de un continuo socavar en beneficio de naciones e intereses extranjeros, corsarios galardonados y despojadores impenitentes.*

De la vieja historia se desprenden enseñanzas acerca de las circunstancias actuales y de allí se infieren conclusiones que se actualizan en los actuales problemas limítrofes y geopolíticos que confrontamos. Orinoco *es el reclamo apasionado de un escritor venezolano que se angustiaba ante la vigencia intemporal de la ambición colonialista:*

"Inglaterra hallaría mayores recursos en Guayana, la cual, según Raleigh, poseía más oro que el resto del Nuevo Mundo. Enseñó a los indios las grandezas de Elisabeth, la gran cacica, con más caciques en su poder que árboles en una de aquellas islas del Orinoco.

"Su plan (el de Raleigh) consistía en llevar indios a Inglaterra para casarlos con inglesas. Raleigh no cesa de alabar la belleza de esta raza. El país sería colonizado en dos años y habría en Londres una Casa de Contratación como la de Sevilla".

Orinoco *le sirve al autor para expresar muchas ideas y muchas conjeturas acerca de los acontecimientos que giran y se refieren a la región descrita, analizando el verdadero y trascendente valor de aquellas posesiones y advirtiendo, como ya lo había hecho en la parte final de su novela* Cubagua, *sobre el inmenso y desconocido tesoro natural de la feraz región.*

II

Cuando en 1944 Enrique Bernardo Núñez publica "Arístides Rojas, Anticuario del Nuevo Mundo", *está no sólo rindiendo un emocionado homenaje a uno de los hombres más notables que produjo el siglo XIX venezolano, sino que, además, está dimensionando una figura existencial llena de brillantez y trascendentes facetas que ha quedado relegada al olvido, a no ser por los escasos reconocimientos que todavía se hacen de él.*

Si la vida de este extraordinario venezolano fue luminosa y fructífera, en la mejor de las acepciones, el tributo y el homenaje que le rinde Enrique Bernardo Núñez lo enaltecen en la justa medida de todo su inmenso valor y lo facilitan y entregan para la útil y sencilla comprensión de un hombre que fue sencillo y que atesoró vastísimas erudiciones y las legó para la posteridad de la patria. No obstante el conocimiento que de él se tiene —conocimiento que no está a la altura de su densidad humana y científica—, creemos que la verdadera vida trascendente de Arístides Rojas comienza a delinearse en este magnífico trabajo biográfico interpretativo que ha hecho Enrique Bernardo Núñez.

En esta nueva dimensión del grande hombre se asoma y se perfila un ente casi desconocido en la historia política y pública de nuestro país: el héroe civil. El héroe que en su actitud callada y concentrada fue haciendo patria en cada una de sus actuaciones y en cada uno de sus pensamientos. La patria sentida y construida, la patria necesitada y a la

que todo se le ofrenda. El héroe civil que mereció la admiración de sus contemporáneos y quien con tanta sencilla humanidad supo construir un mundo luminoso para ofrecerlo a sus semejantes. El héroe civil de quien dijo el Presidente Rojas Paúl, en un discurso pronunciado ante la Academia de la Historia, el día 9 de noviembre de 1899:

> *"Y para no citar más que un ejemplo, diré que las investigaciones del doctor Arístides Rojas sobre historia patria, orígenes de nuestra literatura y tradiciones populares, lenguas indígenas y antigüedades venezolanas de todo género, son suficientes por sí solas, para que la patria se enorgulleza de tal hijo".*

Este es el personaje que se eleva con la investigación y el trabajo que sobre él hiciera Enrique Bernardo Núñez. Lo consideró un hombre grande, un hombre honesto, un hombre de incalculable valor, un hombre digno de que Martí dijera de él: "Arístides Rojas, con la América a cuestas"; y a quien el licenciado Luis María Castillo titulara como "El Anticuario del Nuevo Mundo".

Desgajado en la plenitud de su absoluta sencillez, el retrato biográfico interpretativo que Enrique Bernardo Núñez hace de Arístides Rojas lo rescata de la laxitud del tiempo y lo integra a una vigencia dinámica que quiere contribuir, con tan esplendoroso ejemplo, a la construcción permanente de la patria, enseñándole y develando los más preclaros ejemplos de civilidad y de honestidad existencial.

III

El ensayo titulado Miranda, o el tema de la libertad, *fechado entre los meses de marzo y abril de 1950 y publicado en un solo volumen junto con el referente a Juan Francisco de León, permitió a Enrique Bernardo Núñez solazarse en uno de sus asuntos eternos y preferidos: el tema de la libertad. Este ensayo, bastante extenso, consta de cuatro partes: "Miranda, o el tema de la libertad", "El viaje de Miranda", "Andrés Froberg, criado de Miranda" y "El retrato de Miranda en la colección Lavater". Estructurados alrededor de la figura del Precursor, estas cuatro partes, pequeños ensayos ellos mismos, confeccionan un cuerpo biográfico que aunado a interpretaciones analíticas del escritor configuran uno de los estudios más acuciosos que se hayan escrito sobre Miranda, sin menoscabar las importantes contribuciones que han hecho los historiadores venezolanos al respecto.*

Dice Enrique Bernardo Núñez que:

> *"Las siguientes páginas, o más bien anotaciones para un estudio que requiere tiempo con exceso, se derivan de la lectura de archivo de Miranda, y fueron publicadas en* El Universal *con motivo del bicentenario".*

derivando de allí una primera enseñanza, porque concluye advirtiendo que esas efemérides permiten, a un pueblo, detenerse y recorrer la distancia habida entre el grande hombre y el presente de ese pueblo. De allí deriva, asimismo, el hondo propósito del trabajo que ha realizado con el personaje, con el objeto de captarlo, entenderlo, juzgarlo y saber si fue "fiel consigo mismo, con sus ideales de libertad, y si logró o no identificarse con su pueblo". Partiendo de estas importantes premisas, Núñez construye una secuencia biográfica orientada a la probatoria de los altos ideales de libertad que se cobijaban en la mente cosmopolita del Precursor, a la vez que trata de entender la complejidad de una mente privilegiada que ha tenido la mala fortuna de no haber sido estudiada ni comprendida en toda su facultad y grandeza. En este sentido el ensayo sobre Miranda tiene mucho de común y de análogo con el que dedicó a Arístides Rojas: rescatar al personaje en toda su dimensión y presentarlo ante el juicio de los hombres que es, por antonomasia, el mismo juicio de la historia.

Avalado en múltiples ejemplos, Núñez trata de probar que la accidentada y miscelánica vida de Francisco de Miranda lo desadaptó para una empresa que más que ideas cosmopolitas precisaba de audacia, de incontenible vigor y de una absoluta integración de pensamiento entre quien planificaba la libertad y el pueblo a quien iba a proporcionársela. Núñez es estricto y justo —en la precisa medida en que el historiador tiene que manejarse ante las evidencias— y al lado de las virtudes y posibilidades del Generalísimo, devela lo que a su juicio fueron los impedimentos que distorsionaron la visión real del asunto libertario y condujeron al fracaso de la primera República, de la cual Miranda era "dictador, generalísimo"; y cómo ese hecho "determinó su historia (la de Venezuela) en el siglo XIX".

El pensamiento del Generalísimo acerca de la condición de nuestros pueblos, puede resumirse en unas dolidas palabras que han sido testimoniadas por Andrés Level de Goda, quien en sus Memorias anota lo que Miranda le dijo al respecto:

"Que esto (nuestros pueblos) vendría a ser presa de los extranjeros, no en clase de propiedad, sino dominado por ellos, y nosotros haciendo los gastos como propietarios, obligados a mantener productiva la finca".

Enrique Bernardo Núñez al analizar la condición humana de Francisco de Miranda, a través de cuatro etapas cruciales de su vida, llega a conclusiones develadoras no sólo de la insigne personalidad del biografiado, sino que se extiende en consideraciones acerca de las circunstancias que motivaron el fracaso total de cualquier iniciativa que, por la causa general de la libertad, hubiera emprendido en los constantes y eficientes contactos que a tal fin estableció en su larga vida cosmopolita. Para Núñez, como resumen de un imparcial juicio socio-histórico, Miranda "más que por las conjuras y artes de sus enemigos, sucumbre a su propia conspiración"; la de no haber comprendido la capacidad de su pueblo y la de haber querido tratar de comprenderlo dentro de un esquema que, desafortunadamente para su mejor voluntad, no se adaptaba a las realidades sociales e históricas del momento y de las circunstancias.

OSVALDO LARRAZÁBAL HENRÍQUEZ

ORINOCO

(Capítulo de una historia de este río)

MANOA, LA GOLDEN CITY

En el siglo XVI el rumor sobre la existencia del Dorado se extendía a través de los mares en los países más distantes. Los geógrafos discutían y trazaban mapas en los cuales aquella región aparece señalada con una mancha misteriosa. Una región perdida entre el mar de selvas, pero cubierta, afirmaban, de ciudades mucho más opulentas que las del Perú. La ciudad imperial es Manoa, la Golden City, sobre el lago Parima, al sur, en la parte superior del río. Se inclinaban a situarla entre el Amazonas y el Orinoco, y en una forma más precisa en medio de las montañas de Paracaima, o en las que forman el sistema de la Parima. Existe allí el lago Amucu o Parima, casi seco en verano y cuyas aguas se desbordan en la estación de las lluvias. En su descripción de la Guayana Británica (1840) sir Robert Schomburgk dice que la estructura geológica de las grandes sabanas encerradas entre las espesas selvas del Esequibo y las montañas de Taripona, Cunnucucu, Carawaini y Mocahaji, deja escasa duda de que fue el lecho de un mar interior, cuyas aguas, por una de esas catástrofes de las cuales los tiempos más recientes ofrecen ejemplos, rompieron sus barreras y se abrieron paso hacia el Atlántico. También sir Everard Im Thurm, quien ascendió al Roraima, el punto más alto de las montañas de Paracaima y trazó una línea verde en la roja superficie de rocas para memoria de su ascensión, nos hace ver, cuando el sol ahuyenta las nieblas de aquellas montañas, una ciudad coronada de torres[1]. Cuando a mediados del siglo pasado el botánico Ricard Spruce trataba de organizar en Río Negro, con la ayuda de don Roberto Díaz, una expedición a las cabeceras del Orinoco, muchos deseaban unirse convencidos de que El Dorado existe en las fuentes de aquel río.

En el mapa trazado por sir Walter Raleigh o Guaterral (Gualterio), como decían los españoles, y el cual se halla en el Museo Británico, el lago Parima está situado en el interior del país, un lago salado de doscientas leguas de largo, semejante al mar Caspio, y a sus orillas está

Manoa con sus torres de oro. El Dorado había de estar siempre a orillas de algún lago. Con motivo del litigio de límites de Guayana entre Venezuela y Gran Bretaña, centenares de mapas fueron exhumados en los principales archivos y bibliotecas de Europa y América. La Comisión nombrada el 1º de enero de 1896 por el Presidente de Estados Unidos, a fin de conocer con exactitud los derechos de ambas partes en la región disputada, estudió más de trecientos mapas. Mapas con leyendas latinas trazados e iluminados en Venecia, en Roma, en Amsterdam, en Milán, Londres, Colonia y Leipzig, en Madrid, París y Viena como ese de Mercator (Gerhard) dibujado en 1538, y el de Ortellius, geógrafo holandés, en 1598, hasta la Tábula Náutica de Halley (1700) y el Atlas Marítimo de Mount y Page (1728) y el del padre José Gumilla (1741) y el de Juan de la Cruz de Olmedilla Madrid (1775), usado por Humboldt en su viaje, hasta el mapa físico y político de Codazzi, editado en París (1840) y el que lleva el nombre de Francisco Michelena y Rojas (1857). En el mapa de Blaeuw (1635 o 1640) publicado en el *Blue Book,* la región del Dorado abarca casi todo el territorio Amazonas-Orinoco. Este mapa señala también a Manoa, en el Lago Parima. Los sabios del siglo pasado hablaban de este disparate geográfico. Fantasías, errores de geógrafos alemanes, franceses, españoles, italianos, ingleses, portugueses. La República también proscribe los mitos. Sus mapas son claros y precisos y sus sabios carecen de imaginación, de esas intuiciones que rasgan los velos encubridores de la verdad. Pero en el Almirantazgo británico y en el Ministerio de Negocios Extranjeros siguen pensando en El Dorado durante el litigio. En Londres se trazan mapas que explican el viaje de Raleigh hacia El Dorado, hacia Parima, siempre hacia el Sur, hacia Manoa. Hay entre otros el del propio sir Robert Schomburgk para ilustrar el itinerario de Raleigh desde Trinidad al Bajo Orinoco. Schomburgk utilizó en este trabajo el mapa de Codazzi. Desde el tratado con los holandeses en 1814 por el cual Inglaterra adquiere su porción de Guayana, El Dorado queda definitivamente incluido en el Calendario de Papeles Coloniales y Domésticos del Estado existentes en el Almirantazgo.

Durante las sesiones del tribunal de arbitraje reunido en París el año 1899 para fallar en la controversia de límites de Venezuela con la Guayana británica, abogados y jueces discutieron largamente sobre El Dorado. Fue preciso determinar la situación del "mítico lago" y la dirección general de viento que permitía a los navíos holandeses remontar la corriente en el inmenso territorio llamado "The Wild Coast", entre el Orinoco y el Esequibo. S. Mallet Prevost, abogado por Venezuela, al demostrar los efectos prácticos de la creencia en El Dorado, de su in-

fluencia en el descubrimiento y conquista de la región, declara que sir Richard Webster, abogado de Su Majestad, equivocaba la posición del Dorado. Webster afectaba desprecio por tales leyendas. Sin embargo, al referirse a cierto lugar misterioro llamado ARINDA en el Esequibo y a los ríos Potaro, Rupunumi y Siparuni frecuentados por los holandeses, se interrumpió de pronto: "No necesito, no quiero entrar ahora en detalles". Y cuando señaló en el mapa de Visscher la vieja línea Sansón, cierto límite trazado del sureste hacia el norte del lago Parima, una sorda angustia los oprimía. Apenas lord Russell se inclinó para decir: "No veo ahí a Santo Tomás". Sir Richard tampoco alcanzaba a distinguir la vieja ciudad en aquel mapa.

Raleigh creía que la región o imperio de Guayana estaba destinada a la nación inglesa. Así lo confirma en su viaje y descubrimiento. *(Descubrimiento del grande, hermoso y rico imperio de Guayana con una relación de la grande y áurea ciudad de Manoa, y de las provincias de Emeria, Armaia, Amapaia, y otros países y de sus ríos, efectuado el año 1595, y el cual dedica al almirante Charles Howard y al canciller sir Robert Cecil).* La política colonial de Raleigh se inspira en Guayana. Por Guayana o El Dorado, Raleigh lucha, trabaja y pierde la vida. La sombra de la Torre de Londres se proyecta en toda esta aventura, al final de la cual le aguarda el cadalso. Viene a ser Guayana como una pasión de Raleigh. Durante largos años se le ve activar por todos los medios su libertad para lanzarse a una nueva expedición. Quiere demostrar que la empresa es honorable, provechosa y barata. Su razonamiento era muy simple. Si España, de una pobre monarquía como era se había convertido en gran potencia, Inglaterra hallaría mayores recursos en Guayana, la cual según Raleigh, poseía más oro que el resto del Nuevo Mundo. Enseñó a los indios las grandezas de Elisabeth, la gran cacica, con más caciques en su poder que árboles en una de aquellas islas del Orinoco, y distribuyó entre ellos monedas de veinte chelines que tenían grabadas le efigie de Su Graciosa Majestad, y les aseguró que era enviado por ella para libertarlos de la tiranía de los españoles[2]. Su plan consistía en llevar indios a Inglaterra y casarlos con inglesas. Releigh no cesa de alabar la belleza de esta raza. El país sería colonizado en dos años y habría en Londres una Casa de Contratación como la de Sevilla.

No se sabe hasta qué punto los indios creyeron en tales promesas. Estaban ya muy escarmentados en su trato con los blancos o cristianos. A Leonardo Berrío, enviado por el propio Raleigh poco después de su primera expedición, los indios preguntaron por el gran jefe blanco. El gran jefe blanco se hallaba en prisión, en la sombría Torre, dedicado a preparar su elíxir de Guayana o "Great Cordial", y a escribir la Historia

del Mundo que no llegó a destruir, como se dice. Escribía también su Discurso acerca de la invención de los buques, el cual dedicaba a su amigo el Príncipe de Gales. Elisabeth muere el 24 de marzo de 1603. Se acusó a Raleigh de conspiración y de complicidad con España y fue condenado a muerte. La ejecución se fijó para el 13 de diciembre de aquel año, pero a última hora el rey la suspendió. No debía efectuarse sino quince años más tarde. El elíxir de Guayana contenía entre otros ingredientes carne de víbora, "mineral unicornio", semillas y raíces maceradas en espíritu de vino y mezcladas luego con perlas, coral rojo, cuerno de venado, ámbar gris, almizcle y otras materias. Luego entraría también su propia sangre. El famoso cordial, bueno contra todos los males, menos contra el veneno, según aseguraba Raleigh, fue aplicado a los labios del príncipe de Gales, moribundo. El príncipe murió. Creyóse por lo mismo que había muerto envenenado. En 1616 Raleigh obtuvo al fin permiso para organizar su expedición. Sale de Plymouth el 12 de junio de 1617 con catorce buques que hacían un total de 1.215 toneladas y cerca de mil hombres. Su propio buque de 440 toneladas se llama "Destiny". Al llegar a las Bocas del Orinoco, Raleigh cae gravemente enfermo. Su hijo muere en el asalto a Santo Tomás de Guayana, de cara al enemigo. El fin era, pues, la muerte de su hijo y el fracaso de sus sueños. El mundo para él ya no tenía objeto. Un crepúsculo magnífico caía sobre el Delta y las sombras de la noche no dejaban ver sus lágrimas.

EL SECRETO DEL DORADO[3]

El Dorado se esfumaba ante los ojos del hombre blanco. Algunos se devolvieron a punto de alcanzarlo. Otros pasaron junto a él sin verlo, cegados acaso por su mismo fulgor. Buscábanlo en todas partes. Se esfumaba en la niebla de las cordilleras y de los ríos. Felipe de Hutten y sus soldados alcanzaron a ver la ciudad desde una altura, a la puesta del sol. Una ciudad tan extensa que sus términos se perdían en lontananza. Si acaso alguno penetró en las calles de Manoa, fue como esclavo. Le pusieron una venda en los ojos. Así ocurrió a Juan Martínez, maestro de municiones de Diego de Ordaz. Martínez declaró categóricamente haber entrado en la ciudad. Moribundo, entregó a los frailes que rodeaban su lecho una relación exacta de su aventura y unas calabazas llenas de oro labrado. Las últimas palabras del extraño relato se confundieron con las preces de los agonizantes recitadas por los frailes, una tarde tranquila, refrescada por la brisa que llegabá del mar y hacía oscilar la llama de los cirios. Un prisionero del capitán Amyas Preston en la

toma de Caracas, y quien luego murió en el buque de éste, sobreviviente de la expedición de Pedro Hernández de Zerpa, refería haber oído a don Antonio de Berrío hablar de los platos de oro labrado y espadas de Guayana, guarnecidas de oro y otras rarezas enviadas al rey de España. El propio Berrío contaba que el río Amapaia es prodigiosamente rico en oro. Los habitantes de esta región con quienes guerreó, una vez concluida la paz entre ellos, le presentaron imágenes de oro fino y platos labrados del mismo metal, como no se ven en Italia, España y en los Países Bajos. Raleigh, sin embargo, con cien "gentlemen", soldados, remeros y gente de toda suerte, no pudo llegar a la gran ciudad debido al crecimiento de los ríos y a la tardanza de Preston, empleado en la toma y saqueo de Caracas en aquel año de 1595. A no haber mediado esta circunstancia, Raleigh se hubiera aventurado hasta Manoa, o al menos apoderado de muchas ciudades y aldeas. Según Raleigh, la famosa relación de Juan Martínez se hallaba en la cancillería de Puerto Rico y don Antonio de Berrío poseía una copia. Mientras Diego de Ordaz se hallaba en Morequito, más tarde puerto de San Miguel, Martínez incurrió en su enojo y fue condenado a muerte —sabido es la arrogancia y severidad con que Ordaz trataba a sus soldados—, pero favorecido por unos compañeros pudo escapar en una canoa sin vituallas de ninguna especie, sólo con sus armas. Cierta tarde fue recogido exhausto por unos "guayanas", quienes sin haber visto nunca un hombre blanco, se llevaron a Martínez de ciudad en ciudad hasta la propia Manoa. Martínez entró en la ciudad con los ojos vendados, a la hora del mediodía. Caminaron hasta la tarde, y al día siguiente a la puesta del sol llegaron al palacio del señor de aquella tierra. Vivió siete meses en Manoa, pero no pudo conocer el país. Al cabo de este tiempo el Emperador de Guayana le preguntó si desaba volverse o quería más bien permanecer en su compañía. Martínez prefirió regresar y el monarca lo despachó en compañía de varios indios a quienes ordenó conducirlo a las orillas del Orinoco. En el mapa de Nicolás Sansón, el Orinoco está separado de las tierras de El Dorado. En el de Hondius aparece dividido por la cresta de una cadena de montañas. Los indios que acompañaban a Martínez llevaban tanto oro como podían y el cual le dieron al despedirse. Cuando llegó a la otra orilla, los comarcanos lo despojaron de sus tesoros, pues estaban en guerra con el señor de Guayana, dejándole apenas aquellas dos calabazas de cuentas de oro labrado que los "orinocos" supusieron estar llenas de bebidas y alimentos. Martínez pudo volver a Trinidad en una canoa y de allí pasó a Margarita y luego a San Juan de Puerto Rico donde permaneció largo tiempo en espera de volver a España, y donde murió. En cambio Milton ciego vio la ciudad de Manoa con los

ojos del espíritu como dicen que quizá la vio Adán cuando el Arcángel Miguel le mostró todos los reinos del mundo, y entre ellos los de Moctezuma, Ataliba y El Dorado, "Tierras aún sin saquear, cuya gran ciudad los hijos de Geryon, llaman El Dorado". *(El Paraíso Perdido).*

La tempestad dispersaba las flotas en el mar, y la fiebre, los murciélagos y las flechas daban cuenta de las expediciones. Los caciques señalaban siempre en dirección de las más impenetrables montañas. El hombre blanco introdujo en el Nuevo Mundo la superstición del oro. Y acaso en las ciudades de El Dorado hay algo más que oro. Acaso sus tesoros son de otra naturaleza, fuera del alcance de nuestros groseros sentidos. En el Nuevo Mundo el oro era un metal que se labraba con fines artísticos y religiosos. Los templos más ricos estaban cubiertos de oro. Pero el oro no era condición indispensable de vida. El blanco, al contrario, buscaba oro en primer término. El mismo Evangelio era pretexto para obtener el oro. En lo sucesivo toda la existencia estaría subordinada al ídolo. Pero El Dorado fue preservado. Los usureros de distantes ciudades no pudieron pesar el oro de Manoa en sus balanzas como hicieron con el que adornaba el Templo del Sol. Las huellas del hombre blanco se perdieron en el camino del Dorado como las huellas de los portadores de arcilla en el sendero del tapir. La senda que va de un extremo a otro del cielo. La vía láctea. El Dorado se esfumaba siempre. No podían verlo. Todavía hoy se desvanece ante los que exploran desde sus aviones el misterio de las tierras desconocidas.

EL VIAJE DE RALEIGH

Sir Walter Raleigh publicó la relación de su viaje en 1596. Salió de Plymouth el jueves seis de febrero de 1595 con cinco buques y algunos botes y regresó[4] siete meses después, sin perder un hombre. Un año antes el Capitán Jacobo Whiddon exploró el Delta por su orden. También lo precedió Robert Dudley, quien recogió en Canarias noticias del Dorado. Dudley abandonó Trinidad poco antes de la llegada de Raleigh. En Tenerife se detiene para aguardar el "Lion's Whelp" y al Capitán Amyas Preston y el resto de su flota. Siguieron luego a Trinidad sin más espera, en el propio buque de Raleigh y un pequeño barco del capitán Cross. El 22 de marzo anclaron en Punta Curiarán que los españoles llamaban Punta de Gallo. Llegado a Puerto de los Españoles o Puerto España supo Raleigh por un cacique conocido de Whiddon la fuerza efectiva de los españoles y el nombre del Gobernador que lo era don Antonio de Berrío, a quien suponían muerto. Algunos españoles vinieron a reunírseles. Esta gente no probaba vino hacía tiempo. Se ale-

graron en gran manera con los ingleses a quienes ponderaron las riquezas de Guayana. Raleigh permaneció en Punta de Gallo para vengar la traición que el gobernador Berrío había hecho a ocho hombres de Whiddon cuando estuvieron en viaje de reconocimiento. Berrío les preparó una emboscada invitándolos a matar un ciervo y aseguró después a Whiddon que había hecho provisión de agua y leña en la mayor seguridad. Supo al mismo tiempo por un cacique que el Gobernador había pedido refuerzo a Cumaná y Margarita. Los caciques de la isla acudían a ver a Raleigh, no obstante la prohibición de Berrío, y dábanle cuenta de las crueldades cometidas con ellos. Se hallaban reducidos a esclavitud y sometidos a diversos tormentos. Pero todo esto servía a los designios de Raleigh. Envió al capitán Caulfield con sesenta soldados, seguidos por él mismo y tomó la ciudad de San José, capital de la isla. Berrío cayó prisionero. A petición de los indios, Raleigh entregó la ciudad al fuego. El mismo día llegaron los capitanes Giddfor y Keymis a quienes había perdido de vista desde las costas de España.

Los informes de Whiddon acerca de la tierra que pensaban descubrir no resultaron del todo exactos. En vez de cuatrocientas millas el país estaba a seiscientas millas inglesas más allá del mar. De estas seiscientas atravesó cuatrocintas, el país poblado de tantas naciones, entre ellas la de mujeres belicosas que moran al sur del río y usan piedras que sirven de amuletos contra la tristeza. Dejó los barcos anclados en el mar y en una galera, un lanchón y un bote del "Lion's Whelp" llevó cien hombres y vituallas para un mes, las cuales con la lluvia y el sol se volvieron tan pestilentes que nunca —afirma— prisión alguna en Inglaterra podría encontrarse tan hedionda y desagradable, especialmente para él, acostumbrado a otro género de vida. Después de diversas tentativas para entrar en el Orinoco, resolvió ir con los botes en los cuales metió sesenta entrar en el Orinoco, resolvió ir con los botes en los cuales metió sesenta hombres. Veinte en el bote del "Lion's Whelp". El capitán Giddford llevaba en su chalana al patrón o arraez Eduardo Porter. Con el capitán Caulfield iba un primo de Raleigh, John Greenville, su sobrino John Gilbert y los capitanes Whiddon, Keymis, Edward Hanckork, Farey, Jerome Ferar, Anthony Wells, William Connock, el alférez Hughes y cerca de cincuenta más. Tenían tanto mar que cruzar como distancia hay entre Dover y Calais. De piloto llevaba a un indio "aruaco" que habían tomado al salir del Barema, un río al sur del Orinoco, e iba a vender casabe a Margarita. El indio no supo conducirlos y se hallaron perdidos en aquel laberinto de ríos "donde uno cruza al otro muchas veces y son semejantes uno al otro", y multitud de islas cubiertas de árboles. La galera encalló y creyeron terminado el descubrimiento. A la

mañana siguiente después de lanzado el lastre volvieron a flote. Un río y otro río y sus ramales. Hallaron al fin un río bello y puro como no habían visto nunca, el Amana. Pero el flujo del mar dejólos y se vieron obligados a remar contra la corriente. Cada día pasaban por nuevos ramales del río. Caían unos al este y otros al oeste del Amana. El calor era sofocante. Remaban sin descanso y las compañías estaban cerca de la desesperación. Prometian a los pilotos concluir el próximo día. Raleigh sentíase acariciado por una paz dulcísima. Bajaba la noche en medio de los grandes árboles. Raleigh pensaba en la gran ciudad de Manoa, sobre la cual caía ahora la luz de aquellas magníficas estrellas. Pensaba ofrecerle aquella tierra a su reina como quien ofrece una joya. Entonces recobraría su gracia y volvería a ostentar en la guardia de alabarderos su armadura de plata adornada de piedras preciosas y sus zapatos que valían por sí solos muchas piezas de oro. Pensaba en sus pipas con bolas de plata que imitaban los otros cortesanos. En aquel mundo isabelino de pompa y fantasía.

Berrío —a quien describe liberal y valiente— entretenía a Raleigh con el relato de las expediciones españolas: el viaje de don Pedro de Ursúa quien venía del Perú con sus marañones; los de Diego de Ordaz, Jerónimo de Ortal, Antonio Sedeño, Pedro Hernández de Zerpa, de cuya expedición de trescientos soldados sólo volvieron diez y ocho, y la del propio Berrío cuando bajó por el Meta desde el Nuevo Reyno hasta alcanzar las Bocas del Orinoco y Trinidad. Referíales Berrío las costumbres de aquellos guayanas, grandes bebedores. En sus festines se untaban el cuerpo con cierto bálsamo llamado Curca, sobre el cual soplaban luego un polvillo de oro. Les hablaba de las estatuas que adornaban sus palacios y de sus escudos y amaduras de plata y oro. Multitud de pájaros con todos los colores del iris volaban sobre los matorrales, y los ingleses abatían muchos con sus escopetas. Caundo Raleigh manifestó a Berrío que su propósito era continuar viaje hasta el propio país de Guayana, fue éste acometido de gran melancolía y trató de disuadirlo de su intento. Quiso mostrarle las muchas miserias que le aguardaban. El invierno estaba cercano. Los ríos comenzaban a crecer y los señores del país habían resuelto no tratar ya con cristianos, ya que éstos por el oro trataban de conquistarlos. Huirían al verlos y quemarían sus ciudades.

Un indio viejo les aseguró que si entraban en un ramal del lado derecho llegarían a una ciudad aruaca donde hallarían pescado y vino del país. Se alegró Raleigh de este discurso. Tomó el lanchón y ocho mosqueteros, la barquilla del capitán Giddford y la del capitán Caulfield. Remaron tres horas sin ver indicio de vivienda y preguntaron al viejo dónde estaba la ciudad: "Un poco más allá". A la puesta del sol comen-

zaron a sospechar que los traicionaba. Determinaron colgarlo, pero las necesidades de que estaban ahítos los salvaron. Estaba oscuro como boca de lobo, el río comenzaba a estrecharse. Las ramas de los árboles colgaban de tal manera que se vieron obligados a cortarlas con las espadas. El indio decía que la ciudad se encontraba más allá. La hallaron en efecto, con poca gente. El "lord" del lugar había salido y se hallaba a muchas millas de jornada para comprar mujeres a los caníbales. En la casa de este cacique hallaron pan, pescado y vino del país. Volvieron al día siguiente a la galera con aquellos comestibles. Supieron luego que aquellos indios habían traído más de treinta mujeres, láminas de oro y gran cantidad de piezas de algodón, entre mantas y vestidos. Veían bosques inmensos, gran número de caimanes. Un negro que llevaban consigo y acostumbraba nadar, fue cogido por un saurio y devorado a la vista de todos. Un viento norte los empujaba hacia el río Orinoco. Cierta mañana les ocurrió una aventura que los alegró en gran manera. Toparon con cuatro canoas que bajaban el río. Algunos de los que iban en estas canoas huyeron a los bosques. Otros permanecieron tranquilos. Iban con ellos tres españoles conocedores de la ruta de su gobernador en Trinidad. Llevaban un cargamento de excelente pan. Nada en el mundo podía ser más bienvenido. Los hombres gritaron: "Let us go on, we care not how far" y se pusieron a perseguir a los que huían. Así resonaban estas primeras voces inglesas en los bosques del Orinoco. Raleigh ofreció quinientas libras al soldado que hiciera presos a los fugitivos, pero la persecución resultó inútil.

Mientras era huésped del cacique Toparimaca vio Raleigh a la esposa de un cacique forastero, "tan favorecida o atractiva", como rara vez había visto otra en su vida. "De buena estatura, ojos negros, formas opulentas y cabellos tan largos como ella", muy parecida a cierta "lady" en Inglaterra, que si no fuera por el color hubiera jurado ser la misma. Orinoco arriba vio un país con las orillas del río y las rocas de un azul metálico, y un país de campiñas teñidas de rojo. Vio islas más grandes que la de Wight. Vio ciudades con jardines sobre una colina y lagunas abundantes en pescado como esa de Taporimaca, Arowacai. Vio mercados de mujeres donde éstas se adquirían por dos o tres hachas como en Acamacari y poblaciones de gente muy vieja, tan vieja que podían verse los nervios y tendones bajo su piel. Vio árboles de copa anchísima llamados samanes. Vio una montaña color de oro y otra de cristal parecida a una torre perdida en las nubes y de la cual se desprendía un río con terrible clamor, como si mil campanas tocasen a un tiempo. Vio un río de aguas rojas del cual se puede beber a mediodía, nunca de mañana, ni en la noche. Vio tantos ríos que resolvió dejarlos para describirlos luego, a fin

de no ser fastidioso. Vio los saltos del Caroní desprenderse con tanta furia que al caer el agua forma como una columna de humo elevándose sobre una ciudad. El Caroní es ancho —dice— como el Támesis en Woolwich. Nunca vio Raleigh más bello país. Aquí y allá se elevaban graciosas colinas. Unas verdes campiñas, sin arbustos, de arena dura, buenas para andar a pie y a caballo. Cruzaban los venados en cada sendero. La mancha blanca y roja de las garzas inmóviles sobre el río y muchedumbre de pájaros que cantaban al atardecer melodías infinitas. Una fresca brisa soplaba del este. Más allá del Caroní está el río Atoica y después el río Caura. Es aquí donde Releigh sitúa los pueblos o naciones que denomina los Ewaipanoma, con los ojos en los hombros entre los cuales les nacen largos cabellos y la boca en medio del pecho. Estos Ewaipanoma son los más fuertes del país. Usan arcos, flechas y macanas más grandes que las de cualquier otro "guayana". Gente formidable, pero sin cabeza. Otelo, el Moro de Venecia, habla de estos hombres cuya cabeza les nace bajo los hombros.

> *"The Antropophagi and men whose heads.*
> *Do grow beneath their shoulders".*
> *(Othello.* Acto I, Esc. III).

En Morequito, Topiawari, rey de Aromaia, meditaba en el gran trastorno que presenciaba al final de sus días. Los astros no habían mentido en sus predicciones. De los españoles tenía muchos agravios. Varios de los suyos habían muerto a sus manos. Este hombre cuya visita le anunciaban era blanco, pero de otra nación. Topiawari se dispuso a ir a su encuentro. Era viejo, viejo de ciento diez años. Su andar lento y majestuoso. Era hijo del río. Todos los suyos lo eran. Topiawari se dirigió al encuentro de Raleigh. Llegó al atardecer, antes de la luna, con muchos comarcanos y provisiones, después de andar a pie catorce millas inglesas. Raleigh hizo levantar una tienda para honrar al viejo rey. Tomó asiento y Raleigh frente a él. Sus párpados caían pesadamente. Tenía ante sí al hombre blanco de quien le hablaban hacía tiempo. Raleigh le habló de la grandeza de su país y de su reina, y comenzó a sondearlo en lo tocante al país de los "guayanas". Topiawari habló entonces de su raza y de sus guerras hasta la invasión de los cristianos. Añadió que deseaba regresar a su casa, pues sentíase débil y enfermo, llamado por la muerte, y a su vuelta lo complacería. Raleigh insistía en saber del Dorado. Topiawari enmudeció. Luego se levantó para partir dejando a Raleigh admirado de su descreción y buen discurso. La luna surgió entonces de los montes lejanos. Raleigh veía en torno suyo.

Hubiera podido entrar a saco en aquel país, pero lo consideraba impolítico. Deseaba parecer distinto de los españoles. A su regreso Raleigh tocó de nuevo en Morequito. Ya Topiawari había meditado su respuesta. Raleigh le manifestó que conocía su situación entre los españoles y los "epuremei", sus enemigos, y pidióle le indicase los pasajes más fáciles para entrar en las áureas tierras de Guayana. Topiawari consideró que Raleigh no estaba en capacidad de ir a Manoa. No tenía fuerzas suficientes. No podría invadir sin la ayuda de todas las naciones vecinas a fin de asegurar el avituallamiento. Ni dentro de un año lo creía posible. Recordó la derrota sufrida por trescientos españoles en la sabana de Macureguari, un poco más allá de sus fronteras. Los indios prendieron la paja seca y los blancos se vieron envueltos en llamas por todos lados. Podía dejar con él cincuenta hombres hasta su vuelta para organizar el avituallamiento. Raleigh no los tenía, ni podía dejarlos sin vituallas y pólvora suficiente. Berrío había pedido refuerzos a España y Nueva Granada y también a Caracas y Valencia. Entonces Topiawari le pidió que olvidase su país, al menos durante un tiempo, pues los "epuremei" lo invadirían y los españoles pensaban matarlo como habían hecho con su sobrino Morequito. Después de esto le dijo a su hijo que Raleigh deseaba llevarlo a Inglaterra. En cambio Raleigh les dejó a Francis Sparrow, sirviente de Giddford, quien estaba deseoso de quedarse, y a un muchacho de nombre Hugh Goodwin para que aprendiese la lengua. Sparrow dejó una relación, la cual se encuentra en "Purchas, His Pilgrimes" (Samuel Purchas, V. XVI). Hecho prisionero por los españoles fue remitido a España y después de larga cautividad pudo volver a Inglaterra en 1602. Su relato está lleno de datos geográficos. Entre otras cosas refiere que compró ocho mujeres de diez y ocho años por un cuchillo que le costó en Inglaterra medio penique. Efectuó esta compra en un sitio llamado Cumalaha, al sur del Orinoco. Sparrow dio esas mujeres a otros indios a petición de Warituc, hija del cacique de Morequito. Refiere también que ciertas piedras, las cuales tomó por perlas, eran topacios.

La historia de Goodwin es diferente. Cuando el Gobernador de Cumaná informó al rey de España la captura de Sparrow, aseguró que Goodwin había sido devorado por un tigre. La historia, dicen, fue inventada por los indios para salvarlo. Raleigh lo halló vivo en 1617, durante su segunda expedición y apenas recordaba su propio idioma. Con la expedición de Harcourt, salida de Dartmouth el 23 de marzo de 1608, y compuesta por los buques "La Rosa", "La Paciencia" y "El Sirio", volvieron a Guayana después de trece años de ausencia los indios Martín, hijo de Topiawari, Leonardo, el piloto "aruaco" y Antonio Ca-

nabra. Anclaron en Morequito el 11 de mayo del mismo año. Los indios expresaron su inmensa alegría, pues los creían muertos hacía largo tiempo. Harcourt, después de arengarlos y celebrar con ellos una especie de trato, desplegó sus banderas, formó sus hombres en compañía y tomó posesión del país. Así entraron en la ciudad de Martín donde los habitantes salían a las puertas para verlos. Otros indios "guayaneses" fueron a Londres como rehenes en el buque "Olive Plant" de 170 toneladas, al mando del capitán Edward Huntley. Salieron el 2 de julio de 1604 con la expedición que trasladó la colonia fundada por Charles Leigh a Wiapoco u Oyapaco. Topiawari y los demás indios entraron en Londres en el crepúsculo de la edad isabelina cuando se publicaba *Venus y Adonis* y a los puertos ingleses llegaban los despojos de los galeones españoles, y se presentaban en honor de la reina aquellas mascaradas que el propio Shakespeare consideraba símbolo de lo evanescente. Música, luz, color, perfume, una atmósfera voluptuosa. Topiawari salía de un bosque con su arco y sus flechas, después de una invocación del dios de los ríos, e iba a postrarse ante la reina en medio de mujeres de extraordinaria hermosura y de hombres magníficamente vestidos. Ante ella desfilaban caciques con brillante plumaje, guerreros indios con ramos, flechas y escudos de oro y plata y portadores de aves de raros colores, piedras tersas de diferente color y guirnaldas de flores, simbolizando todo las riquezas de Guayana. Se escuchaba una música invisible y deliciosa. Y avanzaba hacia él una mujer pálida como la estrella de la tarde, con una media luna en la cabeza, y le tocaba con una vara en la frente. Tenía los ojos azules como las montañas lejanas. Y el río era él, Topiawari, y tenía sus mismos deseos y pensamientos. Y sentía dentro de sí aquel tumulto con que el Orinoco baja de la montaña y nutrido del ansia de todos los ríos corre hacia el mar. Y comprendía mejor los ecos que a través de la inmensidad de los tiempos va dejando en el corazón de los hombres y en las selvas.

LA HERENCIA DE ELISABETH

Es interesante observar cómo Inglaterra supo apreciar el legado de Raleigh, aunque la reina Elisabeth no lo consideró digno de emplear un navío ni un ducado. El conflicto de límites de Guayana no es sino un capítulo de esa larga historia. Gran Bretaña no desiste de su empresa y ésta prosigue —de acuerdo con los medios de cada época— el esfuerzo de las primeras expediciones colonizadoras. *Después esas otras expediciones de voluntarios en la guerra de independencia.* Luego la adquisición de una parte de Guayana a los holandeses. El envío de sir

Robert Schomburgk para fijar los límites de la posesión, a fin de poder discutirlos mejor después de trazados, según manifestaba Lord Aberdeen al doctor Fortique en el año de 1841[5]. "Un tratado de límites —decía el entonces primer Ministro de Su Majestad Británica— sería prematuro antes de concluirse la exploración del terreno". Lord Aberdeen hablaba a Fortique de la necesidad de asegurar la libertad del río. Esto es, que ningún territorio adyacente cayese en poder de otra potencia. Sólo Inglaterra, según Aberdeen, podía asegurar esa libertad. *La adquisición de Trinidad frente al Delta del Orinoco le depara una magnífica posición para dominar la entrada del río.* Cuando el bloqueo de las costas de Venezuela en 1902 los navíos ingleses se sitúan en las Bocas del Orinoco en demostración de reivindicar aquellas pretensiones. *Luego sus geólogos descubren que el lecho submarino entre la isla de Trinidad y la costa de Venezuela forma una misma zona extraordinariamente rica en petróleo.* También deben mencionarse los tratados, los contratos de minas o compañías mineras y las ulteriores colonizaciones. Lord Aberdeen señalaba asimismo, entre las condiciones para hacerle a Venezuela algunas concesiones de territorio, la de proteger contra toda opresión a las tribus de indios allí residentes. En esto tenía su razón. Por el tratado de Utrecht el Rey de España prometía a la reina de Gran Bretaña "no ceder, ni hipotecar o transferir, ni de modo alguno enajenar de sí ni de la corona de España, las comarcas, dominios o territorios de América, o alguna de sus partes a favor de Francia ni de ninguna otra nación". El patrimonio debía conservarse intacto, no sólo para evitar el engrandecimiento de un rival, sino por que tan codiciadas comarcas podían algún día pertenecer a la corona británica, en virtud de esos mismos tratados con los aborígenes invocados por Lord Salisbury, o bien con la mira de proteger a súbditos británicos. Por el tratado de Münster, celebrado anteriormente (alegato de la cancillería venezolana), se convino en que ambas partes —holandeses y españoles— guardarían sus respectivas posesiones de países, plazas, fuertes y factorías en las Indias Orientales u Occidentales. La historia del litigio es un interminable desfile de fantasmas, desde Colón y Alonso de Ojeda y demás descubridores hasta los más ignorados colonos holandeses y españoles. El Papa Alejandro VI, el Emperador Carlos V y el Rey Felipe IV y Carlos II el hechizado, la Reina Ana de Gran Bretaña y el Rey Felipe V. Embajadores, ministros, piratas, negociantes, cronistas, misioneros. El decapitado sir Walter Raleigh, el poeta Juan de Laet, quien escribía las proezas de holandeses y españoles. Acudían todos a dar testimonio a favor de Venezuela o de Gran Bretaña, según el caso.

Las colonias inglesas de Guayana o la historia de las colonias inglesas en Guayana casi pierden en la lejanía del tiempo y de los libros los contornos, las líneas divisorias, y se convierten en un todo mágico, misterioso, rico legendario, y sobre todo inglés. El oro es inglés y los mismos nombres de los pájaros, de las montañas y de los ríos y de los villorrios y de los caciques se vuelven ingleses. Los "maquiritares" usaban hasta hace poco años armas procedentes de fábricas inglesas. Parece que hay una sola línea desde esos primeros exploradores, —Dudley, Widdon, Raleigh, Harcourt, Leigh y Roe (Sir Thomas), después embajador ante la Sublime Puerta— hasta esa otra trazada por Schomburgk, cuyo nombre se hizo entonces famoso. Schomburgk no sólo trazó esa línea o frontera en el territorio sobre el cual Venezuela alegaba derechos, sino que también descubrió la flor a la que dio el nombre de *VICTORIA REGIS*. Se ha conservado la fecha del descubrimiento en el río Berbice: el 1º de enero de 1837. La iniciación del largo reinado victoriano se adorna con esa flor de la tierra o colonia inglesa de Guayana, anuncio del gran litigio que lleva consigo. El ofrecimiento de Raleigh a la reina Elisabeth del imperio de Guayana, como un mundo destinado a ella, lo repiten luego los historiadores, poetas, políticos, cortesanos, con alusiones a la Reina Victoria, llamada a recoger esa herencia. Martín Hume le dedica su biografía de Raleigh, al frente de la cual pone al ofrecimiento de Raleigh a su soberana con la súplica a Dios de que ponga en su corazón el designio de poseer aquella tierra. Las postrimerías del reinado señalan también el fin de la controversia. La vieja reina anuncia en el Parlamento el 12 de febrero de 1896, que "la pequeña diferencia surgida con Estados Unidos por causa de los límites de Guayana y Venezuela sería arreglada". De Lord Aberdeen a Salisbury, de Fortique a Seijas, *se ha cumplido toda una etapa de penetración inglesa. En esos largos años el gobierno británico envía a poblar la Guayana y así exhibirá más tarde títulos a la posesión de un inmenso territorio entre el Esequibo y el Orinoco.*

Durante la controversia, la primitiva línea Schomburgk se dilata. Cada año la superficie británica en Guayana gana mayor número de kilómetros cuadrados. Abarca en 1880 desde un punto en la Boca del Orinoco, al este de Punta Barima, hasta lo que lord Salisbury, el Cécil del siglo XIX, denomina "el gran espinazo del distrito de Guayana". De las montañas de Roraima a las de Paracaima[6]. De este modo el Orinoco, el gran río del Dorado, quedaría bajo el control de la bandera inglesa.

Decididamente El Dorado estaba dentro de la línea Schomburgk. Para contener las pretensiones inglesas el presidente Guzmán Blanco hizo concesiones al norteamericano Cyrenius Fitzgerald de otra gran extensión de territorio entre el Delta y el Esequibo. Se constituyó entonces la Compañía MANOA, con fines, a lo que se aseguraba, de explotación y de colonización. Cuando Gran Bretaña se enteró de la existencia de esta Compañía manifestó gran recelo y desconfianza e hizo saber al Gobierno de Caracas que no permitiría la injerencia de tal Compañía en el territorio disputado. Sus agentes recorrieron el Orinoco. Y para mayor seguridad procedió a ocupar la región que tenía por suya. La concesión Fitzgerald fue luego traspasada por el mismo Guzmán Blanco a George Turnbull. El nuevo contrato celebróse en Niza el 1º de enero de 1896. Turnbull era súbdito inglés y enseguida hizo demostraciones de lealtad a su país. Comenzó a negociar la venta de la concesión a las autoridades británicas. Estados Unidos invocó entonces la Doctrina Monroe. Exigía el arbitraje como único medio de resolver el conflicto. Inglaterra convino al fin en el arbitraje para complacer a Estados Unidos y darle razón en lo de su Doctrina Monroe. Pero a la postre se quedó con gran parte del territorio en litigio. Tan pronto fue dictado el fallo por el tribunal de París, los ingleses adquirieron de Cyrenius Fitzgerald, quien lo había recabado después de la caída de Guzmán Blanco, los derechos de la Compañía MANOA por la cantidad de ciento cincuenta mil libras esterlinas. *A cambio de la Doctrina Monroe, El Dorado quedó en poder de Inglaterra.*

1943.

ARISTIDES ROJAS

Anticuario del Nuevo Mundo

"Los documentos de la historia allí están, y muchos recogidos por un ilustre venezolano, el doctor Arístides Rojas, afamado Anticuario del Nuevo Mundo...". (Discurso del licenciado Luis Ma. Castillo al inaugurarse la estatua de Miranda en la Plaza del Panteón, el 23 de julio de 1883).

"Yo envidio la paz de tu delicioso sueño".— J. V. González (Meseniana a Teófilo E. Rojas).

I

El pasajero se detiene a menudo en la tumba de Arístides Rojas, en el cementerio del Sur. La encuentra a su paso cuando va de una tumba a otra de dos seres amados: la hermana que se murió en el albor de la vida y la que fue para él otra santa madre. Y el pasajero siente a veces envidia de aquel reposo bajo la sombra de unos árboles y el verdor de una planta silvestre. Junto a la de Arístides, en otra lápida se lee: "Emilia y su niña", nombre que conocemos por haberlo aprendido en sus escritos. En el centro, en una columna ceñida por un festón de vid, se halla esculpido el nombre de José María Rojas. Esta columna recuerda la dedicatoria de "Un Libro en Prosa": "Era un cedro a cuya sombra germinó la virtud". A los pies de la columna, en medio de verde césped, una cruz de mármol, con espigas de trigo y hojas de vid, ostenta el de María Dolores Espaillat de Rojas. También se leen allí en otras lápidas, los nombres de Teófilo, Epaminondas y Marco Aurelio. Con rosas y ramos de ciprés, Juan Vicente González tejió una guirnalda para la de Teófilo. Eran naturalistas, médicos, historiadores, economistas. Cuando armado de un paraguas Arístides herborizaba en los alrededores de Caracas o cultivaba en sus jardines la flor de la leyenda, pensaba en esos nombres. Una planta conocida con el nombre de espárrago ha crecido sobre la tumba del que describió las plantas religiosas del hogar pobre; una de esas plantas que sirven de velo o encaje a las rosas y que tanto abundaban en el jardín del anticuario. Y es fácil imaginar lo que hubiera dicho al ver esa planta en la sepultura de un hombre como él amante de la naturaleza y de los libros. Habría seguramente evocado

la palmera en relación con aquella humilde planta o un samán cubierto de flores. Habría recordado aquella noche en París mientras contemplaba el esplendor de Arturo a través de la caída de un cometa y aquel papagayo, que hablaba la lengua de una raza extinta. El que nos refirió la historia del Arbol del Buen Pastor —la estaca traída por Hipólito Blanco de los valles de Aragua para Domingo del Sacramento Infante, el alarife constructor de la iglesia de la Trinidad—, el autor de las Humboldtianas, no dejaría de escribir: "El amante de aquella espléndida naturaleza duerme ya junto al Avila, mientras los años, los torrentes, los ríos, siguen su curso". Luego de esta divagación cerraría el paraguas y tal vez con los ojos húmedos, iría a examinar sus orquídeas favoritas.

José María Rojas, oriundo de la ciudad de Santiago de los Caballeros, en Santo Domingo, vino a Venezuela por causa de Jean Pierre Boyer, tirano de Haití, cuando Santo Domingo quedó bajo la dominación de aquél, en 1822. Desempeñó el cargo de Administrador de la Aduana de La Guaira en los días de Colombia y fue concejal y diputado en tiempos de Páez y de Monagas. Redactó *El Liberal* y *El Economista* y fundó la famosa librería Rojas. De él dice Cecilio Acosta que tenía cualidades de hombre de Estado. "Fue, dice este autor, uno de los que se esforzaron por hacer conocer aquí a Bastiat y el Diario de Economistas, y el que con el sesudo Michelena, el sabio Aranda y el culto Andrés Eusebio Level, propendió con mayor calor a vulgarizar los conocimientos económicos. De él y de los últimos bebí yo lecciones que jamás olvidaré, y el gusto por una ciencia que es mi encanto. Teófilo se malogró cuando ya tenía aureola en la frente y convenios ajustados con la gloria; alma indefinida por lo grande y corazón donde latió todo lo bello. Marco Aurelio rindió la vida en flor cuando ya contaba más de una recogida en el campo de la historia natural". José María Rojas se tenía por liberal, aunque militaba en las filas del partido conservador. El 10 de marzo de 1845, con motivo de un auto de prisión librado por el juez de primera instancia de Calabozo contra Antonio Leocadio Guzmán, director de *El Venezolano,* sus partidarios recorren las calles armados de palos y trabucos. El señor Rojas es insultado junto con otros respetables ciudadanos. Gritos de muerte se profieren frente a la casa del presidente Soublette que estaba abierta, a las diez de la noche. Los hombres del "partido del orden" ven en todas partes los signos de una espantosa revolución. Las instituciones, aseguran, están en peligro. Al 9 de febrero del año anterior ha seguido el 10 de marzo. A Juan Vicente González que le reprocha su silencio después de aquella jornada, Rojas responde que en vista de lo que ocurre, su actitud le parece la más sensata. El Gobierno con el fin de ganar las elecciones ha pac-

tado con el enemigo. Juan Vicente González y otros, si bien es cierto que han vuelto al buen camino, no por eso con el fin de ganar las elecciones el año de 44 han contribuido a la propagación de las malas doctrinas. No podrá nunca olvidar la noche del 10 de marzo, cuando vio a su familia atemorizada con los gritos de una turba facciosa y desenfrenada. Además desea restablecerse para la próxima campaña del 47 y hacer un buen fondo de imparcialidad, necesario "para aspirar a ser oído de todos los partidos y los altos poderes públicos". Si antes ocurrieran hechos, añade, que requiriesen su contingente, la República lo verá en su puesto, en defensa de sus doctrinas siempre queridas y profesadas, y con el denuedo y la firmeza de costumbre. Como diputado por la provincia de Caracas, José María Rojas asiste a la sesión del 24 de enero de 1948. La Cámara en vísperas de admitir una acusación contra el Presidente de la República, es disuelta por un motín. Más tarde, desde las columnas de *El Economista,* arrostra las iras del presidente Monagas al pedir una total amnistía para los vencidos, pero en la certidumbre de que el Presidente no buscaba una sincera política de conciliación, volvió enfermo y desengañado a sus negocios. El 8 de octubre de 1855 moría víctima del cólera.

José María Rojas, el hijo mayor, fue diplomático, autor del *Bosquejo Histórico de Venezuela* y de una *Vida de Miranda.* A él se debe la publicación de la Biblioteca de Escritores Venezolanos en 1875, motivo de la ya citada carta de Cecilio Acosta. Obtuvo del Papa el título de marqués. Rubén Darío habla en su autobiografía de ese marqués pontificio, "muy aficionado a las mujeres y a la buena vida". Murió en París, como su hermano Milcíades.

Un día, al referir la historia del Avila, "testigo de la infancia del planeta", Arístides Rojas pidióle lo único que no podía excitar la codicia de los hombres: sus flores silvestres para los seres amados que dormían al pie de la montaña. Los bosques caían bajo tala implacable y los ríos en cuyas márgenes jugó de niño iban a extinguirse. El Avila satisfizo sus deseos y dióselas en abundancia. "La disminución de las aguas —escribe luego en "Los Orígenes del cultivo de la tierra en el valle de Caracas y desarrollo de la Capital"— que se palpa cada día a causa de los desmontes de la cordillera del Avila, acabará por convertir en un erial el valle de Chacao; y cuando en el curso del tiempo la ciudad de Caracas tenga que extenderse hacia el Este para acrecer la Capital hasta quinientas o seiscientas mil almas no encontrará sino las pobres aguas del Guaire reducidas a su última expresión". El paisaje de los alrededores de Caracas sobre el cual giraban las aspas de los molinos de trigo y ascendía lento el humo de los torreones de los trapiches,

tal como aparece en algunas descripciones de Rojas, había cambiado bastante desde los días de Humboldt. También ha cambiado mucho desde Rojas a nuestros días, cuando precisamente la ciudad avanza hacia el Este en una nueva etapa de su desarrollo. Las mismas ruinas de Bello Monte con su bosque de palmeras, expresión típica del paisaje caraqueño en el siglo pasado, han desaparecido junto con aquellos otros campos de arboledas seculares bajo las cuales se tocaron los primeros conciertos, el primer clavecino y las primeras arpas, y se bebió la primera taza de café. Sabemos esto por Rojas. Si él no lo hubiera escrito, tales recuerdos estarían olvidados. Rojas comienza sus evocaciones de la antigua Caracas, en momentos en que los vestigios de ésta van a ser arrasados. Desde Las Adjuntas a Petare, el valle ameno y fértil del historiador Oviedo —parte de la región a la que dio el nombre de Península de los Caracas— guardaba para el anticuario inexhaustos tesoros. Conocía la historia de cada uno de sus pueblos y caseríos, de sus rocas, árboles, cimas y quebradas. Conocía el color de los montes en cada mes del año. Pero si él no hubiese consultado borrosas memorias, todavía el valle donde se desarrolla la última parte de una historia y el comienzo de otra, podría relatarnos su pasado, porque "hay historias que guardan los montes, los valles y los precipicios".

II

"No hay niño que no tenga su ciencia enseñada por la madre". Arístides Rojas. — *La Cruz del Sur.*

Arístides Belisario nació en Caracas el 5 de neoviembre de 1826. Al hallarse, en edad escolar fue enviado al Colegio Independencia, dirigido por Feliciano Montenegro Colón, en el edificio del extinguido convento de San Francisco. Feliciano Montenegro había sido Vicepresidente del Consejo Permanente de Guerra de los realistas en 1816 y era el autor del *Compendio de Geografía de Venezuela.* Aquella generación se levantaba en medio de los recuerdos de la guerra a muerte, en la cual sus padres habían tomado parte en uno y otro bando. Nunca como entonces se vio claro lo que Rojas diría luego al trazar la figura de Boves, de que la guerra a muerte había sido principalmente la de unos venezolanos contra otros, o sea de los venezolanos realistas contra los venezolanos republicanos. En el almacén de su padre, Calle del Comercio, 143, Arístides puede ver a muchos de los personajes de sus leyendas históricas. Trece años tenía Arístides cuando conoció a Baralt, el autor del *Resumen de la Historia de Venezuela,* en vísperas de su partida para

España, y veíalo con respeto y admiración. De labios del colaborador de éste, Ramón Díaz, oyó relatos de la guerra de la Independencia. Vargas le enseña la Botánica. Años más tarde Arístides formará parte de la Junta encargada de la apoteósis del sabio. Viose entonces, al abrir el ataúd, que su facciones no habían sido alteradas por la muerte. Las ciencias naturales eran cultivadas con fervor. Cajigal trae de la Silla flores verdes, leonadas, o de un azul cobalto y la befaria glauca o sea la rosa del Avila. Pocos jardines había en Caracas en tiempos de España. Esto nos lo dice Arístides Rojas[7]. Los árboles con raras excepciones habían sido talados. De aquella época viene un aroma del jazminero español, que luego, con la Independencia, cambia su nombre por el de jazmín real. Pero en los años de 1821 a 1828 aparece en el mundo de las flores la flor de mayo traída por los arrieros de la Cumbre, en el camino de La Guaira. Ya no bajaban por la calle de cinco leguas Obispos y Capitanes Generales, Fiscales, Intendentes, Jueces, nombrados por S. M. el Rey. Ni realistas o insurgentes escapaban para guarecerse en las filas del Avila, en sus castillos ruinosos. Los mismos arrieros no tienen ya conversaciones como las que escuchó Humboldt en la fonda del Guayabo. Ahora son agentes viajeros con géneros de Liverpool los que frecuentan aquel camino. Algún explorador naturalista que sigue las huellas de Bremedeyer y de Kündchudt, de Bonpland y de Humboldt. Algún doctor que regresa de Edimburgo después de perfeccionar sus estudios. Son ingleses los que dan nombre a la orquídea. Botánicos ingleses la clasifican. Los patios caraqueños se llenan de orquídeas como los invernaderos ingleses. El pueblo le da el nombre de Flor de Mayo, como antes había dado al Crucero el de Cruz de Mayo. Los poetas no se inspiran tanto como los botánicos con aquella aparición. Apenas si Abigaíl Lozano escribe un poema a la Flor de Mayo. Era la época en que Sir Robert Porter, encargado de negocios de S. M. B., hacía el retrato de Páez y Juan Vicente González bajo los sauces del Guaire, pensaba en su patria.

Arístides publica en *El Liberal* algunos cuadros de costumbres, sus primeras contribuciones al Folklore venezolano. Una de estas disquisiciones está dedicada a los amuletos venezolanos. Luego imprime *El Lenguaje de las Flores,* colección o ramillete de pensamientos de autores diversos. Se ha dicho que Rojas escribió este librito con la colaboración de Abigaíl Lozano y de José Antonio Maytín, quizás por haber insertado el poema de Lozano a la Flor de Mayo. La verdad es que Rojas no puso su nombre al frente de esta publicación. Unicamente se halla en el título de propiedad intelectual expedido por Mariano Ustáriz, Gobernador y Jefe Superior Político de la Provincia, el 28 de julio

de 1845. Según el aviso publicado en *El Liberal* es una versión casi completa del *Lenguaje de las Flores,* escrito en francés por Aimé Martín. La primera edición se agota en pocas semanas. La cuarta edición es de 1854. En ésta el compilador añade el Diccionario del Lenguaje de los Frutos, los emblemas de las piedras preciosas y un catálogo de frutas y raíces. En la Introducción se explica cómo se emplea el lenguaje de las flores por medio de los ramilletes y el modo de leerlos. "Las maravillas de la creación, dice en la dedicatoria, consisten en la armonía de dos únicos principios diversamente combinados, a saber: La Fuerza y la Belleza. La belleza moral sin fuerza es flaqueza; la fuerza sin belleza es ferocidad. La Belleza es el distintivo de la mujer; la Fuerza lo es del hombre". "Las Flores de Pascua", otra publicación que se atribuye a Rojas, era un periódico literario, *La Flor de Pascua.* Se publica en diciembre de 1845, según el aviso de *El Liberal.* Su precio era de dos y medio real en Caracas y tres reales fuera de Caracas. Aquí sí es cierta la colaboración de Lozano. Vendíase, entre otras partes, en la casa de éste, plaza de San Jacinto. No se halla un ejemplar de esta publicación. Los Rojas editaban ya su Almanaque, "arreglado al meridiano de Caracas por astrónomos que son astrónomos". Referíase esto a las fallas y errores de otro almanaque publicado por los propietarios de la Imprenta Boliviana. Una edición de este almanaque contenía, al decir de *El Liberal,* un verdadero libelo contra los oligarcas o godos. *El Liberal* anuncia la derrota de los astrónomos de la Imprenta Boliviana, y de su almanaque, "malo como siempre".

Arístides Rojas concluye sus estudios de medicina en 1852. Hizo su práctica quirúrgica en los hospitales de Caracas, desde el 1º de setiembre de 1849 hasta el 7 de noviembre de 1851. En el expediente del grado se hace constar que la falta de asistencia por más de veinticinco veces en el último año se debió a un reumatismo crónico. El 18 de octubre de 1852 obtiene el título de bachiller en medicina. Luego representa ante el Rector para ser admitido al doctorado, en vista de tener que ausentarse de Caracas. El cuerpo examinador formado por los licenciados Toribio González y Guillermo Michelena, catedráticos, y José Briceño, Julián Martínez, Rafael Echezuría y el secretario Gerónimo Blanco, se constituye en la capilla del Seminario en los días 27 y 28 de octubre, y bajo la presidencia del Vice-Rector, Antonio José Rodríguez. "Aprobado por unanimidad de sufragios, el Vice-Rector le confiere el grado de licenciado en medicina con todas las formalidades de rigor". El nuevo médico se avecinda en algunos pueblos de Trujillo y en Barquisimeto, Mérida, Maracaibo y Puerto Cabello. Desde el principio se halla con un rival poderoso a quien hasta entonces sólo conocía

de oídas. Años antes, en *El Liberal,* ha escrito sobre las oraciones protectoras que se cargan al cuello y libran de los peligros, de las enfermedades y de la muerte; las oraciones del Justo Juez, la de San Pantaleón, San Pablo y San Benito. Ahora experimenta la influencia del curandero, sabio en conjuros y ensalmamientos, que conoce todos los males y la virtud secreta de las hierbas, incluso las que sirven para unir o separar voluntades, y prepara talismanes, filtros, brebajes de mágico efecto. El sombrero del curioso aplicado a las mordeduras de serpientes detiene los efectos del veneno, mientras llega a practicar la cura desde su vivienda lejana. Lo importante es saber cuál de los dos saldrá victorioso en ese encuentro, si el sabio del campo o el de la ciudad. Por lo pronto el médico salido de la Universidad anota todo lo que ve. En los caminos de Venezuela hay fantasmas como el del Tirano Aguirre que en forma de luces misteriosas recorre los campos de la Nueva Segovia en la soledad de la noche, y en los de Barinas, en la misma forma de luz fosforescente, se ve pasar en las altas horas el capuchino del farol, víctima de la guerra a muerte. La fiesta de San Juan es la más popular de las fiestas. Los excesos de este día —el hecho de permanecer en el agua bajo el sol abrasador—, anota en su cartera, no producen un solo enfermo, "lo cual es una calamidad para el médico del pueblo". Si en los pueblos europeos el elemento predominante en la fiesta de San Juan es el fuego, en Venezuela lo es el agua.

En las paredes de las viejas viviendas, junto a las imágenes de los santos y las cruces de palma bendita, cuelgan manojitos de espadilla, la planta de flor amarilla con los pétalos en forma de media luna, auxiliar del médico de aldea, que hace bajar la Fiebre. "Ya tomó su agua de espadilla", dice la madre, mientras el médico toma el pulso al niño enfermo. Ciertas plantas típicas se ven en esas viviendas de campos y ciudades. Son las plantas aromáticas, medicinales o religiosas del hogar pobre, las cuales conocemos desde la infancia. En sus viajes de médico y naturalista, Arístides Rojas ha descubierto el encanto de esos patios y rincones humildes donde también florecen las virtudes sencillas. Este descubrimiento le pertenece por entero en Venezuela. Al contrario de los que afectaban no ver nada a su alrededor en el suelo nativo, Rojas se solazaba y estudiaba esas flores y plantas que adornan las cruces en los caminos y los altares en el hogar pobre y dan su aroma a las tradiciones y a los arcones familiares. Ahí están la pebetera, el romero, la malagueta, la borraja y la pesgua; la yerba de clavo y la angelonia, la escorzonera, la cidra, la manzanilla, la yerbabuena e infinidad de hojas y raíces cuya virtud curativa aumenta si son recogidas a la luz de la

luna, la noche del Viernes Santo. Ahí está el caudal de oro y plata de las florecitas silvestres; las flores moradas o azules de pascua; las buenas tardes de monte y de jardín; la rosa montaña y la befaria glauca o purpúrea; las espigas y lirios, y el cardón. En el Avila se da la palma tierna y dorada que el indio ofreció para la fiesta del Domingo de Ramos. También se encuentran allí las flores de los araguaneyes y de los apamates, del bucare y la atapaima, el guamacho y el cují o acacia de flor amarilla; la de las clavellinas, la cayena, la berbería y la astromelia. Rojas tiene fervores franciscanos por cada una de estas flores, pero entre todas, su predilecta es la pasionaria. Otros pueblos, dice, tienen el mirto, el olivo y el laurel, nosotros tenemos la pasionaria, flor del alba y del ocaso. La hay de dos clases: la pasionaria flexible o enredadera y el árbol o pasionaria glauca. "En ninguna parte, dice Rojas, la he admirado tanto como en el altar del hogar pobre". Su amor por estas flores humildes llega a simbolizarlo en un pequeño relato que parece entresacado de algún poema pastoril, episodio fúnebre en medio de gozosa primavera. Cierta mañana al pasar la quebrada de Baruta, Arístides Rojas se halló con unos labradores que llevaban un blanco ataúd y se dirigían al templo de Chacao. Sobre el ataúd se veía una corona de clavellinas amarillas, helechos y flores de naranjo. Los cargadores se detienen para reemplazarse y Rojas les pregunta a quién llevan a enterrar. "Es una niña que ha muerto, le responden, en el mayor infortunio". "¿Y esas flores —pregunta— son recuerdo de ustedes?". "No, eran sus flores preferidas que la consolaban en sus padecimientos y quiso que también la acompañasen en la muerte". Y los labradores se alejan con su carga en medio de las colinas llenas de sol.

Después de aquel año de 1855 en que mueren su padre y su hermano Teófilo, Arístides se ausenta para Estados Unidos y Europa con el objeto de perfeccionar sus estudios. En París se hallaba en 1859. Es el año de la muerte de Humboldt y de la campaña de Italia. Más tarde se avecinda en Puerto Rico. Vivía en una modesta casa, a orillas del mar, al sur de la isla, "situado casi en el meridiano de Caracas". La Cruz del Sur, al mostrarse en el horizonte le señalaba el camino de Venezuela, devastada por la guerra civil. Repasaba entonces en su mente la historia de los continentes y la de los poetas y navegantes, y también los días de la infancia, cuando en las rodillas de la madre aprendía el nombre de las constelaciones.

Entre los condiscípulos de Arístides hay uno a quien dedica especial recuerdo. Sentáronse juntos en los bancos del Colegio Independencia y juntos también concluyeron los estudios de medicina. Trátase de Cristóbal Rojas, hijo de José Luis Rojas, el último sobreviviente de la

expedición de Los Cayos, en 1816, y padre del pintor Cristóbal Rojas, autor de "El Purgatorio". Como Arístides, Cristóbal se avecindó en las Antillas y en varias poblaciones de Venezuela, aunque tardaron quince años en volverse a ver. El mismo Arístides propone al pintor como asunto para un cuadro a ese último sobreviviente de aquella expedición, que como un viejo árbol se inclinaba a la tierra.

III

"¿Oís ese murmullo misterioso que acompaña a las últimas sombras de la noche?". Aristides Rojas. *Los Mensajeros del Sol.*

En 1864 Arístides Rojas regresa a Venezuela. La Revolución ha triunfado y se considera a sí misma benéfica, humanitaria con sus más implacables adversarios. El presidente, mariscal Juan Crisóstomo Falcón, es llamado magnánimo. En Caracas se ha instalado la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales. Son los fundadores: Angel Rivas Baldwin, Agustín Aveledo, Manuel Vicente Díaz, Jesús Muñoz Tébar, Jerónimo E. Blanco, Jesús María Martell y Adolfo Ernst. Rojas es un geólogo, miembro de la Sociedad de Geología de Francia, y un astrónomo, a más de médico. La librería Rojas se encuentra en la calle del Comercio, esquina de la Bolsa y edita el famoso almanaque. Rojas se une a las actividades científicas de sus compatriotas. La Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales le admite en su seno. Funda por el momento la Sociedad de Bibliografía Americana. Con Arístides Rojas convocan a la reunión preliminar Félix Soublette, Heraclio Martín de la Guardia, Pedro José Coronado, Angel Ribas Baldwin y Antonio Iriarte. Invitan a libreros, autores, editores e impresores. La Comisión Preparatoria se reúne en el Colegio "Santa María" el 2 de marzo de 1866. Persiguen la unión, la identidad espiritual de los países americanos. "Si la unión ha de venir, declaran, un concurso espiritual la realizará en el espíritu y la impondrá con más fuerza que los congresos internacionales". Arístides Rojas es elegido Presidente y Vicepresidente Manuel V. Díaz, ex profesor de ciencias naturales. En colaboración con Díaz, Arístides Rojas publica *Apuntes para el Repertorio de Plantas Utiles de Venezuela.* (Caracas. Imp. de Gustavo Córser.— Esq. del Reducto, 1866). Los autores buscan "la aplicación inteligente de los productos naturales de la América del Sur. Nuestra industria naciente, dicen, encontraría nuevos elementos de vida poniendo a contribución los preciosos materiales que por todas partes se le presentan... El estudio de las ciencias naturales tiene la doble ventaja de prestarse a aplicaciones directamente pro-

ductivas". Propugnan en estos Apuntes la creación de herbarios y jardines nacionales; la reunión en un libro poco voluminoso de todos los datos esparcidos sobre la flora venezolana. Señalan las emociones, la satisfacción que procura el estudio de la naturaleza.

Adolfo Ernst, de la Sociedad Antropológica de Londres, exige que se le suministren datos referentes a las antigüedades venezolanas "No hay Museo Nacional, observa, como en otras partes". El mismo Ernst, profesor en ciencias e idiomas, dirige un colegio entre Carmelitas y Altagracia. El doctor Antonio José Rodríguez funda la primera clase de Botánica en la Universidad de Caracas.

Los miembros de la Sociedad de Ciencias Naturales emprenden excursiones a el Avila y Naiguatá. Encuentran que la altura del pico de este nombre es de 2.782 metros sobre el nivel del mar y que de la mitad a la cima la montaña es de granito. En una excursión a el Avila observan que los puntos medidos por Humboldt tienen cinco metros más de altura y concluyen que la Cordillera de la Costa ha subido cinco metros en setenta y cinco años o sea seis centímetros y dos tercios por año. En Colombia la Cordillera desciende y en el Perú asciende, y sacan en claro que la Cordillera de los Andes está animada de un movimiento ondulatorio lentísimo, pero constante, y así no es cierta la doctrina que consideraba a estos cuerpos inertes, desprovistos de vida. Publican la Revista *Vargasia.* Una tarde, de regreso del Encantado, Aveledo, Ernst, Díaz, Jesús Muñoz Tébar, Rafael Villavicencio y Arístides Rojas, se detienen en Petare, en casa de don Fernando Bolet, ex director de la Revista *El Museo,* rodeada por un campo de nardos. La jornada ha sido fecunda. Han examinado raras plantas y disertado sobre las verdades y misterios del Cosmos. Bolet llena de nardos el coche de los viajeros. Rafael Villavicencio dice luego al recordar aquel momento, que con el olor de los nardos se creyeron transportados a los jardines de Semíramis. Aquel campo de nardos servirá más tarde por iniciativa de Rojas para formar la bóveda, un día de fiesta, de una capilla en construcción en Tocome, cerca de Los Dos Caminos. Bajo la bóveda de nardos el Crucifijo en medio de luces, idea digna del Evangelio. Casi todos profesaban por Humboldt un culto idolátrico. Lo consideraban uno de los más grandes sabios de los tiempos modernos. Eran evolucionistas, darwinistas y positivistas. Tenían fe en la ciencia o querían salvarse por medio de ella. El país se hallaba ensangrentado, arruinado. La contienda de los partidos había pasado a los campos de la guerra civil. Ernst es el representante oficial en Venezuela de la doctrina de la Evolución en Biología y Villavicencio el pontífice máximo de la religión positivista. Rojas por su parte compartía con ellos el pan y el vino y a

veces las ideas; pero se hallaba entre los que amaban y reconocían en su obra al Padre de todas las creaturas. Se reunían en la tertulia de Rafael Arvelo, entonces encargado de la Presidencia de la República. La musa festiva de Arvelo amenizaba aquellas reuniones. Juan Vicente González muere el 1º de octubre de 1866.

El 2 de enero de aquel año aparece en *El Federalista,* bajo el título de "Pasatiempos de un Bibliófilo", el primer artículo de la serie "Ciencia y Poesía", publicado luego en folleto en la misma imprenta de *El Federalista* (1866). Precede al artículo una nota crítica en la cual se explica cómo el profesor Robert Hunt publicó en Londres, en 1854, su libro *La Poesía de la Ciencia* o estudio de los fenómenos físicos de la naturaleza. "Ser siempre verdadera, dice la nota: es la ciencia de la poesía; la revelación de la verdad es la poesía de la ciencia. Este plan ha sido adoptado por varios autores, entre quienes podemos citar a Figuier, Berthou y Mace. Henry de Parville sigue la misma escuela en sus *Causseries Scientifiques.* Mme, Carraud ha escrito *Los Triunfos de la Gota de Agua,* destinada a los niños. El doctor Rojas se ha entusiasmado y comprueba cuánto han dejado de decir uno y otro". En estos trabajos de divulgación sigue también a Fonvielle, Michelet y Jouvencel. Rojas los llama "poetas de la ciencia". En 1866 ocurren algunos temblores en Caracas. Los estudios sismológicos se hallan a la orden del día. Rojas publica algunos artículos de este género entre 1866 y 67, algunas de sus "Fantasías geológicas". Con motivo de un artículo del profesor Eliseo Reclus en la *Revue des Deux Mondes,* enero de 1867, Rojas dirige una extensa carta al profesor Perrey, en París, con quien sostenía correspondencia, sobre los fenómenos sísmicos en América. Los sabios se hallan divididos a propósito de las relaciones que guardan las erupciones volcánicas y los temblores de tierra en todas las regiones del globo. Humboldt, de Buch, Beaumont, Perrey, Mallet, etc., sostienen que ambos fenómenos encuentran su origen en una misma causa, la cual se manifiesta unas veces por erupciones de fuego o ceniza y otras por agitaciones que conmueven grandes porciones de la corteza terrestre. El bando opuesto, a cuyo frente se halla el profesor Volger, sostiene lo contrario: cree que ambos fenómenos son independientes, tanto en su origen como en sus resultados. Una razón especial mueve a Rojas. Reclus, al sostener esta última teoría asegura que la opuesta no deja de tener sus orígenes en malos informes y aun en leyendas divulgadas entre poblaciones semi-bárbaras y cuyos habitantes no pueden inspirar fe alguna a los pueblos americanos. Rojas reivindica el valor de esas observaciones de los indios que han dado valiosos informes a los misioneros sobre el uso de las plantas americanas, los yacimientos de oro y las costumbres

de los animales. Cita en su apoyo la experiencia de los campesinos y de los hombres primitivos. Los llaneros, por ejemplo, conocen el tiempo. Son excelentes meteorologistas. "Los hechos, dice, son juez irreprochable en ciencias de observación, ya tengan su origen en naciones más civilizadas, ya entre poblaciones que el autor (Reclus) juzga de una manera tan absoluta, en un estado semi salvaje". Para comprobar su teoría, Rojas concluye con una lista de los temblores y terremotos acaecidos en Venezuela de 1797 a 1866. "Si se sigue el curso de cada revolución, escribe, su estudio comprobará que los sacudimientos terrestres en el Nuevo Mundo van seguidos en la mayoría de los casos de erupciones volcánicas que vienen a poner término a una serie de agitaciones que serían interminables, si las fuerzas interiores del globo no se abrieran paso por las chimeneas encendidas de nuestras cordilleras de América y de las boyas que la circundan" *(El Federalista* 7 de set. de 1867). El Instituto de Francia inserta esta memoria en sus Anales.

El 27 de noviembre noticias traídas por el vapor "Caraibe" anuncian que un terremoto acompañado de un mar de leva ha destruido a San Thomas. Estas noticias son trasmitidas de La Guaira por telégrafo. En una librería de la calle del Comercio hay un sismólogo, anteriormente médico. Aplica ahora el oído a las entrañas de la tierra. Podría colocar a la puerta de su despacho el siguiente aviso; "Arístides Rojas, sismólogo". *El Federalista* acude a Rojas. Carece, es cierto, de los instrumentos necesarios. No hay comunicaciones telegráficas con aquella isla. Si fuera director de un Observatorio y pudiera escribir allí hermosos trabajos. Lo primero es saber si los temblores de San Thomas tienen su origen en causas locales o en causas sísmicas que obran a larga distancia. Si los temblores en Canadá, Nueva Granada y Venezuela (en Caracas se han sentido temblores el 20 y 24 de setiembre, el 10 de octubre y el 2 y 10 de noviembre. En Petare el 24 y el 19 de noviembre en Margarita) tienen alguna relación con el de San Thomes. Si la causa se halla en regiones lejanas, tanto los temblores como la irrupción del océano deben haberse extendido a costas inmediatas, a Puerto Rico y Santo Domingo al Oeste y las pequeñas Antillas al Este. Varios temblores deben haberse sentido en el Oriente de Venezuela, acompañados de choques de las aguas. Se trata quizás de una serie de movimientos que después de causar sus estragos en diversos países, se descargan sobre el continente antillano. El sábado 28 de noviembre, *El Federalista* suspende el artículo "Ciencia y Poesía", "Las Luminarias del Abismo", a fin de dar cabida a las noticias de San Thomas. Estas confirman la hipótesis de Rojas. En la isla de Margarita se ha sentido un templor de tierra. El mar ha estado furioso en Carúpano y Puerto Cabello. Rojas emite su opinión

definitiva: "El movimiento viene de los Andes chilenos y peruanos, pasa hacia el Este de Nueva Granada, corta a Venezuela por el abra de Barcelona y sigue al Este de Puerto Rico, entre esta isla y San Thomas, para continuar por el globo". Recuerda al efecto los fuertes choques que se sintieron en Mérida en el mes de abril, y los cuales continuaron uniformes por el oeste, afectando a Maracaibo, mientras hacia el Norte llegaban con intermitencia a Caracas y pueblos vecinos. Presupone una tempestad bajo el continente americano. (Artículo en *El Federalista,* el 30 de noviembre de 1867).

Humboldt y Bonpland habían contemplado en la noche del 12 de noviembre de 1799 una lluvia de estrellas en las costas de Paria. En noviembre de 1833 se repite el fenómeno. La noche del 13 al 14 de noviembre de 1867 —cumplíase el ciclo de los treinta y cuatro años— cae la lluvia de estrellas. Rojas llama a estos meteoros "Los Viajeros Pérdidos". Los naturalistas de Caracas se hallaban a la expectativa. Los viajeros de una diligencia que llegaba de Caracas pudieron ver en Maiquetía una bola de fuego que despedía vivísima luz y dejaba un rastro de oro. Los caballos del coche se espantaron. Las exhalaciones descendían en líneas paralelas sobre el mar y la tierra. La luna brillaba en todo su esplendor. En sesión del 25 de noviembre de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales el doctor F. de P. Acosta y el licenciado Rafael Seijas leen sus comunicaciones sobre la lluvia de meteoros. Arístides Rojas presenta en esta sesión un artículo del profesor Pritchard sobre los fenómenos de luz observados en la estrella T. Coronea, en el mes de mayo último. En esta sesión se despide al pintor y naturalista A. Georing, que continúa su viaje de exploración. Estos hombres hacían poesía sin saberlo mientras cultivaban la ciencia.

IV

"La historia de la Naturaleza y la del hombre, como ser pensante y social, van siempre mancomunadas". — Arístides Rojas . — *Literatura de las Lenguas Indígenas de Venezuela.*

"Venezuela situada en la parte septentrional de la América del Sur, está como a la vanguardia de ella". — Agustín Codazzi. — *Resumen de la Geografía de Venezuela.*

El *Resumen de la Geografía de Venezuela* por Agustín Codazzi es un libro que Arístides Rojas ha hojeado muchas veces en sus estudios y meditaciones sobre el territorio de Venezuela. Lo ha hojeado tanto como otros libros que están allí, frente a él, alineados y hermosos en sus

vitrinas. Más tarde serían dispersos y vendidos y correrían su aventura, distantes ya de la mirada amorosa de su dueño. En la librería de Rojas Hermanos se encuentran las últimas novedades de libros y multitud de obras valiosas de autores venezolanos y extranjeros —algunas de ellas editadas por la misma casa como el *Manual de Historia Universal* de Juan Vicente González—; pero el verdadero tesoro bibliográfico se halla en el Desván del Anticuario. La obra de Codazzi, admirable descripción de la tierra venezolana, se hallaba olvidada. Los niños venezolanos no tienen un texto apropiado que los inicie en el conocimiento de esa tierra. El mismo Compendio de Geografía, de Codazzi, no llena su objeto, pues tiene más de veinte años de atraso y necesita enmiendas y rectificaciones. Arístides Rojas acomete la empresa de poner la obra de Codazzi en manos de los niños. De ahí el primer *Libro de Geografía de Venezuela,* acompañado de ejercicio geográficos y de datos cronológicos de la historia de Venezuela. El título de propiedad es de 1º de mayo de 1869. Este libro tiene hermosas estampas que durante muchos años contemplan los niños en los pueblos más distantes de Venezuela y guardan luego en la memoria: el Samán de Güere, las cuevas del Guácharo; la lucha de un hombre con un caimán en medio de un caño; la gruta en Río Negro donde un cónsul francés extrajo urnas de barro para exhibirlas en una exposición en París, y aquella vivienda de campesinos con el techo de paja en la forma de un nido. En la imaginación infantil el nombre de Arístides Rojas se identifica con aquellas imágenes, tanto como la tierra de Venezuela. El Samán de Güere cubre con sus ramas mil años de historia, y aun se diría que bajo sus brazos mutilados puede hallar amparo y fortaleza nuestro espíritu. Rojas tenía esa vocación de enseñar y toda la obra, resultado de su espíritu investigador, es para ayudarnos en el conocimiento de la tierra en que vivimos.

El Desván del Anticuario acababa de enriquecerse con una pintura que representa los jeroglíficos de San Esteban, cerca de Puerto Cabello, en las alturas de Campanero, enviada por el pintor y ornitólogo Antonio Goering. Es un bloque de mármol, de superficie lisa, coronado de musgos y de arbustos. Rojas toma su vara de anticuario, como hacía siempre al mostrar sus colecciones "Detengámonos —nos dice— un instante en este lugar, y después de haber contemplado a Dios en la agreste soledad del paisaje, en el bosque secular lleno de sombras, en la flor que crece escondida entre las rocas, en el pájaro que canta su libertad y en el ruido del viento que como una voz de los espacios se comunica en dulcísima confidencia con el espíritu de los bosques, estudiemos: el hombre histórico nos aguarda". Ese continente que llaman Nuevo Mundo es en realidad antiquísimo. Sus razas han oído oráculos de tiempos muy

remotos. Sus tradiciones se enlazan con las de los pueblos más antiguos. Entre la maleza y al pie de las cordilleras, a través del territorio de Venezuela, se ven grabados en piedra aves, flores, insectos, estrellas, lunas, serpientes, ranas, cocodrilos, embarcaciones, cabezas de guerreros. En el Orinoco hay cavernas cubiertas de esa escritura misteriosa. El hombre que empleaba semejante escritura desapareció hace tiempo. Algunos de esos jeroglíficos pertenecen a la edad de las aguas, cuando las llanuras se hallaban sumergidas y las aves se posaban sobre algún islote solitario. Las rocas altísimas que se ven junto al Orinoco estaban entonces a flor de agua y el hombre podía detenerse en su canoa y grabar aquellos signos. Estas piedras perdidas en la espesura forman una guía. Son el primer libro venezolano. Rojas ha leído ese libro de piedra y comienza a decirnos parte de su contenido. Ha estudiado asimismo la cerámica, las lenguas y dialectos, formas de un mismo lenguaje, del mismo modo que el lenguaje de las flores y las formaciones geológicas. Pobre historia ha de ser la que no disponga de todas las ciencias y no pueda rastrear en las palabras el origen y las vicisitudes de los pueblos, y palpar en ellas, como en la arcilla y en la piedra, su espíritu y su pensamiento. Refiere el libro, entre otras cosas, las relaciones de los pueblos americanos antes de ser vencidos por el hombre blanco, el itinerario que siguieron las diversas tribus en sus migraciones y el gran cataclismo que despedazó el continente. Desde Campanero hasta las piedras conocidas con el nombre de Tepu-Mereme y el tambor de Amalivaca en las márgenes del Orinoco, siempre a orillas de las aguas, se hallan las piedras pintadas hasta el pie de los Andes donde desaparecen.

La vara del anticuario recorre el perfil de las cordilleras y deja muy bien establecida la genealogía del Avila, si no la más alta como pretendían los caraqueños a la llegada de Humboldt, en cambio la más antigua, antecesora de las otras cordilleras del continente, situada "entre dos focos volcánicos". Luego repasa las llanuras, antiguo fondo de un mar, y se detiene en las costas volcánicas de Paria, frente a Trinidad, en el golfo donde se hallan fuentes de petróleo, lagunas bituminosas y sobre el cual vuelan los alcatraces como hace siglos. Trinidad es una tierra unida anteriormente al continente, a semejanza de las otras islas frente a la costa de Venezuela. Sus formaciones geológicas así lo revelan. *El Lago de Asfalto de la Isla de Trinidad,* presentado a la Sociedad de Ciencias Naturales en su sesión del 12 de abril de 1869 (Imp. de la Unión Venezolana) y el cual no aparece luego en las recopilaciones publicadas de la obra de Rojas, es uno de sus trabajos que hoy nos interesan particularmente. Es materia de sus estudios predilectos, según declara en la dedicatoria a Adolfo Ernst. El país necesitaba de este afán investi-

gador para tener a la mano información indispensable a su territorio. Los depósitos de asfalto de la isla, según Rojas, formáronse cuando la isla hacía parte de las regiones de Paria y Cumaná. El Orinoco, como todas las grandes arterias del mundo de Colón, data del último cataclismo geológico. El Orinoco es un creador de petróleo, dice el geólogo Lyell. Durante muchos siglos el Orinoco ha acarreado inmensas cantidades de madera y sustancias vegetales hacia el mar, donde bajo la influencia de las corrientes y remolinos se han acumulado aquellas materias en lugares determinados. Luego tales sustancias vegetales quizás puedan haber sufrido bajo la acción volcánica de aquellas regiones las transformaciones y cambios químicos que producen el petróleo. Más tarde la corriente del Orinoco y la acción mecánica de las aguas han debido contornear las costas, ensanchar el golfo occidental de la isla y depositar en sus arenas vegetales y sedimentos diversos. La misma causa tal vez ha hecho surgir el petróleo a la superficie donde se ha solidificado bajo la influencia del aire, origen de las diversas variedades de asfalto de la isla. Fuentes de petróleo se encuentran en Araya. Al oeste de Cariaco, cerca del río Areo, están las fuentes del Buen Pastor y al oeste del mismo golfo las de Manicuare. Fundamenta Rojas este estudio en los trabajos de Humboldt, Wall, Mc Culloch, Lavaysse, Karsnten, Lyell, Murchison. Allí anuncia otro estudio, Origen y Formación de las Antillas, que no aparece luego. Más tarde los geólogos hallan la hoya geosinclinal, tan grande como la del Zulia, con señales de contener petróleo sin igual en cualquier parte del mundo. En este geosinclinal, dicen, se encuentra el Delta del Orinoco y también, geológicamente hablando, los campos de petróleo de Trinidad. Estos campos están unidos y forman una misma zona de aceite con los de Pedernales, Guanipa, Cunoco y Maturín. Casi al mismo tiempo que Rojas escribía su estudio el comerciante W. Chinnor, en el buque "Gannett", levantaba un mapa de la región, entre la isla de Trinidad y el Golfo de Paria. Consideraba probable que la fuente de petróleo situada cerca del río Pedernales se halle en un repliegue marino que se extiende de Trinidad a Venezuela. Las rocas "Soldado" y "Pelícano" en el Este y "Negra" en el Golfo de Paria, son visible evidencia de este anticlinal, extensión submarina en la vecindad del río Pedernales. (V. Lewis C. Champman, *Bulletin of the American Association of Petroleum Geologists.*— Sep. Oct. 1922).

A ratos Rojas interrumpe estas labores para escribir algún cuadro de costumbres o "juguetes literarios". Firmaba estos artículos con los seudónimos de Bibliófilo o Camilo de la Tour. En algunos de éstos describe el infernal barrullo de una procesión en Caracas o las divertidas escenas que se suceden en el cementerio el día de difuntos. Los costum-

bristas forman legión. Un género que en cierto modo se roza con las tradiciones populares. Luego abandona "todo escrito sobre costumbres", según dice en *Un Libro en Prosa,* y tan sólo para complacer a unos amigos inserta uno que otro de los muchos ya publicados. Algunos de estos cuadros se hallan sin firma en *El Liberal.* Aunque dado a reflexiones graves y a veces melancólicas, tenía Rojas el espíritu festivo. Así lo demostraba en la conversación, y aun en medio de algunos de sus más serios estudios o lecturas asoma de pronto la vena humorística.

V

"Humboldt, siempre Humboldt". — Arístides Rojas. — "La Casa de Humboldt en Caracas".

La Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales decidió conmemorar el nacimiento de Federico Enrique Alejandro de Humboldt. La noche del 13 de setiembre de 1869 la colonia alemana celebra un acto en las ruinas de Bello Monte, en Sabana Grande, en el mismo lugar donde Andrés Ibarra, dueño de la finca, festejó a Humboldt la noche de Reyes de 1800. A este acto asiste el Designado en ejecicio de la Presidencia, doctor Guillermo Tell Villegas y el Ministro de la Confederación de la Alemania del Norte, Barón von Grabow. En medio de las ruinas de Bello Monte arden hachones y luces de Bengala. Fuegos artificiales rasgan la noche. Adolfo Ernst, presidente de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales, pronuncia en alemán el elogio de Humboldt, el amigo de Goethe y de Schiller. Ernst invoca el espíritu del Avila para que acompañe aquellos actos en honor del que un día desplegó ante los ojos del mundo científico sus tesoros hasta entonces ignorados. El pirotécnico Roberto Payarés había preparado un árbol de fuego en el cual se leía el nombre de Humboldt coronado por una estrella. Al día siguiente, 14 de setiembre, se efectúa en el Salón del Senado la sesión solemne de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales. Ernst pronuncia otro discurso, esta vez en español, en el cual hace una breve biografía de Humboldt. El mismo Ernst es un testigo de sus últimos años. Adolescente, ha visto la solitaria luz que brillaba en su ventana, cuando escribía octogenario el tomo IV del *Cosmos.* Discurren también el doctor Francisco de Paula Acosta y Felipe Larrazábal. De estos actos da cuenta *El Federalista* del 15 de setiembre y la Revista *Vargasia* órgano de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales y dedicada por entero al centenario de Humboldt.

Esta fiesta de Bello Monte da origen a la primera Humboldtiana, "Recuerdos de Humboldt", publicada en *La Opinión Nacional* el 24 de

marzo de 1874. Está dedicada a la visita de Humboldt a Caracas desde el 21 de noviembre de 1799 al 7 de febrero de 1800. La emoción de aquella noche se transparenta en sus páginas. El Gobernador Vasconcelos para atender a las recomendaciones de la Corte de España recibe a Humboldt con esplendidez. La cabeza de José María España se pudría en una pica, en la Puerta de Caracas, a la entrada del camino de La Guaira. La esposa de España, doña Trinidad Sánchez, se halla recluida en la Casa de la Misericordia. El espíritu de insurrección está agazapado. La muerte también se halla en acecho. Guevara Vasconcelos no volverá a España. Mientras tanto dialoga con el barón de Humboldt en su calesa tirada por vigorosas mulas. Los hombres hablan de política, las mujeres de arte. Tocan el clavecino y el piano. Mozart. Hay conciertos y danzas, fiestas en San Lázaro, Blandín y Bello Monte. Cultivan la tierra con esclavos. Hay ricas bibliotecas en los conventos y en las mansiones particulares. Sueñan con una República perfecta. Celebran veladas literarias. Los frailes franciscanos se hacen dar una clase de física por Humboldt. En la noche éste puede observar los astros desde su palco, en el teatro. Pero ahora la casa que habitó Humboldt en Caracas, en la Avenida Norte, cerca de la Iglesia de la Trinidad, se cubre con la hierba de las ruinas como las gradas de Bello Monte donde Humboldt grabó un reloj de sol. Entre Humboldt y el momento en que escribe Rojas hay una ruta de setenta y cinco años. Han ocurrido algunos acontecimientos en el mundo. Los chaymas que acompañaron a Humboldt en su descenso a las cuevas del Guácharo, se han extinguido. Buques de vapor surcan el mar antillano. Este título de "Recuerdos a Humboldt" podría abarcar todos los cuadros de las "Humboldtianas". De éstas dice Angel M. Alamo: "Como la ciencia abarca el mundo físico y el mundo moral en sus infinitas manifestaciones, el señor doctor Rojas se ha situado en la cumbre de la ciencia, simbolizada por Humboldt, para descubrir desde su altura ideal todas las manifestaciones del mundo de Colón y estudiarlas comparativamente, teniendo por grande objetivo nuestra patria y luego la patria americana". Arístides Rojas pensaba completarlas con un estudio titulado "La historia del elemento germánico en la conquista y civilización de Venezuela", del mismo modo que dedicaba otro de sus trabajos al elemento vasco en la historia de Venezuela. A los hombres duros y crueles enviados por los magnates de Ausburgo, acreedores de Carlos V que se las daba en feudo, en pago de una deuda, seguían más tarde los santos de aquella nación que explotaban el continente americano en todas direcciones y estudiaban su geología y su flora, sus antigüedades, razas y lenguas indígenas. Algunos se establecían en Venezuela como en otra parte de América, y traían su esfuerzo civilizador. Rojas, a quien

tales investigaciones habían servido tanto para sus estudios e investigaciones, los llama "los Zapadores de Humboldt". Dicho trabajo no llegó a publicarse o no salió de la mente del autor.

Uno de estos estudios está dedicado a vindicar la memoria de Humboldt de los juicios emitidos por Lamartine en uno de sus libros. El poeta de las *Meditaciones* ha trazado un retrato poco benevolente del autor del *Cosmos,* "débil apariencia de gran hombre que figuraba en el séquito de los personajes de mérito y trataba de confundirse con ellos. Era algo encorvado, tal vez por la costumbre palaciega de prosternarse en las cortes y academias". Según Lamartine, "Humboldt pertenecía al número de aquellos sabios materialistas que no atreviéndose a negar la existencia de Dios guardan silencio sobre este punto, o dicen tranquilamente: es una hipótesis de la que nunca he necesitado para resolver mis problemas". Ante semejantes ofensas Arístides Rojas experimenta profundo dolor y escribe la Humboldtiana titulada "Lamartine y Humboldt", en la cual establece el siguiente paralelo entre ambos y en la interpretación que cada uno hace del Universo:

"Lamartine, como Humboldt, amaba la naturaleza. Basta leer sus obras para comprender el sentimiento estético de su alma. Ambos eran pintores. Pero, mientras que el uno contemplaba al universo como panorama espléndido de leyes y fenómenos, es decir, desde el punto de vista científico, el otro lo admiraba como imagen de su divino Autor, es decir, desde el punto de vista religioso. Seguía el uno las evoluciones de la vida orgánica, y aspiraba a comprender las leyes misteriosas de la materia; se extasiaba el otro en presencia de las ricas mieses, donde la Providencia, al hombre trabajador, y en el paisaje celeste que deleita la mirada del alma contemplativa. Infatigable, buscaba el uno la mecánica de los cielos, el cambio, la ley eterna de las transformaciones; no solicitaba el otro sino la sabia Providencia que vela mientras duerme la familia virtuosa, a la cual despierta después con el canto de los pájaros y las brisas embalsamadas de la mañana, nuncios divinos del trabajo que le dará el pan de sus hijos. Tomaba el uno la obra por el Autor, la naturaleza inescrutable en el sublime reino de Dios; se detenía el otro en la obra y en el Autor; esta dualidad, eje diamantino sobre el cual gira la vida moral del Ser. Humboldt más especulativo y práctico, admiraba en el génesis celeste la fuerza, el tamaño, la velocidad vertiginosa de los mundos giratorios a la materia sólida o gaseosa en su evolución ascendente; y en el mundo terráqueo, los despojos de los siglos geológicos que han dado nacimiento a las montañas, cuenca al océano, y riqueza al hombre; y se deleitaba en los reinos animales, al sentir la savia que les sustenta, el aire que los vivifica, la fuerza vital, secreto impenetrable

de todos los tiempos. Era un estudio puramente científico. No así el poeta que sin escudriñar las leyes del mecanismo, ni solicitar la cuna de los fenómenos de la vida, contemplaba la naturaleza en sus efectos sobre el corazón, en su elocuencia, en sus paisajes, en sus ricos dones, con que favorece a la criatura, hija de Dios. La idea mística, el sentimiento, lo ideal, es lo que caracteriza las creaciones de Lamartine; y la causa generadora, el mecanismo, la ley del movimiento, la vida, en sus cambios a la luz y a la sombra, y la sucesión no interrumpida de los fenómenos cósmicos obedeciendo leyes inmutables, lo que llama la atención en las creaciones de Humboldt". (*Humboltianas*.—Recopilación de de Edo. Rohl.— Tip. "Vargas".— 1924.— Pgs. 134-135).

Entre otros títulos Arístides Rojas da a Humboldt los de "Homero de los Andes" y "Sibila de la Ciencia". En su discurso del centenario Felipe Larrazábal también lo compara con el Homero hallado en el Partenón. Vicente Coronado en la Revista *Vargasia* lo considera "como el sabio que más se ha acercado a la Divinidad". Pero Felipe Tejera en sus "Perfiles", al hacer el de Rojas, no está de acuerdo con semejantes comparaciones. "Tanto valdría decir que Homero es el Humboldt del Parnaso. No estaría mal si se llamara así a Ercilla por su *Araucana* o al inspirado F. Velarde que dedica valientísimos cantos a la coordillera andina o a un José J. Olmedo". Y luego Tejera afirma que en la impugnación de Lamartine, Rojas no ha salido victorioso. Hay, sí, parcialidad y acrimonia en el poeta francés; pero en el fondo le asiste la verdad. Cree con Lamartine que no puede calificarse a Humboldt con toda propiedad de genio. Tampoco Tejera lo acepta "como uno de los de la Trinidad que Rojas quiere elevar sobre el Olimpo de la Civilización".

1869 es uno de los años decisivos de la lucha que se desarrollaba desde hacía veinte años. La guerra civil ha vuelto a encenderse. El 27 de abril de 1870, después de sangriento combate, las tropas del general Guzmán Blanco entran en Caracas.

VI

> "A los lados de la puerta principal, que cae a la plaza, en la que mira al norte, se levantó una elevada torre, que sustenta diez campanas de voces muy sonoras...". Oviedo y Baños. — *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela.*

La torre de Catedral fue construida por el alarife Juan de Medina en los promedios del siglo XVII. La torre es el centro del Cuadrilátero o ciudadela de doce manzanas que Arístides Rojas ha historiado. Temía

Rojas que rebajada como se hallaba después del terremoto de 1812, hiciese pensar a las futuras generaciones "no que los habitantes de Caracas quisieran ser cautos, sino que el arte arquitectónico de aquellos tiempos era un enigma". La verdad es que nada ha perdido de su antigua gloria, cuando descollaba con sus tres cuerpos simbólicos en medio de las torres y cúpulas de quince templos. Los siglos labran en ella su tela de plata. El 26 de marzo de 1812 la torre se inclinó hacia el norte, luego volvió a su nivel; pero fue preciso rebajarla para satisfacer al clamor público. Todo puede cambiar a su alrededor, pero no la torre y su lenguaje es el mismo, aunque sus campanas hayan sido cambiadas por otras nuevas. En los días de Rojas eran las mismas campanas fundidas con el cobre de Aroa en 1666. Aquella tarde de marzo tocaron a muerto, movidas por mano misteriosa. Elevóse lentamente la torre en medio del paisaje de los caracas condenados a la servidumbre. Esa arquitectura tosca y sencilla de la ciudad de Losada en los días de su fundación tiene sus primores a semejanza de una crónica o canción de arcaico lenguaje. El primer cronista de la ciudad fue un soldado poeta de nombre Ulloa, quien oyó relatar los hechos de la Conquista a sus propios héroes. El Ayundamiento le designó con ese objeto en 1593. Aunque construida posteriormente, la torre guarda relación con esa crónica rimada que Arístides Rojas leyó en su juventud. Perdióse la crónica de Ulloa y nos quedó la torre.

En la Catedral descansa el cuerpo del historiador José Oviedo y Baños, en la capilla denominada del Pópulo, de la cual fue patrono, y al lado de su tío el obispo Baños y Sotomayor, cuya estatua orante se ve sobre su sepulcro. Escribió Oviedo el *Tesoro de Noticias* de la Ciudad por encargo del muy Ilustre Ayuntamiento y la *Historia de la Conquista y Población de Venezuela,* libro hermoso, precedido de gentiles cumplimientos, tal como se estilaba entonces, de los notables de aquel tiempo. Esta primera parte de su historia concluye con la muerte del Gobernador Gonzalo de Piña Ludueña el año de seiscientos y la del obispo fray Pedro Salinas, ocurrida el mismo año, y al concluir deja para materia del segundo tomo, con el favor de Dios, los acontecimientos y sucesos del siglo XVII. Escribía el historiador dueño del hato de Las Animas y de varias haciendas en el Tuy y Valle de la Pascua, en una vasta estancia rodeada de gruesos volúmenes. Veíanse en los muros un crucifijo de coral y una panoplía con armas castellanas. El siglo XVII resuena con las disputas de los Gobernadores y Obispos y de los señores del Ayuntamiento y los del Cabildo Eclesiástico. El historiador Oviedo y Baños miraba al escribir en torno suyo, y en la primera parte de su obra no llegó a decir los nombres de los

que "con tanta crueldad cortaron una mano al valeroso indio Sorocaima". Después de la muerte del historiador sus manuscritos desaparecieron.

A pocos pasos de la casa de Oviedo y Baños, Conde a Piñango Nº 132 (hoy Nº 24, edificio Behrens) en el Siglo de las Luces, escribía el historiador Arístides Rojas en una vasta estancia rodeada de volúmenes y objetos preciosos. La calle tenía el mismo aspecto de los tiempos de Oviedo y Baños —al fondo la torre de Catedral—, pero en el Desván del Anticuario cerníanse los recuerdos de la revolución americana. Si Oviedo pudo escribir sobre las luchas entre las autoridades políticas y religiosas, llamadas de las "competencias", entre el obispo Mauro de Tovar y los gobernadores Ruy Fernández de Fuenmayor y Marcos Gedler y Calatayud, aquellas luchas que según el padre Blas José Terrero dieron origen "a otros sucesos que por ruidosos sólo han quedado archivados en la tradición de las gentes...", Rojas puede escribir sobre los orígenes de la revolución venezolana. Quejábase José María Rojas de la pérdida de los archivos de Venezuela por causa de la guerra, y de que fuese necesario solicitar en obras extranjeras datos y noticias referentes a la historia y geografía de Venezuela. A este efecto publicó la segunda edición de la *Historia Corográfica, Natural y Evangélica de la Nueva Andalucía,* por fray Antonio Caulín. Su pensamiento era el de imprimir a todos los cronistas castellanos de la Conquista, a fin de popularizarlos en Venezuela. Era esto en 1841, el mismo año de la publicación del *Resumen de la Historia de Venezuela* por Rafael María Baralt y Ramón Díaz y el *Resumen de la Geografía de Venezuela* por Agustín Codazzi. Los acontecimientos políticos, dice Arístides Rojas en sus *Estudios Indígenas,* le impidieron perseverar en sus propósitos. "Tiempo es, decía *El Liberal* en aquella oportunidad, de ir formándonos un acopio de noticias que a los venideros precava de la necesidad de épocas mitológicas, épocas inciertas de Grecia y Roma". Arístides dio por su parte cumplimiento al deseo patente. El sombrero y el paraguas del anticuario se veían con frecuencia en los archivos públicos y privados. Muchos de esos manuscritos se encuentran hoy publicados y a nuestro alcance. Entonces era preciso dar comienzo a esa investigación. El primer libro manuscrito de la Catedral de Caracas, despedazado y amarillento, relata en sus partidas de bautizos y matrimonios los comienzos de la ciudad. Rojas tropieza en esas páginas con el horadador de perlas, oficio desaparecido luego. La ciudad de techos pajizos en la cual se leía la crónica de Ulloa, carecía de dinero para sus transacciones y empleaba en ellas perlas, y polvo de oro. El historiador fray Pedro Simón visitó a Caracas

en los comienzos del siglo XVII. El historiador Oviedo y Baños concluye su descripción de la ciudad en el templo de Santa Rosalía de Palermo, la "peregrina ermitaña" que libró a Caracas de una epidemia de fiebre amarilla. La crónica popular de Rojas reanuda el relato de Oviedo con "Las disciplinas de Santa Rosalía" y las pasquinadas, canciones, refranes y platos de la revolución venezolana. Buscaba Rojas las fuentes de la historia de Venezuela. Cuando se ve en la Biblioteca Nacional la vitrina que guarda parte muy escasa de sus libros, nos parece que leemos la Introducción al primer tomo de las *Leyendas Históricas*. Entre los historiadores de Venezuela asigna el primer puesto a fray Pedro Simón, si bien, se olvida de fray Pedro de Aguado, cuya obra dice el propio fray Simón haber consultado para escribir sus *Noticias Historiales de Tierra Firme*. Tenía ante los ojos el Viaje de Federmann y el de sir Walter Raleigh, la *Historia General y Natural de las Indias,* de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdez, cronista mayor de Carlos V, las *Décadas* de Antonio de Herrera, la *Historia General de las Indias* por fray Bartolomé de las Casas, la obra de Girolamo Benzoni y las *Elegías de Varones Ilustres de Indias,* de Juan de Castellanos. A menudo pensaba en los manuscritos de Oviedo y Baños, tanto como en los archivos de los Welser guardados en un castillo medieval en Ausburgo, o en aquellos platos de Valencia que el Descubridor cambió por perlas a las indias guayqueríes en las costas de Cubagua. Rojas inquiere, interroga a los que dicen haber leído el famoso manuscrito. Su investigación lo conduce al siguiente resultado: "El precioso manuscrito artísticamente copiado por uno de tantos pendolistas que existieron en Caracas durante el último siglo, y empastado con solidez", había pasado por diversas manos. El temor a la letra escrita lo hizo incinerar. Estuvo en poder de don Juan Luis de Escalona, casado con una nieta del historiador Oviedo y Baños; luego en el de don Rafael Escalona, deán de la Catedral y por último en el del historiador Francisco Xavier Yánez. Sin embargo, con la lupa en la mano, los anteojos levantados sobre la frente, Arístides Rojas se alza triunfante del montón de papeles polvorientos: "Si el volumen ha sido destruido —exclama—, su destrucción ha sido inútil. Sobran materiales para reconstruir el volumen perdido de Oviedo y Baños".

Arístides Rojas realizó en parte esa labor al evocar en algunos cuadros la vida de la antigua Caracas. Su pensamiento era el de reunir en un solo volumen esos recuerdos y tradiciones de Caracas, pero no pudo ponerlo en práctica ni ha sido respetado en las recopilaciones que posteriormente se han hecho de sus escritos. Por sobre todo, Rojas ha sido el historiador y el cronista de Caracas. Son tres historiadores en

tros comicios y asambleas, ni los adalides que lucharon y vencieron en los campos de batalla". Por eso, al darle las gracias por la dedicatoria de este trabajo que Rodríguez Ferrer considera "más filosófico que político", le dice:

"Pero usted no sólo es pintor, sino que es hermano y filósofo justo; y cuando usted hace descender al Libertador Bolívar del elemento vasco, usted dice, y dice bien, que este genio de América es también gloria de España, porque al calor de la Colonia se desarrolló su espíritu y al calor de la Colonia trabajaron sus progenitores, y porque su aparición en los campos de la idea no fue un incidente del momento, sino una de esas síntesis de la historia en sus relaciones armónicas; y porque habría sido mengua para esa nacionalidad haberse entregado al extranjero haciendo desaparecer costumbres, lengua y raza. Con elevación usted razona". (Carta de Miguel Rodríguez Ferrer inserta en *Orígenes Venezolanos).*

En torno de Arístides Rojas se operaba un cambio extraordinario. La Caracas que había conocido en sus primeros años y le hacía creerse a veces en los tiempos de Oviedo y Baños, desaparecía. Sus viejos edificios eran demolidos. Un polvo de siglos caía sobre la ciudad. El presidente Guzmán Blanco daba comienzo a una serie de reformas en nombre de las ideas del siglo. El arzobispo Guevara y Lira se hallaba en el destierro. La Iglesia y el poder civil estaban en un conflicto que más bien parecía uno de tantos episodios de las "competencias" en la época española. Rojas no gustaba inmiscuirse en política. Había crecido en medio de las luchas de "godos" y "liberales" y conocía la suerte de los que habían tomado parte en ella. A muchos políticos había visto morir en amargo desengaño. Amaba sus libros y sus plantas y esas leyendas consideradas —él también las consideraba a veces— como el fruto de la superstición y el fanatismo de épocas bárbaras. Muy buen cuidado tenían de advertirlo así los que se arriesgaban a referir una de esas bellas historias. No hay que lamentar el pasado, se repetía en todos los tonos. Sus relaciones con el Presidente eran cordiales. Las Antillas estaban llenas de generales desafectos que invocaban la República. Uno de éstos, Matías Salazar, impulsado por algunos descontentos se había alzado en armas contra el Gobierno y había sido juzgado y pasado por las armas. Sus ex compañeros de armas le hallaron culpable de todo género de crímenes. No se sabía lo que reservaba el porvenir. Las contingencias de la política no se avenían con esa pasión de leer viejos manuscritos. Así, era preciso observar estricta neutralidad. Permanecía ajeno a esa nueva etapa de la terrible lucha que se desenvolvía en torno suyo. Las estatuas de Guzmán Blanco se alzaban

VII

"Ella partió y los insectos quedaron". — Arístides Rojas. — Epílogo a *Un Cementerio de Insectos.*

En noviembre de 1874 Arístides Rojas perdió a su esposa, Emilia Ugarte. te. Se habían casado en ocutbre del año anterior. Bolet Peraza dice que Emilia fue bella. Poseemos otro dato de su vida, y es el de que murió después de haber dado a luz a una niña. En esas breves líneas puede referirse su historia. Rojas la compara a una enredadera. De este modo la yedra que ciñe el busto de Arístides Rojas en el patio de la Academia, recuerda a esa mujer que pasa fugazmente por su vida. También dice Bolet Peraza que en lo sucesivo sólo amó sus libros y cacharros.

En el mismo mes de noviembre se inaugura la estatua de Bolívar en la plaza de su nombre. La Universidad presenta como ofrenda en esta ocasión un trabajo de Arístides Rojas, *El Elemento Vasco en la Historia de Venezuela.* Acordóle además la Universidad una medalla de oro. Rojas lo dedica a don Miguel Rodríguez Ferrer, autor de *Los Vascongades.* Esta dedicatoria tiene un motivo especial. Rodríguez Ferrer, si bien habla en su obra de los vascos que se distinguieron en América, ha olvidado decir algo acerca de la influencia de éstos en Venezuela, la parte que han tomado en la fundación del país, y así le ofrece su trabajo como un apéndice a su libro. Los vascos fundaron pueblos, introdujeron el añil, el algodón y la caña de azúcar en Venezuela; pero a partir de la Independencia los vascos ya no vienen "a su antiguo centro americano". Se dirigen al Plata en una caudalosa corriente inmigratoria, y Rojas quiere recordarles que hay otra patria, la cual han ayudado a fundar y cuyo suelo cultivaron sus antepasados. Aquí como en otras partes quedaba una civilización incompleta, pero susceptible de extenderse en una tierra que ofrece campo inmenso a las actividades humanas, y resultado de un esfuerzo de siglos. Aquí también, en las montañas y costas, los vascos pueden hallar una imagen de sus cimas pirenaicas y del mar Cantábrico. Este trabajo abarca desde la entrada de Lope de Aguirre al frente de sus marañones y la venida del primer Simón Bolívar a Caracas y la fundación de la Compañía Guipuzcoana hasta la revolución de 1810, y también contiene una síntesis de la vida del último Bolívar, o sea de un Bolívar a otro. En este trabajo Rojas rectifica anteriores conceptos acerca de la condición de los pueblos americanos en el momento de su independencia. "De un pueblo de esclavos, afirma, no salen los hombres de la Revolución de 1810 a 1830, ni los ingenios que figuraron al frente de nues-

tres épocas distintas de su historia: el primero viste hábito franciscano, el otro se envuelve en capa española y el último usa chaquet y sombrero melón. Entre fray Simón y Oviedo y Baños corre un siglo. Entre Oviedo y Rojas siglo y medio. El traidor Villalpando quedó colgado de un caujaro entre la niebla y la lluvia, en el sitio de La Cumbre, por haber guiado al enemigo contra los suyos, y el viejo Alonso Andrea de Ledesma salió a defender su casa y su tierra y con ellas su espíritu. Pero fray Pedro Simón, al relatar el saqueo de Caracas por los ingleses en 1595, olvida decir el nombre del jefe de la expedición. Oviedo y Baños al referirse a este episodio, influido quizás por la fama de Drake, de cuyas hazañas habla largo y tendido fray Simón, añade que fue Drake el jefe de aquella expedición. Más tarde Rojas abre la *Historia de las Indias Occidentales* por Hakluyt, y puede decir, a fin de que los que escriben historia no se limiten a repetir sin examinar lo que han leído, que no fue Drake el pirata que desembarcó en Guaicamacuto en los primeros días de junio de aquel año sino Amyas Preston.

Se iniciaba entonces una revisión de la historia de Venezuela. "Nuestra historia no está escrita todavía, asienta Rojas en el primer tomo de las *Leyendas Históricas,* porque así lo han exigido el tiempo y los acontecimientos". También el presidente Rojas Paúl en su discurso de instalación de la Academia de la Historia afirmaba: "La historia de Venezuela, la verdadera historia no está escrita". Hoy, a pesar de los progresos de la crítica, de la enorme y valiosa contribución, no es difícil oír la misma expresión: "Nuestra historia no está escrita". Descubre Arístides Rojas que esa historia no se desarrolla por sí sola sino que tiene íntima relación con la del mundo exterior desde que la primera carabela se perfiló en el horizonte. "La historia de Venezuela, escribe, está conexionada no sólo con la del pueblo primitivo que habitó nuestra zona, el hombre prehistórico, y después con la del pueblo que supo conquistarlo, sino también con la historia de las naciones europeas, durante los dos siglos que siguieron al descubrimiento de América. Lo está igualmente con la época sangrienta de los filibusteros en el mar antillano y en todas las costas del continente, y con las guerras sostenidas por España desde el siglo décimo sexto contra las poderosas naciones del viejo mundo". En ella toman parte españoles, italianos, alemanes, ingleses, holandeses. Conquistadores, misioneros, filibusteros, contrabandistas, vendedores de esclavos, buscadores de oro y de especias. Despojan de la tierra a los primitivos poseedores. Dejan fortalezas, ciudades, espectros, leyendas, ruinas en las cuales también puede saberse la historia. La historia de Venezuela se prosigue por las mismas rutas fabulosas del Dorado.

en los paseos públicos. En el San Pablo pintado en la cúpula de Santa Teresa era fácil reconocer al Presidente. "La historia de nuestros partidos políticos —escribía Rojas en serio y en broma— es una serie de travesuras, casi siempre con tendencias a la comedia, a la tragedia y en determinadas ocasiones al sainete". Condenaba a "los prestidigitadores que medran en las revoluciones hasta el día en que son descubiertos en su verdadero carácter y son objeto de la venganza de las multitudes. Entonces, dice, la venganza popular sucede al entusiasmo y la muerte es tan elocuente como necesaria". Durante el gobierno de los azules, al escribir "El Rayo Azul en La naturaleza y en la Historia", pidió que en vez de esas banderas azules, rojas y amarillas, emblemas de tantas matanzas, se adoptase la tricolor, "porque no fue enarbolada en guerra fratricida sino por las aspiraciones del hombre al goce de los sagrados derechos de la naturaleza. A la sombra de esa bandera hemos vivido, muramos también arropados por ella". En una sola revolución tenía Rojas fe absoluta: en la Revolución americana. Pero esa Revolución para él había concluido. Sus héroes habían muerto.

Si como tantos otros veía con tristeza la desaparición de edificios venerables, guardaba silencio. Una manifestación en tal sentido hubiera sido considerada en favor del partido contrario o del partido godo. Arístides Rojas visitaba las excavaciones que se hacían en el área de los edificios demolidos. Se creía afanosamente en grandes tesoros enterrados. De aquellas ruinas algunas sombras salen a su encuentro. Del convento de las monjas Concepciones que Oviedo y Baños llamó "vergel de perfecciones y cigarral de virtudes", apenas quedaba en pie un árbol. Rojas recorre el terreno donde pronto habría de levantarse el Capitolio Federal. El 10 de octubre de 1876 publica en *La Opinión Nacional,* bajo el título de "Crónicas de lo Pasado", una noticia referente a lo de la fundación y desarrollo de los extinguidos conventos de monjas de Caracas, cuya historia forma parte de los "Orígenes y desarrollo de la Capital". El murmullo de las campanas penetraba en el gabinete del anticuario.

VIII

"A THING of beauty is a joy for ever".

John Keats. — ***Endymion.***

La casa que habitaba Rojas en compañía de su madre —una casa antigua con ancho patio de columnas y aleros— se hallaba unida a la historia del culto de Nuestra Señora de Guía en el siglo XVIII. Pertenecía en aquel tiempo a don Diego Tovar y Galindo y a su esposa doña An-

crónica Blanco. Patrona de los Tovar era la Virgen de Guía. Dedicábanle anualmente rumbosas fiestas a las cuales asistían los esclavos con hábitos blancos. Una tarde, durante la celebración del octavario, sobrevino repentina lluvia y los cargadores de la imagen, llevada en procesión desde San Mauricio, no pudieron trasponer el umbral de la casa a causa de la angosta puerta. Todos los vecinos le ofrecían asilo, pero don Diego no permitió que la imagen entrase en ninguna parte. Sentíase herido en su orgullo. Por eso fue preciso esperar el año siguiente y ensanchar la puerta a costa del solar vecino con el fin de recibir dignamente a Nuestra Señora y ofrecerle hospitalidad por una noche. Llamóse desde entonces *casa del martillo,* por causa de dicho ensanche. Pero ahora, en 1876, la imagen de Nuestra Señora de Guía sin flores ni luces, se hallaba en el suelo, en el templo de San Mauricio que iba a ser demolido, mientras fiscales y alguaciles hacían inventarios y avalúo de imágenes, cuadros, joyas y objetos sagrados. Un maestro albañil consintió en llevarse la imagen a su casa. El *martillo* está ahora cubierto con verdor de helechos y por la escalera desciende el anticuario del siglo XIX. La fuente del patio rememora en el silencio los días pasados.

Se reunían allí objetos de distintas épocas y civilizaciones. Ejemplares de cerámica que su dueño llamaba modestamente "colección de cacharros", para que no desmereciese si se llegaba a compararla con otras colecciones. En Caracas era difícil, decía, formar una verdadera colección que no puede lograrse sino con una gran fortuna. Tenía allí preferencia la cerámica indígena. Sólo España era llamada a compartir los honores en aquella colección, aunque no faltaban ejemplares de otros países como aquel plato japonés con anémonas y bordes de azabache que llamaba el rey de sus platos. El mismo Rojas se burlaba a veces de la manía de coleccionista que se había apoderado de los caraqueños, "la más inocente e inofensiva de las manías". Lo importante, sin embargo, no son los objetos sino su historia. Una vez hallado el objeto, a veces al precio de gran trabajo y paciencia, es preciso trazar su historia, lo mismo la de un azulejo árabe traído de Valencia o de Córdoba, que la de una porcelana del Japón, de las que sirvieron en la fiesta de la primera taza de café en el valle de Chacao. "Nuestros cacharros hablan", decía. Y en realidad, hablaban. A una de estas colecciones llamó "los platos parlantes de la revolución venezolana", aparecidos junto con las canciones en 1810. Un plato de Delft llevaba a los años de la juventud de Miranda y por contraste a su muerte más tarde en una prisión. Otro plato, más bien de Rouen que de Delft, hallado en la torre de Paraguachí, en la Margarita, refería el saqueo de

la isla por el francés Maintenón, quien merodeaba en el Caribe en su fragata "La Sorcière" que le había dado Luis XIV y perteneciente a la escuadra del pirata Graumont. Según costumbre de pirata, Maintenón dejó en la torre de Paraguachí aquellos platos en recuerdo de su visita. Aquel espejillo del siglo XVIII sirve para introducirnos en las fiestas de San Lázaro, el palacio de los Capitanes Generales. El Desván del Anticuario se hallaba poblado de encantadas visiones. Allí le pintó Arturo Michelena, de pies junto a la ventana desde la cual podía contemplar el Avila, mientras examina con la lupa uno de aquellos mágicos cacharros. En la puerta del desván se lee pintado en una tabla el primer verso del *Endymion,* de Keats:

"A THING of beauty is a joy for ever".

Las primeras obras de arte son sus plantas queridas. En mayo centenares de orquídeas florecen en el patio. La labor que allí se realiza es variada y constante. Un día es preciso establecer la autenticidad del pendón de Pizarro que se encuentra en la Municipalidad, el pendón carmesí que llevaban las tropas españolas a su entrada en el Cuzco, o bien, con motivo de un escudo de piedra del castillo de Araya remitido al Museo Nacional, redactar una larga información sobre la construcción y ruina de este castillo. Otras se hace necesario una sabia disquisición en torno de alguna sílaba del idioma tamanaco o aruaco o referente al nombre indígena de una constelación. Las naciones indias tienen curiosas expresiones para designar las cosas. Para una de estas tribus, el cielo, por ejemplo, no es sino una tierra alta. Los albañiles que remueven las ruinas suelen llevarle objetos raros. Una plancha de cobre hallada en los escombros del convento de Las Mercedes, contiene la inscripción mandada a poner por el gobernador don Felipe Ricardos en la casa del capitán Juan Francisco de León, en 1752, "por traidor y rebelde". La casa fue arrasada y el terreno sembrado de sal. "Si no se supiera esto, anota Rojas, las escoriaciones de la plancha limpiada por el fuego revelarían los efectos de la sal marina". Sentado en su sillón —un sillón con las armas de Carlos V, de los enviados por doña Juana la Loca a la Catedral de Coro en la época de su fundación—, ante la mesa de trabajo llena de manuscritos, contempla por un momento sus cuadros predilectos y escribe: "Antes de partir para no volver más, laboremos sin tregua y sin descanso. Cualquiera que sea el tema que guíe nuestra pluma en estos nuevos cuadros: bien sea que la inspire la crítica filosófica, la biografía o la historia patria, la ciencia amena, leyendas, tradiciones, o finalmente el folklore venezolano, poco importa,

si la voluntad está dispuesta y en paz el corazón y el espíritu". Repetidas veces hace esta advertencia. Rojas al escribir miraba en torno suyo. A veces algún concepto deslizado en sus escritos promueve enardecidas réplicas. Tal ocurrió al afirmar en su estudio "La Imprenta en Venezuela durante la Colonia y la Revolución", que el arzobispo Coll y Prat, "un tanto fanático", no fue partidario de la Revolución de 1810. Salieron a la palestra esforzados contendores. Se discutió largamente si Coll y Prat era republicano o realista; si era un espíritu fanático o lleno de tolerancia; si ayudó a la reacción realista o contribuyó a destronar a Fernando VII en la conciencia de los venezolanos. "Somos tolerantes, decía Rojas a uno de sus adversarios —el doctor I. Riera Aguinagalde—; admitimos la discusión franca y razonada, sin enconos ni agresiones; poseemos esa herencia y de ninguna manera trataremos de destruirla".

Los despojos mortales de Bolívar hasta entonces en la capilla de la Trinidad, en la Catedral, van a ser trasladados a la iglesia del mismo nombre convertida en Panteón Nacional. Arístides Rojas forma parte de la Junta encargada de organizar esta solemnidad y la cual se halla presidida por el general F. Tosta García. Los otros miembros de la Junta son J. M. Sistiaga, José Antonio Arvelo, Angel M. Alamo, Manuel Vicente Díaz, Ramón de la Plaza y Nicanor Bolet Peraza. Es Rojas quien suministra el diseño del arca en la que han de ser trasladados los restos, según modelo hallado en un cuadro de Rolbach. *La Opinión Nacional* describe minuciosamente el arca de estilo gótico, trabajada en cedro con labores de oro sobre fondo blanco. El francés Emile Jacquin, encargado de la ejecución del trabajo, modifica la base y además corona el arca con una torrecilla rematada por una flecha. El traslado se efectúa el 24 de julio de 1876. En la Catedral, Guzmán Blanco se prosterna rodilla en tierra ante el arca. El culto a la Divinidad es reemplazado por el culto a los héroes. Tres disparos anuncian la salida de la procesión encabezada por los gremios obreros, los cuales se turnan a trechos junto con las demás corporaciones en la conducción del arca, inmediatamente precedida por la Junta Directiva. Arístides Rojas lleva en este acto junto con Nicolás Delgado y Maximiliano Iturbe la representación del Estado Portuguesa. Cien banderas bordadas de oro brillan al sol. Brillan las chisteras, los uniformes y los clarines. El cortejo se mueve lentamente y tarda tres horas en llegar a las puertas del Panteón. En el coro la orquesta ejecuta la marcha triunfal de Forini. Ahora los miembros de la Junta Directiva conducen a la tribuna al doctor Eduardo Calcaño. De pies junto a él, los brazos sobre el

pecho, el Ilustre Americano lo escucha emocionado. Al hacer el elogio de Bolívar el orador hace también el de Guzmán Blanco.

El 26 de febrero de 1879 muere doña María Dolores Espaillar de Rojas. Los cabellos de Arístides Rojas han comenzado a blanquear. En noviembre, el viejo esquilón de la Metropolitana suelta su toque funeral en recuerdo de los que han partido. Las flores tenían ahora otro lenguaje.

IX

"Arístides Rojas, con la América a cuestas"
José Martí. — *Revista Venezolana.* — Nº 1.

En julio de 1881, al exponer los propósitos de la *Revista Venezolana,* la Revista que "desea cosas grandes en formas grandes", José Martí se refiere a sus posibles colaboradores y en primer término hace mención de "Arístides Rojas, con la América a cuestas". Por medio de esta graciosa imagen, Martí quería dar una idea de la capacidad de trabajo de Arístides y del carácter americano de su obra. Es aquél un bello momento, cuando José Martí se detiene en Venezuela, tierra de su corazón, con la idea de pedirle albergue. Desdichadamente ese momento sólo podrá identificarse más tarde. Será preciso que pasen los años para volver la vista atrás y recorrer todos sus pasos, y comprenderlo. Por entonces no era sino un desterrado, propagandista de la libertad de su país, a cuyo estilo se hacen algunos reparos lo cual no impide que algunos se pongan a imitarlo. Otros colaboradores de la Revista son Cecilio Acosta, Morales Marcano, Eloy Escobar, Domingo Ramón Hernández, Guillermo Tell Villegas, Marco Antonio Saluzzo, Eduardo Blanco. A cada uno el Director de la Revista dedica un cumplido. Martí era el hombre de las palabras fervientes.

El segundo número de la *Revista Venezolana* debía insertar un trabajo de Rojas: *Ensayo de un Diccionario de Vocablos Indígenas de uso frecuente en Venezuela.* (Ensayo filológico-histórico). Fausto Teodoro de Aldrey acababa de editarlo en folleto, en su imprenta al vapor, y Martí había decidido reproducirlo. Rojas deseaba hacer algunas observaciones al *Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana* publicado en Madrid por don Roque Barcia. "En lo que hasta hoy conocemos de esta obra, escribe, entrega 31, nada hay de etimologías indígenas americanas que nos satisfaga". El diccionario de Barcia es rico en etimo-

logías griegas y latinas, arábigas y germanas, no así en vocablos americanos. "Existe en todos los diccionarios, añade, de la lengua castellana, cierta vaguedad que revela: o indiferencia completa hacia los países del nuevo mundo o ignorancia de los trabajos de los antiguos cronistas misioneros que han estudiado y descrito el nuevo mundo". Y Rojas se proponía presentar a los académicos españoles "la capa americana del gran macizo castellano". Esta muestra es parte de un trabajo el cual contendrá más de mil voces de las diversas lenguas americanas de uso frecuente en Venezuela. Su gran pensamiento es el de un Diccionario Americano a cuya formación contribuirían los distintos países del continente.

"Y ¡qué ciencia ha sido necesaria para la liza! —escribe Martí al comentar este ensayo—. ¡Qué saber de cosas geográficas, y físicas, y literaria, y vulgares!". Pero la *Revista Venezolana* debía tener vida efímera. En aquella primera quincena de julio muere Cecilio Acosta. Martí sigue el cortejo fúnebre de la casa mortuoria hasta la iglesia de Santa Ana donde se dice una misa de cuerpo presente. Cecilio Acosta ha muerto en la mayor pobreza. Martí escribe aquella página resplandeciente sobre Cecilio, y debe partir inmediatamente para Nueva York, el 26 de aquel mismo mes de julio. Guzmán Blanco se hallaba entonces en la cúspide de su poder, en el gobierno llamado de la Reivindicación. Sus estatuas habían sido derribadas durante el breve período de Alcántara, pero ya estaban restablecidas en sus pedestales. "La *Revista Venezolana* cesa de publicarse, anuncia Martí, al despedirse, en una carta a Fausto Teodoro de Aldrey. Queda por tanto suspendido el cobro de la primera mensualidad: nada cobro, ni podrá cobrar nadie en mi nombre por ella. De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, esta es la cuna; ni hay para labios dulces, copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Déme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo".

El trabajo de Arístides Rojas era también un obsequio a don Aureliano Fernández de Orbe, quien había prohijado su nombramiento de miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia. Don Aureliano Fernández de Orbe le contesta días más tarde (12 de octubre de 1881): "Ahora estimulo a usted con toda fuerza para que continúe publicando en esos periódicos, artículos etimológicos de voces americanas incluidos en nuestro Diccionario. La Academia lleva impreso, del suyo etimológico, toda la letra A, y tiene en pruebas la B. Puede

usted prestarle, pues, un muy señalado servicio; y ella se complacerá en hacer suya su gratitud, en el prólogo a usted, como a otros americanos insignes". Pronto Rojas corresponde a ese estímulo. Envía a la Academia de la Lengua un trabajo sobre los verbos españoles de origen americano y un trabajo crítico sobre los vocablos americanos que se hallan en el *Diccionario de la Lengua,* en la letra C. Una parte de su *Diccionario de Voces Indígenas,* con el título de "Cien Vocablos Indígenas" publicó *El Cojo Ilustrado* como ofrenda en el centenario de Bolívar. Se refiere en primer término a los nombres indígenas del territorio.

Arístides Rojas forma parte de la Junta encargada de elaborar el programa de los festejos del centenario. La Junta celebra sesiones en la casa del presidente Guzmán Blanco. En esta ocasión presenta como ofrenda su estudio *Orígenes de la Revolución Venezolana,* la que hace remontar al movimiento de protesta encabezado por Juan Francisco de León, el 19 de abril de 1749, contra la Compañía Guipuzcoana. Este movimiento halla eco inmediato sesenta años después, el 19 de abril de 1810. (Gil Fortoul no comparte esta teoría y considera las turbulencias contra la Compañía "nacidas y alimentadas de una pretensión egoísta y nada patriótica de la oligarquía territorial". V. *Historia Constitucional.*— Tomo I. Cap. V). En aquella ocasión, al inaugurarse la estatua de Miranda en la plaza del Panteón, el 23 de julio de 1883, el licenciado Luis María Castillo distingue a Rojas en su discurso con aquel título de "anticuario del nuevo mundo". Le llega este título al pie de la estatua del hombre cuya gloria había contribuido a esclarecer con sus escritos. Más tarde reúne los documentos y escribe el prefacio del volumen que el Gobierno de Venezuela ha decidido enviar a la celebración del centenario de la Revolución Francesa. Este libro fue acompañado de la faja militar que el general Miranda llevó en las campañas de Holanda y Bélgica. En su estudio "El Congreso Constituyente de Venezuela y el cuadro de Martín Tovar" que representa la firma del acta de la independencia, Rojas describe la génesis del cuadro y su ejecución en París, a partir de 1880. Al taller del pintor asisten con frecuencia el presidente Guzmán Blanco y el ministro José María Rojas. Un día visita el taller el hijo de Miranda, se detiene ante el cuadro, y contempla llenos de lágrimas los ojos la figura de su padre, el hombre que luchó toda su vida por la libertad de su país y murió en una prisión. Con el nuevo título de anticuario, el diploma de médico y el de geólogo, quedan definitivamente archivados.

X

"Ni envidiado ni envidioso". — Fray Luis de León. — En la cárcel donde estuvo preso.

El primer tomo de *Orígenes Venezolanos* estaba concluido. El 1º de diciembre de 1891, Arístides Rojas firmaba el prefacio de esa obra, como anticipada contribución al centenario de la Independencia. El gigante del paraguas se encuentra ya en medio de una nueva generación. En cierto modo ha comenzado a vivir su posteridad. Sus cabellos están ahora completamente blancos. Las patillas que llevaba en el Septenio han desaparecido. Con pasos lentos desciende aquella pendiente que según el poeta conduce al valle de los años, y lo hace "con el corazón en paz y el espíritu libre". Para ese momento su autoridad ha venido a ser incontestable. Se le consulta cuanto concierne a la historia patria. Al ser fundada la Academia de la Historia no acepta el sillón que se le ofrece, por temor, alega, de no cumplir a cabalidad sus nuevos deberes. Sin embargo, en la instalación de la Academia el 9 de noviembre de 1899, escucha de labios del presidente Rojas Paúl su propio elogio. Difícilmente podría añadirse algo a esas sencillas palabras. Al referirse a la obra que tocaba realizar a la Academia, al acervo de que disponía, el Presidente dice: "Y para no citar más que un ejemplo, diré que las investigaciones del doctor Arístides Rojas sobre historia patria, orígenes de nuestra literatura y tradiciones populares, lenguas indígenas y antigüedades venezolanas de todo género, son suficientes por sí solas, para que la patria se enorgullezca de tal hijo". Con espíritu agradecido Rojas escribe más tarde a este propósito: "Honrar a la patria y ser honrado por ella, he ahí la eterna satisfacción del obrero que obedece al siguiente lema: Ni envidiado ni envidioso". Es sin embargo envidiable aquella corona recibida al final de la existencia.

Pero si no acepta el sillón de la Academia, porque tal vez sabe que muchos lo desean para sí, y desea hallarse a cubierto de tales emulaciones, tiene en cambio que ofrecer como herencia esa obra realizada sin desmayo, a fuerza de amor y constancia. Así se le ve un día ante el presidente Andueza Palacio, ministros, historiadores, exponer sus propósitos. Ha escrito más de ciento cincuenta cuadros históricos, aparte de los estudios de otro carácter que también atañen a la historia. Su plan abarca en primer término la publicación de diez volúmenes. El Gobierno patrocinará la publicación de tales obras. Pero apenas se publican los tres primeros volúmenes sobreviene de nuevo la guerra civil. Venezuela está cubierta de ruinas. Se la ha invitado a concurrir a la Exposición de Chicago, con motivo del IV Centenario del Descubrimiento.

En torno de una mesa labora la Junta presidida por Arístides Rojas y compuesta de los señores Agustín Aveledo, Adolfo Ernst, Francisco Davegno, José Antonio Mosquera, Emilio J. Mauri y Francisco de Paula Alamo. Se trata de organizar aprisa una exhibición. Venezuela puede estar muy pobre; pero no le faltan sus frutos, maderas, resinas, aceites, gomas y minerales que por contraste demuestran sus grandes riquezas. Hay entre otras cosas mármol de Valencia, cuarzos auríferos del Callao y petróleo de Betijoque y del Orinoco; hierro de Imataca, cobre de Aroa y azabache del Tocuyo. Hay infinita variedad de plantas de las cuales se extraen productas medicinales, entre ellas la quina, el aloe, la zarzaparrilla y el guaco y otras que tienen aplicaciones industriales. Entre sus productos se hallan el sombrero de cogollo, "que usa la gente del campo", tejido con tiras de hoja de palmeras, y entre esas palmeras descuella el moriche con cuyos frutos se repobló la tierra después del Diluvio según la explicación de los tamanacos. Hay también hamacas, guitarras y flechas y arcos de los indios del Orinoco, y un tinajero. Se halla también el papelón que describen como azúcar en bruto. La Junta trabaja activamente. El territorio de Venezuela se encuentra ante ellos, en un gran mapa que representa "la distribución geográfica de los puntos más notables en los cuales existen yacimientos de minerales útiles". "El territorio de Venezuela, escriben con el fin de enviar una parte descriptiva, contiene 597.960 millas cuadradas de área superficial, es decir, un territorio de mayor extensión que los de Francia, Alemania y los Países Bajos reunidos. Excede también en dimensiones a los territorios juntos de los Estados de Tejas, Colorado, Idaho y California". La población es de 2.323.527 habitantes según el censo de 1891. El Gobierno, escriben, es republicano, federal y el país está dividido en nueve grandes Estados, un Distrito Federal y cinco territorios. No faltan a Venezuela trofeos de gran valor que enviar a la Exposición. Se encuentra en primer término esa piedra oscura con el sello de armas de Carlos V, sacado del mar, que se hallaba en el Ayuntamiento de Nueva Cádiz, la primera colonia en aguas venezolanas. La Junta resuelve enviar un facsímil por temor de que pudiera sufrir deterioro. Se hallan también el gonfalón de Pizarro y la espada de Bolívar. En cierto modo tales objetos encierran la trayectoria de la obra de Rojas, desde la Nueva Cádiz hasta el capítulo inicial de la emancipación americana. El folleto que se distribuye en el pabellón de Venezuela, en la Exposición, contiene algunos de esos trabajos de Rojas. "Estos estudios, escribe Rojas en el Apéndice, publicados en diversas épocas, que acompañan a los objetos históricos que envía el Gobierno de Venezuela, no constituyen un libro, menos un homenaje a la memoria del

Descubridor... Son como ecos plácidos, saludos de la familia venezolana en el gran festival de los modernos tiempos. En ellos va el sentimiento de la patria, puro, sencillo, espontáneo, en su labor misteriosa y fecunda, y esto basta". Tampoco faltan otras expresiones de esa labor misteriosa y fecunda del espíritu venezolano: tales son, por ejemplo, "La Muerte de Pentesilea o Combate de las Amazonas", por Arturo Michelena, y "El Purgatorio", de Cristóbal Rojas, y publicaciones como *El Cojo Ilustrado.* Habrá también una medalla conmemorativa y un sello de correos para el cual sirvió de modelo el cuadro del mismo Michelena: "Descubrimiento de la Costa Firme, 1498".

Es el último servicio que Arístides Rojas hace a su patria. De esta época es el retrato, obra de J. M. Herrera Irigoyen, director de *El Cojo Ilustrado,* que lo representa con los brazos cruzados, anudada al cuello la gruesa bufanda, el sombrero hacia atrás, la sonrisa a flor de labios y en los ojos que ríen también con ingenua malicia. Como siempre, recorre las campiñas y labora, según se ha propuesto, sin tregua ni descanso. A menudo sus miradas caen sobre aquellos objetos que lo han acompañado en la vida y los cuales ha de abandonar en breve. Un día se alegra con el presente que le hace un amigo de una acuarela de Cajigal. Es día de gran fiesta en el Desván del Anticuario. Aquella pintura lo lleva a los días de su juventud y le hace evocar en uno de sus últimos escritos de la serie "Variedades Históricas y Literarias", la figura del gran hombre, que con la mente oscurecida fue a morir, errante y silencioso, en una playa solitaria. A veces acompañaba a Cajigal a la colina llamada "El Calvario", desde la cual contemplaba la Silla de Caracas y las verdes vegas del Guaire. "Aún se cubren, le dice, las cimas del Avila con las brumas que le envía el Atlántico y Naiguatá gigante recibe, el primero, los fuegos de la aurora". Cierto día regresa triste y meditabundo de la excursión mañanera. Las ceibas están desnudas y los rojos bucares recuerdan los quitasoles de los canónigos que dieron motivo al ruidoso incidente con el gobernador Lope Carrillo, el domingo de Ramos de 1728. Pocos días después la enfermedad le postra. Las flores que le llevan le alegran en su lecho de enfermo. Echa de menos las pasionarias junto a los ranchos, en el campo. Un domingo de marzo está muerto en su desván, en medio de sus colecciones. Al fondo, los libros de tejuelos rojos y azules que no han de abrir más. La brisa juega con los papeles en la mesa de trabajo. Alguna orquídea tempranera despunta en el jardín. El último secreto le acababa de ser revelado.

Sí, todavía las nieblas que envía el Atlántico bajan sobre el Avila y el pico de Naiguatá se tiñe de rosa con la aurora. Ahora también las ceibas pierden sus hojas y los últimos bucares colorean el paisaje. El verano es un buen pintor. Y debemos laborar por nuestra parte "sin tregua ni descanso", antes de alejarnos en la senda sin retorno, o "antes de partir para no volver más", según decía el propio Rojas. La historia —de la que se consideraba obrero— no es sólo materia de pasado sino de futuro. Es la lección que nos da al cabo de los cincuenta años de su muerte. Es preciso preparar el trabajo de los sucesores. Tal pensamiento ha sido el móvil principal de su obra. Por eso ha dejado las huellas de sus manos en la arcilla venezolana. Esta clase de trabajo necesita de continuadores. Rojas no se sienta en los congresos, no toma parte en las conspiraciones, ni va a los campos de batalla donde mueren tantos venezolanos. Si acaso desempeña ese ministerio de las tradiciones que le otorgó Marco Antonio Saluzzo, la noche en que fue inagurado un busto suyo de mármol en el patio de la Academia de la Historia, y del cual no puede privarle crisis o cambio alguno. Sintetizaba Arístides Rojas su amor a lo grande y a lo bello en la siguiente trilogía: la naturaleza, la patria y la ciencia. Ese amor realizado plenamente es la síntesis de su vida. Y bajo la araucaria y las palmeras que dan sombra a la tierra donde reposa, se comprende y se cree justa su definición de que una tumba es una enseñanza.

Cincuentenario de la muerte de Arístides Rojas, marzo 4 de 1944.

MIRANDA, O EL TEMA DE LA LIBERTAD

Las siguientes páginas o más bien anotaciones para un estudio que requiere tiempo con exceso, se derivan de la lectura del archivo de Miranda, y fueron publicadas en *El Universal* con motivo del bicentenario. Se añaden algunas suprimidas entonces en obsequio de la brevedad periodística. Carecen del tono o intención panegirista propio de la fecha. He preferido dejarlas tal como se hallan en mis cuadernos de notas. Los poemas pueden ser hermosos, pero "uno es escribir como poeta y otro como historiador", dice Cervantes por boca del bachiller Sansón Carrasco. Y cuando un pueblo se dispone a conmemorar una existencia es como si hiciera el balance, la recapitulación de la suya propia. Se detiene un momento para recorrer la distancia entre ese grande hombre y su presente. Ha de dar una mirada a sus realizaciones y a las que se dispone emprender en el futuro. Es la verdadera vinculación de un pueblo con sus héroes, sus grandes hombres. La vida de Miranda es el tema de la libertad. Le sigue como su propia sombra. No nos interesa tanto conocer los detalles de su permanencia en la costa de Rusia, si fue afortunado en amores, si mandó los ejércitos de la República francesa. Nos interesa saber sobre todo hasta qué punto fue fiel consigo mismo, con sus ideales de libertad, y si logró o no identificarse con su pueblo. Si en sus servicios consiguió lo que se proponía, de acuerdo con lo que permitían las circunstancias. Son tan oscuras algunas páginas de historia americana, entre ellas la de Miranda en Venezuela, hay de ésta tantas versiones, tantas contradiccio-

nes, que hacen inevitable el deseo de penetrar con una linterna en esa oscuridad. Hay que insistir en esto, porque el destino de Venezuela quedó fijado entonces. El hundimiento de la primera República, de la cual era Miranda dictador, generalísimo, determinó su historia en el siglo XIX. Hasta nosotros.

La evocación de Miranda obliga a preguntarnos lo que entendía por libertad. Todavía hoy nos hacemos esta pregunta. No hemos podido formarnos un claro concepto de la libertad. Tratamos de explicárnosla por medio de insurrecciones, alzamientos, y el cambio de un gobierno por otro. La libertad está en derrocar al gobierno constituido que por su lado ha querido mofarse de la libertad. A partir de la Independencia nuestra historia ha sido una larga conspiración. Se conspira en el gobierno y fuera de él. El gran problema de aquella época no sólo estaba en arrojar al gobierno intruso, en el cambio de un régimen que tan peregrinas medidas adoptaba para el gobierno de catorce o diez y ocho millones de habitantes, sino en darle al nuevo orden bases sólidas con el mayor grado de libertad posible, a sustiuir un régimen de absolutismo por un régimen de libertad. No hemos logrado ese régimen de libertad. No hemos fundado nada en concreto. Miranda pasa y nos deja su tema de libertad. Bolívar consigue asegurar la independencia, pero terminada la guerra se halla ante la disgregación y la anarquía. El suelo huye bajo sus pies. A partir de 1830 todas las tentativas fracasan. Los gobiernos de fuerza se suceden a los gobiernos de fuerza. A unos proscritos suceden otros proscritos. Todo el mundo quiere ser gobierno y nadie quiere dejar el gobierno. A cada uno de estos gobiernos se le confía la tarea de asegurar la libertad, y como es natural, el resultado ha sido que nos hallamos sin libertad. No hemos podido adquirir el hábito de la libertad. En toda esta experiencia no hemos logrado ese orden laborioso en medio del cual se hacen los países piedra a piedra, esa obra lenta de generaciones. No hemos visto esa clase de hombres que con magnífico desinterés, o con el solo interés del país, responda a ese orden. Clase de hombres creadores en sentido verdadero. La gran biografía que está por escribirse es la biografía imaginaria de un pueblo creador, interpretado por gobiernos creadores. A doscientos años del nacimiento de Miranda el gobierno colonial tiene furiosos defensores y adeptos entre nosotros. La mente de nuestro país ha sido y sigue siendo colonial. Andrés Level de Goda nos ha trasmitido en sus memorias un testimonio de Miranda acerca de nuestro país que vale la pena de recordarse en estos momentos. El alma del Precursor ha podido estar llena de amargura, pero se ha dicho que el hombre en des-

gracia suele ver claro en el porvenir. "Me dijo por último, —dice Level de Goda— y hay que poner en duda sus palabras, porque tienen un profundo acento de verdad— que vendría esto a ser presa de los extranjeros, no en clase de propiedad, sino dominado por ellos, y nosotros haciendo los gastos como propietarios, obligados a mantener productiva la finca". Miranda viaja "para adquirir la ciencia de la libertad". Compara los gobiernos de los distintos países para saber cuál de ellos puede convenir al suyo, al inmenso y remoto país de las Indias. Considera que son los países americanos los más apropiados para establecer un orden de libertad. Lee inmensamente y en desorden. El mismo Level de Goda lo describe como una biblioteca ambulante. Encuentra que Locke y Montesquieu son buenos definidores de la libertad. Cuando el juez de policía Farrel le interroga en 1801 acerca de lo que entiende por libertad, responde que la entiende según Locke. Lo mismo dice al senador Lanjuinais. La suya es una libertad "sabia y juiciosa". La base de "toda libertad civil" es la propiedad y libertad personal, garantizadas "por un gobierno de leyes". Miranda se considera investido de una misión providencial. Así dice a Hamilton que "el establecimiento de la libertad en el nuevo mundo le ha sido confiado por la Providencia". Pero los esclavos de Barlovento, los corianos de Monteverde, los llaneros de Boves o de Páez no han leído a Locke, ni a Montesquieu, ni a Voltaire, ni a Rousseau. No han leído su propia Constitución que concede a la gente de color los mismos derechos que a los blancos. Para ellos la libertad es algo diferente, o se halla en abierta oposición a la de sus amos. Lo mismo ocurre a los demás fundadores de la primera República. Han emancipado su espíritu —en ellos la libertad es efecto de su emancipación espiritual—, pero los que atienden al llamado de los realistas los consideran unos impostores. A su paso por Zurich, Miranda anota en su diario: "Un pueblo sin filosofía y sin ilustración no puede ser libre". Este convencimiento es el primer eslabón de su cadena. Le impide obrar libremente en la hora decisiva. Es lo que no pasará a Bolívar, gran realista en el otro sentido de la palabra. Lee a los filósofos, pero es por encima de todo venezolano, americano. Miranda, por otra parte tiene horror a las ideas de la revolución francesa tal como ellas se han desarrollado a partir de 1793. Así lo manifiesta una y otra vez. Teme en gran manera que tales ideas penetren en la cerrada fortaleza del Nuevo Mundo. En setiembre de 1792, mientras se hallaba en el ejército, el gobierno francés decide confiarle el gobierno de Santo Domingo. El nombre de Miranda, —piensa Brissot,— puede valer por un ejército. Con doce mil hombres sublevará las islas españolas y tendrá una base para operar sobre el continente. Es preciso decidirse —le escribe

Brissot— "porque si se deja pasar momento tan favorable, quizás no vuelva a presentarse nunca". La libertad de las Indias está en sus manos. Pero Miranda no acepta, pues ignora la verdadera situación de las islas francesas. Su presencia en Santo Domingo causaría alarma en las cortes de Madrid y Saint James y sus efectos serían inmediatos en Cádiz y en Portsmouth. A Pitt dice otra cosa. No acepta aquella oportunidad por el temor que le inspiran las ideas francesas. Pitt asiente. A ese precio —dice el inglés— preferiría que los americanos españoles continuasen por un siglo bajo el opresivo gobierno del rey de España. Este horror a las ideas jacobinas lo lleva el generalísimo Miranda a su cuartel general de Aragua en 1812. Es otra diferencia con Bolívar. A Bolívar que no pertenece a la familia de Hamlet, no le importan las ideas, o no le importan tanto como los hechos. Cualquier medio será bueno para echar a los intrusos. "Los pueblos —dice Stendhal en su *Vida de Napoleón*—, no tienen sino el grado de libertad conquistado por su audacia".

Desde luego Miranda es un cosmopolita. "Si usted quiere ver a un cosmopolita, —dice el rey Gustavo III de Suecia al gobernador de Stokolmo—, no deje de ver a Miranda". Es en esto hijo de su siglo. La ruta de San Petersburgo la han transitado muchos hombres de letras de aquel tiempo. En la Revolución francesa aparecen junto al suyo otros nombres de extranjeros. Nacen las nacionalidades modernas, pero la causa de la libertad no tiene fronteras. El diario de Miranda se diría escrito por un francés que no supiese bien el español. Tal vez escribe mejor el francés y el inglés. En España se desconfía de él porque lee mucho. Se le considera apasionado de los ingleses. Y en efecto lo era. Mucho antes de su nacimiento los ingleses introducían papeles, manifiestos, en los dominios españoles. Ofrecían libertades y enviaban sus escuadras a bombardear las costas. Miranda busca la alianza del inglés. Para él los ingleses son los monopolizadores de la libertad. Ningún gobierno como el suyo, aunque los llame "nación mercenaria". Tienen el secreto de la libertad. Lo mismo pensará en la prisión de La Force y en los campos de Aragua. Es el momento decisivo en la vida de Miranda, aquel en que franquea los límites entre el mundo español y el mundo inglés. Ha nacido en medio de honrados isleños. A fuerza de trabajo su padre amasa un pequeño patrimonio. El se titula conde y habla de sus propiedades confiscadas. Los historiadores insisten en la nobleza y la fortuna de Miranda. Los títulos nobiliarios eran corrientes en los viajeros de aquel tiempo. Se decía peruano o mexicano. El nombre

de Venezuela, confundido en el vasto y remoto país de las Indias, apenas tenía significado. En cambio, Perú y México eran nombres de países fabulosos. Despertaban el recuerdo de grandes civilizaciones destruidas. El acta de acusación ante el tribunal revolucionario le da por patria el Perú. Caracas aparece situada en las montañas del Perú. A veces es el coronel Martín, de Maryland, y con este nombre se presenta en Roma. La afición a embozarse en nombres misteriosos no es sólo para prevenirse contra persecuciones españolas. Todavía en la Carraca usa el nombre de José Amindra, anagrama suyo. A su regreso de Rusia adopta el nombre de señor de Merond, gentil hombre livoniano "que viaja para su instrucción y placer". Este Merond se transforma en Meyrat o Mairat. En Francia es el señor de Meroff. Bajo este nombre se halla el pasaporte firmado por Luis XVI en Versalles, el 3 de junio de 1789. Cuando después de *Thermidor* es deportado, las gacetas publican que se dirige a Atenas donde posee desde su juventud una casa hermosamente adornada y una rica biblioteca. La casa de Atenas le ha costado cincuenta cequines en 1786. Sus planes libertadores abarcan el continente. Pero es a Venezuela y no a Panamá, Cartagena o México donde se dirige en 1806. Miranda deja los distintos trajes que ha usado en sus viajes y recobra al fin el propio. Su patria es Caracas, en la provincia de Venezuela, declara en sus disposiciones testamentarias. Los bienes "que pueda tener son para sus amadas hermanas, sobrinos y deudos". Los clásicos griegos de su biblioteca van a la Universidad de Caracas, y sus papeles y manuscritos, pero esto sólo si el país se hace independiente o abre sus puertas al comercio franco. En los archivos de la ciudad será testimonio del amor a su patria y de sus esfuerzos por el bien de sus conciudadanos. Venezuela es la tierra ambicionada, la base de sus planes. "Válgate Dios". Es una expresión que a menudo se halla en el diario de Miranda. "Válgate Dios por vicisitudes humanas", dirá para su capote, al trasponer la cuesta de Caracas, después de cuarenta años de ausencia. "Válgate Dios", dirá al remontarla de nuevo aquella tarde de julio de 1812. Una noche en Puerto Rico, Miranda con un pequeño baúl por todo equipaje, da gracias a Dios y al capitán general de la isla por el bien que le proporcionan de volver a Europa.

El tema de la libertad de las Indias lo lleva Miranda en su equipaje al salir de Caracas. Es el atavío filosófico con que se presenta ante el mundo. Desde sus años infantiles ha vivido en el ambiente de las aspiraciones criollas a libertarse de autoridades españolas. A diario se regis-

tran incidentes entre criollos y europeos. En España siente su condición de americano. Atribuye a ésta la hostilidad que le rodea. En las Indias existe la misma hostilidad contra los europeos. En más de una ocasión el rey se ve obligado a declarar que americanos y europeos gozan de los mismos derechos. Esta declaración va unida a la misma donde se ordena que no se moleste a don Sebastián de Miranda y se le deje en el uso de su bastón y uniforme de capitán retirado. Así, mientras se aleja y vive tan prolongada aventura, deja la libertad a su espalda. Los movimientos que fermentan a lo largo de las Indias son en realidad los verdaderos precursores. El destino de América se forja en sus entrañas. Miranda es el agente o apoderado de la libertad. Durante muchos años los ojos del Nuevo Mundo están fijos en él. Viene a ser de hecho el jefe de un partido, pero su acción está fuera del teatro de los acontecimientos. Es la suerte común de los exiliados. La libertad de las Indias está ahí, en su casa de Londres, junto con sus mapas, sus libros y obras de arte. Miranda negocia, escribe, conspira, organiza expediciones. Sueña con ser un día inca o emperador del vasto país de las Indias. El tiempo pasa. Al llamado de sus compatriotas en 1782 no puede responder sino en 1806. Entonces pudo ser el jefe incontestable. Cuando se le abren las puertas de su país ya la revolución está en marcha. Lo acoge como uno de los suyos. Le confía su espada cuando se cree perdida, pero él no es ya la revolución. A su regreso trae con sus archivos una Constitución. La Junta Suprema quería mantenerlo a distancia. Desconfía de él, como se desconfiaba en España en 1783. Hablaban de darle un destino diplomático. Otra suerte común de los que han pasado largos años en el destierro. Los enviados a Londres tenían especial encargo de no entrar en tratos con Miranda. Los enviados no hacen caso y lo buscan desde su llegada, o Miranda los busca a ellos. Deciden además que Miranda regrese. Una mañana de diciembre la Junta sabe que Miranda se hallaba en La Guaira. Parece que hubo intención de impedirle el desembarco, a lo cual se opuso el pueblo de La Guaira. Del Gobierno, sólo Madariaga va a recibirlo a La Cumbre. Un isleño refiere lo que le ha oído en el camino. Miranda ha dicho que todo lo va a componer en Venezuela. Miranda aspira al poder. Roscio ha escrito la crónica de la llegada de Miranda a Caracas en cartas dirigidas a Bello en Londres. Su Constitución escrita en colaboración con Sieyès, según Level de Goda, no es aceptada por sus colegas en la comisión nombrada por la Junta. El gran asunto de la libertad requiere ante todo una Constitución. Todavía hoy andamos en su busca. Gil Fortoul pudo escribir la historia de Venezuela al margen de sus constituciones, y después de su muerte han ocurrido nuevos trastornos en nuestro mundo constitucional. En 1870

Renán observaba que Inglaterra, el más constitucional de los países, no ha tenido nunca una Constitución escrita. La de Miranda requería, según su autor, el apoyo de un ejército que viniese de Quito y Nueva Granada, a fin de establecerla sin conmociones. Algo parecido dirá más tarde Bolívar a Santander, no precisamente por causa de la Constitución, sino por la unidad de Colombia. En este caso, Venezuela, a quien era preciso tener bien sujeta, según el mismo Libertador, debía hacer el papel de retaguardia. El proyecto de Miranda al negociar la capitulación era dirigirse a Nueva Granada, y esta versión de Level de Goda, no puede ponerse en duda. Pero Gual lo confirma en un escrito de 1843, encaminado a rectificar a Baralt. El artículo de Gual es muy interesante. "Verdad es —dice— que el general Miranda pudo provocar a Monteverde a un combate, y destruirlo, pero no estaba en sus miras quitar a nuestra naciente revolución aquel carácter de lenidad que tomó desde el principio y que desgraciadamente perdió después". Miranda, pues, prefirió que todo se perdiese antes que "quitarle a la revolución su carácter de lenidad". La idea de evitar derramamiento de sangre puede ser honorable, pero el deber del Generalísimo era destruir al enemigo. Más adelante, cuando se encuentra en La Guaira, Miranda le dice a Gual en francés, cuando éste muestra su asombro por la capitulación, que su propósito era marchar a Nueva Granada donde contaba con Nariño, reunir los elementos dispersos y volver sobre Caracas. Así se explica que Miranda convienese en esa capitulación que entregaba al jefe realista la parte del país no conquistada y obligaba al ejército a deponer las armas. El hombre familiarizado con las tormentas propone a Monteverde el armisticio y la suspensión de armas a fin "de evitar la efusión de sangre, y otras calamidades que son consiguientes a una guerra obstinada y sangrienta". El caso es que no se evitó el derramamiento de sangre, la República se perdió y Miranda vino a ser la primera víctima de su capitulación. No era ciertamente el papel de un defensor de la libertad. No era ése el retrato que tras largos años se había compuesto para la posteridad. De este modo, Miranda más que por las conjuras y artes de sus enemigos, sucumbe a su propia conspiración. En el primer capítulo del *Contrato Social* afirma Rousseau que el hombre nace libre y vive entre cadenas. Miranda se apropia este enunciado cuando reclama su libertad ante la Convención, en 1793. Al referirse a la persecución de que es objeto, declara: "Yo soy un hombre libre entre cadenas". En ella está la clave de su destino. Y como hombre libre entre cadenas concluye su vida. Este primer siglo de libertad puede compararse, por lo incierto y caótico al primero de la Conquista.

Sebastián Francisco de Miranda nace en medio de las turbulencias promovidas por el alzamiento de Juan Francisco de León. Reinaba don Fernando VI. Gobernaba la provincia el frey Julián de Arriaga y Rivera, jefe de escuadra de la real armada. Eran alcaldes el maestre Ruy Fernández de Fuenmayor y don Antonio Blanco Uribe. Los esclavos de los valles del Tuy se hallaban amotinados y dispuesto a marchar sobre la ciudad. En 1812 también se sublevan y avanzan sobre Caracas. Así la vida de Miranda discurre entre dos sublevaciones de esclavos. El 5 de abril Sebastián Francisco recibe las aguas bautismales en la parroquia Catedral. Pocos días después el Ayuntamiento considera que no debe admitirse en el oficio de escribano público y de gobernación a Francisco Antonio de Arrieta, por ser paniaguado de la Compañía Guipuzcoana. Arrieta era natural de Goyzueta, en el reino de Navarra, "el mejor de los hombres bajo un aspecto rudo", según el mismo Miranda. Más tarde se casa con Rosa Miranda, y en 1780, con el beneplácito de la ciudad entera, recibe la vara de alcalde de 1ª elección. Arrieta comerciaba en cacao y suministra en parte los fondos para el viaje de Francisco a España. El mismo año de 1750 muere Juan Sebastián Bach. Unos meses antes, en 1749, nace Goethe. Don Sebastián de Miranda era natural de Tenerife. Comerciaba en harinas y poseía una tienda de lienzos de Castilla, que se vio obligado a dejar cuando el gobernador don José Solano le nombró capitán de la sexta compañía de fusileros en el nuevo batallón de milicias de la provincia. Su esposa doña Francisca Antonia Rodríguez Espinoza era por su parte hija de isleños, y lo es Antonio Almeida, casado con Ana Antonia. El 31 de agosto hace su entrada el obispo don Manuel Machado y Luna. El cabildo lo recibe a las puertas de la ciudad. El 27 de diciembre Sebastián Francisco recibe el sacramento de la confirmación.

Para 1750 Caracas es una ciudad de veinte mil habitantes. La nueva casa capitular se halla en fábrica. El mismo año son erigidas en parroquias las iglesias de San Pablo, Altagracia, La Guaira y Santa Cruz de Candelaria. Un angosto callejón llamado calle real, ya muy poblado, con un puente sobre el Catuche en la hoy esquina de Romualda, conduce del centro a la plaza de Candelaria donde don Sebastián en los días de fiesta hace evolucionar su batallón de milicianos isleños. Los capitulares se proponen la construcción de una ermita en la sabana de Caruata, en el mismo sitio antes destinado a paradero del ganado, cerca de la calle de Santiago. También solicitan un lugar apropiado para

construir hospicio donde recoger los enfermos de lázaro que andan dispersos y vagan por la ciudad. Primero eligen a Quebrada Honda, en el camino de Petare, y luego otro en tierras del tejar de los frailes, en el barrio del Rosario. En sus primeros años Sebastián Francisco puede tropezar en las calles con persohajes que todavía se recuerdan junto al suyo en la ciudad nativa. Tales son entre otros don Salvador de León, natural de Garachico en las islas Canarias, casado con doña Rosa Padrón; Bartolomé Peligro, del partido de Juan Francisco de León, y el acaudalado don Manuel Rodríguez, también isleño, alias "Puerto Escondido"; el sastre Juan Camejo y el licenciado Francisco Xavier de Socarrás. Frente a su casa vive el bachiller José de la Sierra, capellán de las monjas Concepciones. Una cuadra hacia el poniente se hallan las casas de don Miguel Muñoz y Aguado, dos veces provisor, teólogo de "voluntariosa condición", según Blas José Terrero, y a una cuadra de éste, hacia el norte, las de don Juan Francisco Piñango, después regidor y procurador de la ciudad. Y todavía más al norte las de don Felipe Llaguno, También hacia el norte, a una cuadra del Padre Sierra, asoman los balcones de la casa de don Juan Jacinto Pacheco, conde de San Xavier. Las luces de sus esquinas alumbraban en la noche ante las cruces e imágenes de la Virgen.

El año de 1754 comienzan las obras de la plaza mayor y altozano de la ciudad, dispuestas por el gobernador don Felipe Ricardos y delineadas por el ingeniero Juan Gañango Lascaris. Al principio se emplean en estas obras los presos de la cárcel con la ración de un real diario. Después los peones de El Valle, Petare y Baruta. Para los portales de la plaza se utilizan materiales de los paredones construidos en el siglo anterior para servir de muralla a la ciudad, albergue entonces del juego de pelota. También se traen grandes piedras de Anauco arriba. El juego de pelota se traslada a los terrenos de la antigua carnicería, construida en 1591, calle y esquina del Algarrobo, hoy Puente Yanes. Andrés Sucre es el maestro de capilla en Catedral y Ambrosio Carreño se encarga de las fiestas de San Sebastián, San Jorge, San Pablo y San Mauricio, etc. Durante su viaje por Suiza en 1788, Miranda se detendrá en el sitio donde se dice sufrió el martirio San Mauricio. Era el 20 de setiembre de 1788. Por ser víspera de su día, el lugar y los caminos estaban llenos de gente. Sebastián Francisco cursa las primeras letras y estudios de arte en el colegio seminario de Santa Rosa, "con aplicación, celo, eficacia

y respeto", según declara uno de sus maestros, don Domingo Velásquez. Sus maestros han debido ser de dura y adusta condición, pues en su viaje por el país de Guillermo Tell, al ver los niños de una escuela con medallas de plata, recibidas en premio de su aplicación, escribe: "cotéjese esto con la conducta de mis maestros el padre Santaella, don Narciso Yépez, el doctor Francisco José Urbina, el padre Lindo, Velásquez, etc.". En el mes de abril de 1760, Sebastián Francisco puede presenciar los actos de la jura de Carlos III, antes rey de Nápoles, que acababa de ceñirse la corona de España. El espectáculo es brillante. En la plaza mayor vestida de damasco rojo, entre los ricos y vistosos atavíos de las damas, los uniformes militares y hábitos religiosos, resalta el grupo de los capitulares con trajes de terciopelo negro, casaca y calzón corto, chupas y vueltas blancas, y plumas del mismo color en los sombreros llanos, y pelucas redondas, a la española. El 30 de enero de 1764 se publica la real cédula por la cual el rey difiere a los deseos de la ciudad de que los empleados públicos juren defender la pureza original de N. S., de la orla pedida para el escudo de sus armas, y de la erección de un oratorio en las casas capitulares. La ciudad cambia su nombre de Santiago de León por el de ciudad mariana de Caracas. Por la cuadra de la Divina Aurora, calle abajo de Mercaderes, pasa el bando público acompañado de un cuerpo de soldados de la tropa veterana. En la esquina del Agua (hoy de Mercaderes) como en otras partes, se hacen salvas. Desde el año anterior ha hecho su aparición la viruela que diezma la población y se prolonga por varios años. El 21 de octubre de 1766 sobreviene el gran temblor de tierra conocido por el nombre de Santa Ursula, que no es otro sino el mismo de Cumaná de aquel día y año. Los capitulares mandan imprimir en España una relación de los acontecimientos. El 2 de julio del siguiente año el gobernador don José Solano manda publicar el decreto de explusión de los jesuitas, cuya casa en fábrica se hallaba entre Veroes y la esquina de su nombre. La carta o manifiesto del jesuita peruano Pablo Viscardo y Guzmán, refugiado en Londres, será utilizado por Miranda en sus alegatos a favor de la Independencia, y formará parte del material impreso conducido en el "Leandro", en 1806. Contaba diez y nueve años cuando sobrevienen los incidentes promovidos por el nombramiento de su padre para el mando de una compañía en el nuevo batallón de milicias. En aquel año de 1769 nace Napoleón. Napoleón lo proscribe en 1801. Lo considera hombre peligroso, un demagogo. Cuando Miranda muere en la Carraca, Napoleón se hallaba en Santa Elena.

EL VIAJE DE MIRANDA

El viaje o itinerario de Miranda comienza en La Guaira el 25 de enero de 1771 y concluye en Cádiz el 14 de julio de 1816. A los veintiún años, a su llegada de La Guaira en la fragata sueca "Príncipe Federico", puede ver la prisión donde ha de morir a los sesenta y seis. La casa de su huésped, don José Añino, estaba situada en el barrio o calle de las "Cuatro Torres". Su padre, don Sebastián, le enviaba a servir al Rey, con dinero para pagar una plaza de capitán. En realidad, el objeto de su viaje era el de escribir un diario de su itinerario por el mundo, o como dice Quatremére de Quincy, "leer con sus propios ojos los caracteres clásicos de la libertad, sobre la ruinas de los pueblos libres de la antigüedad". Después de la capitulación de San Mateo, Miranda piensa ante tdo en sus mapas y papeles. Todo podía perderse, pero no aquel archivo. Era el testimonio de su vida, la apasionante novela de la cual era protagonista. La tarde del 30 de julio de 1812 dio órdenes de que fuesen embarcados en la fragata "Watson". Su edecán Antonio Leleux los confió a la "Shapphire". Su capitán Haynes lo invitaba a embarcarse. Con ojo incierto veía crecer el tumulto. Miranda desoyó aquellas voces y prefirió quedarse en tierra a pasar la noche. La "Shapphire" escapó con los tres baúles que contenían el archivo. Un Robertson, George Robertson, de la casa Robertson Belt, de Curazao, los entrega al gobernador Hodgson. Otro Robertson, William Spence Robertson, los encuentra un siglo más tarde, en la medioeval ciudad de Cirencester, en Gloucestershire, en poder de lord Bathurst, tercer conde de este nombre. Ahora tenemos sus sesenta y tres tomos alineados en un estante verde, con el título COLOMBEIA en sus lomos.

La prisión de Miranda estaba resuelta desde su regreso de Jamaica a La Habana en junio de 1783. La persecución dura justamente el tiempo de su itinerario. Mientras tanto podía solazarse con el espectáculo del mundo. Ver praderas, jardines, montañas, ciudades, mientras llegaba el día de ser inca o emperador del vasto imperio de las Indias. Debía ser ya anciano, y por los medios más inesperados, que iba a obtenerse su captura. Como advertido de secretos presentimientos, Miranda manifestó siempre el mayor interés por las prisiones y por la suerte de los prisioneros. La vista de éstos le produce horror, conmiseración profunda. De buena gana los hubiera libertado a todos. En Copenhague aparece como reformador de prisiones, y hasta obtiene el perdón de una muchacha

condenada a muerte por infanticidio. Una sensibilidad que Miranda no muestra en otras ocasiones. En Francia, la Revolución le hace conocer las prisiones más célebres. En Londres mismo, durante años, no es sino un prisionero. No se le da pasaporte. No se le permite partir.

Por las acusaciones que se hacen a Miranda en España se sabe que tocaba la flauta. Biógrafos e historiadores desdeñan estos detalles que no les parecen propios de una vida heroica. Pero no deja de ser interesante saber que el Precursor amaba la música. En el inventario de sus pertenencias en Madrid, el año de 1771, es decir, a su llegada a Caracas, junto con sus prendas de vestir y libros de estudio, aparece una flauta comprada en 36 ps. También se encuentra una partida de 10 ps. por música enviada a su casa, junto con una cofia para Rosa. Y en el inventario del equipaje de España, en 1780, a su salida para Cuba, entre muebles, medallas, libros y otros objetos, aparecen largas listas de dúos, tríos, sonatas y conciertos "para la flauta travesera", una flauta de ébano de Baretti, cuyo precio es de 1.000 rls. de vellón. Y en el equipaje de La Habana, en 1783, "un piano forte de labor exquisita". Entre sus libros se encuentra el *Diccionario de Música* por Rousseau y los *Elementos de música* por D'Alembert. Admiraba la música de Rousseau. "El Adivino de Aldea" le parece de "una sencillez griega". Probablemente la flauta quedó luego olvidada entre sus colecciones, como un recuerdo de juventud, cuando la acción política y militar le absorbió por entero. En Caracas el gusto por la música se había generalizado, y en el hogar de los Miranda, como en todas partes, se le rendía culto. Cuando el segundo matrimonio de Micaela, viuda de don Marco Orea, con Diego Rodríguez Núñez, en el baile "de tálamo circunspecto", tocaron entre otros el abogado José Hilario Mora, hombre de genio irascible y turbulento, y Gonzalo de Orea, hermano de Marcos, que en 1812 aparece perseguido, y desde luego en el partido de Monteverde. Cuando Miranda sale para España ya está construido el oratorio de los neristas, hogar de músicos, como la estancia de frutas y de café de su fundador el padre Sojo. En su viaje por Austria visita a Haydn, en el palacio Esterhazy. A su paso por Bonn, el 15 de julio de 1788, hubiera podido tropezar en las calles con un joven de 18 años que respondía al nombre de Ludwig van Beethoven. En Viena ha podido detenerse cerca de alguna ventana al oír los compases de una sinfonía de Mozart. En La Haya el patrón de su posada lo toma por un músico y le riñe porque no toma vino "como el otro que está en el aposento de arriba".

La familia creía en un posible regreso. Pronto saben que se halla en Melilla en guerra contra el moro. Su cuñado don Marcos Orea le escribe una carta en la que se trasluce la ansiedad con que en el hogar de Caracas seguían los pasos de Sebastián Francisco. En ella le felicita "por haber salido con facilidad de la canalla moruna". Le insinúa la conveniencia de obtener un ascenso, "aunque sea de teniente coronel". Era a mediados de 1775. Micaela ha dado a luz una niña a quien han puesto el nombre de María Isabel. La situación es mala en Caracas. "Si Dios no nos muda a este Gobernador nos comeremos los dedos". Trátase del brigadier don José Carlos de Agüero. Orea le informa del envío a España bajo partida de registro de don Marcos Rivas aquel año alcalde de 1ª elección. El gobernador ha depuesto a Rivas por haber reprendido a un oficial de pardos y negádose luego a darle satisfacción. El hecho ocurrió el 5 de julio. El grado de teniente coronel ha de alcanzarlo más tarde Francisco en la campaña de Luisiana. Pero los navíos llegan sin recibir carta del ausente. Orea le ruega hacerlo en otra de 15 de abril de 1776, "pues de lo contrario perderá el juicio su madre que no la convencen razones y siempre piensa lo peor". Atribuyen el olvido de Francisco "a la flojera contraída en el trato moruno". El 25 de junio de 1777 muere doña Francisca Antonia. Se la amortaja con hábito mercedario, según su voluntad, y el 26 a las 11 de la mañana se le da sepultura en la bóveda de terceros del seráfico San Francisco. Asisten las tres comunidades religiosas. Al día siguiente se le hacen las exequias con vigilia y responso en el mismo templo. Sebastián Francisco se hallaba de servicio en Cádiz. En otra carta de 25 de febrero de 1779 le dice Rosa: "Desde que murió mi madre no hemos visto carta tuya". Han sabido ya su salida de España. Don Pedro Martín de Iriarte trajo la noticia de haberlo visto en la Guadalupe. Ya que no viene, Rosa iría de buena gana a verlo. Otro amigo que lo vio en Cádiz les ha informado que no desea venir "ni aun por poco tiempo". Don Sebastián se lamenta de que estando tan cerca no haya visto "ni una letra suya". Rosa le suplica que no le niegue ese corto alivio. Francisco ha tocado en Trinidad de paso para Jamaica, donde iba a firmar el canje de prisioneros. "Ya que tenemos perdida la esperanza de verte, —agrega—, siquiera tengamos el consuelo de ver tus letras". Por aquellos días la madre de don Sebastián ha muerto en las Canarias. Su merced se mantiene robusto, junto con Micaela, próxima a contraer nuevas nupcias. De su primer matrimonio le han quedado tres hijas por todo caudal. Rosa encomienda su carta a cierto padre Cárdenas, religioso de Santo Domingo, trasladado a La Habana. Por no perder la ocasión escribe de prisa esas líneas que son un doloroso reproche. Arrieta le

hace por su parte las mismas recomendaciones. "Por Dios, Panchito, escribe a tu padre; no puede ser feliz ni honrado el que no cumple con esa obligación". Arrieta le da noticias de la boda de Micaela, y de su hijo José María, "el muchacho de mayores esperanzas de la ciudad". Si sale a caballo, cuantos lo encuentran lo acompañan, incluso el mismo Provisor. Han sabido ya el incidente con el intendente de La Habana, Juan Ignacio de Uriza, por causa de los géneros introducidos de Jamaica. Uriza resulta pariente de Arrieta, que por su natural apartado no ha querido nunca cultivarlo. Esta carta la lleva otro padre Cárdenas, mercedario, a quien Arrieta recomienda eficazmente. El padre Cárdenas es portador de otra, de 24 de febrero de 1782. La firman Juan Vicente Bolívar, Martín Tovar y el marqués de Mijares. En ella le participan el lamentable estado de la provincia toda, y la desesperación en que los tiene el Intendente (José Avalos) a quien comparan con Lucifer. El ministro Gálvez ha enviado una real orden por la cual ningún caballero americano puede ausentarse a país extranjero, sin licencia del Rey. Arrieta les ha enseñado una correspondencia de Miranda donde habla de rechazar "una insoportable e infame opresión". Le llaman hijo primogénito de la patria, y le ofrecen seguirle como caudillo, dispuesto a derramar su sangre "en cosas honrosas y grandes". Le envían además cierto mensajero "con firmas y noticias" y poder suficiente para tratar con él, y si Miranda lo tuviere por conveniente, con las mismas potencias extranjeras, "a fin de conseguir el rescate de tan maldito cautiverio". Es el año de la insurrección de los comuneros en el reino de Santa Fe que amenaza extenderse a Venezuela. En el Perú ha ocurrido el levantamiento de Tupac Amaru. Para esta fecha el ministro Gálvez ha dado órdenes de arrestar a Miranda en el castillo de San Carlos de la Cabaña, donde se le mantendría incomunicado hasta su remisión a España. En La Habana se hallan el ex Gobernador de Venezuela don José Solano y también un caraqueño, el capitán de ingenieros José del Pozo y Sucre, hermano de Carlos del Pozo, oficial de la real hacienda en Calabozo. José del Pozo y Sucre será de los signatorios del acta de París de 22 de diciembre de 1797. Miranda resuelve sustraerse a las órdenes de Gálvez y pasa a Estados Unidos. Así lo participa a su amigo don Juan Manuel Cajigal, desde el puerto de Matanzas a 16 de abril de 1783. Piensa visitar Estados Unidos y dirigirse luego a Europa. Unos meses más tarde nace Simón Bolívar. Miranda se hallaba entonces en Nueva Berna, Carolina del Norte.

En abril de 1785, dos años después de su salida de Cuba, Miranda dirige una representación al Rey en la cual expone todo lo ocurrido, y atribuye la persecución de que ha sido objeto al hecho de ser ameri-

cano. Habla de las ventajas que puede sacar si dedica su tiempo "a estudios sólidos y útiles ocupaciones más análogas con su genio". Desea que su experiencia pueda servir a la juventud americana "para que caminen con prudencia en lo sucesivo y sepan moderar sus altos pensamientos". Pide la exonere de su empleo y rango en el ejercito español y se le devuelva la cantidad de 85.000 rls. equivalentes a 8.000 ps. que pagó por su patente de capitán de infantería. Durante su viaje por Estados Unidos ha empleado el tiempo en visitar los campos ilustrados por los más célebres hechos de armas de la guerra de la Independencia, y en el trato y amistad "de los héroes y sabios que ejecutaron aquella obra inmortal". Podrá ahora, en fin, satisfacer su deseo de conocer en la práctica el sistema militar de Europa. Sin embargo, en el curso de su viaje Miranda parece interesarse más en bibliotecas, recuerdos históricos, obras de arte y en el trato de políticos y filósofos que en establecimientos militares. En Caracas recibe Arrieta dos cartas de Francisco. Una del 12 de mayo le conmunica que ha perdido el dinero remitido de La Habana para sus viajes en el incendio de una embarcación por el enemigo, poco antes de hacerse la paz, y pide se le envíen 2.000 ps. En esta carta hay una línea para don Sebastián: "Dé usted mis más finas expresiones a todos" —dice—, "y suplique a mi querido padre tener ésta por suya". En otra del 12 de junio escribe: "La filosofía, el gobierno, las academias de ciencias, asambleas parlamentarias y sociedad de sabios y hombres de Estado dividen todo mi tiempo con sumo provecho, y contribuyen en algún modo a mitigar el peso de la dura adversidad'". Lo mismo dice a su amigo Francisco Rendón en Filadelfia, pero añade: "Una sola cosa me falta aquí para el completo de mis gustos en el día". En su casa la situación era precaria. Arrieta ha muerto en aquel año de 1785, y su dos hijos José María y María Catalina quedan bajo la tutela de su madre, quien dos años más tarde contrae matrimonio con Francisco de Paula Fernández, teniente del batallón veterano. Las casas y tiendas que poseen en la plaza mayor están hipotecadas, y doña Luisa Padrón suministra la misma cantidad de dos mil pesos para redimirlas, con plazo de dos años. Don Sebastián ya no vive en la casa del Padre Sierra que ha vendido a su yerno Diego Mateo Rodríguez.

El 10 de agosto Miranda sale de Londres en compañía de su amigo W. S. Smith, secretario de la embajada de Estados Unidos. Para esta época cuenta treinta y cinco años. Van a presenciar las grandes maniobras del ejército prusiano. El rey Federico II está ya viejo y gotoso, y por

última vez pasa revista a sus tropas. En Potsdam, Miranda encuentra a La Fayette. Este se muestra interesado por la suerte de América del Sur y le pregunta si allí no se esperaba algún movimiento. Miranda responde con gravedad "que nada sabía acerca del particular". Desde 1783, en Estados Unidos, Miranda lo tiene por enemigo. Lo acusa de hallarse de acuerdo con Aranda para entregarlo a España. Sin embargo, Anarchasis Clotz dirá más tarde en la sociedad de los jacobinos que la existencia del peruano Miranda en Francia es obra de La Fayette y Brissot.Sobre el mundo que iba a visitar caía la sombra crepuscular del siglo XVIII. En Trieste se aloja en la misma posada donde Juan Joaquín Winckelmann fue asesinado. En Pisa el comisario de la Inquisición deja pasar sus libros. En Roma ve al Papa orar en la iglesia de Santa María. A los cardenales con medias rojas y vestido corto de terciopelo pasear fuera de la puerta del Populo. Visita el Foro con Cicerón en la mano. En Nápoles el sitio de la villa de Plinio y el sepulcro de Virgilio. En Italia lee a Cicerón. En Francia a Montesquieu. En Rusia a Maquiavelo. A Rousseau en los mismos sitios descritos en la *Nueva Eloísa*. Miranda se hace la obligación de escribir su diario cada mañana o cada noche. A veces se atrasa y es preciso dedicarle una hora o más. Después de recorrer una ciudad va al teatro. Observa las costumbres. Despacha la correspondencia. Estas jornadas son en extremo laboriosas. Miranda hace verdaderos inventarios de libros y obras de arte. Después hay siempre tiempo para una aventura amorosa. En Kioff o Kiev, la antigua capital rusa, encuentra a Felipe de Segur, embajador de Francia y al caballero Alejandro de Lameth. Ambos han estado en Caracas en 1782. "¡Qué casualidad —anota Miranda—, la de encontrar aquí sujetos que han estado en mi casa!". Por ellos sabe el descontento de la Provincia por la conducta del intendente José Avalos y del ministro José Gálvez. Lameth habla con entusiasmo de Belén de Aristeguieta, y de la casa de campo de las Arrechedera en Tócome que comparaba a un paraíso. Los recuerdos de la tierra nativa salen así al encuentro de Miranda, en aquellos días de invierno, a orillas del Dnieper. Segur en sus Memorias y Miranda en su Diario, cada uno a su manera, refieren su encuentro en Kioff y San Petersburgo. Segur con afectación diplomática y Miranda con crudeza y desenfado. El rompimiento final entre ambos, por causa del uniforme de coronel español que Miranda usaba, y de su respuesta al encargado de negocios, Pedro de Macanaz, tiene una grave comicidad. Fugaz episodio en medio de una corte servil y despótica de cuyas escenas Miranda aparta a veces los ojos y otras no puede, sin trabajo, contener la indignación. La emperatriz Catalina, de viaje por las provincias de su Imperio, iba a cumplir cincuenta y ocho

años. Michelet hace de ella un retrato muy poco galante que Juan Vicente González se apresura a trasmitir en su biografía de Ribas, "vieja de cabellos blancos levantados al cielo, de ojo lúbrico y duro". La emperatriz era amiga de filósofos y profesaba horror a la Inquisición. El americano hablaba de esa libertad de las Indias, de la cual no podía desentenderse. Cuando los ministros borbónicos por causa de Miranda amenazan con interrumpir sus comunicaciones, Catalina lo toma bajo su protección. Paga sus gastos. Le despacha provisto de una carta de crédito de dos mil libras. Lo autoriza a usar el uniforme ruso, y sus representantes en el extranjero reciben orden de acogerlo. Así mientras se ve perseguido por un gobierno depótico, Miranda halla protección en otro. A falta del uniforme español tiene el de coronel de los cosacos de Catalina. Después el de la República francesa y el del ejército colombiano que ostenta en el "Leandro". Catalina se declara luego contra la Revolución. Pero antes el futuro general de los ejércitos franceses prosigue su viaje. En Noruega contempla las auroras boreales, las montañas de nieve a la luz de la luna, las bandadas de cisnes sobre los lagos del Norte. Al desembarcar en Dinamarca llega a sus oídos el nombre de Elsinor. En las calles de la judería de Amsterdam ve en las tiendas rótulos o muestras que ofrecen tabaco de Barinas. Este diario de Miranda abunda en rasgos descriptivos. En el mes de julio de 1788 entra en Alemania por Dusseldorf. En Mullen quiere despedirse del Rhin que ve desde el cuarto de su posada, "pues no se puede dejar sin pena". Era el tiempo de la siega, y mientras los campesinos recogen el trigo, leía a Virgilio. Su afán de examen crítico no es menos evidente que su amor a la Naturaleza. Al visitar la Cartuja, cerca de Marsella, llega a tocar la cama del prior y halla que "es muy blanda y buena". Y así sucesivamente.

A su regreso de Rusia le salen al encuentro los primeros rumores del próximo sacudimiento. En La Haya la multitud ultraja a los criados del embajador francés e insulta a los patriotas. Han sido ya convocados los Estados Generales. En Suiza los que tienen fondos en aquel país andan en gran zozobra. El futuro general de la República entra en Francia con ideas preconcebidas acerca de la fatuidad, la petulancia y la frivolidad francesas. Le sorprende la suciedad de las poblaciones. En Marsella el abate Reynal le expresa el temor de que aquellas novedades pasen con la misma rapidez de las modas, como todas las cosas en Francia. Cuando la agricultura se puso de moda —dice el abate—, los

tocadores de las damas de París se llenaron de libros sobre arados y cultivos de tierra. Parecía que toda la nación iba a convertirse en agricultura, pero en seis meses pasó la moda, y todo se olvidó como si nunca hubiese existido. El *Emilio* de Rousseau puso en boga la educación y cuantos libros trataban de ella, pero todos desaparecieron como los anteriores. Raynal afirmaba que la nación no estaba preparada para el gran cambio que se avecinaba, y se mostraba indignado de que en tan graves circunstancias los hombres de letras guardasen silencio por temor de perder sus pensiones. Antes prefieren, —decía—, que perezca el mundo entero. Miranda por su parte, para comprobar el imperio de la moda en Francia, refiere que en Nantes, después de un concierto, se elogió a cierta señora Candeille por haber tocado muy bien el piano forte. Al día siguiente todos los pianos fortes que había en la ciudad fueron comprados. En la calle de su hotel encontró Miranda ocho pianos llevados del almacén. Cerca de Burdeos Miranda visita el castillo de Breda rodeado de fosos y con tres puentes levadizos donde vivió Montesquieu. Allí le muestran la gran sala gótica donde estaba la biblioteca y el aposento donde solía sentarse junto al fuego, a tomar sus notas, el autor de *El Espíritu de las Leyes*. "No me cansaba— dice Miranda— de contemplar el sitio donde se produjo la más brillante obra que el espíritu humano ha producido". En un pilar de la chimenea estaba la marca del pie, a fuerza de apoyarlo mientras reflexionaba o escribía. El 1º de junio de 1789 está en Versalles. Su seguridad personal lo hace alejarse de París. Miranda vuelve a Londres el 18 de junio de 1792, en vísperas de la toma de la Bastilla. Allí permanece hasta el 19 de marzo de 1792, cuando se pone de nuevo en viaje para París.

ANDRES FRÖBERG, CRIADO DE MIRANDA

Miranda profesaba particular enemiga a los criados. Son divertidas sus aventuras con los que se veía obligado a tomar para su servicio en las ciudades por donde pasaba. Una noche en San Petersburgo, mientras se dirigía a la casa del doctor Guthrie, se vio plantado con su coche en mitad de la calle por el criado que no quiso conducirlo, y obligado a volver a su casa, la única palabra que conocía de la lengua rusa. Entre esos criados aparece el sueco Andrés Fröberg, a quien Miranda dispensaba la mayor solicitud y afecto. A Fröberg lo llama constantemente en sus diario "mi buen Andrés" o "mi fiel criado". Sus cartas dan indicios de las altas y discretas razones, diferencias y altercados que pasaban a menudo entre amo y criado, o entre caballero y escudero. Miranda

lo contrata en Stokolmo, a su regreso de Rusia, por cinco ducados mensuales. Tenía obligación de servirle con librea, peinarle, lustrarle las botas, cepillarle los trajes, etc. "Me parece buen sujeto, —escribe Miranda— y así resarciré la pérdida del otro bribón borracho". Trátase de Juan Kestier, de nación flamenco, contratado en Petersburgo a quien dio una sacudida con el sable envainado, porque tuvo el atrevimiento de amenazarlo con una silla. Andrés cuida celosamente de la buena fama de su amo en sus reyertas con posaderos y postillones que recargaban las cuentas, o se permitían dudar si podría pagarles, y resiste a seducciones, a las tentativas de apartarlo de Miranda. Así, mientras su otro doméstico Augusto Felipe Melisard se deja sobornar y depone contra él ante el comité de salud pública, Fröberg vela a la puerta de su prisión en La Force, acude a la policía, al comité de seguridad y al mismo ministro de negocios extranjeros en gestiones a favor de su amo. Le envía libros, camisas y otras prendas de vestir, y también sufre arresto por varios días. Sucesivamente Fröberg desempeña las funciones de mayordomo, secretario, ayuda de campo, y participa o adquiere las mismas aficiones de su amo por los libros y antigüedades. Miranda y Fröberg estaban impulsados por ambiciones distintas. Miranda por la gloria y el poder. Fröberg sueña con un plácido retiro. Miranda tiene a veces el mismo deseo, y entre los bordes montañosos del lago de Como se siente tan cautivado, que de buena gana elegiría para el suyo aquellos encantadores parajes. Cuando Fröberg se despide de Miranda todavía en prisión, le escribe que tiene muy presente esta máxima suya: "Mi patria me es más cara que la vida misma, y no sabría consolarme ante la idea de morir, sin haberle sido útil".

En el mes de noviembre de 1791, Andrés pide permiso para ir a ver a sus padres. Miranda cree que lo hace mal aconsejado. "Lo siento, —anota en su Diario,— pues le había tomado cariño después de haber vivido tanto tiempo juntos". Pero Fröberg vuelve en mayo del año siguiente. Miranda se halla en Francia y recibe con alegría la noticia de su regreso. Tiene ya todo dispuesto para su viaje a Londres. Le encarga prepararle alojamiento en casa de Mrs. Oldham. A las quejas de Andrés de que se fastidia sin hacer nada, responde: "No sea usted pueril, amigo mío, y no diga que no tiene nada que hacer cuando dispone de libros y alojamiento para estudiar". Le tiene ya asegurado un empleo en casa de comercio donde su probidad y conocimiento de la lengua rusa le proporcionarán la fortuna que desea, "y que ya tendría si

mi suerte lo hubiese permitido". Pero Miranda no vuelve esta vez a Londres. Un día de setiembre Fröberg se entera con asombro de que su amo es general de la República francesa y marcha a la frontera. Fröberg tiene en su mano decidir si vuelve a su país o se une a Miranda en el ejército. Turnbull le dará el dinero necesario. Andrés se dirige a París. Desde St. Menchould, Miranda le comunica sus instrucciones. Irá en diligencia a Chalons. Seguirá en un coche del estado mayor a unirse al ejército de Dumouriez. Lo invita a ver la guerra sin participar en sus peligros. Miranda tenía su cuartel en Landrecy. Andrés se le une en Diest después de la toma de Amberes. Durante el proceso militar de Miranda, Fröberg aparece entre los testigos. Su declaración es la apología de su amo. Repite lo que ha oído decir "a muchos hombres instruidos" que veían en Miranda un gran filósofo, conocedor de todas las artes, "hombre raro y de una gran sensibilidad", cuya mira es la liberación de la América del Sur, "su país natal". Se ha encontrado junto a Miranda en Ruremonde, donde batieron a los austriacos en Tongres, Lieja, y en su cuartel general de Maestrich. Fröberg es ahora militar de profesión. Pero los acontecimientos que se desarrollan a su alrededor inspiran a Fröberg ideas melancólicas. Su amo languidece en una prisión. Desea regresar a sus montañas nativas. Allí había libertad verdadera. Allí los habitantes son pobres, pero hospitalarios. Las costumbres sencillas,pero sin dobleces. Para distraerse estudia la lengua italiana. Además, Miranda le pide cuenta de ciertas cantidades. "Sería lamentable, —escribe Fröberg— que después de haber luchado tanto tiempo juntos llegásemos a separarnos como enemigos por una simple equivocación". Más bien ha gastado mil libras en menesteres diversos que Miranda le devolverá cuando pueda. Le ruega escriba al ciudadano Tissot para levantar la consigna que le ha dado, y le devuelva sus libros y efectos personales. En fin, un día del mes Pluvioso, Fröberg parte después de escribir a su general la carta más enternecedora.

Desde Helsingborg, a 22 de julio de 1795, Fröberg le envía sus noticias. A su salida de París fue a Inglaterra, donde estuvo dos meses y luego a Helsingborg donde ha comprado una casa con jardín, cuya situación es la más bella del mundo, y lo que la hace más bella es que se halla situada en su patria. Ha encontrado al fin un asilo feliz, donde piensa concluir sus días. Un lugar donde son sencillas y puras las costumbres, y cada mañana pasan pastores y pastoras por sus puertas, con sus canciones y rebaños. Sócrates y Platón —añade Fröberg— agradecían

a los dioses haber nacido en un país donde la luz es más pura; él por su parte les agradece haber nacido en un país donde hay tan buenas costumbres. Fröberg está muy ocupado y no tiene tiempo de escribir más largo. La nación francesa tiene alguna deuda pendiente con él por sus servicios en el ejército, y le exige a Miranda, si la puede hacer efectiva, enviársela, sea en una letra de cambio contra Turnbull, en Londres, o de algún otro modo, mientras adelanta sus negocios, o bien anticipándole algún dinero, pues la casa que ha comprado es a crédito. Le pide además una idea que pueda ser útil a su patria. Cuando Miranda recibe esta carta trataba a su vez de cobrar sus sueldos como general de la República y de poner en claro sus embrolladas cuentas con el ciudadano Tissot. Vivía apartado de todo en su casa de la calle San Florentino, "en el seno de las artes, la filosofía y las letras". En otra de 1º de setiembre de 1795, Fröberg se queja de que su general no contesta sus cartas. No puede creer que se halla enfermo, pues conoce su modo de vivir. Ni que lo abandone, pues no lo merece, ya que por él ha sacrificado su libertad y se ha desposado con la desgracia y la pobreza. Le ruega que le escriba, pues lo estima y ama más que a nadie en la tierra. Miranda contesta esta carta, según se desprende de la respuesta de Fröberg, de 8 de diciembre de 1796. Ha tardado en responderle creyendo poder enviarle lo que le exige, pero "conocéis bastante a los hombres para que tenga necesidad de decir que los amigos son buenos cuando no se necesita de ellos". Además de la casa de campo ha comprado otra en la ciudad. Los amigos de Londres le han abierto un crédito de 1.400 libras, y se ha dedicado al comercio de añil con Santo Domingo. Pero debe 400 libras sobre los bienes que ha comprado, y espera pagar el año próximo. Le exige lo recomiende a Mr. Turnbull para que le abra un nuevo crédito y así podrá estar en capacidad de enviarle lo que le pide. También solicita un certificado de que ha servido en el ejército francés, lo cual acreditará su persona. Cuando haya pagado sus deudas irá a Francia a saludar a sus amigos. Le ofrece su casa, donde gozará de los más bellos cuadros de la naturaleza. En fin, concluye, lo tratará lo mejor que pueda, y no dejará de elevarle algún monumento para la posteridad. En enero de 1799, Fröberg sabe que Miranda se halla en Londres y le envía su enhorabuena porque ha escapado de los "bandidos" que querían quitarle la vida. Fröberg goza de "tranquilidad perfecta". Se ha casado con una bonita muchacha de diez y siete años, bien educada y con alguna dote. Es ya ciudadano y negociante de Helsingborg, y puede negociar donde le plazca, en toda Suecia. Otros negociantes trataron de oponerse a que se le otorgara este privilegio, pero el rey mismo sentenció a su favor.

Los años pasan. En 1804, desde Gottenbourg, Fröberg escribe. Nada ha sabido de su amo en tanto tiempo. No es ya el hombre de tranquilidad infinita. Ha experimentado algunos reveses en sus negocios. No los cuenta por ser demasiado largos, pero cree que todo se arreglará pronto. Le pide prestadas veinte libras que le serán devueltas con intereses en un año, o diez, si no puede prestarle las veinte. Quiere saber si no tiene algún empleo o comisión que darle en Francia o en Rusia. Expresa el deseo de volverlo a ver una vez en la vida, "para consultarle acerca del gran arte de vivir entre los hombres". A esta carta Fröberg agrega nuevas expresiones de adicto y fiel servidor. En 1806 Fröberg reaparece en Londres. Eran los días de la expedición del "Leandro". Mr. Turnbull le envía cinco libras, a condición de que vuelva a Suecia hasta saber de Miranda. Pero el turbulento criado prefirió seguir tras los pasos de su amo. El 4 de febrero de 1807 se halla en Puerto España, y desde allí le dirige una de esas cartas desesperadas, llenas de quejas y reproches, que acostumbraba. Se hallaba reducido a la última miseria y deseaba un pequeño crédito para emprender cualquier negocio, incluso el de añil que había encontrado silvestre en la isla. Miranda le comunica a Turnbull la llegada de Fröberg y su conducta, siempre en estado de embriaguez. Y aquí concluyen las noticias de Fröberg que puedan hallarse en el Diario de Miranda.

EL RETRATO DE MIRANDA EN LA COLECCION LAVATER

En el archivo Miranda se encuentra una noticia biográfica de Juan Gaspar Lavater en forma de carta dirigida a cierta *Madame F.,* el año de 1805. Esta noticia sirve de encabezamiento al manuscrito que el propio Lavater obsequió a Miranda en los días de su visita a Zurich, y el cual dedicaba a los viajeros que se hacían acreedores a los dones de su experiencia. Por diversas razones el autor expresa el deseo de que no se saque copia, ni se dé ni se preste, y mucho menos se publique, sin su consentimiento. Es una especie de tratado del arte de viajar, cuyo contenido, según la advertencia preliminar, no es tan nuevo como verdadero. De él se desprenden gemas como las siguientes: "El que trata de hacerse ver pierde infaliblemente el don de ver". "La mentira existe dondequiera existan los hombres. La verdad es tan rara como la aparición de los ángeles". Lavater era un filósofo religioso, —dice la noticia—, pero un filósofo amable, persuadido de que la naturaleza conduce siempre por lo agradable a lo último, por lo bello a o verdadero, y por las pasiones benévolas a lo sublime. Predicaba la moral evangélica, pero también el

amor a lo bello, y daba a la palabra caridad un sentido más amplio de lo que suele dársele. Todo debe sacrificarse a ese amor por lo bello y verdadero, aun con riesgo de la propia vida, única manera digna de honrar a la divinidad. Lavater no se limitaba a predicar esta doctrina sino que la ponía en práctica. Su voz era seductora. Su noble entusiasmo arrastraba a sus oyentes. Ejercía gran influencia sobre las mujeres, de la cual no se valía sino para inspirarles mayor gusto por las virtudes domésticas, los goces de la maternidad y la educación de los hijos. Delfina de Custine lo llama "su buen ángel celeste".

Miranda llevaba carta para Lavater del señor Spach, director de un gabinete de estampas en Bale, donde los relojes tenían una hora de adelanto, lo cual le causa no pocos enfados. Lavater le aguardaba con impaciencia. Era un tipo nuevo, un americano, que iba a quedar preso en las redes de su colección fisiognómica. Miranda posa ante él, porque ante Lavater los hombres posaban, con el nombre de Mairat. En ese momento cuenta treinta y ocho años y ha satisfecho en parte su gran deseo de viajar. Todavía no ha entrado en la historia. Lleva consigo el horóscopo del principe de Hesse que le promete un porvenir brillante dentro de ocho o diez años. Se halla propiamente en una encrucijada. Tenía, es cierto, su empresa de libertad, pero no sabe a punto fijo cuáles medios ha de elegir para llevarla a cabo. Se dirige a Inglaterra, país de su predilección, pero a pesar de las persecuciones de que es objeto no cree del todo cerradas las puertas de España. Es un hombre que aguarda un destino todavía incierto y sólo presente en su pensamiento. Es lo que infunde tanto interés a ese encuentro con Lavater, cuya ocupación favorita era observarse a sí mismo y a los demás. Miranda no le concede más importancia que a cualquier otra de sus entrevistas con personas notables en tantas ciudades distintas. En La Haya ha conocido al fisiognomista Camper, pero Lavater no es amigo de Camper, y lo que éste "pretende explicar por la línea facial, Lavater lo explica por la perpendicular, y así se ve —anota Miranda— cómo los hombres se encuentran en sus ideas". Gracias a ese encuentro disponemos hoy de ese retrato de Miranda, hecho muy de mañana un día de setiembre, en el cuarto o albergue de "La Espada", en el espacio de hora y media, por Juan Enrique Lips, pintor y grabador al servicio de Lavater. No es la estampa de Charles-Etienne Gaucher después de la toma de Amberes. Ni el "de aire altanero y sombrío" de Rouget, del cual quizás se valió Michelet para trazar el suyo. Ni el de blancos cabellos con el emblema

de la corona real, publicado por William J. Holland cuando la expedición del "Leandro", en 1806, quemado por el verdugo en la plaza mayor de Caracas. El retrato de la colección Lavater tiene la misma intimidad, el abandono del Diario. Miranda lo encuentra "bastante parecido".

Para darse cuenta del valor y semejanza que tiene este retrato, del influjo, de la poderosa personalidad y del peligro que representaba hallarse ante Lavater, es bueno leer a Goethe quien cultivó con él estrechas relaciones y hasta tuvo el encargo de revisar los originales de su "Arte Fisiognómica", que califica de "genialmente empírica". Goethe las refiere en sus libros autobiográficos *Poesía y Verdad* y *Campaña de Francia*[8]. Lips trabajaba para un hombre cada día más exigente y nunca satisfecho. Tenía el encargo de hacer dibujos, bocetos, retratos de toda clase de personas. Lavater pretendía identificarlas por medio de sus rasgos físicos, lo que le valió no pocas y graciosas contradicciones. Estaba convencido, y en ello se basa su teoría, de que la presencia sensible es imagen real del espíritu de cada uno. A Goethe le parecía que tenía algo de perfidia y mucho de espionaje el afán de examinar frentes, narices, ojos y bocas para deducir por ese medio las relaciones entre cualidades morales y físicas, y añade que inspiraba temor aquel hombre que tanto conocía las limitaciones y defectos en que a la Naturaleza plugo encerrarnos. Su manía de observación llegó a tal punto que miraba las manos de sus feligreses cuando les tendía el bolso en el templo para la ofrenda, a fin de establecer por sus movimientos y formas el carácter o las cualidades de cada uno. No deja de ser extraño que Miranda, tan curioso y ávido de conocer las notabilidades de su época, no mencione a Goethe en su diario. En los catálogos publicados de sus libros no aparecen las obras de Goethe. No leyó al parecer a *Werther,* aunque en su primera entrevista con Pitt, entre los libros que alcanza a ver en la chimenea, junto con Tito Livio y Eurípides, estaba el de *Los sufrimientos del joven Werther.* El mismo año que Miranda sale de Caracas, *Werther* escribe su diario, el cual comienza el 4 de mayo de 1771 y concluye el 8 de diciembre del año siguiente a las once de la noche. Sin embargo, en más de una ocasión los pasos de Miranda están a punto de cruzarse con los de Goethe. Con pocos meses de diferencia ambos viajan por Italia. En Argona, del otro lado del campamento de Miranda, se halla Goethe con las tropas del duque de Weimar. A este punto dice Carlyle que "cuando los dioses aparecen entre los hombres adquieren formas bajo las cuales no pueden ser identificados"[9]. Goethe come su pan negro de soldado y piensa en su teoría de los colores. Trata de comprobar lo que hay de cierto en la llamada fiebre artillera o de cañón, y de su mente cae esta reflexión: "Feliz aquel que lleva en su pecho una pasión

de superiores quilates". De conocerla Miranda le hubiera dado carta de naturaleza en su diario. Por último, Miranda encuentra alojamiento en aquella misma fonda de "La Espada" donde años antes se ha hospedado Goethe. De allí se goza, —escribe Miranda—, "de una hermosísima vista sobre el río, el lago, las montañas cubiertas de nieve". En el álbum de Lips escribió Goethe, mientras viajaban por el bajo Rhin en compañía de Lavater, una poesía cuyo asunto es un castillo en ruinas. Durante los tres días que Miranda permaneció en Zurich, Lavater tuvo que luchar con los viajeros importunos, "incapaces de dar ni recibir ideas", que no le dejaban un momento libre para hablar con Miranda. El mismo Lavater está de viaje a Génova en compañía de su hijo que va a Londres. Al fin puede concertar una entrevista en la tregua y soledad del mediodía. Dos horas dura esta conversación en la cual Miranda recoge las opiniones de Lavater acerca de Federico II y Washington. El primero, a su parecer, una figura extraordinaria, el segundo, hombre mediocre. De la emperatiz Catalina anota: "hablamos también acerca de la emperatiz". Al día siguiente Miranda dice adiós a Lavater que lo recibe "con terneza". Filosofan todavía un rato. Luego el americano toma sus caballos, y en compañía de su criado se aleja por los bordes del lago, sombreados de árboles frutales. Siete años después el recuerdo de Miranda va a sentarse junto a Lavater en la forma de Delfina de Custine. Ella le comunica la amistad y admiración que el pastor de Zurich ha conservado, y expresa en una carta de que es portadora: "Hombre enérgico e inolvidable". Asombro de que aún se mantenga "en medio del torbellino de las revoluciones, de intrigas y cábalas". Contrasta la oscuridad de los juicios de Lavater acerca de Miranda con la claridad que pone en otros. Sirvan de ejemplo el de Fox que se halla en su mismo archivo y los de los hermanos Stoldberg citados por Goethe. Hacia fines de 1795 Lavater decide desprenderse de su colección "única en su género", y propone a sus amigos e interesados adquirirla en todo o en parte. "En cada pieza, —escribe—, se halla un juicio u observación fisiognómica escrita de mi mano". El retrato de Miranda fue hallado en la Biblioteca Nacional de Viena por el ferviente mirandista doctor C. Parra Pérez. En el interior de la cubierta escribió Lavater estas enigmáticas, misteriosas palabras:

"¡Hombre que todo lo puede, vives en la conciencia de la fuerza!

¡Los secretos del corazón más bien los ves que los escuchas!

¿Quién puede penetrar la realidad como tú, a quien tan pocas cosas se le escapan?

¿Quién comprende como tú, las debilidades de los débiles? ¿Quién comprende como tú la potencia de los fuertes?

¡Cuánta resolución, cuánta energía, cuánta destreza, cuánto orgullo desdeñoso, y cuánto valor te ha donado la naturaleza!"[10].

Marzo-Abril, 1950.

NOTAS

1 Sir Everard Im Thurm realizó dos excursiones al Roraima, la primera en julio de 1877 y la segunda en la Navidad de 1881.

2 Arístides Rojas dedica una de sus *Leyendas Históricas* a Sir Walter Raleigh.

3 Véase en *Cubagua*, cap. II. — EL SECRETO DE LA TIERRA.

4 El padre José Gumilla en su obra *El Orinoco ilustrado*, equivoca la fecha del viaje de Raleigh, a quien nombra Ralego, y el cual viaje fija en 1545. Gumilla recoge algunos testimonios de la existencia del Dorado, entre ellos el del indio Agustín por quince años esclavo en Manoa de donde huyó con otros. Agustín daba toda clase de pormenores de los palacios y jardines del rey. No sabía palabra de español, afirma Gumilla, pero citaba por sus nombres castellanos los sitios donde durmió en su fuga, que sólo Hutten pudo darle.

5 Véase *Tres momentos en la controversia de límites de Guayana* por E. B. N. — Caracas, 1947.

6 Nota de Salisbury a J. M. Rojas, 10 de enero de 1880.

7 Oviedo y Baños en su descripción de la ciudad de Caracas. Cap. VII del Libro V, dice "que los jardines y huertas regadas con diferentes acequias que cruzan la ciudad, saliendo en cañadas del río Catuche, producen tanta variedad de flores que admira su abundancia todo el año".

8 Para comparar las obras autobiográficas de Goethe con el archivo Miranda he tenido a la vista la traducción de R. Cansino Assens. Madrid, 1945.

9. *The French Revolution.*

10 V. artículo de C. Parra Pérez, *El Universal*, 30 de enero de 1950.

CRONOLOGIA

1895 Mayo 20: nace en Valencia, Estado Carabobo. Fueron sus padres Enrique Núñez y Isabel María Rodríguez. Cursa la educación elemental en su ciudad natal en la Escuela de Rafael Pérez.

1907 Inicia la Educación Media en el "Colegio Requena" de Valencia.

1909 Funda en Valencia el periódico *Resonancias del pasado.*

1910 Terminado el bachillerato se traslada a Caracas con la intención de dedicarse al periodismo. Ingresa en la Universidad Central de Venezuela para cursar la carrera de Medicina. Asiste también como oyente a las clases de la Escuela de Derecho. Su paso por la Universidad debió ser breve ya que dos años más tarde se dedica completamente al periodismo y a la literatura.

1912 A partir de este año se dedica exclusivamente al periodismo y a la literatura. Desde esa época su actividad como columnista será una de las principales de su vida.

1918 Obtiene una mención en los "Juegos Florales" que se llevaron a cabo ese año. El trabajo premiado se tituló *Bolívar orador.* Su interés por la historia ya despuntaba. Publicó su primer libro: la novela *Sol interior.*

1919 Redactor del diario *El imparcial.*

1920 Publica su segunda novela: *Después de Ayacucho.* Contrae matrimonio con Mercedes Burgos (Marzo 4).

1922 Columnista de los diarios *El Universal, El Heraldo* y *El Nuevo Diario,* todos de Caracas. Colabora también en la revistas *Billiken* y *Cultura Venezolana.*

1925 Colaborador de la revista Elite, fundada ese mismo año. Al ser nombrado Manuel Díaz Rodríguez, Presidente del Estado Nueva Esparta, viajó junto con el gran estilista a la isla de Margarita en calidad de Secretario. Funda en Porlamar el periódico *El Heraldo de Margarita.* Fue su director por breve tiempo (Diciembre 17, 1925-Febrero 4, 1926).

1926 Al retornar a Caracas vuelve a trabajar en el periódico *El Nuevo Diario.*

1928 Nombrado Secretario de la Legación de Venezuela en Bogotá. En la capital colombiana colabora en *El Tiempo.* Publica sus folletos *Un poeta y un panfletista* y *Venezuela es un cuartel.*

1929 Es trasladado a La Habana con el cargo de Primer Secretario de la Legación de Venezuela en Cuba. Comienza a trabajar en La Habana en la que será su tercera novela: *Cubagua.*

1930 Es trasladado a la Legación de Venezuela en Panamá. Concluye *Cubagua.* Inicia su cuarta novela *La galera de Tiberio.*

1931 Se publica *Cubagua* en París. Solamente sesenta ejemplares de la primera edición circularon en Venezuela. Nombrado Secretario General Interino del gobierno del Estado Anzoátegui. Publica sus *Ensayos biográficos.* Pronuncia el discurso de orden en la inauguración de la carretera entre Barcelona y Tronchal (Diciembre 17).

1932 Concluye en Barcelona *La Galera de Tiberio.* Su situación económica en esos años es muy grave según se colige de las cartas que dirige al General Juan Vicente Gómez. Publica en Caracas su único libro de cuentos, *Don Pablos en América.*

1934 Trabaja en las oficinas del Acueducto de Caracas.

1936 Inicia intensa actividad periodística, parte de la cual recoge en sus libros *Signos en el tiempo, Viaje por el país de las máquinas* y *Bajo el Samán.*

1938 Es nombrado Cónsul de Venezuela en Baltimore. Publica en Brujas, Bélgica, su novela *La Galera de Tiberio.* No contento con esta ficción lanza al Río Hudson en Nueva York la mayor parte de la edición. Sólo conserva algunos ejemplares. En uno de ellos deja consignadas numerosas correcciones que fueron tenidas en cuenta al publicar la novela tres años después de su deceso. En 1978 fue impresa en Cuba la primera versión de *La Galera de Tiberio* lo cual permite al lector actual poder observar hasta qué punto llevó Núñez su conciencia literaria, hasta dónde fue exigente con el acto creador.

1939 Retorna a Venezuela. Publica su ensayo *Una ojeada al mapa de Venezuela* y una selección de sus artículos periodísticos: *Signos en el tiempo.*

1940 Vuelve a los Estados Unidos. Publica *Dos reportajes.*

1941 Regresa a Venezuela. Publica *Orinoco.*

1943 Publica *El Hombre de la Levita Gris* su biografía de Cipriano Castro. Fundado el diario *El Nacional* pasó a formar parte de su staff de columnistas. Escribe también en *El Universal* y *El Heraldo.*

1944 Publica *Arístides Rojas, anticuario del Nuevo Mundo.*

1945 Nombrado primer Cronista de la Ciudad de Caracas (1945-50). Publica *La Galería del Concejo.*

1954 Aparece *Viaje por el país de las máquinas,* las crónicas que sobre Estados Unidos publicó en la prensa de Caracas mientras residió en aquel país.

1955 Al celebrarse el cuatricentenario de su ciudad natal dio a la luz su *Contribución a los trabajos preparatorios del Cuatricentenario de Valencia.* Publica *Fundación de Santiago de León de Caracas.*

1959 Publica *Tres poetas.*

1961 Publica el estudio, *Codazzi o la pasión geográfica.*

1962 Aparece el primer tomo de sus *Figuras y estampas de la antigua Caracas.*

1963 Como si presintiera que la muerte se le acercaba trazó en el *Indice de sus trabajos publicados* una suerte de personalísima bibliografía que es en el fondo una guía de sus escritos. Aparece el segundo tomo de su *Figuras y estampas de la antigua Caracas.* Imprime *La estatua de El Venezolano: Guzmán o el destino* frustrado. Se edita *Bajo el Samán.* El último libro que publicó en vida.

1964 Octubre 1: fallece en Caracas.

1967 Basándose en las correcciones consignadas en un ejemplar de su novela *La Galera de Tiberio,* Augusto Germán Orihuela, Carlos Augusto León y Guillermo Argüello preparan la edición de este libro de tan curiosa biografía en la historia de las letras venezolanas. Augusto Germán Orihuela lo prologa.

1969 Aparece en Valencia *Signos en el tiempo: alusión a Carabobo.* Osvaldo Larrázabal Enríquez publica *Enrique Bernardo Núñez,* el primer estudio de conjunto que se dedica a su obra narrativa.

1971 Se edita *La tierra roja y heroica,* una antología de sus ensayos seleccionada y prologada por Osvaldo Larrázabal Henríquez.

1972 Se publica *Cacao,* una obra sobre aspectos de la economía venezolana durante el siglo XVIII, la cual tenía Núñez lista para ser publicada cuando se produjo su deceso. Orlando Araujo da a la luz su libro *La obra literaria de Enrique Bernardo Núñez,* el cual es el primer estudio que se dedicó al examen global de la producción de Núñez.

1974 Siguiendo las orientaciones que Núñez dejó consignadas por escrito, Néstor Tablante y Garrido reúne en *Escritores venezolanos* todos los estudios que Núñez escribió en torno a los creadores literarios de nuestro país. Lo prologó Pedro Felipe Ledezma.

1976 El Concejo Municipal de Caracas reúne en el volumen *Juicios sobre la historia de Venezuela* cuatro trabajos fundamentales de Núñez: *La historia de Venezuela,* su novela, *Cubagua,* su ensayo *Orinoco* y su estudio de historia diplomática: *Tres momentos en la controversia de límites con Guayana.*

1978 Se publica en Cuba una edición conjunta de *Cubagua* y *La Galera de Tiberio.* La edición tiene la particularidad de editar la primera versión de *La Galera...* Prologa el volumen Domingo Miliani.

1979 Se publica una nueva edición de *Miranda o el tema de la libertad/ Juan Francisco de León o el levantamiento contra la compañía guipuzcoana.*

BIBLIOGRAFIA

OBRAS:

Arístides Rojas, anticuario del Nuevo Mundo
Caracas: Ed. de El Universal, 1944. 35 p.

Incluido en *Una ojeada al mapa de Venezuela.*
2ª ed. Caracas: Ed. Avila Gráfica, 1949, p. 159-207
y en *Escritores Venezolanos.* Mérida: Universidad
de Los Andes, 1974, p. 17-69.

Bajo el Samán.
Caracas: Tip. Vargas, 1963. 190 p.

"La batalla del Petróleo"
en: Pedro Díaz Seijas: *Lecturas Patrióticas.*
Caracas: Ed. Armitano, 1971, p. 232-233.

"Bolívar orador"
en: Alejandro Fuenmayor: *Novísimo libro cuatro de lectura para uso de las Escuelas primarias de la República.* Maracaibo: Ed. Hermanos Belloso
Rossell, s/f, 57-63

Breve introducción a la lectura de los documentos emanados de la Suprema Junta de Caracas
Caracas: Tip. Vargas, 1962. p.

"La Casa de Bolívar"
en: Ignacio Arteaga: *Antología bolivariana.*
Valencia: Ed. Actualidad, 1943, p. 270-276.

La Casa de Miranda
Caracas: Imp. Nacional, 1948. 7 p.

El Caso de Roberto Segovia
Caracas: Imp. Bolívar, 1922. 24 p.
(La lectura Semanal, 5)

No hemos podido ver ningún ejemplar
de este cuento. Tomamos el dato de
Angel Raúl Villasana: *Ensayo de un Repertorio bibliográfico venezolano.* Caracas:
Banco Central de Venezuela, 1976, t. V, p. 281

La ciudad de los Techos Rojos
(Calles y esquinas de Caracas)
Caracas: Tip. Vargas, 1947-49. 2 vols.

La ciudad de los Techos Rojos
Caracas: Ed. Edime, 1963. 277 p.

La ciudad de los Techos Rojos
Prólogo: Guillermo Sucre
Caracas: Banco Industrial de Venezuela,
1967. 293 p.

La ciudad de los Techos Rojos
Prólogo: Pedro Beroes
Caracas: Concejo Municipal del Distrito
Federal, 1973. 278 p.

Codazzi o la pasión geográfica
Caracas: Universidad Central de Venezuela,
1961. 86 p.

Contribución a los trabajos preparatorios
del Cuatricentenario de Valencia
Caracas: Tip. Vargas, 1955. 106 p.

Cubagua
París: Editorial "Le livre libre", 1983.
138 p.

Cubagua
Caracas: Ed. Elite, 1935. 61 p.

Cubagua/Orinoco
Caracas: Imp. Nacional, 1947. 143 p. (Biblioteca
Popular Venezolana, 22)

Cubagua
Lima: Segundo Festival del Libro Popular Venezolano, 1959.
94 p. (Biblioteca Básica de la Cultura Venezolana, 16)

Cubagua
Caracas: Monte Avila Editores, 1972, IV, 135 p.
(Biblioteca Popular El Dorado, 16)

Cubagua/La Galera de Tiberio
Prólogo: Domingo Miliani
La Habana: Casa de las Américas, 1978.
XVL, 239 p. (Col. Literatura Latinoamericana)

Después de Ayacucho
Caracas: Tip. Vargas, 1920. 189 p. (Biblioteca Venezolana de El Universal)

Discurso de Enrique Bernardo Núñez, en el acto de su recepción como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, el 24 de junio de 1984. Contestación de Mario Briceño Iragorry.
Caracas: Tip. Americana, 1948. 44 p.

Incluido en *Una ojeada al mapa de Venezuela.* 2ª ed. Caracas: Ed. Avila Gráfica, 1949, p. 209-238; en Varios Autores: *La colonia y la Independencia: juicios de historiadores venezolanos.* Caracas: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1949, p. 129-164; en *Discursos de Incorporación.* Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1966, t. III, p. 239-260 y en *Discursos de Incorporación.* 2a. ed. aum. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1979, t. III, p. 239-260.

Discurso pronunciado por Enrique Bernardo Núñez, Secretario Interino de Gobierno del Estado Anozátegui, en la inauguración de la sección de carretera construida entre Barcelona y Tronchal. 19 de diciembre de 1931
Barcelona: Imp. del Estado, 1931. Páginas sin numerar

"El Doctor Manuel Palacio Fajardo"
en: Virgilio Tosta: *Barineses Ilustres.* Caracas: Ed. Sucre, 1969, p. 157-165

Don Pablos en América
(Tres relatos)
Caracas: Ed. Elite, 1932. 75 p.

Dos reportajes
Mechurrio - Lagunillas de Agua - El Garaje
Caracas: Ed. Elite, 1940. 74 p.

"Enrique Bernardo Núñez"
en: *Cartas a José Rafael Pocaterra.* Caracas: Edición del Banco Industrial de Venezuela, 1972, p. 126-132

Se recogen aquí dos cartas de Núñez para Pocaterra.

Ensayos biográficos
Caracas: Ed. Elite, 1931. 112 p.

Escritores Venezolanos
Compilación: Néstor Tablante y Garrido
Prólogo: Pedro Felipe Ledezma
Mérida: Universidad de Los Andes, 1974. 219 p. (Ediciones del Rectorado)

"El escudo de Armas de la ciudad de Valencia"
en: Carabobo, Estado, *IV Centenario del descubrimiento del lago de Valencia. 24 de diciembre de 1947.* Caracas: Imp. Nacional, 1948, p. 73-77

La estatua de El Venezolano: Guzmán a el destino frustrado.
Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1963. 57 p.

Figuras y estampas de la antigua Caracas
Caracas: Imp. Municipal, 1962-63. 2 vols.

La Galera de Tiberio
Crónica del Canal de Panamá
Brues: Desclés de Breuwer, 1938. 163 p.

Muy pocos ejemplares de esta primera edición se salvaron ya que fue casi toda destruida por su propio autor. Las ejemplares que conocemos están en la Library of Congress, Washington y en la Benson Latin American Collection, University of Texas, Austin, Texas

La Galera de Tiberio
Crónica del Canal de Panamá
Prólogo: Augusto Germán Orihuela
Caracas: Universidad Central de
Venezuela, 1967. 204 p.

Edición preparada por Carlos Augusto
León, Augusto Germán Orihuela y Guillermo
Argüello siguiendo las correcciones manuscritas
hechas por el propio Núñez en uno de los
pocos ejemplares que conservó de la edición
de *La Galera*... impresa en 1938.

"La Galera de Tiberio"
en: *Cubagua/La Galera de Tiberio.* La Habana:
Casa de Las Américas, 1978, p. 101-239

La versión de *La Galera*... que recoge esta
edición fue la impresa en 1938.

"La Galera de Tiberio"
en: José Ramón Medina: *Antología venezolana. Prosa.*
Madrid: Ed. Gredos, 1962, p. 117-124

"La Galera de Tiberio"
en: José Ramón Medina: *Narrativa venezolana.* Caracas:
Fundación de Promoción Cultural de Venezuela,
1984, p. 141-147

"La Galera de Tiberio"
en: Rafael Di Prisco: *Narrativa Venezolana*
contemporánea. Madrid: Alianza Editorial,
1917, p. 229-243

La Galería del Concejo
Caracas: Tip. Americana, 1953. 13 p.

El Hombre de la Levita Gris
(Los años de la Restauración Liberal)
Caracas: Tip. Garrido, 1943. 118 p.

El hombre de la Levita Gris
(Los años de la Restauración Liberal)
Caracas: Ed. Edime, 1953. 172 p. (Col. Temas
Nacionales)

El hombre de la Levita Gris
Caracas: Editorial Ateneo de Caracas,
1980. 172 p.

"La Historia de Venezuela"
en: *Discursos de incorporación.* Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1966, t. III, p. 239-260 y en: *Discursos de Incorporación.* 2ª ed. aum. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1979, t. III, p. 239-260

Indice de sus trabajos publicados
Caracas: Imp. Municipal, 1963. 19 p.

"J. A. Ramos Sucre"
en: José Ramón Medina: *Ramos Sucre ante la crítica.* Caracas: Monte Avila, Editores, 1981, p. 36-38

Juan Francisco de León; o el levantamiento contra la Compañía Guipuzcoana.
Caracas: Ed. Avila Gráfica, 1949. 56 p.

Juicios sobre historia de Venezuela/Cubagua/Orinoco/ Tres Momentos en la Controversia de límites de Guayana
Prólogo: Pedro Beroes
Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, 1976. VI, 202 p.

"Literatura bolivariana"
en: Félix R. Fragachán: *Bolívar.* Caracas: Tip. Universal, 1930, Páginas sin numerar y en Felix R. Fragachán: *Simón Bolívar: síntesis panorámica de la vida del grande hombre.* Caracas: Impresores Unidos, 1942, p. 246-247

Miranda o el tema de la libertad/Juan Francisco de León o el levantamiento contra la compañía Guipuzcoana.
Caracas: Ed. Avila Gráfica, 1950. 128 p.

Miranda o el tema de la libertad/ Juan Francisco de León o el levantamiento contra la Compañía Guipuzcoana
Caracas: Bibloteca de Autores y Temas Mirandinos, 1979. 109 p.

"Narciso Simón Fragachán"
en: *Bachiller Narciso Simón Fragachán, homenaje a su memoria. 19 de agosto de 1918.* Caracas: Empresas El Cojo, 1918, p. 7-9

Una ojeada al mapa de Venezuela
Caracas: Ed. Elite, 1939. 61 p. (Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos, 11)

Una ojeada al mapa de Venezuela/Arístides Rojas anticuario del Nuevo Mundo/ La Historia de Venezuela.
Caracas: Ed. Avila Gráfica, 1949. 238 p.

Orinoco
Caracas: Ed. Elite, 1941. 45 p.

"Orinoco"
en: Mariano Picón Salas: *Dos siglos de prosa* Venezuela. Caracas-Madrid: Ed. Edime, 1965, p. 641-659

"Páez"
en: Antonio Arellano Moreno: *Juicios sobre la personalidad del General José Antonio Páez.* Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1974, p. 266-267

Los pendones de Santiago de León de Caracas
Caracas: Escuela Técnica Industrial, 1946. 30 p.

Un poeta y un panfletista
Bogotá: Ed. Bolívar, 1928, cubierta, 8 p.

"El Rey Bayamo"
en: José Balza: *El Cuento venezolano.* Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1985, p. 79-82

"La Semana de Bello"
en: *Segundo Libro de la Semana de Bello en Caracas.* Caracas: Ministerio de Educación, 1953, p. 183-185 y en Pedro Grases: *Antología del bellismo en Venezuela.* 2ª ed. aum. Caracas: Monte Avila, Editores, 1981, p. 318-320

Signos en el tiempo
Caracas: Ed. Cóndor, 1939. 133 p.

Signos en el Tiempo: alusión a Carabobo. 1939-1950.
Valencia: Ediciones del Ejecutivo del Estado Carabobo, 1969.62 p.

Sol interior
Caracas: Tip. Americana, 1918.
XIV, 250 p.

Por un error de imprenta en la portada se lee "1908" como año de la impresión del volumen. La verdadera fecha es 1918.

"El sueño"
en: *Album consagrado a la memoria de la señora doña Enriqueta Iragorry de Márquez Bustillos. Caracas 5 de abril de 1919.*
Caracas: Lit. del Comercio, 1920, p. 416-417

La tierra roja y heroica
Selección y prólogo: Osvaldo Larrázabal Henríquez
Caracas: Monte Avila, Editores, 1971. 163 p.
(Col. Temas Venezolanos)

Tres momentos en la controversia de límites con Guayana.
Caracas: Ed. Elite, 1945. 108 p.

Tres momentos en la controversia de límites con Guayana.
Caracas: Ministerio de Relaciones Exteriores, 1962.

Tres momentos en la controversia de límites con Guayana.
Caracas: Ministerio de Educación, 1967. 162 p.

Tres momentos en la controversia de límites con Guayana.
Caracas: Monte Avila Editores, 1981.
162 p.

Tres poetas
Caracas: Ministerio de Educación, 1959.
44 p.

Inserto en *Escritores Venezolanos*. Mérida: Universidad de Los Andes, 1974, p. 71-101

Venezuela es un cuartel
Bogotá. Ed. Bolívar, 1928. 15 p.

Viaje por el país de las máquinas
Caracas: Ed. Garrido, 1954. 227 p.

"El Viaje desconocido"
en: Santiago Key Ayala ed.: *Venezuela a Martí*. La Habana: Publicación de la Embajada de Venezuela, 1953, p. 105-107.

"Vecchi"
en: José Ramón Medina: *Antología Venezolana: prosa*
Madrid: Ed. Gredos, 1962, p. 113-117.

"Vecchi"
en: José Ramón Medina: *Narrativa venezolana*. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1984, p. 137-140

COMPILADOR Y EDITOR:

Actas del Cabildo de Caracas
Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, 1943

Núñez fue el editor y prologuista de los tomos II (1946), III (1950), IV (1955), V (1956), VI (1957)

Anales Diplomáticos de Venezuela
Caracas: Ministerio de Relaciones Exteriores, 1953-76.7 vols.

Los tomos I (1952), II (1953), III (1955) y IV (1961) fueron compilados y editados por Núñez.

Cacao
Compilación: Enrique Bernardo Núñez
Estudio preliminar: Orlando Araujo
Caracas: Banco Central de Venezuela, 1972. 565 p. (Col. Cuatricentenario de Caracas)

Calendario caraqueño
Redactor: Enrique Bernardo Núñez
Editor: A. Almeda Cedillo
Caracas: Tip. Vargas, 1949. 88 p.

PROLOGOS:

Cisneros, Joseph Luis de
Descripción exacta de la Provincia de Venezuela
Prólogo: Enrique Bernardo Núñez
Caracas: Ed. Avila Gráfica, 1951.
XV, 158 p.

Codazzi, Agustín
Obras escogidas
Prólogo: Enrique Bernardo Núñez
Advertencia editorial y notas: Pedro Grases
Caracas: Ministerio de Educación, 1961.
2 vols. (Biblioteca Venezolana de Cultura)

Navarro Leiva, Abraham
El Garaje de Palo Grande, un antro infernal de corrupción, con
opinión de Enrique Bernardo Núñez
Caracas: Tip. Cosmos, 1941, 67 p.

Palacio Fajardo, Manuel
Bosquejo de la Revolución en la América Española
Traducción: Carlos Pi Sunyer
Prólogo: Enrique Bernardo Núñez
Caracas: Décima Conferecia Interamericana, 1953.
XXXVI,221 p.

Ponte, Andrés F.
La Revolución de Caracas y sus próceres
Prólogo: Enrique Bernardo Núñez
Caracas: Litografía Miangolarria, 1960.
172 p.

Rodríguez, José Santiago
Contribución al estudio de la Guerra Federal en Venezuela.
Prólogo: Enrique Bernardo Núñez
Caracas: Imp. Nacional, 1960. 2 vols.

Rodríguez, José Santiago
Contribución al estudio de la Guerra Federal en Venezuela
Prólogo: Enrique Bernardo Núñez
Caracas: Oficina Central de Información, 1976. 2 vols. (Col. Ezequiel Zamora y su tiempo, 6)

Rojas, Arístides
Crónica de Caracas
Compilación y prólogo: Enrique Bernardo Núñez
Caracas: Ministerio de Educación Nacional, 1946. 191 p. (Biblioteca Popular Venezolana, 16)

Rojas, Arístides
Crónica de Caracas.
Compilación y prólogo: Enrique Bernardo Núñez.
Caracas: FUNDARTE, 1982. 164 p. (Col. Rescate, 3)

Zerpa, Víctor Antonio
Rafael María Baralt
Caracas: Tip. Vargas, 1961. 25 p. (Publicaciones del Concejo Municipal del Distrito Federal)

Este folleto contiene una breve nota de presentación sin firma, seguramente escrita por Núñez, para esa época Cronista de la Ciudad de Caracas.

REFERENCIAS:

Angarita Arvelo, Rafael
Historia y crítica de la novela en Venezuela.
Berlín: Imprenta de August Pries
Leipzig, 1938. 172 p.

Ver: "Afirmación de un escritor" (p. 107-112)

Araujo, Orlando
"Enrique Bernardo Núñez"
en: Guillermo Morón ed.: *25 clásicos venezolanos.*
2ª ed. Caracas: Meneven, 1981, p. 219-226

Araujo, Orlando
"Ensayo sobre la obra literaria de
Enrique Bernardo Núñez"
en: Enrique Bernardo Núñez: *Cacao*. Caracas:
Banco Central de Venezuela, 1972, p. 23-87

Araujo, Orlando
Narrativa venezolana contemporánea
Caracas: Ed. Tiempo Nuevo, 1972. 355 p.
(Col. Temas contemporáneos)

Analiza la obra narrativa de Núñez.
Ver "El legado de Enrique Bernardo
Núñez" (p. 97-117)

Araujo, Orlando
*La obra literaria de Enrique Bernardo
Núñez*
Caracas: Banco Central de Venezuela, 1972.
87 p.

Araujo, Orlando
*La obra literaria de Enrique Bernardo
Núñez*
Caracas: Monte Avila Editores, 1980.
100 p. (Biblioteca popular El Dorado)

Aray, Edmundo
"La actual literatura de Venezuela"
en: *Panorama de la actual literatura latinoamericana.*
Madrid: Ed. Fundamentos, 1971, p. 113-136

Hace referencia a Enrique Bernardo Núñez.

Aveledo Urbaneja, Agustín
Prosas sueltas
Caracas: Tip. Americana, 1922. 219 p.

Hace referencia a la novela de Núñez:
Después de Ayacucho en el trabajo titulado
"Un nuevo ensayo de criollismo" (p. 83-87).

Barnola, Pedro Pablo
Altorrelieve de la literatura venezolana
Caracas: Ministerio de Educación, 1970.
81 p.

Hace referencia a la obra de Núñez. Ver las
p. 30-31 y 70

Barrios Mora, J. R.
Compendio Histórico de la literatura venezolana
Prólogo: José Humberto Quintero
Caracas: Tip. La Nación, 1948. 320 p.

Hace referencia a la obra narrativa de Núñez.

Belrose, Maurice
La sociedad venezolana en su novela (1890-1935)
Maracaibo: Universidad del Zulia, Centro de Estudios Literarios, 1979. 338 p.

Estudia la obra narrativa de Núñez.

Briceño Iragorry, Mario
La historia como elemento creador de la Cultura
Prólogos: Guillermo Morón, Ramón J. Velásquez y Joaquín Gabaldón Márquez
Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1985. 387 p. (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Col. Estudios, monografías y ensayos, 67)

Ver: "Introducción y defensa de nuestra historia" (p. 51-147). Allí se refiere a la obra histórica de Núñez.

Cardozo, Lubio/Pintó, Juan
Diccionario General de la Literatura Venezolana
(Autores)
Mérida: Universidad de Los Andes, 1974. XIV, 829 p.

Ver: "Núñez, Enrique Bernardo" (p. 516-519)

Carrera, Gustavo Luis
La novela del petróleo en Venezuela
Caracas: Servicios Venezolanos de Publicidad, 1972. 176 p. (Ediciones del Concejo Municipal del Distrito Federal)

Una de las novelas representativas de la tendencia analizada es *Cubagua* de Núñez.

Cova, J. A.
Quinta y sexta columnas.
Crónicas periódísticas
Caracas: Ed. Cecilio Acosta, 1945.
260 p. (Biblioteca de Escritores
Venezolanos)

Ver: "Enrique Bernardo" (p. 226-228).

Diaz Seijas, Pedro
La antigua y la moderna literatura
Venezolana
Caracas: Ed. Armitano, 1966. 782 p.

Hace referencia a la obra literaria de
Núñez. Ver las p. 137, 504, 615

Díaz Seijas, Pedro
Introducción al estudio del ensayo
en Venezuela
Prólogo: Andrés Mariño Palacios
Caracas: Impresora Delta, 1946. 86 p.

Hace referencia a la obra ensayística
de Núñez.

Díaz Seijas, Pedro
La novela y el ensayo en Venezuela
Caracas: Ed. Armitano, 1972. 68 p.

Este libro recoge, con algunas breves
adiciones, los libros del mismo autor
Orientaciones y tendencias de la novela
venezolana e *Introducción al estudio*
del ensayo en Venezuela. Se refiere a
Núñez en la p. 57

Dorante, Elena
Venezuela: magia y ficción
Cumaná: Universidad de Oriente, 1982.
XXXII, 181 p.

Ver: "Lo mágico en Cubagua" (p. 133-138)

Fauquie Bescos, Rafael
Espacio disperso
Caracas: Academia Nacional de la Historia,
1983. 195 p. (Col. El Libro Menor, 42)

Ver: "La vanguardia, la historia y Cubagua" (p. 81-100)

García Hernández, Manuel
Literatura venezolana contemporánea
Primera Serie
Buenos Aires: Editorial Argentinas "SIA", 1945. 371 p.

Ver: "Dos reportajes de Enrique Bernardo Núñez" (p. 245-248)

Garmendia, Salvador
La novela en Venezuela
Caracas: Oficina Central de Información, 1966. 24 p. (Temas culturales Venezolanos, Serie 1, Número 2)

Hace referencia a Cubagua (p. 18).

Guerra, Rafael S.
Elogio de Enrique Bernardo Núñez
Valencia: Talleres Gráficos de París en América: 1965. 47 p. (Publicaciones del Concejo Municipal del Distrito Valencia, VI)

Guerrero, Luis Beltrán
Candideces
Caracas: Ed. Arte, 1962-86. 12 vols.

Ver: "E. B. N. " (t. IV, p. 157-161)

Guerrero, Luis Beltrán
Región y patria
Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1985. 167 p.

Ver: "Enrique Bernardo Núñez" (p. 157-161).

Herrera Vial, Felipe
Estampas valencianas
Caracas: Ministerio de Educación, 1969. 248 p.

Ver: "Enrique Bernardo Núñez: la pasión venezolanista" (p. 95-102)

Hirshbein, Cesia Ziona
Los cuadernos del anochecer
Caracas: Editora Venegráfica, 1977.
178 p.

Ver: "Cubagua: destino histórico" (p. 119-122).

Larrázabal Henríquez, Osvaldo
Enrique Bernardo Núñez
Caracas: Universidad Central de
Venezuela, 1969. 98 p. (Col. Los Creadores, 1)

Liscano, Juan
"150 años de cultura venezolana"
en: *Venezuela Independiente.* Caracas:
Ed. de la Fundación Eugenio Mendoza,
1962, p. 423-655

Hace referencia a la obra de Núñez.

Liscano, Juan
Panorama de la Literatura Venezolana actual. 2ª ed.
Caracas: Ed. Alfadil, 1983. 414 p.

Hace referencia a la obra narrativa (p. 53-55)
y ensayística de Núñez (p. 330-331)

Lizardo, Pedro Francisco
Explicación y elogio de la ciudad creadora
Caracas: Academia Nacional de la Historia,
1984. 256 p. (Col. El Libro Menor, 50)

Ver: "Enrique Bernardo Núñez en su punto
y hora" (p. 241-245)

Luciani, Jorge
Abajo las caretas
Caracas: Tip. Garrido, 1948. 169 p.

Se refiere a Núñez en las p. 33-34.

Mancera Galleti, Angel
Quienes narran y cuentan en Venezuela
Fichero bibliográfico para una historia
de la novela y el cuento venezolano

México-Caracas: Ed. Caribe, 1958. 654 p.

Ver: "Enrique Bernardo Núñez" (p. 135-145).

Manzo Núñez, Torcuato
Historia del Estado Carabobo
Caracas: Ed. de la Presidencia de la República, 1981. 229 p.

Se refiere a Enrique Bernardo Núñez (p. 149).

Márquez Rodríguez, Alexis
Acción y pasión en los personajes de Miguel Otero Silva y otros ensayos
Caracas: Academia Nacional de la Historia 1985. 246 p. (Col. El Libro menor, 83)

Ver: "A propósito de Cubagua: Enrique Bernardo Núñez y la nueva narrativa latinoamericana" (p. 149-159)

Medina, José Ramón
80 años de literatura venezolana
Caracas: Monte Avila, Editores, 1981. 473 p.

Estudia la obra literaria de Núñez.

Miliani, Domingo
"El ensayo"
en: *Enciclopedia de Venezuela.* Barcelona: Ed. Andrés Bello, 1973,IX, p. 189-120

Se refiere a la obra ensayística de Núñez.

Miliani, Domingo
"La narrativa"
en: *Enciclopedia de Venezuela.* Barcelona: Ed. Andrés Bello, 1973, t. VIII, p. 131-203
Incluido en *Tríptico venezolano.* Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1985, p. 19-147. Se refiere a Núñez en las p. 68, 99-103 y 118

Miliani, Domingo
"Prólogo"
en: Enrique Bernardo Núñez: *Cubagua/La Galera de Tiberio.* La Habana: Casa de Las Américas, 1978, p. vii-xiv

Miliani, Domingo
Prueba de fuego
Caracas: Monte Avila, Editores, 1973.
178 p. (Biblioteca Popular El Dorado, 46)

Ver: "Enrique Bernardo Núñez: La Galera de Tiberio" (p. 92-110)

Miliani, Domingo
Tríptico venezolano
(Narrativa. Pensamiento. Crítica)
Selección, índices y prólogo: Nelson Osorio
Caracas: Fundación de Promoción Cultura de Venezuela, 1985. 297 p. (Col. Literatura y pensamiento, 5)

Ver: "La narrativa venezolana" (p.19-147), trabajo en el cual se refiere a Núñez en las p. 68, 99 99-103 y 118 y "El pensamiento en Venezuela" (p. 151-244) donde cita a Núñez en las p. 229, 230.

Miliani, Domingo
Vida intelectual de Venezuela
Dos Esquemas
Caracas: Ministerio de Educación, 1971. 159 p.
(Universidad Católica Andrés Bello, Cuadernos de prosa, 8)

Ver: "El pensamiento" (p. 11-98) y "La literatura" (p. 101-145). En ambos se refiere a Núñez.

Miranda, Julio E.
Proceso a la narrativa venezolana
Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, 1975. 270 p.
(Col. Temas, 64)

Estudia la obra narrativa de Núñez en las p. 49, 64, 74-76, 113, 116-119, 125, 140, 161 y 222.

Montilla, Ricardo
¡Bajo el Samán!
Homenaje a Enrique Bernardo Núñez
Caracas: Publicaciones del Gobierno del Estado Guárico, 1964. 13 p.

Moreno Garzón, Pedro
Venezolanos ciento por ciento
Caracas: Ed. Cecilio Acosta, 1943.
161 p.

Incluye una semblanza. "Enrique Bernardo Núñez" (p. (28-135).

Morón, Guillermo
25 clásicos venezolanos. 2ª. ed.
Coordinación e introducción: Guillermo Morón
Caracas: Meneven, 1981. 257 p.

Ver: Orlando Araujo: "Enrique Bernardo Núñez" (p. 219-226)

Mujica, Héctor
Como a nuestro parecer
Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984. 322 p. (Col. El Libro Menor, 58)

Ver: "Enrique Bernardo Núñez" (p. 195-198)

Nazoa, Aquiles
Las cosas más sencillas
Caracas: Oficina Central de Información, 1972. 268 p.

Ver: "Acerca del pueblo en la literatura venezolana" (p. 89-110)

Núñez, Luis Augusto
Génesis y evolución de la cultura en Carabobo
Caracas: Imp. Nacional, 1968. 2 vols.
(Biblioteca de Autores y Temas Carabobeños)

Ver: "Enrique Bernardo Núñez" (t. I, p. 653-662).

Orihuela, Augusto Germán
Desde la colina
Aproximaciones críticas
Prólogo: Efraín Subero
Caracas: Ministerio de Educación, 1969.
167 p. (Col. Vigilia, 17)

Ver: "La Galera de Tiberio" (p. 81-87)

Orihuela, Augusto Germán
En tono menor
Caracas: Ed. Simón Rodríguez, 1956. 142 p.

Ver: "Una impresión de Cubagua" (p. 45-46)

Oropeza, José Napoleón
Para fijar un rostro
Notas sobre la novelística venezolana actual
Valencia: Vadell Hermanos, Editores, 1984. 572 p.

Ver: "Enrique Bernardo Núñez: donde la historia se vuelve mito" (p. 169-189)

Osorio, Nelson
La formación de la vanguardia literaria en Venezuela
(Antecedentes y documentos)
Prólogo: Manuel Alfredo Rodríguez
Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1985. 439 p. (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Col. Estudios, Monografías y ensayos, 61)

Sobre Núñez ver las p. 135-141

Picón Salas, Mariano
Formación y proceso de la literatura venezolana
Prólogo: María Fernanda Palacios
Caracas: Monte Avila Editores, 1984. VII, 348 p.

Se refiere a Núñez en la p. 171

Picón Salas, Mariano
Suma de Venezuela
Antología de páginas venezolanas
Caracas: Ed. Doña Bárbara, 1966. 204 p.

Ver: "Para unos nuevos perfiles venezolanos" (p. 61-79).

Pizzani, Rafael
Mérida: Ed. Patria, 1930. 42 p.

Se refiere a Enrique Bernardo
Núñez en el artículo titulado "Estatuas
para los poetas" (p. 17-18)

Ramón y Rivera, L. F.
El Folklore en la novela venezolana
Caracas: Contexto Editores, 1982. 355 p.

Hace referencia a las novelas de
Núñez

Ratcliff, Dillwyn F.
La prosa de ficción en Venezuela
Traducción: Rafael Di Prisco
Caracas: Universidad Central de Venezuela,
Ediciones de la Bibloteca, 1966. 533 p.
(Col. Avance, 14)

Se refiere a la obra narrativa de
Núñez en las p. 119, 123, 164 y 176

Reyes Baena, J. F.
Creyón
Caracas: Ediciones de la Universidad
Central de Venezuela, 1982. 341 p.

Ver: "Ensayos biográficos" (p. 80-84), trabajo
en el cual examina el libro del mismo
título obra de Núñez.

Reyes Baena, J. F.
Literatura y humanismo
Caracas: Monte Avila Editores, 1974.
233 p. (Col. Estudios)

Ver: "Enrique Bernardo Núñez" (p. 47-49)

Subero, Efraín
Contribución a la bibliografía de
Enrique Bernardo Núñez
Por Miren Calvo Gutiérrez, Hilda Galán, Marisol
Pons y Leida Chávez bajo la dirección de
Efraín Subero
Caracas: Ed. de la Gobernación del Distrito Federal, 1970. 203 p.

Urriola, José Santos
Trazos en arena
Crónicas
Prólogo: Julio Barroeta Lara
Caracas: Ed. Centauro, 1974. 251 p.

Ver: "Bajo el Samán de Enrique Bernardo" (p. 39-42)

Uslar Pietri, Arturo
Breve historia de la novela hispano-americana. 2ª ed.
Caracas: Ed. Mediterráneo, 1974. 181 p.

Se refiere a Núñez en las p. 130-131

Velásquez, Ramón J.
Individuos de Número
Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1981. 304 p. (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Col. Estudios, monografías y ensayos, 15)

Ver: "Enrique Bernardo Núñez" (p. 119-137).

INDICE

PROLOGO, *por Osvaldo Larrazábal Henríquez* IX

CRITERIO DE ESTA EDICION XXXIX

NOVELAS

Cubagua 3
La Galera de Tiberio 67

ENSAYOS

PRESENTACION, *por Osvaldo Larrazábal Henríquez,* 145

LITERATURA Y ARTE

Intelectuales 159
La tragedia del escritor 161
Políticos y novelistas 163
Historiadores y novelistas 165
La novela 167
Algo sobre "Cubagua" 168
Díaz Rodríguez 170
El cuervo 172
Las nubes del Greco 174
Literatura americana 176

POLITICA E IDEARIO

Necesidad de crear 181
Un pensamiento nacional 183
Venezuela, país de emigrantes 186
La política 188
Los políticos 190
Los partidos 192
Nuestro sistema democrático 194
El drama de la democracia 195
La batalla del petróleo 198
La guerra del petróleo 201

EL PENSAMIENTO HISTORICO

La historia 205
Juicios sobre la historia de Venezuela 207

TRES ENSAYOS

PRESENTACION, *por Osvaldo Larrazábal Henríquez* 235

Orinoco (Capítulo de una historia de este río) 241
Arístides Rojas. Anticuario del nuevo mundo 256
Miranda o el tema de la libertad 293

CRONOLOGIA 321

BIBLIOGRAFIA 327

INDICE 351

TITULOS PUBLICADOS

1
SIMON BOLIVAR
Doctrina del Libertador
Selección, notas y cronología:
Manuel Pérez Vila

2
PABLO NERUDA
Canto General
Prólogo, notas y cronología:
Fernando Alegría

3
JOSE ENRIQUE RODO
Ariel-Motivos de Proteo
Prólogo: Carlos Real de Azúa
Edición y cronología: Angel Rama

4
JOSE EUSTACIO RIVERA
La Vorágine
Prólogo y cronología: Juan Loveluck
Variantes:
Luis Carlos Herrera Molina S. J.

5-6
INCA GARCILASO DE LA VEGA
Comentarios Reales
Prólogo, edición y cronología:
Aurelio Miró Quesada

7
RICARDO PALMA
Cien Tradiciones Peruanas
Selección, prólogo y cronología:
José Miguel Oviedo

8
EDUARDO GUTIERREZ Y OTROS
Teatro Rioplatense
Prólogo: David Viñas
Compilación y cronología:
Jorge Lafforgue

9
RUBEN DARIO
Poesía
Prólogo: Angel Rama
Edición: Ernesto Mejía Sánchez
Cronología: Julio Valle-Castillo

10
JOSE RIZAL
Noli Me Tangere
Prólogo: Leopoldo Zea
Edición y cronología: Márgara Rusotto

11
GILBERTO FREYRE
Casa-Grande y Senzala
Prólogo y cronología: Darcy Ribeiro
Traducción: Benjamín de Garay y
Lucrecia Manduca

12
DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO
Facundo
Prólogo: Noé Jitrik
Notas y cronología:
Susana Zanetti y Nora Dottori

13
JUAN RULFO
Obra Completa
Prólogo y cronología: Jorge Ruffinelli

14
MANUEL GONZALEZ PRADA
Páginas Libres - Horas de Lucha
Prólogo y notas: Luis Alberto Sánchez

15
JOSE MARTI
Nuestra América
Prólogo: Juan Marinello
Selección y notas: Hugo Achúgar
Cronología: Cintio Vitier

16
SALARRUE
El Angel del Espejo
Prólogo, selección, notas y cronología: Sergio Ramírez

17
ALBERTO BLEST GANA
Martín Rivas
Prólogo, notas y cronología: Jaime Concha

18
ROMULO GALLEGOS
Doña Bárbara
Prólogo: Juan Liscano
Notas, variantes y cronología: Efraín Subero

19
MIGUEL ANGEL ASTURIAS
Tres Obras (Leyendas de Guatemala, El Alhajadito y El Señor Presidente)
Prólogo: Arturo Uslar Pietri
Notas y cronología: Giuseppe Bellini

20
JOSE ASUNCION SILVA
Obra Completa
Prólogo: Eduardo Camacho Guizado
Edición, notas y cronología: Eduardo Camacho Guizado y Gustavo Mejía

21
JUSTO SIERRA
Evolución Política del Pueblo Mexicano
Prólogo y cronología: Abelardo Villegas

22
JUAN MONTALVO
Las Catilinarias y Otros Textos
Selección y prólogo: Benjamín Carrión
Cronología y notas: Gustavo Alfredo Jácome

23-24
Pensamiento Político de la Emancipación
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología: José Luis Romero y Luis Alberto Romero

25
MANUEL ANTONIO DE ALMEIDA
Memorias de un Sargento de Milicias
Prólogo y notas: Antonio Cándido
Cronología: Laura de Campos Vergueiro
Traducción: Elvio Romero

26
Utopismo Socialista (1830-1893)
Prólogo, compilación, notas y cronología: Carlos M. Rama

27
ROBERTO ARLT
Los Siete Locos / Los Lanzallamas
Prólogo, vocabulario, notas y cronología: Adolfo Prieto

28
Literatura del México Antiguo
Edición, estudios introductorios, versión de textos y cronología: Miguel León-Portilla

29
Poesía Gauchesca
Prólogo: Angel Rama
Selección, notas, vocabularios y cronología: Jorge B. Rivera

30
RAFAEL BARRETT
El Dolor Paraguayo
Prólogo: Augusto Roa Bastos
Selección y notas: Miguel A. Fernández
Cronología: Alberto Sato

31
Pensamiento Conservador (1815-1898)
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología:
José Luis Romero y Luis Alberto
Romero

32
LUIS PALES MATOS
Poesía Completa y Prosa Selecta
Edición, prólogo y cronología:
Margot Arce de Vázquez

33
JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS
Cuentos
Prólogo: Alfredo Bosí
Cronología: E. Mildred Merino de Zela
Traducción: Santiago Kovadloff

34
JORGE ISAACS
María
Prólogo, notas y cronología:
Gustavo Mejía

35
JUAN DE MIRAMONTES Y ZUAZOLA
Armas Antárticas
Prólogo y cronología: Rodrigo Miró

36
RUFINO BLANCO FOMBONA
Ensayos Históricos
Prólogo: Jesús Sanoja Hernández
Selección y cronología:
Rafael Ramón Castellanos

37
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
Utopía de América
Prólogo: Raúl Gutiérrez Girardot
Compilación y cronología: Angel Rama
y Rafael Gutiérrez Girardot

38
JOSE M. ARGUEDAS
Los Ríos Profundos y Cuentos Selectos
Prólogo: Mario Vargas Llosa
Cronología: E. Mildred Merino de Zela

39
La Reforma Universitaria
Selección, prólogo y cronología:
Dardo Cúneo

40
JOSE MARTI
Obra Literaria
Prólogo, notas y cronología:
Cintio Vitier

41
CIRO ALEGRIA
El Mundo es Ancho y Ajeno
Prólogo y cronología:
Antonio Cornejo Polar

42
FERNANDO ORTIZ
Contrapunteo Cubano del Tabaco
y el Azúcar
Prólogo y cronología: Julio Le Riverend

43
FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
Ideario Político
Selección, prólogo, notas y cronología:
Edmundo O'Gorman

44
FRANCISCO GARCIA CALDERON
Las Democracias Latinas / La Creación
de un Continente
Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología: Angel Rama

45
MANUEL UGARTE
La Nación Latinoamericana
Compilación, prólogo, notas y
cronología: Norberto Galasso

46
JULIO HERRERA Y REISSIG
Poesía Completa y Prosa Selecta
Prólogo: Idea Vilariño
Edición, notas y cronología:
Alicia Migdal

47
Arte y Arquitectura del Modernismo Brasileño (1917-1930)
Compilación y prólogo: Aracy Amaral
Cronología: José Carlos Serroni
Traducción: Marta Traba

48
BALDOMERO SANIN CANO
El Oficio de Lector
Compilación, prólogo y cronología: Gustavo Cobo Borda

49
LIMA BARRETO
Dos Novelas (Recuerdos del escribiente Isaías Caminha y El Triste Fin de Policarpo Quaresma)
Prólogo y cronología:
Francisco de Assis Barbosa
Traducción y notas:
Haydée Jofre Barroso

50
ANDRES BELLO
Obra Literaria
Selección y prólogo: Pedro Grases
Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta

51
Pensamiento de la Ilustración
(Economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII)
Compilación, prólogo, notas y cronología: José Carlos Chiaramonte

52
JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS
Quincas Borba
Prólogo: Roberto Schwarz
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Jorge García Gayo

53
ALEJO CARPENTIER
El Siglo de las Luces
Prólogo: Carlos Fuentes
Cronología: Araceli García Carranza

54
LEOPOLDO LUGONES
El Payador y Antología de Poesía y Prosa
Prólogo: Jorge Luis Borges (con la colaboración de Bettina Edelberg)
Edición, notas y cronología:
Guillermo Ara

55
MANUEL ZENO GANDIA
La Charca
Prólogo y cronología: Enrique Laguerre

56
MARIO DE ANDRADE
Obra Escogida
Selección, prólogo y notas:
Gilda de Mello e Souza
Cronología: Gilda de Mello e Souza y Laura de Campos Vergueiro

57
Literatura Maya
Compilación, prólogo y notas:
Mercedes de la Garza
Cronología: Miguel León-Portilla
Traducciones: Adrián Recinos, Alfredo Barrera y Mediz Bolio

58
CESAR VALLEJO
Obra Poética Completa
Prólogo y cronología: Enrique Ballón

59
Poesía de la Independencia
Compilación, prólogo, notas y cronología: Emilio Carilla
Traducciones: Ida Vitale

60
ARTURO USLAR PIETRI
Las Lanzas Coloradas y Cuentos Selectos
Prólogo y cronología: Domingo Miliani

61
CARLOS VAZ FERREIRA
Lógica Viva / Moral para Intelectuales
Prólogo: Manuel Claps
Cronología: Sara Vaz Ferreira

62
FRANZ TAMAYO
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología:
Mariano Baptista Gumucio

63
GUILLERMO ENRIQUE HUDSON
La Tierra Purpúrea / Allá lejos y Hace Tiempo
Prólogo y cronología: Jean Franco
Traducciones: Idea Vilariño

64
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia General de las Indias
Vida de Hernán Cortés
Prólogo y cronología:
Jorge Gurría Lacroix

65
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia de la Conquista de México
Prólogo y cronología:
Jorge Gurría Lacroix

66
JUAN RODRIGUEZ FREYLE
El Carnero
Prólogo, notas y cronología:
Darío Achury Valenzuela

67
Tradiciones Hispanoamericanas
Compilación, prólogo y cronología:
Estuardo Núñez

68
Proyecto y Construcción de una Nación
(Argentina 1846-1880)
Compilación, prólogo y cronología:
Tulio Halperín Donghi

69
JOSE CARLOS MARIATEGUI
7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana
Prólogo: Aníbal Quijano
Notas y cronología: Elizabeth Garrels

70
Literatura Guaraní del Paraguay
Compilación, estudios introductorios, notas y cronología: Rubén Bareiro Saguier

71-72
Pensamiento Positivista Latinoamericano
Compilación, prólogo y cronología:
Leopoldo Zea

73
JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE
Obra Completa
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología: Sonia García

74
ALEJANDRO DE HUMBOLDT
Cartas Americanas
Compilación, prólogo, notas y cronología: Charles Minguet

75-76
FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA
Nueva Corónica y Buen Gobierno
Transcripción, prólogo y cronología:
Franklin Pease

77
JULIO CORTAZAR
Rayuela
Prólogo y cronología: Jaime Alazraki

78
Literatura Quechua
Compilación, prólogo, notas y cronología: Edmundo Bendezú Aibar

79
EUCLIDES DA CUNHA
Los Sertones
Prólogo, notas y cronología:
Walnice Nogueira Galvao
Traducción: Estela Dos Santos

80
FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN
El México Antiguo
Edición, prólogo y cronología:
José Jesús Martínez

81
GUILLERMO MENESES
Espejos y Disfraces
Selección y prólogo: José Balza
Cronología: Salvador Tenreiro

82
JUAN DE VELASCO
Historia del Reino de Quito
Edición, prólogo, notas y cronología:
Alfredo Pareja Diezcanseco

83
JOSE LEZAMA LIMA
El Reino de la Imagen
Selección, prólogo y cronología:
Julio Ortega

84
OSWALD DE ANDRADE
Obra Escogida
Selección y prólogo: Haroldo de Campos
Cronología: David Jackson
Traducciones: Héctor Olea, Santiago Kovadlof, Márgara Rusotto

85
Narradores Ecuatorianos del 30
Prólogo: Jorge Enrique Adoum
Selección y cronología:
Pedro Jorge Vera

86
MANUEL DIAZ RODRIGUEZ
Narrativa y Ensayo
Selección y prólogo: Orlando Araujo
Cronología: María Beatriz Medina

87
CIRILO VILLAVERDE
Cecilia Valdés
Prólogo y cronología: Iván Schulman

88
HORACIO QUIROGA
Cuentos
Selección y prólogo:
Emir Rodríguez Monegal
Cronología: Alberto Oreggioni

89
FRANCISCO DE SANTA CRUZ Y ESPEJO
Obra Educativa
Edición, prólogo, notas y cronología:
Philip Astuto

90
ANTONIO JOSE DE SUCRE
De Mi Propia Mano
Selección y prólogo:
J. L. Salcedo-Bastardo
Cronología: Inés Quintero Montiel y Andrés Eloy Romero

91
MACEDONIO FERNANDEZ
Museo de la Novela de la Eterna
Selección, prólogo y cronología:
César Fernández Moreno

92
JUSTO AROSEMENA
Fundación de la Nacionalidad Panameña
Selección, prólogo y cronología:
Ricaurte Soler

93
SILVIO ROMERO
Ensayos Literarios
Selección, prólogo y cronología:
Antonio Cándido
Traducción: Jorge Aguilar Mora

94
JUAN RUIZ DE ALARCON
Comedias
Edición, prólogo, notas y cronología:
Margit Frenk

95
TERESA DE LA PARRA
Obra
(Narrativa, ensayos, cartas)
Selección, estudio introductorio y cronología: Velia Bosch
Teresa de la Parra: las voces de la palabra: Julieta Fombona

96
JOSE CECILIO DEL VALLE
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología:
Mario García Laguardia

97
EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Moral Social / Sociología
Prólogo y cronología:
Manuel Maldonado Denis

98
JUAN DE ESPINOSA MEDRANO
Apologético
Selección, prólogo y cronología:
Augusto Tamayo Vargas

99
AMADEO FREZIER
Relación del Viaje por el Mar del Sur
Prólogo: Gregorio Weinberg
Traducción y cronología:
Miguel A. Guerin

100
FRANCISCO DE MIRANDA
América Espera
Selección y prólogo:
J. L. Salcedo-Bastardo
Cronología: Manuel Pérez Vila y
Josefina Rodríguez de Alonso

101
MARIANO PICON SALAS
Viejos y Nuevos Mundos
Selección, prólogo y cronología:
Guillermo Sucre

102
TOMAS CARRASQUILLA
La Marquesa de Yolombó
Prólogo: Jaime Mejía Duque
Cronología: Kurt L. Levy

103
NICOLAS GUILLEN
Las grandes elegías y otros poemas
Selección, prólogo y cronología:
Angel Augier

104
RICARDO GÜIRALDES
Don Segundo Sombra
Selección, estudios y cronología:
Luis Harss y Alberto Blasi

105
LUCIO V. MANSILLA
Una excursión a los indios ranqueles
Prólogo y cronología: Saúl Sosnowski

106
CARLOS DE SIGÜENZA Y GONGORA
Seis Obras
Prólogo: Irving A. Leonard
Edición, notas y cronología:
William C. Bryant

107
JUAN DEL VALLE Y CAVIEDES
Obra Completa
Edición, prólogo, notas y cronología:
Daniel R. Reedy

108-109-110
BARTOLOME DE LAS CASAS
Historia de Las Indias
Edición, prólogo, notas y cronología:
André Saint-Lu

111
MIGUEL OTERO SILVA
Casas Muertas. Lope de Aguirre, Príncipe de la Libertad
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología y bibliografía:
Efraín Subero

112
Letras de la Audiencia de Quito
Selección, prólogo y cronología:
Hernán Rodríguez Castelo

113
ROBERTO J. PAYRO
Obras
Selección, prólogo, notas y cronología·
Beatriz Sarlo

114
ALONSO CARRIO DE LA VANDERA
El lazarillo de ciegos caminantes
Introducción, cronología y bibliografía:
Antonio Lorente Medina

115
Costumbristas Cubanos del Siglo XIX
Selección, prólogo, cronología y
bibliografía: Salvador Bueno

116
FELISBERTO HERNANDEZ
Novelas y cuentos
Carta en mano propia: Julio Cortázar
Selección, notas, cronología y
bibliografía: José Pedro Díaz

117
ERNESTO SABATO
Sobre héroes y tumbas
Prólogo: A. M. Vázquez Bigi
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

118
JORGE LUIS BORGES
Ficciones - El Aleph
El Informe de Brodie
Prólogo: Iraset Páez Urdaneta
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

119
ANGEL RAMA
La crítica de la cultura en América Latina
Prólogos: Tomás Eloy Martínez
y Saúl Sosnowski
Cronología y bibliografía:
Fundación Internacional Angel Rama

120
FERNANDO PAZ CASTILLO
Poesía
Selección, prólogo y cronología:
Oscar Sambrano Urdaneta
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

121
HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO
Obras
Prólogo: Giovanni Meo Zilio
Cronología y bibliografía
Horacio Jorge Becco

122
VICENTE GERBASI
Obra Poética
Selección y prólogo:
Francisco Pérez Perdomo
Cronología y bibliografía Eli Galindo

123
AUGUSTO ROA BASTOS
Yo el Supremo
Introducción, cronología y bibliografía:
Carlos Pacheco